Mares De SANGRE Bajo cielos ROJOS

SCOTT LYNCH

Locke Lamora y Jean Tannen han huido de su hogar y del naufragio de sus vidas. Pero no pueden seguir huyendo para siempre y, cuando se detienen, se deciden por el blanco más rico y difícil en el horizonte: la ciudad de Tal Verrar y la Aguja del Pecado, la casa de juego mejor guardada del mundo. Nadie ha robado allí ni siquiera una moneda y vivido para contarlo. Es la clase de desafío a la que Locke simplemente no puede resistirse… Pero el crimen perfecto va a tener que esperar. En Tal Verrar hay alguien que quiere servirse de la experiencia de los caballeros bastardos y está dispuesto a matar para conseguirla. Antes de que pase mucho tiempo, Locke y Jean se encontrarán dedicándose a la piratería. Bonito trabajo para unos ladrones que no distinguen la popa de la proa…

Scott Lynch ha tejido una emocionante historia de confianza y traición, de amistad puesta a prueba hasta el límite.

Scott Lynch

Mares de sangre bajo cielos rojos

Crónicas de Los Caballeros Bastardos - 2

ePub r1.0
x3l3n1o 31.08.14

Título original: *Red Seas under Red Skies*
Scott Lynch, 2007
Traducción: Javier Martín Lalanda

Editor digital: x3l3n1o
ePub base r1.1

Para Matthew Woodring Stover, vela amiga en el horizonte.
Non destiti, numquam desistam.

PRÓLOGO

Una conversación tensa

1

Locke Lamora se encontraba de pie en el muelle de Tal Verrar, sintiendo en la espalda el cálido viento de un barco que ardía y, en el cuello, el frío contacto del dardo de una ballesta.

Hizo una mueca e intentó concentrarse para seguir apuntando con la ballesta al ojo izquierdo de su contrario; éste y Locke estaban tan cerca que podían matarse el uno al otro siempre que apretaran los respectivos gatillos al mismo tiempo.

—Sé razonable —dijo el hombre que tenía enfrente. Las gotas de sudor formaron unos surcos apreciables a simple vista al deslizarse por su frente y sus mejillas cubiertas de mugre—. Sopesa las desventajas de tu situación.

Locke lanzó un bufido.

—A menos que tus globos oculares sean de hierro, estamos a la par en desventajas. ¿Tú qué crees, Jean?

Allí, en el muelle, ellos dos se enfrentaban con otros dos: Locke al lado de Jean, el contrario de éste junto al contrario de Locke. Mientras cada uno de ellos apuntaba su ballesta, Jean y su enemigo casi se tocaban los pies; cuatro fríos dardos de metal que miraban a las respectivas cabezas de otros tantos hombres, quienes, comprensiblemente, estaban nerviosos por encontrarse a muy pocos centímetros de ellos. Y aunque todos los dioses de arriba o de abajo hubieran querido decidir lo contrario, ninguno de los dardos hubiese podido fallar su blanco a aquella distancia.

—Lo que creo es que los cuatro estamos metidos en una ciénaga y con el agua hasta las pelotas —respondió Jean.

Sobre las aguas que se encontraban tras ellos, el viejo galeón gimió y crujió mientras las rugientes llamas lo consumían desde dentro. En un radio de varios cientos de metros, la noche se había convertido en día. El casco del buque se hallaba surcado por las líneas blanco-anaranjadas que marcaban las cuadernas, las cuales comenzaban a separarse unas de otras. El humo se escapaba por aquellas hendiduras infernales, formando pequeñas erupciones que se asemejaban a las boqueadas de una enorme bestia de madera agonizante. Los cuatro hombres seguían de pie en el muelle, singularmente solos en medio de la luz y del ruido que comenzaban a llamar la atención de toda la ciudad.

—Baje su arma, por el amor de los dioses —dijo el rival de Locke—. Tenemos instrucciones de no matarles a menos que sea necesario.

—Y yo estoy seguro de que hará todo lo posible para respetar esas instrucciones —contestó Locke, que no pudo por menos de sonreír—. Lo siento, pero siempre he tenido a gala no confiar en quien me apunta a la tráquea con un arma.

—Aún tardará unos instantes en apretar el gatillo después de que yo haya apretado el mío.

—En cuanto se me canse la mano, la punta de este dardo se alojará en su nariz. ¿Quién les envía contra nosotros? ¿Cuánto les han pagado? Mire, no estamos faltos de dinero, así que aún podemos llegar a un acuerdo al gusto de todos.

—En realidad —dijo Jean— yo sí sé quién los envía.

—¿De veras? —Locke miró furtivamente a Jean para luego centrar la mirada en su adversario.

—Y hemos llegado a un acuerdo, aunque no me atrevería a decir que sea a gusto de todos.

—Ah… Jean, creo que no me has entendido.

—No —Jean levantó una mano con la palma por delante hacia el hombre que tenía enfrente. Luego giró lentamente su arma hacia la izquierda… hasta que la ballesta apuntó a la cabeza de Locke. El hombre al que antes había tenido en la mira bizqueó sorprendido—. Tú eres el que no me entiende.

—Jean —dijo Locke, y la mueca se desvaneció de su rostro—, esto no tiene gracia.

—Estoy de acuerdo. Entrégame tu arma.

—Jean…

—Entrégamela ahora. Enseguida. Tú, ¿acaso eres medio idiota?, aparta esa cosa de mi cara y apúntale a él con ella.

El individuo que hasta entonces había estado apuntando a Jean se pasó la lengua por los labios, muy nervioso, pero no se movió.

Jean rechinó los dientes.

—Atiende, mono portuario con cerebro de esponja, estoy haciéndote el trabajo. ¡Apunta con tu ballesta a este compañero mío dejado de la mano de los dioses, para que podamos largarnos de este muelle!

—Jean, creo que podríamos decir que este giro de los acontecimientos no es *en absoluto satisfactorio* —dijo Locke, y pareció que iba a explayarse en el comentario, pero el contrario de Jean aprovechó la circunstancia para seguir el consejo de éste.

Entonces Locke pensó que el sudor le caía por el rostro como si fuera una cascada, como si la humedad formada por la traición abandonase el hogar que antes había estado ocupando, a la espera de algo peor.

—Tres. Tres contra uno —Jean escupió en el suelo—. Antes de marcharnos no

me dejaste otra opción que cerrar un trato con el patrón de estos caballeros… ¡Maldita sea, *me obligaste*! Lo siento. Pensaba que se pondrían en contacto conmigo antes de atacarnos. Ahora, entrégame tu arma.

—Jean, ¿qué *diablos* te crees que estás…?

—No, no digas ni *pío*. No intentes ninguna sutileza conmigo; te conozco demasiado bien para dejar que sigas hablando. Silencio, Locke. Aparta el dedo del gatillo y *entrégamela*.

Boquiabierto por la incredulidad, Locke se quedó mirando la acerada punta del dardo de Jean. Y fue como si el mundo que le rodeaba comenzara a encogerse para luego centrarse en aquel pequeño punto del muelle donde se reflejaba el fuego anaranjado del infierno que ardía a su espalda.

—¿Fue ella, verdad? —susurró—. No pudiste negarte.

—Te lo diré por última vez, Locke —Jean rechinó los dientes y siguió apuntando justo entre los ojos de Locke—. Aparta el dedo del gatillo y levanta tu maldita arma. Ahora.

LIBRO I

Las cartas en la mano

«Antes de jugar habrás de tener tres cosas claras: las reglas del juego, las apuestas y la hora de abandonarlo».

PROVERBIO CHINO

Capítulo 1

Juegos intrascendentes

1

Jugaban al Carrusel del Riesgo, y las apuestas eran algo menos de la mitad de toda la riqueza que poseían a lo largo y ancho del mundo, aunque la pura y simple verdad era que a Locke Lamora y a Jean Tannen los estaban sacudiendo como si fueran un par de alfombras viejas.

—Última apuesta para la quinta jugada —decía el empleado que, ataviado con una casaca de terciopelo, repartía las cartas desde su podio situado al otro lado de la mesa redonda—. ¿Los caballeros desean nuevas cartas?

—No, no… los caballeros desean hablar entre sí —dijo Locke, inclinándose hacia la izquierda para que su boca quedara a la altura de la oreja derecha de Jean. Bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro—. ¿Qué tal es la mano que te ha tocado?

—Me recuerda a un desierto reseco —murmuró Jean, moviendo displicentemente la mano derecha para taparse con ella la boca—. ¿Y la tuya?

—Me recuerda a una tierra baldía dominada por la amargura y la frustración.

—Mierda.

—¿No nos habremos olvidado de rezar la semana pasada? ¿No nos habremos peído dentro de algún templo o algo parecido?

—Suponía que la posibilidad de perder formaba parte del plan.

—Y así es. Sólo que me hubiera gustado tener una baza mejor.

El que repartía las cartas tosió solemnemente mientras se tapaba la boca con la mano izquierda, lo que, en aquellas circunstancias, equivalía a darles un capón a Locke y a Jean. Locke se inclinó hacia delante, dejó sus cartas encima de la superficie laqueada de la mesa, les dio un golpecito y esbozó la mejor mueca, del tipo «sé lo que estoy haciendo», que pudo extraer de su arsenal facial. Suspiró para sus adentros cuando miró la considerable pila de fichas de madera que iba a realizar un breve viaje desde el centro de la mesa hasta los montones de sus rivales.

—Estamos preparados —dijo— para enfrentarnos a nuestro destino con un heroico estoicismo digno de ser mencionado por historiadores y poetas.

El servidor del juego asintió.

—Damas y caballeros, acaban de declinar el último ofrecimiento. La casa les ruega que muestren su jugada final.

Todo fue una mezcolanza y un descartarse de naipes cuando los cuatro jugadores prepararon sus respectivas manos finales y las situaron, boca abajo, encima de la mesa.

—Muy bien —dijo el servidor del juego—. Denles la vuelta y muéstrenlas.

Los sesenta o setenta holgazanes más acaudalados de Tal Verrar que atestaban la sala y que, situados detrás de Locke y de Jean, no se habían perdido ni una sola de las humillaciones que les habían supuesto todas y cada una de las veces que habían perdido, se echaron hacia delante como un solo hombre, ansiosos por ver lo embarazados que habrían de sentirse en aquella ocasión.

2

Tal Verrar, la Rosa de los Dioses, situada en el límite más occidental de lo que la gente de Therin llama el mundo civilizado.

Si tuvierais la facultad de permanecer en medio del aire sutil, a miles de metros por encima de las torres más altas de Tal Verrar, o de flotar en indolentes círculos como las naciones de gaviotas que infestan las grietas y tejados de la antedicha ciudad, entonces descubriríais el motivo por el que aquellas vastas y oscuras islas otorgaron su antiguo sobrenombre a dicho lugar. Pues es como si dieran vueltas alrededor del corazón de la ciudad, creando una serie de lúnulas cada vez mayores que formaran los pétalos estilizados de una rosa dispuesta en el mosaico de algún artista.

No son naturales si las comparamos con el continente que se insinúa a pocos kilómetros por el oeste, que sí lo es. Dicho continente, agrietado por el viento y el clima, indica claramente su edad. Las islas de Tal Verrar no muestran la erosión debida a la intemperie, pues, posiblemente, ésta ni siquiera les afecta, ya que fueron construidas con una cantidad inimaginable del cristal oscuro de los Antiguos. Se encuentran surcadas hasta lo impensable por terrazas y pasadizos, y cubiertas por losas de piedra vidriada y por la porquería que genera una ciudad habitada por hombres y mujeres.

A la Rosa de los Dioses la circunda un arrecife artificial, una circunferencia discontinua de cinco kilómetros de diámetro, sombras bajo las oscuras olas. El inquieto Mar de Bronce que golpea en dicha muralla oculta se sosiega ante el paso de las naves que enarbolan las banderas de cien reinos y dominios. Sus mástiles y vergas se levantan en el bosque, blanco por las velas al viento, que podréis observar bajo vuestros pies.

Si pudierais volver la vista hacia la isla más occidental de la ciudad, veríais que las superficies de su parte interior están formadas por unas paredes completamente negras, las cuales se precipitan desde más de cien metros de altura hacia las olas que

besan dulcemente el puerto, donde un entramado de muelles de madera parece como adherido a la base de los acantilados. Sin embargo, la parte de la isla que da al mar se halla surcada a todo lo largo por terrazas: seis amplias repisas planas que, a partir de la más alta, se suceden unas a otras con suaves escarpaduras de casi veinte metros.

El distrito más al sur de la isla recibe el nombre de los Peldaños Dorados, y sus seis pisos están atestados de cervecerías, antros de juego, clubes privados, burdeles y pozos de peleas. Es bien sabido que los Peldaños Dorados es la capital del juego de las ciudades-estado de Therin, un lugar donde hombres y mujeres pueden perder dinero, o cualquier otra cosa, a causa de un abanico de posibilidades que abarca desde los vicios más benignos a las felonías más malvadas. En un magnánimo gesto de hospitalidad, las autoridades de Tal Verrar decretaron que ningún extranjero que visitara los Peldaños Dorados acabase siendo esclavo. Consecuentemente, apenas hay otros lugares al oeste de Camorr donde los extranjeros se encuentren más a sus anchas para emborracharse hasta la muerte y luego caerse en albañales y jardines para dormir la mona.

En los Peldaños Dorados existe una jerarquía muy rígida; a medida que se sube de uno a otro, aumenta la calidad de sus establecimientos, así como el tamaño, el número y la vehemencia de quienes guardan sus puertas. En la cima de los Peldaños Dorados se levantan una docena de mansiones barrocas de piedra antigua y madera de álamo negro sumidas en el lujo verde y húmedo de jardines muy cuidados y de bosques en miniatura.

En ellas se encuentran las prestigiosas «casas de azar», clubes exclusivos donde hombres y mujeres adinerados pueden jugar según el estilo que les merezcan sus respectivas cartas de crédito. Desde hace varios siglos, dichas casas se han convertido en informales centros de poder, donde aristócratas, burócratas, comerciantes, capitanes de barco, legados y espías se dan cita para apostar fortunas, tanto de índole personal como política.

Las casas albergan todo tipo de entretenimientos imaginables. Los visitantes notables desembarcan en los muelles reservados que se encuentran al pie de los arrecifes del puerto interior, para luego subirse en carruajes que son izados mediante ingenios de agua de resplandeciente bronce, evitando así las rampas estrechas, retorcidas y atestadas de gente, que conducen a los cinco Peldaños por la parte que da al mar. Incluso poseen un campo público para el duelo, una amplia extensión de hierba muy bien cuidada, dispuesta en medio del último piso, de suerte que quienes tienen la sangre más fría no necesitan recurrir a ningún otro medio para vencer a quienes la tienen más caliente.

Las casas de la suerte son sacrosantas. Una costumbre más antigua y firme que la ley prohíbe a soldados y a policías poner el pie en ellas, excepto para dar cumplida cuenta de los crímenes más nefandos. Suponen la envidia de un continente: ningún

club del extranjero, por lujoso o exclusivo que sea, consigue reproducir la peculiar atmósfera de una genuina casa de azar verrarí. Y todas ellas palidecen ante la Aguja del Pecado.

Con una altura de, aproximadamente, cincuenta metros, la Aguja del Pecado se proyecta hacia el cielo en la parte oriental del Peldaño más alto, situado a unos noventa metros por encima del puerto. La Aguja del Pecado es una torre de cristal antiguo que resplandece con el lustre de una perla negra. Unas amplias balconadas, engalanadas con faroles alquímicos, circundan todos y cada uno de sus nueve pisos. De noche, la Aguja del Pecado es una constelación de luces de escarlata y azul oscuro, los colores heráldicos de Tal Verrar.

La Aguja del Pecado es la casa de azar más exclusiva, célebre y mejor guardada del mundo, abierta desde el ocaso hasta el amanecer para toda la gente que sea lo suficientemente poderosa, rica y bella para abrirse camino ante los caprichos de sus porteros. Cada una de sus plantas sobrepasa a la anterior en lujo, exclusividad y en el riesgo de los juegos permitidos en ella. Un buen crédito, un saber comportarse de manera alegre y un juego impecable suelen permitir el acceso a la planta superior. Algunos aspirantes malgastan muchos años de sus respectivas vidas, y miles de solari, intentando llamar la atención del dueño de la Aguja del Pecado, cuyo despiadado control de su posición inigualable le ha convertido en el árbitro más poderoso del favor social que conoce la historia de la ciudad.

Aunque el código de conducta de la Aguja del Pecado no haya sido escrito, es tan rígido como el de un culto religioso. En su sencillez e incontrovertibilidad, supone la muerte para quienquiera que haga trampas. Si, al mismísimo Arconte de Tal Verrar, le encontraran una carta en la manga, de nada le valdría implorar a los dioses de este lado para librarse de las consecuencias. Cada pocos meses, los empleados de la torre dan con alguien que contraviene la regla, y entonces alguien muere en silencio, por sobredosis alquímica, dentro de su carruaje, o «resbala» trágicamente desde el balcón de la novena planta, estrellándose luego en los adoquines del patio de la Aguja del Pecado.

Locke Lamora y Jean Tannen han necesitado dos años y un juego completo de identidades falsas para abrirse camino hasta la quinta planta. De hecho, en este preciso momento están haciendo trampas mientras intentan no perder ante unas rivales que no necesitan hacer lo mismo que ellos.

3

—Las damas muestran una mano de Agujas y otra de Sables, coronadas por el Sello del Sol —decía el servidor del juego—. Los caballeros muestran una de Cálices y otra mixta, coronadas por el cinco de Cálices. Las damas ganan la quinta jugada.

Locke se mordió por dentro una mejilla cuando la oleada de aplausos recorrió la cálida atmósfera de la habitación. Aquellas mujeres habían ganado cuatro de las cinco jugadas, y la muchedumbre apenas había aplaudido la única victoria de Locke y de Jean.

—Bueno, qué diantre —comentó Jean con una mueca de sorpresa que quería parecer verosímil.

Locke se volvió hacia la rival que tenía a la derecha. Maracosa Durenna era una mujer delgada y de piel morena que aún no había cumplido los cuarenta, con cabellos muy poblados, del color del aceite quemado, y varias cicatrices visibles en cuello y antebrazos. En la mano derecha sostenía un cigarro negro y fino, con camisa dorada, y sobre su rostro podía verse una inequívoca sonrisa de relativa complacencia. Era evidente que el juego no acaparaba toda su atención.

Con ayuda de un rastrillo de mango largo, el servidor del juego llevó hasta las damas la pequeña pila de fichas de madera que Locke y Jean acababan de perder. Luego se sirvió del mismo rastrillo para llevar hasta sus propias manos todas las cartas, pues a los jugadores les estaba estrictamente prohibido tocarlas después de que el servidor hubiera ordenado que las enseñaran.

—Y bien, señora Durenna —dijo Locke—, mis felicitaciones por el estado cada vez más robusto de sus finanzas. Me parece que su bolsa será lo único que crezca más deprisa que la resaca que me aguarda —Locke jugueteaba con una de las fichas que tenía en la mano derecha. Aquella ficha de madera valía cinco solari, el equivalente al salario de ocho meses de un trabajador corriente.

—Mis condolencias por un juego de cartas particularmente desafortunado, maese Kosta —la señora Durenna aspiró profundamente el humo de su cigarro y luego exhaló lentamente una bocanada que quedó suspendida en el aire que la separaba de Locke y de Jean, aunque lo suficientemente lejos de ambos para que nadie pudiera considerarlo un insulto. Locke había comprendido que empleaba el humo del cigarro a modo de *strat péti*, un «jueguecito», un amaneramiento ostensiblemente civilizado que servía para distraer o molestar a los rivales de la mesa de juego y causarles cierta confusión. Jean había pensado en usar su propio cigarro con el mismo propósito, pero a Durenna se le daba mejor.

—En verdad que ningún juego de cartas puede considerarse desafortunado en presencia de tan adorable par de rivales —dijo Locke.

—Creo que podría llegar a prendarme del hombre que se muestra tan encantadoramente deshonesto mientras le desangran de todo su dinero —dijo la compañera de Durenna que se sentaba a su derecha, entre aquélla y el comerciante.

Izmila Corvaleur tenía un aspecto y estatura similares a los de Jean: era ancha, opulenta y prodigiosamente redondeada en todos los sitios donde las mujeres suelen serlo. Aunque era innegablemente atractiva, la inteligencia que brillaba en sus ojos

estaba llena de agudeza y de desdén. Locke reconoció en ella la violencia contenida que es patrimonio del bravucón callejero… un apetito más que evidente por las situaciones difíciles. Corvaleur picoteaba constantemente de una caja repujada en plata que contenía cerezas bañadas con chocolate en polvo, para chuparse sonoramente los dedos después de comérselas. Era evidente que se trataba de su propio *strat péti*.

Locke pensó que parecía hecha que ni a propósito para el Carrusel del Riesgo. Una mente para las cartas y una constitución capaz de aguantar la penalización que suponía el perder una jugada.

—Penalización —dijo el servidor, mientras manipulaba el mecanismo que se encontraba en su podio y que hacía girar el carrusel. Aquel aparato, dispuesto en el centro de la mesa, venía a ser un conjunto de estructuras de latón que sujetaban una hilera tras otra de pequeños recipientes de cristal cerrados con capuchones de plata. El carrusel giró bajo la suave luz de la lámpara del saloncito de juego hasta convertirse en un círculo continuo de plata embutido en latón que, después de que el mecanismo que se hallaba bajo la mesa emitiera un chasquido y los pequeños recipientes de cristal de finísimas paredes chocaran tintineando los unos contra los otros, escupió dos de aquéllos, que se dirigieron rodando hacia Locke y Jean y rebotaron con ruido metálico en el reborde ligeramente elevado de la mesa.

El Carrusel del Riesgo era un juego en el que participaban dos equipos de jugadores; un juego tan *caro* como el mecanismo de precisión del carrusel. Al término de cada partida, al equipo perdedor se le dispensaban al azar dos ejemplares de la gran provisión de viales de que disponía el carrusel; contenían licor, mezclado con esencias dulces y zumos de fruta para disfrazar el poder de la bebida. Las cartas sólo eran uno más de los aspectos del juego. Los jugadores debían mantener la concentración a pesar del efecto cada vez más embriagador que les causaban los diabólicos viales. El juego sólo se terminaba cuando un jugador estaba demasiado bebido para seguir jugando.

Teóricamente, era imposible hacer trampas en aquel juego. La Aguja del Pecado cuidaba del mantenimiento del mecanismo y de la preparación de las botellitas; los pequeños capuchones de plata se ajustaban a presión encima de unos sellos de cera. A los jugadores no se les permitía tocar el carrusel ni las botellitas que les habían caído en suerte a otros jugadores, so pena de penalización instantánea. Incluso el chocolate y los cigarros que consumían los jugadores debían ser suministrados por la casa. Locke y Jean se hubieran podido negar a que la señora Corvaleur hiciese ostentación de sus dulces, pero eso hubiese sido una idea desaconsejable por la razón que ahora se verá.

—Bueno —dijo Jean mientras rompía el sello de su escasa libación—, supongo que esto debe ser para perdedores encantadores.

—Si sólo supiéramos dónde encontrar a alguno —dijo Locke, y luego, al unísono, ambos se echaron al coleto sus respectivas bebidas. Locke sintió que un cálido sabor a ciruela le bajaba por el gaznate… La bebida era una de las más potentes. Suspiró y apartó hacia delante el recipiente vacío. El hecho de que estuvieran cuatro recipientes a uno y que su concentración comenzara a disminuir le hizo pensar que comenzaba a acusar sus efectos.

Mientras el servidor del juego separaba y barajaba las cartas para la siguiente jugada, la señora Durenna aspiró profundamente el humo de su cigarro con aire muy satisfecho, echando de un capirotazo las cenizas en un recipiente de oro macizo que se encontraba encima de un pedestal situado detrás de su mano derecha. Luego exhaló por la nariz dos indolentes columnas de humo y se quedó mirando al carrusel desde detrás del velo gris que acababa de crear. Locke pensó que Durenna era una depredadora nata acostumbrada a las emboscadas, que siempre se sentía muy a gusto bajo cualquier camuflaje. La información que había recopilado decía que sólo recientemente practicaba la especulación, tal y como podía esperarse en una ciudad dedicada al comercio. Antes había sido la capitana de un barco corsario que cazaba y hundía en alta mar los buques esclavistas de Jerem. No se había ganado aquellas cicatrices por tomar el té en un simple salón.

Realmente, hubiera sido un enorme infortunio que una mujer de sus características llegara a descubrir que Locke y Jean estaban a punto de aplicar al juego lo que el primero llamaba «métodos discretamente heterodoxos»… Diablos, mejor perder a la antigua usanza o ser descubiertos haciendo trampas por los empleados de la Aguja del Pecado. Pues éstos, al menos, serían casi con toda seguridad verdugos rápidos y eficientes debido al hecho de que estaban muy atareados con su trabajo.

—Deje las cartas —dijo la señora Corvaleur al servidor del juego, interrumpiendo las elucubraciones de Locke—. Mara, estos caballeros están teniendo varias manos con muy mala suerte. ¿No podríamos concederles un respiro?

Locke ocultó la excitación que le asaltó de improviso; a la pareja de jugadores que iban ganando en el Carrusel del Riesgo les estaba permitido ofrecer a sus contrarios una corta pausa, pero dicha cortesía raramente se practicaba, por la razón evidente de que concedía a los perdedores un tiempo precioso para reponerse de los efectos del licor. ¿No estaría Corvaleur intentando disimular algún problema que la acuciaba?

—Estos caballeros han hecho un considerable esfuerzo para complacernos, contando tantas veces todas esas fichas y llevándolas hasta nosotras —Durenna aspiró el humo de su cigarro y luego lo exhaló—. Caballeros, sería un honor para nosotras que quisieran aprovechar un corto descanso para refrescarse y recobrar fuerzas.

Ah. Locke sonrió y cruzó las manos encima de la mesa ante la que se sentaba. Así que se trataba de eso… de jugar cara a la galería y hacer gala de lo poco que les importaban sus rivales, pues tenían la victoria ganada. Practicaban la cortesía a modo de esgrima, y Durenna acababa de darles lo que equivalía a una estocada en la garganta. Un rechazo rotundo habría sido de muy mal gusto, así que la parada de Locke y de Jean tenía que ser de lo más delicada.

—¿Qué puede haber más refrescante que seguir jugando contra tan excelentes rivales? —comentó Jean.

—Es usted muy amable, maese de Ferra —respondió la señora Durenna—, pero no quiero que digan que no nos compadecemos de ustedes. Hasta ahora no han aceptado ninguno de nuestros privilegios —y apuntó con el cigarro a los dulces de la señora Corvaleur—. ¿Van a rechazar nuestro deseo de darles a cambio un poco de solaz?

—No les negaremos nada, señora, y por eso les pedimos la merced de satisfacer su *mayor* deseo, el mismo por el que se han tomado la molestia de venir esta noche… el deseo de jugar.

—Aún nos quedan muchas jugadas —añadió Locke— y pudiera ser que, en el transcurso de las mismas, de algún modo llegáramos a incomodar a las damas —prosiguió, mirando al servidor del juego.

—Hasta ahora no nos han incomodado —dijo la señora Corvaleur con gran dulzura.

Locke se sentía incómodo al percibir que el gentío estaba pendiente de lo que estaban diciendo. Él y Jean habían desafiado a las dos mujeres que eran consideradas las mejores jugadoras del Carrusel del Riesgo en toda Tal Verrar, y una considerable audiencia atestaba las demás mesas de la planta quinta de la Aguja del Pecado. Aquellas mesas hubieran debido estar ocupadas por jugadores que fueran a lo suyo, pero, por alguna razón que sólo conocían la casa y sus dueños, las demás actividades de la sala se habían detenido mientras duraba la escabechina.

—De acuerdo —dijo Durenna—, lo cierto es que no tenemos nada que objetar a que prosiga el juego. Quizá vuelvan a tener suerte.

Locke no las tenía todas consigo de que ella hubiera abandonado la artimaña del parloteo; a fin de cuentas, esperaba seguir trasegando el dinero de los dos del mismo modo que un cocinero limpia de gorgojos una bolsa de harina.

—Sexta jugada —dijo el servidor del juego—. La apuesta inicial será de diez solari —a medida que cada jugador echaba hacia delante dos fichas de madera, el servidor les entregaba tres cartas.

La señora Corvaleur se terminó otra cereza con chocolate en polvo y se lamió de los dedos sus dulces residuos. Antes de tocar las cartas que le habían caído en suerte, Jean se llevó los dedos de la mano izquierda a la solapa de su casaca y los movió

ligeramente, como si se estuviera rascando. Pocos segundos después, Locke hizo lo mismo, observando que la señora Durenna los vigilaba a ambos y que, a su vez, giraba los ojos dentro de sus órbitas. Aunque las señales que se hacían los compañeros estaban permitidas, siempre era de desear que se hiciera gala de una notable sutileza.

Durenna, Locke y Jean echaron un vistazo a sus cartas casi al mismo tiempo; Corvaleur se ocultó un instante tras ellas, con los dedos aún húmedos. Sonrió en silencio. ¿Buena suerte de verdad o *strat péti?* Aunque Durenna pareciera bastante satisfecha, Locke estaba seguro de que tenía aquella expresión incluso cuando dormía. Mientras que el rostro de Jean no revelaba nada, Locke esbozó una sonrisa de afectación a pesar de que las tres cartas que le habían tocado fueran pura basura.

Al otro lado de la estancia, unas escaleras curvas con pasamanos de latón, que se hallaban vigiladas en su base por un empleado bastante grande y que se ensanchaban a medio camino, formando una especie de galería, llevaban a la sexta planta. A Locke le llamó la atención el leve movimiento que acababa de percibir en la galería: una figura menuda y muy bien vestida se ocultaba a duras penas entre las sombras. Cuando la cálida luz dorada de las lámparas de la estancia se reflejó en un par de gafas, Locke sintió que un escalofrío le recorría la columna vertebral.

¿Quién podía ser? Mientras hacía como si se concentrase en las cartas, Locke echó un vistazo a la figura oculta entre las sombras. Si el reflejo de aquellas gafas no se movía ni un ápice… aquel hombre debía de estar sentado delante de una mesa. Perfecto.

Así que, finalmente, él y Jean habían terminado por llamar la atención del individuo (o por tropezar con él, y, por los dioses, menuda suerte) que tenía sus oficinas en la novena planta… el Maestro de la Aguja del Pecado, el gobernante clandestino de todos los ladrones de Tal Verrar, el hombre que asía con mano de hierro los mundos del latrocinio y de la lujuria. En Camorr le hubieran llamado «Capa», pero allí no tenía más título que su nombre.

Requin.

Locke se aclaró la garganta, volvió a mirar a la mesa ante la que se sentaba y se preparó para perder con gracia otra partida. Fuera, en las oscuras aguas, resonaba el tenue eco de las campanas de los barcos que daban las diez de la noche.

4

—Jugada decimoctava —dijo el servidor del juego—. La apuesta inicial será de diez solari. —Con una mano indudablemente temblorosa, Locke había tenido que apartar a un lado las once botellitas que tenía enfrente antes de empujar las fichas. La señora Durenna, tan firme como un buque en dique seco, había comenzado a fumarse el

cuarto cigarro de la noche. La señora Corvaleur parecía mecerse en su asiento. ¿Era posible que el color de sus mejillas estuviera más arrebatado que de ordinario? Locke intentó no mirarla fijamente mientras ella dejaba encima de la mesa su apuesta inicial; quizá el mecerse de la dama sólo se debiera a su inminente ebriedad. Ya era cerca de medianoche, y el aire saturado de humo de aquella habitación, excesivamente atestada, le picaba a Locke en ojos y garganta como si se los frotaran con un algodón.

El que repartía las cartas, sin emoción y más precavido que nunca (daba la impresión de que tuviera en su interior más maquinaria que el propio carrusel), lanzó tres cartas hasta el borde de la mesa que estaba cerca de Locke, quien se pasó los dedos por debajo de la solapa de su casaca y dijo «Ja, ja, ja» en un tono de placer que nada tenía de desinteresado. Las cartas formaban una sorprendente constelación de bazofia: la peor que hasta entonces le había tocado. Locke parpadeó y entornó los ojos, preguntándose si el alcohol no le haría ver como malas unas cartas que no lo eran, pero no… Cuando volvió a abrirlos, las cartas seguían siendo malísimas.

Por fin habían conseguido que las damas tuvieran que beber, pero, a menos que Jean, siempre a la izquierda de Locke, contara con algún milagro oculto, era más que evidente que dentro de muy poco otro vial rodaría alegremente por encima de la mesa hasta pararse junto a la temblorosa mano de Locke.

Dieciocho jugadas, se dijo Locke, para perder en total novecientos ochenta solari. Su mente, debidamente remojada por el licor de la Aguja del Pecado, se perdía en cálculos. Los trajes más elegantes de todo un año del guardarropa de un hombre de alta posición. Un barco pequeño. Una casa muy grande. Las ganancias de toda una vida de un honesto artesano, por ejemplo, un cantero. ¿No habría pensado él alguna vez convertirse en cantero?

—Primeras opciones —dijo el servidor del juego, haciéndole volver instantáneamente a la partida.

—Carta —dijo Jean. El servidor le acercó una; Jean le echó un vistazo, asintió y llevó otra ficha de madera al centro de la mesa—. Subo la apuesta.

—Y yo también —dijo la señora Durenna, mientras desplazaba dos fichas desde su cuantioso montón—. La muestra al compañero —y mostró dos de sus cartas a la señora Corvaleur, que no pudo contener una sonrisa.

—Carta —dijo Locke. El servidor le pasó una, que él sólo miró por una esquina para ver cuál era. El dos de Cálices que, en aquella situación le era igual de valiosa que la mierda blanda de un perro enfermo. Se obligó a sonreír—. Yo también —añadió, adelantando dos fichas—. Estoy bendecido.

Todas las miradas se volvieron expectantes a la señora Corvaleur, que tomaba de su menguante reserva una cereza bañada con chocolate en polvo, la reventaba en el interior de la boca y, rápidamente, se chupaba los dedos para limpiárselos.

—¡Oh, oh! —dijo, bajando la mirada hacia sus cartas y tamborileando con un juego de dedos pringosos encima de la mesa—. Oh… oh… oh… Mara, esto es… lo más extraño…

Y entonces se desplomó hacia delante, y su cabeza fue a parar encima del enorme montón de fichas que llevaba ganadas hasta entonces. Las cartas revolotearon de sus manos y cayeron boca arriba sobre la mesa, mientras ella, para ocultarlas, les daba unos manotazos desprovistos de coordinación.

—Izmila —dijo la señora Durenna con una nota de apremio en la voz—. ¡Izmila! —se acercó hasta ella y la zarandeó por sus pesados hombros.

—´Zmila —repitió la señora Corvaleur con voz dormida y balbuciente. Su boca, abierta desmesuradamente, comenzó a babear, lanzando restos de chocolate y de cereza encima de las fichas de a cinco solari—. ¡Mmmmmmilllaaaaaaaaa. Muy… eztraño… eztrañísimo…!

—Es el turno de la señora Corvaleur —el servidor no pudo evitar un dejo de sorpresa en la voz—. La señora Corvaleur debe hacer su elección.

—¡Concéntrate, Izmila! —el susurro de la señora Durenna estaba lleno de apremio.

—Hay… cartas —murmuró Corvaleur—, fíjate, Mara, cuántas… cartas. Encima de la mesa.

Y añadió:

—Blah… glub… fla… blagh.

Y entonces se desmayó.

—Fin de la partida —dijo el servidor a los pocos segundos. Y, ayudándose con el rastrillo, apartó de donde estaba la señora Durenna todas las fichas que tenía y comenzó a contarlas rápidamente. Locke y Jean se iban a llevar todo lo que había encima de la mesa. Puesto que la desagradable perspectiva de perder mil solari acababa de convertirse en una ganancia de la misma cantidad, Locke suspiró aliviado.

El servidor contempló el espectáculo que estaba dando la señora Corvaleur al emplear sus fichas de madera a modo de almohada, y tosió cubriéndose la boca con una mano.

—Caballeros —dijo—, la casa, ah, les proveerá con nuevas fichas del mismo valor que… las que están en circulación.

—Claro que sí —comentó Locke, dando un suave golpecito con los dedos en la pequeña montaña formada por las fichas de Durenna que acababa de formarse ante él. Entre la muchedumbre que se agolpaba detrás de Jean y de Locke, éste distinguió murmullos de extrañeza, consternación y sorpresa. El tenue coro de aplausos que nacía por obra de unos pocos observadores más generosos moría al poco tiempo. Más que divertidos, todos se sentían un tanto embarazados por el hecho de que un personaje tan notable como la señora Corvaleur se hubiera emborrachado con sólo

seis tragos.

—Mmm —dijo la señora Durenna, apagando la colilla de su cigarro en el cenicero de oro y levantándose. Hizo todo un espectáculo al ponerse la chaqueta (de terciopelo negro bordado, adornada con botones de platino y entretejida con plata) que bien valía una buena parte de lo que acababa de perder aquella noche—. Maese Kosta, maese de Ferra… al parecer debemos admitir nuestra derrota.

—Pero es que no han sido derrotadas —dijo Locke, logrando conjurar con las pocas luces que le quedaban una encantadora sonrisa de serpiente—. Estuvieron a punto de… hum… acabar con nosotros.

—Y el universo entero se mueve a mi alrededor —añadió Jean, cuyas manos, tan firmes como las de un orfebre, se habían mantenido así durante toda la partida.

—Caballeros, he apreciado su estimulante compañía —dijo la señora Durenna con un tono de voz que indicaba todo lo contrario—. ¿Quizá otra partida más adelante, esta misma semana? Seguro que, por amor al honor, nos darán la oportunidad de la revancha.

—Nada nos placería más —dijo Jean, contando con el entusiasta asentimiento de Locke, que había comenzado a hacer inventario de su dolor de cabeza. Al escuchar aquello, la señora Durenna les tendió con frialdad una mano y consintió que ambos besaran el aire que la cubría. En cuanto lo hubieron hecho, pensando que juraban pleitesía a una sierpe particularmente irritable, aparecieron cuatro empleados de Requin para levantar con el mayor decoro posible a la señora Corvaleur, que no había dejado de roncar.

—Por los dioses, debe de ser muy aburrido estar viéndonos beber a todos, uno tras otro y noche tras noche —comentó Jean al servidor del juego mientras le lanzaba una ficha por importe de cinco solari, pues era la costumbre dejar una pequeña propina.

—No lo creo, señor. ¿Cómo quiere que le dé el cambio?

—¿Qué cambio? —Jean sonrió—. Quédesela.

Por segunda vez en el transcurso de aquella noche, el servidor del juego se traicionó al mostrar la emoción que es patrimonio de los seres humanos; a pesar de poseer una posición relativamente acomodada, aquella pequeña ficha de madera equivalía a la mitad de su salario anual. Y estuvo a punto de ahogarse cuando Locke le entregó una docena.

—La Fortuna es una dama que se complace en dar vueltas alrededor de las personas —dijo Locke—. Cómprese una casa, si quiere. Creo que me estoy haciendo un lío de tanto contar.

—¡Dulces dioses… muchas gracias, caballeros! —el servidor echó un rápido vistazo a su alrededor y entonces dijo con voz queda—: Como sabrán, esas dos damas no suelen perder con frecuencia. De hecho, que yo recuerde, es la primera vez

que las veo perder.

—La victoria tiene su precio —dijo Locke—. Sospecho que mañana, al despertarme, lo pagará mi cabeza.

La señora Corvaleur fue llevada cuidadosamente escaleras abajo, seguida de cerca por la señora Durenna, que no les quitaba el ojo a los hombres que cargaban con ella. En cuanto la muchedumbre se hubo dispersado, los observadores que aún ocupaban sus mesas llamaron a los empleados para que les trajeran comida y mazos nuevos de cartas con los que entretenerse en los juegos a los que estaban acostumbrados.

Locke y Jean guardaron sus fichas (nuevas, sin babas, pues los criados les habían entregado enseguida las que iban a reemplazar a las de la señora Corvaleur) en las acostumbradas cajas de madera forradas de terciopelo, y se abrieron paso hacia las escaleras.

—Enhorabuena, caballeros —dijo el empleado que guardaba el camino hacia la sexta planta. Desde arriba les llegaba el tintineo que hacían las copas de cristal al chocar entre sí, así como el murmullo de las conversaciones.

—Gracias —dijo Locke—, pero me temo que lo que le sucedió a la señora Corvaleur nos habría pasado a nosotros una o dos manos más tarde.

Él y Jean avanzaron despacio y bajaron por las escaleras que, curvándose, se adaptaban a la superficie exterior de la Aguja del Pecado. Ambos se vestían como hombres honorables, ataviados en consonancia con los días más calurosos del verano de Tal Verrar. Locke (cuyo cabello había sido tratado alquímicamente para que tuviera reflejos rubios) vestía una casaca de color caramelo oscuro muy ceñida a la cintura, con faldones chillones que le llegaban hasta las rodillas; sus puños de tres vueltas, acuchillados en naranja y negro, estaban adornados con botones de oro. No llevaba chaleco, sólo una camisa sencilla de finísima seda, manchada de sudor, por debajo de otra más amplia de color negro, abotonada en el cuello. Jean se vestía de un modo parecido, pero con una casaca de ese color gris-azulado que ofrece el mar bajo un cielo encapotado, bien ceñida la barriga con un ancho fajín del mismo color que los rizos negros de su corta barba.

A medida que progresaban, fueron dejando atrás a los grupos de la gente notable: a las reinas del comercio verrarí, cuyos brazos acariciaban a jovencitos de ambos sexos que eran como sus mascotas; a hombres y mujeres con títulos comprados en Lashain que, entre las cartas y las jarras de vino, miraban fijamente a los hombres y mujeres de la aristocracia menor de Camorr; a los capitanes de barco de Vadran, vestidos con sus ceñidas casacas negras, cuyos rasgos, pálidos y muy marcados, parecían cubiertos a modo de máscara por el color atezado que les había conferido el mar. Locke reconoció, al menos, a dos miembros del *Priori*, el consejo de comerciantes que, teóricamente, gobernaba Tal Verrar. Al parecer, unos bolsillos bien hondos eran el primer requisito para ingresar en él.

Los dados caían y las copas chocaban con las copas; los asistentes reían, tosían, maldecían y suspiraban. Las corrientes de humo se movían lánguidamente en el aire cálido, arrastrando aromas de perfume y de vino, de sudor y de comida asada, y también, de vez en cuando, el relente a resina de las drogas alquímicas.

Locke había visto con anterioridad mansiones y palacios que eran dignos de esos nombres; por opulenta que pareciera, la Aguja del Pecado no era mucho más bonita que las casas a las que muchas de aquellas personas regresarían cuando la noche diera por terminado el juego. La auténtica magia de la Aguja del Pecado residía en su caprichoso exclusivismo; niégale algo a bastante gente y, antes o después, se cubrirá con una aureola tan espesa como la niebla.

Medio oculta al otro extremo de la primera planta se hallaba una cabina de madera maciza, ocupada por varios empleados que eran inusualmente grandes. Afortunadamente, no había ninguna cola. Un tanto a regañadientes, Locke depositó su caja en el mostrador que se encontraba bajo la única ventana de la cabina.

—Todo a mi cuenta.

—Será un placer, maese Kosta —dijo el encargado, tomando la caja. Leocanto Kosta, maestro especulador de Talisham, era muy conocido en aquel reino de vapores alcohólicos y apuestas. El encargado convirtió rápidamente la pila de fichas de madera que le había entregado Locke en unas cuantas anotaciones hechas en un libro de cuentas. Al derrotar a Durenna y a Corvaleur, el pellizco que Locke había ganado ascendía a cerca de quinientos solari, incluso descontando el pico entregado al repartidor de cartas.

De repente, Locke sintió una mano encima de su hombro izquierdo. Al volverse cautelosamente se encontró frente a frente con una mujer de rizos oscuros, ricamente ataviada con los colores propios de los empleados de la Aguja del Pecado. La mitad de su rostro era de una belleza sublime… la otra estaba cubierta por una máscara de cuero pardo, arrugada, como si se hubiera visto expuesta al fuego. Cuando sonrió, la parte quemada de sus labios permaneció inmóvil. Y Locke pensó en una mujer viva que luchara para liberarse de una tosca escultura de arcilla que la aprisionara.

Selendri, que hacía las funciones de mayordomo de Requin.

La mano que había dejado posada encima de su hombro (la izquierda, la del lado quemado) no era real. Era un simulacro de bronce macizo que relucía con un color apagado bajo la luz de la lámpara.

—La casa le felicita —dijo ella con la voz inquietante y balbuciente que la caracterizaba— por sus buenas maneras y muestras de fortaleza, y quiere hacerles saber, a usted y a maese de Ferra, que ambos serán bien recibidos en la sexta planta siempre que deseen poner en práctica dicho privilegio.

La sonrisa de Locke no fue en absoluto fingida.

—Muchas gracias, tanto por mi parte como por la de mi compañero —dijo con la

labia que le daba el estar un tanto achispado—. La amable consideración de la casa es, sin duda, extremadamente halagadora.

Ella asintió con indiferencia y desapareció entre la muchedumbre con la misma rapidez con que había hecho acto de presencia. Aquí y allá, unas cuantas cejas enarcadas, de los invitados de Requin, según Locke, acogieron con admiración el hecho de que Selendri les hubiera informado personalmente de su ascenso en la escala social.

—Somos una mercancía muy demandada, mi querido Jerome —comentó mientras atravesaban la muchedumbre en dirección a las puertas de la entrada.

—Por ahora —dijo Jean.

—Maese de Ferra —dijo con una sonrisa el portero principal al verlos llegar—, maese Kosta, ¿quieren que llame a un carruaje?

—No hace falta, gracias —dijo Locke—. Creo que acabaré cayéndome en la acera si no me despejo antes con el aire de la noche. Caminaremos.

—Como desee, señor.

Con precisión militar, cuatro criados mantuvieron abiertas las puertas para que Locke y Jean pasaran por ellas. Ambos ladrones descendieron con mucho cuidado por los numerosos escalones cubiertos con una alfombra de terciopelo rojo. Como toda la gente de la ciudad sabía, aquella alfombra se arrojaba a la basura cada noche y se reemplazaba por otra nueva.

La perspectiva daba vértigo; a su derecha, la forma en cuarto creciente de la isla era visible más allá de las siluetas de las demás casas de azar. El norte estaba relativamente oscuro, en contraste con el nimbo que circundaba los Peldaños Dorados. Al otro lado de la ciudad, por sur, oeste y norte, el Mar de Bronce, iluminado por las tres lunas bajo un cielo sin nubes, fosforescía con los tonos de la plata. Aquí y allá, las velas de los navíos distantes aportaban una palidez fantasmal a aquel cuadro pintado como con mercurio.

Locke miró más abajo, hacia su izquierda, y contempló las titubeantes alturas de las cinco terrazas más bajas de la isla, en una visión que, a pesar de la solidez de las piedras que pisaba, le dio vértigo. A su alrededor sólo escuchaba los murmullos de placer de los seres humanos y el estruendo que hacían los carruajes tirados por caballos al pisar los adoquines; al menos había una docena de aquéllos recorriendo la recta de la avenida que se encontraba en la sexta terraza. Más arriba, la Aguja del Pecado penetraba las tinieblas opalescentes entre el fulgor de sus faroles alquímicos, como si fuera una vela que quisiera llamar la atención de los dioses.

—Y ahora, mi querido pesimista profesional —dijo Locke mientras se alejaba con Jean de la Aguja del Pecado y ambos comenzaban a sentir cierta sensación de intimidad—, mi inquieto mercader, mi inagotable fuente de dudas y de burlas… ¿qué tiene que decir de *todo esto?*

—Oh, ciertamente muy poco, maese Kosta. Es muy difícil pensar al estar aún intimidado por la sublime genialidad de su plan.

—Eso que dices se parece bastante al sarcasmo.

—Pues te fastidias —dijo Jean—. ¡Siempre me lías! Tus inclasificables virtudes criminales han triunfado una vez más, pues son tan imparables como las olas, que van y vienen. Me arrojo a tus pies y te pido la absolución. Tuyo es el genio que alimenta el corazón del mundo…

—Entonces tú eres…

—Si tuviéramos a mano un leproso —proseguía Jean—, sólo tendrías que imponerle las manos para curarle mágicamente…

—Vamos, no digas tantas gilipolleces sólo porque me tienes envidia.

—Es posible —dijo Jean—. En este momento somos considerablemente más ricos, no nos han pillado, no estamos muertos, somos más famosos y seremos bien recibidos en la sexta planta. Debo reconocer que estaba confundido cuando dije que era un plan para tontos.

—¿De veras? Uh —mientras hablaba, Locke no había dejado de tocarse las solapas de la casaca—, porque tengo que admitir que *era* un plan descabellado. Un trago más y hubiéramos estado acabados. La verdad es que estoy condenadamente sorprendido de que saliéramos enteros de todo aquello.

Hurgó por debajo de la solapa de su casaca durante uno o dos segundos y extrajo de ella una pequeña madeja de lana del tamaño de uno de sus pulgares. Desprendió un poco de polvo cuando Locke la introdujo en uno de los bolsillos exteriores, tras lo cual se sacudió vigorosamente las manos en las mangas, todo ello sin dejar de caminar.

—Estar a punto de perder sólo es otra manera de decir que se terminó ganando —puntualizó Jean.

—Sin embargo, el licor casi me vence. La próxima vez que sea demasiado optimista respecto a mis capacidades puedes corregirme con un hachazo en el cráneo.

—Me encantará corregirte con dos.

El plan había tenido éxito gracias a la señora Izmila Corvaleur. La señora Corvaleur, que, una semana antes, se había cruzado en los senderos del juego con «Leocanto Kosta», la misma que tenía el elegante hábito de comer con los dedos para confundir al contrario mientras jugaba a las cartas.

Era muy cierto que en el Carrusel del Riesgo *no se podía* hacer trampas según los métodos tradicionales. Ninguno de los criados de Requin habría manipulado una baraja ni en cien años, ni siquiera a cambio de un ducado. Ningún jugador podía manipular el carrusel, escoger un vial para favorecer a otro o para servírselo a quien fuera. Eliminadas de tal suerte las posibilidades de que cualquier jugador ingiriera, adrede, cualquier sustancia, la única posibilidad que quedaba era que aquél la fuera

tomando poco a poco, ingiriéndola de una manera tan sutil como prohibida. Una manera que no pudiera detectarse y que ni siquiera suscitara una saludable paranoia.

Como el polvo narcótico con el que Locke y Jean habían impregnado las cartas en pequeñísimas cantidades, el cual había pasado a la mujer que no dejaba de chuparse los dedos mientras jugaba.

La *bela paranella* era un polvo alquímico incoloro e insípido, también conocido como «el Amigo Nocturno». Era muy popular entre la gente rica de constitución nerviosa, que lo tomaba para lograr un sueño profundo y reparador. Cuando se mezclaba con alcohol, la *bela paranella* hacía efecto rápidamente, aunque hubiera sido ingerida en pequeñas cantidades; ambas sustancias se complementaban del mismo modo que el fuego y el pergamino reseco. Y hubiera podido emplearse profusamente con propósitos criminales si no hubiese sido porque se vendía en hierro blanco, a veinte veces su propio peso.

—Por los dioses, aquella mujer tenía la constitución de una galera de guerra —comentó Locke—. A la tercera o cuarta mano ya debió de haber ingerido bastante polvo… posiblemente más cantidad de la necesaria para acabar con una pareja de jabalíes cachondos.

—Al menos conseguimos lo que nos proponíamos —dijo Jean, quitándose de la casaca su propia reserva de polvo. Luego de contemplarla durante unos instantes, se encogió de hombros y la guardó en un bolsillo.

—Es cierto que lo conseguimos… ¡pudimos verle! —dijo Locke—. A Requin. Estaba en la escalera, vigilándonos en mitad de la partida durante varias manos. *Seguro* que despertamos en él un interés personal —las excitantes ramificaciones de lo sucedido lograron despejar parte del laberinto en que se habían convertido los pensamientos de Locke—. ¿Por qué enviaría a Selendri en persona para darnos una palmadita en la espalda?

—Bueno, suponiendo que estés en lo cierto, ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Quieres seguir en la brecha, como decías, o has pensado en tomarte las cosas con más calma? ¿Quizá seguir jugando en las plantas quinta y sexta unas cuantas semanas más?

—¿Unas cuántas semanas más? ¡Y un cuerno! Ya llevamos dos años pisoteando esta ciudad maldita de los dioses; si, finalmente, hemos logrado romper el cascarón de Requin, creo que tendremos que echarle un par de pelotas y seguir adelante.

—Me parece que estás sugiriendo que lo hagamos esta misma noche, ¿estoy en lo cierto?

—Hemos conseguido picar su curiosidad. Lo mejor es golpear con la hoja recién salida de la forja.

—Creo que todo lo que has bebido te hace ser más impulsivo.

—La bebida me hace ver el lado bueno y divertido de las cosas; son los dioses quienes me hacen ser más impulsivo.

—¡Eh, ustedes, quédense ahí! —dijo una voz que provenía de la calle que desembocaba en el lugar donde se encontraban.

Locke se puso en tensión.

—¿Perdón?

Un joven verrarí, con apariencia de depredador y larga cabellera negra, miraba a Locke y a Jean con los brazos abiertos y las palmas hacia delante. Le pareció ver que varias personas bien vestidas estaban a su lado, justo al borde de un terreno de césped bien cuidado que a Locke le pareció un campo para el duelo.

—Quédense ahí, se lo ruego —dijo el joven—. Me temo que debemos arreglar cierto asunto y que una saeta puede salir volando en cualquier momento, así que les ruego que aguarden un momento.

—Vaya, vaya —Locke y Jean se tranquilizaron al instante. Si alguien quería hacer un duelo con ballestas, tanto la cortesía como el sentido común prescribían el quedarse fuera del campo del honor hasta que hubieran cesado los disparos. De aquella manera, ninguno de los duelistas era distraído por cualquier espectador ni le clavaba accidentalmente un dardo a quienquiera que pasara.

El terreno reservado para el duelo tenía unos cuarenta metros de largo y la mitad de ancho, y se hallaba iluminado por los faroles de luz blanca y difusa que pendían de unos soportes de hierro situados en sus cuatro esquinas. En el centro del terreno se encontraban dos duelistas asistidos por sus padrinos, de suerte que las cuatro sombras grises que arrojaba cada uno de aquellos hombres se entrecruzaban con las que proyectaban los demás. A Locke no le interesaba gran cosa aquel espectáculo, a pesar de que se suponía que era Leocanto Kosta, un hombre de mundo a quien no le importaba que unos extraños convirtieran sus propios cuerpos en acericos. Él y Jean se fundieron con la muchedumbre de espectadores de la manera más discreta posible; al otro lado del campo acababa de juntarse un gentío similar.

Uno de los duelistas era un hombre muy joven, ataviado a la moda con los elegantes ropajes sueltos de un caballero; llevaba gafas, y el cabello le llegaba hasta los hombros, formando rizos muy bien cuidados.

Su rival de casaca roja era de mucha más edad, un poco cargado de hombros y trabajado por la vida. No obstante, parecía tener el ánimo suficiente para disparar. Cada uno de ellos llevaba una ballesta ligera… del mismo tipo que los ladrones de Camorr llaman «de callejón».

—Caballeros —dijo el padrino del duelista más joven—, por favor, ¿no podemos llegar a un acuerdo?

—No, a menos que el caballero de Lashain se retracte del insulto proferido —comentó el duelista más joven con voz chillona y nerviosa—. Me sentiré básicamente satisfecho con que simplemente reconozca…

—No, eso *no puede ser* —dijo el hombre que asistía al duelista mayor—. Su

Señoría no tiene la costumbre de ofrecer disculpas por el hecho de declarar lo que es evidente.

—… con que *simplemente reconozca* —proseguía a la desesperada el duelista joven— que el incidente fue debido a una confusión desafortunada, y que no es necesario…

—Si Su Señoría condescendiera a hablar con usted —dijo el padrino del duelista mayor—, es evidente que notaría que gime como una loba y, en consecuencia, le gustaría averiguar si también puede morder como una de ellas.

Durante unos segundos, el duelista joven se quedó mudo; luego, con la mano libre, hizo un gesto poco educado al hombre mayor.

—Me veo obligado —dijo su padrino—, sí, obligado… a admitir que no podemos llegar a ningún acuerdo. Que los caballeros se pongan… espalda contra espalda.

Ambos contrarios echaron a caminar el uno hacia el otro (el hombre mayor con vigor, mientras que el joven daba pasos imprecisos) y luego se volvieron.

—Deben caminar diez pasos —dijo el padrino del más joven, con la amargura de la resignación— y luego esperar. A mi señal, ambos darán media vuelta y dispararán.

Comenzó a contar muy despacio los pasos y, lentamente, ambos contendientes se alejaron el uno del otro. El más joven se estremecía de un modo incontrolado. Locke sintió que una bola de tensión a la que no estaba acostumbrado le subía por el estómago. ¿Desde cuándo se había convertido en un tipo tan blando? Que no le gustara mirar no quería decir que él no hubiera podido acabar en una situación similar… Pero a lo que le roía el estómago poco le importaban los pensamientos que rondaban por su mente.

—… Nueve… diez. Alto —dijo el padrino del duelista más joven—. No se muevan… ¡Media vuelta! ¡Disparen!

El hombre más joven se volvió primero, el rostro convertido en una máscara de terror; luego adelantó la mano derecha y disparó. Un nítido tañido de cuerdas recorrió el campo del duelo. Su rival ni siquiera se echó hacia atrás cuando el dardo atravesó siseando el aire que estaba cerca de su cabeza, de la que se alejó por lo menos una cuarta.

El viejo de la casaca roja completó los pasos con más lentitud, los ojos brillantes y la boca convertida en una mueca de desprecio. Su rival más joven se le quedó mirando durante unos segundos, como si quisiera que el dardo, que había salido volando, regresara a sus manos tal y como hubiera hecho un ave amaestrada. Se estremeció, bajó la ballesta y la arrojó encima de la hierba. Luego se quedó esperando con las manos en las caderas, dando profundas y sonoras boqueadas.

Su oponente le miró un instante y luego lanzó un bufido.

—Que te jodan —dijo, y levantó la ballesta con ambas manos. El disparo fue perfecto; con un crujido húmedo, el duelista más joven se derrumbó, muerto, con las

plumas del dardo asomándole por en medio de la frente. Cayó de espaldas, agarrándose la camisa y la casaca y escupiendo sangre negra. Media docena de espectadores se abalanzaron sobre él, mientras que una mujer joven, vestida con un traje de noche de tonos plateados, caía de rodillas y gritaba.

—Estaremos de vuelta justo a la hora de cenar —comentó el duelista más viejo sin dirigirse a nadie en particular. Dejó caer la ballesta con despreocupación y se dirigió con paso firme y sonoro hacia una de las grandes casas de azar que se encontraban cerca, su padrino con él.

—Joder con el querido Perelandro —dijo Locke, olvidando a Leocanto Kosta por un momento y pensando en voz alta—, vaya una manera de arreglar las cosas.

—¿No lo aprueba, señor? —una joven encantadora, ataviada con un vestido de seda negra, miraba a Locke con ojos tan penetrantes que causaban desconcierto. No podía tener más de dieciocho o diecinueve años.

—Sé que ciertas diferencias de opinión deben dirimirse con el acero —Jean se entrometía al pensar que Locke estaba demasiado achispado para salir airoso de la situación.

—Los estoques son aburridos; todo el rato de atrás adelante y sin apenas un buen mandoble capaz de matar al contrario —dijo la joven—. Los dardos son rápidos, limpios y piadosos. Puedes pasarte toda la noche acuchillando a alguien con un estoque y no conseguir matarlo.

—Me siento completamente obligado a darle la razón —murmuró Locke.

La mujer enarcó una ceja, pero no dijo nada; instantes después se había ido, confundiéndose con la muchedumbre que se dispersaba.

El alegre murmullo de la noche (la risa y el parloteo de los corrillos de hombres y mujeres que pasaban el rato bajo las estrellas), que se había acallado brevemente mientras duraba el duelo, volvía nuevamente a la vida. La mujer del vestido plateado golpeaba la hierba con los puños, sollozando, mientras la gente que rodeaba al duelista muerto dio la impresión de haberse caído al suelo al unísono cuando se agacharon para verle. El disparo había sido certero.

—Rápido, limpio y piadoso —comentó Locke en voz baja—, idiotas.

Jean suspiró.

—Ninguno de nosotros dos tiene derecho a hacer ese comentario desde que el epitafio «Idiotas malditos por los dioses» sólo espera el momento de ser escrito en nuestras tumbas.

—Tenía razones para hacer lo que hice, lo mismo que tú.

—Estoy seguro de que esos duelistas pensaban lo mismo.

—Salgamos de aquí de una puñetera vez —dijo Locke—, a ver si se me despeja la mente de los vahos alcohólicos mientras nos vamos a la posada. Dioses, me siento viejo y amargado. Cuando veo cosas como ésta me pregunto si era tan

condenadamente estúpido cuando tenía la edad del joven muerto.

—Lo eras más —dijo Jean—, incluso hasta hace poco. Y quizá aún lo seas.

5

La melancolía de Locke fue evaporándose poco a poco, al mismo tiempo que su ofuscación alcohólica, a medida que bajaban los Peldaños Dorados y se dirigían a su objetivo, caminando hacia el norte y tomando la parte noroeste de la Gran Galería. Los artesanos (¿también tendrían artesanas?, ¿esos artesanos fueron humanos?) de los Antiguos, responsables de la construcción de Tal Verrar, habían cubierto todo el distrito con tejados abiertos por un lado que estaban fabricados con cristal antiguo, los cuales bajaban desde la parte más alta, situada en la sexta terraza, hasta el mar que bañaba la región más occidental de la isla, dejando al menos diez metros de espacio bajo ellos en todos los puntos de aquel recorrido. Unas extrañas columnas retorcidas de cristal se elevaban a intervalos irregulares, similares a vides sin hojas que treparan desde el suelo y hubieran sido esculpidas en hielo. De un extremo a otro, el techo de cristal de la Galería cubría una longitud aproximada de mil metros.

Al otro lado de la Gran Galería, al nivel del suelo de la isla, se encontraba el Barrio de Quita y Pon, levantado sobre unas terrazas sobre las cuales los indigentes más miserables tenían el privilegio de construir con escombros las chabolas rechonchas y los refugios que quisieran. Lo único que resultaba problemático de todo aquello era que cualquier viento fuerte procedente del norte, especialmente el que sopla durante el lluvioso invierno, solía remodelar el urbanismo del lugar.

De un modo perverso, el distrito que se encontraba por encima y, justamente, al sudeste del Barrio de Quita y Pon, la Savrola, era el carísimo enclave de los expatriados, lleno de extranjeros que malgastaban sus dineros. En él se encontraban las mejores posadas, entre las que se contaba la que Locke y Jean empleaban para ocultar en ella sus identidades alternativas de hombres acaudalados. La Savrola se hallaba protegida del Barrio de Quita y Pon por altos muros de piedra, y profusamente patrullada por policías verraríes y mercenarios privados.

De día, la Gran Galería se convertía en el mercado principal de Tal Verrar. Cada mañana, mil comerciantes instalaban sus casetas bajo ella sin agotar el espacio disponible, pues, aunque la ciudad aún pudiera crecer muchísimo, aún quedaba sitio para otras cinco mil más. Por una curiosa coincidencia, los visitantes que se hospedaban en la Savrola, y que no tomaban el barco, no tenían más remedio que cruzar el mercado de cabo a rabo para subir hasta los Peldaños Dorados o para abandonarlos.

Desde el continente, luego de cruzar las islas de cristal, acababa de llegar a la Galería el viento del este. En medio de la oscuridad, las pisadas de Locke y de Jean

resonaban bajo aquel vasto espacio hueco; la suave luz de las lámparas situadas en algunos de los pilares de cristal creaba islas irregulares de claridad. Montones de hojarasca salían volando de entre sus pies, así como mechones de humo procedentes de fuegos invisibles. Algunos comerciantes llevaban al lugar a miembros de su familia para que se acomodaran en ciertos sitios preferentes y pasaran la noche… por no hablar de los eternos vagabundos del Barrio de Quita y Pon, que buscaban intimidad entre las sombras de la vacía Galería. En el transcurso de la noche, las patrullas solían entrar varias veces en la Galería marcando el paso, pero jamás encontraban a nadie dentro de las casetas.

—Qué desierto está este sitio al anochecer —comentó Jean—, no puedo decir si me molesta o si me encanta.

—Seguro que te encantaría menos si no llevaras a la espalda un par de hachas bien escondidas.

—Mmm.

Siguieron caminando durante cinco minutos más. Locke se masajeó el estómago y dijo algo para sí.

—Jean, ¿por un casual… no tendrás hambre?

—Pues sí, como siempre. ¿Acaso necesitas un poco más de lastre para el licor?

—Me parece buena idea. Maldito carrusel. Si llegamos a perder otra mano más, hubiera acabado por pedirle la mano a aquella dragona humeante a quien los dioses maldigan.

—Muy bien, pues vayámonos a hacer una incursión en el Mercado Nocturno.

En la terraza más alta sobre la que se asentaba la Gran Galería, en el extremo noreste del distrito que se hallaba cubierto por ella, Locke distinguió la parpadeante luz de los faroles y de varios fuegos encendidos dentro de barriles, así como las siluetas imprecisas de unas cuantas personas. El comercio jamás se asentaba de manera duradera en Tal Verrar, pues, con tantos millares de personas yendo y viniendo por los Peldaños Dorados, había el suficiente dinero flotante para que unas cuantas docenas de comerciantes se arriesgaran diariamente a plantar sus puestos al anochecer. El Mercado Nocturno era muy conveniente y siempre resultaba mucho más excéntrico que su contrapartida diurna.

Cuando Locke y Jean se encaminaron hacia el bazar bajo la brisa nocturna, pudieron disfrutar de la excelente perspectiva del puerto interior, con su oscura floresta de mástiles de buques. Al otro lado del mismo, el resto de las islas que conforman la ciudad aparecían indudablemente dormidas, salpicadas aquí y allá por parches de luz que contrastaban con la luminosidad libertina de los Peldaños Dorados. En el corazón de la ciudad, las tres islas con forma de cuarto creciente de los Gremios Mayores (alquimistas, artífices y comerciantes) se hacían un ovillo alrededor de la base de la rocosa y alta *Castellana*, como si fueran bestias dormidas.

Y en la cumbre de la *Castellana*, como una colina de piedra que dominara un campo plantado con mansiones, se alzaba la vaga silueta de la Mon Magisteria, la fortaleza del Arconte.

Aunque, supuestamente, Tal Verrar estaba gobernada por el *Priori*, una parte significativa de la autoridad iba a parar al hombre que vivía en aquel palacio, el Maestro de Armas de la ciudad. La oficina del Arconte había sido creada, después de las antiguas desgracias sufridas por Tal Verrar durante la Guerra de los Mil Días contra Camorr, para hacerse cargo del ejército y de la marina, que, de tal suerte, escapaban al control del gremio de los comerciantes, siempre en lucha consigo mismos. Pero el problema que surge cuando se entrega el poder a los dictadores militares, reflexionaba Locke, es que hay que deponer a éstos una vez terminada la crisis. No sólo era el caso de que el primer Arconte hubiera «declinado» la jubilación, sino de que su sucesor estaba un poco más decidido que él a interferir en los asuntos públicos. Aunque se mantuvieran algunos bastiones de frivolidad, como los Peldaños Dorados y los refugios para expatriados al estilo de la Savrola, las diferencias entre el Arconte y el *Priori* mantenían en vilo a la ciudad.

—¡Caballeros! —la voz que les llegaba por la izquierda acababa de desarticular los pensamientos de Locke—, honrados señores, un paseo por la Gran Galería jamás puede ser completo sin un refrigerio.

Locke y Jean acababan de llegar a la entrada del Mercado Nocturno, y, como no había más clientes potenciales a la vista, los rostros de al menos una docena de comerciantes escrutaron intensamente los suyos desde el interior de los pequeños círculos de los fuegos que habían encendido o de sus faroles.

El primer verrarí decidido a exhibir su mercancía ante las puertas del buen juicio de Locke y de Jean era un hombre manco muy entrado en años, cuyos cabellos trenzados le llegaban a la cintura. Enarbolaba ante ellos un cucharón de madera con el que señalaba cuatro pequeños barriles, dispuestos encima de un mostrador portátil que se asemejaba a una carretilla cubierta con una tabla.

—¿Qué comida puede ofrecernos?

—Exquisiteces de la mesa del mismísimo Iono, el sabor más agradable que puede dar el mar: ojos de tiburón en salmuera, recientemente arrancados. Cubierta crujiente, interior blando, jugo dulce.

—¿Ojos de tiburón? No, por los dioses —Locke puso cara de asco—. ¿No tiene otras partes más convencionales? ¿Hígado? ¿Agallas? Una empanada de agallas nos vendría bien.

—¿Agallas? Señor, las agallas carecen de las virtudes que poseen los ojos; los ojos tonifican los músculos, previenen el cólera y reafirman los mecanismos que el hombre necesita para cumplir con ciertos, ah, deberes maritales.

—No necesito reafirmar ningún mecanismo al respecto —dijo Locke—, y me

temo que en estos momentos mi estómago se encuentra demasiado inquieto para apreciar las excelencias de los ojos de tiburón.

—Qué pena, señor. Siento no disponer de agallas que ofrecerle, pues sólo tengo ojos y poca cosa más. Pero los tengo de varios tipos: de tiburón-guadaña, de tiburón-lobo, de viudo azul…

—Amigo, creo que vamos a pasar —dijo Jean, y echó a andar con Locke.

—¿Fruta, mis dignos señores? —el comerciante que iba a continuación era mujer, una joven alta y delgada, confortablemente instalada en una levita de color crema varias tallas más grandes, que montaba guardia ante una pila de cestas de punto; llevaba un sombrero de cuatro picos del que pendía, sujeto con una cadena, un globo alquímico que le llegaba hasta un hombro—. ¿Fruta alquímica, híbridos frescos? ¿Conocen la naranja Sofía de Camorr? Elabora por sí misma su propio licor, muy dulce y fuerte.

—La… conocemos —dijo Locke—, pero ahora no estaba pensando, precisamente, en más licor. ¿Puede recomendarnos algo para asentar el estómago?

—Peras, señor. No habría estómagos indispuestos en el mundo si todos fuéramos lo suficientemente inteligentes para tomarnos varias al día.

Levantó una de las cestas medio llenas y mostró su contenido. Locke examinó las peras, que le parecieron bastante enteras y frescas, y escogió tres.

—Cinco centira —dijo la frutera.

—¿Un volani? —Locke dio muestras de sentirse ultrajado—, ni aunque la puta favorita del Arconte las hubiera tenido entre las piernas y se hubiera frotado con ellas antes de ofrecérmelas. Una centira sería demasiado incluso por todo el lote.

—Por una centira no le daría ni el rabo. No voy a perder cuatro monedas a cambio de una.

—Para mí sería un acto de piedad suprema —dijo Locke— darle dos. Afortunadamente para usted, reboso generosidad; puede quedarse con la propina.

—Eso sería insultar a los hombres y a las mujeres que las cultivaron en los cálidos viveros del Creciente de los Manos Negras; pero quizá nos pongamos de acuerdo en tres.

—Tres —dijo Locke con una sonrisa—. Aunque, hasta ahora, jamás me habían robado en Tal Verrar, me siento lo suficientemente hambriento para otorgarle el honor.

Y le pasó a Jean dos de las peras sin mirarle, mientras rebuscaba en uno de los bolsillos de su casaca para encontrar las monedas de cobre. Cuando le entregó tres cobres a la frutera, ésta asintió.

—Buenas noches tenga usted, maese Lamora.

Locke se quedó helado y la miró.

—¿Perdón?

—Que tenga buenas noches… es lo que he dicho, mi ilustre señor.

—¿No ha dicho…?

—¿Qué es lo que no he dicho?

—Ah, nada —Locke tragó aire, nervioso—. Creo que he bebido demasiado, eso es todo. Buenas noches tenga usted.

Él y Jean abandonaron el puesto, y Locke le dio un mordisco de prueba a su pera. Estaba en un estado excelente, ni demasiado dura, ni demasiado seca, ni demasiado pastosa.

—Jean —dijo entre dos bocados—, ¿oíste lo que me dijo antes de irnos?

—Me temo que lo único que he escuchado ha sido el grito de muerte de esta desafortunada pera. Mira lo que dice: «Nooo, no me comas, por favor, nooo…» —Jean acababa de dejar reducida al corazón la primera pera; mientras Locke le miraba, se llevó el corazón a la boca, lo masticó ruidosamente y se lo tragó entero, excepto el rabo, que tiró al suelo.

—Por los trece dioses —dijo Locke—, ¿por qué *tienes* siempre que hacer eso?

—Porque me gustan los corazones —respondió Jean un tanto resentido—. Me gustan todas las cositas que son crujientes.

—Las cabras también se comen unas cositas crujientes que son asquerosas.

—No eres mi madre.

—Estamos de acuerdo. Tu madre tenía que ser bastante fea. Oh, no me mires así. Adelante, cómete otro corazón: tiene alrededor una excelente pera que es muy jugosa.

—¿Qué te dijo esa mujer?

—Dijo… Oh, por los dioses, no dijo nada. Sólo que estoy un tanto achispado, eso es todo.

—¿Quieren faroles alquímicos, señores? —un hombre con barba esgrimía ante ellos uno de sus brazos, del que colgaban al menos media docena de pequeños faroles decorados—. Dos caballeros tan bien vestidos no deben caminar sin luz. Sólo los tramposos que huyen se esconden en la oscuridad para que no los vean. No encontrarán mejores faroles en toda la galería, ya sea ahora o por el día.

Jean despachó al hombre con un gesto de la mano mientras él y Locke se terminaban las peras. Locke arrojó con descuido el corazón de la suya por encima del hombro, mientras Jean se la llevaba a la boca, cerciorándose de que Locke le mirase mientras lo hacía.

—Mmmmmm —murmuró con la boca medio llena—, ambrosía. Tú y tus cobardes secuaces culinarios no sabéis lo que os perdéis.

—¿Escorpiones, caballeros?

Aquellas palabras consiguieron que Locke y Jean se detuvieran en seco. Su interlocutor se cubría con una capa: era un hombre calvo con la piel de color café propia de los isleños de Okanti; se encontraba a varios miles de kilómetros de su

hogar. Sonrió cuando se inclinó ligeramente hacia sus mercancías, mostrando una dentadura blanca y bien cuidada; estaba de pie al lado de una docena de cajitas de madera; en varias de ellas podía apreciarse cómo se movían unas formas oscuras.

—¿Escorpiones? ¿Escorpiones auténticos, escorpiones vivos? —Locke se agachó para mirar mejor las cajas, aunque manteniendo las distancias—. ¿Para qué los tiene?

—Vaya, por lo que veo han debido llegar hace poco —el therinés de aquel hombre tenía un ligero acento—. Mucha gente del Mar de Bronce está demasiado familiarizada con el escorpión gris de roca. ¿Son de Karthain, quizá de Camorr?

—De Talisham —dijo Jean—. ¿Estos escorpiones grises de roca provienen de aquí?

—Del continente —respondió el mercader—. Y su uso es, fundamentalmente, ahh, recreativo.

—¿Recreativo? ¿Son mascotas?

—Oh, realmente no lo son. El aguijón, como ve…, el aguijón del escorpión gris de roca es un asunto complicado. Primero llega el dolor, cálido y punzante, tal y como se puede esperar. Pero pocos minutos después se siente un entumecimiento agradable, una especie de sueño febril. No es muy diferente de los efectos de esos polvos que se fuman los jeremitas. Después de unas cuantas picaduras, el cuerpo comienza a acostumbrarse a ellas. El dolor disminuye y la ensoñación crece.

—¡Asombroso!

—Lo sabe todo el mundo —dijo el mercader—. Sólo unos pocos hombres y mujeres de Tal Verrar tienen a mano uno de ellos, aunque no lo confiesen en público. El efecto es tan placentero como el del licor y, últimamente, sale menos caro.

—Mmmm —Locke se rascó la barbilla—. Creo que jamás he intentado pincharme con una botella de vino. Esto que nos cuenta, ¿no será sólo un disparate, un poco de entretenimiento para turistas que no tienen ni idea?

La sonrisa del comerciante se hizo más marcada. Extendió el brazo derecho y se remangó la capa; la piel oscura de su esbelto antebrazo estaba sembrada de pequeñas cicatrices circulares.

—Jamás ofrecería un producto que antes no hubiera comprobado personalmente.

—Admirable —dijo Locke—. Y fascinante, pero… quizá sea mejor que ciertas costumbres de Tal Verrar permanezcan inexploradas.

—Lo que dice cuadra perfectamente con sus propios gustos —sin dejar de sonreír, aquel hombre volvió a cubrirse el brazo con la capa y cruzó las manos—. A fin de cuentas, jamás le han gustado los halcones-escorpión, maese Lamora.

Entonces Locke sintió una opresión helada en el pecho. Miró al instante a Jean y descubrió que el hombretón se había puesto súbitamente en tensión. Intentando dar una impresión de tranquilidad, Locke carraspeó.

—¿Perdón?

—Lo siento —el comerciante le guiñó un ojo con aire inocente—. Sólo quería desearles una noche agradable, caballeros.

—Muy bien —Locke le miró intensamente durante unos instantes y luego retrocedió, dio media vuelta y reanudó su camino por el Mercado Nocturno. Jean no tardó en llegar a su lado.

—Lo has oído —susurró Locke.

—Alto y claro —dijo Jean—. Me pregunto para quién trabaja nuestro cordial vendedor de escorpiones.

—No sólo él —murmuró Locke—, la vendedora de fruta también me llamó «Lamora». Tú no lo escuchaste, pero yo sí, y más que bien.

—Mierda. ¿Quieres que demos la vuelta y que agarremos a alguno?

—¿Va a algún sitio, maese Lamora?

Poco le faltó a Locke para tropezar con la mujer de mediana edad que, llegando hasta ellos por la derecha, acababa de abordarles; intentó coger con una mano el estilete de quince centímetros que guardaba escondido en la manga de la casaca; Jean se llevó un brazo a la espalda.

—Creo que se ha confundido, señora —dijo Locke—. Me llamo Leocanto Kosta.

La mujer no hizo ademán de moverse; simplemente sonrió y dijo con sorna:

—Lamora… Locke Lamora.

—Jean Tannen —añadió el vendedor de escorpiones, saliendo de detrás de la mesita llena de pequeñas cajas. Otros vendedores se iban acercando lentamente por detrás de él, mirando fijamente a Locke y a Jean.

—Creo que, ah, todo esto es un *malentendido* —dijo Jean. Acababa de sacar la mano derecha de la casaca; por su larga experiencia, Locke sabía que el extremo del mango de una de aquellas hachas descansaba en su palma y que el propio mango se hallaba oculto en la manga.

—Nada de malentendidos —aseguró el vendedor de escorpiones.

—Espina de Camorr… —dijo una niña que acababa de aparecer para cortarles la fuga por la parte de la Gran Galería que da a la Savrola.

—Espina de Camorr —repitió la mujer de mediana edad.

—Caballeros Bastardos —dijo el vendedor de escorpiones— que se encuentran muy lejos de su hogar.

Con el corazón martilleándole en el pecho, Locke echó un rápido vistazo a su alrededor. Con la certeza de que ya había pasado el momento de ser discretos, dejó que el estilete cayera en sus dedos pringosos. Daba la impresión de que todos los comerciantes del Mercado Nocturno se interesaban por ellos; estaban rodeados, y los comerciantes estrechaban lentamente el círculo. Arrojaban unas sombras alargadas en el pavimento, justo a los pies de Locke y de Jean. ¿Era la imaginación de Locke o algunas luces se estaban apagando? La Gran Galería parecía más oscura…

Maldición, unos cuantos faroles acababan de apagarse justo delante de sus ojos.

—Esto ha llegado demasiado lejos —comentó Jean mientras exhibía una de sus hachas en la mano derecha y se situaba detrás de Locke para juntar su espalda con la suya.

—¡No os acerquéis! —exclamó Locke—. ¡Abandonad ahora mismo toda esta mierda sobrenatural o correrá la sangre!

—Ya ha corrido la sangre… —dijo la niña.

—Locke Lamora… —murmuraron a coro todos los que les rodeaban.

—Ya ha corrido la sangre, Locke Lamora —dijo la mujer de mediana edad.

Las luces de las últimas lámparas alquímicas que aún seguían encendidas en la periferia del Mercado Nocturno disminuyeron de intensidad; cuando los últimos fuegos se apagaron, Locke y Jean se enfrentaron al círculo de vendedores bajo la débil claridad que les llegaba del puerto interior y el irreal parpadeo de los faroles que se encontraban dentro de la vasta Galería desierta, demasiado apartados para infundirles algo de ánimo.

La niña dio un paso hacia ellos; sus ojos eran grises y de mirada fija.

—Maese Lamora, maese Tannen —dijo con su nítida vocecita—, el halconero de Karthain les envía sus saludos.

6

Locke se quedó mirando a la niña con la mandíbula medio caída. Ella se deslizó hacia donde se encontraban como si fuera una aparición, hasta detenerse a una distancia de sólo dos pasos. Al pensar en la locura que suponía el amenazar con un estilete a una niña que apenas tenía un metro de estatura, Locke sintió remordimientos; pero entonces ella sonrió con frialdad en la penumbra, y la malicia que escondía aquella sonrisa le hizo apretar con fuerza la empuñadura del estilete. La niña se le acercó lo suficiente para tocarle la barbilla.

—Aunque no pueda hablar —dijo.

—Aunque no pueda hablar por sí mismo —coreó el círculo de vendedores que permanecían inmóviles entre las sombras.

—Aunque esté loco —dijo la niña, extendiendo lentamente las palmas hacia Locke y Jean.

—Loco por el dolor, loco más allá de cualquier medida… —susurró el coro.

—Aún le quedan amigos —dijo la niña—. Y sus amigos no olvidan.

Jean, que seguía espalda con espalda junto a Locke, se movió, y al instante sacó la otra hacha, las cortantes cabezas de acero pavonado de ambas frente a la noche.

—Creo que por aquí cerca debe de andar algún mago de Karthain —susurró.

—¡Mostraos, malditos cobardes! —exclamó Locke, mirando a la niña.

—Preferimos mostrarles nuestro poder —dijo ella.

—¿Qué más necesitan…? —susurraron los vendedores formados en círculo, con ojos tan vacuos como los estanques que reflejan la luz en sus aguas.

—¿Qué más necesita ver, maese Lamora? —la niñita hizo una reverencia que más bien era una parodia siniestra.

—No sé lo queréis —dijo Locke—, pero dejad aparte a esta gente. Hablad con nosotros de una puta vez. No queremos hacerles daño.

—*Por supuesto*, maese Lamora…

—Por supuesto… —susurró el coro.

—Por supuesto que ése es el *punto* —dijo la niña—. Así que quiere escuchar lo que tengamos que decir.

—Entonces, contadme qué malditos asuntos os traen hasta aquí.

—Deben responder —dijo la niña.

—Responder al halconero. Los dos.

—De todos… ¡jodeos! —exclamó Locke, cuya voz había llegado a convertirse en un grito—. Ya respondimos al halconero. Nuestra respuesta fue que perdió la lengua y diez dedos por matar a tres amigos nuestros. ¡Os lo devolvimos con vida, que era más de lo que se merecía!

—No les correspondía juzgar —siseó la niña.

—Juzgar a uno de los magos de Karthain… —susurró el coro.

—No les correspondía juzgar, ni siquiera presumir que conocían una ínfima parte de nuestras leyes —dijo la niña.

—Todo el mundo sabe que matar a un mago de la Liga se castiga con la muerte —dijo Jean—. Eso y poco más. Nosotros le dejamos con vida y nos molestamos en devolvéroslo. El asunto está zanjado. Si queríais un tratamiento más complejo, habednos enviado, entonces, una puñetera carta.

—Esto no es un simple asunto —dijo la niña.

—Es un asunto personal —dijo el coro.

—*Personal* —repitió la niña—. Ha corrido la sangre de un hermano y eso es algo que no podemos dejar sin respuesta.

—Malditos hijos de puta —dijo Locke—, ¿acaso creéis que sois iguales que los puñeteros dioses? No se trata de que yo asaltara al halconero en un callejón para quitarle la bolsa, sino que ¡él ayudó a quienes mataron a mis amigos! ¡Me importa un bledo que se haya vuelto loco, que es lo mismo que me importáis vosotros! Matadnos y proseguid con vuestros asuntos o largaos y dejad libre a esta gente.

—No —dijo el vendedor de escorpiones. Un coro de susurros que decían «no» salió de entre las sombras.

—¡Cobardes! ¡Gusanos! —Jean apuntó a la niña con el hacha mientras hablaba —. ¡No vais a asustarnos con esta mierda de teatro que no vale ni un cobre!

—Si nos obligáis a ello —añadió Locke—, lucharemos con vosotros, aunque tengamos que recorrer con las armas en la mano el camino que lleva hasta Karthain. Sangráis lo mismo que nosotros. Me parece que lo único que *podéis* hacernos es acabar con nosotros.

—No —dijo la niña con una risa ahogada.

—Podemos hacer cosas peores —dijo la vendedora de frutas.

—Podemos dejarles vivir —dijo el vendedor de escorpiones.

—Vivir con inseguridad —dijo la niña.

—Con inseguridad —repitieron a coro los mercaderes mientras comenzaban a retroceder, abriendo el círculo.

—Vigilados —dijo la niña.

—Seguidos de cerca —dijo el coro.

—Y ahora a esperar —dijo la niña—. Prosigan con sus jueguecitos y sigan robando sus pequeñas y míseras fortunas.

—Y aguarden —susurró el coro—, aguarden nuestra respuesta.

—Aguarden nuestra jugada.

—Siempre estarán a nuestro alcance —dijo la niñita— y siempre a nuestra vista.

—Siempre —musitó el coro, dispersándose lentamente hacia sus casetas, cada uno de ellos al mismo sitio que había ocupado minutos antes.

—Siempre les alcanzará el infortunio —dijo la niñita mientras se iba— por culpa del halconero de Karthain.

Locke y Jean no dijeron nada más mientras los comerciantes que los rodeaban llegaban a los lugares que habían ocupado en el Mercado Nocturno, mientras las lámparas y los fuegos encendidos dentro de los barriles volvían a recobrar paulatinamente su anterior vigor y aquella zona lucía sonrosada bajo su cálida luz. Y así terminó todo, los comerciantes volvieron a adoptar sus anteriores actitudes de falso aburrimiento, que no se pierde nada de lo que ocurre, y el parloteo de las conversaciones volvió a rodearlos una vez más. Locke y Jean ocultaron sus armas antes de que alguien llegara a fijarse en ellas.

—Por los dioses —comentó Jean, visiblemente estremecido.

—¡De repente sentí —dijo Locke muy tranquilo— que no había bebido lo suficiente del maldito carrusel! —Su visión periférica estaba rodeada de niebla; se llevó una mano a las mejillas y se sorprendió al descubrir que había estado gritando —. Bastardos —murmuró—, aprovecharse de un modo tan cobarde de una niña.

—Sí —dijo Jean.

Locke y Jean reemprendieron el camino, mirando con cautela a su alrededor. La niñita, que había servido más que nadie de intérprete para los magos de la Liga, se sentaba al lado de un hombre mayor mientras clasificaba bajo su supervisión los higos secos que iba sacando de unas pequeñas canastas. Les sonrió como una boba

cuando pasaron a su lado.

—Los odio —susurró Locke—. Odio todo esto. ¿Crees que planean de verdad algo contra nosotros, o que todo ha sido un montaje para asustarnos?

—Supongo que podrían ser las dos cosas —dijo Jean con un suspiro—. Por los dioses, *strat péti*. ¿Jugamos o lo dejamos? En el peor de los casos, tenemos varios miles de solari registrados a nuestros nombres en la Aguja. Nos los embolsamos, nos metemos en un barco y nos vamos antes de mañana por la noche.

—¿Adónde?

—A cualquier sitio.

—Si esos tíos mierdas han dicho la verdad, no queda ningún sitio a donde huir.

—Sí, pero…

—Jodamos a Karthain —Locke apretó los puños—. Creo que sabes cómo me siento. Creo que sabes cómo debía de sentirse el Rey Gris por lo que había hecho. Aunque jamás haya estado allí, me gustaría aplastar Karthain, quemar todo ese jodido lugar, hacer que se lo trague el mar. Voy a hacerlo. Que los dioses me ayuden. Voy a hacerlo.

Al escuchar aquello, Jean se paró en seco.

—Hay… otro problema, Locke. Que los dioses me perdonen.

—¿Cuál?

—Aunque tú pudieras llegar hasta allí… yo no podría. Soy el único que tiene que estar tan lejos de ti como sea posible.

—¿Qué *puñeteras* tonterías estás diciendo?

—¡Saben mi nombre! —Jean agarró a Locke por los hombros y éste hizo una mueca de dolor; aquella presa tan férrea no le sentaba bien a la vieja herida que tenía bajo la clavícula izquierda. Aunque Jean comprendió al momento su error y aflojó los dedos, su voz no perdió el tono de apremio—. Mi nombre auténtico, y pueden servirse de él. Pueden convertirme en un títere como hicieron con esa pobre gente. Soy una amenaza para ti mientras permanezca a tu lado.

—¡Me importa una mierda que conozcan tu nombre! ¿Te has vuelto loco?

—No, pero aún sigues bebido y no piensas con claridad.

—¡Claro que estoy bebido! ¿Así que *quieres* abandonarme?

—¡Por los dioses, claro que no! Pero yo…

—Cierra el pico en este mismo momento, si sabes lo que te conviene.

—¡Tienes que ser consciente de que te encuentras en peligro!

—Claro que estoy en peligro. Soy *mortal*. ¡Jean, los dioses te aman, no voy a cagarla mandándote lejos, y no voy a dejar que te vayas! Así perdimos a Calo, a Galdo y a Bicho. Si te mando lejos, perderé al último amigo que me queda en este mundo. Y *entonces*, Jean, ¿quién saldrá ganando? ¿Quién estará protegido?

Jean se encogió de hombros y entonces Locke fue consciente de formar parte de

ese proceso que lleva de la embriaguez que se disipa al dolor de cabeza que crece en intensidad, y entonces gimió.

—Jean, jamás lamentaré lo suficiente el haberte enviado a Vel Virazzo. Y jamás olvidaré todo el tiempo que estuviste conmigo, cuando hubieras podido atarme unos pesos alrededor de los tobillos y arrojarme a la bahía. Que los dioses me ayuden, *jamás* volveré a sentirme bien sin ti. Y me importa bien poco cuántos sean los magos de la Liga que saben cómo te llamas.

—Me gustaría estar seguro de que sabes lo que más nos conviene en todo este asunto.

—Se trata de nuestra vida —dijo Locke—, de nuestro juego, en el que hemos invertido *dos años*. De nuestra fortuna, que sigue en la Aguja esperando a que la robemos. De todas nuestras esperanzas de futuro. De joder a Karthain. Ellos quieren matarnos y nosotros no podemos detenerlos. ¿Qué más podemos hacer? No pienso meterme de un salto entre las sombras porque lo digan esos bastardos. *¡Adelante con el plan!* ¡Los dos juntos!

Como la mayor parte de los comerciantes del Mercado Nocturno acababan de tomar nota de lo animada que había sido la conversación entre Locke y Jean, evitaron hacerles cualquier oferta. Pero uno de los que se encontraban en el extremo norte del Mercado Nocturno era menos sensible que ellos o bien estaba más desesperado por vender algo, así que los llamó.

—¿Un poco de distracción y entretenimiento, caballeros? ¿Algo para sus mujeres o sus niños? ¿Algo ingenioso de la Ciudad del Artificio? —Aquel hombre acababa de volcar una caja para sacar de ella varias docenas de pequeños juguetes exóticos. Su larga y andrajosa casaca marrón estaba forrada en su interior con muchos bolsillos guateados que formaban una multitud de colores chillones: naranja, púrpura, plata recamada, amarillo mostaza. De su mano izquierda, sujeta con cuatro cuerdas, colgaba oscilante la figura de madera de un soldado armado con una lanza, gracias a la cual, y a la ayuda de unos pocos movimientos de los dedos de la mano que lo sostenía, hería a un enemigo imaginario—. ¿Una marioneta? ¿Un pequeño títere como recuerdo de Tal Verrar?

Jean se le quedó mirando unos cuantos segundos antes de responderle.

—Como recuerdo de Tal Verrar —dijo muy despacio—. Perdóneme, pero creo que preferiría cualquier otra cosa antes que un títere.

Jean y Locke no se dijeron nada. Con un dolor en el corazón que rivalizaba con el otro que iba creciendo dentro de su cabeza, Locke siguió al hombretón hasta la salida de la Gran Galería, en dirección a la Savrola, ansioso por sentirse amparado de nuevo por muros altos y puertas cerradas, aunque de poco pudieran valerle.

Reminiscencia

El Capa de Vel Virazzo

1

Apenas dos años antes, Locke Lamora había llegado a Vel Virazzo con intención de morir, y Jean Tannen había estado a punto de permitírselo.

Vel Virazzo es un puerto de aguas profundas, excavado en los altos arrecifes rocosos que dominan la costa del continente bañado por el Mar de Bronce y situado a unos ciento sesenta kilómetros al sureste de Tal Verrar. La ciudad que se levanta junto a él, y que alberga ocho o nueve mil almas, es desde hace mucho tiempo la malhumorada tributaria de los verraríes y está bajo el mando de un gobernador elegido directamente por el Arconte.

Justo en la costa, una hilera de agujas de cristal antiguo muy esbeltas se yergue a setenta metros por encima de las aguas, dando lugar a otro artefacto más de los Antiguos de finalidad incognoscible que se encuentra en una costa cuajada de maravillas abandonadas. Las columnas de cristal presentan en sus respectivas cimas unas plataformas de cinco metros que son usadas a modo de faros por los convictos acusados de faltas menores. Después de que unas barcas los lleven hasta sus bases, ellos suben hasta arriba ayudándose con las cuerdas de nudos que cuelgan desde lo alto. Una vez hecho esto, suben las provisiones y permanecen encima de ellas durante unas pocas semanas de exilio, vigilando las lámparas alquímicas de luz roja, que son tan grandes como chozas pequeñas. Pero no todos los que luego consiguen bajar están sanos de mente.

Nos encontramos dos años antes de aquella funesta partida del Carrusel del Riesgo; un galeón pesado se dirige con presteza hacia Vel Virazzo bajo el resplandor rojizo de las luces de que hemos hablado. Las manos que se ven en lo alto de las vergas se agitan, medio en burla, medio con pena, ante las distantes figuras que ocupan la cima de las columnas. Mientras que hacia poniente el sol acaba de ser tragado por unas nubes espesas, bajo las primeras estrellas del anochecer una luz tenue y moribunda se encrespa sobre las aguas.

Una cálida brisa cargada de humedad ha comenzado a soplar desde la costa hacia el mar, y unos pequeños jirones de bruma brotan de las rocas grises que rodean el antiguo puerto. Cerca de los arrecifes, el galeón iza sus velas amarillas mientras se prepara para fondear a ochocientos metros de la costa. El pequeño esquife del capitán

del puerto acaba de zarpar a toda prisa para ir a su encuentro, con los faroles verdes y blancos bailoteando en su proa al ritmo de sus ocho esforzados remeros.

—¿Nombre del navío? —es la pregunta que el capitán del puerto, de pie junto a los faroles de la proa, acaba de hacer con ayuda de un altavoz.

—*Ganancia Dorada*, de Tal Verrar —le responde a gritos una voz desde el combés del galeón.

—¿Quieren que los llevemos a puerto?

—¡No! Sólo a los pasajeros, para quienes vamos a izar un bote.

La cabina de popa inferior del *Ganancia Dorada* olía muchísimo a sudor y a enfermedad. Jean Tannen, que acababa de volver de la cubierta, había perdido un poco de su tolerancia a los olores, lo cual añadía más leña a su mal humor. Le acercó a Locke una camisa azul remendada y se cruzó de brazos.

—Joder —dijo—, ya hemos llegado. Podremos salir de este maldito barco y pisar de nuevo el duro y querido suelo. Ponte la maldita camisa, están izando un bote.

Locke tomó la camisa con la mano derecha, la sacudió y frunció el ceño. Se sentaba en el extremo de un camastro, vestido sólo con los calzones, y estaba más enjuto y sucio de lo que nunca antes le hubiera visto Jean. Las costillas se le marcaban bajo la pálida piel como si fueran el armazón de madera de algún barco inacabado. El cabello lo tenía oscuro por la grasa, largo y descuidado a cada lado de la cara que enmarcaba una fina pelusa.

La parte superior de su brazo izquierdo se hallaba surcada por una red de líneas rojas y brillantes, lo que quedaba de sus heridas mal cicatrizadas; en el antebrazo podía verse un agujero cubierto con costra y una venda mugrienta que le rodeaba la muñeca. Su mano izquierda era una confusión de arañazos que comenzaban a desaparecer. Otra venda descolorida apenas cubría la feísima herida que tenía en el hombro izquierdo, a menos de diez centímetros por encima del corazón. Aunque aquellas tres semanas transcurridas en la mar hubieran logrado reducir muchísimo la hinchazón de mejillas, labios y nariz, todos ellos partidos, de Locke, aún seguía pareciéndose a alguien que hubiera querido besar a una mula proclive a cocear. A cocear con desenfreno.

—¿Puedo echarles una mano?

—No, échatela a ti mismo. En esta última semana tendrías que haber hecho los ejercicios para ver si te ponías en forma. No siempre voy a estar revoloteando a tu alrededor como si fuera tu puñetera hada madrina.

—Bueno, pues entonces déjame antes de que te meta un jodido estoque por el hombro para retorcértelo dentro y ver la prisa que luego te das en hacer los ejercicios.

—Yo también tengo heridas, gusano de letrina, y hago los ejercicios para estar en buenas condiciones —Jean se levantó la camisa: sobre la curva claramente mermada que formaba su antaño prodigiosa barriga, podía verse la lívida cicatriz aún reciente

que le cruzaba las costillas—. No hago caso de todo lo que me duele; si no mueves el brazo y el hombro, se te curarán mal, como si los hubieran calafateado por dentro, y entonces sabrás de verdad lo que es estar jodido.

—Ya me lo has dicho muchas veces —Locke arrojó al suelo la camisa, que fue a parar al lado de sus pies desnudos—, pero, a menos que esta prenda cobre vida por sí sola, o que tú me hagas los honores, me temo que tendré que entrar en el bote descamisado.

—El sol se está poniendo. Aunque estemos en verano, ahí fuera hará frío. Pero si quieres comportarte como un idiota, pues adelante.

—Jean, eres un hijo de puta.

—Si estuvieras curado, ahora mismo volvería a romperte la nariz por eso que acabas de decir, maldito, autocompasivo y pequeño…

—¿Caballeros? —la voz apagada de una de las mujeres de la tripulación se insinuó a través de la puerta, seguida por un fuerte golpe con los nudillos—, el bote está listo, con los saludos del capitán.

—¡Gracias! —dijo Jean con un bramido. Se pasó una mano por la cabellera y suspiró—. ¿Por qué me molestaré en salvarte la vida una vez más? No sé por qué no me llevé el cadáver del Rey Gris; seguro que hubiera sido una compañía mucho más divertida.

—Por favor —dijo Locke a regañadientes, moviendo el brazo bueno—. Podemos hacerlo a gusto de los dos: yo tiro con mi brazo bueno y tú me la pones en el malo. Sácame de este barco y haré los ejercicios.

—Eso es algo que jamás hay que dejar para más tarde —dijo Jean y, tras unos instantes de indecisión, se agachó para recoger la camisa.

2

Jean recobró la tolerancia pocos días después de su liberación del húmedo, fétido y nauseabundo mundo del galeón; incluso para los viajeros que no van de polizones, un largo recorrido por mar se parece más a una condena carcelaria que a unas vacaciones.

Gracias al puñado de volani de plata que tenían (resultado de la conversión, más bien extorsión, a la que les había sometido el primer oficial del *Ganancia Dorada*, luego de argüir que aquello era preferible al robo a mano armada al que les someterían los cambistas de la ciudad), él y Locke reservaron una habitación en el tercer piso de la Linterna de Plata, una vieja posada destartalada situada cerca de la costa.

Sin perder tiempo, Jean hizo planes para conseguir algo de dinero. Si los bajos fondos de Camorr eran como un lago profundo, los de Vel Virazzo se parecían a una

charca de aguas estancadas. No tardó mucho en calar a las principales bandas portuarias y en conocer las relaciones que mantenían entre sí. El hampa de Vel Virazzo estaba poco organizada y no había en ella ningún cabecilla que mandara a los demás y les apretara los tornillos. A las pocas noches de estar bebiendo en todos los antros apropiados, ya sabía exactamente cómo entrar en contacto con una de ellas.

Se llamaban a sí mismos los Tipos Duros del Bronce, y solían reunirse en una curtiduría abandonada, situada en la parte más alejada de los muelles del este de la ciudad, donde el mar lamía los pilotes de unos embarcaderos que llevaban veinte años sin usarse con fines legítimos. Por la noche se llenaban con una activa muchedumbre de rateros, salteadores y carteristas que dormían durante el día después de jugarse a los dados, o de bebérsela, la mayor parte de las ganancias. A las dos de la tarde de un día soleado y luminoso Jean llamó a aquella puerta (aunque estaba suelta en el marco y nadie la había cerrado con llave).

Dentro de la vieja curtiduría había una docena de jóvenes de edades comprendidas entre los quince y los veintitantos años, lo usual en una banda local de poca monta. Cuando Jean llegó al centro del establecimiento, los que dormían fueron despertados por sus compañeros.

—¡Buenas tardes! —inclinó ligeramente el cuello para saludar y extendió los brazos a ambos lados—. De todos los presentes, ¿quién es el mayor y más célebre hijo de puta? ¿Quién el que zurra más y mejor de todos los Tipos Duros del Bronce?

Tras unos breves minutos de silencio y de miradas sorprendidas, un joven relativamente robusto, de nariz torcida y cabeza afeitada, saltó desde una escalera hasta el suelo cubierto de polvo. Luego se acercó a Jean y sonrió con afectación.

—Se encuentra delante de ti.

Jean asintió, sonrió y disparó las dos manos como un látigo, de suerte que le golpeó estrepitosamente en ambas orejas con las palmas de ambas manos, que antes había ahuecado convenientemente. Cuando el matón titubeó, Jean entrelazó con fuerza sus dedos sobre la nuca de él y le hizo una presa. Luego empujó hacia atrás la cabeza de su contrincante y le atizó con una rodilla… una, otra y otra vez. Cuando la cabeza de aquel hombre joven se encontró por última vez con la rótula de Jean, éste le soltó, de suerte que cayó de espaldas en el suelo de la curtiduría, igual de inerte que un filete de fiambre en salmuera.

—Respuesta equivocada —dijo Jean, que ni siquiera parecía fatigado—. Yo soy el hijo de puta más grande de todos los presentes. Yo soy el que zurra más y mejor de todos los Tipos Duros del Bronce.

—¡Tú no eres de los Tipos Duros del Bronce, capullo! —exclamó otro chico, con la intranquilidad y el temor pintados en el rostro.

—¡Matemos a este tío mierda!

Un tercer chico, que llevaba un sombrero de cuatro picos muy raído y varios

collares artesanales hechos con huesecillos, se abalanzó hacia Jean con un estilete en la mano derecha. Cuando lanzó el golpe, Jean retrocedió, agarró al muchacho por una muñeca y tiró de él hacia delante para que quedara a tiro del puñetazo que iba a darle con la otra mano. Mientras escupía sangre e intentaba apartar de sus ojos las lágrimas de dolor que brotaban de ellos, Jean le dio una patada en la ingle y luego apartó la pierna. El estilete del joven apareció en la mano izquierda de Jean como por arte de magia, y él lo movió lentamente.

—Estoy seguro, muchachos, de que sabéis sumar. Uno y uno son *no me jodáis*.

El joven que le había atacado con el cuchillo sollozó y luego se levantó.

—Hablemos de impuestos —Jean echó a andar por la periferia del suelo de la curtiduría, dando patadas a unas cuantas botellas de vino vacías; las había a docenas, tiradas por todas partes—. Creo que vosotros, chavales, sacáis el suficiente dinero para comer y beber; me parece bien. Me daréis el cuarenta por ciento; nada de pagarme en especias. Todos los días me pagaréis los impuestos a partir de ahora. Sacad las bolsas y dadle la vuelta a los bolsillos.

—¡Que te jodan!

Jean avanzó majestuosamente hacia el joven que acababa de hablar; se apoyaba en la pared de la curtiduría que estaba enfrente de él, cruzado de brazos.

—¿No te gusta? Pues, entonces, ven a pegarme.

—Uh…

—¿No te parece un juego limpio? Claro, tú asaltas a la gente para vivir. Vamos, hijo, pégame un puñetazo.

—Uh…

Jean le agarró, le volteó, le sujetó fuerte del cuello y de la parte superior de las calzas y usó varias veces su cabeza a modo de ariete contra la gruesa pared de madera de la curtiduría. Cuando Jean le soltó, el chico cayó al suelo con un ruido apagado; ya no le quedaban fuerzas para luchar cuando Jean palpó su camisa y extrajo de ella una pequeña bolsa de cuero.

—Voy a añadir una penalización —dijo Jean— por estropear con tu cabeza la pared de mi curtiduría. —Vació aquella bolsa dentro de la suya y la arrojó al suelo, al lado del joven—. Ahora mismo los demás vais a acercaros hasta aquí para poneros en fila. ¡Que os pongáis en fila! Cuatro décimas partes no es demasiado. Y, sinceramente, creo que podéis adivinar lo que os haré si no sois honestos conmigo.

—¿Quién *diablos* eres? —la pregunta se la hacía el primero de los chicos que se había acercado con las monedas en la mano a donde estaba Jean.

—Puedes llamarme…

Mientras Jean estaba hablando, el chico mostró la daga que tenía en la otra mano, dejó caer el dinero y arremetió contra él. El hombretón empujó hacia un lado el brazo extendido del chico, se lo dobló casi en dos y le golpeó fuertemente en el estómago

con su hombro derecho. Entonces levantó al chico sin esfuerzo, se lo colgó del hombro y lo dejó caer por detrás de su espalda, de suerte que se estrelló en el suelo de la curtiduría con la cara por delante. Al final terminó por retorcerse de dolor al lado del último Tipo Duro que había amenazado a Jean con un cuchillo.

—Callas. En realidad, Tavrin Callas —Jean sonrió—. Lo de atacarme mientras estaba hablando no era mala idea. Por eso te mereces mi respeto. —Arrastrando los pies, Jean se dirigió hacia la puerta para bloquearla—. Pero me parece que el sutil concepto filosófico que estoy intentando inculcaros no acaba de entraros en la cabeza. ¿Realmente tendré que patearos a todos en el culo antes de que os deis por aludidos?

Entonces se formó un coro de murmullos y un elevado número de chiquillos dijo «sí» con la cabeza, aunque a regañadientes.

—Bien —después de aquello, la extorsión fue como la seda; Jean se hizo con una colecta de monedas bastante satisfactoria, lo suficiente para que él y Locke pudieran seguir escondiéndose en la posada durante una semana más—. Entonces, hemos terminado. Descansad y trabajad bien esta noche. Mañana regresaré a las dos de la tarde. Y podremos comentar cómo van a ser las cosas a partir de ahora bajo mi liderazgo como nuevo jefe de los Tipos Duros del Bronce.

3

Como era evidente, todos se habían armado, de suerte que a las dos del mediodía del día siguiente a Jean le aguardaba una emboscada.

Para sorpresa de aquellos jóvenes, entró en la vieja curtiduría con una mujer-policía de Vel Virazzo a su lado. Era alta y musculosa, ataviada con una casaca de color púrpura-ciruela reforzada con hilos de acero muy resistente; llevaba hombreras de latón, y la larga cabellera negra se la recogía con la cola de caballo que acostumbran usar las espadachinas, bien sujeta con unos anillos de bronce. Cuatro policías más acababan de tomar posición fuera de la puerta; vestían unas casacas similares, llevaban unos largos bastones laqueados y se cubrían la espalda con pesados escudos de madera.

—Hola, chicos —dijo Jean. A todo lo largo y ancho de la habitación, dagas, estiletes, botellas rotas y bastones desaparecieron de la vista—. Estoy seguro de que habréis reconocido a la prefecta Levasto y a sus hombres.

—Muchachos —dijo la prefecta con aire despreocupado, mientras pasaba los pulgares por el cinturón de piel del que pendía su espada. Era la única de todos los policías que llevaba un chafarote metido en una vaina plana de color negro.

—La prefecta Levasto —dijo Jean— es una mujer inteligente que está al mando de hombres asimismo inteligentes. Y resulta que, como les gusta el dinero, acabo de sugerirles que, precisamente, el dinero puede ser un aliciente para la dureza y el tedio

que soportan en el cumplimiento de sus deberes. Así que, si me sucediera algo, ellos perderían la nueva fuente que acaban de descubrir de lo que más les gusta.

—Sería algo descorazonador —dijo la prefecta.

—Y tendría consecuencias —añadió Jean.

La prefecta apoyó una bota encima de una botella de vino vacía e hizo presión sobre ella hasta reventarla.

—Descorazonador —repitió ella con un suspiro.

—Estoy seguro de que todos sois unos chicos muy inteligentes —comentó Jean— y de que habréis disfrutado con la visita de la prefecta.

—No me gustaría tener que repetirlo —dijo Levasto con una mueca. Se volvió lentamente y salió por la puerta. Poco después, el sonido de su escuadra en marcha se perdía en la distancia.

Los Tipos Duros del Bronce se volvieron malhumorados hacia Jean. Los cuatro jóvenes que estaban más cerca de la puerta, y que tenían las manos detrás de la espalda, presentaban unos moratones que tiraban a negro y a verde, fruto del día anterior.

—¿Por qué cojones nos haces esto? —preguntó, refunfuñando, uno de ellos.

—No soy vuestro enemigo. Lo creáis o no, chicos, creo que llegaréis a apreciar realmente lo que hago por vosotros. Ahora cerrad el pico y escuchad. Lo primero —Jean levantó la voz para que todos pudieran escucharle— una mala noticia: llevabais mucho tiempo sin contar con la guardia de la ciudad. No os podéis imaginar lo *ansiosos* que parecían cuando les hice la oferta. Eran como cachorros tristes y despreciados.

Jean se había puesto un ropaje largo de color negro encima de una camisa blanca un tanto sucia. Se llevó la mano derecha a la espalda y rebuscó entre sus ropas.

—Pero —añadió— el hecho de que antes que nada pensarais en matarme, demuestra al menos algo de espíritu. Mostradme ahora esos juguetes. Vamos, mostrádmelos.

Con cierta timidez, los muchachos le enseñaron sus armas y Jean las inspeccionó, moviendo la cabeza mientras asentía.

—Mmmm. Acero mellado, botellas rotas, porras, un martillo…; el problema que tenéis con las armas de todo este arsenal es que creéis que suponen una amenaza. Y no lo son. Sólo son un insulto.

Había comenzado a moverse mientras pronunciaba las últimas palabras, deslizando ambas manos por debajo de la ropa. Luego las sacó con un destello y gruñó al ver que las hachas que acababa de lanzar levantaban el vuelo.

Instantes después, un par de botas de vino medio llenas salieron volando y se quedaron colgadas en la pared de enfrente, para luego explotar en una ducha de tinto barato de Verrar que salpicó a varios de los chicos que se encontraban cerca. Las

hachas de Jean habían alcanzado la parte sólida de cada una de las botas, clavándolas por completo en la madera de la pared.

—*Eso* sí ha sido una amenaza —dijo Jean, haciendo chasquear sus nudillos—. Por eso *vais* a trabajar para *mí*. ¿Alguna discusión al respecto?

Los chicos que estaban más cerca de las botas retrocedieron cuando Jean avanzó hacia ellos para arrancar las hachas de la pared.

—Creo que no, pero no os lo toméis a mal —añadió Jean—, pues ese silencio también habla a vuestro favor. Si un jefe no quiere dejar de ser jefe, debe proteger lo que es suyo. Si alguien (que no sea *yo*) quiere meterse con vosotros, hacédmelo saber. Le haré una visita. Es mi obligación.

Al día siguiente, aunque a regañadientes, los Tipos Duros del Bronce se pusieron en fila para pagarle los impuestos. Cuando el último chico de la fila dejaba caer sus monedas de cobre en las manos de Jean, murmuró:

—Dijiste que nos ayudarías si alguien se entrometía en nuestros negocios. Pues a algunos de los Tipos Duros del Bronce los han zurrado esta mañana los Mangas Negras, que viven más arriba del distrito norte.

Jean asintió para dar a entender que había tomado nota y deslizó las ganancias en uno de los bolsillos de su casaca.

A la noche siguiente, después de hacer algunas averiguaciones, se fue dando un paseo hasta un tugurio del distrito norte llamado el Signo de la Copa a Rebosar. Efectivamente, aquella taberna rebosaba de asesinos, por lo menos había seis o siete, todos con unos trapos negros, llenos de suciedad, atados alrededor de los brazos de sus casacas y camisas. Como eran los únicos clientes, levantaron la mirada con suspicacia cuando Jean cerró la puerta tras de sí y corrió con mucho cuidado el cerrojo de madera.

—¡Buenas tardes! —dijo con una sonrisa mientras chasqueaba los nudillos—. Siento curiosidad. ¿Quién es el mayor y más célebre hijo de puta de los Mangas Negras?

Cuando al día siguiente fue a recaudar los impuestos de los Tipos Duros del Bronce, lo hizo con una venda encima de los nudillos de la mano derecha que ocultaba una cataplasma. Por primera vez, la mayoría de los chicos le pagaron muy contentos. E incluso algunos de ellos comenzaron a llamarle «Tav».

4

Pero Locke no había hecho los ejercicios de rehabilitación que habrían de curar sus heridas, en contra de lo prometido.

La exigua reserva monetaria de que disponía Locke se había convertido en vino; su veneno preferido era un tintorro local particularmente barato. Más púrpura que

rojo, sabía a trementina, de suerte que su olor saturaba rápidamente la habitación que compartía con Jean en la Linterna de Plata. Locke lo tomaba constantemente «para el dolor»; cierta tarde, Jean observó que su dolor debía de ir en aumento a medida que los días iban pasando, porque las botas y botellas vacías se multiplicaban en la misma proporción. Entonces discutieron —aunque lo más apropiado sería decir que retomaron su anterior discusión— y Jean salió de estampía a mitad de la noche, lo que no era la primera vez ni tampoco sería la última.

En el transcurso de aquellos días, los primeros que pasaban en Vel Virazzo, Locke bajó algunas noches de su habitación para echar unas cuantas manos de cartas, completamente deslavazadas, con los lugareños. Los timó sin alegría con todo el arsenal de trucos que pudo hacer con los dedos de la mano sana. Pero, como poco después ellos comenzaron a esquivarle por lo mal que se comportaba, Locke se retiró al tercer piso para beber en soledad y en silencio. El alimento y la limpieza seguían siendo meras intenciones. Jean intentó que un matasanos examinara las heridas, pero Locke lo despidió con tal sarta de invectivas que Jean (cuyo lenguaje podía ser lo suficientemente colorista para encender la yesca) se ruborizó.

—No he conseguido encontrar ningún rastro de su amigo —dijo aquel hombre—. Es como si se lo hubiera comido uno de esos monos enjutos y sin pelo de las islas Okanti; no hace más que chillar. ¿Qué le sucedió al último médico que le echó un vistazo?

—Lo dejamos en Talisham —dijo Jean—. Me temo que la actitud de mi amigo le llevó a terminar antes de tiempo el viaje que hacía por mar.

—Bueno, yo habría hecho lo mismo. Renuncio a mi minuta como muestra de profunda simpatía. Quédese con el dinero… lo necesitará para comprar vino. O veneno.

A medida que pasaba el tiempo Jean era consciente de que se entretenía con los Tipos Duros del Bronce para evitar a Locke. Transcurrió una semana, luego otra. «Tavrin Callas» comenzaba a convertirse en una figura bien conocida y respetada en la fraternidad constituida por los hampones de Vel Virazzo. Los argumentos que Jean discutía con Locke fueron haciéndose menos directos, más frustrantes, más superficiales. Aunque Jean fuera capaz de intuir que Locke había comenzado a recorrer la parte descendente del camino que lleva al último estadio de la autocompasión, no quería reconocer que, llegado el momento, tendría que sacarle de ella. Así que, para no tener que enfrentarse con el problema, comenzó a entrenar a los Tipos Duros.

En un principio se limitó a unos pocos consejos: cómo servirse de señas sencillas delante de los extraños; cómo crear distracciones antes de atacar a los bolsillos; cómo pasar bisutería por auténticas gemas y conseguir que se las robaran para reclamar

después. Inevitablemente, comenzó a recibir respetuosas invitaciones para que les «enseñara una o dos cosas» acerca de los trucos que había empleado cuando había hecho morder el polvo a los cuatro Tipos Duros. Y los primeros que se lo pidieron fueron, precisamente, los cuatro que lo habían mordido.

Una semana después se había operado la alquimia. Media docena de chicos se revolcaban en el polvo del suelo de la curtiduría mientras Jean les enseñaba los rudimentos de la lucha: ventaja, iniciativa, conocimiento de la situación. Y comenzó a enseñarles los trucos, tanto los piadosos como los crueles, que le habían mantenido vivo a lo largo de la mitad de los años que tenía, los mismos que había dedicado al manejo de los puños y de las hachas.

Bajo el influjo de Jean, los muchachos comenzaron a mostrar más interés por el estado en que se encontraba la vieja curtiduría. Los animó explícitamente a que la consideraran como un cuartel general que necesitaba ciertas comodidades. Entonces, colgados de las traviesas, aparecieron los faroles alquímicos. Habían cubierto el local con papel encerado y tapado sus agujeros con maderas y paja. Los chicos habían robado cojines, tapices baratos y estanterías.

—Haceos con una piedra del hogar —dijo Jean—. Robad una grande para mí, y también os enseñaré, pequeños bastardos, cómo cocinar. No podéis ganar a la gente de Camorr en la cocina, pues allí incluso los ladrones cocinan muy bien. He tenido muchos años de entrenamiento.

Echó un vistazo a su alrededor, a la curtiduría que cada vez tenía mejor aspecto, a la banda de jóvenes e inquietos ladrones que vivían en ella, y entonces sintió melancolía y pensó: *Todos los tuvimos*.

Había intentado sin éxito que Locke se interesara por el proyecto de los Tipos Duros del Bronce. Aquella noche volvió a intentarlo y le habló de sus ganancias nocturnas siempre crecientes, de su cuartel general, de los consejos y del entrenamiento que les estaba proporcionando. Locke se le quedó mirando durante largo tiempo, sentado en la cama con un vaso desportillado en la mano que estaba medio lleno de aquel vino púrpura.

—Bien —dijo, finalmente—. Bien, creo que al final encontraste los recambios que buscabas, ¿o no?

Jean se sintió demasiado sorprendido para responderle.

Locke se bebió el contenido del vaso y siguió hablando con voz monótona y desprovista de cordialidad.

—Ha sido muy rápido. Mucho más de lo que me esperaba. Una nueva banda, una nueva madriguera. Aunque no sea de cristal, seguro que podrás arreglarla con lo que encuentres a tu alrededor. Y ahí estás tú, jugando al padre Cadenas, encendiendo otra vez el fuego debajo de una olla llena de mierda de caballo agradecida.

Jean explotó y cruzó la habitación para quitarle a Locke de un manotazo el vaso

vacío que tenía en la mano, el cual se estrelló contra la pared e inundó la habitación con fragmentos brillantes. Pero Locke ni siquiera parpadeó. En lugar de ello, volvió a reclinarse en las almohadas manchadas de sudor y suspiró.

—¿Ya cuentas con un par de gemelos? ¿Qué hay de una nueva Sabetha? ¿Y de un nuevo *yo?*

—¡Vete al infierno! —Jean apretó los puños hasta que sintió que la sangre, cálida y pegajosa, manchaba sus uñas—. ¡Vete tú, Locke! ¡No te salvé la maldita vida para que pudieras deprimirte hasta la muerte en esta covacha olvidada de los dioses, pensando que eras el inventor de la tristeza! ¡Los dioses no te hicieron tan especial!

—¿Por qué *me salvaste* entonces, santo Jean?

—De todas las jodidas y estúpidas preguntas…

—¿POR QUÉ? —Locke se apoyó en la cama y amenazó a Jean con un puño; el efecto hubiera movido a risa si no hubiese sido porque en sus ojos brillaba toda la furia homicida del mundo—. ¡Te dije que me *dejaras*! ¿Y ahora se supone que debo estarte agradecido por esto? ¿Por esta mierda de habitación?

—No fui yo quien convirtió esta habitación en todo tu mundo, Locke, sino tú mismo.

—¿Me rescataste para acabar en *esto?* ¿Para pasar tres semanas enfermo, metido en un barco y luego en Vel Virazzo, el ojo del culo de Tal Verrar? Si es una broma de los dioses, lo cierto es que me han fastidiado. Mejor hubiera sido morir al lado del Rey Gris. ¡Te dije que me dejaras allí de una puta vez! —y luego añadió, y su voz era como un susurro—: Los echo de menos. ¡Dioses, los echo de menos! Murieron por mi culpa. No puedo… no puedo soportarlo…

—Ni te atrevas —dijo Jean con un gruñido. Luego le dio a Locke un vigoroso empujón en el pecho que le hizo cruzar la cama y golpearse en la pared con tanta fuerza que temblaron los batientes de la ventana—. ¡Ni te atrevas a emplearlos como excusa para lo que te estás haciendo a ti mismo! *Ni te atrevas*, joder.

Y, sin añadir nada más, Jean dio media vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta con fuerza tras de sí.

5

Locke se hundió en la cama, se cogió la cabeza entre las manos y escuchó cómo se alejaba de la puerta el sonido de los pasos de Jean.

Para su sorpresa, el sonido de las tablas del suelo que crujían regresó pocos minutos después y se hizo cada vez más fuerte. Jean abrió la puerta con una mueca siniestra pintada en el rostro y marchó directamente hacia Locke con un enorme cubo de madera en las manos. Sin advertencia alguna, vació toda el agua que contenía encima de Locke, que, medio ahogado por lo sucedido y por la sorpresa que ello le

había causado, volvió a caer de espaldas contra la pared. Sacudió la cabeza como un perro y se apartó de los ojos la cabellera hecha una sopa.

—Jean, te has excedido en tus malditas…

—Necesitabas un baño —le interrumpió Jean—. Tenías encima demasiada autocompasión.

Bajó el cubo hasta el suelo y recorrió la habitación para recoger cualquier botella o bota en la que aún pudiese quedar algo de vino. Terminó antes de que Locke fuera consciente de la finalidad de aquella tarea; después recogió la bolsa de monedas de Locke de la mesita de noche y dejó una pequeña cartera de cuero en su lugar.

—Eh, Jean, no puedes… ¡eso es mío!

—Estaba acostumbrado a oírte decir «es nuestro» —dijo Jean con frialdad—. Suena mejor.

Cuando Locke intentó levantarse de la cama de un salto, Jean volvió a empujarle sin esfuerzo. Luego volvió a salir hecho una furia y a cerrar la puerta de golpe tras de sí. Entonces se escuchó un curioso chasquido y después nada más… ni siquiera un crujido en el suelo de madera. Era evidente que Jean se había quedado parado al otro lado de la puerta.

Locke cruzó gruñendo la habitación e intentó abrir la puerta, pero ésta no se apartó de su marco. Perplejo, frunció el ceño y forcejeó varias veces más. El cerrojo se encontraba en aquel lado de la habitación, y no estaba echado.

—No deja de ser curioso —comentó Jean al otro lado— que las habitaciones de la Linterna de Plata se puedan cerrar desde fuera con una llave especial que sólo posee el hospedero. Por si necesita mantener a buen recaudo a algún huésped indeseable, mientras llama a la Guardia.

—¡Jean, abre esta maldita puerta!

—No. Ábrela tú.

—¡No puedo! ¡Me dijiste que tenías la llave especial!

—El Locke Lamora que yo conocía se hubiera *reído* de ti —dijo Jean—. Sacerdote del Guardián Avieso. *Garrista* de los Caballeros Bastardos. Alumno del padre Cadenas. ¡Hermano de Calo, Galdo y Bicho! Dime, ¿qué pensaría Sabetha de ti?

—¡Bastardo! ¡Abre la puerta!

—Mírate, Locke. Estás hecho una puta mierda. Ábrela tú.

—Tú… tienes… la… putallavedeloscojones.

—Sabes cómo abrir una cerradura, ¿o no? Te he dejado unas cuantas ganzúas encima de la mesa. Si quieres volver a beber vino, abre la jodida puerta por ti mismo.

—¡Eres un hijo de puta!

—Mi madre era una santa —dijo Jean—. La joya más preciada que Camorr jamás haya creado. Aquella ciudad no se la merecía. Ya sabes que puedo quedarme aquí

fuera toda la noche. No me sentiré incómodo. Tengo tu vino y *tu* dinero.

—¡Gaaaaaaaaaah!

Locke se apoderó de la pequeña cartera de cuero; movió los dedos de la mano derecha, la buena, y miró dubitativamente la izquierda; la muñeca, que se le había roto, comenzaba a curársele, pero sin dejar de dolerle todo el tiempo.

Se inclinó sobre la cerradura de la puerta, frunció el ceño y se puso manos a la obra. Se sintió sorprendido por la rapidez con que los músculos de la espalda acusaron aquella postura tan incómoda. Hizo un alto para empujar la silla de la habitación hasta la puerta y así poder sentarse en ella mientras trabajaba.

Mientras hurgaba con las ganzúas por dentro de la cerradura y se mordía la lengua por lo concentrado que estaba, escuchó el crujido de las tablas del suelo, así como una serie de golpes.

—¿Jean?

—Aún sigo aquí, Locke —decía la voz de Jean, que parecía divertido—. Por los dioses, te estás tomando tu tiempo. Oh, lo siento… no me digas que ya has comenzado a trabajar.

—¡En cuanto abra esta puerta estarás muerto, Jean!

—¿En cuanto abras esta puerta? Entonces creo que aún me queda vida para años.

Locke se concentró aún más, recobrando el ritmo de trabajo que había aprendido durante tantas horas de dolor cuando era niño… moviendo las ganzúas muy despacio, sintiendo lo que le decían. ¡Los malditos crujidos y porrazos de antes habían vuelto al otro lado de la puerta! ¿A qué estaba jugando Jean? Locke cerró los ojos para apartar de su mente aquellos ruidos… para conseguir que el mundo que le rodeaba se redujera a lo que las ganzúas contaban a sus dedos…

La cerradura emitió un chasquido. Locke, lleno de júbilo, aunque hecho una furia, tropezó con la silla y luego abrió la puerta de par en par.

Jean había desaparecido, pero el estrecho pasillo al que daba la puerta estaba lleno hasta los topes de cajas y barriles de madera… una barrera infranqueable que comenzaba a menos de un metro de la cara de Locke.

—Jean, ¿qué *diablos* es todo esto?

—Lo siento, Locke —era evidente que Jean estaba justo al otro lado de aquella pared improvisada—. He tomado prestadas unas cuantas cosas de la despensa del hospedero, y les he pedido a unos cuantos de los chicos a quienes engañaste con las cartas la semana pasada que me ayudaran a subirlo todo hasta aquí.

Locke le dio a la barrera un buen empujón, pero ésta ni se movió; casi con toda seguridad, Jean debía de estar cargando todo su peso al otro lado. Desde algún lugar, probablemente desde más abajo, desde la sala comunal, le llegó un coro de risas apagadas. Locke apretó los dientes y empujó un barril con la palma de su mano buena.

—¿Qué puñetas te pasa, Jean? ¡Buena escena la que estás montando!

—No te lo creas. La semana pasada le conté al hospedero que eras un noble camorrí que viajaba de incógnito para ver si conseguía recuperarse de un ataque de locura. Y justo ahora acabo de dejar un tremendo montón de plata en su bar. ¿Recuerdas qué es eso de la plata, eh? Solías quitársela a la gente cuando eras una compañía más agradable.

—¡Jean, esto no tiene gracia! ¡Devuélveme mi maldito vino!

—Claro que es maldito. Por eso mismo, me temo que, si lo quieres, no tendrás más remedio que salir de la habitación descolgándote por la ventana.

Locke dio un paso atrás y se quedó pasmado mirando a la pared improvisada.

—Jean, no puedes estar hablando en serio.

—Jamás he hablado tan en serio.

—Vete al infierno. ¡Vete al infierno! No podré salir por esa maldita ventana. Mi muñeca…

—Luchaste contra el Rey Gris con un brazo casi cortado. Te descolgaste por una de las ventanas del Alcance del Cuervo que estaba a más de cien metros. Y mírate ahora, a sólo tres plantas de altura, tan desamparado como un gatito en un barril de grasa. Llorón, meón.

—¡Estás intentando provocarme deliberadamente!

—No jodas —replicó Jean—, eres tan agudo como una porra.

Con un humor de mil diablos, Locke entró como una exhalación en la estancia. Se quedó mirando a la ventana cerrada, se mordió la lengua y volvió a toda máquina a la barrera creada por Jean.

—Por favor, déjame salir —dijo con la voz más tranquila que pudo encontrar—. Acuso recibo de lo que querías decirme.

—Si hubiera tenido una pica de acero pavonado te lo hubiera dicho con ella —le replicó Jean—. ¿Por qué estás ahora hablando conmigo cuando deberías estar descolgándote por la ventana?

—¡Que los dioses te *maldigan*!

De regreso a la habitación, Locke comenzó a caminar muy furioso de un lado para otro. Movió los brazos para ver qué tal estaban; los cortes del brazo izquierdo le dolían y la profunda herida del hombro aún le producía una punzada insoportable. Le pareció que la muñeca izquierda, aunque magullada, aún podría servirle. Con dolor o sin él… flexionó los dedos de la mano izquierda hasta cerrarla en un puño, se los quedó mirando y luego, entornando los ojos, observó la ventana.

—Jódete —dijo—. Voy a enseñarte una o dos cosas, hijo de un maldito comerciante de sedas…

Luego deshizo su cama y, a pesar del dolor de sus heridas, ató los extremos de las sábanas a los de las mantas. El dolor sólo le servía para ir más deprisa. Hizo el último

nudo, abrió las contraventanas y sacó aquella cuerda improvisada fuera de la ventana. El extremo que tenía en las manos lo ató a la cama. Aunque no era un mueble en absoluto robusto, a aquellas alturas él ya no pesaba demasiado.

Luego salió por la ventana.

Vel Virazzo es una ciudad antigua con edificios de poca altura; mientras Locke se columpiaba a tres plantas por encima de la calle cubierta con una tenue bruma, sintió una serie de impresiones fugaces: edificios rechonchos de tejados planos, construidos con piedra y argamasa… en el puerto, mástiles negros de velas rizadas por el viento… la luz de la luna que relucía blanca sobre la oscuridad de las aguas… luces rojas que ardían en lo alto de las columnas de cristal y que formaban una línea en el horizonte. Locke cerró los ojos, se agarró a las sábanas y se mordió la lengua para no vomitar.

Le pareció que lo más sencillo sería bajar poco a poco hasta el suelo; y así lo hizo, dejando que las manos se le calentaran por el roce de las sábanas y las mantas antes de detenerse. Tres metros más abajo… Siete… Se balanceó de un modo muy precario encima del alféizar de la ventana de la habitación comunal y aspiró aire con unas cuantas boqueadas muy profundas antes de proseguir. Por cálida que fuera la noche, se estaba quedando helado a causa del sudor de tanto esfuerzo.

El extremo de la última sábana estaba a unos dos metros por encima del suelo; Locke llegó lo más abajo que pudo y luego se dejó caer. Cuando sus pies chocaron contra los adoquines del suelo, descubrió que Jean Tannen le estaba esperando con una capa gris de baratillo entre las manos. Antes de que Locke pudiera moverse, se la echó por los hombros.

—¡Hijo de puta! —exclamó Locke, ayudándose con ambas manos para cubrirse bien con la capa—. ¡Alma de serpiente, hijo de puta enfermizo! ¡Espero que, algún día, un tiburón intente chuparte la polla!

—Vamos, maese Lamora, mírese —dijo Jean—. Abrir una cerradura, descolgarse por una ventana… Casi lo que usted solía hacer cuando era ladrón.

—¡También solía cobrarme las ofensas dignas de la horca cuando tú tomabas el pecho en el regazo de tu madre!

—Y yo me he estado cobrando esas ofensas mientras tú te agazapabas en la habitación, perdiendo tus habilidades por culpa de la bebida.

—Soy el mejor ladrón de Vel Virazzo —rezongó Locke—, ya sea sobrio o bebido, despierto o dormido, y lo sabes demasiado bien.

—Me parece haberlo sabido en cierta ocasión —dijo Jean—, cuando en Camorr conocí a cierto hombre, pero llevo mucho tiempo sin verlo.

—Que los dioses maldigan ese feo rostro tuyo —masculló Locke mientras se acercaba a Jean y le lanzaba un golpe al estómago. Más sorprendido que dolorido, Jean le dio un fuerte empujón. Locke salió hacia atrás, la capa revoloteando mientras

intentaba mantener el equilibrio… hasta que chocó con un hombre que llegaba por la calle.

—¡Fíjese en dónde cojones pisa!

Aquel individuo, un hombre de mediana edad vestido con una casaca roja bastante larga y con los ropajes remilgados de un escribiente o de un secretario legal, se peleó durante unos instantes con Locke, que se agarró a él para no caerse.

—Mil perdones —dijo Locke—. Mil perdones, señor. Mi amigo y yo sólo manteníamos una discusión; la culpa es mía.

—Claro que lo es —dijo el extraño, que finalmente había conseguido agarrar a Locke por las solapas y apartarlo a un lado—. ¡Apesta como un barril de vino! Maldito camorrí.

Locke esperó a que el hombre se alejara por lo menos a veinte o treinta metros para acercarse a Jean, mientras hacía oscilar una pequeña bolsa de cuero negro en el aire que le separaba de él. Su tintineo era debido a que contenía una buena provisión de monedas bastante pesadas.

—¡Ah! ¿Qué dices ahora de esto, hmmm?

—Digo que ha sido un maldito juego de niños. Eso no significa nada.

—¿Un juego de niños? Muere gritando, Jean; eso ha sido…

—Estás hecho un asco —dijo Jean—. Llevas más mugre encima que uno de los huérfanos de la Colina de las Sombras. Ni has estado haciendo los ejercicios para ponerte en forma, ni has dejado que nadie te ayudara a hacerlos. Te has estado escondiendo en la habitación, apoltronándote cada vez más, y has permanecido borracho durante dos semanas. Ya no eres lo que eras, y nadie, excepto tú, tiene la culpa de eso.

—Vaya —Locke miró a Jean con cara de pocos amigos, deslizó la bolsa en uno de sus bolsillos y se cubrió mejor con la capa—. Necesitas una demostración. Magnífico. Vuelve dentro, quita tu estúpida barrera y espérame en la habitación. Estaré de vuelta dentro de unas pocas horas.

—Yo…

Pero Locke ya se había cubierto con la capucha de la capa, dado la vuelta y echado a andar con largos pasos calle abajo, para sumergirse en la cálida noche de Vel Virazzo.

6

Jean quitó la barrera que obstaculizaba el pasillo de la tercera planta, entregó unas cuantas monedas más (de la bolsa de Locke) al divertido hospedero, y entró a toda prisa en la habitación, haciendo que parte del olor a borrachera que la dominaba saliera por la ventana abierta. Después de un momento de reflexión, bajó al bar y

volvió con una garrafa de vidrio llena de agua.

Cuatro horas más tarde, exactamente a las tres de la madrugada, mientras Jean recorría la habitación un tanto preocupado, Locke regresó. Depositó una enorme cesta de mimbre encima de la mesa, se quitó la capa, agarró el cubo que Jean había empleado para dejarle hecho una sopa y vomitó ruidosamente en él.

—Mis disculpas —murmuró cuando hubo terminado. Estaba colorado y respiraba con dificultad, tan empapado como cuando se había marchado, aunque, en aquella última ocasión, debido al sudor—. El vino no se me ha ido por completo de la cabeza… pero sí todo el aliento que me quedaba.

Jean le pasó la garrafa, y Locke bebió de ella con la misma desvergüenza con que lo hubiera hecho un caballo en un abrevadero. Jean le ayudó a sentarse en la silla. Durante unos segundos, Locke permaneció en silencio, y luego, al sentir la mano de Jean encima de uno de sus hombros, dio un respingo.

—Entonces… nosotros… —aspiró aire—. ¿Ves lo que pasa cuando me provocas? Creo que lo mejor será salir pitando de la ciudad.

—¿Qué… qué diablos has hecho?

Locke levantó la tapadera de la cesta; era de esas tan corrientes que los mercaderes suelen usar para llevar la mercancía en pequeñas cantidades de una calle a otra del mercado. Dentro había un surtido prodigioso de cachivaches, que Locke comenzó a catalogar a medida que los iba sacando para enseñárselos a Jean.

—¿Qué tenemos aquí? Vaya, pero si es un montón de bolsas… una-dos-tres-*cuatro* bolsas, todas ellas afanadas a varios caballeros sobrios que se paseaban por la calle; una de las jarras de peltre que se usan para beber cerveza… un poco mellada, pero aún en buen estado; un broche; tres alfileres de oro; dos pendientes… *pendientes*, maese Tannen, arrancados de sus correspondientes *orejas*, lo cual me hubiera gustado que hubiese visto. Aquí tenemos un pequeño rollo de excelente seda, una caja de dulces, dos hogazas de pan… de esas con especias y la corteza crujiente que tanto le gustan. Y ahora, especialmente dedicado, por edificante, a cierto hijo de puta pesimista al que le gusta romper la paz y cuyo nombre jamás será recordado…

Y entonces Locke sacó un collar resplandeciente, una banda de oro trenzado con plata de la que pendía un colgante de oro macizo cuajado de rubíes, que adoptaba la forma de un capullo de flor. Incluso bajo la débil luz de la única lámpara de la habitación, aquella pequeña falange de piedras preciosas resplandecía como un fuego azulado.

—Es un objeto magnífico —dijo Jean, mientras olvidaba por un instante el agravio de que estaba siendo objeto—; pero no lo has cogido de la calle.

—No —admitió Locke, antes de echarse otro largo trago de la cálida agua de la garrafa—. Lo cogí del cuello de la amante del Gobernador.

—No puedes hablar en serio.

—En la residencia del Gobernador.

—De todos…

—En la cama del Gobernador.

—¡Maldito lunático!

—Mientras el Gobernador dormía a su lado.

La tranquilidad de la noche acababa de ser rota por el sonido apagado y distante de un silbato, ese sonido con el que los policías de todas las ciudades llaman a los suyos. Poco después, otros silbidos se unían al primero.

—Es posible —dijo Locke con una mueca tonta— que me haya excedido una pizca en osadía.

Jean se sentó en la cama y se pasó las manos por la cabellera.

—Locke, durante las últimas semanas he intentado que el nombre de Tavrin Callas significara la mejor cosa, la más deslumbrante, que la Buena Gente de esta triste ciudad hubiera conocido durante siglos. Cuando la Guardia ciudadana comience a hacer preguntas, alguien me señalará con el dedo… y alguien hablará de todo el tiempo que estuve aquí, y del tiempo que permanecí contigo… Y si intentamos pasarle a alguien una pieza de metal como ésa en un sitio tan pequeño como éste…

—Como te decía, creo que lo mejor será salir pitando de la ciudad.

—¿Huir de la ciudad? —Jean se levantó de un salto y apuntó a Locke con un dedo acusador—. ¡Me has fastidiado varias semanas de trabajo! He estado entrenando a los Tipos Duros: señas, trucos, robar, luchar, ¡todo eso! Iba… ¡Ahora iba a comenzar a enseñarles cómo cocinar!

—Oooh, veo que el asunto es grave. Creo que la proposición de matrimonio no habría tardado en llegar.

—¡Joder, es *grave*! ¡Estaba *creando* algo! He estado trabajando mientras tú estabas aquí quejándote, apoltronándote y meando todo el tiempo.

—Veo que serías el único capaz de ponerme un fuego debajo de los pies para verme bailar. Bueno, pues ya he bailado, y creo que lo he hecho bien. ¿De qué te quejas?

—¿Quejarme? ¡El único tío que no para de quejarse eres tú, que eres un mierdecilla! ¡Dejarte vivir ya es un motivo de queja! Todo mi trabajo…

—¿El Capa de Vel Virazzo? ¿Así es como te ves a ti mismo, Jean? ¿Como otro Capa Barsavi?

—Como *otro lo que sea* —contestó Jean—. Hay cosas peores… Como ser Capa Lamora, Señor de la Habitación Apestosa. No quiero ser un maldito farsante, Locke. ¡Soy un ladrón honesto y haré lo que haya que hacer para tener una mesa ante la que sentarnos y un techo bajo el que cobijarnos!

—Pues entonces vayámonos a donde sea y volvamos a los negocios auténticamente lucrativos —dijo Locke—. ¿Quieres dedicarte honestamente al

latrocinio? Muy bien. Pues vayámonos a pescar un buen pez como hacíamos en Camorr. ¿Quieres verme robar? ¡Pues larguémonos y *robemos*!

—Pero Tavrin Callas…

—Ya ha muerto varias veces antes de ahora —dijo Locke—. ¿No investigaba los misterios de Aza Guilla? Pues que los investigue una vez más.

—Diantre —Jean se acercó a la ventana y echó un vistazo por ella; los pitidos de los silbatos seguían llegando desde varias direcciones—. Podría llevarnos unos cuantos días conseguir una litera en algún barco, y no podemos salir por tierra con lo que has robado… es casi seguro que durante una o dos semanas registren a todos los que crucen las puertas.

—Jean —dijo Locke—, *me* estás defraudando. ¿Puertas? ¿Barcos? Por favor, se trata de nosotros. Podríamos pasar una vaca de contrabando por delante de cualquier guardia de la ciudad, incluso a mediodía y en pelotas.

—¿Locke? ¿Locke Lamora? —Jean movió los ojos dentro de las órbitas de un modo muy exagerado—. Vaya, ¿dónde has estado todas estas semanas? Pensaba que compartía la habitación con un capullo miserable y egoísta que…

—Vale —dijo Locke—. Muy bien. Ja. Sí, es posible que me mereciera esa cuchufleta. Pero, en serio, salir de aquí nos resultará tan fácil como cocinar cualquier plato sencillo. Bajemos a ver al posadero. Despertémosle y démosle unas cuantas monedas más de plata… estas bolsas están llenas de ellas. Quedamos en que yo era un noble camorrí que estaba loco, ¿no? Pues dile que ahora me ha entrado una manía. Consígueme más ropas sucias, unas cuantas manzanas, una piedra del hogar y un caldero de hierro negro, lleno de agua.

—¿Manzanas? —Jean se rascó la barba—. ¿Manzanas? ¿Te refieres… al truco de las manzanas hechas papilla?

—En efecto —dijo Locke—. Tráeme todo eso; y, en cuanto haya hervido, nos prepararemos para salir de aquí mañana al amanecer.

—Uh —Jean abrió la puerta, se deslizó por el pasillo y se volvió una vez antes de irse—. Volveré con lo que me has encargado —añadió—, y así podrás seguir siendo el hijo de puta mentiroso, liante, tirado, avaricioso, tacaño, chanchullero y ratero que eres.

—Gracias —dijo Locke.

7

Pocas horas después, el sonido monocorde de una llovizna los rodeaba mientras salían de Vel Virazzo por la puerta norte. Por debajo de unas nubes tan negras como el carbón, que el viento impulsaba con fuerza, el amanecer era una línea húmeda en el horizonte oriental. Unos soldados con casacas de color púrpura los miraban con asco

desde lo alto de los cinco metros que tenía la muralla de la ciudad; la pesada puerta de madera de la pequeña barbacana se cerró de golpe a sus espaldas como si se sintiera contenta por librarse de ellos.

Locke y Jean se vestían con unas capas andrajosas, cubiertos bajo ellas con los jirones a modo de vendas de una docena de sábanas y de otras ropas de cama. Una fina capa de papilla hervida de manzana, aún caliente, rezumaba por algunas de las «vendas» que les cubrían brazos y pecho, por no hablar de la que ocultaba deliberadamente sus rostros. Aunque andar dando vueltas por ahí, chapoteando con una capa de aquella porquería debajo de la ropa, fuera algo molesto, era el mejor disfraz del mundo.

La caída de la piel era una enfermedad dolorosa e incurable que tenía como consecuencia que quienes la padecían fueran menos tolerados incluso que los leprosos. Si Locke y Jean, vestidos de aquella guisa, se hubieran acercado a Vel Virazzo desde el otro lado de la muralla, jamás hubiesen podido entrar en la ciudad. Dadas las circunstancias, los guardias no mostraron interés en saber cómo habían entrado en la ciudad, pues más bien se tropezaron los unos con los otros por la prisa que mostraron en que salieran de ella.

Lo que había al otro lado de la ciudad era un lugar desagradable de ver: algunos bloques de edificios de uno y dos pisos que se desmoronaban, adornados aquí y allá con los improvisados molinos de viento que servían para alimentar los fuelles de forjas y hornos. Por encima de ellos, el humo dibujaba varias curvas grises en el aire húmedo, y el trueno rugía en la distancia. Más allá de la ciudad, en el lugar donde los adoquines de la antigua calzada del Trono de Therin se convertían en una senda húmeda y sucia, Locke consiguió distinguir monte bajo, interrumpido aquí y allá por piedras hendidas y montones de escombros.

Las monedas (y todo lo demás de sus escasos bienes que les valía la pena llevar consigo) estaban en la pequeña bolsa que Jean llevaba bien atada al cuerpo por debajo de sus ropas, en un lugar donde ningún guardia jamás se hubiera atrevido a buscar ni aunque un superior suyo estuviera a su espalda con una espada desenvainada y se lo ordenara so pena de muerte.

—Dioses —murmuró Locke mientras caminaban afanosamente por la calzada—, estoy demasiado cansado para pensar bien. Ahora es cuando siento que realmente estoy bajo de forma.

—Bueno, pues ahora sí que no te queda más remedio que hacer un poco de ejercicio, lo quieras o no. ¿Cómo van las heridas?

—Me pican —se quejó Locke—. Sospecho que este viajecito no les hará ningún bien, aunque no es tan malo como parece. El estar moviéndome durante unas cuantas horas parece sentarme bastante bien.

—Cuán sabio es Jean Tannen en todos los caminos del saber —dijo Jean—. Más

sabio que muchos, sobre todo los que se apellidan Lamora.

—Cierra tu gordo, feo e incontrovertiblemente más sabio pico —dijo Locke—. Mmmm. Mira cómo esos idiotas salen huyendo al vernos.

—¿Acaso no harías tú lo mismo si vieras que una pareja de auténticos pieles caídas se te acercaban por el camino?

—Uh, supongo que sí. Malditos sean mis pies, cuánto me duelen.

—Cuando estemos a dos o tres kilómetros de la ciudad haremos un alto. Una vez que hayamos caminado unas cuantas leguas, podremos quitarnos la papilla y aparentar que somos viajeros respetables. ¿Alguna idea respecto a dónde dar nuestro primer golpe?

—Pensaba que era evidente —repuso Locke—. Estas ciudades pequeñas son para cobardes. Estamos buscando oro y hierro blanco, no cobres chafados. Vayámonos a Tal Verrar. Seguro que allí daremos con algo.

—Mmm. Tal Verrar. Bueno, está cerca.

—Los camorríes tenemos una larga y gloriosa historia en lo de zumbarles la badana a nuestros pobres primos verraríes, o eso se dice, así que vayámonos a Tal Verrar —dijo Locke—. Y a la gloria —y cambiaron el sentido de su camino bajo el cosquilleo de la bruma de aquella mañana lluviosa—. Y a los baños.

Capítulo 2

Requin

1

Aunque Locke acababa de descubrir que Jean seguía tan intranquilo como él por la experiencia sufrida en el Mercado Nocturno, no volvió a hablar de aquel asunto. Había un trabajo por hacer.

El final del día laboral de cualquier trabajador, ya fuera hombre o mujer, de Tal Verrar marcaba el comienzo del suyo. En un principio no les había sido fácil acostumbrarse al ritmo de una ciudad donde, noche tras noche, el sol se ocultaba tras el horizonte como si fuera la aquiescente víctima de un crimen, sin que el resplandor de la Falsa Luz delatara aquella transición. Pero Tal Verrar había sido construida para satisfacer unos gustos y necesidades distintos de los de Camorr, y el cristal antiguo que le daba forma sólo reflejaba la luz del cielo, sin añadir más claridad por su cuenta.

Su suite de Villa Candessa era opulenta y tenía el techo alto; a cinco volani de plata por noche no se podía esperar menos. La ventana de la cuarta planta daba a un patio de adoquines donde los carruajes, tachonados con faroles y escoltados por guardias de alquiler, iban y venían entre un estruendo que suscitaba ecos por doquier.

—Magos mercenarios —murmuró Jean mientras se anudaba las corbatas delante de un espejo—. Jamás permitiría ni siquiera a uno solo de esos bastardos que me calentara el té, y no los contrataría ni aunque viviera lo suficiente para ser más rico que el Duque de Camorr.

—Me has dado una idea —dijo Locke, que ya se había vestido y se tomaba un sorbo de café. Un día entero durmiendo le había sentado de maravilla a su mente—. Si fuéramos más ricos que el Duque de Camorr, podríamos contratar a un puñado de ellos y decirles que se perdieran en cualquier mierda de isla desierta situada en cualquier lugar perdido.

—Mmm. No creo que los dioses hayan creado ninguna isla que sea lo suficientemente desierta para mi gusto.

Jean terminó de anudarse las corbatas con una mano y acercó la otra hasta donde se encontraba su desayuno. Uno de los servicios más singulares que Villa Candessa ofrecía a los clientes que se quedaban por algún tiempo en ella consistía en los «pasteles con parecido», pequeños simulacros escarchados que se parecían a los

huéspedes, los cuales eran confeccionados por el escultor-pastelero de la posada, que había estudiado en Camorr. Encima de la fuente de plata dispuesta al lado del espejo, un Locke de pastel (con ojos de pasas y una cabellera rubia hecha con mantequilla de almendras) descansaba al lado de un orondo Jean cuya cabellera y barba eran de chocolate negro. Las piernas del Jean de pastel ya habían desaparecido.

Instantes después, Jean se sacudía de la casaca los últimos restos de mantequilla.

—Ay, pobres Locke y Jean.

—Murieron a causa del hambre —dijo Locke.

—Ya sabes que seguiré aquí después de que hayas hablado con Requin y Selendri.

—Mmmm. ¿De veras que seguirás en Tal Verrar después de hablar con ellos? —aunque intentaba sonreír, sólo consiguió una mueca.

—Sabes que no me iré a ningún sitio —dijo Jean—. No creo que sea una decisión acertada por mi parte, pero no te dejaré solo.

—Lo sé. Y lo siento —se terminó el café y dejó la taza—. No creo que la charla con Requin resulte demasiado interesante.

—No digas tonterías. Acabo de ver en tu rostro cierta sonrisa afectada. La gente suele tenerla después de terminar el trabajo que había estado haciendo, pero tú haces muecas como un idiota justo antes de comenzarlo.

—¿Afectada? Pero si mis mejillas están más chupadas que las de un cadáver. Si lo único que quiero es acabar esto de una vez. Es un asunto aburrido. Creo que la entrevista apenas será divertida.

—Que la entrevista apenas será divertida… mi culo. Seguro que no lo será en cuanto te acerques a la dama que tiene ese maldito brazo metálico y le digas: «Discúlpeme, señora, pero es que…».

2

—He estado haciendo trampas —dijo Locke—. Durante todo el tiempo. En todos los juegos individuales en los que participé desde que mi compañero y yo llegamos por primera vez a la Aguja del Pecado, hace ya dos años.

Recibir una mirada penetrante de Selendri era algo singular; su ojo izquierdo sólo era un agujero oscuro medio cubierto por el velo traslúcido que antaño había sido un párpado. El único ojo bueno que le quedaba hacía el trabajo por los dos, y, diablos, cuánto miedo metía en el cuerpo.

—¿Está sorda, señora? En todos los juegos individuales. Haciendo trampas. De arriba abajo en esta preciosa Aguja del Pecado, haciendo trampas de una planta a otra, riéndome de todos sus invitados por simple diversión.

—Me pregunto —dijo ella, con aquel susurro suyo que era como el de una bruja

— si realmente es consciente del significado de lo que intenta decirme. Maese Kosta, ¿está usted bebido?

—Estoy tan sobrio como un niño de pecho.

—¿Le ha obligado alguien a decirme esto?

—Hablo completamente en serio —dijo Locke—. Pero me gustaría hablar con su jefe para exponerle mis motivos. Y en privado.

La sexta planta de la Aguja del Pecado estaba en silencio. Locke y Selendri se encontraban solos, con cuatro o cinco de los criados uniformados de Requin que los vigilaban a unos siete metros de distancia. Era demasiado pronto para que, aún a aquella primera hora de la noche, reinase el silencio y para que los escasos jugadores de aquella planta hubieran finalizado su lenta y ruidosa migración hacia las plantas inferiores.

En el centro de la sexta planta habían dispuesto una escultura bastante alta que estaba metida dentro de un cilindro transparente de cristal antiguo. Aunque aquel tipo de cristal no permitía que las manos del hombre le dieran forma alguna, había literalmente millones de fragmentos y de objetos fabricados con él por todo el mundo, algunos de los cuales se adaptaban convenientemente a las necesidades humanas. En varias ciudades existían sociedades que se encargaban de buscar cristal antiguo, y que podían solventar cualquier necesidad a cambio de exorbitantes minutas.

El interior del cilindro contenía algo que Locke sólo hubiera podido describir como una catarata de cobre. Era una escultura que representaba una catarata; sus rocas habían sido fabricadas con volani de plata, y su «agua» consistía en un flujo constante de miles, miles y miles de centira de cobre. El repiqueteo metálico originado en el interior de aquel recinto de cristal a prueba de ruido debía de ser tremendo, aunque para quienes observaban el espectáculo desde fuera éste se realizara en absoluto silencio. Algún mecanismo oculto bajo el suelo debía de recoger la corriente de monedas de cobre y devolverlas a la cima de las «rocas» de plata, pero por la parte de detrás. Era un espectáculo tan excéntrico como hipnótico… Locke jamás había visto que nadie fuera capaz de decorar una habitación con una pila de monedas, en su sentido más literal.

—¿Jefe? ¿Por qué supone que tengo un jefe?

—Sabe que me refiero a Requin.

—Él sería el primero en sancionar su supuesta culpabilidad. Y de una manera violenta.

—Entonces una audiencia privada nos permitiría aclarar varios malentendidos.

—Oh, por supuesto que Requin hablará con usted de una manera… muy privada —cuando Selendri chasqueó dos veces seguidas los dedos de su mano derecha, los cuatro criados se dirigieron hacia Locke. Selendri le señaló con el dedo; dos de ellos

le cogieron firmemente por los brazos y entre todos comenzaron a llevarle escaleras arriba. Selendri los siguió, a pocos pasos por detrás de ellos.

La planta séptima se hallaba ocupada por otra escultura contenida en un cilindro aún mayor que también era de cristal antiguo. Venía a ser una especie de anillo de islas volcánicas, construido con monedas de volani de plata, que flotaban encima de un mar hecho con solari de oro. Cada una de cumbres plateadas regurgitaba un surtidor de monedas de oro que caía en el extenso y resplandeciente «mar» de oro. Los guardias de Requin marchaban con un paso demasiado vigoroso para que Locke pudiera observar más detalles de la escultura; luego dejaron atrás a otra pareja de empleados uniformados, que se encontraban junto al hueco de la escalera, y siguieron hacia arriba.

La parte central de la octava planta albergaba otro nuevo espectáculo, el tercero, contenido bajo el receptáculo de cristal mayor de todos. Locke parpadeó varias veces y reprimió una risita de admiración.

Se trataba de una escultura estilizada de la propia Tal Verrar, unas islas de plata apretujadas en la superficie de un mar de monedas de oro. Encima de la maqueta de la ciudad, dominándola a horcajadas como un dios, la estatua de mármol, a tamaño natural, de un hombre al que Locke reconoció apenas verlo. Tanto la estatua como el hombre tenían unos pómulos redondeados que añadían a aquel rostro estrecho cierta expresión de burla, realzada por una barbilla redonda y protuberante, unos ojos grandes y unas orejas largas que estaban como pegadas a la cabeza, pero perpendicularmente a ella. Requin, cuyos rasgos se parecían bastante a los de la marioneta que un titiritero enfadado hubiera montado a toda prisa.

Las manos de la estatua se proyectaban hacia delante a la altura de la cintura, de suerte que dos surtidores de monedas de oro brotaban incesantemente de los puños de sus mangas, para caer del mismo modo sobre la ciudad que se encontraba más abajo.

Locke, que miraba pasmado la estatua, casi tropezó con sus propios pies cuando los criados que lo mantenían agarrado decidieron soltarle. En el extremo de las escaleras de la planta octava había una puerta con dos batientes de madera laqueada. Selendri dejó atrás a Locke y a los criados. A la izquierda de la puerta se encontraba un pequeño nicho practicado en la pared. Selendri deslizó su brazo metálico en él, lo encajó en alguna suerte de mecanismo y entonces lo giró media vuelta hacia la izquierda. Cuando un chasquido sonó en el interior de la pared, posiblemente causado por el mecanismo en cuestión, la puerta se abrió.

—Registradlo —dijo, mientras se desvanecía por la puerta sin mirar atrás.

Locke no tardó en quedarse sin casaca para ser más cacheado, empujado, analizado y sobeteado de lo que lo había sido durante su última visita a un burdel. Los estiletes que llevaba en las mangas (algo muy usual en un hombre de su condición) le fueron confiscados; luego hurgaron dentro de su bolsa, le quitaron los

zapatos y uno de los empleados incluso rebuscó entre sus cabellos. Cuando aquel proceso se dio por terminado, Locke (sin zapatos ni casaca y un tanto desaliñado) recibió un empujón poco cortés que le llevó ante la puerta por donde Selendri acababa de desaparecer.

Al otro lado se abría un espacio oscuro no mayor que un guardarropa. Una escalera inestable de hierro negro, por la que cabía sólo una persona y que salía del suelo, moría delante de un cuadrado de suave luz ambarina. Locke subió despacio por la escalera y emergió en el despacho de Requin.

Aquel lugar ocupaba toda la planta novena de la Aguja del Pecado; junto a la pared de enfrente, una parte de la misma, acotada por cortinas de seda, debía de hacer las funciones de dormitorio. En la pared de la derecha podía apreciarse la puerta de un balcón, cubierta por una persiana metálica de corredera. Locke consiguió ver a través de ella una vista nocturna de la parte este de Tal Verrar, o eso le pareció.

Tal y como le habían contado, las demás paredes de la habitación se hallaban decoradas con muchos cuadros… casi veinte, situados todos ellos en sus extremos e insertos en marcos finamente trabajados de madera sobredorada. Obras maestras de los años finales del Trono de Therin, cuando la mayoría de los nobles de la corte del Emperador disponían de un escultor o pintor al que sujetaban con la traílla del mecenazgo y al que mostraban como si fuera una mascota. Locke no poseía los conocimientos suficientes para distinguir a uno de otro, aunque se decía que de las paredes de Requin colgaban dos Morestras y un Ventahis. Aquellos dos artistas (junto con sus bocetos, libros de teoría y aprendices) habían desaparecido varios siglos antes en la tormenta de fuego que arrasó la ciudad imperial de Therim Pel.

Selendri estaba de pie junto a un amplio escritorio que poseía el color del buen café y que se hallaba atestado de libros, documentos y aparatos mecánicos en miniatura. Una silla se encontraba delante de la mesa, en la que Locke distinguió las sobras de una cena: algún tipo de pescado servido en una fuente de hierro blanco, acompañado por una botella medio llena de vino oro pálido.

Selendri llevó su mano de carne y hueso al brazo postizo de bronce y entonces se escuchó un chasquido. La mano se abrió como los pétalos de una flor resplandeciente. Cuando los dedos se encajaron a lo largo de la muñeca revelaron un par de hojas de acero pavonado de quince centímetros, que antes habían estado ocultas en la palma de la mano. Selendri las agitó como si fueran garras e hizo un gesto a Locke para que permaneciera delante del escritorio, que obedeció sin dejar de mirarlas.

—Maese Kosta —la voz procedía de algún sitio situado a su espalda, posiblemente del interior de la zona delimitada por cortinas de seda—. ¡Qué placer! Selendri me acaba de referir que muestra gran interés en ser *asesinado*.

—No tanto, señor. Lo único que le conté a su ayudante es que había estado

robando ininterrumpidamente, junto con mi compañero, en todos los juegos de su Aguja del Pecado en los que ambos habíamos participado. Prácticamente durante los dos últimos años.

—¿En todos los juegos? —preguntó Selendri—. Antes dijo que había sido en todos los juegos individuales.

—Ah, bueno —dijo Locke encogiéndose de hombros—, es que así sonaba más dramático. Era como decir *en casi* todos los juegos.

—Este hombre es un payaso —murmuró Selendri.

—Oh, no —dijo Locke—. Bueno, quizá en ocasiones. Pero ahora no.

Locke escuchó un sonido de pasos que cruzaba la habitación y se acercaba a su espalda.

—Se trata de una apuesta —dijo Requin, ya muy cerca de él.

Requin rodeó a Locke y se quedó delante de él, las manos a la espalda, para mirarlo intensamente. Aquel hombre era prácticamente el gemelo de la estatua que se encontraba un piso más abajo; quizá pesara unos pocos kilos más y quizá los rizos de color gris acero que le cubrían la coronilla fueran un poco más cortos. La levita entallada que llevaba era de terciopelo negro un poco ajado, y los guantes con los que se cubría las manos eran de piel marrón. Usaba gafas. Locke se sorprendió al descubrir que lo que la víspera había tomado por un reflejo no era tal, sino la luz que brillaba detrás de sus cristales. Estos relucían con un brillo naranja que confería una apariencia demoníaca a los ojos que se ocultaban tras ellos. Locke pensó que debía de tratarse de alguna alquimia novedosa y cara de la que jamás había oído hablar.

—Maese Kosta, ¿ha bebido esta noche algo fuera de lo corriente? ¿Quizá algún tipo de vino con el que no estaba familiarizado?

—A menos que el agua de Tal Verrar intoxique por sí misma, estoy tan seco como la arena que se mete dentro de un horno.

Requin fue al otro lado de su escritorio, tomó un pequeño tenedor de plata, clavó en él un trocito blanco de pescado y apuntó a Locke con él.

—Entonces, si debo creer en lo que me dice, usted ha estado haciendo trampas en este lugar durante los últimos dos años, sin que le descubran, y ahora, ante la evidente imposibilidad de demostrarlo, quiere entregarse en persona. ¿Un caso de conciencia?

—Ni remotamente.

—¿Un deseo súbito de suicidarse de una manera bastante elaborada?

—Mi intención es salir vivo de esta habitación.

—Oh, y seguirá estando vivo hasta que se golpee con los adoquines del suelo nueve plantas más abajo.

—Quizá pueda convencerle de que, siguiendo intacto, le soy de más valor.

Requin masticó el pescado antes de volver a hablar.

—¿Y cómo ha conseguido hacer todas esas trampas, maese Kosta?

—Sobre todo, moviendo los dedos con suma agilidad.

—¿De veras? Puedo distinguir unos dedos rápidos con sólo mirarlos. Muéstreme su mano derecha.

Requin se quitó el guante de la mano izquierda y Locke adelantó la suya derecha a regañadientes, como si pensara que fuera a estrechársela.

Requin agarró la mano de Locke por encima de la muñeca y la metió dentro del escritorio… pero antes de que Locke sintiera el golpe fatal que estaba aguardando, su mano asomó por alguna suerte de panel oculto y se deslizó por una abertura que caía justo por debajo de la superficie del escritorio. Entonces escuchó el fuerte *clack* de algún mecanismo y sintió en la muñeca una presión muy fuerte. Locke dio un respingo hacia atrás, pero el escritorio acababa de tragarse su mano como hubiera hecho el estómago de alguna bestia, pero no un estómago que fuera blando, sino rígido. Las aceradas garras gemelas de Selendri se volvieron hacia él como accidentalmente, y entonces dejó de debatirse.

—Veamos. Manos, manos, manos. Suelen meter en problemas a sus dueños, maese Kosta. Selendri y yo somos los únicos que lo sabemos.

Requin se volvió hacia la pared que estaba detrás de su escritorio y corrió un panel de madera laqueada que reveló un largo estante dispuesto en la pared.

Encima de él había docenas de tarros de cristal bien sellados; cada uno de ellos contenía algo oscuro y arrugado… ¿Arañas muertas? No, Locke se corrigió a sí mismo… manos humanas. Cortadas, acartonadas y guardadas como trofeos, con sortijas que aún brillaban en sus dedos retorcidos y resecos.

—Antes de proceder a lo que es inevitable, esto es lo que solemos hacer —dijo Requin como si estuviera hablando de otra cosa—. La mano derecha. *Ta-ta*. El proceso será entretenido. Antes tenía alfombras en este sitio, pero la puñetera sangre es tan *escandalosa*…

—Muy prudente por su parte —Locke sintió que una gota de sudor comenzaba a caerle lentamente por la frente—. Estoy tan asustado y escarmentado como no se imagina. ¿Podría devolverme la mano?

—¿En su condición original? Lo dudo. Pero si responde a algunas preguntas, ya veremos. Me decía que, moviendo los dedos con suma agilidad… Debe disculparme… pero mis empleados son muy duchos descubriendo a los que hacen trampas de esa manera.

—No dudo que lo sean —Locke se arrodilló delante del escritorio para tener una posición más cómoda y sonrió—. Pero yo podría meter un gato vivo dentro del acostumbrado mazo de cincuenta y seis cartas y sacarlo cuando me apeteciera. Y los demás jugadores se quejarían por los maullidos, pero jamás descubrirían de dónde venían.

—Pues entonces meta un gato vivo dentro de mi escritorio.

—Era, ah, una manera colorista de hablar. Desgraciadamente, esta temporada los gatos vivos no van con la moda de los caballeros de Tal Verrar.

—Es una pena. Pero apenas me sorprende. Ya llevo unos cuantos muertos que se arrodillaron en el mismo sitio que usted, y que sólo me ofrecieron unas cuantas maneras coloristas de hablar y poco más.

Locke suspiró.

—Sus muchachos me quitaron la casaca y los zapatos, y pensé por un momento que me iban a mirar hasta los hígados. Vaya, ¿qué es esto?

Acababa de mover la manga izquierda y de levantar la mano para enseñar el mazo de cartas que, de una manera inesperada, había aparecido en ella.

Selendri acercó sus cuchillas a la garganta de Locke, pero Requin hizo un gesto con la mano mientras sonreía.

—Querida, no creo que pueda matarme con un mazo de cartas. No está mal, maese Kosta.

—Y ahora —dijo Locke—, vamos a ver qué pasa.

Llevó el brazo hacia un lado, manteniendo bien cogido el mazo entre el pulgar y los restantes dedos. Un giro de la muñeca, un capirotazo del pulgar, y ya había cortado las cartas del mazo. Comenzó a flexionar y a estirar los dedos, aumentando rápidamente el ritmo de lo que hacía hasta que su mano se pareció a una araña a la que estuvieran dando una clase de esgrima. Cortar y barajar, cortar y barajar… partió las cartas del mazo y las volvió a juntar una docena de veces. Entonces, con un movimiento tan ágil como elegante, las depositó encima del escritorio para dispersarlas acto seguido en forma de arco, desplazando mientras lo hacía algunos de los objetos que Requin había dejado encima.

—Escoja una —dijo Locke—. La que más le guste. Mírela, pero no me la enseñe.

Requin hizo lo que le pedía. Mientras miraba la carta que había escogido, Locke recogió las demás moviendo la mano hacia su cuerpo; barajó y cortó una vez más, luego partió en dos montones el mazo y dejó uno de ellos encima del escritorio.

—Vaya a colocar la carta escogida encima del montón que está en el escritorio. Y ahora recuerde cuál era.

Cuando Requin dejó encima la carta, Locke puso encima de ella las del otro montón. Luego, ya con el mazo completo en la mano izquierda, volvió a repetir cinco veces aquella maniobra suya de cortar y barajar con la mano. Después dejó en el escritorio de Requin la carta que había quedado encima del mazo y sonrió. Era el cuatro de Cálices.

—Ésta, Maestro de la Aguja del Pecado, es su carta.

—No —dijo Requin con una sonrisa afectada.

—Mierda —Locke dio la vuelta a la carta que seguía a la anterior, el Sello del Sol —. Ajá, sabía que estaba por alguna parte.

—No —dijo Requin.

—Qué desgraciado soy —comentó Locke, y comenzó a darle la vuelta a las siguientes seis cartas—. ¿El ocho de Agujas? ¿El tres de Agujas? ¿El tres de Cálices? ¿El Sello de los Doce Dioses? ¿El cinco de Sables? Mierda. ¿La Maestra de las Flores? —y en cada una de aquellas ocasiones Requin movió la cabeza para decir que no.

—Uh, discúlpeme —Locke dejó el mazo de cartas encima del escritorio de Requin y luego se toqueteó con la mano izquierda el botón de la manga derecha. A los pocos segundos se subió la manga por encima del codo y se recompuso el botón. Entonces apareció otro mazo de cartas en su mano izquierda.

—Veamos… ¿el siete de Sables? ¿El tres de Agujas? No, ya lo había dicho… ¿El dos de Cálices? ¿El seis de Cálices? ¿El Maestro de los Sables? ¿El tres de Flores? Diantre, diantre. Después de todo, el mazo no era tan bueno.

Locke dejó el segundo mazo encima del primero, hizo como si se rascara alguna parte suya que estaba cerca del fino fajín que cubría la parte superior de sus calzas y sacó un tercer mazo de cartas. Hizo una mueca a Requin y enarcó las cejas.

—Este truco iría mejor si pudiera usar la mano derecha.

—No veo por qué, puesto que se las apaña tan bien con la izquierda.

Locke suspiró y con un capirotazo echó la carta que estaba encima del nuevo mazo sobre las que se iban amontonando en el escritorio de Requin.

—¡El nueve de Cálices! ¿Le suena?

Requin rió y denegó con la cabeza. Locke dejó el nuevo mazo encima de los otros, se levantó y se sacó otro de algún lugar que se hallaba muy cerca de sus calzas.

—Pero es evidente que sus empleados deberían haber visto —proseguía Locke— que llevaba encima cuatro mazos de cartas, siendo tan aficionados a registrar en busca de eso mismo a un hombre al que ya le han quitado la casaca y los zapatos… un momento, ¿he dicho cuatro? Me parece que he contado mal…

Y entonces sacó un quinto mazo de algún lugar indeterminado de su camisa de seda, que fue a engrosar la pequeña torre de cartas que se balanceaba de un modo más que precario junto al borde del escritorio.

—Es evidente que no hubiera podido ocultar cinco mazos de cartas a sus guardias, maese Requin. Cinco hubiera sido una completa exageración. Sin embargo, ahí están… creo que es todo lo que tenemos. Para disponer de más, me temo que tendría que recurrir a ciertos sitios desagradables. Y lamento decirle que no creo disponer de la carta que usted cogió. Un momento… acabo de descubrir dónde puede estar…

Entonces se inclinó encima del escritorio, dio un empujón con el codo a la botella de vino y en ese mismo momento, boca abajo, apareció una carta debajo de ella.

—Su carta —dijo, dándole la vuelta con los dedos de la mano izquierda—. El

diez de Sables.

—Bien —dio Requin mientras reía, mostrando de paso un arco generoso de dientes amarillentos bajo los círculos anaranjados, casi ígneos, de sus gafas—. Muy, pero que muy bien. Y con una sola mano. Pero aunque yo les permitiera que empleasen estos trucos todo el tiempo delante de mis empleados y el resto de mis invitados… usted y maese de Ferra invertirían un tiempo considerable para hacer trampas en juegos que están muchísimo más controlados que los de las simples cartas, y que son mucho más complicados.

—También puedo decirle cómo ganar en ellos. Sólo tiene que soltarme.

—¿Por qué desaprovechar la clara ventaja de que ahora dispongo?

—Porque le permitiré ganar otra cosa. Suélteme la mano derecha —dijo Locke, haciendo acopio de la última brizna de pasión y de sinceridad que conocía para vestir con ellas sus palabras— y le contaré por qué ya no podrá confiar a partir de este momento en que su Aguja del Pecado siga siendo segura.

Requin se le quedó mirando con sus enguantadas manos cruzadas sobre el pecho y, finalmente, hizo un signo de asentimiento a Selendri. Ella apartó las hojas (aunque siguió apuntando a Locke con ellas) y apretó un resorte situado dentro del escritorio. Cuando la mano de Locke quedó libre, por poco no se cayó él al suelo al intentar masajearse la muñeca.

—Muy amable —dijo Locke con un aire jovial que era puro teatro—. Y ahora le diré que, en efecto, hemos jugado a otros juegos que no tienen que ver exclusivamente con las cartas. Pero ¿cuáles son los juegos en los que nos hemos abstenido escrupulosamente de jugar? Rojos y Negros. Cuenta para Veinte. El Anhelo de la Bella Doncella. Todos los juegos en los que se juega contra la Aguja del Pecado y no contra otros invitados. Esos juegos contribuyen matemáticamente a dar a la casa una ventaja sustancial.

—Es difícil obtener beneficios de otro modo, maese Kosta.

—Sí. Tampoco presentan ningún aliciente para un tramposo como yo; para hacer trampas necesito carne y sangre frescas. Y no me preocupan los mecanismos y los empleados de que usted disponga, por numerosos que sean. En un juego entre personas, el latrocinio *siempre* encuentra un camino, tan cierto como que el agua corre entre las cuadernas de un barco.

—Más palabrería y desparpajo —dijo Requin—. Admiro la labia de los condenados, maese Kosta. Pero ambos sabemos que, por ejemplo, no se pueden hacer trampas en el Carrusel del Riesgo, si exceptuamos la complicidad a cuatro bandas entre los participantes, algo que convertiría el juego en algo carente de sentido.

—Cierto. No hay manera alguna de hacer trampas con el carrusel y con las cartas, al menos no aquí, en su «Aguja». Pero cuando uno no puede manipular los materiales del juego, no tiene más remedio que manipular a los jugadores. ¿Sabe qué es la *bela*

paranella?

—Un soporífero. Alquimia muy cara.

—En efecto. Incolora, insípida y doblemente efectiva cuando se ingiere con licor. La pasada noche, en todas y cada una de las manos que jugamos, Jerome y yo nos impregnamos los dedos con ella mientras tocábamos las cartas. La señora Corvaleur tiene el hábito bien conocido de comer y de lamerse luego los dedos mientras juega. Antes o después, tenía que ingerir, al tocarlas, la suficiente cantidad de droga.

—¡Diantre! —Requin parecía auténticamente desconcertado—. Selendri, ¿sabes algo de todo esto?

—Al menos puedo dar fe de ese hábito de Corvaleur —susurró—. Creo que es la táctica que emplea para molestar a sus contrincantes.

—Y la empleó —dijo Locke—. Fue todo un placer ver cómo se drogaba por sí misma.

—Le concedo que su historia es remotamente plausible —dijo Requin—. La verdad es que sentí curiosidad al ver la extraña… incapacidad de Izmila.

—Muy cierto. Esa mujer parece una caseta para barcas hecha de cristal antiguo. Jerome y yo nos tomamos más viales que ella; si no hubiera sido por el polvo, lo que tomó sólo le hubiera emborrachado las pestañas.

—Es posible. Pero hablemos de otros juegos. ¿Qué me dice de las Alianzas a Ciegas?

El juego de las Alianzas a Ciegas se efectúa sobre una mesa circular que posee unas mamparas diseñadas al efecto delante de cada una de las manos de los jugadores, de suerte que la persona que está enfrente (el compañero) no consigue ver sus cartas. Cada uno de los participantes se sienta en silencio, pisando con su pie derecho el izquierdo del jugador o jugadora que tiene a la derecha, para que ninguno pueda hacer señas por debajo de la mesa a su compañero. Por eso mismo, cada compañero tiene que jugar por instinto y por la más atroz de las suposiciones, apartado de la vista, voz y señas del otro.

—Es una estratagema para niños. Jerome y yo llevábamos unas botas especiales con una estructura de hierro debajo del cuero. Deslizábamos los pies cuidadosamente por detrás de las botas, y la persona que nos pisaba seguía teniendo la sensación de seguir haciéndolo. Hubiéramos podido transmitirnos el contenido de un libro entero gracias al código de golpecitos que nos inventamos. ¿Ha conocido a alguien que domine ese juego tan bien como nosotros?

—No puede estar hablando en serio.

—Si quiere le enseño las botas.

—Bien. Tuvieron una racha extraordinaria de buena suerte… pero ¿qué me dicen del billar? Se anotaron una victoria muy famosa con el señor de Landreval. ¿Cómo se las apañaron? Mi casa proporciona las bolas, los tacos y el mantenimiento.

—Sí, y es evidente que nada de eso se puede trucar. Pagué diez solari al físico de cabecera del noble señor de Landreval para enterarme de sus achaques. Resulta que es alérgico a los limones. Todas las noches, antes de jugar con él, Jerome y yo nos untamos cuello, mejillas y manos con rodajas de limón, y empleamos varios aceites para enmascarar el olor. A la media hora de estar delante de nosotros ya estaba tan hinchado que apenas podía ver. No creo que llegara a descubrir de dónde le venía el problema.

—¿Me está diciendo que ganaron mil solari con unas simples rodajas de *limón?* Es un disparate.

—Tiene razón. Le pedí educadamente que me prestara mil solari y él se ofreció a que le humilláramos públicamente, dejándose ganar en su juego favorito porque posee un corazón amable.

—Hmmmph.

—¿Cuántas veces había perdido Landreval antes de encontrarnos a Jean y a mí? ¿Una en cincuenta partidas?

—Limones. Se me llevan los demonios.

—Sí. Cuando no puedes manipular el juego, debes manipular al jugador. Con la información y preparación necesarias, ninguno de los jugadores de su Aguja se libra de ser una marioneta en nuestras manos.

—Es una buena historia, maese Kosta —Requin se inclinó sobre el escritorio y bebió un sorbo de vino—. Creo que puedo ser lo suficientemente caritativo como para creer parte de lo que me ha contado. Tenía la sospecha de que usted y su amigo eran tan comerciantes e inversores como yo, aunque en mi torre cualquiera puede decir que es un duque o un dragón de tres cabezas si está respaldado por el necesario crédito. Usted ciertamente lo ha hecho antes de venir esta tarde a mi oficina. Y ahora viene la pregunta más importante de todas: ¿por qué diablos me cuenta todo esto?

—Necesito su atención.

—Creo que ya la tiene.

—Necesito más que todo eso. Necesito que usted conozca mis habilidades e inclinaciones.

—También lo ha conseguido, puesto que acepto su historia. ¿Qué quiere lograr *exactamente* con todo esto?

—La posibilidad de que lo que voy a contarle ahora malogre todo lo que le he dicho.

—¡Oh!

—Requin, no he venido a esta ciudad para quitarle a sus invitados unos cuantos miles de solari por aquí y otros cuantos por allá. Ha sido divertido, pero sólo es algo secundario con respecto a mi intención última —Locke extendió las manos y sonrió a modo de disculpa—. Me han contratado para que, en cuanto sepa la manera de forzar

su bóveda de seguridad, me lleve todo lo que haya dentro de ella, y eso delante de sus narices.

Requin parpadeó.

—¡Imposible!

—Inevitable.

—Ahora no estamos hablando de una trapacería que tenga que ver con limones, maese Kosta. Explíquese.

—Los pies comienzan a dolerme —dijo Locke—. Y la garganta a secárseme.

Requin le miró fijamente y se encogió de hombros.

—Selendri. Una silla para maese Kosta. Y una copa.

Selendri frunció el ceño y se dio media vuelta para tomar la espléndida silla de madera oscura, con un cojín de cuero, que estaba junto a la pared. La dejó al lado de Locke, que se sentó en ella con la sonrisa pintada en el rostro. Luego se alejó de él durante un momento y regresó a su lado con una copa de cristal que pasó a Requin, el cual tomó la botella de vino y sirvió una generosa dosis de líquido rojo en la copa. ¿Líquido rojo? Locke parpadeó y luego se quedó tranquilo. *Kameleona*, el vino cambiante, por supuesto. Uno de los mejores vinos alquímicos de Tal Verrar, que los tenía a cientos. Requin le pasó la copa y volvió a sentarse en el escritorio con los brazos cruzados.

—A su salud —dijo Requin—. Necesito toda la ayuda que pueda proporcionarme.

Locke tomó un largo trago de aquel vino cálido y se permitió unos segundos de contemplación. Se maravilló por el modo en que el sabor a albaricoques se transmutaba en el otro más pungente, ligeramente ácido, de la manzana a medio masticar. Si su conocimiento del mercado de licores seguía siendo tan bueno como antes, aquel sorbo debía de costar veinte volani. Era tan genuino el gesto de asentimiento con que obsequió a Requin que éste movió displicentemente la mano para quitarle importancia.

—No puede haber escapado a su atención, maese Kosta, que mi bóveda es la más segura de Tal Verrar… el lugar más protegido, y en exceso, de toda la ciudad; de hecho, incluso más que las habitaciones privadas del mismísimo Arconte —con los dedos de la mano izquierda, Requin tensó la piel del guante que cubría su mano derecha—. Ni que está encajada en el interior de una estructura natural de cristal antiguo, la cual sólo es accesible después de haber atravesado antes diferentes secciones de mecanismos metálicos y de relojería que, si me permite pasar por alto mi propia habitación, no tiene parangón. Ni que la mitad de los consejeros del *Priori* la tienen en tan alta estima que me confían la mayor parte de sus fortunas personales.

—Por supuesto —dijo Locke—. Le felicito por tener una clientela tan aduladora. Pero las puertas de su bóveda están guardadas por mecanismos, y los mecanismos fueron construidos por hombres. Lo que un hombre cierra con llave, antes o después

otro hombre lo abre.

—Le repito que es imposible.

—Y yo vuelvo a corregirle. *Difícil*. «Difícil» e «imposible» son unos primos a los que se suele confundir entre sí, aunque tengan muy poco en común.

—La probabilidad de que usted diera a luz un hipopótamo vivo —dijo Requin— es mayor que la que tendría el mejor de los ladrones de la actualidad para franquear el cordón de seguridad que rodea mi bóveda. Pero esto es una tontería… podríamos pasarnos toda la noche midiéndonos la polla. Yo digo que la tengo de metro y medio, y usted que la suya mide dos, y que lanza fuego si se le ordena. Volvamos cuanto antes a temas más importantes. Antes admitió que el burlar los mecanismos de mis juegos estaba fuera de discusión. Y si mi bóveda es el mecanismo más seguro de todos ellos, ¿no seré yo ahora esa carne y esa sangre que, según sus palabras de antes, necesita para hacer trampas?

—Es posible que esta conversación me haya dado alguna esperanza al respecto.

—¿Qué tiene que ver el hacer trampas a mis invitados con el hecho de urdir la manera de entrar en mi cripta?

—En principio —dijo Locke— sólo jugábamos para mezclarnos con la gente y encubrir que observábamos sus operaciones. Pero el tiempo pasaba y no hacíamos progresos. Hacer trampas era una travesura para conseguir que los juegos fueran más interesantes.

—¿Mi casa le aburre?

—Jerome y yo somos ladrones. Llevamos muchos años marcando cartas y robando desde Oriente hasta Poniente y desde aquí hasta Camorr, y recíprocamente. Dar vueltas a los carruseles con la gente acomodada sólo es divertido de vez en cuando y, como no avanzábamos en el trabajo, teníamos que divertirnos de alguna manera.

—El trabajo. Sí, antes me dijo que los habían contratado para llegar hasta aquí. Elaborado.

—A mi compañero y a mí nos enviaron a este sitio para formar parte de algo muy elaborado. *Alguien* de fuera quiere vaciarle la bóveda. No sólo entrar en ella, sino saquearla. Llevarse todo y dejarla como un panal vacío.

—¿Alguien?

—Alguien. No tengo ni la menor idea de quién pueda tratarse; Jerome y yo hemos estado trabajando en diferentes frentes. Todos nuestros esfuerzos para descubrirlo han sido en vano. El que nos contrató sigue siendo tan anónimo para nosotros como lo era hace dos años.

—Maese Kosta, ¿suele usted trabajar con frecuencia para gente que no conoce?

—Sólo para aquellos que pagan grandes sumas de frío metal. Y puedo asegurarle… que éste nos pagó muy bien.

Requin volvió a acomodarse detrás del escritorio, se quitó las gafas y se frotó los ojos con las manos enguantadas.

—¿De qué va este nuevo juego, maese Kosta? ¿Por qué me ayuda contándome todo esto?

—Ya me he cansado del que nos contrató. Cansado de la compañía de Jerome. Como encuentro Tal Verrar un tanto empalagosa, estoy buscando un nuevo acomodo para mí.

—¿Quiere chaquetear?

—Si lo expresa en esos términos, pues sí.

—¿Y qué supone usted que yo voy a ganar con ello?

—En primer lugar, la posibilidad de actuar contra mi actual patrón. Jerome y yo no somos los únicos agentes que ha enviado contra usted. Nuestro trabajo se centra en la bóveda, y nada más. Toda la información que obtenemos de sus operaciones se la pasan a otro. Están aguardando a que nosotros rompamos su hucha para pasar a otra fase.

—Prosiga.

—En segundo lugar, nuestro beneficio sería mutuo. Busco trabajo. Estoy cansado de ir de ciudad en ciudad para trabajar. Quiero establecerme en Tal Verrar, encontrar una casa y quizá una mujer. Y después de que le haya ayudado con quien me contrató, quiero trabajar aquí, junto a usted.

—¿Quizá como animador?

—Requin, usted necesita un jefe de planta. Dígame la verdad, ¿está ahora igual de complacido con su seguridad como lo estaba antes de que yo subiera por esta escalera? Sé cómo hacer trampas en todos los juegos que *tiene* aquí y, si no fuera más perspicaz que sus empleados, ahora estaría muerto. ¿Quién mejor que yo para que sus invitados sigan jugando sin hacer trampas?

—Su petición es… lógica. Pero su disposición para despreocuparse de su patrón no lo es. ¿No teme su venganza?

—No, si, con mi ayuda, usted luego nos pone fuera de su alcance. La identificación es el problema. Una vez identificada, se puede tratar con cualquier persona. Usted tiene debajo del pulgar a todas las bandas de Tal Verrar, y también se ha convertido en los oídos del *Priori*. Puedo asegurar que haría los arreglos pertinentes en cuanto diéramos con el nombre.

—¿Y su amigo De Ferra?

—Los dos trabajamos muy bien juntos —dijo Locke—, pero recientemente discutimos sobre cierto asunto personal. Él cree que he olvidado su insulto, pero yo le aseguro a usted que no. Quiero hacer las paces con él a la hora de tratar con nuestro patrón. Antes de que muera quiero que sepa que yo me quedé con la mejor parte. Si es posible, me gustaría acabar con él personalmente. Eso y el trabajo es lo único que

pido.

—Mmm. ¿Qué piensas de todo esto, Selendri?

—Algunos misterios mejoran cuando se les corta la garganta —susurró.

—Espero que no haya pensado que quiero dejarla a un lado —dijo Locke—. Se lo aseguro; cuando digo jefe de sala, me refiero a jefe de sala. No quiero su trabajo.

—Y jamás podría *tenerlo*, maese Kosta, aunque lo codiciara —Requin recorrió con los dedos el antebrazo derecho de Selendri y acarició su mano de carne y hueso —. Admiro su atrevimiento, pero hasta cierto punto.

—Discúlpenme los dos. No tenía intención de llegar tan lejos. Selendri, reconozco su mérito en lo que vale. En su posición, librarse de mí puede parecer algo muy conveniente. Los misterios son peligrosos para la gente de nuestro oficio. Ya no me agrada el misterio que rodea mi actual empleo. Busco una vida más predecible. Lo que pido a cambio de lo que le ofrezco es un trabajo honrado.

—Y —dijo Requin— yo recibo una posible información acerca de la amenaza contra una bóveda en la que he hecho todo lo posible para que sea impenetrable.

—Hace sólo pocos minutos, usted expresaba la misma confianza al respecto de sus empleados y de su habilidad para descubrir a los tramposos.

—¿Acaso ha vulnerado la seguridad de mi bóveda del mismo modo que, según usted, se burló de mis empleados, maese Kosta? ¿Lo ha hecho?

—Sólo es cuestión de tiempo —dijo Locke—. Concédame un poco y antes o después lo haré. Si aún no lo he hecho, no ha sido porque sea una tarea demasiado difícil, sino porque me resulta tentadora y disfruto con ella. Pero no tome mis palabras al pie de la letra; investigue nuestras actividades, las de Jerome y las mías. Averigüe todo lo que hemos estado haciendo durante los últimos dos años. Hemos hecho ciertos progresos que pueden abrirle los ojos.

—Lo haré —dijo Requin—. Pero, mientras tanto, ¿qué voy a hacer con usted?

—Nada fuera de lo corriente —dijo Locke—. Averigüe todo lo que quiera de nosotros. No nos pierda de vista a ninguno de los dos. Siga permitiéndonos jugar en su Aguja… le prometo hacerlo con más deportividad, al menos durante los próximos días. Permítame pensar en mis planes y recoger cualquier información que tenga que ver con mi patrón anónimo.

—¿Dejarle salir ileso de aquí? ¿Por qué no ponerle a buen recaudo mientras ejercito mi curiosidad en lo que le rodea?

—Si me ha tomado lo suficientemente en serio para considerar las diferentes partes de mi oferta —dijo Locke—, entonces es que también se ha tomado en serio la posible amenaza de mi anónimo patrón. Ante cualquier indicio de que yo pueda encontrarme en una posición comprometida, Jerome y yo abandonaremos. No puede desaprovechar esta gran ocasión.

—Querrá decir que es usted quien no puede desaprovecharla. Creo que sería

confiar demasiado en el hombre que se ha ofrecido a traicionar y matar a su compañero de fatigas.

—Tiene mi bolsa tan bien cogida como tuvo una de mis manos dentro de su escritorio. Todo el dinero que poseo en Tal Verrar se encuentra en su Aguja del Pecado. Puede buscar en todos los bancos de la ciudad y no encontrará nada a mi nombre. Le concedo gustoso esa ventaja sobre mí.

—Un hombre con un buen motivo, con un motivo auténtico, llegaría a mearse encima de todo el hierro blanco del mundo con tal de tener una sola posibilidad de llegar hasta el blanco que busca, maese Kosta. He sido muchas veces ese blanco para poder olvidarlo.

—No soy tonto —dijo Locke, recogiendo uno de los mazos de cartas de encima del escritorio de Requin. Lo barajó varias veces sin mirarlo—. Jerome me insultó sin motivo aparente. Págueme bien, tráteme bien, y jamás le daré motivos para quejarse.

Locke tomó la carta que estaba en la parte superior del mazo y la lanzó al vuelo. La carta cayó boca arriba al lado de las sobras de la cena. Era el Maestro de Agujas.

—Había decidido dar de mí todo lo que me fuera posible en caso de que me contratara. Haga una apuesta, Maestro Requin. La suerte le favorece.

Requin sacó sus gafas del bolsillo de la casaca y se las puso. Se inclinó sobre la carta; ambos permanecieron en silencio durante unos instantes. Locke bebía pequeños sorbos de su copa de vino, que había tomado un color azul pálido y en aquel momento sabía a juníperos.

—Además de otras consideraciones —dijo Requin—, ¿por qué tendría que dejar que saliera bien librado después de violar la principal norma de mi Aguja?

—Sólo porque, por lo general, a los tramposos los descubren sus empleados delante de sus demás invitados, y porque nadie, fuera de esta oficina, conoce mi confesión —dijo Locke, que intentaba dar a su voz el tono más sincero y contrito que podía—. Y no creo que Selendri vaya a contar a sus empleados el motivo por el que me subieron hasta aquí arriba.

Requin suspiró, luego extrajo un solari de oro de su casaca y lo depositó encima del Maestro de Agujas que había sacado Locke.

—Por ahora me conformaré con una apuesta baja —dijo Requin—. Haga algo inusual o peligroso y no vivirá para contarlo. Al menor asomo de que lo que me cuenta es mentira, le llenaré el gaznate con vidrio fundido.

—Uh… me parece justo.

—¿Cuánto dinero tiene anotado ahora en nuestro libro de cuentas?

—Algo más de tres mil solari.

—Los dos mil que ganó con trampas ya no son suyos. Seguirán apuntados para que maese de Ferra no sospeche, pero ahora mismo daré instrucciones para que no pueda cobrarlos. Considérelo como un recordatorio de que sólo yo puedo quebrantar

mis propias reglas.

—Uff. Supongo que debo estarle agradecido. Sí, bueno, lo estoy. Gracias.

—Maese Kosta, conmigo debe andar como si estuviera pisando huevos. Con mucha delicadeza.

—¿Entonces me puedo ir? ¿Y puedo considerarme bajo sus órdenes?

—Se puede ir. Y también puede considerarse bajo mi *tolerancia*. Volveremos a hablar cuando conozca más cosas de su pasado reciente. Selendri le acompañará hasta la primera planta. Apártese de mi vista.

Con una especie de mohín, Selendri plegó los dedos metálicos de su mano artificial hasta que las cuchillas volvieron a quedar ocultas. Señaló las escaleras con la mano metálica, mientras la mirada de su ojo sano le informó de toda la paciencia que le dispensaría en cuanto la de Requin comenzara a declinar.

3

Jean Tannen estaba sentado, leyendo, en una de las cabinas privadas del Claustro Dorado, un club situado en el segundo peldaño de la Savrola, justo a algunas manzanas por debajo de Villa Candessa. El Claustro era un laberinto de reservados fabricados con madera negra, muy bien tapizados en piel y acolchados para que quienes cenaran en ellos disfrutaran de un inusual grado de soledad. Al cuerpo de camareros, todos ellos con delantales de piel y boinas rojas, le estaba prohibido hablar, teniendo que responder a todas las preguntas de los clientes moviendo la cabeza para decir sí o no.

La cena de Jean, anguila de roca ahumada en salsa al brandy caramelizado, estaba hecha trizas en el plato, igual de dispersa que los restos de una batalla. Poco a poco Jean se abría camino hacia el postre, un cúmulo de libélulas de mazapán con alas de azúcar caramelizado que lanzaban destellos bajo la firme luz de las lámparas de su cabina. Como estaba absorto en la *Tragedia de los Diez Chaqueteros Honrados*, de Lucarno, que él leía en un ejemplar encuadernado en piel, no reparó en Locke hasta que su amigo, que era más bajo que él, se sentó enfrente.

—¡Leocanto! No me asustes.

—Jerome —ambos hablaban casi en susurros—. Estabas realmente muy nervioso, metiendo la nariz dentro de un libro para no volverte loco. Algunas cosas jamás cambian.

—No estaba nervioso. Sólo estaba razonablemente preocupado.

—No tenías por qué estarlo.

—¿Ya está hecho? ¿Ya me has traicionado de una manera verosímil?

—Traicionado por completo. Absolutamente vendido. Un muerto andante.

—¡Maravilloso! ¿Y su actitud?

—Reservada. Ideal, diría yo. Si él hubiera parecido demasiado entusiasmado, yo me habría preocupado. Y no ha parecido muy entusiasmado, bueno… —Locke hizo como si se clavara un puñal en el pecho y luego lo movió varias veces—. ¿Eso es anguila ahumada?

—Sírvete. Tiene albaricoques y ajos amarillos cocidos de relleno. No les ha salido muy bien.

Locke tomó el tenedor de Jean y se sirvió unos pequeños trozos de anguila, demostrando mayor parcialidad con el relleno que Jean.

—Al parecer, vamos a perder las dos terceras partes de lo que teníamos en la cuenta —comentó después de hacer bastantes progresos con el plato—. Un impuesto sobre el robo, para recordarme que no debo contar demasiado con la paciencia de Requin.

—Muy cierto. No es lo que esperábamos, abandonar la ciudad con el dinero que teníamos en esas cuentas. Me hubiera gustado contar con él unas pocas semanas más.

—¿Qué estás leyendo?

Jean le enseñó el lomo del libro y Locke hizo como si no se extrañara.

—Lucarno, cómo no. No sé por qué siempre llevas contigo esas malditas historias de aventuras. Se te va a ablandar el cerebro con tanto disparate. Al final servirás más para cuidar jardines de flores que para practicar juegos prohibidos.

—Bueno —replicó Jean—, seguro que yo también criticaría sus hábitos de lectura, maese Kosta, si usted hubiera desarrollado alguno.

—¡He leído un poco!

—De historia y biografía, sobre todo de las que te recetaba Cadenas.

—¿Y qué tienen de malo esas materias?

—En cuanto a la historia, que vivimos entre sus ruinas. Y en cuanto a la biografía, que vivimos las consecuencias de todas las decisiones que se tomaron en todas sus obras. Jamás intento leer estas novelas por puro placer. Es algo parecido a mirar el mapa después que uno ha llegado al destino que buscaba.

—Pero esas aventuras no son reales, y, seguramente, jamás podrán serlo. ¿No pierden por eso mismo un poco de su gustillo?

—Interesante juego de palabras. «No son reales y jamás podrán serlo». ¿Acaso podría haber otro tipo de literatura que fuera más apropiada para la gente de nuestra profesión? ¿Por qué te muestras siempre tan contrario a la ficción, máxime cuando hemos hecho de ella nuestro medio de vida?

—Yo vivo en un mundo real —dijo Locke—, y mis métodos pertenecen al mundo real. Sólo son, como tú dices, una profesión. Prácticos, no una fantasía romántica.

Jean dejó el libro sobre la mesa y dio un golpecito en su cubierta.

—Aquí dentro es donde tú y yo existimos, Espina… o al menos tú. Búscanos en los libros de historia y nos hallarás en los márgenes. Búscanos en las leyendas y verás

que en ellas aparecemos ensalzados.

—Exagerados, querrás decir. Tergiversados. Inventados o denigrados. La verdad de lo que hagamos morirá con nosotros y nadie tendrá de todo ello ni una puñetera pista.

—¡Mejor eso que el silencio! Recuerdo que antes mostrabas cierta tendencia al drama. Aunque sólo fuera para inventarte juegos.

—Cierto —Locke cruzó las manos por encima de la mesa y bajó aún más la voz —. Y ya sabes lo que sucedió.

—Discúlpame —dijo Jean, y suspiró—. No debiera haber traído a colación el particular asunto de la pelirroja.

El camarero que acababa de entrar en el pequeño reservado miró atentamente a Locke.

—Oh, no —dijo Locke, y volvió a dejar el tenedor encima del plato que contenía la anguila—. Lo siento, no quiero tomar nada. Sólo estoy aquí esperando a que mi amigo se termine las avispillas de dulce.

—Libélulas —Jean reventó la última dentro de su boca, se la tragó casi entera y se guardó el libro en la casaca—. Si me trae la cuenta, nos marcharemos.

El camarero asintió, recogió platos, tenedores y cuchillos y dejó un trocito de papel pinchado encima de una pequeña tablilla de madera.

—Bueno —comentó Locke mientras Jean contaba los cobres que tenía en su bolsa—, no tenemos nada que hacer en lo que queda de tarde. Seguro que Requin no nos quita el ojo de encima mientras estamos hablando. Creo que una o dos noches de descanso no nos vendrían mal para lograr que se tranquilice.

—Magnífico —dijo Jean—, ¿y por qué no damos una vuelta y tomamos un bote para ir a visitar las Galerías Esmeralda? Tienen cafeterías, y también tocan música. ¿Crees que a los personajes de Leo y Jerome les iría bien achisparse un poco y perseguir a unas cuantas bailarinas de taberna?

—Jerome puede hincharse a beber toda la cerveza que quiera y dar la lata a las bailarinas de taberna hasta que el sol le persiga hasta su lecho. Leo se quedará sentado y contemplará los festejos.

—¿Quizá para jugar al escondite con la gente de Requin?

—Quizá. Diablos, me gustaría poder contar con Bicho, agazapado varios tejados más arriba. Podíamos tener un par de ojos que lo vieran todo desde arriba; no podemos fiarnos de nadie en esta maldita ciudad.

—Me gustaría poder contar con Bicho, y punto —dijo Jean con un suspiro.

Echaron a andar hacia el vestíbulo del club, hablando muy bajo de asuntos imaginarios que tenían que ver con los maeses Kosta y De Ferra, haciendo pequeñas improvisaciones por aquí y por allá, dedicadas a cualquier oído indiscreto. Justo después de la medianoche entraban en la acogedora tranquilidad que proporcionaban

los altos muros de la Savrola. Aquel lugar gozaba de una pulcritud artificial: ningún matarife, ninguna mancha de sangre en los callejones, ninguna meada en las aceras. El empedrado gris de las calles estaba magníficamente iluminado por los faroles plateados dispuestos en el interior de unas carcasas de hierro que se mecían al viento; todo el distrito parecía enmarcado por la brillante luz de la luna, aunque el cielo, aquella noche, estuviera oculto bajo un alto techo de nubes oscuras.

La mujer los esperaba entre las sombras que estaban a la izquierda de Locke.

Se puso al lado de Locke mientras éste y Jean bajaban por la calle. Antes de que Locke fuera consciente de ello, ya tenía en la palma de una mano uno de los estiletes que llevaba escondidos en las mangas; pero ella se apartó a un metro de distancia y cruzó las manos por detrás. Baja y delgada, con la cabellera negra recogida hacia atrás en una larga cola, tenía aspecto juvenil. Llevaba una casaca negra apenas a la moda y un sombrero de cuatro picos, junto con una larga pañoleta de seda de color gris, que ondeaba a su espalda al caminar como si fuera un banderín.

—Leocanto Kosta —dijo con voz singularmente agradable—, sé que usted y su amigo van armados. Espero que no sea un problema.

—¿Cómo dice, señora?

—Mueva la cuchilla que lleva en la mano y recibirá un tajo en el cuello. Dígale a su amigo que siga con las hachas debajo de su casaca. Y, ahora, demos un paseo.

Jean comenzó a mover la mano izquierda debajo de la casaca; Locke le puso encima la mano derecha y le hizo un rápido gesto con la cabeza. No estaban solos; aunque la gente caminaba apresurada por aquí y por allá en busca de negocios o de placer, unas cuantas personas no les perdían de vista a él y a Locke. Algunas de ellas permanecían quietas en los callejones y en las sombras, ataviadas con pesadas capas que no venían a cuento en aquella estación del año.

—Mierda —murmuró Jean—. Los tejados.

Locke echó un rápido vistazo. Al otro lado de la calle, encima de los tejados de los edificios de tres y cuatro plantas, logró distinguir las siluetas de, al menos, dos hombres que se movían lentamente a su ritmo, llevando en las manos unos objetos curvos y estrechos. Arcos.

—Creo que estamos en desventaja con usted, señora —dijo Locke, guardando el estilete en uno de los bolsillos de su casaca y enseñándole la mano vacía—. ¿A qué debemos el placer de su presencia?

—Alguien quiere tener una conversación con usted.

—Es evidente que sabían donde encontrarnos. ¿Por qué no vinieron simplemente a cenar con nosotros?

—La conversación tenía que ser privada, ¿no le parece?

—El hombre que la envía, ¿vive en una torre muy alta?

Ella sonrió y no contestó. Un instante después señalaba algo que se encontraba

delante.

—Giren a la izquierda en la siguiente esquina. En el primer edificio que quede a su derecha verán una puerta abierta. Vayan hacia allí. Sigan las instrucciones.

Tal y como les había dicho, la puerta se encontraba después de la siguiente intersección de calles, un rectángulo de luz amarilla que creaba sobre el suelo un pálido gemelo. La mujer entró la primera. Consciente de la presencia cercana de, al menos, cuatro o cinco emboscados, además de los arqueros de los tejados, Locke suspiró e hizo a Jean una rápida señal con la mano… *tranquilo, tranquilo*.

El lugar parecía una tienda; aunque abandonada, estaba en buenas condiciones. En su interior había seis personas más, hombres y mujeres con jubones de cuero y brazales plateados, que apoyaban la espalda en las paredes. Cuatro de ellos llevaban ballestas, lo que casi invalidaba cualquier idea de lucha que hubiera podido anidar en la mente de Locke. Con aquella desventaja, incluso Jean era incapaz de inclinar la balanza a su lado.

Uno de los ballesteros cerró despacio la puerta, mientras la mujer que había conducido a Jean y a Locke hasta allí se daba la vuelta. Cuando se abrió la casaca, Locke pudo ver que también ella llevaba un jubón de cuero endurecido. Extendió los brazos.

—Las armas —exigió, en un tono que, aunque educado, era inflexible—. Rápido, ahora.

Cuando Locke y Jean se miraron el uno al otro, ella sonrió.

—No sean estúpidos, caballeros. Si les quisiera muertos, ya estarían clavados en la pared. Guardaré sus pertenencias con sumo cuidado.

Lentamente, el resignado Locke sacó uno de los estiletes de su bolsillo y el otro de su manga, y Jean le imitó, entregando el par de hachas y no menos de tres dagas que también llevaba encima.

—Me gustan los hombres que viajan preparados —dijo la mujer. Pasó las armas a uno de los individuos que estaban detrás de ella y extrajo de su casaca dos capuchas de tela fina. Una se la entregó a Locke y la otra a Jean—. Cúbranse la cabeza con ellas, por favor. Así podremos proseguir con nuestros asuntos.

—¿Por qué? —Jean olisqueó su capucha con cierta sospecha, y Locke hizo lo mismo. La tela parecía estar limpia.

—Por su propia protección. ¿Realmente quiere que les vean la cara mientras nos los llevamos por la calle?

—Supongo que no —dijo Locke. Luego enarcó las cejas y se puso la capucha, descubriendo que la negrura más absoluta se apoderaba de él.

Hubo un sonido de pasos y un crujido de jubones. Unas fuertes manos agarraron los brazos de Locke y los obligaron a juntarse por detrás de su espalda. Momentos después, sentía que algo le rodeaba las muñecas y se las ataba con fuerza. Detrás de

él hubo un tumulto de voces irritadas y de gruñidos; casi con toda seguridad, a Jean le habían reducido por la fuerza y entre muchos.

—Por aquí —la voz de la mujer le llegaba desde atrás—. No se pare. No tenga miedo de tropezar. Está asistido.

Con eso de «asistido» se refería al hecho evidente de que iban a llevarle cogido por los brazos. Cuando Locke sintió que unas manos le rodeaban los bíceps, carraspeó.

—¿Adónde vamos?

—A dar un paseo en bote, maese Kosta —respondió la mujer—. No me pregunte más cosas, porque no podré responderle. Echemos a andar.

La puerta chirrió cuando la volvieron a abrir. Sintió una fugaz sensación de mareo cuando quienes le tenían cogido le empujaron y le dieron la vuelta para conducirle en la dirección que querían. Instantes después, todos se movían en la bochornosa noche verrarí, mientras Locke sentía que unas pesadas gotas de sudor comenzaban a bajarle cuesta abajo por la frente.

Reminiscencia

Los planes mejor urdidos

—Mierda —dijo Locke cuando el mazo de cartas abandonó su mano izquierda, la que se estaba curando, como si acabara de hacer explosión. Jean retrocedió ante la ventisca de cartas que acababa de caer dentro del carruaje.

—Inténtalo de nuevo —dijo Jean—. Quizá lo consigas a la decimoctava vez.

—Solía ser condenadamente bueno barajando con una sola mano —Locke comenzó a recoger las cartas para juntarlas en un nuevo montón—. Estoy por apostar que incluso lo hacía mejor que Calo y que Galdo. Diantre, me duele la mano.

—Bueno, sé que ya has comenzado a ejercitarla —dijo Jean—, pero apenas estabas bien entrenado antes de que te hirieran. Dale tiempo.

Una lluvia intensa rodeaba al carruaje negro de lujo que recorría la antigua calzada del Trono de Therin pasando por las estribaciones de las colinas, justo al este de la costa de Tal Verrar. Desde el abierto pescante situado encima de la cabina, una mujer encorvada de mediana edad tiraba de las riendas del tiro de seis caballos con la capucha de su capote encerado bien echada hacia delante para proteger las brasas que aún ardían en la cazoleta de su pipa. Hundidos en la miseria, dos guardias de escolta se apretujaban en el estribo trasero, sujetos a la cintura con unas tiras de cuero.

Jean consultaba un fajo de apuntes, pasando en uno y otro sentido las hojas de pergamino mientras hablaba consigo mismo. Aunque la lluvia golpeaba con fuerza el lado derecho de la cabina, la ventanilla del lado izquierdo estaba abierta y las rejillas y cortinillas de cuero corridas, de suerte que por ella entraba un aire muy cálido que olía a campos abonados con estiércol y a marisma salada. Un pequeño globo alquímico, instalado encima del mullido asiento que se encontraba al lado de Jean, daba la suficiente luz para leer.

No sólo habían pasado dos semanas desde que salieran de Vel Virazzo, sino que, encontrándose a más de mil seiscientos kilómetros al noroeste de la misma, ya no necesitaban pintarse con pulpa de manzana para moverse con entera libertad.

—Esto es todo lo que dicen mis informadores —comentó Jean en cuanto Locke hubo recogido todas las cartas—: Requin tiene unos cuarenta años. Nacido en Verrar, habla un poco de vadraní y se supone que es una autoridad en todo lo que concierne al Trono de Therin. Es coleccionista de arte y tiene manía por los pintores y escultores de los últimos años del Imperio. Nadie sabe nada de él antes de los últimos veinte años. Al parecer, ganó la Aguja del Pecado en una apuesta y arrojó a su anterior propietario por una ventana.

—¿Y tiene buenas relaciones con el *Priori?*

—Bastante buenas, por lo que parece.

—¿Alguna idea de cuánto guarda dentro de su bóveda?

—Tirando por lo bajo —dijo Jean—, al menos lo suficiente para cubrir cualquier deuda que pueda tener la casa. Jamás se ha permitido ninguna preocupación al respecto… digamos que, al menos, cincuenta mil solari. Más su fortuna personal, más las posesiones y fortunas de mucha gente importante. No paga intereses, como hacen los mejores bancos, pero tampoco paga impuestos a los recaudadores. Se supone que tiene un libro que ni los dioses sin nombre saben dónde está, donde lleva las cuentas. Aunque todo esto sólo es un rumor, por supuesto.

—Esos cincuenta mil sólo pueden cubrir los gastos de la casa. Así que podemos suponer que el valor total de lo que está dentro de su bóveda… puede ascender a…

—Es como hacer una predicción con vísceras, pero sin disponer de ellas… Bueno, unos ¿trescientos mil? ¿Trescientos cincuenta mil?

—Parece razonable.

—Bien, de acuerdo. Los detalles que se refieren a la bóveda son más consistentes. Al parecer, Requin no ha escatimado en ella ningún detalle. Piensa que así disuade a los ladrones.

—Y siempre ha sido así, ¿no?

—En el presente caso no creo que le sirva de nada. Atiende. La Aguja del Pecado tiene una altura aproximada de cincuenta metros, viniendo a ser una especie de cilindro de cristal antiguo. Ya sabes de qué va… intentaste descolgarte por una ventana hace dos meses. Añade treinta metros más y convierte las paredes en cristal. Tiene una puerta a la altura de la calle y exactamente otra en la bóveda, debajo de la torre. Una sola. Nada de entradas secretas ni laterales. Las paredes son de auténtico cristal antiguo; no se podría excavar un túnel en ellas ni en mil años.

—Mmmm-hmmm.

—Requin tiene constantemente cuatro empleados en cada una de las plantas, sin hablar de los demás: docenas de jefes de mesa, repartidores de cartas y camareros. En el tercer piso hay una sala donde mantiene fuera de la vista a muchos más. Así que supón, como mínimo, que haya trabajando cincuenta o sesenta empleados leales, junto con otros veinte o treinta a los que puede llamar. Montones de gente, tíos bestias, además. Le gusta reclutar a antiguos soldados, mercenarios, ladrones de la ciudad y gente de esa calaña. Por los trabajos bien hechos, premia a la Buena Gente que trabaja para él con puestos de calidad, y les paga como si fuera su madre del alma. Además, se cuentan historias de empleados que en sólo una o dos noches se sacaron el sueldo de un año a cuenta de las propinas de la gente de sangre azul. Así que el soborno no parece funcionar con esa gente.

—Mmmm-hmmm.

—Las puertas de acceso a la bóveda son triples, todas ellas de madera de álamo negro con refuerzos de acero y un grosor de ocho o diez centímetros. Se supone que

el último juego de puertas está reforzado con acero forjado, de suerte que, aunque dispusiéramos de una semana para hacer un agujero a través de las otras dos, jamás podríamos perforar la tercera. Todas tienen mecanismos de relojería, los mejores y más caros que se fabrican en Verrar, especialmente diseñados para él por los maestros del gremio de los Artífices. Ha dado órdenes de que nadie abra ningún juego de puertas a menos que esté presente; vigila todos los depósitos y reintegros que se hacen. El máximo número de veces que abre diariamente las puertas no es superior a dos. Detrás del primer juego de puertas se encuentran de cuatro a ocho guardias, que disponen de habitaciones con catres, comida y agua. Pueden resistir encerrados una semana.

—Mmm-hmm.

—El juego de puertas interior sólo se abre con la llave que lleva al cuello. Las exteriores sólo pueden abrirse con la llave que siempre tiene su mayordomo. Así que, si quieres hacer algo, tendrás que cogerlos a los dos.

—Mmm-hmm.

—Y las trampas… son demenciales, o eso dicen los rumores. Planchas de presión, contrapesos, ballestas en las paredes y en los techos. Venenos de contacto, pulverizaciones de ácido, habitaciones llenas de serpientes venenosas o de arañas… Cierto tipo me contó que antes de la última puerta hay una habitación que contiene una nube de vapor, pétalos pulverizados de la Orquídea del Sofoco, y que, cuando comienzas a toser después de entrar en ella, cae una mecha alquímica que prende la atmósfera que hay dentro, de suerte que acabas tan tostado como una patata frita. Menuda muerte.

—Mmm-hmm.

—Y lo peor de todo es que el interior de la bóveda se halla guardado por un dragón que es atendido por cincuenta mujeres desnudas, todas ellas armadas con lanzas envenenadas, que han jurado morir al servicio de Requin. Todas son pelirrojas.

—Eso te lo estás inventando, Jean.

—Quería comprobar si me estabas escuchando. Pero lo único que te digo es que no me preocupa si allí dentro tiene un millón de solari en sacos que se pueden sacar con facilidad. Lo que me importa es que ahora creo que la bóveda es inexpugnable, a menos que cuentes con trescientos soldados, seis o siete vagones y un equipo de maestros artífices expertos en mecanismos de los que aún no me has hablado.

—En efecto.

—¿*Tienes* trescientos soldados, seis o siete vagones y un equipo de maestros artífices expertos en mecanismos de los que aún no me has hablado?

—No, me tengo a mí mismo, te tengo a ti, tengo el contenido de nuestras bolsas, este carruaje y un mazo de naipes —intentó hacer algo complicado con las cartas y éstas volvieron a salir volando de su mano, dispersándose por el asiento que tenía

enfrente—. ¡Mátame de un capón!

—Entonces, si me permite que se lo diga, Señor de la Trapacería, quizá, una vez en Tal Verrar, deberíamos pensar en otro blanco…

—No estoy muy seguro de que eso fuera acertado. Tal Verrar carece de aristócratas papanatas a los que timar. El Arconte es un tirano militar que tiene una tralla larga… y que puede retorcer las leyes a su antojo, así que mejor no le tocamos las pelotas. El consejo del *Priori* está formado por comerciantes del tipo corriente, por lo que resulta endiabladamente difícil timarlos. Requin es la mejor opción. Tiene lo que buscamos, y sólo hay que cogerlo.

—Pero su bóveda…

—Permíteme que te diga —añadió Locke— lo que vamos a hacer exactamente con su bóveda.

Mientras recogía todas las cartas, Locke habló durante varios minutos, exponiendo los detalles más importantes de su plan. Las cejas de Jean se levantaron hacia arriba, como si quisieran respirar el aire que las cubría.

—… Y eso es todo. ¿Qué te parece, Jean?

—Que me aspen, podría funcionar. Si…

—¿Si…?

—¿Estás seguro de que recuerdas cómo funciona un arnés de escalada? Yo estoy un poco oxidado.

—Tendremos algo de tiempo para practicar, ¿no crees?

—Así lo espero. Hmmm. Y necesitaremos un carpintero. Uno que no sea de Tal Verrar, obviamente.

—Podremos ir a buscarlo en cuanto volvamos a tener unas cuantas monedas en el bolsillo.

Jean suspiró, y todas las burlas le abandonaron como el vino que pierde un odre picado.

—Supongo… que eso nos deja… diablos.

—¿Qué dices?

—Yo, ah… bueno. ¿No volverás a darme otro susto? ¿Volverás a comportarte formalmente?

—¿Comportarme *formalmente?* Jean, puedes… Diablos, ¡mírate! ¿Qué he estado haciendo? Poniéndome en forma, planeando… ¡y quejándome todo el tiempo! Lo siento, Jean, pero soy yo. Vel Virazzo no cuenta. Echo de menos a Calo, a Galdo y a Bicho.

—Igual que yo, pero…

—Lo sé. Dejé que la pena arruinara lo mejor que había en mí. Fui condenadamente egoísta, y sé que a ti te dolía tanto como a mí. Dije unas cuantas estupideces. Pero creo que ya se me han perdonado… ¿Estoy en lo cierto? —Locke

levantó la voz—. ¿Acaso voy a tener que enterarme ahora de que el perdón es algo que va y viene como las mareas?

—Todo eso está arreglado ahora. Sólo…

—¿Sólo qué? ¿Soy especial, Jean? ¿Soy el único comprometido? Dime cuándo he puesto en duda tus habilidades, cuándo te he tratado como a un niño. No eres mi puñetera madre, y, por supuesto, tampoco eres Cadenas. No podremos trabajar como compañeros si no dejas de juzgarme.

Ambos se miraron fijamente, cada uno de ellos intentando aparentar ante el otro una actitud de fría indignación, y cada uno de ellos fracasando en el empeño. La atmósfera del interior de la cabina se tornó sombría, y Jean se volvió hacia la ventana para mirar por ella, mientras un Locke abatido volvía a barajar las cartas. Intentó nuevamente cortar con una sola mano. Ni él ni Jean parecieron sorprenderse cuando una pequeña nevada de naipes cubrió el asiento que estaba al lado de Jean.

—Lo siento —dijo Locke mientras las cartas seguían cayendo—. Lo que he dicho ha sido otra estupidez más de las mías. Dioses, ¿cuándo nos daremos cuenta de lo fácil que nos resulta comportarnos cruelmente el uno con el otro?

—Tenías razón —dijo Jean con voz muy tranquila—. No soy Cadenas ni tampoco, eso es evidente, tu madre. No debería preocuparme por ti.

—Pues deberías. Te preocupaste por mí cuando me sacaste del galeón y luego, más tarde, de Vel Virazzo. Tenías razón. Me comporté terriblemente mal, y puedo comprender que aún… dudes de mí. Estaba tan obsesionado por lo que había perdido que olvidé lo que aún me quedaba. Me agrada muchísimo que aún estés lo suficientemente preocupado por mí para darme una buena patada en el culo cuando es necesario.

—Yo, ah, mira… también lo siento. Sólo…

—Diantre, no me interrumpas cuando practico las virtudes de la autocrítica. Me siento avergonzado por cómo me comporté en Vel Virazzo. Fue un desaire a todo aquello por lo que habíamos pasado juntos. Prometo comportarme mejor. ¿Ya te sientes más tranquilo?

—Sí. Sí. —Jean comenzó a recoger las cartas desperdigadas, y el fantasma de una sonrisa se insinuó en su rostro. Locke se acomodó en el asiento y se frotó los ojos.

—Dioses. Necesitamos un objetivo, Jean. Necesitamos un *juego*. Necesitamos algo en lo que trabajar juntos, trabajar en equipo. ¿No lo comprendes? No se trata de que timemos a Requin. Se trata de que los dos estemos contra el mundo, viviendo peligrosamente como solíamos hacer. ¿No ves que con este don que tenemos jamás encontraremos algún lugar donde sentirnos a gusto?

—¿Quieres decir que siempre estaremos a pocos centímetros de toparnos con una muerte horrible y sangrienta?

—Eso en las ocasiones más propicias.

—El plan puede llevarnos un año. Quizá dos.

—Por un juego tan interesante, *no me importaría* perder uno o dos años. ¿Tienes algún otro compromiso que sea más urgente?

Jean denegó con la cabeza, pasó el mazo de cartas a Locke y volvió a su taco de notas con una expresión profundamente pensativa pintada en el rostro. Sintiendo que los dedos de su mano izquierda apenas le servían de más ayuda que la pinza de un cangrejo, Locke los pasó por los bordes de las cartas. Sintió cómo las cicatrices, aún recientes, le picaban bajo la camisa de algodón, y que eran tantas y tan grandes que se sentía como si le hubieran cortado en trozos la mitad izquierda del cuerpo y luego se los hubieran vuelto a coser. *Maldición*, tenía que hacer cualquier cosa para curarse *cuanto antes*. Tenía que recobrar cuanto antes su antigua agilidad. Le pareció que se sentía como si tuviera el doble de años.

Volvió a intentar barajar de nuevo con aquella mano y el mazo se le cayó. Al menos, en aquella ocasión, las cartas no habían salido disparadas por todas las direcciones. ¿Estaría mejorando?

Él y Jean permanecieron en silencio durante varios minutos.

Entonces, el carruaje trastabilló al culminar una pequeña colina, la última, y Locke se encontró contemplando un paisaje verde que parecía un tablero de ajedrez y que bajaba hasta la costa escarpada a lo largo de un trayecto de unos ocho o nueve kilómetros. Unas pequeñas manchas grises, blancas y negras lo salpicaban en toda su extensión, haciéndose más compactas por el horizonte, donde la parte de Tal Verrar que pertenecía al continente se apretujaba contra los acantilados. La parte que se encontraba en el mar parecía muy agobiada bajo la lluvia; unas enormes cortinas plateadas la barrían constantemente, difuminando las islas que la formaban. Los relámpagos crepitaban azules en la distancia, y un tenue tamborileo de truenos cruzaba los campos y llegaba hasta Jean y Locke.

—Ya hemos llegado —dijo Locke.

—A la parte continental —dijo Jean sin levantar la vista—. Ojalá demos con una posada nada más llegar. Con este tiempo no será nada fácil encontrar un bote que nos lleve hasta las islas.

—¿Cómo nos llamaremos cuando estemos allí?

Jean alzó la mirada y se mordió el labio antes de picar el anzuelo y seguirle el juego.

—Durante algún tiempo dejaremos de ser camorríes. En los últimos tiempos, Camorr no nos ha proporcionado nada bueno.

—¿Seremos de Talisham?

—No suena mal —Jean ajustó un poco la voz para adoptar el acento apenas perceptible que caracteriza a los naturales de Talisham—. El Desconocido Anónimo de Talisham y su socio, el Anónimo Desconocido, también de Talisham.

—¿Cuáles eran los nombres con los que nos registramos en el Meraggio?

—Lukas Fehrwight y Evante Eccari. Y aunque sus cuentas no hayan sido confiscadas por el Estado, seguro que están vigiladas. ¿No te parece que la Araña tendrá un calambre en el culo cuando descubra que estamos operando en Tal Verrar?

—Claro —dijo Locke—. Déjame pensar… Jerome de Ferra, Leocanto Kosta y Milo Voralin.

—Yo mismo abrí la cuenta de Milo Voralin. Se supone que es de Vadran. Creo que podemos dejarlo en reserva.

—¿Y eso es todo lo que nos queda? ¿Sólo tres cuentas que poder usar?

—Sí, por desgracia. Pero es más de lo que tienen la mayoría de los ladrones. Yo seré Jerome.

—Entonces supongo que yo seré Leocanto. ¿Y qué vamos a hacer en Tal Verrar, Jerome?

—Estaremos… al servicio de una condesa de Lashain. Ha pensado comprarse una casa de verano en Tal Verrar y nos ha enviado para que se la busquemos.

—Hmmm. Eso podrá valer durante algunos meses, pero ¿qué pasará cuando hayamos visto todas las propiedades en venta? Y tendremos que gastar mucho tiempo para que nadie descubra lo que, realmente, nos traemos entre manos. ¿Qué tal si decimos que somos comerciantes-especuladores?

—Comerciantes-especuladores. No está mal. Pero que me aspen si sé lo que significa.

—Exacto. Así, si pasamos todo el tiempo repantigados en las casas de azar barajando las cartas, será que, bueno, sólo estamos esperando a que el mercado esté maduro.

—O que somos tan buenos trabajando que apenas necesitamos trabajar.

—Nuestro trabajo se hará por sí solo. ¿Y cuándo nos vimos por primera vez, y cuánto llevamos trabajando juntos?

—Nos conocimos hace cinco años —Jean se rascó la barba—. En un viaje por mar. Nos hicimos socios por culpa del aburrimiento. Y desde entonces hemos sido inseparables.

—Pero en mis planes entra el asesinarte.

—Bueno, ¿y cómo iba yo a saberlo? ¡Menudo compañero! No sospechaba nada.

—¡Melón! Casi ni te aguanto.

—¿Y el botín? Suponiendo que consigamos ganarnos la credulidad de Requin, y que demos los pasos de baile requeridos y logremos abandonar la ciudad con todo lo que hayamos arramplado…, habrá que pensar qué haremos después.

—Jean, seremos ladrones viejos —mientras el carruaje doblaba el último recodo y entraba en el largo tramo recto que le separaba de Tal Verrar, Locke entornó los párpados para captar los detalles de aquel paisaje mojado por la lluvia—. Ladrones

viejos de veintisiete, o, quizá, de veintiocho años de edad cuando hayamos terminado este trabajo. No sé. ¿Cómo te sentirías haciendo de vizconde?

—Irnos a Lashain —Jean se había puesto a meditar—. ¿Te refieres a comprar un par de títulos? ¿A establecernos allí por las buenas?

—No sé si podremos irnos tan lejos. Pero, por lo que he oído, los títulos más discretitos andan por diez mil solari, y los mejores entre quince y veinte mil. Uno de ellos nos proporcionaría un hogar y algo de prestancia. Desde allí podríamos hacer lo que quisiéramos. Urdir nuevos juegos. Hacernos viejos estando bien cuidados.

—¿Jubilarnos?

—No podemos correr siempre por ahí fuera haciéndonos pasar por quienes no somos, Jean. Creo que ambos somos conscientes de eso. Antes o después tendremos que practicar otra especialidad de latrocinio. Saquemos un buen pellizco de este lugar e invirtámoslo en algo *útil*. Y luego construyamos algo. Y después… bueno, siempre podremos abrir esa cerradura cuando llegue el momento.

—Vizconde Desconocido Anónimo de Lashain… y su vecino, el Vizconde Anónimo Desconocido. Supongo que hay peores finales.

—Claro que los hay, Jerome. ¿Estás conmigo?

—Por supuesto, Leocanto. Ya lo sabes. Quizá después de dos años más de latrocinio honesto me encuentre *listo* para la jubilación. Podría volver a las sedas y a los transportes marítimos, como mis padres… quizá podría buscar algunos de sus antiguos contactos si llegara a recordar bien cuáles eran.

—Creo que Tal Verrar nos sentará bien —dijo Locke—. Es una ciudad prístina. Jamás hemos trabajado en ella, y ella no nos conoce. Nadie nos conoce, nadie nos espera. Tendremos completa libertad de movimientos.

El carruaje traqueteó bajo la lluvia, cabeceando en los lugares donde los erosionados adoquines de la calzada del Trono de Therin habían perdido las capas de suciedad que los protegían. Aunque los relámpagos iluminaban el cielo a lo lejos, el velo gris se espesaba entre el mar y la tierra, ocultando de sus ojos el voluminoso bulto de Tal Verrar mientras seguían dirigiéndose hacia aquella ciudad por primera vez.

—Creo que tenías razón, Locke. *Necesitamos* un juego —Jean dejó las notas encima de su regazo y chasqueó los nudillos—. Por los dioses, qué bueno tiene que ser estar otra vez en acción. Qué bueno volver a ser los depredadores.

Capítulo 3

Cálida hospitalidad

1

La habitación se adaptaba al interior de un cubo de apenas tres metros de arista. Se encontraba completamente a oscuras, y un calor como de sauna seca emanaba de sus paredes, que ardían a su solo contacto. Locke y Jean llevaban sudando durante un tiempo que sólo los dioses podían saber… posiblemente horas.

—Agh —a Locke se le quebraba la voz. Estaba con Jean en la negrura, espalda contra espalda para apoyarse el uno en el otro, sentados encima de sus casacas, que antes habían doblado. No era la primera vez que Locke se golpeaba los talones con las piedras del suelo.

—¡Maldición! —exclamó Locke—. ¡Sacadnos de aquí! ¡Ya os habéis anotado la partida!

—¿Qué partida? —dijo Jean con voz áspera—. ¿De qué partida se trata?

—No lo sé —Locke tosía—. Y no me importa. Pero, sea cual sea, la han jugado condenadamente bien, ¿no te parece?

2

El hecho de que les quitaran las capuchas les supuso un alivio, al menos durante dos segundos.

Antes habían pasado un tiempo interminable tropezándose en la oscuridad más sofocante, arrastrados y llevados a codazos por unos captores que daban la impresión de tener prisa. Luego, un viaje en bote; Locke había podido captar el cálido olor salino de las brumas que surgían del puerto de la ciudad, mientras el suelo se mecía con suavidad bajo él y los remos rechinaban rítmicamente en sus apoyos.

También aquello se terminó; el bote comenzó a oscilar cuando alguien se levantó y lo abandonó. Quitaron los remos y una voz desconocida ordenó empuñar las pértigas. Instantes después, el bote chocó suavemente contra algo y unas fuertes manos alzaron a Locke para ponerlo en pie. Después de llevarle desde el barco hasta el suelo firme, le arrancaron súbitamente la capucha. Miró a su alrededor, cegado por la luz que acababa de recibir sin previo aviso, y dijo: «Oh, mierda».

En el corazón de Tal Verrar, en medio de las islas con forma de cuarto creciente que pertenecen a los Gremios Mayores, se yergue la *Castellana*, antaño la propiedad fortificada de los duques de Tal Verrar varios siglos atrás. En tiempos recientes, después de que la ciudad se librase de los aristócratas de sangre, la *Castellana* acabó por convertirse en el hogar de una nueva progenie de aristócratas del dinero… los consejeros del *Priori*, entre los que se contaban los ricos con grandes fortunas, no alineados políticamente, y aquellos maestros de los gremios que se veían obligados a hacer la mayor ostentación posible del poder que tenían.

En el mismísimo corazón de la *Castellana*, guardada por un foso ocupado solamente por aire que parece un cañón cilíndrico hecho de cristal antiguo, se encuentra la Mon Magisteria, el palacio del Arconte… una impresionante construcción hecha por los hombres que procede de una grandeza no humana. Una elegante piedra que, como una mala hierba, crece en un jardín de cristal.

Locke y Jean habían sido conducidos a un lugar que se encontraba justo debajo de ella. Locke supuso que estaban dentro del espacio vacío que separa la Mon Magisteria de la isla que la rodea; el millón de facetas de una caverna de cristal antiguo, de un color oscuro, les rodeaba por todos los lados, mientras el aire libre de la parte superior de la isla se hallaba a unos veinte metros por encima de sus cabezas. El canal por donde había entrado el bote corría a su izquierda, y el sonido del agua que lo lamía se veía apagado por un sonido distante que retumbaba desde algún lugar desconocido.

En la base de la isla privada de la Mon Magisteria había un amplio muelle de piedra que albergaba varios botes, además de una barcaza ceremonial cerrada, con toldos de seda y carpintería sobredorada. Unos faroles alquímicos de suaves tonos azules, colgados en postes de hierro, iluminaban el lugar. Detrás de ellos se apostaban una docena de soldados listos para la acción. Si el rápido vistazo que Locke echó a su captor no le hubiera informado de su identidad, aquellos soldados hubieran bastado para revelársela.

Llevaban chalecos y calzas de color azul oscuro con refuerzos de cuero negro, jubones y botas, todo engastado con motivos realzados en resplandeciente latón. Todos se cubrían la nuca con una especie de capucha de color azul y el rostro con una máscara ovalada, sin rasgos aparentes, de brillante bronce. Aunque una rejilla de pequeños agujeros les permitía a cada uno de ellos ver y respirar, a cierta distancia les hacía perder cualquier impresión de humanidad que hubieran podido albergar… pues los soldados sólo parecían, entonces, esculturas sin rostro a las que alguien hubiera infundido vida.

Los Ojos del Arconte.

—Veo que ya han llegado, maese Kosta, maese de Ferra —la mujer que había detenido a Locke y a Jean se acercó hasta el lugar en que se encontraban y les cogió

del brazo, sonriendo como si los tres hubieran salido juntos para recorrer de noche la ciudad—. ¿No creen que este lugar es más apropiado para charlar en privado?

—¿Qué hemos hecho para que nos traigan a este lugar? —preguntó Jean.

—No soy la persona más indicada para contestar a esa pregunta —dijo aquella mujer mientras les daba un suave empujón para que caminaran—. Mi trabajo consiste en localizar y en entregar.

Soltó a Locke y a Jean justo al llegar ante la fila de soldados del Arconte. Sus semblantes inquietos se reflejaron en una docena de brillantes máscaras de bronce.

—Y, en ocasiones —añadió mientras volvía al bote—, cuando los invitados no regresan, en olvidarme de que los vi.

Los Ojos del Arconte se movieron sin que nadie les hiciera ninguna señal aparente; tanto Locke como Jean fueron rodeados y vigilados por varios soldados. Uno de ellos habló (otra mujer), y el retumbar de su voz era de mal agüero:

—Ahora vendrán con nosotros. No deben resistirse ni hablar entre ustedes.

—¿De qué? —preguntó Locke.

El Ojo que había hablado se acercó a Jean y, sin mediar palabras, le lanzó un directo al estómago. El hombretón expulsó el aire, sorprendido, e hizo una mueca, mientras el Ojo que era mujer se volvía hacia Locke.

—Me han ordenado que, si alguno de ustedes causa problemas, castigue al *otro*. ¿Me he expresado con claridad?

Locke apretó los dientes y asintió.

Un conjunto de escaleras que nacían del embarcadero subía hacia arriba; el cristal que pisaban era tan áspero como un ladrillo. Tramo a tramo, Locke y Jean, conducidos por los soldados del Arconte, fueron dejando atrás los revestimientos resplandecientes de las escaleras hasta que la húmeda brisa nocturna de la ciudad volvió a acariciar sus rostros.

Acababan de llegar a un lugar que se encontraba dentro del recinto delimitado por el abismo de cristal. Un portero estaba junto a ellos en aquel lado de la oquedad de diez metros de altura, al lado del puente levadizo, dispuesta en el interior de una sólida estructura de madera que solía tenderse en medio del aire; Locke supuso que debía de ser el medio empleado usualmente para acceder al dominio del Arconte.

La Mon Magisteria era una fortaleza ducal construida en el más puro estilo del Trono de Therin, con una altura de quince plantas y una anchura equivalente a la de su altura multiplicada por tres o por cuatro. Estaba formada por varias hileras de edificios almenados construidos con piedras negras y planas de poca altura, que absorbían las cataratas de luz emitida por las docenas de faroles dispuestos en su basamento. Unos acueductos con columnas rodeaban las paredes y torres de cada una de las plantas, y unas corrientes decorativas de agua caían en cascada desde las fauces de los dragones y de los monstruos marinos esculpidos en los salientes de la fortaleza.

Los Ojos del Arconte condujeron a Locke y a Jean hasta la fachada principal del palacio, a lo largo de un ancho paseo cubierto de gravilla blanca. A ambos lados del mismo se apreciaban fragantes zonas verdes, dispuestas al otro lado de unas piedras decorativas que, al marcar sus límites, les daban la apariencia de islas. Más guardias vestidos de azul y vestidos con jubones de cuero endurecido y máscaras de bronce jalonaban inmóviles el paseo, asiendo unas alabardas de acero pavonado en cuyos astiles de madera habían insertado una luz alquímica.

En el lugar donde la mayoría de los castillos hubieran tenido la puerta principal, la Mon Magisteria exhibía una catarata de agua mucho más ancha que el paseo por el que acababan de pasar; a ella se debía el ruido que Locke había escuchado en el embarcadero situado más abajo. Numerosos torrentes de agua se derramaban estruendosamente desde unas enormes y oscuras aberturas alineadas con la parte superior de la muralla del castillo. Los torrentes se juntaban y caían en un foso situado en la mismísima base de la estructura, que parecía hervir, un foso incluso más grande que el cañón de cristal que separaba los cimientos del castillo del resto de la *Castellana*.

Un puente ligeramente arqueado se desvanecía en la estruendosa catarata blanca, a medio camino de cruzar el foso. Una cálida bruma rodeó al grupo cuando sus componentes se acercaron al extremo del puente, donde Locke llegó a distinguir que una especie de hendidura en su parte central lo recorría en toda su longitud. Al lado del puente divisó una cadena corrediza de hierro que pendía desde lo alto de un estrecho pilar de piedra. El oficial al mando de los Ojos la tomó y tiró de ella tres veces seguidas.

Instantes después les llegaba desde el puente el sonido metálico de algo que tintineaba. Una silueta oscura se insinuó dentro de la catarata, creció de tamaño y salió disparada hacia ellos, mientras la bruma y el agua parecían explotar en su techo. Era una caja de madera con nervaduras de hierro bastante grande, pues tenía cinco metros de altura y era tan ancha como el puente. Se deslizó retumbando por la hendidura practicada en el puente y, finalmente, se detuvo ante ellos con un chirrido metálico producido por la fricción. Sus puertas se abrieron violentamente de par en par al obligarlas a ello los dos guardias ataviados con casacas de color azul oscuro y orladas con bordados en plata que se encontraban dentro de la caja.

Locke y Jean fueron acomodados en el transporte, que tenía unas ventanas en el extremo que apuntaba hacia el castillo. Al mirar por ellas, Locke sólo consiguió ver agua.

Cuando Locke, Jean y todos los Ojos entraron en la caja, los guardias que la tripulaban cerraron las puertas. Uno de ellos tiró de una cadena dispuesta en la pared de la derecha, y, con una sacudida, la caja regresó retumbando al lugar de donde había venido. Puesto que la catarata caía encima del techo, el ruido que hacía era

similar al que se siente dentro del carruaje que soporta una violenta tormenta. A medida que pasaban por debajo de ella, Locke calculó que tendría una anchura comprendida entre los cinco y los siete metros. Ningún hombre desprotegido hubiera podido atravesarla sin ser arrojado inmediatamente al foso, lo que, precisamente, explicaba el motivo de su construcción.

Eso y también que era una manera buenísima de presumir.

No tardaron en llegar al otro lado de la catarata. Locke percibió que se dirigían hacia una sala de forma semiesférica, con una pared curva que estaba a cierta distancia y un techo de unos diez metros. Unos candelabros alquímicos de luces plateadas, blancas y doradas mantenían iluminada la sala, de suerte que, a través de la distorsión producida por las ventanas cubiertas de agua, aquel lugar relucía como si fuera una cámara del tesoro. Cuando el conductor de la caja ordenó el alto, los tripulantes manipularon unos picaportes ocultos y las ventanas se abrieron con el mismo chirrido que hubieran producido unas puertas gigantescas.

Locke y Jean fueron empujados para abandonar la caja, pero con mayor gentileza con la que antes les invitaran a entrar en ella. Las losetas que se encontraban a sus pies estaban resbaladizas a causa del agua, de modo que siguieron el ejemplo de los guardias y caminaron con sumo cuidado. La catarata rugió a sus espaldas durante unos momentos más y entonces dos compuertas enormes se cerraron de golpe por detrás de la caja, convirtiendo el ruido ensordecedor de la catarata en un eco apagado.

En un nicho de la pared que estaba a la izquierda Locke pudo ver una especie de ingenio de agua. Varios hombres y mujeres se encontraban delante de unos cilindros relucientes de bronce, manejando unas palancas que movían unos mecanismos cuyas funciones se hallaban muy lejos de la comprensión de Locke. Justo al lado de la carena por donde corría la pesada caja de madera, unas pesadas cadenas de hierro desaparecían en unos agujeros oscuros practicados en el suelo. Jean también agachó la cabeza para observar más de cerca aquella rareza, pero en cuanto el peligro que suponían las losetas resbaladizas hubo quedado atrás, también lo hizo el breve atisbo de tolerancia de que habían dado muestra los soldados, de suerte que éstos volvieron a llevar a empujones a los dos ladrones durante un largo trecho.

Pasaron deprisa por la sala de la entrada, que era lo suficientemente ancha y grandiosa para albergar en ella varias salas de baile a la vez. La habitación no tenía ventanas que dieran al exterior, sino unos panoramas artificiales de cristal vidriado que estaban iluminados por detrás. Cada uno de ellos mostraba una vista idealizada de lo que hubiera podido verse a su través si la piedra hubiese estado realmente cortada… blancos edificios y mansiones, cielos oscuros, las terrazas de las islas al otro lado del puerto, docenas de velas en el muelle principal.

Locke y Jean llegaron con su escolta hasta uno de los lados de la sala, subieron por unas escaleras y luego entraron en otra estancia llena de guardias con casacas

azules que montaban guardia, muy tiesos. ¿Era la imaginación de Locke, o algo que sobrepasaba el mero respeto acababa de insinuarse en sus rostros nada más aparecer las máscaras de bronce de los Ojos? Ya no había tiempo para pensar en ello, pues acababan de detenerse súbitamente delante de su destino evidente. En un pasillo lleno de puertas de madera, acababan de detenerse ante una de metal.

Un Ojo dio un paso adelante, abrió la cerradura de la puerta y empujó sus batientes hacia dentro. Los soldados desataron rápidamente las ligaduras que habían mantenido atadas las muñecas de Locke y de Jean y los empujaron hacia el interior.

—Eh, espere sólo un maldito… —dijo Locke, pero los batientes de la puerta se cerraron de golpe tras ellos y entonces les invadió la negrura más absoluta.

—Por Perelandro —dijo Jean. Él y Locke estuvieron tropezando el uno con el otro durante varios segundos antes de recobrar algo de equilibrio y de dignidad—. ¿Qué cojones habremos hecho para llamar la atención de *estos* malditos capullos?

—No lo sé, Jerome —Locke puso un ligero énfasis al pronunciar aquel seudónimo—, pero las paredes pueden oír. ¡Eh! ¡Capullos de los cojones! ¡No es necesario que seáis tan reservados! ¡Solemos comportarnos bien cuando se nos encarcela de una manera civilizada!

Locke tropezó con la pared que antes había visto más próxima a él y dio varios puñetazos en ella. Acababa de descubrir que era tan áspera como un ladrillo.

—Condenación —masculló, y se lamió un nudillo magullado.

—Es extraño —dijo Jean.

—¿El qué?

—No estoy seguro.

—*¿De qué?*

—¿Me lo parece o estas paredes han comenzado a calentarse?

3

El tiempo siguió avanzando tan lento como una noche en vela.

Locke seguía viendo colores que relampagueaban y vacilaban en la oscuridad, y aunque una parte de él sabía que no eran reales, la otra parte comenzaba a ser menos crítica a cada minuto que pasaba. El calor era como un peso que oprimiera cada centímetro de su piel. Se había desabrochado la camisa y quitado del cuello las corbatas para envolverse con ellas las manos y así gatear más deprisa hasta donde se encontraba Jean.

Cuando la puerta se abrió con un chasquido, aún tardó varios segundos en comprender que no se lo estaba imaginando. Cuando la rendija de luz blanca creció hasta convertirse en un cuadrado, Locke se echó hacia atrás con las manos encima de los ojos. El aire del pasillo se derramó sobre él como una fría brisa de otoño.

—Caballeros —dijo una voz que se encontraba detrás de aquel cuadrado de luz —, todo ha sido una terrible equivocación.

—Ungh gah ah —fue lo único que Locke pudo responder mientras intentaba recordar cómo funcionaban sus rodillas. Tenía la boca más seca que si se la hubieran llenado con harina de maíz.

Unas manos fuertes y frías le ayudaron a ponerse en pie; la habitación giró a su alrededor mientras a él y a Jean les ayudaban a salir a la frescura del pasillo. Aunque una vez más se hallaban rodeados de jubones azules y máscaras de bronce, el Locke que cerraba los ojos ante la luz se encontraba más hambriento que asustado. Sabía que estaba confuso, casi tanto como si estuviera bebido, y lo único que podía hacer era intuir de un modo impreciso lo que le pasaba. Le estaban llevando por pasillos y subiéndole por escaleras (¡Escaleras! ¡Dioses! ¿Cuántas había en aquel maldito palacio?), pues sólo en contadas ocasiones sus piernas podían sostener la parte del peso que les había tocado en suerte. Se sentía como una marioneta que actuara en una comedia cruel, representada en un escenario inusualmente grande.

—¿Agua? —consiguió decir.

—Pronto —dijo uno de los soldados que le llevaban—. Muy pronto.

Finalmente, a él y a Jean Tannen les hicieron entrar por las altas puertas de madera que conducían al interior de un despacho tenuemente iluminado cuyas paredes daban la impresión de haber sido construidas con millares y millares de pequeñas celdas de cristal, llenas con pequeñas sombras que titilaban. Locke parpadeó y maldijo su condición; había oído hablar a los marineros de la «borrachera seca», cuando la estupidez, la debilidad y la irritabilidad se apoderaban del hombre que sufre una gran carencia de agua, pero jamás había supuesto que algún día la experimentaría en carne propia. Aquello estaba logrando que todo le pareciera extraño; seguro que embellecía más de la cuenta los contornos de lo que debía de ser una simple habitación.

El despacho tenía una mesa pequeña y tres sillas de madera muy corrientes. El agradecido Locke puso rumbo a una de ellas, pero los soldados que le tenían agarrado por los brazos se lo impidieron y le mantuvieron de pie.

—Debe esperar —dijo uno de ellos.

La espera no fue larga; poco después, se abrió otra de las puertas del despacho. Un hombre ataviado con unos largos ropajes de color azul oscuro ribeteados con pieles entró por ella con el ceño fruncido.

—Los dioses protejan al Arconte de Tal Verrar —dijeron al unísono los cuatro soldados.

Maxilan Stragos, fue el pensamiento un tanto sorprendido de Locke, *el maldito señor de la guerra que manda en Tal Verrar*.

—Por piedad, permitamos a estos hombres tomar asiento —dijo el Arconte—. Ya

les hemos hecho sufrir un lamentable yerro, Prefecto de la Espada. Ahora debemos hacerles partícipes de toda la cortesía que podamos. A fin de cuentas… no somos camorríes.

—Por supuesto, Arconte.

Locke y Jean fueron acomodados rápidamente en sus asientos. Cuando los soldados estuvieron razonablemente seguros de que no se iban a caer de ellos, retrocedieron y permanecieron a su espalda, mirándolos atentamente. El Arconte movió una mano para indicar lo enfadado que se sentía.

—Pueden irse, Prefecto de la Espada.

—Pero… Vuestra Señoría…

—Fuera de mi vista. Ha convertido las sencillas instrucciones que le di respecto a estos hombres en un asunto embarazoso. Como consecuencia del mismo, ya no suponen ninguna amenaza para mí.

—Pero… sí, Arconte.

El Prefecto de la Espada hizo una rápida reverencia que los demás repitieron. Los cuatro abandonaron a toda prisa el despacho, cerrando la puerta tras de sí con el elaborado *clik-clak* de un mecanismo de precisión.

—Caballeros —dijo el Arconte—, les ruego que acepten mis más sentidas disculpas. Mis instrucciones fueron malinterpretadas. En lugar de tratarles con la mayor de las cortesías, los encerraron en la cámara del sofoco, que se halla reservada a los criminales de la peor calaña. Aunque no tengo ninguna duda de que mis Ojos pueden competir con cualquier enemigo que los supere diez veces en número, he de reconocer que en esta cuestión tan simple me han deshonrado. Debo asumir toda la responsabilidad. Olviden el malentendido y permítanme el honor de mostrarles la mejor de las hospitalidades.

Locke intentó dar con una respuesta apropiada, por eso musitó una plegaria silenciosa al Guardián Avieso cuando Jean tomó la palabra.

—El honor es nuestro, Protector —aunque su voz era ronca, dio la impresión de que recobraba el ingenio más deprisa que Locke—. Aquella habitación fue un precio barato por el placer de disfrutar de tan… inesperada audiencia. Nada hay que perdonar.

—Es usted un hombre singularmente divertido —dijo Stragos—. Por favor, evíteme los empalagos. Y llámenme «Arconte».

En la puerta por donde el Arconte había entrado en el despacho se escuchó un golpe casi imperceptible.

—Adelante —dijo él, y entonces pasó por ella un hombre bajo y calvo vestido con una librea azul y plata un tanto recargada. Llevaba consigo una bandeja de plata con tres copas de cristal y una botella alta, esta última llena con alguna suerte de líquido pálido de color ambarino. Al ver la botella, Locke y Jean fijaron sus

respectivas miradas en ella con la misma concentración con que el cazador lanza la última jabalina que le queda hacia la bestia que carga contra él.

Cuando el criado dejó la bandeja y tomó la botella, el Arconte le apartó con un gesto y se la arrebató de las manos.

—Puede irse —dijo—, me considero capaz de servir por mí mismo a estos pobres caballeros.

El criado hizo una reverencia y se desvaneció por la puerta. Stragos quitó el corcho de la botella, que ya estaba casi suelto, y llenó dos copas hasta el borde. A consecuencia de la expectación que suscitaban en Locke el borboteo y el chapoteo de aquel líquido, las mejillas comenzaron a dolerle por dentro.

—Suele ser la costumbre de esta ciudad —dijo Stragos— que el anfitrión sea el primero en probar la bebida después de habérsela servido a los invitados… para que éstos no tengan ninguna duda al respecto de lo que beben. —Vertió dos dedos de líquido en la tercera copa, se la llevó a los labios y la vació de un trago.

—Ahh —dijo, mientras, sin más preámbulos, acercaba las dos copas llenas a Locke y a Jean—. Aquí tienen. Beban. No sean delicados. Soy un antiguo veterano.

Locke y Jean podían ser cualquier cosa excepto delicados; se tomaron el contenido de las copas con un abandono muy gratificante. A Locke no le hubiera importado nada que le hubieran añadido un poco de jugo de lombriz de tierra; de hecho, debía de ser algún tipo de sidra de pera, pues tenía un punto de acidez. Un licor para niños, apenas suficiente para intoxicar a un gorrión, pero bien escogido, teniendo en cuenta su estado actual. Aquel sabor pungente y fresco a sidra parcheó las paredes de la torturada garganta de Locke, haciéndole estremecerse de placer.

Mientras él y Jean vaciaban el contenido de sus respectivas copas sin pensárselo, Stragos los contemplaba con la botella en la mano. Así que volvió a llenarles las copas, sonriendo con benevolencia. Locke engulló la mitad de la nueva cantidad de líquido, dando largas a la otra mitad. Cuando un nuevo vigor comenzó a irradiarse a partir de su estómago, suspiró satisfecho.

—Muchas gracias, Arconte —dijo—. ¿Puedo tener el atrevimiento de preguntarle en qué pudimos ofenderle Jean y yo?

—¿Ofenderme? En absoluto. —Sin dejar de sonreír, Stragos dejó la botella y se sentó al otro lado de la mesa. Acercó una mano a la pared y tiró de un cordón de seda; un rayo de suave luz ambarina cayó del techo, iluminando el centro de la mesa —. Lo único que ustedes hicieron, mis jóvenes amigos, fue suscitar mi interés.

Como Stragos estaba aureolado por aquella luz, Locke pudo estudiarle por primera vez. Un hombre a finales de la madurez, casi con toda seguridad a punto de cumplir los sesenta. Un hombre curiosamente preciso, con rasgos cuadrados. Su piel rosada estaba curtida, sus cabellos eran como un tejado plano de color gris. Locke sabía por experiencia que la mayoría de los hombres poderosos eran ascetas o

glotones. Stragos no era ninguno de ambos… era un hombre equilibrado. Y había sagacidad en sus ojos, la misma que puede verse en los de un usurero en busca de un cliente. Locke tomó un sorbo de su sidra de pera y rezó para recobrar todo su ingenio.

La luz dorada era capturada y luego reflejada por las celdillas de cristal que cubrían las paredes de la habitación, así que cuando Locke dejó que su mirada se perdiera por ellas durante unos instantes, se sobresaltó al ver que lo que había en su interior se movía. Aquellas sombras menudas que se agitaban eran mariposas, polillas, escarabajos… las había a cientos, quizá a miles. Cada una de ellas dentro de su propia prisión de cristal… las paredes del despacho del Arconte estaban cubiertas con la mayor colección de insectos de la que Locke jamás hubiera oído hablar, o al menos contemplado con sus propios ojos. A su lado, Jean tragaba saliva al descubrir lo mismo que él. El Arconte rió entre dientes con indulgencia.

—Mi colección. ¿No es sorprendente?

Acercó nuevamente la mano a la pared y tiró de otro cordón de seda; una tenue luz blanca comenzó a crecer por detrás de las paredes de cristal hasta que todos los detalles de cada uno de aquellos especímenes fueron perfectamente visibles. Había mariposas con alas de tonos escarlata, azul, verde… algunas de ellas con diseños multicolores más intrincados que los de los tatuajes. Había polillas grises, negras y doradas de antenas curvas. Había escarabajos cuyos caparazones bruñidos brillaban como si fueran de metales preciosos, y avispas cuyas alas traslúcidas titilaban por encima de sus siniestros cuerpos ahusados.

—Es increíble —dijo Locke—. ¿Cómo es posible?

—Oh, no lo es. Todo lo que ven es artificial, construido por los mejores artesanos y artistas. Un mecanismo que se encuentra varios pisos más abajo produce una serie de impulsos de aire que suben por unos conductos de ventilación, los cuales desembocan detrás de las paredes de este despacho. Cada una de las celdillas tiene una abertura diminuta por detrás. La manera en que se mueven las alas es completamente aleatoria y muy realista… con poca luz sería imposible descubrir la verdad.

—No por eso deja de parecer increíble.

—Estoy de acuerdo, estamos en la ciudad del artificio —dijo el Arconte—. Las criaturas vivas requieren tantos cuidados que llegan a cansar. Pueden pensar que mi Mon Magisteria es un almacén de cosas artificiales. Vamos, beban y permítanme terminar la botella.

Locke y Jean asintieron, de suerte que Stragos les sirvió unos cuantos dedos más de bebida hasta que la botella quedó vacía. Volvió a sentarse detrás de la mesa y tomó algo que estaba encima de la bandeja… alguna especie de informe metido en una carpeta marrón que tenía tres sellos de cera en otros tantos lados, los cuales estaban rotos.

—Cosas artificiales, lo mismo que ustedes, maese Kosta y maese de Ferra. ¿O debiera decir maese Lamora y maese Tannen?

Si Locke hubiera tenido la fuerza suficiente para romper con una mano el resistente cristal verrarí, el Arconte habría tenido una copa menos.

—Discúlpeme —dijo Locke, ayudándose con una sonrisa que quería parecer dominada por la confusión—, pero no me suena ninguno de esos nombres. ¿Y a ti, Jerome?

—Creo que debe de haber alguna equivocación —respondió Jean, adoptando su mismo tono educado de extrañeza.

—No la hay, caballeros —dijo el Arconte. Abrió la carpeta y examinó brevemente su contenido, media docena de páginas en pergamino cubiertas con una caligrafía negra muy precisa—. Hace varios días recibí una carta muy curiosa a través de ciertos canales fidedignos de mi servicio de Inteligencia. Una carta que rebosa con la colección más singular de historias que jamás haya leído. De un viejo conocido… una fuente situada dentro de la jerarquía de los Magos de la Liga de Karthain.

Locke pensó que ni siquiera Jean podía reventar una copa de cristal verrarí, pues, de otro modo, en aquel preciso momento el despacho del Arconte habría recibido una violenta lluvia de sangre y de trozos de vidrio.

Locke enarcó una ceja con sorna, no queriendo darse por vencido tan pronto.

—¿Los Magos de la Liga? Dioses, eso suena fatal. Pero ¿qué tienen que ver esos Magos de la Liga con Jerome y conmigo mismo?

Stragos se acarició la barbilla mientras repasaba los documentos del informe.

—Según parece, ustedes son ladrones de cierta sociedad secreta que antes operaba en la Casa de Perelandro, situada en el distrito del Templo de Camorr… eso es ser bastante descarados. Ustedes operaban sin el permiso del Capa Vencarlo Barsavi, que ya no se cuenta entre los que respiramos. Robaron varias decenas de millares de coronas a algunos nobles de Camorr. Ambos son responsables de la muerte de un tal Luciano Anatolius, un capitán bucanero que contrató los servicios de un mago de la Liga para que secundara sus planes. Quizá lo más importante sea que ustedes frustraron esos planes y que dejaron lisiado a ese mago. Lo acorralaron en un lugar muy estrecho. Extraordinario. Lo devolvieron por barco a Karthain, medio muerto y completamente loco. Sin dedos ni lengua.

—En realidad, Leocanto y yo somos de Talisham y éramos…

—Ambos son de Camorr. Jean Estevan Tannen, ése es su verdadero nombre, y Locke Lamora… que sólo es un *seudónimo*. Se hace hincapié en esto último por alguna razón. Ambos están en mi ciudad formando parte de un plan dirigido contra ese enano de Requin… Al parecer han estado haciendo planes para violar su bóveda de seguridad. En eso les deseo la *mejor* de las suertes. ¿Tenemos que seguir con esta charada? Tengo muchos más detalles. Al parecer, esos Magos de la Liga se la tienen

jurada.

—Esos capullos… —rezongó Locke.

—Ya veo que los conoce personalmente bastante bien —dijo Stragos—. Hace algún tiempo contraté a varios de ellos. Son gente muy quisquillosa. Así pues, ¿admiten que este informe es correcto? Vamos, Requin no es amigo mío. Está con la gente del *Priori*; quizá forme parte de su maldito consejo.

Locke y Jean se miraron el uno al otro, y Jean se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo Locke—, al parecer, Arconte, nos lleva cierta ventaja.

—Para ser precisos, les tengo contra las cuerdas. En este informe se documentan por extenso sus actividades. Les tengo a ustedes en el centro de mis dominios. Y ahora, para poder sentirme a gusto, voy a ponerles un límite.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Jean.

—Que, posiblemente, caballeros, mis Ojos no me pusieron en una posición embarazosa. Y, también, que ustedes dos pasaron varias horas *adrede* en la cámara del sofoco para que les entrara una sed que debían apagar cuanto antes —señaló las copas de Locke y de Jean, en las que apenas quedaban posos.

—Usted puso algo en la sidra —dijo Jean.

—Por supuesto —dijo Stragos—. Un veneno excelente.

4

Durante un momento, si descontamos el tenue murmullo de las alas de los insectos artificiales, la habitación permaneció en el más completo silencio. Luego, Locke y Jean se levantaron al unísono de sus sillas sin que Stragos se inmutara por ello.

—Siéntense. A menos que no quieran enterarse de todo lo que pasa.

—Usted bebió de la misma botella que nosotros —dijo Locke, aún de pie.

—Claro que sí. El veneno no estaba realmente en la sidra. Estaba en sus copas, pintado en el fondo de las mismas. Sin color ni sabor. Una sustancia alquímica muy práctica y muy cara. Deberían sentirse halagados. He aumentado su autoestima, ¿no les parece?

—Conozco un poco de venenos. ¿De cuál se trata?

—¿Qué sentido puede tener el contarles algo más? Ustedes podrían llamar a alguien para que les diera un antídoto. Tal y como están las cosas, yo soy su único antídoto —sonrió y, como si fuera un insecto que acabara de mudar el cascarón, cualquier asomo de gentileza y de disculpa se borró de sus facciones. Ante ellos se encontraba un Stragos muy diferente, cuya voz era como un látigo—. Siéntense. Ahora están a mi merced, obviamente. Ustedes no son lo que estaba buscando, pero, por todos los dioses, quizá sean lo mejor con lo que puedo contar.

Aunque Locke y Jean volvieron a sentarse en las sillas, estaban preocupados.

Locke arrojó su copa contra la alfombra, donde rebotó para luego echar a rodar hasta la mesa de Stragos.

—Ahora debería saber —dijo Locke— que ya me han envenenado en otras ocasiones por motivos coercitivos.

—¿Ah, sí? Resulta muy conveniente. Seguramente estará de acuerdo conmigo que eso es mucho mejor que ser envenenado por motivos criminales.

—¿Qué quiere que hagamos para usted?

—Algo provechoso —dijo Stragos—. Algo grandioso. Según este informe, usted es la Espina de Camorr. Mis agentes me contaron historias de usted… rumores de lo más ridículo, que ahora resultan ser ciertos. Pensaba que era un mito.

—La Espina de Camorr es un mito —repuso Locke—. Y jamás me hizo justicia. Siempre hemos trabajado en grupo, como un equipo.

—Por supuesto. No hay por qué quitarle méritos a maese Tannen. Todo está aquí, en este informe. Les mantendré con vida mientras preparo la tarea que he pensado que hagan para mí. Como aún no puedo discutirlo con ustedes, sólo les diré que están a mi servicio hasta que llegue el momento. Y ahora pueden volver a sus asuntos. Cuando les llame, regresarán a mí.

—¿Volveremos? —masculló Locke.

—Oh, pueden irse de la ciudad si quieren… pero, si lo hacen, ambos morirán de una manera lenta y miserable antes de que haya terminado la estación. Y eso no nos gustaría a ninguno de los presentes.

—A lo mejor es un farol —dijo Jean.

—Claro que sí, pero, a poco que lo piensen, un farol les hará el mismo efecto que un veneno de verdad, ¿o no? Vamos, maese Tannen, dispongo de los recursos necesarios para no necesitar un farol.

—¿Y qué nos impedirá salir huyendo en cuanto hayamos recibido el antídoto?

—El veneno tiene un efecto retardado, Lamora. Permanece inactivo dentro del cuerpo durante muchos meses, incluso durante años. Yo les daré el antídoto en varias dosis si cumplen lo que les diga.

—¿Y qué garantías tenemos de que siga dándonos el antídoto una vez hayamos cumplido esa tarea que va a proponernos?

—Ninguna.

—Y no hay ninguna alternativa mejor.

—Claro que no.

Locke cerró los ojos y se los masajeó lentamente con los nudillos del dedo índice de su mano derecha.

—Su supuesto veneno, ¿cambiará nuestra vida cotidiana de algún modo? ¿Alterará lo que tiene que ver con el razonamiento, la agilidad y la salud?

—En absoluto —dijo Stragos—, no notarán nada hasta que sea el momento de

tomar el antídoto y entonces lo sentirán de repente. Hasta que llegue ese momento, nada alterará sus asuntos.

—Pero usted los acaba de alterar *ahora mismo* —dijo Jean—. Nos encontramos en un momento muy delicado del asunto que tenemos con Requin.

—Él nos dio órdenes muy estrictas —dijo Locke— de que no hiciéramos nada sospechoso mientras husmeaba en nuestras actividades recientes. *Es muy posible* que el hecho de ser apartados de la calle por la gente del Arconte pueda calificarse como algo sospechoso.

—Eso ya ha sido tenido en cuenta —dijo el Arconte—. La mayor parte de los individuos que les apartaron de la calle pertenecen a una de las bandas de Requin. Sólo que él ignora que trabajan para mí. Ellos le dirán que ustedes salieron a dar una vuelta.

—¿Y usted supone que Requin no sabe quiénes le son realmente fieles?

—Que los dioses bendigan esa insolencia suya tan cándida, Lamora, pero no tengo que justificar ante usted todas las órdenes que doy. Las aceptará como hacen todos mis soldados y, si confía en algo, confíe en mi buen juicio, el mismo que lleva permitiéndome durante quince años ocupar la silla del Arconte.

—Si se equivoca, Stragos, nuestras vidas estarán bajo el pulgar de Requin.

—No, lo mire como lo mire, sus vidas están ahora debajo del *mío*.

—¡Requin no es idiota!

—Entonces, ¿por qué intentan robarle?

—Nos gusta adularnos a nosotros mismos —dijo Jean—, pensar que somos los…

—Yo les diré por qué —le interrumpió Stragos. Cerró la carpeta del informe y cruzó las manos encima de ella—. Ustedes no son precisamente codiciosos. Sienten un ansia insana por las cosas excitantes. Sentir que juegan con mucha ventaja les da una innegable sensación de ebriedad. Si no fuera así, ¿por qué habrían elegido el tipo de vida que llevan, cuando, obviamente, podrían haber triunfado como ladrones de un tipo más corriente, dentro de los límites que les permitía el tal Barsavi?

—Si usted piensa que ese montón de papeles le otorga el suficiente conocimiento para suponer tanto…

—A los dos les gusta el riesgo. Y eso lo llevan como unos profesionales excelentes. Pues bien, tengo el riesgo que necesitan. Espero que disfruten con él.

—Todo esto hubiera estado bien —dijo Locke— antes de mencionarnos lo de la sidra.

—Obviamente, sé que me guardarán rencor por lo que les he hecho. Pónganse en mi lugar. He hecho lo que he hecho porque respeto sus habilidades. *No puedo* permitirme que estén a mi servicio sin poderles controlar. Los dos son una palanca y un fulcro que miran cómo sube y baja una ciudad.

—¿Y por qué diablos no nos contrató?

—¿Y cuánto dinero me haría falta para contratar a dos hombres que pueden sacárselo de la manga con la facilidad de que ustedes hacen gala?

—Así pues, ¿debemos tomar como un cumplido agradable el hecho de que quiera follarnos como uno de los pederastas de Jerem? ¡Maldito…!

—Cálmese, maese Tannen —dijo Stragos.

—¿Por qué tendría que calmarse? —de muy mal humor, Locke comenzó a ponerse derecha la camisa, hecha un desastre por el sudor, y a anudarse las corbatas, que estaban llenas de arrugas—. Nos envenena, deja una misteriosa tarea aún por hacer a nuestros pies y dice que no nos va a pagar. Nos complica la vida que llevábamos como Kosta y De Ferra y espera que estemos a sus órdenes cuando tenga la deferencia de revelarnos su plan. Dioses. ¿Y qué hay de los gastos, tendremos que pagarlos de nuestros bolsillos?

—Dispondrán de todos los fondos y recursos que necesiten mientras trabajen a mi servicio. Y antes de que se exciten más, recuerden que tendrán que justificar todos los gastos hasta la última centira.

—Oh, espléndido. ¿Y qué otras ventajas nos proporcionará ese trabajo suyo? ¿Almuerzo complementario en los barracones de sus Ojos? ¿Lechos de convalecencia cuando Requin nos corte las pelotas y nos las meta donde antes habíamos tenido los ojos?

—No estoy acostumbrado a que me hablen con ese…

—Pues *acostúmbrese* —Locke bramaba y acababa de levantarse de la silla para sacudirse el polvo de encima de la casaca—. Tengo una contraoferta que hacerle, la cual le ruego que sopese seriamente.

—Oh.

—Olvide todo esto, Stragos —Locke se puso la casaca, movió los hombros para ajustársela y estiró las solapas—. Olvide todo este ridículo plan. Denos el antídoto suficiente, si es que lo necesitamos, para encontrarnos bien cuando llegue el momento. O díganos cuál es el veneno, y nosotros iremos a ver a nuestro alquimista y le pagaremos con nuestro dinero. Permítanos volver al lado de Requin, a quien no profesa ningún amor, y déjenos que le robemos. No nos ocasione más molestias, y nosotros le devolveremos el favor.

—¿Y qué piensa usted que gano con ello?

—Tal y como yo lo veo, seguir teniendo todo lo que tiene hasta ahora.

—Mi querido Lamora —a Locke le dio la impresión de que la risa en sordina de Stragos procedía del interior de un cofre—, sus fanfarronadas bastarían para convencer a cualquier maldito noble camorrí con cerebro de esponja de que le entregara la bolsa. Incluso pueden servirle para la tarea que estoy pensando. Pero ahora son ustedes míos, y los magos de Karthain tienen muy claro cómo conseguir que se les bajen los humos.

—Oh. ¿Y entonces?

—Amenáceme sólo una vez más y haré que Jean pase lo que queda de noche en la cámara del sofoco. Usted puede esperarle fuera, cómodamente encadenado mientras se imagina todo lo bien que debe de estar pasándoselo. Y esto también se aplica al revés. Y en lo que a usted respecta, Jean, ahora me dirá si quiere seguir dando muestras de rebeldía.

Locke apretó los dientes y bajó la mirada. Jean suspiró, se acercó a él y le dio una palmada en un brazo. Locke asintió con desgana.

—Muy bien —Stragos sonrió de una manera forzada—. Del mismo modo que respeto sus habilidades, respeto la lealtad que se tienen el uno al otro. La respeto lo suficiente para emplearla en lo bueno y en lo malo. Así que quedamos en que *vendrán* cuando yo se lo ordene y que aceptarán la misión que voy a encomendarles… lo cual será cuando *vea* por mí mismo que usted no parece preocupado.

—Así sea —dijo Locke—. Pero quiero que no lo olvide.

—¿Olvidar qué?

—Lo que le ofrecí para terminar con todo esto —dijo Locke—. Lo que le ofrecí a cambio de que, simplemente, nos fuéramos.

—Por los dioses, ¿cómo *tiene* tan elevado concepto de sí mismo, maese Lamora?

—Sólo tengo el necesario. Que, me atrevo a decir, no es superior al que los magos mercenarios tienen de sí mismos.

—¿Está acaso sugiriendo que los de Karthain le temen, maese Lamora? Por favor. Si así fuera, ya le habrían matado. No. No le temen… sólo quieren *castigarle*. Someterle a mí, para obtener los fines que busco, les dará a ellos la impresión de que recibe un buen castigo. Me atrevo a decir que tiene buenos motivos para sentir inquina por ellos.

—Muy cierto —dijo Locke.

—Considere por un momento —prosiguió Stragos— la posibilidad de que a mí no me gusten más que a usted. Y que, mientras pueda aprovecharme de ellos sin que lo necesite, y acepte sin cuestionarlos los vientos que envían hacia mí…, el servicio que usted me haga podría volverse realmente contra ellos. ¿No le intriga eso?

—Nada de lo que diga me sonará de buena fe —Locke estaba rojo de ira.

—Ahhh. En eso se equivoca, maese Lamora. Cuando pase algún tiempo, ya verá lo poco que necesito mentir en cualquier asunto. Por ahora, la audiencia ha terminado. Reflexionen en su situación y no cometan ninguna temeridad. Pueden salir por sí mismos de la Mon Magisteria y regresar a ella cuando los llame.

—Aguarde sólo un… —dijo Locke.

Pero el Arconte ya se había levantado, metido el informe bajo un brazo, dado media vuelta y abandonado la habitación por la misma puerta por donde había

entrado, la cual se cerraba tras de él con el sonido inconfundible de unos mecanismos de acero.

—Diablos —dijo Jean.

—Lo siento —musitó Locke—. Tenía tantas ganas de llegar a la maldita Tal Verrar.

—No tienes la culpa. Ambos queríamos retozar en la cama con la misma golfa; la mala suerte quiso que tuviera purgaciones.

La puerta principal del despacho se abrió de golpe, revelando que una docena de Ojos los aguardaban ante su entrada.

Locke se quedó mirando a los Ojos durante unos segundos, luego hizo una mueca y se aclaró la garganta.

—Oh, magnífico. Su señor ha dejado instrucciones muy estrictas que les ponen a ustedes a nuestro servicio. Necesitamos un bote, ocho remeros, comida caliente, quinientos solari, seis mujeres que sepan dar el masaje apropiado y…

Pero no tuvo tiempo de decir lo que faltaba, porque los Ojos le agarraron a él y a Jean para «escoltarlos» hasta la salida de la Mon Magisteria, mostrando la necesaria firmeza que excluía toda crueldad innecesaria. Las porras no abandonaron sus cintos, y sólo emplearon el mínimo número de golpes en el cuerpo que son necesarios para ablandar la decisión de los prisioneros. A fin de cuentas, era un grupo demasiado eficiente para entretenerse sólo en maltratarlos.

5

Los llevaron de vuelta hasta los muelles más bajos de la Savrola en una larga canoa cubierta. Casi estaba amaneciendo y una luz húmeda de color anaranjado comenzaba a cubrir la parte de Tal Verrar que da al continente y a despuntar sobre las islas, haciendo, por contraste, que sus rostros, que miraban al mar, parecieran más oscuros de lo que eran. Rodeados por los remeros del Arconte y por cuatro Ojos armados con ballestas, Locke y Jean no hablaron durante todo el trayecto.

Salieron rápidamente del bote, que los dejó en el extremo de un embarcadero desierto para que ellos sólo tuvieran que dar un salto. Uno de los soldados del Arconte lanzó un saco de cuero hasta las piedras que estaban junto a sus pies y entonces la embarcación se alejó, dando fin a aquella maldita aventura.

Locke sintió una luminosidad extraña y se frotó los ojos, que parecía tener secos dentro de sus órbitas.

—Dioses —dijo Jean—. Debemos de tener la misma pinta que la gente a la que han robado.

—Y nos han robado —Locke se agachó, levantó el saco y examinó su contenido… las dos hachas de Jean y su propio surtido de estiletes. Refunfuñó—.

Magos. ¡Malditos magos mercenarios!

—Seguro que esto era lo que habían estado planeando.

—Ojalá fuera *todo* lo que habían estado planeando.

—No son omniscientes, Locke. Tienen que tener debilidades.

—¿De veras que las tienen? ¿Tú sabes cuáles son? ¿Quizá alguno de ellos es alérgico a las frutas exóticas o se lleva mal con su madre? ¡Qué nos importa a nosotros todo eso, estando como están fuera del alcance de nuestros cuchillos! ¡Por el Guardián Avieso! ¿Por qué los tíos mierdas como Stragos no pueden contratarnos a cambio de dinero? Me *gustaría* trabajar por una buena paga.

—No, no te gustaría.

—Bah.

—Deja de rezongar y piensa un poco. Ya has visto lo que decía el informe de Stragos. Los magos de la Liga conocen los preparativos que hemos hecho para entrar en la bóveda de Requin, pero no conocen *toda* la historia. La parte importante.

—Tienes razón, pero ¿qué necesidad tenían de contárselo todo a Stragos?

—Ninguna, desde luego… saben que operábamos en Camorr, pero no le han contado nuestra vida. Stragos mencionó a Barsavi, pero no a Cadenas. ¿Quizá porque Cadenas murió antes de que el halconero llegara a Camorr y comenzara a vigilarnos? No creo que los magos mercenarios puedan leer el pensamiento, Locke. Creo que son unos espías magníficos, pero no infalibles. Aún nos quedan algunos secretos.

—Hmmm. Jean, debes perdonarme porque eso no me sea de gran ayuda. ¿Sabes quiénes hacen filosofía a partir de la más mínima debilidad de sus enemigos? Los que se sienten *impotentes*.

—Pareces resignarte a que no…

—No me resigno, Jean, estoy furioso. Tenemos que dejar de sentirnos impotentes en cuanto podamos.

—De acuerdo. ¿Cuándo comenzamos?

—Bueno, ahora me vuelvo a la posada. Voy a echarme por el gaznate cinco litros de agua bien fría. Luego me voy a meter en la cama, a taparme la cabeza con la almohada y a dormir hasta que se ponga el sol.

—Lo apruebo.

—Muy bien. Cuando estemos bien descansados, nos levantaremos e iremos a buscar a un alquimista negro. Quiero una segunda opinión sobre los venenos de efecto retardado. Y quiero saber todo lo que sea posible al respecto, y cuáles son los antídotos que podemos ir probando.

—De acuerdo.

—Y después de eso, podremos añadir una nueva entrada, pequeñita, a esa agenda nuestra en la que vamos apuntando lo más notable de nuestras vacaciones en Tal Verrar.

—¿Te refieres a darle una patada en los dientes al Arconte?

—Sí, por los dioses —dijo Locke, dándose un puñetazo en la palma de la mano —. En cualquier caso, antes terminaremos el trabajo de Requin. ¡Haya o no veneno de por medio! ¡Tomaré ese maldito palacio y le daré con él tantos golpes en el culo que tendrá torres de piedra por amígdalas!

—¿Algún plan al respecto?

—No tengo ninguno. De hecho, no tengo ni la menor idea. Pero pensaré en ello, puedes estar seguro. Y en lo de no cometer imprudencias… bueno, eso no puedo asegurártelo.

Jean lanzó un gruñido. Los dos se volvieron y comenzaron a recorrer con paso cansino el embarcadero en toda su longitud, dirigiéndose hacia los escalones de piedra que los llevarían afanosamente hasta la terraza superior de la isla. Locke se frotó el estómago y sintió que se le ponía la carne de gallina… en cierta forma se sentía violado, sabiendo que algo letal podía estar deslizándose, sin que él lo notara, por los recovecos más oscuros de su cuerpo, esperando para hacerle daño.

A su derecha, el sol era un ardiente medallón de bronce colocado encima del horizonte que se veía desde la ciudad, colgado en él como si fuera uno más de los soldados sin rostro del Arconte que no les quitaba la mirada de encima.

Reminiscencia

La Dama de la Columna de Cristal

1

Azura Gallardine no era una mujer con la que fuera fácil hablar.

Sin duda alguna, aunque tanto su título (Maestra Segunda del Gremio Mayor de Artífices, Calculistas y Artesanos Minuciosos) como su dirección (la intersección de la calle del Doblador de Cristal con la avenida de los Limpiadores de Ruedas Dentadas, Cantezzo oeste, cuarta terraza, Creciente de los Artífices) fueran muy conocidos, cualquiera que quisiera acercarse a su casa tenía que caminar algo más de diez metros por un recorrido que nada tenía que ver con la calzada pública por donde todos caminaban.

Y contemplar aquellos diez metros, o poco más, era algo *demencial*.

Habían pasado seis meses desde que Locke y Jean llegaran a Tal Verrar; las personalidades de Leocanto Kosta y de Jerome de Ferra habían evolucionado del simple bosquejo a una segunda piel muy confortable. Si el verano había comenzado a morir cuando ellos llegaron traqueteando por la calzada y entraron en la ciudad, en aquellos momentos los recios y secos vientos del invierno acababan de dar paso a las turbulentas brisas del comienzo de la primavera. Era el mes de Saris, en el septuagésimo octavo año de Nara, la Que Trae la Plaga, Señora de las Enfermedades Ubicuas.

Jean se sentaba en una silla almohadillada dispuesta en la popa de la barca ligera de placer que habían alquilado, una embarcación esbelta tripulada por seis remeros. Se deslizaba por encima de las rizadas aguas del puerto principal de Tal Verrar como un insecto apresurado, salpicando agua y tejiendo entre las embarcaciones mayores la complicada trayectoria que ordenaba a gritos la joven de menos de veinte años que se encontraba en la proa.

Era un día ventoso, con la lechosa luz de un sol que, aunque sin calentar mucho, se derramaba desde el lado oculto del alto velo de nubes. El puerto de Tal Verrar estaba a rebosar con los cargueros ligeros, las barcazas, los botes pequeños y los navíos más grandes de una docena de naciones. Un escuadrón de galeones de Emberlain y Parlay avanzaba por el agua, con el estandarte aguamarina y oro del

reino de los Siete Compañeros ondeando en sus proas. Unos pocos cientos de metros más delante, Jean consiguió divisar un bergantín con la bandera blanca de Lashain y, más allá, una galera con la bandera de los Compañeros encima del banderín, más pequeño, del cantón de Balines, que se encuentra a unos pocos cientos de kilómetros al norte de la costa de Tal Verrar.

La barca de Jean rodeaba el extremo sur del Creciente de los Comerciantes, una de las tres islas con forma de media luna que rodeaban la *Castellana*, situada en el centro, como otros tantos pétalos de flor. Su destino era el Creciente de los Artífices, hogar de los hombres y mujeres que habían conseguido que el arte de la mecánica de precisión dejara de ser un entretenimiento propio de gente excéntrica para convertirse en una vibrante industria. La mecánica de precisión de Tal Verrar era más delicada, más sutil, más duradera (todo lo *más* que uno precisara) que la practicada por el escaso puñado de maestros dispersos a todo lo largo y ancho del mundo conocido.

Extrañamente, cuanto más se iba familiarizando Jean con Tal Verrar, más rara le parecía. Cada una de las ciudades construidas sobre las ruinas de los Antiguos poseía un carácter peculiar que, la mayor parte de las veces, dependía directamente de la naturaleza de dichas ruinas. Los camorríes vivían encima de unas islas que sólo estaban separadas entre sí por canales o, a lo más, por el río Angevino, y vivían hombro con hombro, en comparación con la enorme extensión de espacio que Tal Verrar podía ofrecer. Las ciento y pico mil almas que vivían en sus islas hacían pleno uso de dicho espacio, repartiéndose en varias tribus con una precisión inusual.

Al oeste, la pobre adherencia al terreno que caracterizaba el barrio de Quita y Pon, donde aquellos a quienes no les importaba que la cruda meteorología marina cambiara constantemente de sitio sus pertenencias, podían vivir al menos sin pagar un alquiler. Al este atestaban el distrito de Istria y proporcionaban mano de obra para los jardines escalonados del Creciente de los Manos Negras, donde conseguían lujuriantes cosechas de las que jamás disfrutarían, plantadas en un suelo enriquecido alquímicamente que jamás sería suyo.

Tal Verrar sólo poseía un cementerio, la antigua Colina de las Almas, que ocupaba la mayor parte de la isla más oriental de la ciudad, enfrente del Creciente de los Manos Negras. La Colina tenía seis terrazas llenas de piedras funerarias, esculturas y mausoleos que parecían mansiones en miniatura. Los muertos eran tratados en la muerte tal y como lo habían sido en vida, pues, a medida que se subía por las terrazas, la calidad de sus cadáveres aumentaba. Era una siniestra imagen especular de los Peldaños Dorados que se encontraban al otro lado de la bahía.

La propia Colina era tan grande como la propia ciudad de Vel Virazzo y poseía su propia (y extraña) sociedad: sacerdotes y sacerdotisas de Aza Guilla, bandas de plañideras (todas ellas proclamaban sus especialidades ceremoniales y sus florituras teatrales a cualquiera que se encontrase dentro del radio de acción de sus gritos),

escultores de mausoleos y, lo más singular de todo ello, los Vigilantes de la Colina. Los Vigilantes eran criminales condenados por robar tumbas. En lugar de ejecutarlos, los encerraban en el interior de unas tintineantes cotas de malla y de unas máscaras de acero y les obligaban a patrullar la Colina de las Almas formando parte de una policía malhumorada. Cada uno de ellos sólo recuperaba la libertad capturando al ladrón de tumbas que habría de ocupar su lugar. Algunos tenían que esperar años.

En Tal Verrar no había ahorcamientos, decapitaciones ni ninguno de los combates entre criminales convictos y animales salvajes que eran populares en, prácticamente, todas las demás naciones. En Tal Verrar, quienes eran acusados de crímenes capitales desaparecían sin más, junto con la mayor parte de la basura de la ciudad, en la Sima de la Colina. Era un pozo cuadrado de trece metros de lado situado al norte de la Colina de las Almas. Sus paredes interiores, de cristal antiguo, se hundían en la más absoluta oscuridad sin dar ninguna pista de hasta dónde podían llegar. Los criminales empujados desde las planchas de ejecución caían por él gritando y suplicando. Pero, con mucho, el peor rumor que corría respecto a aquel lugar era el que afirmaba que aquellos a quienes se arrojaba a la Sima no morían… sino que seguían cayendo. Para siempre.

—¡Con fuerza a babor! —exclamó la chica desde la proa. Los remeros que estaban a la izquierda de Jean sacaron de un tirón los remos del agua, y los que se encontraban a su derecha les dieron con fuerza a los suyos, apartando la barca de la trayectoria de una galera de transporte, atestada de ganado asustado, que iba hacia ellos. Un hombre, agarrado a una de las barandillas de la galera, agitó un puño furioso en dirección a la barca que acababa de pasar a menos de tres metros por debajo de sus botas.

—¡Quítate la mierda de los ojos, chochito encanijado!

—¡Anda y vete a consolar a tu ganado, cabronazo picha floja!

—¡Zorra! ¡Zorra descarada! ¡Ponte al pairo y entonces verás si la tengo floja o no! Perdón, graciable señor.

Sentado en aquella silla que parecía un trono, ataviado con una levita de terciopelo, con tantos floripondios dorados que hubieran podido brillar bajo la débil luz de un día nublado, Jean parecía un hombre de alcurnia. Era muy importante para el de la galera asegurarse de que sus señales verbales eran recibidas adecuadamente, pues, mientras que los marinos eran aceptados en la vida diaria del puerto de Tal Verrar, la gente con dinero pensaba de sí misma que levitaba por encima del agua, completamente al margen de las embarcaciones y de la gente que las tripulaban. Jean agitó la mano con desdén.

—¡No necesito estar más cerca de ti para saber que la tienes floja, polla de grasa! —la chica hizo un gesto muy basto con ambas manos—. ¡Ya veo lo desconsoladas que tienes a tus jodidas vacas!

Y tras aquellas palabras, la barca quedó fuera del alcance de cualquier posible réplica verbal y mantuvo el rumbo, de suerte que la costa suroeste del Creciente de los Artífices fue creciendo poco a poco ante ella.

—Por todo eso —dijo Jean—, un volani de plata extra para todos los presentes.

Mientras la chica, que se había puesto muy contenta, y su entusiasta tripulación llevaban la barca con más vigor que antes hacia los muelles del Creciente de los Artífices, cierto tumulto que acontecía en el agua, a unos cien metros a la izquierda de su posición, captó la atención de Jean. Un carguero ligero con la bandera de una cofradía verrarí, desconocida por Jean, acababa de verse rodeado por una docena al menos de embarcaciones más pequeñas. Los hombres y mujeres de éstas intentaban trepar hasta el carguero, mientras su tripulación, inferior en número, procuraba apartarlos con remos y bombas de agua. Un bote lleno de policías se acercaba hacia ellos; como estaba bastante lejos, aún tardaría varios minutos en llegar.

—Y ahora, ¿qué es todo ese tumulto? —a voz en cuello, preguntaba Jean a la chica.

—¿Qué? ¿Dónde? Oh, eso. Es la Rebelión de las Plumas de Ave, pasa de vez en cuando.

—¿La Rebelión de las Plumas de Ave?

—La Cofradía de los Escribas. Ese carguero enarbola la bandera de la Cofradía de los Impresores. Debió de cargar alguna imprenta en el Creciente de los Artífices. ¿Ha visto alguna vez alguna imprenta?

—He oído hablar de ellas. De hecho, hace cinco meses.

—A los escribas no les gustan. Piensan que pueden hundirles el negocio. Por eso atacan a los impresores en cuanto cruzan la bahía. Ahora debe de haber seis o siete imprentas en el fondo. Y algunos cadáveres. Es un tumulto, un lío de los grandes, da pena. ¿Está de acuerdo conmigo?

—En efecto, lo estoy.

—Bueno, espero que jamás descubran nada que pueda reemplazar a un buen equipo de honestos remeros. Ahí está su muelle, señor, un poquito antes de la hora indicada, si le comprendí bien. ¿Quiere que le esperemos?

—Claro que sí —dijo Jean—. La gente servicial y divertida es difícil de encontrar. Espero que no me lleve más de una hora.

—Entonces a su servicio, maese de Ferra.

2

El Creciente no era patrimonio exclusivo del Gremio Mayor de los Artífices, aunque la mayoría de éstos lo hubieran elegido para vivir, pues sus salones y clubes privados asomaban prácticamente por todas las esquinas, por no hablar de que se les toleraba

la fea costumbre que tenían de dejar por cualquier sitio dispositivos incomprensibles y, en ocasiones, peligrosos.

Jean subió los empinados peldaños de la avenida de la *Cocatrix* de Latón, dejando atrás a los vendedores de velas, a los afiladores y a los venipasíferos (una especie de videntes que, sólo con mirar la forma que adoptaban las venas de las manos y antebrazos de cualquiera, podían leer todo lo que iba a sucederle). En el extremo superior de la avenida tuvo que hacer un requiebro para apartarse de una mujer, joven y muy delgada, que, cubierta con un sombrero de cuatro picos y un velo para el sol, paseaba una *valcona* sujeta con una traílla de cuero reforzado. Las *valcona* eran aves de presa que no volaban, más grandes que un perro de caza. Con sus alas atrofiadas plegadas a lo largo de su robusto cuerpo, la *valcona* concentraba toda su fuerza en las garras, que podían arrancar trozos de carne humana tan grandes como puños. Se vinculaban a una persona como si fueran bebés agradecidos y se sentían muy contentas matando a quien fuera.

—Pajarito asesino, precioso —musitó Jean—; vaya peligro que tienes para la vida y la integridad física. Chiquito, o chiquita, qué cosa tan bonita eres.

La criatura le lanzó un gorjeo de advertencia y echó a correr detrás de su dueña.

Sudando y resoplando, subió por más escaleras y, enfadado, anotó mentalmente que unas cuantas horas de ejercicios físicos no le irían mal a la tripa que estaba echando. Para Jerome de Ferra, el ejercicio sólo era un medio para levantarse de la cama y llegar hasta las mesas de juego, y recíprocamente. Ya estaba a quince, veinte, veinticinco metros… por encima del nivel del mar, en lo alto de la segunda, de la tercera terraza, de la cuarta y última de la isla, donde la excentricidad y el poder de los artífices se hallaban en su culmen.

Las tiendas y casas de la cuarta terraza del Creciente se surtían de agua mediante una red de acueductos muy complicada. Algunos de ellos habían sido los fundamentos de la era del Trono de Therin, mientras que otros no eran más que canalones de cuero apuntalados con maderos. Norias, molinos de viento, cachivaches, contrapesos y péndulos se movían por cualquier parte a donde Jean mirase. La distribución de las reservas de agua era el juego preferido por los artífices. La única regla válida era que nadie podía quedarse sin el agua que le había sido asignada. Cada pocos días aparecía algún ramal nuevo o una nueva bomba que robaban el agua de un ramal antiguo o de una bomba igual de vieja. Y pocos días después, otro artífice comenzaba a llevar agua a otro nuevo canal, con lo que la batalla volvía a comenzar. Las tormentas tropicales llenaban indefectiblemente las calles de ruedas dentadas, mecanismos y piezas de fontanería, y entonces los artífices reconstruían los canales por donde circulaba el agua con un aspecto el doble de raro que el que tenían antes.

La calle del Doblador de Cristal corría a todo lo largo de la terraza superior. Jean giró a la izquierda y avanzó deprisa por el suelo de adoquines. No tardó en percibir

los extraños olores que salían de las tiendas situadas delante de él; al otro lado de sus puertas, que mantenían abiertas, pudo ver cómo los artesanos hacían girar unas formas de color naranja muy brillante dispuestas en los extremos de unas pértigas. Una pequeña muchedumbre formada por los ayudantes de los alquimistas, que barrían la calle, se topó con él. Todos llevaban la capucha roja que indicaba su profesión, junto con las quemaduras alquímicas en manos y rostro que para ellos eran la enseña de su amor propio.

Tomó la avenida de los Limpiadores de Ruedas Dentadas, donde un pequeño grupo de trabajadores se sentaban delante de sus establecimientos, limpiando y puliendo piezas de metal. Algunos de ellos se encontraban bajo el escrutinio directo de unos artífices impacientes que refunfuñaban mientras les impartían directrices ineficaces y movían los pies con nerviosismo. Al llegar a la parte situada más al suroeste de la cuarta terraza, vio que se acababa el camino… a menos que quisiera recorrer los diez metros que llevaban a la casa de Azura Gallardine.

En el callejón donde moría la calle del Doblador de Cristal había varias tiendas dispuestas en arco, y el hueco que había entre ellas producía el mismo efecto que el diente que falta en una boca que sonríe. Sobresaliendo por detrás de aquel hueco se encontraba una columna de cristal antiguo, sujeta en la roca de la cuarta terraza por algún designio inescrutable que sólo los Antiguos pudieron conocer. La columna, con casi medio metro de diámetro y una longitud de trece, era plana en su extremo superior y, proyectándose como una lanza casi horizontal en medio del aire, sobresalía quince metros por encima de los tejados de las casas de una calle serpenteante que se encontraba en la tercera terraza.

La casa de Azura Gallardine estaba encima de aquella columna, como si fuera el nido de tres pisos que alguna ave hubiera construido en el extremo de la rama de un árbol. La Maestra Segunda del Gremio Mayor de los Artífices había descubierto la manera ideal de asegurar su intimidad… pues solamente aquellos que necesitaban tratar asuntos serios, o que necesitaban sinceramente sus habilidades, eran lo suficientemente locos para caminar por la columna que llevaba hasta la puerta de su casa.

Jean tragó saliva, se frotó las manos y murmuró una breve oración al Guardián Avieso antes de decidirse a acometer aquel objeto de cristal antiguo.

—No puede ser muy difícil —dijo para sí—. Suponía que sería peor. Sólo es un pequeño paseo. No hay que mirar abajo. Soy tan estable como un galeón a plena carga.

Con las manos hacia ambos costados para equilibrar su peso, Jean comenzó a andar por la columna. Era muy curioso ver cómo la brisa parecía tirar de él mientras avanzaba y cómo el cielo que estaba encima de él parecía hacerse más grande… Centró la mirada en la puerta que se encontraba ante él y (sin darse cuenta de ello)

dejó de respirar hasta que sus manos la tocaron con firmeza. Tomó una profunda bocanada de aire y se limpió el entrecejo, que se le había empapado con una cantidad considerable de sudor.

La casa de Azura Gallardine estaba sólidamente construida con bloques de piedra. Tenía un tejado muy puntiagudo en el que podía verse un molino de viento que chirriaba y un gran odre de cuero metido en un armazón de madera, que servía para recoger el agua de lluvia. La puerta estaba adornada con dibujos en relieve de aparatos y otros mecanismos de precisión; al lado de aquélla, una plancha de latón se metía en la piedra. Jean hizo fuerza sobre la plancha y escuchó el batintín que sonaba dentro de la casa. El humo de los fuegos de la cocina situada por debajo de él se enroscó a su alrededor mientras permanecía inmóvil esperando una respuesta.

Cuando estaba a punto de insistir con la plancha, la puerta se abrió con un crujido. Una mujer, bajita y con el ceño fruncido, apareció en el hueco de la puerta y se le quedó mirando fijamente. Jean pensó que debía de tener sesenta años escasos… su piel rojiza estaba tan arrugada como las costuras de un viejo vestido de cuero. Era bastante robusta, con una papada que le daba una ligera apariencia de rana y una cara mofletuda, como si algún escultor hubiera cubierto sus prominentes pómulos con masilla. La blanca cabellera la llevaba recogida muy bien con unos aros de latón y de hierro negro, dispuestos de manera alternante, y la mayor parte de la piel que dejaba ver en manos, antebrazos y cuello estaba cubierta con tatuajes muy elaborados, aunque ya un poco despintados.

Jean adelantó el pie izquierdo e hizo una reverencia con un ángulo de cuarenta y cinco grados, dejando caer la mano izquierda a lo largo del cuerpo y llevando la derecha hacia abajo del estómago. Estaba a punto de articular varias florituras verbales cuando la Maestra de Gremio Gallardine le agarró por el cuello y lo metió dentro de su casa.

—¡Ouh, señora, por favor! ¡Permítame que me presente!

—Está demasiado gordo y bien vestido para ser un aprendiz que busca patrón —replicó ella—, así que tiene que haber venido para pedir un favor; y cuando los de su calaña dicen: «Hola», se tiran hablando un buen rato, así que cierre el pico.

La casa olía a aceite, sudor, tierra suelta de las piedras y metal caliente. Su interior era un espacio hueco bastante alto, la acumulación de cosas más raras que Jean jamás hubiera visto. En las paredes de la derecha y de la izquierda había unas ventanas con arco del tamaño de un hombre, mientras que el resto de espacio libre sobre las mismas estaba ocupado por una especie de andamiaje que sostenía cien estantes de madera atestados de herramientas, materiales y cachivaches. En la parte superior del andamiaje, colocado encima de un suelo improvisado de tablones, y debajo de un par de lámparas alquímicas que colgaban del techo, Jean pudo ver un catre y un escritorio. Escalas y cuerdas de cuero colgaban por varias partes; libros,

rollos y botellas medio llenas, con el corcho puesto, ocupaban la mayor parte del suelo.

—Si he llegado en mal momento…

—Siempre es un mal momento, joven Maestro Intruso. Sólo un cliente con una petición interesante podría conseguir que dejara de serlo. ¿No será usted uno de ellos?

—Maestra de Gremio Gallardine, en todos los sitios donde he preguntado me han dicho que usted es la artífice más sutil, más consumada, más imitada de toda Tal Verrar…

—Deja de darme tanto jabón, muchacho —dijo aquella mujer mayor moviendo las manos—. Echa un vistazo a tu alrededor. Aparatos y palancas, pesos y cadenas. No necesitas untarlas con palabras bonitas para hacer que funcionen… ni a mí tampoco.

—Como usted quiera —dijo Jean, enderezándose y hurgando por dentro de su levita—. Pero no me siento a gusto conmigo mismo si no hago gala de cierta cortesía.

Extrajo del interior de la levita un pequeño paquete envuelto con un tejido plateado. Los cuatro extremos del envoltorio se juntaban gracias a un sello de cera dispuesto en el interior de un creciente de oro batido.

Todos los informantes de Jean le habían mencionado la única debilidad de Gallardine que la hacía humana: el gusto por los regalos, sólo comparable al displacer que sentía por las lisonjas y las interrupciones. Y aunque frunció el ceño, no pudo impedir que la sombra de una sonrisa se manifestara en su rostro mientras tomaba el paquete con sus tatuadas manos.

—Bien —dijo—, bien, todos debemos vivir con nuestros…

Rompió el sello y desgarró la tela plateada con la ansiedad de una niña pequeña. El envoltorio ocultaba una botella rectangular, cerrada con un tapón de latón, que contenía un líquido lechoso. Se relamió anticipadamente cuando leyó la etiqueta.

—¿Austershalin con ciruela blanca? —susurró—. Por los doce dioses. ¿De *qué* quiere hablarme?

Las mixturas de brandy eran una especialidad de Tal Verrar: los mejores brandys del mundo (en aquel caso, el sin par Austershalin de Emberlain) se mezclaban con un licor local producido a partir de raras frutas alquímicas (y ninguna lo era más que la ciruela blanca, bocado de dioses) y después eran embotellados y envejecidos para producir cordiales que podían dejar insensible la lengua por la riqueza de su sabor. La botella, que apenas servía para llenar el contenido de dos copas, valía los cuarenta y cinco solari que costaba.

—Unas cuantas personas enteradas —dijo Jean— me comentaron que usted sabría apreciar un modesto trago.

—Éste no parece muy modesto, maese…

—De Ferra, Jerome de Ferra a su servicio.

—Sino todo lo contrario, maese de Ferra. ¿Qué quiere que haga por usted?

—Bueno, si prefiere ir directamente al grano, creo que aún no puedo encargarle nada específico. Sólo tengo… preguntas.

—¿Respecto a qué?

—A bóvedas.

La Maestra de Gremio Gallardine acunó la botella como si se tratase de un niño y preguntó:

—¿Bóvedas, maese de Ferra? ¿Simples bóvedas de almacenaje con cerraduras convencionales o bóvedas de *seguridad* con sistemas mecánicos al efecto?

—Mis gustos, señora, tienden más a las segundas.

—¿Qué desea guardar en ellas?

—Nada —dijo Jean—. Más bien se trata de algo que no quiero que siga guardado.

—¿Se le ha cerrado la puerta de la bóveda? ¿Necesita que alguien le ayude a abrirla?

—Sí, señora. Sólo que…

—¿Qué?

Jean se lamió nuevamente los labios y añadió:

—He oído cierto tipo de rumores que afirman que usted podría hacer el tipo de trabajo que necesito.

Ella le miró fijamente, comprendiendo a dónde quería ir.

—¿Está diciendo que la bóveda que se le ha cerrado podría no ser, necesariamente, suya?

—Eh. No necesariamente mía.

Ella comenzó a pasearse por el interior de la casa, sorteando libros, botellas y artilugios mecánicos.

—La ley del Gremio Mayor —dijo al fin— prohíbe a cualquiera de nosotros inmiscuirse en el trabajo de otro, a menos que sea invitado a ello o se trate de un asunto de Estado. —Hizo otra pausa y añadió—: No obstante… está permitido dar consejos, examinar planos… para la mejora de nuestras artes, ya me comprende. Es una manera de prevenir que desaparezcamos, por decirlo de alguna manera.

—Los consejos son lo único que necesito —dijo Jean—. Ni siquiera me hace falta un cerrajero; sólo información para *dársela* a uno de ellos.

—Poca gente hay que pudiera dársela tan bien como yo. Pero, antes de discutir el asunto de la compensación, dígame… ¿Conoce a quien diseñó esa bóveda en la que ha puesto sus ojos?

—Lo conozco.

—¿Y se llama?

—Azura Gallardine.

La Maestra de Gremio retrocedió un paso, como si, de repente, una lengua bífida acabara de asomarse entre los labios de Jean.

—¿Ayudarle a hacer inefectivo mi propio trabajo? ¿Está usted loco?

—Había supuesto —dijo Jean— que la identidad del propietario de la bóveda no suscitaría, especialmente, sus simpatías.

—¿Quién es, y dónde está?

—Es Requin. Y se encuentra en la Aguja del Pecado.

—¡Por los doce dioses, usted *está* loco! —Gallardine echó una mirada furtiva por la habitación, como si estuviera buscando algún espía, antes de proseguir—. La verdad es que *no suscita* mis mejores simpatías. Más bien, ¡la simpatía que siento por mí misma!

—Tengo unos bolsillos bien repletos. Estoy seguro de que una buena suma de dinero atenuaría sus escrúpulos.

—No hay suma lo suficientemente grande en este mundo que pueda convencerme para hacer lo que me pide. Su acento, maese de Ferra…, creo que lo he localizado. ¿Es de Talisham, verdad?

—Sí.

—Y Requin… ¿Usted le ha estudiado a él, no?

—Concienzudamente, por supuesto.

—No diga disparates. Si le hubiera estudiado a conciencia, no estaría aquí. Pobre chico inocente de Talisham, permítame que le cuente una cosita sobre Requin. ¿Conoce a esa mujer que tiene consigo, Selendri? La del brazo mecánico…

—He oído que no permite que se le acerque nadie.

—¿Eso es todo lo que sabe de ella?

—Ah, más o menos.

—Hasta hace varios años —dijo Gallardine—, Requin tenía la costumbre de celebrar el Día de los Cambios una grandiosa fiesta de disfraces en la Aguja del Pecado. Una fiesta loca, con ropajes de a mil solari, y los suyos eran siempre los más fastuosos. Bueno, pues cierto año, él y esa hermosa joven decidieron intercambiarse las ropas y las máscaras. Una broma.

»Un asesino —siguió diciendo— había espolvoreado en el interior del traje de Requin algo diabólico. Alquimia de la más negra, una especie de *aqua regia* para la carne humana. Pero sólo era polvo… que necesitaba sudor y cordialidad para cobrar vida. Y aquella mujer lo llevó puesto encima durante media hora. Y cuando comenzó a sudar y a disfrutar, entonces comenzaron sus *alaridos*.

»Yo no estuve presente. Pero entre aquella gente había varios artífices a los que conocía; ellos me dijeron que estuvo gritando hasta que la voz se le quebró. Incluso cuando apenas una especie de silbido se escapaba por su garganta, siguió gritando.

Sólo habían espolvoreado con aquella materia la mitad del traje… un detalle perverso. Su piel burbujeó como si fuera pez hirviente. Su carne hirvió, maese de Ferra. Nadie tuvo el valor de tocarla, excepto Requin. La despojó del traje, pidió agua, la curó febrilmente como mejor pudo. Le limpió la carne que le ardía con su propia casaca, con trozos de ropa, con las manos desnudas. Sufrió unas quemaduras tan atroces que aún hoy sigue llevando guantes para ocultar las cicatrices.

—Sorprendente —dijo Jean.

—Le salvó la vida —dijo Gallardine—, lo poco que quedaba de ella. Seguramente le habrá visto el rostro. Un ojo marchito, como una uva arrojada a una hoguera. Los dedos como ramas quemadas, la mano como una desolación agostada. Pero ahí no quedó todo. Tuvieron que cortarle un *pecho*, maese de Ferra. Le aseguro que no tiene ni idea de lo que eso significa… incluso ahora sería demasiado para mí, y eso que han pasado muchos años desde que tuve el último pensamiento galante.

»En cuanto la metió en la cama, Requin habló con todas sus bandas, todos sus ladrones, todos sus contactos, todos sus amigos de entre los ricos y poderosos. Ofreció mil solari, sin hacer ningún tipo de preguntas, a quien le revelara la identidad del envenenador. Pero aquel particular asesino daba un poco de miedo y, por otra parte, Requin no era tan respetado entonces como lo es ahora. No recibió ninguna respuesta. A la noche siguiente, ofreció cinco mil solari con las mismas condiciones, y siguió sin recibir respuesta alguna. A la noche siguiente, repitió la oferta por diez mil solari, pero infructuosamente. A la cuarta noche ofreció veinte mil… pero nadie le dijo nada.

»Los asesinatos comenzaron a la noche siguiente. Al azar. Entre los ladrones. Entre los alquimistas, entre los miembros del *Priori*. Entre todos aquellos que podían tener acceso a informaciones fiables. Un asesinato cada noche, en silencio, de un modo absolutamente profesional. A cada una de las víctimas le habían arrancado la piel de la mitad izquierda de su cuerpo con un cuchillo. Como recuerdo.

»Y cuando sus ladrones, sus tahúres y sus socios le pidieron que parase, él les dijo: “Encontrad al asesino y pararé”. Y ellos suplicaron e indagaron, pero no pudieron encontrar nada. Así que él comenzó a matar dos personas cada noche. Comenzó a matar a esposas, maridos, niños y a amigos. Cuando una de sus bandas se rebeló, todos sus miembros fueron hallados muertos al día siguiente. Todos, sin excepción. Todos los intentos de acabar con él fracasaron. Apretó a sus bandas con mano férrea y se deshizo de los mojigatos. Mató, mató y mató hasta que toda la ciudad comenzó a buscar frenéticamente debajo de las piedras y detrás de cada puerta al asesino. Hasta que nada fue peor que defraudarle. Finalmente, llevaron ante él a un hombre que satisfizo sus preguntas.

»Requin —Gallardine emitió un largo sollozo apagado— metió a aquel hombre dentro de un molde de madera que se ajustaba a la mitad izquierda de su cuerpo.

Luego la llenaron con cemento alquímico; cuando éste fraguó, vaciaron el molde. A aquel hombre lo introdujeron en una pared, o mejor su mitad izquierda, de pies a cabeza. Y allí, emparedado en la bóveda de Requin, se quedó aguardando la muerte. Cada día, Requin iba a verlo en persona y le echaba agua por la garganta. Sus miembros aprisionados, que tanto le dolían, se ulceraron y pudrieron. Murió lentamente por el hambre y la gangrena, presa de la tortura física más indeciblemente repugnante de la que yo haya oído hablar durante mis largos años de vida.

»Así que me perdonará —dijo ella, tomando a Jean gentilmente del brazo y conduciéndolo hasta la ventana de la izquierda— si deseo permanecer fiel a mi cliente, Requin, hasta que la Dama Más Afable libere mi alma de este saco de huesos.

—Pero casi puedo asegurarle que él no llegaría a enterarse.

—Casi, maese de Ferra, pero lo cierto es que yo nunca me pondría en la tesitura de que pudiera enterarse. Jamás.

—Pero, quizá, una pequeña consideración…

—¿Ha oído, maese de Ferra —le interrumpió Gallardine— lo que les sucede a quienes descubre haciendo trampas en su torre? Les corta las manos, las guarda, arroja sus cadáveres a un patio de piedra y luego llama a sus familias o a sus socios para que se lleven los restos. ¿Y qué le sucedió al último que comenzó una riña en la Aguja del Pecado y derramó sangre? Pues que Requin le ató a una mesa y luego mandó a un matasanos que le quitara las rótulas; después le echó en las heridas hormigas rojas. Y luego le ataron las rótulas a las piernas con bramante. Aquel hombre le *rogó* que le cortara la garganta. Pero su petición fue desestimada.

»Requin es un poder en sí mismo. El Arconte no puede tocarle por miedo a agravar sus relaciones con el *Priori*, y al *Priori* le resulta demasiado provechoso para atacarle. Desde que Selendri estuvo a punto de morir, se convirtió en un artista de la crueldad como jamás vio esta ciudad. No hay *en la tierra recompensa alguna* por la que merezca la pena provocar a ese hombre.

—Considero seriamente todo lo que me ha contado, señora; pero ¿no podríamos minimizar su implicación? ¿Un esquema básico de los mecanismos de la bóveda, un repaso general a los mismos? ¿Algo que no la comprometiese directamente?

—Creo que no me ha estado escuchando con atención —denegó con la cabeza y señaló la ventana izquierda de su casa—. Permítame que le haga una pregunta, maese de Ferra. ¿Puede ver Tal Verrar al otro lado de esta ventana?

Jean se acercó a la ventana y miró por el cristal. La vista daba al sur, por encima de la parte más occidental del Creciente de los Artífices, al otro lado del fondeadero y de las relucientes aguas blanco-plateadas de la dársena de la Espada, donde, protegida por murallas y catapultas, fondeaba la armada del Arconte.

—Es… una vista muy bonita —comentó.

—¿Verdad? Y ahora debe considerar mi decisión final en este asunto. ¿Conoce

algo de contrapesos?

—No puedo decir que…

En aquel momento, la Maestra de Gremio tiró de uno de los cordones de cuero que pendían del techo.

Jean comprendió que el suelo se abría bajo sus pies cuando la vista de Tal Verrar se desplazó súbitamente hacia el techo; sus sentidos se lo ratificaron al momento, quedando anulados durante una fracción de segundo, el tiempo suficiente para que su estómago tuviera la confirmación, por la vía de la náusea, de que lo que se movía no era, precisamente, aquella *vista*.

Se precipitó por el suelo de la casa y chocó contra una pesada plataforma cuadrada, suspendida justo debajo de la casa de Gallardine por unas cadenas de hierro que colgaban de sus cuatro esquinas. Lo primero que pensó fue que debía tratarse de alguna especie de montacargas… y, entonces, éste comenzó a caer a plomo hacia la calle, situada a trece metros más abajo.

Las cadenas rechinaron y la súbita brisa le acarició; cayó boca abajo y se agarró a la plataforma con tanta fuerza, por el miedo, que sus nudillos se quedaron blancos. Tejados, carretas y adoquines del suelo se precipitaron hacia él mientras se disponía a acusar el fuerte dolor del impacto… pero éste no llegó. La plataforma bajaba con una lentitud pasmosa… la certeza de una muerte segura dio paso a la posibilidad de una contusión y, acto seguido, a la simple vergüenza. El descenso se terminó a un metro escaso del suelo de la calle cuando las cadenas que estaban a la izquierda de Locke quedaron tensas y las que se encontraban a su derecha pendieron más flojas. La plataforma se ladeó con una sacudida y le tiró encima de un montón de piedras.

Se enderezó y, agradecido, tomó una bocanada de aire; la calle giraba lentamente a su alrededor. Levantó la mirada y vio que la plataforma subía rápidamente hasta su anterior posición. Una fracción de segundo antes de que volviera a alojarse en el marco que se encontraba por debajo de la casa de Gallardine, algo pequeño y brillante abandonó la trampilla que estaba más arriba. Jean intentó apartarse de un salto y cubrirse la cara antes de que el licor y los cascotes de la botella de mixtura de brandy, que acababa de estallar, se dispersaran a su alrededor.

Se quitó de los cabellos unos cuantos solari de Austershalin con ciruela blanca y se levantó tambaleante, los ojos muy abiertos y maldiciendo.

—Que pase una buena tarde, señor. Pero espere, no me lo diga. Déjeme adivinar. La Maestra de Gremio no aceptó la proposición, ¿cierto?

A su derecha, a menos de dos metros de distancia, el aturdido Jean contemplaba ensimismado la sonrisa de un vendedor de cerveza que se apoyaba en la pared de un edificio de dos plantas, cerrado y sin rótulo alguno. El hombre, un espantajo curtido, se cubría con un sombrero de cuero de ala ancha, tan viejo y tan dado de sí que casi llegaba hasta sus huesudos hombros. Tamborileó con los dedos de una mano encima

del gran barril que transportaba; de los extremos de unas cuantas cadenas sujetas a él pendían otras tantas jarras de madera.

—Hum, algo así —dijo Jean. Una de las hachas cayó de su casaca y chocó con ruido metálico en los guijarros. Con el rostro colorado, se agachó, la recogió y la ocultó de nuevo.

—Señor, podría decirme que practico el autoservicio, y yo sería el primero en darle la razón; pero tiene toda la pinta de una persona que necesita un trago. Un trago que no le lance contra las piedras y que no le rompa la cabeza, sí señor.

—¿Usted cree? ¿Qué tiene?

—Escalo, señor. Supongo que ya habrá oído hablar de ella; es una especialidad verrarí, y si usted la ha probado en Talisham, entonces no la ha probado realmente. Y no es que tenga nada contra la gente de Talisham, pues, fíjese, allí tengo familia.

El escalo era una cerveza negra muy espesa a la que se añadían unas cuantas gotas de aceite de almendras. Su vigor era comparable al de muchos vinos. Jean asintió:

—Una jarra, por favor.

El cervecero abrió la tapa de su barril y llenó una de las jarras encadenadas con un líquido que parecía casi negro. Se la pasó a Jean con una mano mientras se tiraba del sombrero con la otra.

—Sepa que suele hacerlo varias veces por semana.

Jean bebió un largo trago de aquella cerveza caliente y dejó que su sabor espumoso y almendrado le recorriera el gaznate.

—¿Varias veces por semana?

—Con algunas de las personas que la visitan es tan impaciente como una cría. No suele terminar la conversación con los usuales cumplidos. Pero creo que usted ya lo sabe.

—Mmm-hmmm. Esta metralla es bastante tolerable.

—Muchísimas gracias, señor. Una centira la jarra… gracias, muchísimas gracias. Hago buenos negocios con la gente que cae de la casa de la Maestra de Gremio Gallardine. Suelo apostarme en este sitio por si llueve algún que otro cliente. Lamento de veras que la entrevista que mantuvo con ella no le resultara satisfactoria.

—¿Satisfactoria? Bueno, pudo haberse librado de mí mucho antes, pero creo que yo tuve la culpa —Jean se echó al coleto la cerveza que le quedaba, se pasó una manga por la boca y devolvió la jarra—. Lo cierto es que acabo de sembrar una semilla para más adelante, eso es todo.

Capítulo 4

Alianzas a ciegas

1

—Por favor, maese Kosta, sea razonable. ¿Por qué iba a ocultarles algo? ¿No cree que mi bolsillo engordaría con cualquier tratamiento que les sugiriese?

Therese la Pálida, consultora en venenos, disponía de un saloncito bastante confortable a la hora de tratar ciertos asuntos confidenciales con sus clientes. Locke y Jean se sentaban con las piernas cruzadas encima de unos cojines muy cómodos y grandes, teniendo en las manos (pero no bebiendo de ellos) sendos pocillos de porcelana llenos con el espeso café de Jeresh. Therese la Pálida, una vadraní con ojos de hielo, muy seria y que rondaba la treintena, agitó sus cabellos de color lino (poseían el mismo color que las velas nuevas) contra el cuello de su casaca de terciopelo azul al cruzar la habitación y dirigirse a donde estaban sus invitados. Su guardaespaldas, una verrarí muy bien vestida, armada con un estoque de cazoleta labrada y una maza de madera laqueada que le colgaba del cinturón, se apoyaba en la pared que estaba al lado de la única puerta de la habitación, en silencio y sin bajar la guardia.

—Por supuesto —dijo Locke—. Le pido perdón, señora, por encontrarme un tanto incómodo. Espero que comprenda *nuestra* situación… *posiblemente* envenenados, pero sin estar completamente seguros y teniendo que descubrir por nuestra cuenta el antídoto.

—Sí, maese Kosta. Es evidente que se encuentran en una tesitura que preocuparía a cualquiera.

—Es la segunda vez que me envenenan por motivos coercitivos. Tuve la fortuna de salir bien librado la primera vez.

—La compasión es una manera tan efectiva de que alguien se apiade de uno… ¿no cree?

—No tiene por qué mostrarse tan satisfecha, señora.

—Oh, vamos, maese Kosta. No piense que me es indiferente —Therese la Pálida levantó la mano derecha, mostrando una colección de sortijas y de cicatrices alquímicas, y entonces Locke comprobó que le faltaba el dedo anular—. Un accidente por descuido, cuando era aprendiz y trabajaba con algo muy peligroso. Tuve diez segundos para elegir… entre mi dedo y mi vida. Afortunadamente, tenía

cerca un cuchillo muy grande. Caballeros, sé a lo que saben los frutos de mi arte. Sé lo que es sentirse enfermo, ansioso y desesperado cuando uno se encuentra a la espera de lo que pueda suceder.

—Es evidente —terció Jean—. Disculpe a mi compañero. Lo cierto es que… el virtuosismo de nuestro supuesto envenenamiento nos hizo suponer que podríamos encontrar una solución igualmente portentosa.

—Nuestra regla más importante afirma que es siempre más fácil envenenar que curar —Therese se frotó sin darse cuenta el muñón del dedo que le faltaba, un gesto que debía de ser un antiguo tic al que se había acostumbrado—. Los antídotos son cosas delicadas; en muchas ocasiones son venenos por sí mismos. No existe ninguna panacea, ningún curalotodo, ninguna poción restauradora capaz de eliminar los efectos de todos los venenos que conozco. Y, dado que no saben quién preparó la sustancia que describen, antes les cortaría el cuello que arriesgarme a aplicarles cualquier tratamiento con antídotos. Podría prolongar su miseria e, incluso, potenciar el efecto de la sustancia que ya tienen dentro.

Jean apoyó la barbilla en una mano y recorrió el saloncito con la mirada. Therese había adornado una de sus paredes con un altar del gordo y astuto Gandolo, Señor de la Moneda y del Comercio, padre celestial de las transacciones monetarias. En la pared de enfrente se encontraba otro de la velada Aza Guilla, Señora del Largo Silencio, diosa de la muerte.

—Pero antes nos dijo que existen sustancias de efecto latente, como la que se supone que hemos ingerido. ¿No podríamos reducir el campo de los posibles tratamientos?

—Es cierto que existen esas sustancias. La esencia de la rosa del crepúsculo duerme en el cuerpo durante varios meses y amortece los nervios si el sujeto no toma regularmente su antídoto. El blanco marchito roba la esencia nutriente de los alimentos y de las bebidas; la víctima puede comer y beber hasta hartarse y seguir muriéndose. El polvo de la *anuella* hace que la víctima sangre durante semanas después de haberlo inhalado… ¿aún no comprende el problema al que nos enfrentamos? Tres venenos persistentes, tres maneras diferentes de causar daño. Un antídoto para, digamos, un veneno de la sangre podría matarlos si el veneno que ingirieron actuase sobre otro medio diferente.

—Diablos —dijo Locke—. Entonces, de acuerdo. Me siento como un tonto por plantear esto, pero… Jerome dijo que aún nos quedaba una opción…

—Los bezoares —dijo Jean—. Leí muchísimo sobre ellos cuando era un niño.

—Por desgracia, los bezoares son un mito —Therese cruzó las manos por delante de su cuerpo y suspiró—. Sólo es un cuento de hadas, como los Diez Chaqueteros Honrados, la Espada Devoracorazones, el Cuerno-Clarín de Therim Pel y otros disparates maravillosos. Seguro que he leído los mismos libros que usted, maese de

Ferra. Lo siento. Para poder extraer una piedra mágica del estómago de un dragón, antes hay que encontrar un dragón vivo en algún sitio, ¿no le parece?

—Creo que apenas deben de quedar existencias.

—Si lo que busca es tan fantástico como caro —dijo Therese—, aún podría sugerirle otra cosa.

—Lo que sea… —dijo Locke.

—Los magos mercenarios de Karthain. Gracias a los informes dignos de crédito que poseo, los cuales son muchos, puedo asegurarles que disponen de los medios necesarios para contrarrestar los venenos que nosotros, los alquimistas, no sabemos cómo tratar. Pero, claro, sólo los aplican en aquellos que pueden permitirse sus minutas.

—… menos eso —terminó Locke, casi con un murmullo.

—Bien —dijo Therese con cierta resignación—. Aunque devolverles a la calle sin ninguna solución no beneficia a mi bolsa ni a mi conciencia, me temo que no puedo hacer nada más, dada la poca información que me han proporcionado. ¿Están absolutamente seguros de que el envenenamiento es reciente?

—Quien nos… atormenta nos envenenó precisamente anoche.

—Entonces poco consuelo puedo darles. Sigan siéndole útiles a ese individuo, y entonces estarán tranquilos durante semanas o meses. Para entonces es posible que algún vuelco de la fortuna consiga proporcionarles más información al respecto. Vigilen y estén alertas por si dan con alguna nueva pista. Vuelvan con información más fiable, y yo le diré a mi gente que los reciban a cualquier hora, de día o de noche, para ver qué puedo hacer.

—Es muy generoso por su parte, señora —dijo Locke.

—¡Pobres caballeros! Dedicaré mis mejores plegarias a su buena fortuna. Sé que vivirán durante algún tiempo con un gran peso encima… si no dan con la solución, siempre podré ofrecerles los *demás* servicios. Como suele decirse, darle la vuelta a las cosas es un bonito juego.

—Usted da la talla de las mujeres de negocios que nos gustan —dijo Jean, poniéndose en pie. Dejó el pocillo de café y depositó a su lado un solari de oro—. Apreciamos su tiempo y su hospitalidad.

—No tiene importancia, maese de Ferra. Entonces, ¿ya quieren irse?

Locke se levantó y se ajustó su larga casaca. Él y Jean asintieron al unísono.

—Muy bien. Valista les acompañará hasta la salida. Disculpen que tenga que vendarles los ojos, pero… ciertas precauciones son tan convenientes para ustedes como para mí.

La localización del saloncito de Therese la Pálida era un secreto. Sólo se sabía que era uno más de los cientos de negocios, cafeterías, tabernas y casas, todos ellos respetables, que se agolpaban en esa especie de conejera de madera que venían a ser

las Galerías Esmeralda, donde las luces del sol y de la luna, al filtrarse por las cúpulas de cristal antiguo que se intersecaban como si fueran hongos apiñados unos encima de otros, suscitaban un color verdemar. Los guardias de Therese conducían a sus clientes potenciales por largos pasadizos, pero no sin antes vendarles los ojos. La joven armada les aguardaba al lado de la puerta con un par de vendas en la mano.

—Lo comprendemos perfectamente —dijo Locke—. Y no se preocupe. Nos estamos acostumbrando poco a poco a confiar en nuestra nariz para orientarnos en la oscuridad.

2

Durante las dos noches que siguieron a aquella visita, Locke y Jean estuvieron remoloneando por la Savrola, sin perder de vista sus tejados y callejones; pero ni los magos mercenarios ni los agentes del Arconte se acercaron hasta ellos, ni tampoco se dieron a conocer educadamente. *Estaban* siendo seguidos y observados por varios grupos de hombres y mujeres, eso era obvio. Según Locke, era gente de Requin, a la que habían dado las instrucciones necesarias para que les pisaran los talones.

La tercera noche decidieron que podían volver por toda la cara a la Aguja del Pecado. Engalanados ambos con finos ropajes que costaban varios cientos de solari, caminaron a lo largo de la alfombra de terciopelo rojo y dejaron varios volani de plata en las manos de los guardias de la puerta, mientras que una numerosa muchedumbre de don nadies bien vestidos los rodeaban en espera de algún destello de reconocimiento social.

El ojo bien entrenado de Locke descubrió entre ellos a gente que desentonaba: hombres y mujeres con la dentadura hecha un desastre, rostros más demacrados y ojos más cansados que los que predominaban en aquella muchedumbre, vestidos con trajes de tarde que no parecían precisamente salidos de un sastre, o llevando los complementos o los colores equivocados. La Buena Gente de Requin, a la que éste debía de haber invitado a pasar una noche en la Aguja del Pecado como premio a algún trabajo bien hecho. Era evidente que, aunque se les hubiera permitido estar allí todo el tiempo que quisieran, no podrían subir hasta la segunda planta. Su presencia sólo era un componente más de la mística de la torre: la posibilidad de que los grandes y los buenos se mezclaran con los sucios y los peligrosos.

—Maeses Kosta y De Ferra, bienvenidos de nuevo.

Cuando aquellas puertas tan grandes se abrieron hacia Locke y Jean, una ola de ruido, calor y olores les inundó en medio de la noche: la familiar exhalación de la decadencia.

La primera planta estaba simplemente llena, pero la segunda era un mar de carne y de ropas caras que ondeaba de una pared a otra. Y puesto que el gentío comenzaba

en las mismísimas escaleras, Locke y Jean tuvieron que servirse de los codos y de las intimidaciones para poder avanzar entre aquel caos.

—En el nombre de Perelandro, ¿qué pasa? —preguntó Jean a un hombre que le apechugaba. El hombre se volvió y masculló, muy excitado:

—¡Un espectáculo de jaulas!

En el centro de la segunda planta había una jaula de bronce colgada del techo, la cual, al ser bajada hasta el suelo y alojarse en las aberturas dispuestas en el mismo, creaba una robusta estructura cúbica de siete metros de lado. Aquella noche, la jaula estaba también cubierta con una finísima malla… No, Locke se corrigió a sí mismo, dos finísimas mallas, una por dentro y otra por fuera. La afortunada minoría formada por los socios de la Aguja miraba desde arriba de unas mesas bastante altas, dispuestas a lo largo de las paredes; los demás, que eran más de cien, lo hacían a pie y desde el suelo.

Locke y Jean se abrieron camino entre la muchedumbre en sentido contrario a las agujas del reloj, intentando acercarse lo suficiente para descubrir en qué consistía aquel espectáculo. Los excitados murmullos los rodeaban, muestra de un frenesí mucho mayor que el que Locke jamás había observado entre aquellas cuatro paredes. Pero cuando Jean y él se acercaron a la jaula, comprendieron súbitamente que no todo aquel ruido se debía a tanta gente.

Algo del tamaño de un gorrión batía las alas contra la malla y zumbaba con ira. Aquel sonido de rasgueo hizo que un escalofrío de miedo irracional recorriera la columna vertebral de Locke.

—Es una maldita avispa-estilete —musitó dirigiéndose a Jean, que asintió enérgicamente.

Locke jamás había tenido la desgracia de encontrarse personalmente ante uno de aquellos insectos. Eran el azote de varias islas tropicales de gran tamaño situadas a bastantes miles de kilómetros hacia el este, más allá de Jerem, de Jeresh y de las tierras cartografiadas en la mayor parte de los mapas de Therin. Años atrás, en uno de sus libros de filosofía natural, Jean había descubierto una reseña espeluznante de aquellas criaturas, la cual había leído en voz alta a sus compañeros, los Caballeros Bastardos, quitándoles el sueño durante varias noches.

Recibían el nombre de avispas-estilete por las descripciones que habían dado de ellas las escasas personas que habían sobrevivido a sus ataques. Eran tan grandes como pajarillos, de un color rojo brillante, y su abdomen, en el que se alojaba el aguijón, era tan grueso como el dedo medio de un hombre. La posesión de una avispa-estilete reina era castigada con la muerte en todas las ciudades-estado de Therin, por miedo a que aquellas cosas llegaran a asentarse en su territorio. Se decía que sus colmenas eran tan grandes como casas.

Dentro de la jaula, un hombre joven daba vueltas de un lado para otro sin más

protección que una camisa de seda, unas calzas de algodón y unas botas cortas. Los guanteletes de cuero grueso que llevaba eran sus únicas armas ofensivas y defensivas; se sujetaban a unos brazales que le rodeaban los antebrazos. Era evidente que, con aquel tipo de guantes, cualquier persona tenía la posibilidad de golpear o de aplastar a una avispa-estilete… siempre, claro está, que poseyera la suficiente rapidez y seguridad en sí misma.

Encima de una mesa situada en uno de los lados de la jaula había un pesado armario de madera cuya parte frontal tenía varias docenas de celdillas recubiertas de malla, algunas de las cuales habían sido abiertas. A juzgar por el ruido, las demás estaban atestadas de avispas-estilete muy enfadadas, que sólo esperaban el momento de conseguir la libertad.

—¡Maese Kosta! ¡Maese de Ferra!

Aunque aquel grito se impuso al ruido que hacía la muchedumbre, ésta era tan densa que no consiguieron descubrir de dónde venía. Locke tuvo que mirar varias veces hasta descubrirlo… Maracosa Durenna, que agitaba la mano desde lo alto de una de las mesas dispuestas junto a una de las paredes.

Había echado hacia atrás su cabellera negra para hacer con ella una especie de cola con forma de abanico, realzada por una resplandeciente joya de plata, y fumaba una pipa plateada de forma curva que era tan larga como sus brazos. Unas pulseras de hierro blanco y de jade se deslizaron unas hacia otras cuando agitó la mano para que Locke y Jean pudieran verla entre tanta gente. Aunque ambos enarcaron las cejas al mirarse, se abrieron camino hacia ella y no tardaron en llegar a su mesa.

—¿Dónde han estado estas últimas noches? Izmila estuvo indispuesta, pero yo vine a este sitio pensando en otros juegos.

—Nuestras excusas, señora Durenna —dijo Jean—, pero unas cuestiones de negocios nos retuvieron en otro lugar. En ocasiones consultamos otras fuentes independientes… cuando se trata de clientes muy exigentes.

—Fue un breve viaje por mar —añadió Locke.

—Unos negocios que tenían que ver con el futuro de la sidra de pera —dijo Jean.

—Estábamos muy bien recomendados por los socios que habíamos tenido antes —dijo Locke.

—¿El futuro de la sidra de pera? Su profesión debe de ser tan romántica como peligrosa. Y, díganme, ¿son tan buenos estudiando perspectivas de futuro como jugando al Carrusel del Riesgo?

—Razonablemente buenos, pues, de lo contrario, careceríamos de los fondos suficientes para jugar al Carrusel.

—Entonces, bien, ¿qué tal una demostración? La jaula del duelo. ¿Cuál de ambos participantes creen que tiene mejores perspectivas de futuro?

Dentro de la jaula, la avispa-estilete que estaba libre se lanzó hacia el joven, que

la atrapó, aplastándola con una de sus botas y suscitando un sonido perfectamente audible de jugos liberados.

—Por lo que parece —dijo Locke—, ya es demasiado tarde para opinar. ¿Aún sigue el espectáculo?

—El espectáculo sólo acaba de comenzar, maese Kosta. Esa colmena tiene ciento veinte celdillas. Un mecanismo de relojería abre sus puertas al azar. Puede soltarlas de una en una o de seis en seis. ¿Impresionante, no? Ese hombre no podrá salir de la jaula a menos que tenga ciento veinte avispas muertas a sus pies o… —recalcó aquellas palabras con una profunda inhalación del humo de su pipa y enarcando las cejas—. Creo que ya ha acabado con ocho —añadió.

—Ah —dijo Locke—. Pues… si tengo que elegir, me inclinaría por el muchacho. Llámeme optimista.

—Lo haré —dejó que dos largas columnas de humo cayeran de su nariz como si fueran otras tantas cataratas de color gris pálido y sonrió—. Yo me quedaré con las avispas. ¿Qué tal si lo convertimos en una apuesta? ¿Doscientos solari por mi parte y cien por cada uno de ustedes?

—Las apuestas pequeñas me gustan tanto como al hombre que me acompaña, pero hay que preguntárselo también a él… ¿Jerome?

—Si eso le hace feliz, señora, nuestras bolsas estarán a sus órdenes.

—Vaya pareja de mentirosos tan graciosos que están hechos —ella hizo una seña a uno de los empleados de Requin, y los tres pidieron fichas a cuenta de sus respectivos créditos, recibiendo a cambio cuatro palitos de madera; cada uno de ellos tenía grabados encima diez círculos. El empleado escribió sus nombres en una tablilla y se fue; la hora de las apuestas no había hecho más que comenzar en aquella sala.

Dos nuevos insectos enfadados abandonaban su prisión y echaban a volar hacia el joven encerrado en la jaula.

—¿Les he mencionado que la muerte de las avispas parece aumentar el frenesí de las que se encuentran cerca de ellas? A medida que el juego avanza, los contrarios de ese joven están más irritados —comentó Durenna mientras ponía sus dos fichas encima de la mesa.

Las nuevas avispas que acababan de quedar libres parecían muy enfadadas; el muchacho ejecutaba una danza frenética para tenerlas alejadas de su espalda y sus costados.

—Fascinante —dijo Jean, añadiendo al amaneramiento de que siempre hacía gala, puesto de manifiesto por el gesto de grulla con el que acababa de estirar el cuello para ver mejor el duelo, una serie de gestos con las manos que resultaron reveladores. Aunque las señas muy limitadas que ambos se hacían apenas permitían la creatividad, Locke captó su significado:

¿Realmente tenemos que estar viendo todo esto con ella?

Estaba a punto de contestarle cuando un peso que le resultaba familiar se insinuó sobre su hombro izquierdo.

—Maese Kosta —dijo Selendri antes de que Locke hubiera terminado de volverse —, uno de los miembros del *Priori* desea hablar con usted en la sexta planta. Un asunto sin importancia. Algo que tiene que ver con… hacer trampas con las cartas. Dice que usted comprenderá a qué se refiere.

—Señora —dijo Locke—, tendré mucho gusto en ir a verle. ¿Es tan amable de decirle que iré enseguida?

—Mejor me quedo con usted para acompañarle —dijo ella con una media sonrisa que no consiguió evitar la impresión de devastación que ofrecía su rostro— y hacer que su avance sea más rápido.

Locke sonrió como si aquello fuera lo que estaba deseando y se volvió hacia la señora Durenna, abriendo las manos.

—*Se mueve* en unos círculos interesantes, maese Kosta. Pero, apresúrese, Jerome se hará cargo de su apuesta mientras comparte un trago conmigo.

—Un placer inesperado, señora Durenna —dijo Jean, mientras llamaba a un empleado para pedirle la bebida.

Selendri no perdió el tiempo, pues dio media vuelta y avanzó hacia la muchedumbre en busca de las escaleras que estaban en la pared de enfrente de aquella habitación circular. Se movía deprisa, con la mano de carne cogida con la mano mecánica, ambas extendidas hacia delante como si ofrecieran algo, logrando que la muchedumbre se apartara de ella de una manera casi milagrosa. Locke le seguía rápidamente la pista, saliendo de entre la muchedumbre en el preciso momento en que ésta se cerraba sobre él, como si los invitados fueran alguna colonia de criaturas huidizas a las que alguien hubiera apartado por un instante de sus quehaceres domésticos. Las copas chocaban entre sí, las capas deshilachadas de humo giraban por el aire y las avispas zumbaban.

Escaleras arriba hasta la tercera planta; las masas bien vestidas que se apartan ante la mujer que es el mayordomo de Requin. En la parte sur de aquella planta se encontraba un área de servicio, repleta de empleados que se afanaban delante de unos anaqueles llenos de botellas de licor. En la parte trasera de la habitación de servicio había una estrecha puerta de madera que tenía un nicho al lado. Selendri deslizó su mano artificial en aquel nicho y la puerta se abrió con un crujido, mostrando un espacio oscuro que apenas era más ancho que un ataúd. Entró en él, apoyó la espalda en la pared del recinto e hizo una señal a Locke para que entrara.

—El ascensor —dijo ella—, más cómodo que subir por las escaleras y tener que aguantar a la multitud.

Era un lugar muy estrecho; Jean hubiera sido incapaz de compartir aquel espacio con ella. Tal y como estaba, Locke se apretujaba contra su costado izquierdo,

sintiendo el considerable peso de su mano de bronce encima de su hombro. Selendri alargó su otro brazo por encima de él y cerró el ascensor. Estaban confinados en una oscuridad tibia, y Locke percibió intensamente todos los olores de ella… su sudor fresco y su aroma a mujer, y algo que se había puesto en los cabellos, algo que olía a pino quemado. A madera. Un poco pungente, pero no completamente desagradable.

—Y bien —dijo muy despacio—, aquí es donde yo tengo un accidente, ¿no es así? ¿Voy a sufrir algún accidente?

—No va a sufrir ningún accidente, maese Kosta. Y, desde luego, no le aguarda ningún accidente en el camino que aún nos queda por subir.

Se movió, y Locke escuchó en la pared que estaba a la derecha de ella el chasquido que hacía un mecanismo. Momentos después, las puertas del ascensor se estremecieron y un crujido comenzó a hacerse más fuerte por encima de sus cabezas.

—No le caigo bien —dijo Locke, sin poder reprimirse. Luego siguió un breve silencio.

—He conocido a muchos traidores —acabó ella por decir—, pero quizá a ninguno con tanta labia.

—Sólo son traidores quienes perpetran una traición —dijo Locke, intentando hacerse el ofendido—. Lo único que yo quiero es corregir un yerro.

—Puede racionalizarlo todo lo que quiera —susurró ella.

—No sé cómo puedo haberla ofendido.

—Diga lo que quiera.

Locke puso toda su energía en el tono con el que se disponía a entonar las próximas palabras. Allí, en la oscuridad, enfrente de ella, su voz tenía que desligarse de todos los gestos que hacía con la cara y de todos sus amaneramientos. Jamás encontraría un lugar mejor para hacer teatro. Como si fuera un alquimista, añadió la decepción, algo en lo que tenía mucha práctica, a los componentes emocionales que estaba buscando: remordimiento, vergüenza, anhelo.

—Si la he ofendido, señora…, no sabe lo que me gustaría no haberle dicho lo que le dije, ni haberle hecho lo que le hice. —Aquel momento de duda era lo mejor para parecer sincero. Era el instrumento más fiable de toda aquella caja de herramientas verbal—. Y, si me lo permite, rectificaré todo lo dicho y todo lo hecho en el momento que usted quiera.

Ella se volvió ligeramente hacia él; la mano mecánica le apretó con más fuerza durante un segundo. Locke cerró los ojos y aguzó oídos, tacto y todos sus instintos puramente animales para captar la menor pista que pudieran proporcionarle en medio de la oscuridad. ¿Se burlaba ella de la lástima o, por el contrario, la anhelaba? Podía sentir el estremecedor latido de su propio corazón, el débil pulso de sus sienes.

—Nada hay que rectificar en todo lo dicho y hecho —replicó ella en voz baja.

—Casi desearía que así fuera. De esa manera podría hacer que se sintiera mejor.

—No puede, no puede hacerlo —suspiró.

—Y ¿por qué no me deja que lo intente?

—Habla, maese Kosta, como si ahora estuviera haciendo trampas con las cartas. Muy despacio, con voz muy queda. Me temo que aún es mejor ocultando cosas con las palabras que con las cartas. Debe saber que lo único que me impulsa a dejarle con vida es el papel que puede jugar contra la persona que le contrató… y sólo eso.

—Yo no quiero ser enemigo suyo, Selendri, ni causarle ningún problema.

—Las palabras cuestan poco. Cuestan poco y apenas valen.

—Yo no puedo… —había que ser sensato y hacer otra pausa. Locke era tan cuidadoso como cuando el maestro escultor talla unas patas de gallo en el rabillo del ojo de una estatua de piedra—. Atienda. Es posible que yo tenga mucha labia. No sé hablar de otra manera, Selendri —emplear repetidamente el nombre propio es algo que obliga casi tanto como un hechizo. Es más íntimo y efectivo que cualquier otro tratamiento—. Yo soy como soy.

—¿Y se extraña de que desconfíe de usted precisamente por eso?

—Me extrañaría más que usted no desconfiase de algo.

—Desconfía de todo —dijo ella— y jamás serás traicionada. Y si eres traicionada, jamás traiciones.

—Hmmm —Locke se mordió la lengua para pensar más deprisa—. Pero usted no desconfía *de él*, ¿verdad, Selendri?

—Eso es algo que no le incumbe, maese Kosta.

El techo del ascensor comenzó a vibrar con más fuerza. El habitáculo dio un estertor final y luego se detuvo.

—Discúlpeme de nuevo —dijo Locke—. Desde luego, no es la sexta planta, ¿quizá la novena?

—La novena.

Sólo disponía de un segundo antes de que ella abriera la puerta. Sólo les quedaba un instante para disfrutar de la intimidad de la oscuridad. Sopesó sus opciones y el último dardo que le quedaba por lanzar en aquella conversación. Era un poco arriesgado y potencialmente inquietante.

—Solía tenerle en poca estima, ya sabe. Antes de descubrir que era lo suficientemente inteligente para amarla —hizo otra pausa y bajó la voz hasta un nivel que apenas era audible—. Creo que usted es la mujer más valiente que jamás haya conocido.

Y allí, en medio de la oscuridad, contó los latidos de su corazón hasta que ella le respondió.

—Eso es una simple presunción —susurró ella, y había ácido en sus palabras.

Sonó un chasquido y una línea de luz amarilla hendió la negrura y aguijoneó sus ojos. Con su mano artificial, ella le empujó, no precisamente con suavidad, hacia la

puerta, la cual se abrió ante el corazón iluminado por la luz artificial del despacho de Requin.

No importaba. Que siguiera dándole vueltas en su cabeza a las palabras que acababa de decirle. Entonces él vería sus señales y sabría cómo proceder. No había pensado en nada específico; le bastaba con que estuviera insegura y menos propensa a clavarle un cuchillo en mitad de la espalda. Y si una pequeña parte de él sentía un poco de amargura por el hecho de manipular las emociones de Selendri de aquella manera (esa maldita parte suya que se había manifestado en tan pocas ocasiones), pues… no tenía que olvidar que podía hacer y sentir lo que quisiera mientras siguiera siendo Leocanto Kosta, pues Leocanto Kosta no era real.

Dio un paso y salió del ascensor sin saber quién de los dos, si él o Selendri, estaban más convencidos de lo último que había dicho y pensado.

3

—¡Maese Kosta! Mi nuevo y misterioso socio. Qué atareado ha estado últimamente.

El despacho de Requin estaba igual de atestado que la última vez. Locke se sintió gratificado al ver que sus mazos de cartas seguían estando encima del escritorio de Requin, repartidos por varios lugares. El ascensor se había alojado en un nicho dispuesto entre dos cuadros, un nicho en el que no había reparado en su anterior visita.

Requin estaba mirando por la pantalla de rejilla que cubría la entrada de su balcón y vestía una levita de color marrón oscuro y solapas negras. Se rascó la barbilla con un guante y le echó a Locke una mirada de soslayo.

—Los últimos días —dijo Locke— Jerome y yo hemos estado bastante tranquilos. Creo que tal y como le prometí.

—No me refería a estos últimos días, sino a todo lo que ha hecho en Tal Verrar durante los dos últimos años.

—Ya me lo imaginaba. ¿Ha sido esclarecedor?

—Bastante educativo. Vayamos al grano. Su socio intentó sacarle a Azura Gallardine información respecto a mi bóveda. Hace poco más de un año. ¿Sabe quién es?

A la izquierda de Locke, Selendri había comenzado a pasearse por la habitación sin perderle de vista, mirándole por encima de su hombro derecho.

—Claro que sí. Una de las grandes cabronas del Gremio de los Artífices. Le dije a Jerome dónde encontrarla.

—¿Y cómo supo usted que ella me había ayudado en la construcción de la bóveda?

—Le resultaría sorprendente todo lo que uno puede oír en los bares de los

artífices simplemente dando a entender que todas las historias que se cuentan en ellos son increíblemente fascinantes.

—Ya veo.

—Pero aquella vieja zorra no le dijo nada.

—No podía hacerlo. Y hubiera debido sentirse contenta por ello; pero ni siquiera me contó que su socio había ido a verla. Hace unas pocas noches saqué a relucir la cuestión y, curiosamente, un vendedor de cerveza que figura en la lista de mi gente de confianza me dijo que alguien que encajaba con la descripción de su socio había caído del cielo.

—Sí. Jerome me contó que la Maestra de Gremio tenía un método propio para interrumpir una conversación.

—Bien, pues, ayer por la tarde, Selendri habló con ella largo y tendido. Fue inducida para contar todo lo que recordara acerca de la visita de Jerome.

—¿Inducida?

—Financieramente hablando, maese Kosta.

—Ah.

—Y también llegué a enterarme de que usted había estado haciendo averiguaciones entre algunas de las bandas que tengo en la dársena de Plata. Por el tiempo en que Jerome fue a visitar a la Maestra de Gremio Gallardine.

—Sí. Hablé con un tipo mayor llamado Drava, y con una mujer… una tal…

—Armania Cantazzi.

—Sí, así se llamaba. Gracias. Una mujer despampanante; intenté dejar a un lado los negocios y lograr de ella un poco de intimidad, pero no pareció apreciar mis encantos.

—No le extrañe; Armania prefiere la compañía de otras mujeres.

—Vaya, es un alivio. Pensé que comenzaba a perder mi gancho con ellas.

—Mostró cierta curiosidad por los barcos, el tipo de preguntas que los oficiales de aduanas jamás suelen oír. Discutió de algunos asuntos con mi gente y todo quedó en nada. ¿Por qué?

—Después de darles varias vueltas a las cosas, Jerome y yo supusimos que lo mejor sería conseguir un barco que no fuera de Tal Verrar. Luego sólo tendríamos que emplear unas cuantas barcas para transportar lo que le robáramos y así evitar las complicaciones que habrían surgido con una barcaza.

—Supongo que estaría de acuerdo con usted si planeara robarme a mí mismo. Y ahora, el asunto de los alquimistas. Dispongo de información fidedigna que les sitúa a ustedes con varios de ellos durante el año pasado. Me refiero a los buenos y a los malos.

—Por supuesto. Estuve realizando unos cuantos experimentos con ácidos y aceite ardiente para quemar algunos mecanismos de precisión de segunda mano. Pensaba

que podríamos ahorrarnos el aburrimiento de tener que abrir cerraduras.

—¿Y esos experimentos tuvieron éxito?

—Compartiría esa información con la persona que me diera trabajo —dijo Locke con una mueca.

—Mmmm. Dejemos eso por ahora. Pero da la impresión de que estaban buscando algo. Hay demasiadas actividades que confirman su historia. Y ahora otra más.

—¿Cuál?

—Soy curioso. ¿Qué hacía el viejo Maxilan cuando fueron a verle hace justamente tres noches?

Entonces Locke fue súbitamente consciente de que Selendri había dejado de pasearse. Acababa de situarse a muy pocos pasos por detrás de él, y no se movía. *Guardián Avieso, dame una retahíla de chorradas bañadas en oro y la sabiduría para saber cuando tengo que parar*, dijo para sí.

—Uh, bueno, es un capullo.

—Eso no es ningún secreto. Cualquiera de los niños del arroyo me habría dicho lo mismo. ¿Pero admite que estuvo en la Mon Magisteria?

—Sí. Tuve una audiencia privada con Stragos. Dicho sea de paso, cree que los agentes que ha infiltrado en sus bandas siguen sin ser detectados.

—Según mis intenciones. Pero se está saliendo del tema, Leocanto. Sólo dígame qué quería de usted y de Jerome el Arconte de Tal Verrar. Y, además, a mitad de la noche. Y, precisamente, la misma noche en que nosotros habíamos mantenido una conversación tan *interesante*.

Locke suspiró para darse unos cuantos segundos antes de responder.

—Puedo decírselo —dijo cuando su momento de duda comenzaba a exceder los límites de la prudencia—, pero me temo que no le gustará.

—Seguro que no me gustará. Pero suéltelo de cualquier modo.

Locke volvió a suspirar. O meterse de cabeza en una mentira, o salir de cabeza por la ventana.

—Stragos es el que nos paga a Jerome y a mí. La gente con la que supuestamente tratamos son agentes suyos. Él es el hombre que está obsesionado con que su bóveda parezca una despensa después de un banquete. Supongo que debió de pensar que ya era hora de restallar el látigo encima de nuestras cabezas.

El rostro de Requin mostró unas leves arrugas cuando apretó los dientes y juntó las manos por detrás.

—¿Y eso lo ha escuchado de su propia boca?

—Sí.

—Me sorprende. Debe de tenerle a usted en muy alta estima para explicarle personalmente sus asuntos. ¿Puede probarlo?

—Bueno, verá, le pedí una declaración jurada de todo eso de arrastrarle por el

polvo a usted, y le gustó tanto que me entregó una, pero, torpe de mí, se me perdió anoche por el camino —Locke se volvió hacia la izquierda y frunció el ceño. Acababa de ver que Selendri le vigilaba estrechamente y que su mano sana se apoyaba en algo que tenía dentro de la casaca—. ¡No me joda! ¡Si no me cree, ahora mismo puedo tirarme por la ventana y ahorrarnos a todos una gran pérdida de tiempo!

—No… aún no veo la necesidad de pintar los adoquines del suelo con sus sesos —Requin levantó una mano—. Pero debe reconocer que no es muy normal que alguien en la posición de Stragos trate directamente con agentes que, ah, se encuentran muy por debajo de él en su escala de jerarquía y de consideración. No se ofenda.

—No me ofendo. Si se me permite aventurar una hipótesis, diría que, por el motivo que sea, Stragos está impaciente. Sospecho que quiere obtener resultados cuanto antes. Y… estoy completamente seguro de que Jerome y yo no sobreviviremos al éxito de la empresa para la que nos contrató. Creo que es la única suposición razonable que puedo hacer.

—Y supongo que, de paso, se ahorraría un buen pellizco. Stragos es de esas personas que muestran más parsimonia con el dinero que con las vidas de las personas —Requin chasqueó los nudillos, aún cubiertos por sus finos guantes de piel —. Lo peor de todo esto es que resulta condenadamente verosímil. Tengo una regla de oro: si te encuentras ante un rompecabezas que es fácil y agradable de montar, entonces es que alguien está intentando joderte.

—A mí me queda una pregunta por hacer —intervino Selendri—, y es la siguiente: ¿Por qué iba Stragos a tratar *personalmente* con ustedes, sabiendo perfectamente que podrían implicarle en caso de ser adecuadamente… persuadidos?

—Hay una cuestión que no pensaba mencionar —dijo Locke con un dejo de vergüenza—. Se trata de… algo que tanto a mí como a Jerome nos produce gran embarazo. Durante nuestra audiencia, Stragos nos dio de beber sidra. Por no querer parecer desconsiderados, ambos la bebimos en abundancia. Luego nos dijo que la había mezclado con un veneno sutil de efecto retardado. Un veneno que nos obliga a Jerome y a mí a tomar el antídoto que piensa darnos cada cierto tiempo. De esa manera nos tiene bien agarrados, pues si queremos el antídoto tendremos que ser sus niños buenos.

—Un viejo truco —dijo Requin—, tan antiguo como efectivo.

—Creo haberle dicho que eso nos producía cierto embarazo. Bueno, como acaba de ver —dijo Locke—, ya tiene la manera de acabar con nosotros cuando ya no le seamos de más utilidad. Estoy seguro de que confía plenamente en nuestra ayuda para cuando llegue el momento.

—¿Y, a pesar de eso, aún quieren volverse contra él?

—Seamos honestos, Requin. Si usted fuera Stragos, ¿nos daría el antídoto para

que nos marcháramos tan contentos? Realmente estamos muertos para él. Por eso mismo, no puedo morirme sin llevar antes a cabo no una, sino dos venganzas. Incluso si he de sucumbir por culpa de la maldita sidra de Stragos, quiero disfrutar de mi último momento con Jerome. Y quiero ver sufrir al Arconte. *Usted* sigue siendo el mejor medio del que dispongo para llevar a cabo dichas muertes.

—Una suposición razonable —dijo Requin con un ronroneo y adoptando una actitud sólo un poco más amable.

—Me agrada que piense eso, porque es evidente que conocía menos la política de esta ciudad de lo que pensaba. Háble me un poco de ella, Requin.

—El Arconte y el *Priori* se enseñan los dientes mutuamente. En la actualidad, la mitad de los miembros del *Priori* guardan buena parte de sus fortunas personales en mi bóveda, haciendo imposible que los espías del Arconte conozcan la auténtica cuantía de las mismas. Si vaciara mi bóveda, no sólo les dejaría a ellos sin fondos, sino que yo quedaría en entredicho ante ellos. Stragos no me apartaría del negocio sin mediar un caso de fuerza mayor, porque tiene miedo de que eso originara una guerra civil. Pero apadrinar a una tercera fuerza para que se hiciera con mi bóveda… eso le resolvería muy bien el problema. Yo estaría entretenido cazándoles a usted y a Jerome, el *Priori* estaría entretenido en localizarme para descuartizarme, y *entonces* Stragos podría sencillamente…

Para ilustrar lo que el Arconte podría hacer, Requin cerró una mano y la puso dentro de la palma abierta de la otra, que luego cerró de golpe.

—Tenía la impresión —dijo Locke— de que el Arconte se encontraba bajo las órdenes del *Priori*.

—Técnicamente, así es. El *Priori* tiene un precioso pergamino que lo atestigua. Pero Stragos posee un ejército y una armada que le permiten disentir de esa opinión.

—Genial. Y ahora, ¿qué vamos a hacer?

—Buena pregunta. Maese Kosta, ¿dejamos a un lado sus sugerencias, sus planes y sus juegos de manos?

Locke decidió que ya había llegado la hora de que Leocanto Kosta pareciera un poco más humano.

—Mire —dijo—, cuando el que nos había contratado sólo era alguien anónimo que nos enviaba una bolsa de monedas al mes, yo sabía exactamente lo que hacía. Pero ahora, desde que ha sucedido lo que ha sucedido y los cuchillos han salido a relucir, usted enfoca las cosas desde unas perspectivas que yo no alcanzo a comprender. Así pues, dígame lo que hay que hacer y yo lo haré.

—Hmmmm. Stragos. ¿Le preguntó acerca de la conversación que usted mantuvo conmigo?

—Ni siquiera la mencionó. No creo que estuviera enterado de ella. Creo que, cuando ordenó que nos apresaran aquella noche para llevarnos a su presencia, no era

debido a nada en particular.

—¿Está seguro?

—Tanto como pueda estarlo.

—Dígame una cosa, Leocanto. Si Stragos hubiera puesto sus cartas sobre la mesa antes de que usted pusiera sus artes a mi servicio… Si usted hubiera sabido la identidad de aquel a quien se disponía a traicionar, ¿habría seguido con ello?

—Bueno… —Locke hizo como si sopesara la pregunta—. No puedo decir lo que podría pensar si aún me siguiera gustando o si confiara en él. Quizá hubiera acabado por plantarle a Jerome un cuchillo en la espalda y seguir trabajando para Stragos. Pero… para él sólo somos como ratas, ¿no es así? Cree que nos conoce bien. Pero ahora… no me agrada, ni siquiera un poco, y eso sin tener en cuenta el veneno.

—He tenido que hablar mucho con usted para conseguir que le inspirase ese desagrado que ahora siente por él —dijo Requin con una sonrisa—. Está bien. Pero si quiere ganarse un puesto en mi organización, tendrá que pagar un precio. Y ese precio es Stragos.

—Oh, dioses. ¿Qué quiere decir?

—Cuando yo compruebe fehacientemente que Stragos, una de dos, o ha muerto o está bajo mi custodia, usted podrá tener lo que me pida. Una plaza en la Aguja del Pecado para ayudarme con los juegos. Un salario. Toda la ayuda que pueda ofrecerle en el asunto del veneno. Y a Jerome de Ferra implorando ante su cuchillo. ¿No le agrada?

—¿Y cómo supone que voy a hacer lo que me pide?

—No espero que usted lo haga todo. Pero es evidente que Maxilan lleva gobernando mucho tiempo. Ayúdeme a conseguir su jubilación por cualquiera de los medios a su alcance o del modo que yo le ordene. Y entonces, así lo espero, tendré un nuevo administrador.

—Es lo mejor que he oído desde hace mucho tiempo. Ah, ¿y el dinero de mi cuenta, que se encuentra congelado por orden suya?

—Seguirá así, perdido para usted a causa de sus malas acciones. No soy un hombre caritativo, Leocanto. No lo olvide si quiere estar a mi servicio.

—Por supuesto. Por supuesto. Y ahora discúlpeme si le hago una pregunta que me concierne personalmente. ¿Por qué no le preocupa que ahora pueda estar haciendo un doble juego a favor de Stragos? ¿Que, en cuanto salga de aquí, me vaya corriendo a verle para contárselo todo?

—¿Y por qué supone que ahora mismo no estoy jugando con *usted* y que me lo he creído todo? —Requin sonrió con franqueza, auténticamente divertido.

—Todas esas hipótesis me dan dolor de cabeza —dijo Locke—. Prefiero las trampas con las cartas a la intriga. Si no he conseguido que usted vaya a mejores conmigo, entonces lo mejor que puedo hacer es volver a mi casa y colgarme esta

misma noche.

—Sí. Pero le daré una respuesta mejor. ¿Qué podría contarle a Stragos? ¿Que no me gusta, que soy el banquero de sus enemigos y que me encantaría verlo muerto? ¿Que mi hostilidad para con él ha quedado confirmada? Vaya tontería. *Sabe* que le soy hostil. Sabe que los bajos fondos de Tal Verrar suponen un impedimento para que logre afianzarse en el poder. Mis *felantozzi* prefieren las órdenes que les dan los gremios a la posibilidad de recibir órdenes de gente con uniformes y lanzas; bajo una dictadura militar el dinero corre menos.

Felantozzi era el término que, en el Trono de Therin, designaba a los soldados de infantería; Locke lo había escuchado en alguna ocasión aplicado a los criminales, pero jamás en boca de uno de ellos.

—Sólo nos queda ya —dijo Requin— que su otro juez convenga conmigo en que usted sigue siendo un riesgo que vale la pena correr.

—¿Otro juez?

Requin señaló a Selendri.

—Ya lo has escuchado todo, querida. ¿Tiramos a Leocanto por la ventana o le devolvemos a un lugar donde puedas encontrarlo fácilmente para traerlo hasta aquí?

Locke se encontró con la mirada de ella, cruzó los brazos y sonrió con lo que, así lo esperaba, le parecía la mirada más agradable, como de cachorrillo indefenso, que acababa de adoptar. Selendri le escrutó con el ceño fruncido durante unos instantes y luego suspiró.

—Este asunto no me inspira mucha confianza. Pero si tenemos la posibilidad de colocar relativamente cerca del Arconte a un chaquetero… supongo que no perdemos mucho a cambio. Creo que podemos quedarnos con él.

—Acérquese, maese Kosta —Requin le puso una mano en el hombro—. ¿Qué le parece esta confirmación tan rotunda de su valía?

—La tendré en cuenta por lo que vale —Locke no tuvo que fingir mucho por el alivio que en realidad sentía.

—Entonces, a su debido tiempo, su trabajo consistirá en que el Arconte se sienta contento. Y, presumiblemente, en tomar el antídoto que le ofrecerá.

—Así lo haré, si los dioses lo disponen —Locke se rascó la barbilla, pensativo—. Tendré que decirle que nos hemos conocido personalmente; puede tener más ojos en su Aguja que se lo digan antes o después. Mejor que lo sepa cuanto antes.

—Claro que sí. ¿Sabe si le hará regresar pronto a la Mon Magisteria?

—No sé exactamente cuándo, pero supongo que sí. Antes de lo que me gustaría.

—Bien. Eso significa que quizá vuelva a hablarle de sus planes. Pues sólo le queda ya volver al lado de maese de Ferra y a sus negocios vespertinos. ¿Ha hablado con alguien esta noche?

—Acabábamos de llegar. Nos quedamos atrapados en el espectáculo de la jaula.

—Oh, las avispas. Fue una suerte conseguir esos monstruos.

—Es una propiedad peligrosa.

—En efecto, un capitán de Jeresh tenía una colmena repleta, con reina incluida, que estaba intentando vender. Mi gente dio el soplo a la aduana; ejecutaron al capitán, quemaron a la reina y las demás se desvanecieron en mi poder después de que las embargaran. Sabía que podría hacer buen uso de ellas.

—¿Y el joven que se enfrenta a ellas?

—El octavo hijo de un aristócrata de la nobleza menor, con arena por sesos y deudas con la Aguja. Dijo que pagaría sus deudas o que moriría en el intento, y yo le tomé la palabra.

—Vaya, pues he apostado cien solari por él, así que espero que viva para no perderlos —se volvió hacia Selendri—. ¿Volvemos al ascensor?

—Sólo hasta la sexta planta. A partir de ahí puede tomar las escaleras —su sonrisa parecía divertida— por su propio pie.

4

Cuando Locke consiguió finalmente abrirse paso a codazos hasta la segunda planta, el joven encerrado en la jaula sangraba, cojeaba y tropezaba. En el recinto había media docena de avispas-estilete sueltas, volando por encima para lanzarse sobre él y picarle. Locke gimió mientras avanzaba a empujones entre el gentío.

—¡Maese Kosta, por lo que veo ha llegado a tiempo de ver el final!

La señora Durenna sonreía por encima del borde de su copa, que venía a ser un vaso de cristal muy estrecho y alto, de unos treinta centímetros, lleno con un líquido lechoso de color naranja. Jean sostenía un vaso más pequeño, ocupado por algo de color marrón claro, idéntico al que pasó a Locke, que él recogió con gesto agradecido. Ron con miel… lo suficientemente fuerte para olvidar las burlas de que Durenna les hacía gala, pero no tanto como para adormecer durante el resto de la velada el buen juicio de quien se lo tomara.

—¿Tan tarde? Me disculpo por mi ausencia. Un pequeño asunto algo tonto.

—¿Tonto? ¿Con alguien del *Priori?*

—La semana pasada cometí el error de enseñarle un truco con las cartas —dijo Locke—. Y ahora está disponiendo todo lo necesario para que le haga el mismo truco a un amigo suyo.

—Entonces debe de ser un truco impresionante. ¿Más que los que suele hacer de ordinario en la mesa de juego?

—Lo dudo, señora —Locke se echó un trago bastante largo—. En primer lugar, no tengo que preocuparme porque nadie me descubra cuando hago trampas con las cartas.

—Maese Kosta, ¿alguna vez ha intentado alguien cortarle esa lengua suya tan molesta?

—Eso que usted propone llegó a convertirse en el pasatiempo tradicional de varias ciudades que podría citar.

Dentro de la jaula el zumbido enloquecido de las avispas fue en aumento a medida que varias más salían como una exhalación de sus celdillas… dos, tres, cuatro… Locke se estremeció y observó impotente cómo aquellas formas oscuras y difusas daban vueltas por el interior de la jaula y chocaban contra la malla metálica. El joven intentó guardar la compostura, pero luego le entró el pánico y comenzó a dar golpes sin ton ni son. Una avispa se encontró con su guante y cayó al suelo de un manotazo, pero otra aterrizó encima de la parte inferior de su espalda y le picó. El muchacho aulló, le dio un manotazo y arqueó la espalda. La muchedumbre se quedó mortalmente callada, con una mezcla de horror y de premonición por lo que iba a suceder.

Fue algo rápido, aunque Locke jamás lo hubiera llamado piadoso. Las avispas se arremolinaron alrededor del joven, se lanzaron contra él como rayos y le aguijonearon, clavando sus patas con garras en su camisa manchada de sangre. Una se le puso en el pecho, otra en un brazo, sus respectivos abdómenes subiendo y bajando en un frenesí de locura… Una revoloteó entre sus cabellos y otra le clavó su aguijón en el cogote. Los salvajes gritos del joven se convirtieron en sonidos entrecortados. La espuma asomó por su boca, la sangre corrió, formando arroyuelos por rostro y pecho, hasta que él acabó cayéndose al suelo y se retorció violentamente. Las avispas zumbaron y se pasearon por todo su cuerpo, dando la impresión de que fueran horribles hormigas rojas enfrascadas en sus asuntos, siempre mordiendo y picando.

El estómago de Locke se revolvió por el tentempié que había tomado en Villa Candessa, por lo que se mordió uno de los dedos, engarabitados, para ver si, con aquel dolor, conseguía recobrar el autocontrol. Cuando se volvió hacia la señora Durenna, su rostro volvía a estar tranquilo.

—Y bien —dijo, agitando las cuatro fichas delante de él y de Jean—, he aquí un ungüento tolerable para las heridas que aún me duelen de nuestro último encuentro. ¿Cuándo tendré el placer de una revancha en toda regla?

—No creo que sea muy pronto —dijo Locke—. Si nos disculpa, esta noche tenemos que… discutir ciertos asuntos de carácter político. Pero antes de que nos vayamos quiero tirar mi bebida encima del cadáver del hombre que nos ha costado doscientos solari.

La señora Durenna agitó una mano y, antes de que Locke y Jean hubieran dado dos pasos, comenzó a recargar su pipa con el tabaco que extrajo de una bolsita de piel.

Las náuseas de Locke regresaron cuando echó a andar hacia la jaula. La muchedumbre se agolpaba a su alrededor, vendiendo fichas y parloteando con sumo entusiasmo. Pero cuando llegó ante la jaula, nadie estaba cerca de él. El ruido y el movimiento que había en aquella habitación seguían logrando que las avispas estuvieran muy agitadas. Cuando Locke se acercó a la jaula, dos de ellas echaron a volar y se acercaron amenazadoramente a él, golpeando con fuerza la tela metálica del interior mientras le seguían. Daba la impresión de que sus ojos negros le miraran fijamente. Y él, a su pesar, tuvo que agacharse.

Se arrodilló junto al cadáver del joven, lo más cerca que pudo, y en cuestión de segundos la mitad de las avispas que estaban dentro de la jaula comenzaron a zumbar y a agitar las alas justo a menos de medio metro de su cabeza. Locke arrojó el ron que quedaba en su vaso, más o menos la mitad de su contenido, encima de aquel cadáver cubierto de avispas. Detrás de él, alguien estalló en carcajadas.

—Ése es el espíritu, hermano —dijo una voz oculta—. Ese torpe hijo de puta me costó quinientos solari. ¡Méate encima de él mientras estás agachado!

—Guardián Avieso —Locke comenzó a hablar entre dientes muy deprisa—, una libación en el suelo para un desconocido sin amigos. Señor de los valientes y de los necios, facilita a este hombre el camino hasta la Dama del Largo Silencio. Murió de una manera terrible. Haz esto por mí y no volveré a pedirte nada más durante algún tiempo. Me refiero al tiempo que esté aquí.

Locke besó el dorso de su mano izquierda y se puso en pie. Después de pronunciar aquellas palabras de bendición, descubrió que jamás estaría lo suficientemente lejos de aquella jaula.

—¿Adónde nos vamos? —preguntó Jean con voz tranquila.

—A donde sea, con tal de estar lo suficientemente lejos de esos malditos insectos.

El cielo lucía límpido sobre la superficie del mar, pero unas nubes lo encapotaban por el este; era como si, para ocultarlo, hubieran colgado de las lunas un techo de humo congelado que lanzaba destellos de nácar. Una fuerte brisa soplaba en su dirección mientras recorrían a duras penas los muelles que acotaban uno de los extremos de la Gran Galería, arrojando a sus pies papeles que volaban y otros desechos. La campana de un barco llegó hasta ellos a través del agua plateada que dormía.

A su izquierda, un muro oscuro de cristal antiguo se elevaba piso tras piso como un acantilado, surcado aquí y allá por unas escaleras desvencijadas, provistas de faroles para guiar el camino de quienes subían y bajaban por ellas a pesar de su bailoteo. En lo más alto del muro se encontraban el Mercado Nocturno y el extremo de aquel vasto tejado que cubría las terrazas de la isla hasta su parte inferior, la que daba al mar.

—Oh, fantástico —dijo Jean cuando Locke hubo terminado de contarle lo

sucedido en el despacho de Requin—. Así que ahora tenemos a Requin pensando que Stragos no puede atraparle. Jamás había colaborado en el nacimiento de una guerra civil. Puede ser divertido.

—No tenía mucho donde escoger —dijo Locke—. ¿Acaso se te ocurre otro motivo tan convincente para que Stragos haya tomado un interés tan personal en nosotros? A falta de una buena explicación, era evidente que debía saltar por aquella ventana.

—Si hubieras aterrizado de cabeza, sólo tendrías que preocuparte de pagar la factura de los adoquines rotos del suelo. ¿Crees que Stragos debe saber que Requin no es tan opaco para sus agentes como cree?

—Oh, el muy hijo de puta.

—Yo creo que no.

—Además, lo único que sabemos es que Stragos no puede hacerle nada a Requin. Aunque no se profesen mucha amistad, ambos van a crear muchos problemas a la ciudad. Creo que, en lo que se refiere al libro de cuentas —dijo Locke—, podremos tener una charla suave con Selendri. Y me da la impresión de que Requin piensa que estoy *a su lado*.

—Bien por eso. ¿Crees que ya es hora de darle las sillas?

—Claro, las sillas… las sillas. Sí. Hagámoslo antes de que Stragos nos haga dar más vueltas.

—Las sacaré del almacén y las llevaré dentro de un carruaje a donde quieras.

—Bien. Entonces se las entregaré a finales de esta semana. ¿Habías pensado estar una o dos noches sin ir a la Aguja del Pecado?

—Por supuesto que no. ¿Hay algún motivo en particular?

—Sólo quiero molestar un poco a Durenna y a Corvaleur. Hasta que nuestra situación sea un poco más segura, prefiero no malgastar otra noche perdiendo dinero y emborrachándonos. La *bela paranella* podría levantar sospechas si volviéramos a emplearla.

—Si lo planteas de esa manera, no te diré que no iré. ¿Qué te parece si me voy a dar una vuelta por algún sitio para ver si consigo enterarme de algún chisme sobre el Arconte y el *Priori?* Creo que podríamos pertrecharnos con un poquito más de la historia de esta ciudad.

—Magnífico. Pero ¿qué diablos es eso?

No estaban solos en aquel lado de los muelles; además de los ocasionales extranjeros que iban de un lado a otro para hacer negocios, había marinos durmiendo, tapados con sus capas al lado de su embarcación amarrada, y un considerable número de borrachos y de desechos humanos acurrucados debajo de cualquier abrigo que pudiesen llamar suyo. Un montón de cajones se encontraba justo unos pocos pasos a su izquierda, a cuya sombra se sentaba una figura menuda cubierta con harapos

deshilachados, cerca de un pequeño globo alquímico que desprendía una tenue luz rojiza. La figura agarraba un pequeño saco de harpillera y les hacía señas con una mano pálida.

—¡Señores, señores! —aquella voz cascada que sonaba fuerte era de mujer—. Por compasión, nobles caballeros. Por compasión, por el amor de Perelandro. Una moneda, cualquier moneda, aunque sea de cobre. Apiádense de mí, por el amor de Perelandro.

La mano de Locke fue hacia su bolsa, que estaba justo dentro de su levita. Jean había sacado la suya y la llevaba en la mano derecha; parecía contento de que Locke viera aquel acto nocturno de caridad.

—Por el amor de Perelandro, señora, usted va a tener algo más que una centira.

Distraído durante unos instantes por el agradable calorcillo que le proporcionaban sus maneras galantes, Locke sacó tres volani de plata antes de que la primera señal de que algo no iba bien quedara registrada en su mente. La mendiga se contentaba con una moneda de cobre, tenía una voz potente… entonces, ¿por qué no se había dirigido a ninguno de los viandantes que pasaban justo por delante de ella? Y ¿por qué mantenía lejos de sí la bolsa que agarraba en vez de dejarla junto a su cuerpo?

Como Jean era más rápido que él, no encontró ningún modo más elegante de ponerle a Locke a salvo que levantar el brazo izquierdo y propinarle un fuerte empujón. El cuadrillo de una ballesta hizo un agujero limpio, y muy negro, en el saco de harpillera y silbó en el aire que se encontraba entre ellos; mientras caía de lado, Locke sintió un tirón en los faldones de la levita. Cayó encima de un cajón pequeño y aterrizó de espaldas con poca elegancia.

Se incorporó justo a tiempo de ver cómo Jean golpeaba a la mendiga en la cara. La cabeza de la mujer salió despedida hacia atrás, pero ella plantó las manos en el suelo y empleó las piernas como tijeras, arrastrando a Jean. Después de que éste cayera al suelo, la mendiga levantó las piernas, le dio un golpe de abajo arriba, y se dobló formando un arco. Apenas un segundo después se levantaba y se despojaba de sus harapos.

Ah, mierda. Boxea con los pies… una maldita chassoniere*, eso es lo que es*, pensó Locke mientras daba un traspié. *Jean odia ese tipo de lucha*. Locke dio unos tirones de sus mangas y en cada una de sus manos cayó un estilete. Moviéndose con sumo cuidado entre las piedras del suelo, dio un salto hacia la contraria de Jean, quien, a pesar de todos sus esfuerzos por liberarse, estaba recibiendo patadas en las costillas. Cuando Locke estaba a sólo tres pasos de la *chassoniere*, el sonido de las pisadas de unas botas de cuero le advirtió de una presencia cercana. Levantó el estilete que tenía en la mano derecha como si fuera a golpear a la que estaba zurrando a Jean y entonces se agachó y se giró, arremetiendo hacia atrás y a ciegas con el otro estilete.

Locke no tardó en agradecer el haberse agachado, porque algo pasó rápidamente

muy cerca de su cabeza, tan cerca que sintió un fuerte dolor en el cuero cabelludo. El nuevo atacante era otro «mendigo», un hombre de casi su misma estatura, cuya larga cadena de hierro le habría partido el cráneo como si fuese un huevo. El impulso desarrollado por aquel nuevo atacante le condujo hasta la punta del estilete de Locke, que se clavó en él hasta la empuñadura, justo debajo de su axila derecha. El hombre dio una boqueada y entonces Locke se aprovechó de su ventaja sin ningún remordimiento y dirigió hacia abajo la hoja del otro estilete, clavándosela en la clavícula izquierda.

Locke retorció ambas hojas de la manera más bestial que pudo y el hombre gimió. La cadena se deslizó de sus manos y golpeó las piedras con ruido metálico; un segundo después Locke extrajo las hojas del cuerpo del hombre como si fueran los palillos de unas brochetas de carne y dejó que aquel pobre diablo se desplomara en el suelo. Levantó sus estiletes ensangrentados, les dio la vuelta y, con un súbito arrebato de autoestima, cargó contra la contraria de Jean.

Sin que Locke tuviera apenas tiempo de verlo, ella movió la cadera y le lanzó una patada que le alcanzó en el esternón y le hizo sentir algo parecido a caminar dentro de una pared de ladrillos. Cuando retrocedió, ella aprovechó la oportunidad para apartarse de Jean (que estaba bastante magullado por los muchos puñetazos que le habían caído encima) y avanzar hacia Locke.

Se había quitado los harapos. Locke vio que era una mujer joven, posiblemente más joven que él, con unas ropas negras muy holgadas y un chaleco de cuero a la última moda, que se ceñía muy bien a su tórax. Era de Therin, relativamente morena y con la cabellera negra peinada en una trenza que rodeaba su cabeza como si fuera una corona. Su aplomo decía que ya había matado con anterioridad.

No importa, pensó Locke mientras retrocedía, *lo mismo que yo*; y entonces tropezó con el cuerpo del hombre al que acababa de apuñalar.

Ella aprovechó aquel traspié sin dudarlo ni un instante. Y, en el preciso momento en que Locke recuperaba el equilibrio, le dio una patada en arco con su pierna derecha. Su pie aterrizó como un martillo en el antebrazo izquierdo de Locke, que lanzó una palabrota al ver que el estilete abandonaba sus dedos, súbitamente insensibles. Encolerizado, atacó con la hoja que tenía en la mano derecha.

Moviéndose con mayor destreza incluso que Jean, la joven agarró con su mano izquierda la muñeca derecha de Locke, le lanzó hacia delante con muchísima fuerza y entonces le golpeó en la columna vertebral con el filo de su mano derecha. El estilete que aún le quedaba giró en la oscuridad como un hombre al que acabaran de lanzar desde un edificio muy alto; entonces Locke descubrió repentinamente que el cielo oscuro que se encontraba encima de él acababa de convertirse en los adoquines grises que iban a su encuentro. El impacto contra ellos fue tan grande que los dientes le bailotearon en la boca como si fueran dados metidos dentro de un cubilete.

Ella le dio una patada para que se diera la vuelta y luego le plantó un pie en el pecho para inmovilizarle. Entonces tomó uno de los estiletes de Locke, que, aún aturdido, vio cómo ella iba acercándolo lentamente hacia él. Sus manos entumecidas se movían tan despacio que llegaban a traicionarle; además, sentía una insoportable sensación de picor en su cuello desprotegido, que iba en aumento a medida que su propio estilete caía hacia él.

Locke no escuchó cómo el hacha de Jean se hundía en la espalda de la chica, pero sí vio el efecto y adivinó la causa. Enderezó todo el cuerpo, luego arqueó la espalda y soltó el estilete. Éste cayó al suelo con estridencias metálicas, justo al lado del rostro de Locke, y rebotó. Su asaltante cayó de rodillas muy cerca de él y comenzó a respirar con rápidas y profundas boqueadas, para luego hacerse un ovillo. Entonces Locke vio una de las Hermanas Malvadas de Jean enterrada en lo más profundo de una mancha de sangre que brotaba de la parte inferior de su espalda, justo a la derecha de su columna vertebral.

Jean se acercó hasta Locke, se agachó y extrajo el hacha de la espalda de la mujer. Ella se ahogó, cayó hacia delante y fue empujada de nuevo hacia atrás por Jean, que le había dado un empellón sin ningún miramiento para luego situarse detrás de su cabeza y ponerle el filo del hacha encima de la garganta.

—¡Eh!… ¡Leo! ¡Leocanto! ¿Estás bien?

—Esto duele mucho —Locke se ahogaba—. Aún sigo vivo.

—Entonces, bien —Jean siguió apretando con el hacha, que seguía sujetando por detrás de la joven como si fuera un barbero con una navaja de afeitar—. Comienza a hablar. Puedo ayudarte a morir sin más sufrimientos, e incluso puedo ayudarte a seguir viva. No eres una asesina corriente. ¿Quién te dijo que vinieras a este sitio?

—Mi espalda —dijo la mujer entre sollozos, con voz temblorosa y casi sin aliento —. Piedad, piedad, me duele.

—Se supone que así debe ser. ¿Quién te dijo que vinieras? ¿Quién te contrató?

—Tenemos dinero —dijo Locke, que tosía—. Hierro blanco. Podemos pagarte el doble. Sólo tienes que darnos un nombre.

—Oh, dioses, me duele…

Jean la agarró del pelo con la mano que tenía libre y tiró; ella gritó y se puso muy tiesa. Locke parpadeó al ver que una forma oscura y emplumada acababa de salirle a ella por el pecho; el sonido húmedo y apagado del impacto del cuadrillo contra su pecho le llegó una fracción de segundo más tarde. Jean saltó hacia un lado, muy sorprendido, y dejó caer a la mujer en el suelo. Momentos después miraba a quien se encontraba detrás de Locke y movía amenazadoramente el hacha.

—¡Usted!

—A su servicio, maese de Ferra.

Locke levantó la cabeza lo suficiente para poder ver, aunque al revés, a la mujer

que pocas noches antes los había capturado en la calle para entregarlos al Arconte. Bajo aquella brisa, su negra cabellera ondeaba libremente a su espalda. Llevaba una chaqueta negra muy ceñida encima de un chaleco y una falda de color gris, y sostenía en su mano izquierda una ballesta descargada. Llegaba por el mismo sitio por donde ellos habían pasado antes, caminando sin prisa. Locke gimió y se hizo un ovillo hasta que aquella mujer llegó a su altura.

A su lado, la mendiga-*chassoniere* emitió un último borborigmo y murió.

—*¡Maldición!* —exclamó Jean—. ¡Estaba a punto de darme alguna información!

—No, no iba a darle ninguna, precisamente —dijo la agente del Arconte—. Echen un vistazo a su mano derecha.

Locke (que acababa de ponerse en pie a muy duras penas) y Jean hicieron lo que les decía: bajo la débil luz de las lunas y de los escasos faroles del embarcadero, un puñal muy estrecho de hoja curva relucía en la mano de la muerta.

—Se me encargó que velara por ustedes dos —dijo la mujer mientras se situaba al lado de Locke y sonreía muy contenta.

—Un trabajo condenadamente bien hecho —dijo Jean mientras se masajeaba las costillas con la mano izquierda.

—Me dio la impresión de que usted se encontraba bastante bien, al menos hasta el final —echó un vistazo al pequeño cuchillo y asintió para sus adentros—. Fíjese, este cuchillo tiene una acanaladura extra en el filo. Eso quiere decir que la hoja esconde algo desagradable. Ella estaba haciendo tiempo para clavárselo a usted.

—Ya sé lo que significa una acanaladura extra en la hoja —rezongó Jean con petulancia—. ¿Sabe para quién trabajaban esos dos?

—Sí, tengo algunas teorías al respecto.

—¿No querría compartirlas? —preguntó Locke.

—Sí, siempre que hubiera recibido instrucciones al respecto —dijo con un tono de dulzura.

—Que los dioses maldigan a todos los verraríes, y que les den más úlceras a sus privados que pelos tienen en la cabeza —murmuró Locke.

—Soy natural de Vel Virazzo —dijo aquella mujer.

—¿Tiene algún nombre? —preguntó Jean.

—Tengo muchos. Todos muy bonitos, pero también falsos —replicó ella—. Ustedes dos pueden llamarme Merrain.

—Merrain. Uh —Locke hizo una mueca y se masajeó el antebrazo izquierdo con la mano derecha. Jean le puso una mano en el hombro.

—¿Se te ha roto algo, Leo?

—No demasiado. Quizá sólo la dignidad y mis anteriores presunciones acerca de la benevolencia divina —Locke suspiró—. Merrain, hemos visto a bastante gente siguiéndonos durante las últimas noches. Supongo que también la habremos visto a

usted.

—Lo dudo. Y ahora, caballeros, recojan sus cosas y echen a andar. En la misma dirección que antes habían tomado. Dentro de muy poco esto se llenará de policías, y los policías no reciben órdenes de mi patrón.

Locke recogió sus estiletes manchados y, antes de volvérselos a meter en las mangas, los limpió en las calzas del hombre que había matado. En aquel momento, disipado ya el frenesí de la lucha, Locke sintió que se le hacía un nudo en la garganta al ver aquel cadáver, y echó a andar lo más deprisa que pudo.

Jean recogió su casaca y guardó su hacha dentro de ella. Instantes después, los tres caminaban juntos, Merrain en el centro, cogidos del brazo.

—Mi patrón —comentó instantes después— me dijo que los vigilara esta noche y que, cuando me pareciera conveniente, los metiera en un bote.

—Maravilloso —dijo Locke—. Otra charla privada.

—La verdad es que no estoy segura; pero, si pudiera hacer una conjetura, yo diría que les ha encontrado trabajo.

Jean echó una rápida mirada a los dos cadáveres que quedaban tras ellos al amparo de la oscuridad y luego tosió, tapándose la boca con un puño.

—Espléndido —rezongó—, este sitio llevaba mucho tiempo pareciéndome aburrido y en absoluto complicado.

Reminiscencia

La Guerra Divertida

1

A seis días de viaje hacia el norte, siguiendo la calzada costera que sale de Tal Verrar, se encuentra la quasiciudad de Salón Corbeau, asentada en el interior de una grieta inusualmente verde de las rocas negras que dan al mar. Más que una propiedad privada, pero menos que una ciudad funcional, la quasiciudad se apega a su peculiar estilo de vida bajo la sombra amenazante del monte Azar.

Por el tiempo del Trono de Therin, dicho monte volvió a la vida con una explosión, enterrando vivas a tres ciudades y a diez mil almas en cuestión de minutos. Pero en época actual parece contentarse con retumbar y meditar, enviando al mar penachos retorcidos de humo tan negros como el carbón y haciendo que las escuadrillas de cuervos vuelen sin orden ni concierto entre el humo del viejo volcán dormido. Sus laderas dan principio a las cálidas y polvorientas llanuras llamadas la *Adra Morcala*, habitadas por pocos y no queridas por nadie. Se extienden como un mar seco y agrietado hasta las regiones meridionales de Balinel, que se encuentran más hacia el oeste, y hasta el desolado cantón del Reino de los Siete Compañeros.

Locke Lamora viajó hasta Salón Corbeau el noveno día de Aurim, en el septuagésimo octavo año de Yara, durante el suave invierno de las tierras del oeste. Había transcurrido ya más de un año, por otra parte fructífero, desde que él y Jean pisaran Tal Verrar, y en la caja fuerte acorazada de la parte trasera del carruaje que Locke había alquilado bailoteaban mil solari de oro, ganados (mejor robados) al billar a cierto aristócrata, Landreval de Espara, que era inusualmente sensible a los limones.

El pequeño puerto que proveía a la quasiciudad estaba lleno a rebosar de embarcaciones pequeñas: yates, barcazas de recreo y galeras de cabotaje con velas cuadradas de seda. Muy a lo lejos, en mar abierto, un galeón y una corbeta que habían echado el ancla exhibían juntos el banderín de Lashain bajo las enseñas y colores de una familia que Locke desconocía. La brisa era suave y el sol pálido, más plata que oro por el efecto de las caliginosas exhalaciones de la montaña.

—Bienvenido a Salón Corbeau —dijo un lacayo ataviado con una librea negra y verde-oliva que se cubría con un sombrero alto de fieltro negro y tupido—. ¿Cuál es su título y cómo desea que lo anunciemos?

Cuando una mujer con librea colocó un escabel de madera bajo la puerta ya

abierta del carruaje de Locke, éste salió de él y se llevó ambas manos a la parte más estrecha de su espalda, para desperezarse muy aliviado antes de pisar el polvoriento suelo. Más abajo de sus cabellos negros engominados y de sus anteojos con armadura negra llevaba un lacio bigote negro; su gruesa casaca negra, ajustada en hombros y pecho, ondeaba desde la cintura a las rodillas y su parte inferior revoloteaba tras él como si fuera el extremo de una capa. Renunciando a llevar calzas y zapatos refinados, se había puesto unos pantalones grises y los había metido en unas botas de campaña que le llegaban hasta las rodillas, de un negro mate por culpa de la fina capa de polvo del camino que las cubría.

—Soy Mordavi Fehrwight, comerciante de Emberlain —dijo—, y dudo que necesite que me anuncien, pues no poseo ningún título importante.

—Muy bien, maese Fehrwight —dijo el lacayo con voz átona—. La noble dama Saljesca aprecia su visita a Salón Corbeau y desea ardientemente que la buena fortuna le acompañe en sus asuntos.

Aprecia su visita, se dijo Locke, tomando buena nota, *en lugar de «tiene el placer de recibirle en audiencia»*. La condesa Vira Saljesca de Lashain era la gobernante absoluta de Salón Corbeau; la quasiciudad se levantaba en uno de sus dominios. A igual distancia de Balinel, de Tal Verrar y de Lashain, fuera del radio de acción de cada uno de aquellos estados, lo cual resultaba muy conveniente, Salón Corbeau era, más o menos, un estado autónomo en el que se daba cita toda la riqueza de la costa del Mar de Bronce.

Además de la constante llegada de carruajes por las calzadas de la costa y de embarcaciones de placer por el mar, Salón Corbeau atraía otro tipo de tráfico no menos notable, en el que Locke, a su manera tan melancólica, había estado meditando durante aquel viaje.

Varios grupos de campesinos harapientos, de pobres de ciudad y de desarrapados del campo, recorrían afanosamente las polvorientas calzadas que llevaban al dominio de la noble Saljesca. Llegaban en oleadas intermitentes, pero incesantes, bajando desde las oscuras alturas de la montaña hasta aquella extraña ciudad privada.

Y aunque Locke creía saber el motivo exacto de su llegada, los primeros días que pasó en Salón Corbeau le demostraron que se confundía de un modo lamentable.

2

En un principio, Locke supuso que tendría que efectuar un viaje por mar a Lashain o a Issara para encajar las piezas finales del rompecabezas en que se había convertido el juego de la Aguja del Pecado, pero las conversaciones mantenidas con unos cuantos verraríes muy acaudalados le convencieron de que Salón Corbeau era exactamente lo que necesitaba.

Imaginaos un valle al lado del mar, excavado en una piedra tan negra como la noche, quizá de trescientos metros de largo y cien de ancho, con un pequeño puerto en su parte oeste y una playa de fina arena negra en forma de media luna. En el extremo de la parte este, una corriente subterránea brota de unas rocas hendidas, precipitándose por unas piedras dispuestas en forma de peldaños. La parte que se encuentra más arriba de la cascada se halla dominada por la residencia de la condesa Saljesca, una mansión señorial de piedra que se levanta sobre dos lienzos de murallas almenadas… una pequeña fortaleza.

Las paredes que acotan el interior de Salón Corbeau alcanzan una altura de veinte metros y se hallan ocupadas en toda su longitud por jardines colgantes. Allí crecen tupidos helechos y florecen viñas que se entrelazan, orquídeas, frutales y olivos que crean en medio de la negrura dominante una salutífera cortina de verdes y marrones, la cual se halla surcada por los pequeños meandros de agua que mantienen siempre húmedo el paraíso artificial de Saljesca.

En el mismísimo centro del valle se encuentra un estadio de forma circular, cuyos jardines, situados alrededor de su estructura de piedra, lindan con varias docenas de edificios achaparrados construidos con piedra pulimentada y maderas laqueadas. Como si estuviera subida en unos zancos, aquella ciudad en miniatura, provista de plataformas y terrazas, posee en cada uno de sus niveles varias avenidas y escaleras que definen sus contornos.

Locke subió por aquellas escaleras la tarde del día en que llegó, buscando sin prisa la pieza que le faltaba para completar el rompecabezas… Había pensado quedarse varios días, incluso varias semanas. Salón Corbeau, al igual que las casas de azar de Tal Verrar, albergaba muchísima gente ociosa y rica. Locke pasó entre comerciantes verraríes y nobles lashainíes, entre vástagos de los Compañeros occidentales, entre damas de honor de Nesse (mejor hubiera sido decir damas sobrecargadas, pues llevaban más ropajes bordados en oro de los que Locke jamás hubiera pensado que podían llevar encima) y las familias de hacendados a las que servían. Estaba seguro de haberse cruzado por aquí y por allá con camorríes de piel olivácea y maneras altivas, aunque, afortunadamente para él, ninguno era lo suficientemente importante para poder reconocerle.

¡Demasiados guardaespaldas y demasiadas espaldas que guardar! Cuerpos y rostros caros; gente que podía permitirse alquimia y medicina para curar sus achaques. Nada de úlceras supurantes ni de tumores faciales que deforman el rostro, nada de dientes mellados que asoman por fuera de encías sangrantes, nada de rostros sajados hasta quedar demacrados. Aunque la gente de la Aguja del Pecado fuera, posiblemente, más selecta, la de aquel lugar era más refinada, incluso más consentida. Varios músicos de alquiler seguían a algunos de ellos, de suerte que incluso cualquier recorrido de treinta o cuarenta metros proporcionaba nuevas

distracciones. Los hombres y mujeres ricos que rodeaban a Locke sufrían de hemorragia monetaria al son de la música. Incluso un hombre como Mordavi Fehwight gastaba menos en comer durante un mes que lo que algunos de ellos invertían a diario para que vieran lo que comían.

Su visita a Salón Corbeau se debía a aquella gente; no había ido hasta allí para robarlos, sino para aprovecharse de lo que tenía que ver con su privilegiada existencia. Donde los ricos, como si fueran pájaros de brillante plumaje, ponían el nido, los proveedores de lujos y de servicios no tardaban en aparecer. Salón Corbeau poseía una comunidad permanente de sastres, diseñadores de ropa, fabricantes de instrumentos musicales, dobladores de cristal, alquimistas, restauradores, actores y carpinteros. Ciertamente una comunidad pequeña, pero con la mayor reputación, preparada para el mecenazgo de los aristócratas y con unos precios acordes con el mismo.

Prácticamente en el centro de la galería sur de Salón Corbeau, Locke encontró la tienda por la que había hecho aquel viaje: un edificio bastante amplio de dos pisos, sin ventanas en su fachada principal. El rótulo de madera dispuesto encima de su única puerta decía así:

M. BAUMONDAIN E HIJAS

MENAJE DOMÉSTICO Y MUEBLES DE CALIDAD.

CITA PREVIA

Sobre la puerta de la tienda había un motivo con forma de pergamino, el escudo de armas de la familia Saljesca (que Locke había observado en los estandartes que ondeaban por doquier, así como en los broches de los cinturones de quienes montaban guardia en Salón Corbeau), lo cual quería decir que la noble Vira aprobaba personalmente el trabajo que hacían en ella. Puesto que Locke desconocía los gustos personales de Saljesca, apenas le importó tanto relumbrón… pero no el hecho de que la reputación de los Baumondain hubiera llegado hasta Tal Verrar.

Lo primero que haría al día siguiente sería enviar una mensajera a aquella tienda, tal y como se exigía, para solicitar una cita en la que encargar las sillas tan peculiares que necesitaba.

3

A la segunda hora de la tarde del día siguiente comenzó a caer una fina lluvia que apenas refrescaba, una especie de jirón húmedo que permaneció colgado en medio del aire y que más parecía una gasa mojada que agua cayendo del cielo. Unas borrosas columnas de bruma se arremolinaron entre la vegetación y la parte superior

del valle, logrando que las calles se quedaran libres, por una vez, de la mayor parte de su tráfico rodado. Locke, que estaba ante la puerta de los Baumondain con el agua cayéndole por la nuca, dio tres golpecitos en ella.

Casi instantáneamente la puerta se abrió hacia dentro y un hombre nervudo de unos cincuenta años que llevaba unas gafas redondas se quedó mirando a Locke. Llevaba una sencilla camisa de algodón de manga corta que dejaba ver los tatuajes gremiales azules y negros, medio descoloridos, de sus huesudos antebrazos, y un largo delantal de cuero con seis bolsillos por lo menos. La mayor parte contenían herramientas; aunque uno de ellos albergase a un gatito gris que asomaba la cabecita por él.

—¿Maese Fehrwight? ¿Mordavi Fehrwight?

—Encantado de que me haya concedido una pizca de su tiempo —comenzó a decir Locke con ligero acento vadraní, lo suficiente para sugerir que llegaba del lejano norte. Por vagancia, acababa de decidir que el tal Fehrwight hablaría en therinés lo mejor que pudiera. Locke adelantó la mano derecha para estrechar la de su interlocutor. En la mano izquierda llevaba un pequeño saco de cuero negro, cerrado con un candado—. Maese Baumondain, supongo.

—El mismo. Pase directamente, señor, y abríguese de la lluvia. ¿Le apetece un café? Permítame que le quite la casaca.

—Con mucho gusto —el vestíbulo de la tienda de los Baumondain era una habitación de techo alto con un artesonado muy confortable que recibía la luz de unas pequeñas lámparas doradas dispuestas en candelabros a lo largo de la pared. Un mostrador de puerta giratoria ocupaba la parte trasera de la habitación, detrás del cual podía ver unos estantes muy altos, llenos con muestras de maderas, tejidos, ceras y jarras de vidrio que contenían aceites. El lugar olía a madera cepillada, un olor que, aunque fuerte, no era desagradable. Delante del mostrador había una pequeña zona para sentarse, ocupada por dos soberbias sillas con cojines de terciopelo negro que descansaban encima de un tapiz.

Locke dejó en el suelo el saquito que llevaba y se volvió para que Baumondain le despojara de la mojada casaca negra; luego recogió el saquito y se sentó en la silla que estaba más cerca de la puerta. El carpintero colgó la casaca de Locke en una percha de latón dispuesta en la pared.

—Un momento, por favor —dijo, y desapareció detrás del mostrador. Desde la posición ventajosa en que se encontraba, Locke alcanzó a ver que una puerta cubierta con una cortina llevaba desde detrás del mostrador a lo que según él debía ser el taller. Baumondain levantó uno de los lados de la cortina y exclamó—: ¡Lauris! ¡El café!

Era evidente que la contestación apagada que, proveniente del taller, llegó hasta él, debió de parecerle satisfactoria, porque acto seguido salió rápidamente de detrás

del mostrador y se sentó en la silla que estaba enfrente de Locke, imprimiendo en su rostro curtido una mueca que quería ser una sonrisa de bienvenida. Momentos después, la cortina volvió a abrirse para dar paso a una muchacha pecosa de quince o dieciséis años, de cabellos castaños y tan grácil de constitución como su padre, aunque mucho más musculosa en brazos y hombros. Llevaba por delante de ella una bandeja de madera con jícaras de plata y tazas, y cuando pasó por la puerta del mostrador, Locke vio que la bandeja tenía patas como si fuera una mesa pequeña.

Dispuso el servicio de café entre Locke y su padre, justo al lado de cada uno de ellos, y saludó a Locke con una respetuosa inclinación de cabeza.

—Mi hija mayor, Lauris —dijo maese Baumondain—. Lauris, te presento a maese Fehrwight, de la casa de Bel Sarethon, de Emberlain.

—Encantado —dijo Locke. Como Lauris estaba muy cerca pudo observar que algunas pequeñas virutas de madera habían llegado a sus cabellos.

—A su servicio, maese Fehrwight —dijo Lauris con una nueva reverencia mientras se preparaba para servir el café, y entonces vio al pequeño gatito gris que sacaba la cabeza por uno de los bolsillos del delantal de su padre—. Padre, te has olvidado de Vivaracho. ¿Quieres seguir teniéndolo encima mientras te tomas el café?

—¿Lo tengo? Oh, querida, ya veo que está conmigo —Baumondain bajó las manos y sacó al gatito del bolsillo del delantal. A Locke le extrañó que se quedara como muerto entre sus manos, con las patas y el rabo colgando y la cabecita repantigada. ¿Qué gato que se respete puede seguir durmiendo mientras lo levantan y lo llevan por el aire? Y entonces, cuando Lauris tomó a Vivaracho entre sus manos y le dio la vuelta, supo la respuesta. El gatito tenía los ojos abiertos, unos ojos que eran sorprendentemente blancos.

—Esta criatura ha sido apaciguada —comentó Locke con voz muy baja cuando Lauris regresó al taller.

—Me temo que así es —dijo el carpintero.

—Jamás había visto nada semejante. ¿Qué propósito tiene el apaciguar a un gato?

—Ninguno, maese Fehrwight, ninguno —la sonrisa de Baumondain había desaparecido para ser sustituida por una expresión de cansancio y desagrado—. Es evidente que yo no fui el responsable de tal cosa. Mi hija menor, Parnella, se lo encontró abandonado detrás de Villa Verdante —Baumondain se refería a la enorme posada de lujo donde se hospedaban aquellos visitantes de Salón Corbeau que pertenecían a la nobleza menor y los individuos adinerados que no eran huéspedes privados de la noble Saljesca. Locke se hospedaba en ella.

—Qué cosa tan extraña.

—Le pusimos el nombre de Vivaracho casi por burla, porque apenas lo es. Tenemos que encantusarle para que coma y casi obligarle a que… excrete, ya sabe. Parnella pensó que sería un acto de caridad aplastarle la cabeza, pero Lauris no quiso

ni escucharlo, y yo no pude negarme a que se lo quedara. Usted debe pensar que soy un viejo caduco y débil.

—En absoluto —dijo Locke, disintiendo con la cabeza—. El mundo ya es lo suficientemente cruel para que nosotros hagamos que lo sea más; apruebo lo que usted hizo. Lo que quería decir es que me parece muy extraño que alguien haya hecho una cosa semejante.

—Maese Fehrwight —el carpintero se lamió los labios con nerviosismo—. Usted parece una persona muy humana… y comprenderá que nuestra posición nos permite hacer de continuo un negocio muy lucrativo. Mis hijas gozarán de una buena herencia cuando les entregue esta tienda. Pero hay cosas… hay cosas que tienen que ver con Salón Corbeau, cosas que suceden, en las que nosotros, los artesanos, no podemos entrometernos. *No debemos*. Creo que sabe lo que quiero decir.

—Lo sé —dijo Locke, un tanto deseoso de que aquel hombre recobrara el buen humor. No obstante, tomó mentalmente nota de lo sucedido por si acaso se decidía a investigar acerca de lo que, fuera lo que fuese, preocupaba tanto al carpintero—. Y seguiré su consejo. Y ahora, si me lo permite, no hablemos más de ese asunto, sino de negocios.

—Es muy amable —dijo Baumondain con evidente alivio—. ¿Cómo le gusta el café? Tengo leche y miel.

—Con miel, por favor.

Baumondain vertió el humeante café de una de las jícaras de plata en una taza de cristal grueso y comenzó a añadirle miel con una cucharilla hasta que Locke le indicó por señas que parase. Locke tomó un sorbo de su taza mientras Baumondain bombardeaba la suya con la cantidad de leche suficiente para que su contenido pasara del negro al marrón oscuro. Era un café de calidad, rico y muy caliente.

—Le felicito —murmuró Locke, que sentía la lengua ligeramente escaldada.

—Es de Issara. ¡La familia de la condesa Saljesca se lo toma como si fuera agua! —dijo el carpintero—. Los demás se lo compramos a sus proveedores en paquetes de diez kilos cuando pasan por aquí. Y ahora pasemos a nuestros asuntos; su mensajera me contó que deseaba hablar de un encargo que, según sus propias palabras, era muy *particular*.

—Sí, bastante particular —dijo Locke— por su diseño, y también por el uso que quiero darle, que parece una excentricidad. Pero le aseguro que me corre mucha prisa.

Locke dejó la taza y subió el saquito hasta su regazo; luego sacó un llavín de uno de los bolsillos de su chaleco y abrió el candado. Rebuscó dentro y extrajo varias hojas de pergamino.

—Supongo que estará familiarizado con el estilo de los últimos años del Trono de Therin —dijo Locke—. Me refiero a los del final, justo antes de que Talathri muriera

combatiendo con los magos de la Liga —cuando le pasó una de aquellas hojas a Baumondain, éste se quitó las gafas para examinarla.

—Oh, ciertamente —dijo muy despacio el carpintero—, el barroco de Talathri, también llamado el «Último Florecimiento». Sí, ya he fabricado con anterioridad objetos de este estilo… y también Lauris. ¿Está interesado en él?

—Necesito un juego de sillas —dijo Locke—, cuatro para ser exactos, con respaldo de cuero y madera no cortada transversalmente, laqueada con incrustaciones de oro auténtico.

—La madera no cortada transversalmente es bastante delicada, y no resiste un uso prolongado. Si lo que desea es sentarse en esas sillas con regularidad, le recomiendo la madera de álamo negro.

—Mi patrón —dijo Locke— sabe lo que quiere, aunque sus gustos sean peculiares. Insistió varias veces en que la madera fuera como le digo, para estar seguro de que le había comprendido.

—Bien, supongo que si usted quisiera que las hiciera de mazapán, pues tendría que hacerlas de mazapán… pero dejando bien claro de que le había advertido en contra de su uso prolongado.

—Por supuesto. Y ahora, maese Baumondain, permítame que le asegure que usted no será culpable de nada en cuanto estas sillas salgan de su taller.

—Oh, siempre respondo de mi trabajo, pero lo que nunca podré hacer, maese Fehrwight, es conseguir que una madera blanda se convierta en dura. Entonces, de acuerdo, le mostraré unos cuantos libros donde podrá observar excelentes muestras de ese estilo. Aunque su artista haya hecho un buen boceto, me gustaría poder ofrecerle una amplia variedad donde elegir…

—No faltaría más —dijo Locke, y siguió degustando el café mientras el carpintero se levantaba y se dirigía hacia la puerta del taller.

—¡Lauris! —dijo a voz en grito—, los tres volúmenes de Velonetta… sí, ésos.

Regresó poco después, llevando entre los brazos, como si los acunase, tres gruesos tomos encuadernados en piel que olían a viejo y a algún conservante alquímico.

—Velonetta —comentó mientras se sentaba y ponía los libros encima de su regazo—. Estará familiarizado con ella, ¿no? Pues fue la estudiosa más notable del Último Florecimiento. Sólo hay seis coleccionistas en todo el mundo que posean estos ejemplares, al menos por lo que yo sé. La mayor parte de estas páginas tratan de escultura, pintura, música, alquimia… pero también las hay de mobiliario y de gemas que bien valen el precio que cuesta su extracción. Si me hace el favor…

Invirtieron media hora en estudiar larga y detenidamente los esbozos que Locke había llevado consigo y las páginas que Baumondain se empeñaba en mostrarle. De tal suerte, entre los dos llegaron a un acuerdo amistoso en lo concerniente a cómo iba

a ser el diseño final de las sillas que se llevaría «maese Fehrwight». Baumondain sacó un *stilus* y garrapateó unas cuantas notas que apenas eran legibles. Locke jamás había caído en la cuenta del sinnúmero de detalles que precisa la construcción de una silla; para cuando terminaron de comentar lo concerniente a patas, brazos, rellenos de los cojines, pieles, molduras y carpintería, la cabeza le daba vueltas.

—Excelente, maese Baumondain, excelente —fue lo único que pudo decir—. Esto es lo que quiero, en madera no cortada transversalmente, laqueada en negro, con hojas de oro en las decoraciones incisas y en los remaches. Tiene que dar la impresión de que acabaran de salir de la corte del emperador Talathri ayer mismo, aún nuevas y sin haberse quemado.

—Ah —dijo el carpintero—, entonces eso crea una nueva cuestión un tanto delicada. Sin querer ofenderle en lo absoluto, debo dejar claro que no puede hacerlas pasar por originales. Serán reconstrucciones exactas de muebles de ese estilo, facsímiles perfectos de tan gran calidad que superen a cualquier otro mueble que pueda encontrarse en la actualidad… como le diría cualquier experto. Aunque haya muy pocos, ninguno confundiría una brillante reconstrucción con el original, por modesto que fuera. El original ha dispuesto de años para envejecer; nuestras sillas se verán nuevas.

—Comprendo a qué se refiere, maese Baumondain. No tema; la función de estas sillas tiene que ver con la excentricidad y no con el engaño. Le doy mi palabra de que estas sillas jamás pasarán por originales. Y, además, el hombre al que están destinadas es un experto.

—Entonces, perfecto. Todo está bien. ¿Algo más?

—Sí —dijo Locke mientras le pasaba las dos hojas de pergamino, llenas de bocetos, que se había reservado para el final—; ahora que nos hemos puesto de acuerdo en el diseño del juego de sillas, esto (o algo que se le parezca mucho, por supuesto que sujeto a las expertas adaptaciones que haga usted) *tiene* que quedar incluido en él.

Mientras se quedaba absorto ante las implicaciones que suponían los nuevos bocetos, Baumondain enarcó tanto las cejas que fue como si éstas subieran todo lo más que se lo permitía la frente antes de caer disparadas hacia abajo, como si fueran tiros de ballesta que acabaran de llegar a su cenit.

—Es una curiosidad muy singular —dijo finalmente—. Algo demasiado extraño para incluirlo en el diseño… No estoy completamente seguro…

—Es esencial —dijo Locke—. Esto que le indico o algo que se le parezca mucho, pero siempre dentro de los límites de su discreción. Es absolutamente necesario. Mi patrón no encargará las sillas a menos que posean los nuevos detalles que le indico. El precio no será ningún problema.

—Es posible —dijo el carpintero después de unos segundos de reflexión—.

Posible si cambiamos ligeramente el diseño. Creo que comprendo su intención, pero puedo mejorar la idea… será necesario si las sillas siguen teniendo que ser sillas. ¿Puedo preguntarle por qué añadir estos nuevos detalles?

—Mi patrón es un viejo amigo, pero, como ya habrá podido adivinar, bastante excéntrico y mortalmente obsesionado por el fuego. Tiene miedo de verse atrapado por las llamas dentro de su estudio o en la biblioteca que tiene en una torre. Supongo que ya habrá visto que esos adminículos pueden darle cierta tranquilidad.

—Ya me había dado cuenta —murmuró Baumondain y, mientras hablaba, su asombro y renuencia fueron mudándose en interés ante el desafío profesional que se le presentaba.

A partir de aquel momento ya sólo fue una cuestión de regateo, aunque educado, respecto a detalles cada vez más puntuales, hasta que Locke pudo conseguir que Baumondain sugiriera un precio.

—Una vez que lleguemos a un acuerdo, maese Fehrwight, ¿en qué moneda efectuará el pago?

—Los solari me parecen más convenientes.

—Entonces… digamos que ¿seis solari por silla? —Baumondain hablaba con fingida indiferencia; aquella oferta inicial era demasiado abusiva incluso para una artesanía de lujo. Lo lógico hubiera sido que Locke regatease para bajar el precio; pero en lugar de ello sonrió y asintió.

—Si seis solari por silla es lo que pide, entonces serán seis por silla.

—¡Oh! —exclamó Baumondain, demasiado sorprendido para comprender que debía sentirse contento—. Oh, entonces todo va bien. Aceptar su encargo será un gran placer para mí.

—Aunque ese precio estaría bien en circunstancias ordinarias, permítame que en las presentes haga lo que considero más conveniente para los dos —Locke metió una mano dentro de su saco y extrajo de él una bolsa de monedas, contando veinticuatro solari de oro que depositó encima de la pequeña bandeja de café mientras Baumondain le miraba cada vez más excitado—. Aquí los tiene, por adelantado. Prefiero llevar monedas de mucho valor cuando vengo a Salón Corbeau. Esta ciudad necesita un prestamista.

—Pues muchas gracias, maese Fehrwight, ¡muchas gracias! No me hubiera imaginado… Ahora permítame que prepare la orden de pedido y los recibos que usted podrá llevarse, y daremos el asunto por terminado.

—Permítame usted que le pregunte si cuenta con todos los materiales precisos para cumplir el encargo de mi patrón.

—¡Oh, sí! Los tengo aquí, a la misma altura que mi cabeza.

—¿Almacenados aquí mismo, en su establecimiento?

—Eso es lo que quería decir, maese Fehrwight.

—¿Y cuánto puedo suponer que tardará en terminarlo?

—Hmmm… contando con los trabajos pendientes y la prisa que tiene… unas seis semanas, posiblemente siete. ¿Vendrá a recogerlo personalmente o pensamos en preparar su envío?

—Había pensado en un tiempo un poco más ajustado.

—Ah, bueno… teniendo en cuenta que ha sido muy educado, estoy seguro de que podré hacer algunos reajustes en mi calendario de entregas. ¿Qué tal cinco semanas?

—Maese Baumondain, si usted y sus hijas centraran exclusivamente toda su atención en el encargo de mi patrón y comenzaran esta misma tarde a hacerlo con la mayor diligencia posible, ¿de qué tiempo estaríamos hablando?

—Oh, maese Fehrwight, maese Fehrwight, tiene que comprenderlo, tengo otros encargos pendientes de clientes con cierta clase. Gente *importante*, si me comprende.

Locke dejó cuatro monedas encima de la bandeja.

—¡Maese Fehrwight, sea razonable! ¡Sólo son sillas! Pondré el mayor esfuerzo posible en acabar su encargo cuanto antes, pero no puedo dejar a un lado a los clientes que tengo o sus muebles…

Locke dejó otras cuatro monedas al lado del pequeño montón que formaban las anteriores.

—Maese Fehrwight, por favor, si no tuviéramos clientes a los que satisfacer, le dedicaríamos todo nuestro esfuerzo por mucho menos. ¿Qué posible disculpa podría esgrimir ante ellos?

Locke dejó ocho monedas entre los dos montoncitos de a cuatro, añadiendo al conjunto una nueva torre.

—¿Qué me dice ahora, Baumondain? Cuarenta solari, cuando estaba muy contento de cobrar veinticuatro…

—Señor, por favor, lo único que puedo decirle es que, en justicia, los clientes que hicieron sus encargos antes que usted tienen más derecho…

Locke suspiró y dejó diez solari más encima de la bandeja, derribando los montones de monedas y vaciando su bolsa.

—Está escaso de materiales: maderas, aceites o cueros que son esenciales, yo qué sé. Y tiene que pedirlos: seis días para que el pedido llegue a Tal Verrar y otros seis para que esté de vuelta. Seguro que ya le ha sucedido antes. Seguro que puede explicarlo.

—Oh, pero el agravio; estarán muy molestos…

Locke extrajo de su saco de mano una segunda bolsa de monedas y le apuntó con ella como si fuera un puñal.

—Guarde parte de su dinero. Aquí hay más —y agitó la bolsa como accidentalmente. El *clink-clink-clink* del metal al chocar contra el metal resonó en la habitación.

—Maese Fehrwight —dijo el carpintero—, ¿quién es usted?

—Alguien que tiene una obsesión evidente por las sillas —Locke dejó caer la bolsa medio llena al lado del montón de monedas que ocupaba la bandeja—. Hasta cien solari. Cancele las demás citas, deje a un lado los demás encargos, discúlpese con quien sea y embólsese el dinero. ¿Cuánto le llevará?

—Quizá una semana —dijo Baumondain con un susurro de derrota.

—¿Estamos de acuerdo, entonces, en que hasta que no haya terminado mis sillas este lugar será la Tienda de Muebles Fehrwight? Tengo más oro guardado en la caja fuerte de Villa Verdante. Tendrá que matarme si lo que quiere es que no siga insistiendo mientras usted no hace más que repetir «no». ¿Cerramos el trato?

—¡Sí, y que los dioses nos ayuden a ambos!

—Pues, venga, chóquela. Usted a trabajar, y yo a pasar el tiempo en mi posada. Si necesita que vea algo, envíeme un recado. Me quedaré en ella hasta que haya terminado.

4

—Como puede ver, no tengo nada en las manos, y es impensable que pueda esconder nada en las mangas de una camisa tan bien cortada.

Locke estaba de pie ante el espejo, de cuerpo entero, de la suite que había alquilado en Villa Verdante, vestido solamente con las calzas y una camisa muy ligera de fina seda. Se había remangado los puños de la camisa y miraba fijamente su propio reflejo.

—Es evidente que me resultaría imposible sacar un mazo de cartas del aire… un momento, ¿qué tenemos aquí?

Movió con una floritura su mano derecha hacia el espejo y un mazo de cartas se deslizó torpemente por ella, dispersándose en un caos de aleteos mientras caía al suelo.

—Oh, mierda, joder —musitó Locke.

Disponía de una semana de tiempo libre, y sus artes de prestidigitación mejoraban a un ritmo tan lento que era como una tortura. Locke no tardó en centrar su atención en la curiosa institución que dominaba el corazón de Salón Corbeau, la razón por la que tantos ricos ociosos peregrinaban a aquel lugar, la razón por la que tantas personas desesperadas y oprimidas se comían el polvo que levantaban los carruajes de aquéllos mientras se dirigían afanosamente hacia su mismo destino.

La llamaban la Guerra Divertida.

El estadio de la noble Saljesca era una réplica en miniatura del legendario *Stadia*

Ultra de Therim Pel. Era tan perfecta que incluso tenía las doce estatuas en mármol de los dioses, quienes, dentro de unos nichos de piedra dispuestos a gran altura, miraban hacia el exterior. Encaramados en sus cabezas y hombros divinos, los cuervos graznaban indiferentes a la apretada muchedumbre que se congregaba ante sus puertas. Mientras se abría paso entre el gentío, Locke descubrió en él todas las profesiones conocidas por el hombre. Había físicos que cloqueaban a hombres mayores, porteadores de litera que llevaban a los enfermos (o a los vagos que no tenían vergüenza), músicos y juglares, guardias, traductores y docenas de hombres y de mujeres que agitaban abanicos o cuidaban de grandes parasoles de seda, como si fueran una especie de frágiles champiñones humanos que persiguieran a sus patrones bajo el creciente sol de la mañana.

Al contrario de la Palestra Imperial, tan ancha que ni siquiera el arquero más fuerte podía abarcarla de lado a lado con una flecha, o eso se decía, la recreación construida por la noble Saljesca alcanzaba un diámetro de cincuenta metros. No tenía asientos para la gente corriente; sus tersas paredes de piedra se elevaban siete metros por encima del suelo, que había sido construido con la misma piedra, para terminar en unas galerías de gran lujo cuyos parasoles ondeaban suavemente bajo la brisa.

Tres veces al día, los guardias con librea de la noble Saljesca abrían sus puertas a los visitantes más selectos de Salón Corbeau. Aunque en el estadio había una galería sin asientos (que incluso tenía una vista bastante buena) gratuita, la gran mayoría de quienes entraban en él sólo se fijaban en los asientos y en los palcos de lujo, que sólo se podían reservar a cambio de una considerable suma de dinero. Al no ir vestido a la moda, Locke decidió que aquella visita suya a la Guerra Divertida, la primera, bien podría hacerla de pie. Una persona tan irrelevante como Mordavi Fehrwight no tenía ninguna reputación que proteger.

La cuadrícula formada por los escaques de mármol blancos y negros del suelo de la palestra, cada uno de un metro de lado, brillaba bajo el sol. Sus dimensiones eran de veinte por veinte de aquellos cuadrados, como si se tratara de un tablero gigante del juego conocido por el nombre de «Atrapa al Duque». Pero, mientras que en éste se empleaban piezas talladas en madera o en marfil, las del juego de Saljesca estaban vivas, pues los pobres y los indigentes ocupaban aquel tablero, cuarenta en cada bando, ataviados con unos tabardos blancos y negros para distinguirse los unos de los otros. Aquel extraño empleo era el motivo de que efectuaran el largo, incómodo y arriesgado viaje que finalizaba en Salón Corbeau.

Locke ya había visto antes las dos grandes barracas, situadas detrás del estadio de la condesa Saljesca y fuertemente guardadas, adonde los pobres eran conducidos nada más llegar a Salón Corbeau. En ellas les obligaban a asearse y dos veces al día les proporcionaban una comida de lo más corriente durante el tiempo indefinido que permanecieran allí. A cada uno de los «aspirantes», como se les llamaba, se le

asignaba un número. Tres veces al día el azar designaba los miembros de los dos equipos, de a cuarenta cada uno, que tomarían parte en la Guerra Divertida. La única regla de la Guerra consistía en que las piezas vivas tenían que quedarse quietas o moverse según se les ordenara. Los niños de entre ocho y nueve años se contaban entre los aspirantes más jóvenes. El que se negaba a participar cuando salía su número, era expulsado inmediatamente de la quasiciudad de Saljesca, para no volver jamás. Sin víveres ni adiestramiento, ser arrojado a las calzadas de aquella tierra tan árida equivalía a la pena de muerte.

Los aspirantes entraban en el ruedo escoltados por dos docenas de guardias de Saljesca que iban armados con escudos curvos y bastones de madera laqueada. Eran hombres y mujeres robustos que se movían con la seguridad que da una vida llena de duras experiencias; ni siquiera un levantamiento general de los aspirantes podría prevalecer contra ellos. Los guardias situaban a los aspirantes en el tablero según sus posiciones de partida, cuarenta «piezas» blancas y cuarenta «piezas» negras, con dieciséis filas de cuadrados entre cada uno de aquellos ejércitos de dos filas.

En el extremo opuesto del estadio se encontraban dos galerías especiales de palcos. Si el color de las cortinas de seda que cubrían la primera era negro, el de las que hacían lo propio con la segunda era blanco. Aquellos palcos se reservaban con mucha antelación y mediante una lista de espera, al igual que hacen los dueños de las casas de azar a la hora de reservar las mesas de billar o las salas privadas para ciertas horas. Todo aquel, fuera quien fuese, que reservaba una galería y su color tenía el poder absoluto, mientras durase la Guerra, de dar órdenes a la formación de dicho color.

Aquella mañana, la Señora Blanca de la Guerra era una joven vizcondesa de Lashain cuyo séquito parecía tan nervioso por aquel asunto como ella entusiasmada; daba la impresión de que garrapateaban notas y consultaban cartas. El Señor Negro de la Guerra era un hombre de Iridan de mediana edad, con la apariencia calculadora y de persona bien alimentada que tan bien cuadra al comerciante próspero. Un hijo y una hija, muy pequeños, le acompañaban en su palco.

Aunque las piezas humanas podían llevar (mediante el común acuerdo de ambos jugadores) unos tabardos especiales que les concedían privilegios o facultades de movimiento inusuales, las reglas de aquella Guerra Divertida, en particular, parecían ser las mismas que rigen el juego de «Atrapa al Duque». Quienes controlaban el juego comenzaron a proferir órdenes, de suerte que aquél fue progresando lentamente, con piezas blancas y negras que se iban acercando hacia las contrarias, eso sí, con mucho nerviosismo, mientras se acortaba la distancia que separaba a ambos ejércitos. Locke se sintió perplejo por la reacción de la muchedumbre que atestaba el estadio.

En los palcos había sus buenos sesenta o setenta espectadores, con el doble de

criados, guardaespaldas, ayudantes y mensajeros cerca de ellos, sin mencionar a los encargados de la comida, todos ataviados con la librea de la casa de Saljesca, que a toda prisa iban y venían de un lado para otro para servir lo que se les había pedido. El mosconeo de que hacían gala para anticiparse a los deseos de sus clientes parecía completamente incongruente con la lentitud con que se desarrollaba la confrontación que tenía lugar en los escaques.

—¿Por qué les parece esto tan condenadamente fascinante? —comentó para sí Locke, hablando en vadraní.

Pero cuando se perdió la primera pieza, los Demonios salieron al ruedo.

La Señora Blanca de la Guerra había colocado mal una de sus piezas, que era un hombre de mediana edad. Aunque la mayor parte de su ejército esperaba detrás de él, en lo que parecía una trampa evidente, el Señor Negro de la Guerra creyó que el intercambio valía la pena. Así pues, después de escuchar las órdenes que el Ayudante Negro acababa de darle a voz en grito, una chica de menos de veinte años vestida de negro dio un paso desde el cuadrado que se encontraba alineado en diagonal con el ocupado por el hombre de mediana edad, y tocó a éste en el hombro. Él agachó la cabeza; los aplausos de alegría de la multitud fueron eclipsados poco después por el salvaje alarido que brotó de alguna parte situada en el extremo del estadio que quedaba a la izquierda de Locke.

Seis hombres acababan de entrar corriendo en la palestra por una puerta lateral, todos ellos ataviados con unos trajes de cuero muy historiados que hacían ondear al viento los adornos rojos y naranja que los cubrían; se ocultaban el rostro con unas máscaras muy grotescas de los mismos colores, de las que colgaban unas guedejas negras de aspecto salvaje. Cuando levantaron los brazos gritando y berreando despropósitos, y echaron a correr a donde se encontraba el hombre que se humillaba, la muchedumbre los vitoreó; entonces aquel hombre fue empujado entre sollozos hacia uno de los lados del tablero viviente y exhibido ante el gentío como un animal al que fueran a sacrificar. Uno de los Demonios, un hombre de voz atronadora, señaló al Señor Negro de la Guerra y exclamó:

—¡Enuncia el castigo!

—Quiero enunciarlo yo —dijo el muchachito que se encontraba en el palco del comerciante.

—Acordamos que tu hermana lo haría antes que tú. ¡Teodora, enuncia el castigo! —la niña observó la palestra con mucha concentración y susurró algo a su padre, que se aclaró la garganta y exclamó—: ¡Quiere que los guardias le golpeen con sus porras! ¡En las piernas!

Y así se hizo: los Demonios agarraron a aquel hombre que, con los miembros desmadejados, se retorcía y gritaba, para que dos guardias le tiraran al suelo. El sonido de sus porras al caer sobre él resonó en la palestra; le aporrearon en muslos,

espinillas y pantorrillas hasta que el Demonio jefe agitó las manos para que parasen. La audiencia aplaudió con educación (aunque no con mucho entusiasmo, o eso le pareció a Locke), y los Demonios sacaron a aquel hombre, convulso y lleno de sangre, por la puerta del estadio.

Pero regresaron enseguida, pues una de las piezas blancas había eliminado a una de las negras en la siguiente jugada.

—¡Enuncia el castigo! —aquellas tres palabras volvían a resonar en la palestra.

—¡Vendo el derecho de enunciarlo por cinco solari! —exclamó la vizcondesa de Lashain—. ¡Al primero que lo diga!

—¡Lo compro! —exclamó un viejo, vestido con terciopelo y brocado de oro, que se encontraba en la zona sin asientos. El Demonio jefe le señaló con el dedo y el viejo señaló a su vez a su ayudante, vestido con levita, que se encontraba justo detrás de él. El ayudante entregó una bolsa a uno de los guardias de Saljesca, que la llevó hasta el otro lado del estadio, donde se encontraba el palco de la Señora Blanca de la Guerra, y la lanzó dentro. Acto seguido, los Demonios agarraron a la joven vestida de negro y se la llevaron al viejo para que la examinara, quien, después de comérsela con los ojos, ordenó—: ¡Arrancadle la ropa!

El tabardo negro de la joven y la ropa de algodón que llevaba debajo, bastante sucia, fueron desgarrados por las fuertes manos de los Demonios, de suerte que ella quedó desnuda en pocos segundos. Dispuesta a no dar el mismo espectáculo que el hombre que la había precedido, lanzó una mirada gélida al viejo, la misma con que le hubiera obsequiado un miembro de la nobleza menor o un príncipe de los comerciantes, y guardó silencio.

—¿Eso es todo? —preguntó el Demonio jefe.

—En absoluto —contestó el viejo—. ¡Arrancadle también el pelo!

Al oírlo, la muchedumbre irrumpió en vítores y aplausos. Entonces la joven dio muestras, por primera vez, de estar asustada. Tenía una cabellera de color negro, espesa y muy brillante, que le llegaba hasta la cintura, algo de lo que hubiera podido sentirse orgullosa cualquier persona que no tuviera dinero… quizá lo único de lo que podía enorgullecerse. Para contentar a la muchedumbre, el Demonio jefe exhibió una reluciente daga curva por encima de su cabeza y rugió de placer. La mujer se debatió contra los cinco pares de brazos que la tenían sujeta, pero no pudo soltarse. Lenta y dolorosamente, el Demonio jefe fue cortando sus largas trenzas negras… que cayeron revoloteando al suelo hasta que éste se llenó con ellas y el cuero cabelludo de la joven quedó convertido en algo parecido a un césped cortado irregularmente y lleno de rastrojos. Mientras la sacaban de la palestra, demasiado aturdida para seguir debatiéndose, unos hilillos de sangre le corrían por cabeza y cuello.

Y así prosiguió aquel juego, mientras Locke se sentía cada vez más incómodo, y el sol implacable surcaba el cielo, y las sombras se hacían cada vez más pequeñas.

Las piezas humanas se movían por los escaques que relucían al sol, sin agua ni descanso, hasta que las sacaban del tablero y cumplían el castigo elegido por el Señor de la Guerra de turno. Locke no tardó en comprender que el castigo podía ser cualquier cosa excepto la muerte. Los Demonios cumplían las órdenes con frenético entusiasmo, haciendo mucho teatro cada vez que infligían una nueva herida o humillación para contentar a la muchedumbre.

Dioses, pensó Locke, *creo que ninguno ha venido a presenciar el juego. Sólo están aquí para ver cómo se cumplen los castigos.*

La función de los guardias armados que formaban en fila no era otra que la de impedir cualquier posibilidad de negativa o de rebelión. Las «piezas» que se negaban a ir al puesto asignado o que tenían el atrevimiento de abandonar sus cuadrados sin ninguna orden previa eran golpeadas hasta obedecer. Y todas obedecieron, aunque la crueldad de los castigos no disminuyó mientras el juego seguía su curso.

—¡Fruta podrida! —exclamó el niño sentado en el palco del Señor Negro de la Guerra, y así se hizo: una mujer mayor de tabardo blanco fue llevada ante uno de los muros del estadio y cuatro Demonios la asaetearon con manzanas, peras y tomates. Después de que cayera al suelo, siguieron disparando hasta que aquella mujer sólo fue un montón informe de fruta estremecida que doblaba sus débiles brazos para protegerse, hasta que la pared que se encontraba tras ella se cubrió con pulpa machacada y jugo que chorreaba hasta el suelo.

El desquite de la jugadora que mandaba a las piezas blancas fue inmediato. Como el hombre vestido de negro al que acababa de eliminar era joven y robusto, se reservó para sí el castigo.

—Debemos mantener limpio el estadio de nuestra anfitriona. Llevadlo ante el muro manchado de fruta, ¡y que lo limpie con la lengua! —exclamó.

Al oírlo, el gentío aplaudió salvajemente; el Demonio jefe empujó hasta el muro al hombre que estaba en la palestra para ordenarle a voz en grito:

—¡Comienza a lamer, escoria!

Y como sus primeros intentos no fueron muy alentadores, otro Demonio sacó un látigo de nueve colas y le atizó en los hombros, haciendo que chocara de frente con el muro con tanta fuerza que comenzó a sangrar por la nariz.

—¡Gánate lo que cuestas, maldito gusano! —exclamó el Demonio mientras le propinaba un nuevo latigazo—. ¿Acaso no has oído decir a la señora que emplees la lengua?

El hombre recorrió de arriba abajo el muro con la lengua, desesperado para ganar unos pocos segundos antes de escuchar nuevamente el chasquido del látigo que empuñaba aquel Demonio. Cuando finalmente lo sacaron fuera de la palestra, era un despojo que, habiendo perdido los nervios, sangraba y vomitaba.

Y así transcurrió toda aquella mañana.

Dioses, ¿por qué lo soportan? ¿Por qué lo aceptan?, Locke estaba sólo en la galería, mirando a los ricos y poderosos, a sus criados y guardaespaldas, a las menguantes filas de piezas humanas del tablero dispuesto más abajo. Sudaba bajo sus pesados ropajes negros y se sentía melancólico.

Allí estaban las personas más ricas y desocupadas de todo el orbe de Therin, sin obligaciones políticas que las constriñeran, congregadas para hacer lo que la ley y la costumbre prohibían fuera del dominio privado de Saljesca… para humillar y embrutecer a cualquiera de sus inferiores que se prestara a ello, y sólo por simple regocijo y entretenimiento. La palestra y la Guerra Divertida eran simples medios que llevaban a algún fin.

Pero en él no había orden ni justicia. Los gladiadores y prisioneros que combatían delante de una muchedumbre lo hacían por alguna razón, arriesgar la vida a cambio de la gloria o conseguir el dinero de su rescate. Los hombres y las mujeres colgaban de la horca porque el Guardián Avieso tenía demasiado trabajo para poder ayudar a todos los locos, lerdos y desafortunados de este mundo. Pero aquello era algo lascivo.

Locke sintió que la ira le crecía como un chancro dentro de las tripas.

No tenían ni idea de quién era él ni de lo que era capaz. ¡Ni idea de lo que la Espina de Camorr pudiera hacerles en cuanto abandonara Salón Corbeau y Jean estuviera a su lado! Con varios meses para hacer planes y observar, los Caballeros Bastardos podrían acabar con aquel lugar, descubrir algún modo de interferir en la Guerra Divertida, seguro… robar a los asistentes, robar a la noble Saljesca, causar embarazo y molestias a todos aquellos bastardos, ennegrecer tanto la reputación de la quasiciudad que nadie quisiera volver a visitarla.

Pero…

Guardian Avieso, ¿por qué no ahora? ¿Por qué no me muestras ahora cómo conseguirlo?

Jean le esperaba en Tal Verrar, donde ambos estaban casi metidos hasta el cuello en un juego que les había costado un año de preparativos. Jean no sabía nada de lo que sucedía en Salón Corbeau. Esperaba que Locke regresara pronto con un juego de sillas para que los dos pudieran seguir con el plan que habían preparado, un plan tan precario que les llevaba a una situación desesperada.

Maldita sea, que todos se vayan al infierno.

5

Camorr, años antes. Las húmedas y sofocantes brumas rodeaban a Locke, que por entonces aún era un niño, y al padre Cadenas, que ya era un hombre mayor, con unas cortinas grises que tenían el color de la medianoche, mientras ambos regresaban a su hogar después de su primera entrevista conjunta con Vencarlo Barsavi, el Capa de

Camorr. Locke, ebrio y empapado en sudor, se agarraba al lomo de su cabra apaciguada para no caerse.

—No, Locke, no perteneces a Barsavi. Es un hombre importante por lo que es, un buen aliado para estar a nuestro lado, y un hombre ante el que siempre debes aparentar que le obedeces. Pero no es tu dueño. Ni yo tampoco lo soy.

—Entonces, ¿no tengo que…?

—¿Respetar la Tregua Secreta? ¿Ser un buen *pethon?* Sólo tienes que dar la impresión de que cumples todo eso, Locke. Y sólo para mantener a los lobos lejos de la puerta. A menos que en los últimos dos días hayas estado ciego y sordo, ya deberías saber que intento hacer de ti, de Calo, de Galdo y de Sabetha —reveló Cadenas con feroz mueca—, la puñetera saeta de ballesta capaz de apuntar al corazón de la tan cacareada Tregua Secreta de Vencarlo.

—Uh… —Locke estuvo pensando durante unos instantes—. ¿Por qué?

—Bueno. Es… complicado. Es algo que tiene que ver con lo que soy y con lo que, así lo espero, tú podrás ser algún día. Un sacerdote que haya hecho los votos al servicio del Guardián Avieso.

—¿Está haciendo el Capa algo malo?

—Pues… —dijo Cadenas—, ésa es una buena pregunta, chaval. ¿Está haciendo lo correcto por la Buena Gente? Sí, por los dioses… la Tregua Secreta mantiene domesticada a la Guardia ciudadana, no crispa las cosas, hace que ahorquen a muchos menos de los nuestros. Pero cualquier sacerdocio tiene lo que nosotros llamamos preceptos… leyes impuestas por los propios dioses a aquellos que los servimos. En la mayoría de los templos se trata de cosas complicadas, liosas y aburridas. En la hermandad del Benefactor las cosas son más sencillas. Sólo tenemos dos. El primero dice: «Los ladrones prosperan». Tan simple como todo eso. Se nos ordena que nos ayudemos los unos a los otros, que nos encubramos los unos a los otros, que hagamos las paces siempre que podamos, y que hagamos que los nuestros progresen, ya sea de un modo u otro. Barsavi ha cumplido con ese precepto, no lo dudes.

»Pero el segundo precepto —prosiguió Cadenas, bajando la voz y mirando entre la niebla para estar seguro de que nadie los vigilaba— dice así: “Los ricos recuerdan”.

—¿Qué tienen que recordar?

—Que no son invencibles. Que las cerraduras se abren y los tesoros se roban. Que Nara, Señora de las Enfermedades Ubicuas, cuya mano quede en suspenso, envía sus enfermedades a los hombres para que éstos jamás olviden que nunca fueron dioses. Y ahora te diré lo que somos para los ricos y los poderosos. Somos una piedrecilla en el zapato, una espina en sus carnes, una pizca de reciprocidad, a este lado, de los designios divinos. Ése es nuestro segundo precepto, que es tan importante como el primero.

—Y… esa Tregua Secreta que protege a los nobles, ¿no te gusta?

—No es que no me guste —Cadenas acarició las palabras que iba a decir antes de que salieran por su boca—. Barsavi no es sacerdote del Decimotercero. A diferencia de mí, no ha cumplido con los preceptos; ha preferido ser práctico. Y aunque lo acepte, no puedo aprobarlo. Mi deber divino consiste en hacer que la gente de sangre azul con un bonito título tenga una pizca de esa vida que para nosotros es rutina… y darles un bueno y bonito pinchazo en el culo de vez en cuando.

—¿Y Barsavi… no tiene que enterarse?

—Joder, chaval, claro que no. Tal y como yo lo veo, si Barsavi se preocupa de que «los ladrones prosperen» y yo de que «los ricos recuerden», entonces sólo habrá una ciudad sagrada a los ojos del Guardián Avieso.

6

—¿Por qué lo soportan? Ya sé que es porque les pagan, pero los castigos… Por los dioses…, digo, por los Siete Compañeros, ¿por qué vienen hasta aquí para sufrir? Humillados, golpeados, apedreados, cubiertos de suciedad… ¿por qué?

Muy agitado, Locke daba vueltas por el taller de la familia Baumondain, abriendo y cerrando los puños. Era el cuarto día de su estancia en Salón Corbeau, por la tarde.

—Tal y como usted dice, maese Fehrwight, porque les pagan —Lauris Baumondain apoyaba suavemente una mano en el respaldo de la silla medio terminada que Locke había ido a ver. Con la otra acariciaba al pobre e inmóvil Vivaracho, que estaba hecho un ovillo dentro de uno de los bolsillos de su mandil—. Si te escogen para un juego, te dan una centira de cobre. Si te aplican un castigo, un volani de plata. También hay una especie de sorteo: en cada una de las Guerras sólo una persona de cada ochenta obtiene un solari de oro.

—Debe de ser desesperante —comentó Locke.

—Fracasó la granja. Fracasaron los negocios. Los dueños de las tierras las exigieron. Fuera de las ciudades, las plagas afectan tanto a la salud como al dinero. Y cuando no tienen otro sitio adonde ir, todos vienen aquí. Hay un techo bajo el que dormir, alimentos, la esperanza de conseguir oro o plata. Todo lo que tienes que hacer es salir a la palestra de vez en cuando y… entretenerlos.

—Es perverso. Es infame.

—Maese Fehrwight, tiene usted un corazón demasiado tierno para todo lo que se está gastando en estas sillas —Lauris bajó la mirada y juntó las manos—. Discúlpeme. Suelo hablar a destiempo.

—Puede decir todo lo que le apetezca. No soy rico, Lauris. Sólo soy un empleado al servicio de un patrón. Pero incluso él… somos gente frugal, maldición. Frugal y honrada. Aunque puedan llamarnos excéntricos, no somos crueles.

—En muchas ocasiones he visto a nobles de los Siete Compañeros contemplando la Guerra Divertida, maese Fehrwight.

—No somos aristócratas. Somos comerciantes… comerciantes de Emberlain. No puedo hablar por nuestros nobles y no quiero hacerlo. Escúcheme, he visto muchas ciudades. Sé cómo vive la gente en ellas. He visto combates de gladiadores, ejecuciones, miseria, pobreza y desesperanza. Pero jamás vi *nada* parecido a… los rostros de esos espectadores. A la manera en que acechan y vitorean. Como chacales, como cuervos, como algo… algo muy *malo*.

—Aquí sólo rigen las leyes de la condesa Saljesca —dijo Lauris—. Aquí pueden comportarse a su antojo. En la Guerra Divertida hacen a los pobres y plebeyos exactamente lo que quieren hacer. Pero hay algo que no se ve. Cuando ellos dejen de hacer ostentación de que todo les importa un pito, usted sólo verá lo que ellos quieran que vea. ¿De dónde cree que salió Vivaracho? Mi hermana vio que una aristócrata había apaciguado a unos gatitos para que sus hijos pudieran torturarlos con unos cuchillos. Porque se *aburrían a la hora de tomar el té*. Así que, bienvenido a Salón Corbeau, maese Fehrwight. Lamento que no sea el paraíso que parece desde lejos. Y ahora dígame, ¿merece su aprobación el trabajo que estamos haciendo con las sillas?

—Sí —dijo Locke muy despacio—. Sí, supongo que la merece.

—Si tuviera la osadía de poder darle un consejo —dijo Lauris—, le diría que evitara la Guerra Divertida mientras siga en este lugar. Haga lo que hacemos los demás: ignórela. Cubra su discernimiento con un enorme banco de niebla y pretenda que no existe.

—Tal y como dice, señorita Baumondain —dijo Locke con un suspiro—, eso es lo que haré.

Pero Locke no pudo desentenderse de la Guerra. Mañana, tarde y noche estuvo en la galería pública, solo, de pie, sin comer ni beber nada. Contempló una muchedumbre de asistentes tras otra, una Guerra tras otra, una humillación tras otra. En varias ocasiones, los Demonios cometieron errores garrafales; los golpes y estrangulamientos quedaron fuera de control. A los aspirantes que habían recibido golpes más allá de cualquier posible recuperación les aplastaron el cráneo sobre la marcha ante el educado aplauso de la multitud. Había que ser piadoso.

Guardian Avieso, se dijo Locke la primera vez que aquello sucedió, *ni siquiera han podido disponer de sacerdotes… ni de uno solo*.

Entonces intuyó lo que le estaba ocurriendo. Algo se agazapaba en su interior, como si su conciencia fuera un lago profundo de aguas tranquilas en el que una bestia pugnase por salir a la superficie. Cada humillación brutal, cada castigo doloroso, ordenados por el hijo mimado de algún aristócrata y reídos por sus padres, daba más poder a aquella bestia, como si ésta luchase contra su buen juicio, su fría manera de

calcularlo todo, su manía de *seguir un plan*.

Estaba intentando encolerizarse lo suficiente para ceder ante la bestia.

La Espina de Camorr había sido una máscara mientras contemplaba medio aburrido aquel juego. Pero en aquel momento acababa de convertirse en una entidad diferente, una cosa airada, un fantasma que cada vez insistía con mayor apremio en que se decidiera a cumplir con los preceptos de su fe.

Déjame salir, susurró. *Déjame salir. Los ricos deben recordar. Por los dioses, estoy condenadamente seguro de que jamás lo olvidarán*.

—Disculpe mi intromisión por decirle que me parece que no está disfrutando.

Ante la llegada de aquel extraño a la galería pública, Locke se despertó sobresaltado de su ensoñación. El recién llegado, curtido por el sol y de buena presencia, era cinco o seis años mayor que Locke y tenía unos largos rizos morenos que le llegaban al cuello de la ropa y a la perilla perfectamente recortada que exhibía. Llevaba una casaca larga con rayas de oro y un bastón con empuñadura de oro a la espalda, que sujetaba con ambas manos.

—Pero discúlpeme. Fernand Genrusa, par de la Tercera, de Lashain.

Par de la Orden Tercera (un barón), uno de esos títulos nobiliarios que cualquiera podía comprar en Lashain, precisamente el mismo título con el que Locke y Jean habían estado bromeando respecto a si lo compraban. Locke hizo una reverencia con la cintura e inclinó la cabeza.

—Mordavi Fehrwight, mi señor. De Emberlain.

—Entonces es usted comerciante. Haría bien en disfrutar del espectáculo, maese Fehrwight. ¿Qué oculta detrás de esa cara tan larga?

—¿Qué os hace pensar que no disfruto con él?

—Que está solo, que no toma ningún refrigerio y que observa todas las Guerras con la misma expresión en el rostro… como si alguien le estuviera metiendo unos tizones ardientes por la bragueta. Le he visto en varias ocasiones desde mi propio palco. ¿Está perdiendo dinero? Podría compartir con usted algunas informaciones que poseo respecto a cómo apostar sobre seguro en la Guerra Divertida.

—No tengo ninguna apuesta pendiente, mi señor. Sólo que… no puedo dejar de mirar.

—Curioso. Y eso que no le gusta.

—No —Locke se volvió apenas hacia el barón Genrusa y tragó saliva por sentirse nervioso. La etiqueta exigía a un hombre de baja cuna como Mordavi Fehrwight, por no hablar de un vadraní, que hablara con deferencia incluso a un barón de talonario como Genrusa, y que no le molestara con cosas desagradables, pero Genrusa no dejaba de insistir. Locke se preguntó cuánto tiempo podría resistir—. Mi señor, ¿habéis visto algún accidente de carruaje o a algún hombre pisoteado por una manada de caballos? ¿Habéis visto la sangre y los restos, y os habéis sentido completamente

incapaz de apartar los ojos de aquel espectáculo?

—No puedo decir que lo haya visto.

—Permitidme que disienta de vuestra señoría. Poseéis un palco privado desde donde verlo tres veces al día siempre que lo deseéis.

—Ahhhh. Así que encuentra la Guerra Divertida, ¿cómo decirlo?, ¿indecorosa?

—Cruel, mi señor de Genrusa. De lo más cruel.

—¿Cruel? ¿Comparada con qué? ¿Con la guerra? ¿Con las plagas? ¿Ha tenido la suerte de ver Camorr? En ella podría encontrar los fundamentos con los que apuntalar sus teorías, maese Fehrwight.

—No creo que ni siquiera en Camorr —replicó Locke— esté permitido golpear a las ancianas a plena luz del día por diversión. O que esté permitido arrancarles la ropa, lapidarlas, violarlas, cortarles el pelo, rociarlas con productos cáusticos… Es como… esos niños que les cortan las alas a los insectos. Para ver cómo se mueven y luego reírse.

—¿Quién los obligó a venir aquí, Fehrwight? ¿Quién les puso una espada en la espalda y les hizo caminar hasta Salón Corbeau por todas esas calzadas áridas y ardientes? Son muchos días de peregrinaje desde cualquier lugar que tenga un nombre.

—¿Y qué otra elección les quedaba, mi señor? Sólo vienen a este sitio porque están desesperados. Porque ni siquiera tienen para comer en el lugar de donde vienen. Fracaso en la granja, fracaso en los negocios… lo único que les queda es la desesperación. Es muy sencillo, no pueden resistirse a estar sin comer.

—Las granjas fracasan, los negocios fracasan, los barcos se hunden, los imperios caen —Genrusa acababa de tomar el bastón que había mantenido detrás de su espalda y hacía énfasis en cada una de aquellas oraciones que esgrimía ante Locke apuntándole a éste con su empuñadura dorada—. Así es la vida en este mundo dominado por los dioses, la vida bajo la voluntad de los dioses. Quizá si hubieran rezado más, o ahorrado más, o si hubiesen sido menos despreocupados con lo que tenían, no hubieran tenido que llegar arrastrándose hasta aquí, en busca de la caridad de Saljesca. Me parece muy interesante que ella se preocupe de recordárselo a la mayoría de ellos.

—*¿Caridad?*

—Tienen un tejado que les cubre la cabeza, alimentos y la posibilidad de ganar dinero. Los que consiguen el oro no parece que tengan muchos problemas a la hora de tomarlo e irse.

—Sólo uno de cada ochenta consigue un solari, mi señor. Sin duda más dinero del que jamás vieron junto en toda su vida. Pero, para los restantes setenta y nueve, ese oro sólo es la esperanza que, día tras día, semana tras semana, castigo tras castigo, los mantiene en este sitio. ¿Y los que mueren porque los Demonios se desmandan? ¿De

qué les sirve el oro o la promesa de que pueden conseguirlo? En cualquier otro sitio eso sería un asesinato flagrante.

—Es Aza Guilla quien se los lleva de la palestra, no usted ni cualquier otro mortal, Fehrwight —Genrusa tenía las cejas fruncidas y las mejillas cada vez más rojas—. Y estoy de acuerdo con usted en que eso sería un asesinato flagrante en cualquier otro lugar. Pero estamos en Salón Corbeau, donde ellos acuden por su propia voluntad. Igual que usted y que yo. Así que, simplemente, que dejen de venir…

—Y morir de hambre en cualquier otro lugar.

—Por favor. He visto mucho mundo, maese Fehrwight, algo que le recomiendo a usted para mejorar su perspectiva de las cosas. Es evidente que algunas de esas personas han tenido mala suerte, pero estoy por apostar que la mayoría se encuentran aquí por el ansia de oro, esperando una solución cómoda a sus problemas, como usted mismo podrá descubrir. Fíjese en esos que están ahora mismo en la palestra… no me dirá que parecen bastante jóvenes y con buena salud, ¿o no?

—¿Y qué otro tipo de personas podría llegar a pie hasta aquí, a menos que tuvieran una suerte extraordinaria, mi señor de Genrusa?

—Puedo ver que no carece de sentimientos, maese Fehrwight. Suponía que ustedes, los besamonedas de Emberlain eran más duros.

—Más duros quizá, pero en absoluto vulgares.

—Y ahora piense un poco, maese Fehrwight. Quería charlar con usted porque sentía una curiosidad genuina por el modo en que se comportaba. Creo que ahora sé a qué se debe. Un simple consejo: es muy posible que Salón Corbeau no sea el mejor lugar del mundo para dar cabida a su resentimiento.

—El asunto que me ha traído hasta aquí… está a punto de concluirse.

—Entonces, mucho mejor. Pero mejor sería que el asunto que tiene pendiente con la Guerra Divertida se terminara mucho antes. No soy el único que se ha fijado en usted. Los guardias de la noble dama Saljesca son muy… sensibles al descontento. Tanto en la palestra como *fuera* de ella.

Podría dejarte sin una centira y lloriqueando, susurró la voz que se inmiscuía en la mente de Locke. *Podría dejarte sólo con un orinal, que tendrías que remover para que ninguno de tus acreedores se acercara lo suficiente para rajarte el cuello*.

—Disculpadme, mi señor. Consideraré seriamente lo que me habéis dicho —musitó Locke—. No creo… que vuelva a molestar a nadie más, a nadie más en este sitio.

7

A la mañana del noveno día de la estancia de Locke en Salón Corbeau, los

Baumondain terminaron las sillas.

—Tienen un aspecto magnífico —dijo Locke, mientras pasaba suavemente los dedos por la madera laqueada y el cuero repujado—. Excelente, tal y como estaba seguro que las terminarían. ¿Y… los detalles adicionales?

—Hechos según sus especificaciones, maese Fehrwight. *Exactamente* tal y como indicó.

Lauris estaba en el taller de pie al lado de su padre, mientras Parnella, que tenía diez años, peleaba para preparar el té y calentarlo en la piedra alquímica dispuesta encima de la mesa del rincón, llena, por otra parte, con cachivaches de dudosa función y tarros medio llenos de barnices para madera. Locke anotó mentalmente que antes de tomarse cualquier té que le ofrecieran en aquel lugar debía olerlo con precaución.

—Todos ustedes se han superado.

—Digamos, maese Fehrwight, que, ah, nuestra inspiración también se debía a ciertos alicientes… financieros —comentó el más viejo de los Baumondain.

—Me gusta construir cosas extrañas —añadió Parnella desde su rincón.

—Bueno, supongo que eso resulta muy apropiado para las sillas —Locke se quedó mirando las cuatro sillas y suspiró con una mezcla de alivio y de agravio—. Entonces, de acuerdo. Si son tan amables de empaquetarlas para poder llevármelas, alquilaré dos carruajes y me iré esta misma tarde.

—¿Tanta prisa tiene para irse?

—Espero que me disculpen si les digo que cada instante innecesario que paso en este lugar me pesa en el alma. No me gusta Salón Corbeau —Locke sacó una bolsa de cuero de uno de los bolsillos de su casaca y se la lanzó a maese Baumondain—. Veinte solari adicionales. Por su silencio, y porque estas sillas jamás han existido. ¿Estamos de acuerdo?

—Yo… bueno, puedo asegurarle que cumpliremos lo que nos pide… Su generosidad es…

—Algo que no necesita mayores comentarios. Complázcame, por favor. Dentro de muy poco me habré ido.

Así que se terminó, dijo la voz que Locke escuchaba en su cabeza. *Sigue con el plan, no hagas nada y regresa a Tal Verrar con mi rabo entre tus piernas*.

Mientras él y Jean se enriquecían juntos a expensas de Requin y, haciendo trampas, se abrían paso por los lujosísimos salones de la Aguja del Pecado, en la palestra de piedra de la noble dama Saljesca los castigos proseguirían un día tras otro, y los rostros de los espectadores seguirían siendo los mismos. Niños que arrancaban las alas a los insectos para reírse al ver cómo se agitaban inermes y sangraban… para luego acabar pisándolos.

—Los ladrones prosperan —dijo Locke entre dientes. Se anudó las corbatas del

cuello y se dispuso a llamar a los carruajes, aunque no sin sentir una punzada en el estómago.

Capítulo 5

En un río mecánico

1

La cascada de la Mon Magisteria volvió a vomitar el vehículo con forma de caja que tenía el frontal de cristal, el cual regresó al interior del palacio para luego detenerse con una sacudida. El agua silbó en los conductos de hierro, las altas compuertas que se encontraban detrás de la caja se cerraron de golpe y los criados empujaron las puertas de la entrada principal para que Locke, Jean y Merrain entraran por ellas.

Los Ojos del Arconte, en número de doce, los esperaban en el vestíbulo. Sin decir palabra, se situaron a ambos lados de Locke y de Jean mientras Merrain se adelantaba para guiarlos.

Pero, por lo que podían ver, no hacia el despacho de la vez anterior. Mientras recorrían unas salas apenas iluminadas y subían por unas escaleras de caracol, Locke echaba un rápido vistazo a su alrededor. Era evidente que la Mon Magisteria era más fortaleza que palacio; las paredes del exterior de la gran sala carecían de decoración y el aire olía sobre todo a humedad, a sudor, a cuero y a aceite de engrasar armas. El agua retumbaba por detrás de las paredes, corriendo por unos canales invisibles. En algunas ocasiones se cruzaban con una tropa de criados, que, apretujándose contra la pared, agachaban la cabeza hasta que pasaban los Ojos.

Merrain llamó tres veces a la puerta. Cuando ésta se abrió con un chasquido y creó una línea de tenue luz amarilla en la penumbra del pasillo, Merrain despidió a los Ojos con un movimiento de la mano. Cuando éstos ya avanzaban por el pasillo, empujó suavemente la puerta y señaló hacia su interior con la otra mano.

—Por fin. Suponía que llegarían antes. No creo que Merrain les encontrara en los lugares que suelen frecuentar —Stragos levantó la mirada desde la silla en la que estaba sentado, una de las dos que había en aquella habitación, pequeña y casi desprovista de muebles, y revolvió los documentos que había estado examinando. Su ayudante calvo se sentaba silencioso en la otra silla, con varios informes en las manos.

—Sufrieron un ligero percance en los puestos de la Gran Galería —dijo Merrain mientras cerraba la puerta tras de Locke y Jean—. Una pareja de asesinos muy bien motivados.

—¿De veras? —Stragos parecía realmente molesto—. ¿Y qué tenían que ver con

ustedes dos?

—Me hubiera gustado saberlo —dijo Locke—, pero la posibilidad de un interrogatorio terminó con un cuadrillo de ballesta en el pecho en cuanto apareció Merrain.

—Protector, la mujer estaba a punto de clavarle un puñal en el pecho a uno de estos dos. Supuse que usted preferiría que ambos siguieran intactos hasta que llegara la hora de necesitarlos.

—Hmmm. Una pareja de asesinos. ¿Visitaron esta noche la Aguja del Pecado?

—Sí —contestó Jean.

—Entonces no fue Requin. Sólo tenía que capturarlos mientras estaban allí. Así que debe tratarse de otro asunto. Kosta, ¿hay algo que debiera haberme contado antes, pero que no me contó?

—Oh, le pido perdón, Arconte. Pero pensaba que, contando con sus amiguitos, los magos de la Liga de Karthain, y con todos los espías que nos ha estado colgando a la espalda, ya sabría más que nosotros.

—Esto es serio, Kosta. Quiero valerme de ustedes; no es mi estilo dejar que otros me utilicen para vengarse. ¿No saben quién pudo haberles enviado?

—En honor a la verdad, no tenemos ni la más puñetera pista.

—¿Dejaron en los muelles los cadáveres de esos asesinos?

—Seguramente ya los tendrá la Policía —dijo Merrain.

—Acabarán por arrojarlos a la Sima de la Colina, pero antes los dejarán en el depósito de cadáveres durante uno o dos días —comentó Stragos—. Quiero que alguien se acerque hasta allí para echarles un vistazo. Que apunten sus descripciones físicas, sin olvidar ningún tatuaje ni ninguna marca que puedan resultar esclarecedores.

—Por supuesto —dijo Merrain.

—Diga al oficial de guardia que vaya a verlos ahora mismo. Ya sabrá dónde encontrarme cuando haya terminado.

—Como desee… Arconte —aunque dio la impresión de que Merrain quería decir algo más, dio media vuelta, abrió la puerta y salió a toda prisa.

—Usted me llamó Kosta —dijo Locke cuando la puerta volvió a cerrarse—. Ella no conoce nuestros nombres auténticos, ¿estoy en lo cierto? Curioso. ¿No se fía de su propia gente, Stragos? Da la impresión de que le resulta tan fácil echarles el anzuelo a ellos como a nosotros.

—Estoy por apostar —añadió Jean— que cuando su jefe le invitó a compartir con él un trago amistoso, estando fuera de servicio, denegó la invitación, ¿eh, calvete? —el ayudante de Stragos frunció el ceño y siguió en silencio.

—Dejen de mofarse de mi alquimista de cabecera —dijo Stragos muy despacio —, auténtico responsable de «echarles el anzuelo» a ustedes, por no hablar de la

preparación de su antídoto.

El calvo esbozó una sonrisa. Locke y Jean carraspearon y dieron al mismo tiempo un golpecito en el suelo con los pies, una costumbre que tenían desde pequeños.

—Usted parece un tipo razonable —dijo Locke—. En lo que a mí respecta, siempre he pensado que una frente sin pelo era algo noble, sensible a cualquier clima…

—Cierre el pico, Lamora. ¿Así que ya tenemos a la gente que necesitamos? —Stragos pasó los documentos a su ayudante.

—En efecto, Arconte. Cuarenta y cuatro en total. Haré que los trasladen mañana por la mañana.

—Bien. Pues entréguenos los viales y márchese.

El hombre asintió y recogió los documentos. Entregó dos pequeños viales de cristal al Arconte y se fue sin añadir nada más, cerrando respetuosamente la puerta tras de sí.

—Y bien —Stragos suspiró—, parece que ustedes dos llaman la atención de la gente. ¿Seguro que no tienen ni idea de quién está intentando matarles? ¿Alguna cuenta pendiente que dejaron en Camorr?

—Hay *tantas* cuentas pendientes que saldar… —dijo Locke.

—Quizá se trate de alguna de ellas. De cualquier modo, los míos seguirán protegiéndoles lo mejor que puedan. No obstante, ustedes dos habrán de ser más… circunspectos.

—Eso que acaba de decirnos no carece de antecedentes —observó Locke.

—Hasta que se les diga lo contrario, ciñan sus movimientos a los Peldaños Dorados y a la Savrola. Tengo agentes extras situados dentro de los muelles; sírvanse de ellos a la hora de viajar.

—¡Maldición, así *no podemos* trabajar! Quizá sí durante unos pocos días, pero no durante el tiempo que tendremos que seguir en Tal Verrar, sea mucho o poco.

—Es muy acertado eso que dice, Locke. Pero yo no puedo permitir que quien vaya contra ustedes, sea el que sea, interfiera en mis planes. Reduzcan sus movimientos o yo se los reduciré.

—¡Creo haberle oído decir que el juego de Requin no nos causaría más complicaciones!

—No, lo que les dije fue que el veneno no supondría ninguna complicación añadida para su juego de Requin.

—Para ser un hombre que está a solas con nosotros en esta pequeña habitación, se muestra muy confiado —dijo Jean, dando un paso adelante—. Ni su alquimista ni Merrain volverán enseguida, ¿cierto?

—¿Debo mostrarme preocupado? No ganarían nada haciéndome daño.

—Sólo una inmensa satisfacción personal —dijo Locke—. Usted *supone* que

somos gente cuerda. *Supone* que nos importa un huevo su precioso antídoto y que, en virtud de no sé qué principio establecido, no le descuartizaríamos miembro a miembro, porque después tendríamos que sufrir las consecuencias.

—¿Por qué tenemos que seguir con esto? —Stragos seguía sentado con una pierna cruzada encima de la otra y una expresión educada de aburrimiento en el rostro—. Ya se me había ocurrido que los dos podrían ser lo suficientemente testarudos para albergar una pizca de rebeldía en sus corazones. Así que escúchenme atentamente: si abandonan esta habitación sin mí, los Ojos que están en el vestíbulo los matarán en cuanto los vean. Y, si me hacen daño del modo que sea, se hará realidad lo que les prometí durante su anterior visita. Uno de ustedes recibirá el mismo daño, pero multiplicado por diez, mientras obligo al otro a que lo vea.

—Usted es una zurrapa con cara de chivo —dijo Locke.

—Es muy posible —dijo Stragos—. Y ahora, dígame, por favor: ¿qué haría *usted* si poseyera todo mi poder?

—Es una pregunta muy embarazosa —musitó Locke.

—Claro que sí. Vamos, ¿por qué no dejan a un lado ese capricho infantil de vengar su orgullo agraviado y aceptan la misión que tengo para ustedes dos? ¿Quieren escuchar el plan y mantener quieta la lengua o, al menos, tenerla educada?

—Sí —Locke cerró los ojos y suspiró—. Supongo que no tenemos elección. ¿Jean?

—Me gustaría no tener que dar mi brazo a torcer.

—No será por mucho tiempo —Stragos se levantó, abrió la puerta que daba al pasillo y les hizo una seña para que le siguieran.

—Mis Ojos estarán observándoles en los jardines. Hay algo que quiero mostrarles a los dos… mientras hablamos de un modo más privado acerca de su misión.

—¿Qué quiere, exactamente, hacer con nosotros? —preguntó Jean.

—Veamos, tengo una flota anclada en la dársena de la Espada que no hace nada. Puesto que sigo dependiendo del *Priori* para mantenerla y aprovisionarla, no puedo sacarla de sopetón sin una buena excusa —Stragos sonrió—. Así que voy a enviarles a *ustedes* dos por mar para buscar la excusa que necesito.

—¿Por mar? —dijo Locke—. ¿Ha perdido la pu…?

—Llévenlos a mi jardín —ordenó Stragos, alargando el paso.

2

Era más floresta que jardín y se extendía varios cientos de metros por el lado norte de la Mon Magisteria. Unas cercas entretejidas con viñas trepadoras que relucían con suaves tonos de plata marcaban el camino entre la ondeante negrura de los árboles; por alguna alquimia natural, aquellas viñas derramaban la suficiente luz plateada,

como de luna, para que los dos ladrones y sus guardianes pudieran recorrer a buen paso los senderos de grava. Ya habían salido las lunas, aunque no podían verse desde la posición de Locke y de Jean, porque quedaban detrás de la negra e impresionante silueta de aquel palacio de quince pisos.

El aire estaba cargado de humedad y de olor a perfume; la lluvia se agazapaba en el arco de nubes que poco a poco se iba deslizando para ocultar el cielo por su parte este. Había un zumbido aflautado de alas no vistas que procedía de los oscuros árboles, y unas luces pálidas de oro y escarlata daban vueltas alrededor de los troncos como si fueran el resultado de alguna travesura perpetrada por las hadas.

—Escarabajos-linterna —dijo Jean, que, sin quererlo, parecía hipnotizado por ellos.

—Piensa en toda la porquería que han cargado encima y subido hasta aquí, cubriendo con ella tantísimo cristal antiguo para que todos estos árboles pudieran crecer… —cuchicheó Locke.

—Es bueno ser duque —dijo Jean—. O arconte.

En el centro del jardín se encontraba una estructura baja con la forma de una caseta para barcas, iluminada por varios faroles alquímicos que despedían el mismo color azul presente en la heráldica de Tal Verrar. Locke escuchó el débil sonido del agua al lamer la piedra y, casi al mismo tiempo, descubrió el pequeño canal de unos seis metros de anchura que corría por detrás de la estructura, formando meandros en aquel bosque-jardín como si fuera un río en miniatura. Entonces Locke comprendió que aquella estructura iluminada por la luz de los faroles era, efectivamente, una caseta para barcas.

Varios guardias más salieron de la oscuridad, un grupo de cuatro, medio conducidos y medio arrastrados por dos enormes perros negros provistos de arneses acorazados. Aquellas criaturas, altas de hombros y caderas y casi tan anchas como altas, enseñaron los dientes a los dos ladrones y los olieron con desprecio, para luego lanzar un bufido y seguir tirando de sus cuidadores por todo lo largo del jardín del Arconte.

—Muy bien —dijo Stragos, que acababa de salir de la oscuridad a pocos pasos por detrás del grupo que llevaba a los perros—. Todo está preparado. Ustedes dos, vengan conmigo. Prefecto de la Espada, usted y los suyos pueden irse.

Los Ojos dieron media vuelta como un solo hombre y regresaron al palacio, acompañados por el sonido que hacían sus botas al pisar la grava. Stragos hizo una seña a Locke y a Jean y los condujo hasta el borde del riachuelo. Un bote flotaba en sus aguas tranquilas, atado a un pequeño poste que estaba detrás de la caseta. Daba la impresión de que el esquife estaba construido para cuatro personas, pues tenía un banco forrado de cuero en el frente y otro en la popa. Cuando Stragos les hizo una nueva señal, Locke y Jean subieron y se sentaron en el asiento de delante.

Locke se vio en la necesidad de admitir que acomodarse en el cojín y descansar el brazo a lo largo de la borda de aquella robusta barquichuela era bastante agradable. El bote osciló ligeramente cuando Stragos subió a él; luego soltó la cuerda, se sentó en la popa, tomó un remo y lo hundió en el agua por la borda izquierda.

—Tannen —dijo—, tenga la amabilidad de encender nuestro farol de proa.

Jean miró por encima del hombro y descubrió un farol alquímico tan grande como un puño que colgaba del bote por aquel lado. Desplazó unas manijas de latón hasta que los vapores del interior se mezclaron y cobraron vida con un chisporroteo, como si un diamante de color azul cielo acabara de expulsar a los fantasmas que las facetas del farol creaban en el agua que se encontraba más abajo.

—Esto ya estaba aquí cuando los duques del Trono de Therin edificaron su palacio —dijo Stragos—. Un canal tallado en el cristal antiguo, de ocho metros de profundidad, como si fuera un río privado. Estos jardines fueron construidos a su alrededor. Los arcontes heredamos este lugar junto con la Mon Magisteria. Y como a mi predecesor le gustaban las aguas en calma, yo hice algunas modificaciones.

Mientras hablaba, el agua que lamía ambos lados del canal comenzó a sonar con mayor fuerza de un modo desacompasado. Locke comprendió que aquel sonido de gorgoteo, cada vez más rápido y fuerte, era propio de la corriente de un río. La luz del farol osciló y parpadeó cuando el agua que se encontraba más abajo se llenó de arrugas y de ondulaciones como si fuera un tejido de seda negra.

—¿Brujería? —preguntó Locke.

—Artificio, Lamora —el barco comenzó a alejarse lentamente del borde del canal, por lo que Stragos se valió del remo para llevarlo al centro de aquel río en miniatura—. La brisa que llega esta noche desde el este es muy fuerte, así que también está impulsando los molinos de viento dispuestos en el extremo este de mi jardín. Suelo emplearlos para mover las hélices hidráulicas sumergidas dentro del canal. Si el aire está en calma, se necesitan cuarenta o cincuenta hombres para mover a mano los mecanismos. Puedo lograr que la corriente vaya tan deprisa como me apetezca.

—Cualquier hombre puede ventosearse dentro de una habitación cerrada y decir que manda sobre los vientos —dijo Locke—. Pero debo admitir que todo este jardín es… más elegante de lo que había supuesto.

—No sabe cuánto me agrada que tenga tan buena opinión de mi sentido estético —después de aquello, Stragos remó en silencio durante algunos minutos, dando una vuelta completa y dejando atrás unos bancos colgantes de viñas plateadas y el roce de las hojas de sus ramas más bajas. Cuando la corriente se hizo más fuerte, el aroma de aquel río artificial les rodeó… no era desagradable, aunque en cierta manera sí más viciado, pues olía menos *a verde* que los ríos y estanques naturales, observó Locke.

—Supongo que este río forma un circuito cerrado —dijo Jean.

—En efecto, aunque con unos cuantos meandros.

—Entonces, ah… discúlpeme, ¿adónde nos está llevando exactamente?

—Todo a su tiempo —dijo Stragos.

—Hablando del lugar a donde nos está llevando —comentó Locke—, ¿sería tan amable de llevarnos usted al tema de conversación que antes estábamos tratando? Me pareció escuchar que quería que hiciéramos un viaje por mar.

—Eso quería. Y lo harán.

—¿Y cuál es su propósito *evidente?*

—¿Están familiarizados con la historia de la Armada Libre de las Islas del Viento Fantasma? —preguntó Stragos.

—Vagamente —dijo Locke.

—El levantamiento pirático del Mar de Bronce —dijo Jean, hablando como para sí—. Sucedió hace seis o siete años. Y fue sofocado.

—Yo lo sofoqué —comentó el Arconte—. Hace siete años, a esos malditos locos de las Islas del Viento Fantasma se les metió en la cabeza que querían un poco de poder. En su declaración de derechos afirmaban tener la facultad de imponer aranceles a los navíos que navegaban por el Mar de Bronce; pero esos aranceles a los que se referían se concretaban en su abordaje y saqueo. Tenían una docena de navíos bastante buenos y otras tantas tripulaciones más o menos preparadas.

—Bonaire —dijo Jean—. Me parece recordar que así se llamaba la capitana a la que todos siguieron. ¿Laurella Bonaire?

—En efecto —dijo Stragos—. Bonaire y su *Basilisco*; eran, respectivamente, una de mis oficiales y uno de mis navíos, antes de que ella chaqueteara.

—Y usted era un tipo tranquilo y sin pretensiones con el que daba gusto trabajar —comentó Locke.

—Aquella flota de bergantes atacó Nicora y Vel Virazzo, así como todas las ciudades pequeñas situadas en la costa que tenían enfrente; apresaron varios barcos delante de este palacio y pusieron vela al horizonte cuando mis galeras salieron a su encuentro. Fue el mayor agravio sufrido por esta ciudad desde la guerra con Camorr, que sucedió en tiempos de mi predecesor.

—No recuerdo que durara mucho —dijo Jean.

—Como cosa de medio año, aproximadamente. Aquella declaración fue su ruina; a los filibusteros se les da bien el ir y acechar de un lado para otro; pero si hacen declaraciones de principios, antes o después acabarán luchando para defenderlas. Los piratas no son rivales para los hombres y mujeres de la Armada, siempre que un navío se enfrente con otro en mar abierto. Los atacamos justo fuera de Nicora, hundimos la mitad de su flota y enviamos a los demás de regreso a las Islas del Viento Fantasma, meándose en los calzones. Bonaire acabó balanceándose sobre la Sima de la Colina, metida en una jaula de cuervos. Después de ver que toda su

tripulación desaparecía por ella, yo mismo corté la cuerda de la que pendía su jaula.

Locke y Jean no hicieron ningún comentario. Mientras Stragos ajustaba el rumbo de su bote se escuchó un débil chapoteo. Por la proa asomaba un nuevo recodo de aquel río artificial.

—Y a lo que iba —prosiguió Stragos—. Esa pequeña demostración mía logró que la piratería fuera un negocio realmente impopular en el Mar de Bronce. Desde entonces, los comerciantes honrados han gozado de prosperidad; es evidente que aún hay piratas en las Islas del Viento Fantasma, pero se quedan a más de quinientos kilómetros de Tal Verrar y no se acercan a Nicora ni a la costa. En los últimos tres o cuatro años mi Armada sólo ha tenido que vérselas con asuntos tan irrelevantes como algún que otro incidente aduanero o algún barco en cuarentena. Ha sido un tiempo de tranquilidad… un tiempo de prosperidad.

—¿No consiste su trabajo, precisamente, en eso? —apuntó Jean.

—Usted, Tannen, parece un hombre muy leído. Estoy por asegurar que sus lecturas le han enseñado que, cuando los hombres y mujeres de armas sufren heridas para preservar la paz, la gente que más se beneficia de esa paz es la primera en olvidar dichas heridas.

—El *Priori* —intervino Locke—. Aquella victoria les puso nerviosos, ¿no fue así? Al pueblo le gustan las victorias. Eso es lo que convierte en populares a los generales… y a los dictadores.

—Muy agudo, Lamora. El consejo de los mercaderes me envió a luchar contra la piratería porque beneficiaba a sus propios intereses —dijo Stragos—, al igual que les interesaba que, una vez resuelto aquel problema, mis barcos dejaran de surcar los mares. Los dividendos de la paz… paga la mitad del precio de los navíos, entrégaselos a los civiles, licencia a unos cuantos centenares de marinos bien entrenados y deja que los mercaderes se los lleven… Los impuestos que Tal Verrar tuvo que pagar para cubrir los gastos de entrenamiento, que al final revirtieron en el *Priori* y sus compinches, y todos contentos. Y eso fue lo que pasó, y lo que pasará mientras haya paz en el Mar de Bronce, mientras los Siete Compañeros no hagan más que discutir entre ellos, mientras Lashain siga sin marina y mientras Karthain siga tan lejos que apenas importe. Este rincón del mundo está tranquilo.

—Pero si usted y el *Priori* se sienten tan incómodos el uno con el otro, ¿por qué no le quitan las subvenciones de una vez? —Locke volvió a acomodarse en el asiento, dejando que su mano izquierda colgase por la borda para acariciar la cálida agua.

—Estoy seguro de que lo harían si pudieran —le contestó Stragos—, a pesar de que los estatutos de la ciudad me garanticen una asignación mínima de todos los ingresos que proceden del pago de los impuestos. Y como todos los burócratas melindrosos de la ciudad son de los suyos, esgrimen razonamientos torticeros para

recortarme incluso ese dinero. Mis propios contables siempre están a la caza de esa gente. Pero jamás tocarán mis fondos reservados, porque, en caso de necesidad, sólo tendrían que incrementarlos con más dinero y con los suministros necesarios. Aunque en tiempos de paz me escatiman hasta la última centira. Han olvidado el motivo por el que se instituyó el cargo de arconte.

—Me parece recordar —dijo Locke— que, en cierta medida, su predecesor… *disolvió* el cargo cuando Camorr estuvo de acuerdo en dejar de darles patadas en el trasero.

—Para que un ejército sea efectivo tiene que ser permanente, Lamora. En sus filas ha de darse una continuidad de experiencia y de entrenamiento; un ejército o una armada que valgan la pena no pueden surgir de repente, como si salieran de la nada. Quizá Tal Verrar no pueda permitirse el lujo de disponer de tres o cuatro años para construir una línea de defensa, pues la crisis puede llegar antes. Y los miembros del *Priori*, que son los únicos en parlotear a voz en grito sobre «el oponerse a la dictadura» y las «garantías civiles», serían los primeros en salir sigilosamente como ratas, cargados con sus fortunas, en el primer barco que partiera a cualquier rincón del mundo donde les dieran refugio. Jamás se quedarían en la ciudad para morir por ella. Por eso, en lo que a mí concierne, la enemistad que mantengo con ellos es algo más que personal.

—Mientras nos hablaba de todos esos mercaderes influyentes que no están de acuerdo con lo que usted piensa de ellos —dijo Locke— he comprendido claramente a dónde nos iba llevando esta conversación.

—Y yo también —añadió Jean, que se aclaró la garganta—. Puesto que su poder está menguando, creo que le vendría *muy bien* que un nuevo incidente aflorase por alguna parte del Mar de Bronce, ¿no es así?

—Lo ha expuesto muy bien —dijo Stragos—. Hace siete años, los piratas de las Islas del Viento Fantasma se rebelaron y dieron al pueblo de Tal Verrar un motivo para sentirse orgulloso de la armada que se encuentra a mis órdenes. *Sería* muy conveniente que alguien les convenciera de que volvieran a rebelarse… para volver a ser aplastados una vez más.

—Enviarnos por mar para que busquemos la excusa que necesita, creo que eso fue lo que nos dijo —comentó Locke—. *Enviarnos* por *mar*. ¿Acaso el cerebro le está oprimiendo el cráneo? ¿Cómo cojones puede esperar que ambos podamos lograr que una maldita armada pirata se levante en armas, y eso en un sitio en el que jamás hemos estado, y convencer a todos sus miembros de que se dejen matar alegremente por la misma armada que, la última vez, los tendió encima de la mesa y se los folló por el culo?

—Ustedes, con un simple plan, convencieron a varios nobles de Camorr para que perdieran una fortuna —dijo Stragos sin inmutarse—. Y aunque les gustaba mucho su

dinero, ustedes se lo quitaron como si fuera fruta madura caída de un árbol. Fueron más listos que un mago mercenario. Se burlaron de Capa Barsavi en sus narices. Se libraron de la trampa que acabó con Capa Barsavi y toda su corte.

—Sólo algunos de nosotros —susurró Locke—. Sólo nos libramos unos pocos, capullo.

—Más que agentes, necesito *agitadores*. Ustedes dos cayeron en mis manos en el momento preciso. Su tarea, su misión, será desatar el infierno en el Mar de Bronce. Quiero barcos saqueados desde aquí hasta Nicora. Quiero al *Priori* aporreando en mi puerta, implorándome que acepte más dinero, más barcos, más responsabilidades. Quiero que el comercio al sur de Tal Verrar recoja velas y vuelva a puerto. Quiero que las compañías de seguros se caguen en los calzones. Ya sé que no podré conseguir todo eso, pero, por los dioses, me vendrá bien todo lo que consigan para mí. Creen para mí un pirata que meta más miedo que nadie en el transcurso de estos últimos años.

—Usted está *chiflado* —dijo Jean.

—Podemos robar a los nobles. Podemos robar con escalo. Podemos bajar por las chimeneas, abrir cerraduras, robar carruajes, romper cajas fuertes y hacer unos trucos buenísimos con las cartas —dijo Locke—. También podría cortarle a usted las pelotas si las tuviera y ponerle en su lugar unas de mármol, y sólo lo notaría a la semana siguiente. Pero lamento decirle que los únicos criminales con los que jamás tratamos, *jamás*, ¡fueron los malditos piratas!

—Siempre nos sentimos un poquitín perplejos a la hora de preparar los detalles de cómo podríamos intimar con ellos —añadió Jean.

—En esto, como en otras muchas cosas, voy por delante de ustedes —dijo Stragos—. No tendrán que molestarse por descubrir el modo de intimar con los piratas del Viento Fantasma, porque ustedes mismos se *convertirán* en unos piratas completamente respetables. De hecho, en el capitán y en el primer oficial de una corbeta pirata.

—Lo de chiflado es poco —dijo Locke, que, muy enfadado, se había puesto a pensar—. Navegar en la barca de la locura es un estado de suspensión del hecho racional al que nunca podrá aspirar. La gente que vive en cuchitriles y que se bebe sus propios meados evitará su compañía. Es usted un lunático desenfrenado.

—No esperaba escuchar eso de un hombre que busca ansiosamente un antídoto.

—Pues la elección que nos ofrece es magnífica… ¡morir por un veneno lento o morir por la tontería de un loco!

—Vamos —dijo Stragos—, no esperaba escuchar eso de un hombre con su proverbial habilidad para librarse de situaciones complicadas.

—Estoy comenzando a aburrirme —dijo Locke— por tantas alabanzas a nuestras anteriores aventuras que sólo sirven de excusa para obligarnos a participar en otras

que aún serán más arriesgadas. Mire, si quiere ofrecernos un trabajo, denos uno en el que tengamos experiencia. ¿Le resulta muy complicado? Lo único que le estamos diciendo es que no tenemos ni puñetera idea del viento, de la climatología, de los barcos, de los piratas, del Mar de Bronce, de las Islas del Viento Fantasma, de velas, sogas, eh…, de la climatología, de los barcos…

—Nuestra única experiencia con los barcos —dijo Jean— se reduce a subir a uno, marearnos y abandonarlo.

—Ya había pensado en eso —dijo Stragos—. Antes que cualquier otra cosa, el capitán que mande una tripulación de criminales necesitará carisma. Dotes de mando. Saber qué decisión tomar. Gobernar a los canallas. Creo que usted, Lamora, puede hacer todo eso… aunque fingiendo, si es necesario. En ciertos aspectos, eso le convierte en la mejor elección. Puede fingir confianza cuando un hombre sincero podría sentirse dominado por el pánico. Y su amigo Jean reforzará su autoridad: ser un buen luchador es algo que se respeta mucho en un barco.

—Claro, genial —dijo Locke—. Me encanta, y creo que también a Jean. Eso sólo nos deja las demás cosas a las que me refería…

—En cuanto a las artes náuticas, le proporcionaré un magnífico maestro de las velas. Un hombre que puede enseñarles lo esencial y tomar por ustedes las decisiones correctas cuando estén en la mar, pero siempre dando a entender que provienen de usted. ¿No lo comprende? Lo único que le pido es que haga su papel… y él pondrá todo el conocimiento que conseguirá hacerlo verosímil.

—Dulce Venaportha —dijo Locke—, ¿*realmente* quiere que nos embarquemos, y, *de verdad*, desea que tengamos éxito?

—Absolutamente —respondió Stragos.

—Y ahora el asunto del veneno —dijo Jean—. ¿Nos entregará la cantidad suficiente de antídoto para navegar a nuestro antojo por el Mar de Bronce?

—No mucha. Tendrán que regresar a Tal Verrar cada dos meses. Mi alquimista me ha dicho que sólo puede mantener inactivo el veneno entre sesenta y dos y sesenta y cinco días.

—Hágame el puñetero favor de escuchar lo que voy a decirle —dijo Locke—. No debe de parecerle un grave problema que seamos unos marineros despistados que juegan a parecer unos piratas muy duros mientras confían en otro hombre que les hace parecer competentes. Ni que vayamos a arriesgarnos en ese mar a lo que los dioses quieran, después de dejar a un lado los planes que habíamos preparado para Requin. Y ahora, ¿quiere que cada dos meses vengamos para meternos debajo de las faldas de mamá?

—Hasta las Islas del Viento Fantasma hay dos semanas de viaje, lo mismo que desde allí hasta acá. Dispondrán del tiempo suficiente en cada viaje para hacer todo lo necesario, aunque el trabajo les lleve varios meses. Y, en lo concerniente a cómo

cumplen con las actividades de su agenda, les diré que no me incumbe, pues sólo les atañe a ustedes. Seguro que comprenden que las cosas sólo pueden hacerse de esta manera.

—Pues no —Locke se rió—. Francamente, no lo comprendo.

—Quiero informes de sus progresos. Puedo tener que darles nuevas órdenes e informaciones. Ustedes pueden tener nuevas peticiones o sugerencias que ofrecerme. Parece algo muy sensato el mantener un contacto regular.

—¿Y si tenemos la mala suerte de pasar por uno de esos sitios…? Diablos, Jean, no sé cómo se llaman… esos sitios por los que no corre el viento.

—Zonas en calma —dijo Jean.

—Eso es —dijo Locke—. Incluso nosotros dos sabemos que el viento y las velas no proporcionan una velocidad constante, así que hay que navegar con la que ordenen los dioses. Quizá el día sexagésimo tercero podríamos quedarnos varados en medio del océano, a cincuenta millas de Tal Verrar, y morirnos por culpa de una tontería.

—Es remotamente posible, pero poco probable. Soy plenamente consciente de que la tarea que les estoy asignando conlleva gran parte de riesgo, pero la posibilidad de regresar triunfalmente me obliga a jugar con ventaja. Y ahora… dejemos de hablar de esto hasta que llegue el momento. Voy a mostrarles el motivo de haberles traído hasta aquí.

Un reflejo dorado se insinuó en el agua negra que se encontraba delante de la proa, seguido por unas tenues líneas del mismo color que parecían ondear en el aire. A medida que se fueron acercando, Locke divisó una forma oscura de gran tamaño que, de una orilla a otra, cubría por completo aquel río artificial… algún tipo de edificio… Las líneas doradas debían de ser hendiduras de las cortinas que llegaban hasta el agua. El bote llegó hasta la barrera que formaban y entró por ella sin dificultad; cuando Locke apartó de su rostro las pesadas y húmedas cortinas, y éstas cayeron a un lado, el bote entró en la claridad propia de un día soleado.

Dentro había un jardín, vallado y con tejado, de unos quince metros de altura, el cual estaba lleno de sauces, álamos negros, olivos, cidros y espinos ámbar. Sus troncos, negros, pardos y grises formaban apretadas filas; sus ramas, retorcidas como las viñas, llegaban hasta muy alto, formando grandes constelaciones de hojas brillantes que se entretejían como si fueran un segundo tejado.

En lo que respecta al tejado de verdad, éste chispeaba con tonos azul cielo y daba tanta luz como un día soleado, aunque unos penachos de nubes blancas se movieran entre las ramas. Cuando Locke echó un vistazo a su alrededor para luego quedarse mirando hacia delante, el sol brilló con gran intensidad desde su derecha, y emitió unos rayos de luz dorada entre las hojas que se recortaban contra él… aunque en el exterior aún siguiera siendo medianoche.

—Esto es alquimia o brujería, o ambas cosas —dijo Jean.

—Un poco de alquimia —dijo Stragos con voz tranquila y llena de entusiasmo—. El techo es de cristal, las nubes de humo, el sol es un receptáculo lleno de aceites alquímicos que arden y está provisto de espejos.

—¿Lo suficientemente brillante para mantener vivo este bosque bajo techado? Diantre —comentó Locke.

—Y aún puede brillar más, Lamora —dijo el Arconte—; pero, si mira más de cerca, comprobará que nada de lo que se encuentra debajo del techo, excepto nosotros, está *vivo*.

Mientras Locke y Jean, un tanto incrédulos, echaban una mirada en redondo, Stragos llevó el bote a una de las riberas del río. El curso de agua se estrechaba hasta una anchura de tres metros para dejar espacio a los árboles, las viñas y los arbustos que crecían a cada lado. Stragos se acercó a un tronco y detuvo el bote, señalando hacia arriba mientras decía:

—Un jardín mecánico para mi río mecánico. Aquí dentro no hay ninguna planta de verdad. Todo es de madera, yeso, cable y seda; pintura, colorante y alquimia. Todo proyectado por mí; los artífices y sus ayudantes tardaron seis años en terminarlo. Es mi pequeño jardín mecánico.

Sin llegar a creérselo del todo, Locke supo que el Arconte decía la verdad. Descontando el movimiento de las nubes de humo blanco que estaban bastante lejos por encima de sus cabezas, el lugar poseía una calma innatural, casi siniestra. Y el aire del jardín cerrado era inerte, pues en vez de rebosar con una explosión de aromas arbóreos, sólo olía a agua estancada y a cortinas, mezclado todo ello con un penetrante olor a flores, a suciedad y a decaimiento.

—Lamora, ¿aún le sigo pareciendo un hombre que se ventosea dentro de una habitación cerrada? En este lugar yo *sí que mando* sobre los vientos…

Stragos levantó la mano derecha por encima de su cabeza y el sonido que hacen las hojas al rozarse unas contra otras inundó el jardín artificial. Una corriente de aire agitó el cuero cabelludo de Locke y luego, rápidamente, fue creciendo en intensidad hasta convertirse en una brisa constante. Las hojas y ramas que los rodeaban comenzaron a agitarse.

—¡Y sobre la lluvia! —exclamó Stragos. Su voz resonó sobre la superficie del agua y se perdió en las profundidades de aquel bosque que acababa de cobrar vida de una manera tan súbita. Poco después, una bruma cálida y apenas densa comenzó a descender, una confusión húmeda que enroscó sus curvas formas espectrales en aquella frondosidad ficticia y alrededor del bote. Las gotas comenzaron a caer con suave repiqueteo, llenando de ondulaciones la superficie del río mecánico. Locke y Jean se arrebujaron bajo sus casacas, causando la hilaridad de Stragos.

—Aún puedo hacer más —dijo Stragos—, ¡quizá incluso que llegue una tormenta!

Un viento racheado lanzó la lluvia y la bruma contra ellos; el riachuelo se revolvió cuando una corriente que se movía en sentido contrario surgió de algún lugar situado más adelante. Unas pequeñas burbujas blancas surgieron repentinamente bajo el bote, como si el agua comenzara a hervir; Stragos se agarró al tronco con ambas manos y el bote comenzó a oscilar como si fuera a volcarse. Las gotas de lluvia aumentaron de tamaño y cayeron con más fuerza. Locke se tenía que cubrir con una mano a modo de visera para poder ver. Por encima de ellos, las nubes se compactaron y se hicieron más oscuras, opacando el sol artificial. El bosque había cobrado vida y agitaba sus ramas y hojas en el aire lleno de bruma, como si todo aquel verdor luchara contra fantasmas invisibles.

—Pero no muy grande —añadió Stragos, y entonces la lluvia desapareció. Poco a poco, la agitación que dominaba el bosque fue mudándose en el tranquilo temblor de sus ramas y después en una calma completa; la nueva corriente que había aparecido poco antes se desvaneció, de suerte que pocos minutos después el jardín mecánico volvía a estar tranquilo. Unas briznas de bruma giraban alrededor de los árboles, el sol volvía a despuntar por encima de las «nubes», nuevamente con su tamaño habitual, y todo el recinto se hallaba dominado por el sonido, en absoluto desagradable, del agua que caía al suelo procedente de mil ramas, frondas y troncos.

Locke se estremeció y apartó de sus ojos sus cabellos empapados.

—Es… es condenadamente singular, Arconte. Eso sí se lo concedo. Jamás me hubiera imaginado nada igual.

—Un jardín dentro de una botella con un clima igualmente embotellado —comentó Jean, un tanto divertido.

—¿Por qué? —Locke expresó el parecer de ambos.

—Para que sea un recordatorio —Stragos se soltó del tronco para que el bote volviera lentamente a la corriente— de lo que las manos y las mentes de los seres humanos pueden conseguir. De lo que esta ciudad, única en el mundo, es capaz de hacer. Creo haberles dicho que mi Mon Magisteria es un almacén de cosas artificiales. Piensen que son los frutos de un orden… un orden que debo mantener y proteger.

—¿Y qué diablos tiene que ver el salvaguardar el orden con el hecho de que el comercio marítimo de Tal Verrar sea seguro?

—Un sacrificio a corto plazo para conseguir una ganancia a largo plazo. Lamora, hay algo latente en esta ciudad que acabará por brotar. Algo que producirá una exquisita floración. ¿Se imagina las maravillas que el Trono de Therin hubiera podido conseguir durante siglos de paz si no se hubiera roto en esos mil pedazos que son todas nuestras ciudades-estado, siempre en lucha unas contra otras? Finalmente, algo se prepara para nacer de tanto infortunio, y nacerá *aquí*. Los alquimistas y artífices de Tal Verrar no tienen parangón, y los estudiosos de la Universidad de Therin se

encuentran a pocos días de este lugar… ¡*tiene* que ser aquí!

—Maxilan, querido —Locke enarcó una ceja y sonrió—, sabía a donde quería llevarnos, pero no tenía ni idea del *ardor que le embargaba*. Vamos, ¡tómeme ahora mismo! A Jean no le importará; apartará la mirada como un caballero.

—Ríase de mí todo lo que quiera, Lamora, pero escuche lo que voy a decirle. Escuche y comprenda, maldición. Lo que acaban de presenciar —dijo Stragos— ha precisado del trabajo de sesenta hombres y mujeres. Observadores que atiendan a mis señales. Alquimistas que cuiden los botes de humo y otras personas apartadas de la vista para manipular los fuelles y ventiladores que generan el viento. Varias docenas más para tirar simplemente de unos resortes… las ramas de los árboles artificiales están atadas a unos hilos metálicos como si fueran marionetas, para poder agitarlas del modo más convincente. Un pequeño ejército de obreros cualificados sólo para producir el espectáculo de cinco minutos que únicamente pueden ver las tres personas que están en un bote. Y eso ni siquiera hubiera sido posible con los conocimientos y los artífices de los siglos anteriores.

»¿Qué otras cosas no seríamos capaces de hacer si dispusiéramos del tiempo suficiente? ¿Y si treinta personas pudieran lograr los mismos resultados? ¿Y si sólo fueran diez? ¿O una? ¿Y si dispusiéramos de mejores aparatos para producir un viento más fuerte, más lluvia, una corriente mayor? ¿Y si nuestros mecanismos de control fueran tan sutiles y poderosos que todo esto dejara de ser un espectáculo? ¿Y si pudiéramos emplearlos para cambiarlo todo, controlarlo todo, incluso a nosotros mismos? Nuestros cuerpos… nuestras *almas*… Vivimos agazapados entre las ruinas del mundo de los Antiguos y bajo la sombra de los Magos de Karthain. Pero la gente corriente puede igualar sus poderes. Con varios siglos por delante y la aquiescencia de los dioses, la gente corriente podría *eclipsar* esos poderes.

—¿Y todas esas nociones tan grandiosas necesitan que nosotros dos nos echemos al mar y nos hagamos pasar por piratas sólo para complacerle? —preguntó Locke.

—Tal Verrar no podrá seguir siendo fuerte mientras se halle comprometida por quienes la despojan de su oro como si ordeñaran una vaca, gente que saldrá huyendo ante el menor signo de peligro. Necesito más poder, y para ello, con la ayuda y la voluntad de quienes me apoyan, debo apoderarme de mis enemigos o de sus bienes —Stragos rió entre dientes y extendió las manos hacia ambos lados—. Ustedes son ladrones. Les estoy ofreciendo la posibilidad de cambiar la historia.

—Lo que no es gran cosa —dijo Locke— si lo comparamos con tener dinero en una cuenta y un techo encima de la cabeza.

—Ustedes odian a los Magos de Karthain —dijo Stragos sin poner énfasis en las palabras.

—Creo que sí —dijo Locke.

—El último emperador del Trono de Therin intentó servirse de la magia para

luchar contra ellos: brujería contra brujería. Murió precisamente por eso. Karthain jamás será conquistada por las artes que ellos dominan; se han asegurado de que ninguna potencia de nuestro mundo disponga del suficiente número de hechiceros, o de los hechiceros lo suficientemente poderosos, para luchar contra ellos. Tendremos que atacarles con esto —dejó el remo y extendió las manos—: Máquinas. Artificios. Alquimia e ingeniería; los frutos de la mente.

—Y todo esto —dijo Locke—, todo este plan completamente ridículo… una Tal Verrar mucho más poderosa que domine este rincón del mundo… ¿sólo es para atacar a Karthain? No puedo decir que la idea me parezca del todo desagradable, pero ¿por qué? ¿Qué le hicieron para que haya concebido este plan?

—¿Conocen ustedes el antiguo arte del ilusionismo? —preguntó Stragos—. ¿Leyeron algo acerca del mismo en los antiguos libros de historia?

—Un poco —contestó Locke—, pero no mucho.

—Hace mucho tiempo, el arte de crear ilusiones (la magia imaginaria, que sólo consiste en hacer trucos, no la basada en la brujería) estaba muy extendido, era muy popular y bastante lucrativo. La gente pagaba por ver cómo se practicaba en cualquier esquina; los nobles del Trono de Therin pagaban por ver cómo la practicaban en sus cortes. Pero esa cultura se ha perdido. Ese arte ya no existe, excepto degradado en las trampas que hacen los jugadores de cartas. Los magos mercenarios merodean como lobos por nuestras ciudades-estado, dispuestos a aplastar el menor atisbo de competencia. Ninguna persona responsable puede decir en público que es capaz de hacer magia. El miedo acabó con esa tradición hace ya varios siglos.

»Los magos mercenarios distorsionan nuestro mundo con su mera presencia. Nos gobiernan de muchas maneras que nada tienen que ver con la política; el hecho de que, al contratarlos, estén a nuestro servicio no tiene ninguna relevancia. Esa pequeña cofradía *vigila* todo lo que planeamos, todo lo que soñamos. El miedo a los magos envenena a nuestra gente hasta la misma médula de todo lo que ambicionan. Les impide imaginar un destino de mayor envergadura… les impide albergar la esperanza de volver a forjar el imperio que una vez tuvieron. Sé que ustedes piensan que lo que les he hecho es imperdonable. Pero, créanlo o no, les admiro por plantar cara a los magos de Karthain. Ellos les entregaron a mí a modo de castigo. Pero ahora les pido que me ayuden, a mí, a vencerlos.

—Es un resumen grandioso —dijo Jean—. Da la impresión de que el hecho de estar a sus órdenes, aun a regañadientes, supone para nosotros un privilegio increíble.

—No necesito ningún pretexto para odiar a los magos mercenarios —dijo Locke —. Ni para odiarlos ni para luchar contra ellos. Ya me he burlado de ellos en su propia cara, más o menos. Lo mismo que Jean. Pero usted debe de sufrir algún tipo de locura si cree que van a consentirle que reúna en sus manos el poder suficiente para atacarlos.

—No espero vivir para verlo —dijo Stragos—. Sólo espero plantar la semilla. Eche una mirada al mundo que le rodea, Lamora. Examine las pistas que nos han dado. La alquimia es reverenciada en todas las partes del mundo, ¿no es así? Ilumina nuestras habitaciones, cura nuestras heridas, conserva nuestros alimentos… potencia nuestra sidra —al decir esto, dedicó a Locke y a Jean una mueca de satisfacción—. Aunque la alquimia es una forma degradada de magia, los magos mercenarios jamás han intentado ponerle cortapisas o controlarla.

—Porque no les importa una mierda —apuntó Locke.

—Error —dijo Stragos—. Porque es necesaria para muchas cosas. Sería como querer negarnos el derecho al agua o al fuego. Y eso nos llevaría *muy lejos*. Sin importarnos los costes ni la carnicería en vidas humanas, nos llevaría a luchar contra ellos para salvaguardar nuestra propia existencia. Y ellos lo saben. Su poder tiene límites. Y algún día nosotros los sobrepasaremos si tenemos la oportunidad de hacerlo.

—Es una historia magnífica para leer en la cama antes de irse a dormir —comentó Locke—. Si escribe un libro sobre ese asunto, diez copias correrán a mi cargo. Pero en este momento usted interfiere con nuestras vidas. Nos está apartando de algo por lo que hemos trabajado larga y duramente para conseguirlo.

—Estoy dispuesto a mejorar mis anteriores condiciones —dijo Stragos— y a ofrecerles una recompensa en dinero por el feliz desenlace de su trabajo.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntaron Locke y Jean al mismo tiempo.

—No puedo decírselo —contestó Stragos—, la recompensa será proporcional al éxito conseguido. Yo les haré tan felices como ustedes me hagan feliz a mí. ¿Lo comprenden?

Locke miró a Stragos durante unos segundos, mientras se rascaba la nariz. Stragos acababa de emplear un truco para que confiaran en él: apelar primero a ideales elevados y después a la codicia. Era una manera *clásica* de fastidiar al interlocutor. No había nada que obligara a Stragos a cumplir su promesa, ni éste tampoco tenía nada que perder al hacerla, del mismo modo que nada le obligaba a dejar a Locke y a Jean con vida cuando hubieran terminado aquel trabajo. Se aseguró de que Jean le miraba cuando se dio cinco golpecitos seguidos en la barbilla, lo que quería decir:

Está mintiendo.

Jean suspiró y tamborileó varias veces seguida con los dedos en la borda que se encontraba a su lado. Lo mismo que Locke, había evitado cualquier otra señal que fuera más complicada, dado que ambos tenían a Stragos a menos de dos metros. Su respuesta fue igual de escueta:

Estoy de acuerdo.

—Son buenas noticias —dijo Locke, imprimiendo a su voz una nota de

optimismo, pero con reservas. Saber que Jean pensaba lo mismo que él aumentó su confianza a la hora de poner cara de falso—. Un buen montón de solari de oro sería un buen comienzo para mitigar el mal sabor de boca ocasionado por las circunstancias de nuestro contrato.

—Muy bien. Sólo quiero que esta misión se beneficie de un poco más de entusiasmo por su parte.

—Para ser sinceros, esta misión necesita toda la ayuda que usted pueda proporcionarnos.

—Dejemos el asunto por el momento, Lamora. Y miren lo que hay por ahí detrás… estamos llegando al otro extremo de mi pequeña cañada.

El bote se deslizaba hacia otra barrera de cortinas; según la estimación de Locke, aquel jardín artificial tenía unos ochenta metros de longitud.

—Despídanse del sol —dijo el Arconte, y entonces atravesaron las cortinas para entrar nuevamente en el bochorno negro y plata de la noche, surcado por el titilar de los escarabajos-linterna y dominado por el genuino perfume del bosque. Un perro guardián ladró cerca de ellos, luego gruñó y se calló en respuesta a la orden que recibió enseguida. Locke se frotó los ojos mientras volvían a acostumbrarse a la oscuridad reinante.

—Esta misma semana comenzarán a prepararse —comentó Stragos.

—¿Qué quiere decir con eso de prepararse? Hay un montón de preguntas que aún no ha respondido —dijo Locke—. ¿Dónde está nuestro barco? ¿Y su tripulación? ¿Cómo daremos a conocer nuestra condición de piratas? Hay mil detalles endiabladamente molestos que…

—Todo a su debido tiempo —dijo Stragos. A partir del momento en que Locke había dejado de poner reparos a su plan, su voz poseía un tono de satisfacción inconfundible—. Me han contado que ustedes dos suelen comer en el Claustro Dorado. Tómense unos cuantos días para acostumbrarse a levantarse con el sol. El Día del Trono vayan a comer al Claustro. Esperen allí a Merrain. Ella les conducirá a su destino con la discreción que acostumbra, y allí comenzará su aprendizaje. Como les llevará la mayor parte del tiempo, no hagan planes.

—Diantre —dijo Jean—, ¿por qué no nos deja acabar antes con el asunto de Requin? Sólo nos llevará unas semanas. Luego podremos hacer lo que quiera, ya sin tener que distraernos por lo que quedó atrás.

—Ya había pensado en eso —dijo Stragos—, pero no. Pospónganlo. Quiero que tengan algún proyecto en el que pensar después de haber terminado la misión. Y no puedo esperar más semanas. Necesito que estén en medio del mar dentro de un mes. Seis semanas a lo sumo.

—¿Sólo un mes para convertir a unos agradables marineros de agua dulce en unos piratas cojonudos? —comentó Jean—. Por los dioses.

—Será un mes muy atareado —dijo Stragos.

Locke rezongó.

—¿Están preparados para la tarea? ¿O simplemente tendré que negarles el antídoto y meterles en una celda para ver cómo les hace efecto el veneno?

—Lo único que tiene que preocuparle es que ese puñetero antídoto esté listo para nosotros cada vez que tengamos que volver —dijo Locke—. Y *sopese* seriamente todo el dinero que tendrá que darnos para que nos sintamos muy contentos después de haber terminado con este asunto. Y como me parece que usted es de los que tienden a tirar por lo bajo, tire *por lo alto*.

—Una recompensa proporcional a los resultados, Lamora. Eso y sus vidas. Cuando la bandera roja vuelva a ondear por las aguas de mi ciudad y el *Priori* me implore que la salve, podrá volver a pensar en la recompensa. Entonces, y no antes. ¿Comprendido?

Está mintiendo, volvió a decirle por señas a Jean, sabiendo que, aunque fuera innecesario, Jean apreciaría el detalle.

—Pues que sea como dice, qué remedio. Si los dioses nos lo permiten, meteremos un palo en cada uno de los avisperos que hay desde aquí hasta las Islas del Viento Fantasma y lo agitaremos con fuerza. A fin de cuentas, no tenemos otra opción.

—Que así sea —dijo Stragos.

—Locke —comenzó a decir Jean como si nadie más estuviera presente—, me imagino que tiene que haber ladrones que viven aventuras corrientes, en absoluto complicadas. Uno de estos días deberíamos buscar a alguno de ellos y preguntarle cuál es su secreto.

—Lo más probable es que te diga que mantenerse lo más lejos posible de capullos como éste —replicó Locke, señalando al Arconte.

3

Cuando el pequeño bote dio una vuelta completa al río artificial, una escuadra de Ojos ya les estaba esperando al lado de la caseta.

Después de que uno de sus soldados cogiera el remo que tenía entre las manos, Stragos sacó dos pequeños viales de vidrio de sus bolsillos y los entregó a los dos bandidos camorríes.

—He aquí —dijo— el primer aplazamiento de su ejecución. El veneno ya se ha abierto camino dentro de sus cuerpos. No quiero tener que preocuparme en las próximas semanas.

Locke y Jean obedecieron y se tomaron el contenido de los viales, dando arcadas mientras lo hacían.

—Sabe a tiza —dijo Locke mientras se limpiaba la boca con una mano.

—Si, al menos, fuese igual de barato… —dijo el Arconte—. Y ahora devuélvanme los viales, los tapones también.

Locke sonrió mientras decía:

—Ya me parecía que no se olvidaría de ese pequeño detalle.

Mientras llevaban a los dos ladrones de regreso a la Mon Magisteria, Stragos volvió a atar el bote a un pilote.

Se puso de pie, se desperezó, volvió a escuchar aquellos crujidos familiares y sintió dolor en caderas, rodillas y muñecas. Maldito reuma… Para ser sinceros, había sobrepasado los límites de su edad, aunque fuera capaz de adelantar corriendo a la mayoría de los hombres que se aproximaban a los sesenta años. Pero en lo más profundo de su corazón sabía que jamás podría correr lo suficientemente deprisa. Antes o después, la Señora del Largo Silencio concertaría un baile con Maxilan Stragos, hubiera o no terminado el trabajo que aún le quedaba por hacer.

Merrain, tan silenciosa e inmóvil como la araña que va de caza, estuvo aguardándole junto a la fachada de la caseta que estaba a oscuras hasta que salió a su encuentro. Fruto de una larga práctica, Stragos ni se inmutó al verla.

—Muchas gracias por salvar a esos dos, Merrain. Estas últimas semanas me ha hecho un servicio inapreciable.

—Tal y como me enseñaron —dijo ella—. Pero, dígame, ¿está realmente seguro de que esos dos cumplen los requisitos de su plan?

—Querida, en esta ciudad se encuentran en una posición muy poco ventajosa —Stragos miró las formas imprecisas de Locke, Jean y la escolta de ambos, que acababan de desaparecer en la espesura del jardín—. Los magos de Karthain nos los sirvieron en bandeja, y desde entonces nos hemos anticipado a sus movimientos. No creo que esos dos estén acostumbrados a que los vigilen. Por lo demás, sé que harán lo que se les pide.

—¿Tanto le han hecho confiar en ellos sus informes?

—No sólo mis informes —dijo Stragos—. Es evidente que Requin no quiso acabar con ellos.

—En efecto.

—Servirán —dijo Stragos—. Sé lo que sienten sus corazones. A medida que pase el tiempo, el resentimiento se irá borrando de ellos para ser reemplazado por la excitación de la novedad. Y cuando comiencen a disfrutar… Creo sinceramente que podrán hacerlo. Si viven. Pues es más que evidente que no tengo más agentes para cumplir su tarea.

—Así pues, ¿ya puedo informar a mis jefes de que el plan ha comenzado?

—Sí, supongo que esto nos compromete a todos. Puede informarles —Stragos recorrió con la mirada la silueta sombría de la delgada mujer que estaba a su lado y suspiró—. Dígales que todo comenzará dentro de un mes. Espero, por su seguridad,

que estén listos para afrontar las consecuencias.

—*Nadie* está jamás listo para afrontar las consecuencias —dijo Merrain—. Todo esto supondrá más sangre de la que nadie ha visto jamás en los últimos doscientos años. Lo único que podemos esperar es que, haciendo las cosas de esta manera, los *otros* se lleven la peor parte. Con su venia, Arconte, me gustaría irme ahora mismo para preparar los informes que debo enviar.

—Claro que sí —dijo Stragos—. Envíeles mis saludos junto con sus informes, así como mis mejores votos para que todos sigamos prosperando… juntos.

Última reminiscencia

Con su propia cuerda

1

—¡Oh, es un lugar *maravilloso* para correr al encuentro de la propia muerte! —dijo Locke.

Habían pasado seis meses desde que regresara de Salón Corbeau; las cuatro sillas exquisitamente construidas seguían a salvo en un almacén privado de Villa Candessa. La versión verrarí de lo que eran los últimos días del invierno mantenía en aquella región unas temperaturas tan bajas que la gente que hacía trabajos manuales tenía que afanarse en ellos para comenzar a sudar.

Al norte de Tal Verrar, a una hora de ardua cabalgada, justo después de dejar atrás la aldea de Vo Sarmara y los campos que la rodean, un bosque achaparrado de nudosos álamos negros y espinos ámbar se levantaba junto a un valle rocoso y bastante amplio. Las paredes de aquel valle tenían el color grisáceo de la carne de los cadáveres, confiriendo al lugar el aspecto de un gigante que yaciera herido en tierra. La hierba, rala y de color oliváceo, dejaba de luchar por su existencia a tres metros del borde de los riscos que dominaban el valle, justo donde Locke y Jean acababan de detenerse para contemplar la caída a plomo de treinta metros que los separaba del suelo de grava que se encontraba más abajo.

—Supongo que deberíamos haber practicado un poco más con esto —dijo Jean, que ya había comenzado a desenrollar la media docena de rollos de cuerda que tenía entre su hombro izquierdo y su cadera derecha—. Pero, por lo que recuerdo, apenas tuvimos muchas oportunidades de hacerlo en los últimos años.

—En la mayor parte de los sitios de Camorr sólo teníamos que subir y bajar rápidamente —dijo Locke—. Creo que no estabas con nosotros la noche en que empleamos cuerdas para subir a la torre que la señora de Marre tenía en una antigua finca suya bastante horrible… A Calo, a Galdo y a mí por poco nos destrozan a picotazos unos pichones que trabajaban en ella. Fue hace cinco o seis años.

—Oh, pero si *estaba* con vosotros, ¿no lo recuerdas? En el suelo, vigilando. Observé el asunto de los pichones. Es difícil hacer de centinela cuando te estás meando de risa.

—Para los que estábamos arriba no era divertido en absoluto. ¡Esos pequeños bastardos picudos tenían muy mala uva!

—La Muerte de los Mil Picotazos —dijo Jean—. Os hubierais convertido en una leyenda al morir de esa manera tan horripilante. Yo habría escrito un libro acerca de los pichones devoradores de hombres de Camorr e ingresado en la Universidad de Therin. Me habría hecho respetable. Bicho y yo habríamos erigido una estatua en recuerdo de los Sanza, con una placa muy bonita.

—¿Y yo?

—Una nota al pie de la placa. Si quedaba sitio.

—Dame un poco de cuerda o te enseñaré el borde de los riscos, *si me queda sitio*.

Jean lanzó un rollo a Locke, que lo atrapó en el aire y echó a caminar hacia la linde del bosque, que distaba unos diez metros de los riscos. La cuerda era muy fuerte, de quasiseda, mucho más ligera que el cáñamo pero también *mucho* más cara. En la linde del bosque, Locke escogió un álamo negro bastante alto y tan ancho como los hombros de Jean. Tomó una parte lo suficientemente larga de la cuerda, la pasó alrededor del tronco y se quedó mirando su extremo durante unos cuantos segundos, intentando recordar cómo se hacía un buen nudo.

Mientras sus dedos se deslizaban con cierta inseguridad, echó un vistazo a la melancólica situación en que se encontraba el mundo. Por el noroeste había comenzado a soplar un viento bastante fuerte, y el cielo era una vasta catarata de bruma húmeda. El carruaje que habían alquilado se encontraba al otro extremo del bosque, quizá a unos trescientos metros. Él y Jean le habían entregado al conductor una jarra de cerveza y la espléndida cesta que Villa Candessa llenaba de comida para las excursiones, prometiéndole que estarían de vuelta en unas pocas horas.

—Jean —musitó Locke cuando el hombretón se acercó a donde estaba—, ¿este nudo marinero está bien hecho?

—A mí me lo parece —Jean sopesó el elaborado nudo que impedía que la cuerda se soltara del árbol y asintió. Luego tomó el extremo que sobresalía del nudo y le dio otra vuelta por seguridad—. Así está mejor.

Él y Locke estuvieron trabajando juntos durante unos minutos, repitiendo el nudo marinero tres veces más hasta que el viejo álamo negro estuvo parcialmente decorado con quasiseda bien tensa. Los rollos sobrantes los dejaron a un lado. Entonces los dos se quitaron las largas levitas y los chalecos, dejando al descubierto los anchos fajines de cuero provistos de argollas de hierro que ceñían sus respectivas cinturas.

Los fajines no eran del estilo de arnés de escalada que solían emplear los ladrones con escalo más profesionales de Camorr; eran arneses náuticos, como los que utilizaban los marineros que tenían la fortuna de contar con unos patrones que no escatimaban el dinero a la hora de cuidar de su salud. Los habían comprado en una tienda de saldos, lo cual les había ahorrado la molestia de tener que entrar en contacto con los bajos fondos de Tal Verrar para encargar un par… operación que luego alguien hubiera podido recordar. Había unas cuantas cosas que Requin no debía

conocer hasta que llegara el momento que Locke y Jean habían estado aguardando.

—Todo bien. Aquí tienes el pasador —Jean acercó a Locke un objeto de hierro muy pesado con forma de ocho, que tenía un extremo más ancho que el otro y un travesaño en la parte derecha. Luego tomó uno para sí; unas semanas antes se los habían encargado a un herrero del Creciente de Istria—. Improvisa. Primero suelta cuerda, luego sujeta.

Locke enganchó el pasador en una de las argollas de su arnés y pasó por él una de las cuerdas de quasiseda que habían atado al árbol. El otro extremo de la cuerda llegaba hasta los riscos. Una segunda cuerda pasaba por una de las argollas que se encontraban encima de la cadera opuesta de Locke. Muchos de los ladrones de Camorr «bailaban desnudos» mientras trabajaban, esto es, sin la seguridad añadida de una segunda cuerda que aguantara su peso por si se rompía la primera, lo que no era el caso de Locke y de Jean durante aquella sesión de prácticas, pues ambos estaban de acuerdo en trabajar sobre seguro, por aburrido que pudiera parecerles.

Jean tardó varios minutos en prepararse del mismo modo que Locke; poco después, cada uno de ellos estaba sujeto al árbol con dos cuerdas, como si fueran marionetas humanas. Ambos ladrones apenas llevaban encima algo más que camisa, calzas, botas de campo y guantes de piel, aunque Jean se detuvo un momento para ponerse las gafas de leer.

—A pesar de todo esto —comentó—, aún me sigue pareciendo un buen día para escalar con cuerdas. ¿Te encargas tú de hacer los honores antes de que volvamos a besar tierra firme?

—Guardián Avieso —dijo Locke—, los hombres somos idiotas. Protégenos de nosotros mismos. Y, si no puedes, que sea rápido e indoloro.

—Bien dicho —Jean aspiró profundamente—. ¿Comenzamos esta locura a la de tres?

—A la de tres.

Ambos cogieron la cuerda principal que cada uno de ellos llevaba enrollada y arrojaron su extremo libre por encima de los riscos; ambas cuerdas cayeron por ellos y se desenrollaron con un suave silbido.

—Una —dijo Locke.

—Dos —dijo Jean.

—Tres —dijeron los dos al mismo tiempo. Luego echaron a correr hacia los riscos y se arrojaron al vacío, gritando mientras caían.

Durante un breve instante, a Locke le pareció que su estómago y el brumoso cielo gris ejecutaban al unísono un salto mortal. Después su cuerda se puso tensa y la pared de roca se precipitó hacia él un poco más deprisa de lo que le hubiera gustado. Se quedó colgado como si fuera un péndulo humano, levantó las piernas y golpeó con ellas la pared de roca a algo menos de tres metros por debajo de su borde, sin dejar de

doblar las rodillas para absorber la fuerza del impacto. Al menos recordaba bastante bien ese detalle. A medio metro más abajo, Jean acababa de chocar violentamente contra la pared.

—Eh, Jean —dijo Locke, escuchando los latidos de su corazón que atronaban en sus oídos, tanto que apenas podía escuchar el susurro del viento—, supongo que debe de haber una manera más cómoda de comprobar la honradez de quien nos hizo las cuerdas.

—¡Vaya! —Jean desplazó ligeramente los pies y agarró su cuerda con ambas manos. Se puede bajar con más facilidad cuando se le aplica a la cuerda la fricción suficiente para aminorar el descenso o para detenerlo a voluntad. Aquellos pequeños aditamentos suponían una considerable mejora de lo que habían aprendido de pequeños. Al bajar por una cuerda y usar el propio cuerpo para crear fricción y aminorar la caída, tal y como habían hecho en cierta ocasión, resultaba muy fácil, a causa de un descuido o de la mala suerte, rozarse con la roca cierta parte protuberante de la anatomía masculina.

Durante unos instantes se quedaron colgados, los pies apoyados en la pared, disfrutando de aquella nueva ventaja mientras las vaporosas nubes pasaban por encima de sus cabezas. Las cuerdas que ondeaban por debajo de ellos sólo cubrían la mitad de la distancia que los separaba del suelo, pero no tenían ninguna intención de bajar tanto. Ya tendrían tiempo para practicar otros descensos más largos en futuras sesiones.

—Debo admitir —dijo Locke— que ésta es la única parte del plan de la que jamás he estado completamente seguro. Es mucho más fácil ver cómo la gente escala con cuerdas desde esta altura que saltar por un risco cuando sólo dos rollos de cuerda te separan de Aza Guilla.

—Las cuerdas y los riscos no serán ningún problema —dijo Jean—. Lo único que tenemos que hacer es vigilar por si aparece algún pichón carnívoro.

—No me digas, ¿por qué no te doblas un poco y te muerdes el culo?

—Lo digo en serio. Estoy muy asustado. Me gustaría estar de observador para que lo último que viera en esta vida no fuesen unos *picotazos terriblemente rápidos*…

—Jean, la cuerda de repuesto te está sobrecargando. Déjame que te la corte…

Ambos estuvieron dándose patadas y empujones en broma durante varios minutos. Locke gateaba y se servía de su agilidad para equilibrar la mayor fuerza y masa de Jean. Pero como la fuerza y la masa eran lo que parecía prevalecer en aquel momento, Locke, movido por el instinto de conservación, sugirió que debían practicar un poco de descenso.

—Muy bien —dijo Jean—, entonces bajamos muy despacio unos dos metros y nos detenemos a mi señal, ¿de acuerdo?

Ambos cogieron sus respectivas cuerdas principales y aflojaron ligeramente los pasadores. Muy despacio, con mucha tranquilidad, bajaron unos dos metros; entonces Jean exclamó:

—¡Alto!

—No está mal —comentó Locke—. Este chisme parece que te ayuda a bajar bastante rápido, ¿no te parece?

—Supongo que sí. Lo cierto es que jamás fui muy ducho en estas cosas después de las vacaciones que pasé en la Casa de la Revelación. Solían ser más de tu especialidad y de los Sanza que de la mía. Y, ah, de la de Sabetha, por supuesto.

—Sí —dijo Locke, melancólico—. Sí, estaba tan loca… estaba tan loca y era tan hermosa. Me encantaba ver cómo escalaba. No le gustaban las cuerdas. Se… quitaba las botas y se soltaba el pelo; incluso creo que a veces no se ponía guantes. Sólo llevaba las calzas y la blusa… y yo sólo…

—Te sentabas a verla como hipnotizado —dijo Jean—. Completamente pasmado. Oye, Locke, yo también tenía ojos por aquel tiempo.

—Sí, supongo que era obvio. Dioses —Locke miró fijamente a Jean y emitió una sonrisita nerviosa—. Dioses, ahora me lo vuelvo a plantear. Y no me lo creo —una mirada de astucia asomó en su rostro—. Jean, ¿todo va bien entre nosotros? Quiero decir, ¿nos sentimos a gusto?

—Diablos, ambos estamos suspendidos en este sitio, a casi treinta metros por encima de lo que sería una muerte bastante incómoda. Es algo que no suelo hacer con la gente que no me gusta.

—Me agrada saberlo.

—Y sí, lo que quería decir es que…

—¡Eh, caballeros! ¡Hola, estoy aquí arriba!

La voz pertenecía a alguien de Tal Verrar, alguien con un acento bastante rústico. Sorprendidos, Locke y Jean miraron hacia arriba y vieron a un hombre que estaba de pie junto al borde de los riscos con los brazos en jarras y cuya silueta se recortaba contra el cielo revuelto. Llevaba una capa raída con la capucha puesta.

—Uhm, ¡hola al de ahí arriba! —dijo Locke.

—¡Magnífico día para hacer un poco de deporte, por lo que veo!

—¡Eso es exactamente lo que pensamos nosotros! —exclamó Jean.

—¡Ciertamente, un día magnífico! ¡Igual de magníficas, si me permiten el comentario, que estas prendas, levitas y chalecos, que ustedes se han dejado aquí! ¡Me gustan mucho, aunque no tengan ninguna bolsa de dinero en los bolsillos!

—Claro que no, no somos tan tont… ¡Eh, tenga la amabilidad de no revolver nuestras cosas! —dijo Jean. Y como si él y Locke hubieran recibido una señal al mismo tiempo, ambos intentaron agarrarse a las rocas y comenzaron a buscar asideros en los que poner manos y pies.

—¿Y por qué no? Son muy elegantes, señores. Tanto que me estoy haciendo a la idea de quedarme con ellas.

—Si nos espera donde está —dijo Locke, disponiéndose a comenzar el ascenso —, uno de nosotros llegará hasta usted en unos minutos y así podremos discutir este asunto de manera más civilizada.

—Y también me estoy haciendo a la idea de dejarles a ustedes dos ahí abajo siempre que no les importe, caballeros —el hombre apenas se movió cuando una pequeña hacha apareció en su mano derecha—. También son muy elegantes las dos cuchillas que se han dejado entre la ropa. Pero que muy elegantes. Jamás había visto otras iguales.

—¡Es todo un detalle por su parte! —rugió Locke.

—Maldito cabrón meloso —murmuró Jean.

—No obstante, debo hacerle la observación —prosiguió Locke— de que el hombre que dejamos en el carruaje está a punto de llegar para comprobar si nos encontramos bien, y traerá su ballesta.

—Oh, ¿se refiere, señor, a ese individuo inconsciente que dormía como un tronco? Lamento informarle de que estaba bebido.

—¡No le creo! ¡No le dimos tanta cerveza!

—¡Les pido perdón, caballeros, pero no era *tan* hombre! Era bastante canijo, por decirlo de alguna manera. Ahora está dormido. Le arreé con una piedra. Y no tenía ninguna ballesta. Lo comprobé.

—Bueno, espero que no nos guarde rencor por engañarle —dijo Locke.

—En absoluto, ni siquiera una pizca. Buen intento. Y bastante verosímil. Pero ahora estoy interesado, si no les importa, en el paradero de sus bolsas.

—Pues están aquí abajo, a salvo con nosotros —dijo Locke—. Puede convencernos para que se las entreguemos, pero antes tendrá que subirnos.

—En esa cuestión —dijo el desconocido—, creo que usted y yo tenemos cierta diferencia de pareceres. Desde que me he enterado de que las tienen consigo, creo que lo más sencillo será hacerles picadillo y luego conseguirlas sin agobios.

—A menos que sea mejor escalador de lo que parece —dijo Jean—, le costará muchísimo bajar hasta aquí para recoger nuestras bolsas y luego subir.

—Y son pequeñas —añadió Locke—. Son bolsas de escalada. Especialmente hechas para que no pesen. ¡Apenas cabe nada en ellas!

—Creo que no nos pondríamos de acuerdo respecto al significado de *nada*. Y no me gustaría tener que escalar —dijo el desconocido—. Hay maneras más sencillas de llegar al suelo del valle…

—Ah… no sea loco —dijo Jean—. Esas cuerdas son de quasiseda. Tardará bastante en cortarlas. Seguro que más de lo que a nosotros nos llevará subir hasta usted.

—Probablemente —dijo el hombre de la capa—, pero si consiguen subir yo seguiré estando aquí arriba y podré agarrarles en cuanto asomen por el borde y dejarles el cráneo hecho una pena. ¡Inténtenlo!

—Pero si nos quedamos aquí abajo bien agarrados, no nos matará, y podremos subir hasta arriba y morir luchando —dijo Locke.

—Usted, señor, puede hacer lo que quiera. Pero esta conversación está empezando a repetirse, así que voy a comenzar a cortar cuerdas. Yo que ustedes me agarraría a algo y me quedaría quieto.

—¡Eso haremos, miserable canalla! —exclamó Locke—. ¡Cualquier niño de tres años es capaz de matar a unos hombres colgados de un acantilado! ¡Cuán lejos está el tiempo en que los bandidos nos atacaban cara a cara con un par de pelotas, para ganarse el salario!

—Señor, ¿acaso tengo la pinta de ser un honesto comerciante? ¿Ve en mis brazos algunos de los tatuajes de las cofradías? —se arrodilló y con una de las hachas de Jean comenzó a cortar algo muy deprisa—. Hacer que se estampen contra las rocas me parece una manera bastante elegante de ganarme el salario. Y si usted sigue hablándome con tan poca educación, aún lo será más.

—¡Es usted un despojo! —exclamó Locke—. ¡Un perro servil, un tirado! ¡Maldito, pero no por ser avaro, sino por ser cobarde! ¡Los dioses escupen a la gente sin honor! ¡Le aguarda un infierno tan frío como oscuro!

—El honor sale por todos mis poros, señor. Me sale a raudales. Lo guardo aquí dentro, entre mi estómago vacío y mi culo arrugado, el cual, dicho sea de paso, puede besarme cuando quiera.

—Bien, muy bien —dijo Locke—. Sólo quería comprobar si, irritándole, podía alterar su buen juicio. ¡Aplaudo su comedimiento! ¡Pero le puedo asegurar que obtendría más provecho sacándonos de aquí y pidiendo un rescate por nosotros!

—Somos gente importante —dijo Jean.

—Con amigos ricos e importantes. ¿Por qué no hacernos prisioneros y mandar una carta con una petición de rescate?

—Pues —dijo aquel hombre— por un detalle importante, porque no sé leer ni escribir.

—¡Nos agradaría escribir la petición por usted!

—No creo que funcionara. Ustedes podrían escribir lo que quisieran. En vez de oro, pedir que enviaran soldados y policías, creo que me entienden. Que no pueda leer no quiere decir que tenga pises de gusano por cerebro.

—¡Eh! ¡Deténgase! ¡Deje de cortar! —Jean apoyó otro pie y aseguró la cuerda en el pasador para que sostuviera su peso—. ¡Deje de cortar! ¡Tengo una importante pregunta que hacerle!

—¿De qué se trata?

—¿De dónde diablos ha salido usted?

—De todas partes, de aquí y de allá, después de salir, claro, del vientre de mi madre, que fue el primer sitio —dijo el hombre sin dejar de cortar.

—No me refería a eso, sino a que si siempre está cerca de estos riscos, acechando a los escaladores.

—No señor, no hay ningún escalador; jamás he visto a ninguno antes de ustedes dos. Me llamaron tanto la atención que vine a echar un vistazo; no me digan que no fue una buena ocurrencia —mientras hablaba, no había dejado de dar hachazos a las cuerdas, *chop*, *chop*, *chop*—. No, por lo general suelo esconderme en los bosques y en ocasiones en las colinas. Vigilo los caminos.

—¿Usted solito?

—¿No le parece que, si no estuviera solo, estas cuerdas suyas ya estarían casi cortadas?

—Así que vigila los caminos. Para robar qué, ¿carruajes?

—Mayormente.

—¿Tiene algún arco o alguna ballesta?

—Ninguna, por desgracia. Pero quizá pueda comprarme uno de esos chismes si saco lo suficiente de ustedes.

—¿Se oculta usted solo en los bosques y quiere tenderles emboscadas a los carruajes sin un arma de verdad?

—Lo cierto —dijo aquel hombre, luego de titubear un poco— es que ha pasado algo de tiempo desde que me hice con una. Pero hoy es mi día de suerte, ¿no le parece?

—Creo que sí. Por el Guardián Avieso, que usted debe de ser el peor salteador que existe en el mundo.

—¿Qué ha dicho?

—He dicho —ahora hablaba Locke— que, en su nada modesta opinión, usted es…

—No, lo otro.

—Mencioné al Guardián Avieso —prosiguió Locke—. ¿Significa algo para usted? ¡Eh, amigo, pertenecemos a la misma fraternidad! La del Benefactor, El que Vela por los Ladrones, el Decimotercero Sin Nombre, patrón suyo, mío y de todos los que siguen los senderos torcidos de la vida. ¡Somos siervos consagrados del Guardián Avieso! ¡No tenemos por qué enfrentarnos, y usted no tiene por qué cortar esas cuerdas!

—Oh, claro que sí —dijo aquel hombre con mucha vehemencia—, y ahora voy a cortarlas de una manera *definitiva*.

—Pero ¿por qué?

—¡Porque son unos putos herejes! ¡El Decimotercero no existe! ¡No hay más

dioses que los Doce! Sí, he estado en Tal Verrar un par de veces, y me he encontrado con chavales y chicas muy lenguaraces que intentaron hablarme de ese Decimotercero. No les hice caso. No es lo que me enseñaron. Así que, ¡abajo, muchachos! —y siguió dando hachazos a las cuerdas de quasiseda con mayor determinación que antes.

—Mierda. ¿Por qué no intentamos que se enrede con las cuerdas de seguridad? —Jean acababa de acercarse a Locke para hablarle en voz baja, pero a toda prisa. Locke asintió. Los dos ladrones agarraron los extremos de sus cuerdas de seguridad, se quedaron mirando hacia arriba y, a la señal susurrada por Jean, tiraron de ellas hacia abajo con mucha fuerza.

Era una trampa poco práctica; la mayor parte de las cuerdas, enrolladas y flojas, se encontraban encima del precipicio. El individuo que los atormentaba miró hacia abajo y se apartó de un salto cuando varios metros de cuerda se deslizaron por el borde del precipicio.

—¡Ah!, si me permiten que se lo diga, caballeros, ¡hay que ser un poco más despiertos! —y, silbando de modo desorejado, desapareció de su vista y siguió dándole al hacha. Momentos después lanzó un grito de triunfo, pues la cuerda de seguridad de Locke acababa de desaparecer por el borde del precipicio. Locke apartó el rostro cuando la cuerda pasó justo a su lado y se quedó colgando de su arnés, con su extremo a muchos metros por encima del suelo para poder resultar efectiva.

—Mierda —dijo Locke—. No importa, Jean, esto es lo que vamos a hacer. Ahora se dispone a cortar mi cuerda principal. Agárrate con las manos. Voy a deslizarme por tu cuerda principal para atar lo que queda de la mía al extremo de la tuya y así poder llegar a unos seis metros del suelo. Si tiro hacia arriba de mi cuerda de seguridad y la ato en el extremo de las otras dos ya unidas, podremos llegar hasta abajo.

—Eso depende de lo deprisa que corte ese capullo. ¿Crees que podrás hacer bien los nudos?

—Creo que no tengo más remedio que hacerlos bien. Al menos, mis manos están preparadas para hacerlos lo mejor que puedan. En el peor de los casos, aunque sólo pueda atar una cuerda, una caída de seis metros es mejor que una de casi treinta.

En aquel momento, el sonido de un trueno lejano se insinuó por encima de sus cabezas. Cuando Locke y Jean levantaron sus respectivas cabezas, las primeras gotas de lluvia les cayeron en la cara.

—Quizá ahora esto resultara tremendamente divertido —dijo Locke— si colgáramos de estas cuerdas sin tener que preocuparnos por el que está más arriba.

—En este momento, creo que no me importaría enfrentarme a tus pichones —dijo Jean—. Diantre, Locke, no sabes cuánto lamento el dejarme arriba las Hermanas Malvadas.

—¿Y por qué, en nombre de Venaportha, ibas a tener que llevarlas encima para

bajar por la cuerda? No hay nada que lamentar.

—Creo que aún me queda otra cosa por intentar —dijo Jean—. ¿Has traído esos estiletes que siempre llevas en la manga?

—Sólo tengo uno, en una bota —la lluvia había comenzado a caer con fuerza, mojando sus camisas y empapando las cuerdas. La escasa ropa que llevaban y la recia brisa les hacían sentir más frío del que realmente hacía—. ¿Y tú has traído el tuyo?

—El mío está aquí —Locke vio un relámpago de metal en la mano derecha de Jean—. ¿El tuyo está equilibrado para poder lanzarlo?

—Mierda, no. Lo siento.

—No pasa nada. Déjalo entonces en reserva. Y reza en silencio una plegaria por nosotros, pero que sea buena —Jean hizo una pausa para quitarse las gafas y engancharlas en el cuello de su camisa, y luego exclamó:

—¡Eh, amante de las ovejas! ¡Hablemos, por favor!

—Ya nos hemos dicho todo lo que había que decir —la voz del hombre les llegaba desde lo alto del precipicio.

—¡Estoy de acuerdo! Creo que cuando se emplean tantas palabras en tan corto espacio de tiempo, los sesos se le quedan a uno como un limón exprimido, ¿no le parece? Le ofrezco una buena alternativa para que no tenga que andar buscando nuestras cosas en el puto suelo. ¿Me está escuchando? ¡Sólo tendrá que quitarse los zapatos y las calzas después de contar veintiuno! ¡Sólo tendrá que levantar los ojos para contemplar la parte posterior de una cagada de cucaracha!

—¿Qué coño de alternativa son esas gilipolleces que dice a gritos? Es como si le estuviera rezando a ese Decimotercero suyo que no sirve para nada, o yo qué cojones sé. Y no me hable como a uno de esos verraríes grandullones, *felantozzers* o como se llamen.

—¿No quiere saber por qué no debería matarnos? ¿No quiere saber por qué no debería dejar que nos estrelláramos contra el fondo de ese valle? —Jean exprimió al máximo sus pulmones para gritar mientras asentaba los pies en el precipicio lo mejor que podía y echaba su brazo derecho hacia atrás. Un trueno resonó por encima de su cabeza—. ¿Ve esto, idiota? ¿Ve lo que tengo en mis manos? ¡Es algo que sólo verá una vez en la vida! ¡Algo que jamás olvidará!

Pocos segundos después, la cabeza y el torso del hombre se asomaron por encima de los riscos. Jean gritó y arrojó el cuchillo con toda su fuerza. Aquel grito se convirtió en triunfal al ver que la imprecisa silueta de su arma acababa de recortarse contra el rostro de quien llevaba tanto tiempo atormentándolos… y luego se mudó en un quejido de frustración al ver que el cuchillo rebotaba y caía. Le había golpeado con la empuñadura.

—¡Maldita lluvia! —exclamó Jean.

Al menos, aquello le había dolido mucho al bandido. Gemía mientras se cogía la

cara, a punto de desplomarse. ¿Un buen corte en el ojo? Jean lo deseó fervientemente… quizá aún dispusiera de unos cuantos segundos para intentarlo de nuevo.

—¡Locke, deprisa, tu cuchillo!

Locke tenía ya una mano en su bota derecha cuando el hombre extendió los brazos para equilibrarse, dio un traspié y cayó gritando por el precipicio. Un segundo después cogía con una mano la cuerda principal de Locke y se enganchaba en su arnés, justo con el pasador. El impacto hizo que Locke apartara las piernas de la pared y expulsara el aire de los pulmones; durante un segundo él y el bandido estuvieron en caída libre, agitándose y gritando en un revoltijo de brazos y piernas, sin que el pasador pudiera ejercer la presión suficiente en la cuerda para que parasen.

Sacando fuerzas de flaqueza, Locke dobló con su mano izquierda la parte de la cuerda que estaba libre y así la mantuvo el tiempo suficiente para detener la caída. Ambos permanecieron balanceándose ante la cara del precipicio, luego de que el bandido acusara la mayor parte del impacto, y enredados en una confusión de miembros mientras Locke luchaba por respirar y dar un sentido al mundo que giraba a su alrededor. El bandido daba patadas y chillaba.

—¡*Para*, maldito imbécil! —habían caído unos cinco metros; Jean bajó rápidamente hasta ellos, se apoyó en la pared y con una mano agarró al bandido por los pelos. Como éste ya no se cubría con la capucha, Locke pudo ver que estaba tan delgado como un perro desnutrido, que debía de andar por los cuarenta y que tenía unos cabellos largos y grasientos de color gris, lo mismo que su barba, tan rala como la hierba que coronaba aquellos riscos. Cerraba el ojo izquierdo, que aparecía hinchado—. ¡Deja de dar patadas, idiota! ¡Para!

—¡Oh, dioses, no me suelten, por favor! ¡Por favor, señor, no me mate!

—¿Y por qué *puñetas* no te iba a matar? —Locke gimió, apoyó las botas en la pared e intentó alcanzar la derecha con la mano de aquel mismo lado. Instantes después, tenía el estilete apoyado en el cuello del bandido; el pataleo asustado del hombre dio paso a un estremecimiento de terror.

—¿Ves esto? —Locke siseaba. El hombre asintió—. Es un cuchillo. ¿Los has visto en ese lugar de los cojones de donde vienes? —el hombre volvió a asentir—. Ya sabes que ahora podría clavártelo y dejarte caer, ¿no?

—Por favor, por favor, no…

—Cierra el pico y escucha. Mira esta cuerda de la que tú y yo colgamos ahora mismo. ¡Una, única, sola! No creo que fuera la cuerda que estabas cortando más arriba, ¿verdad?

El hombre asintió con mucha convicción; su ojo bueno carecía de expresión.

—¿No es algo espléndido? Bueno, pues si el impacto de tu cuerpo al agarrarse a ella no la ha roto, quizá podamos seguir vivos un poquito más —un relámpago de luz

blanca brilló por encima de sus cabezas, seguido por un trueno más fuerte que los anteriores—. Aunque sin ti yo me sentiría *mucho más a gusto*. Así que no patalees. No te agites. No hagas esfuerzos. Y no cometas ninguna puñetera estupidez. ¿Lo pillas?

—Oh, no, señor, oh, por favor…

—Cierra el pico de una vez.

—Lo… eh, Leocanto —dijo Jean—, me parece que este individuo se merece unas cuantas lecciones de vuelo.

—Estaba pensando lo mismo que tú —dijo Locke—, pero «los ladrones prosperan», ¿no te parece, Jerome? Ayúdame a subir a este estúpido bastardo.

—Oh, gracias, gracias…

—¿Aún no sabes por qué estoy haciendo esto, payaso descerebrado de la espesura?

—No, pero yo…

—Cierra el pico. ¿Cómo te llamas?

—¡Trav!

—¿Trav qué?

—Jamás tuve apellido, señor. Trav de Vo Sarmara es todo.

—¿Y eres ladrón? ¿Salteador de caminos?

—Sí, sí, soy…

—¿Y nada más? ¿No tienes ningún trabajo honrado?

—Eh… no, no desde hace algún tiempo…

—Bien, pues, en cierto modo, somos hermanos. Creo que me entiendes. Atiende, mi apestoso amigo; tienes que saber que *hay* un Decimotercero. Que *dispone* de sacerdotes y que yo soy uno de esos sacerdotes, ¿lo captas?

—Si usted lo dice…

—No, cierra el pico. No quiero que me sigas la corriente, sólo quiero que emplees esa bellota bailoteante que tienes por cerebro antes de que la ardilla vuelva a por ella. Tengo una hoja encima de tu cuello, estamos a más de veinte metros del suelo, está cayendo una lluvia meona bastante intensa y hace un momento querías matarme. Tengo todo el derecho del mundo a abrirte una sonrisa roja de oreja a oreja y luego a dejarte caer. ¿Estás de acuerdo conmigo en *eso?*

—Oh, probablemente, señor, dioses, lo siento…

—Ahora tranquilo, dulce cretino. ¿Vas a admitir que tengo que tener una poderosísima razón para no tomarme una cumplida satisfacción con tu muerte?

—Uh, supongo que sí.

—Soy un sacerdote del Guardián Avieso, como antes dije. He hecho los votos al servicio y al mandato del dios de los que son como nosotros. No está bien escupir a la cara del dios que cuida de ti y de los tuyos, ¿no te parece? Sobre todo, sin estar

seguro de haber hecho últimamente por él lo que debía.

—Uh…

—Debería matarte, pero voy a intentar salvarte la vida. Sólo quiero que pienses en esto. ¿Aún sigo pareciéndote un hereje?

—Uh… oh, dioses; señor, no puedo pensar correctamente…

—Lo comprendo, no me extraña. Recuerda lo que te he dicho. No te muevas, no patalees, no grites. Y, si intentas pelear lo más mínimo, nuestro acuerdo quedará en nada. Rodéame con tus brazos y cierra el pico. Aún nos falta mucho para salir de aquí.

2

Por decisión de Locke, Jean subió el primero por la pared, asegurando una mano tras otra, tardando el doble de lo que hubiera sido usual. Una vez arriba, soltó rápidamente la cuerda de seguridad de su arnés y se la pasó a Locke y a su estremecido pasajero. Lo siguiente que hizo fue quitarse el arnés y deslizar su cuerda principal a todo lo largo de la pared, hasta que estuvo al alcance de los dos hombres que seguían colgados. Aunque no parecían encontrarse muy a gusto, con aquellas tres cuerdas al alcance de su mano al menos sí que se sentían un poco más seguros.

Al ver su levita tirada en el suelo, se la puso, sintiéndose más confortable aunque aquella prenda estuviera tan empapada como él. Pensó con rapidez. Trav parecía medio muerto de hambre y Locke era de constitución grácil… entre ambos no debían de llegar a los ciento treinta kilos. Seguro que podía izarlos a ambos hasta que llegaran a la altura de su pecho o incluso a la de su cabeza; pero con aquella lluvia podría resbalarse.

Así que pensó en el carruaje, que seguía en el bosque, a unos cuatrocientos metros. Un caballo sería incluso mejor que un hombre robusto, pero el tiempo apremiaba y no sería fácil desenganchar, calmar y conducir un animal a cuyo dueño habían dejado inconsciente de un golpe…

—Joder —dijo para sí, y volvió al borde del precipicio—. ¡Leocanto!

—Sigo aquí, como habrás adivinado.

—¿Podéis ataros una cuerda al arnés?

Después de un breve conciliábulo entre Trav y Locke, éste respondió:

—Lo intentaremos. ¿Qué quieres que hagamos?

—Amarra fuertemente a ese hombre. Después de que os hayáis atado a una de mis cuerdas, haz fuerza con brazos y piernas contra la pared. Os subiré del mejor modo que pueda, pero no me vendría mal un poco de ayuda.

—Muy bien. Trav, ya le has oído. No te sueltes. Y fíjate en dónde pones las manos.

Cuando Locke miró hacia arriba y le hizo una seña secreta a Jean, la que decía *procede*, éste asintió. La cuerda de seguridad era la que antes había empleado Jean; agarró el extremo que estaba antes del rollo que seguía en el suelo mojado y frunció el ceño. El terreno resbaladizo haría que todo fuera más interesante, incluso, que lo que había sido hasta entonces, y eso era todo. Formó un bucle bastante grande con la cuerda, se metió dentro de él y tiró de ella hasta enrollársela alrededor de la cintura. Entonces retrocedió, alejándose del borde de los riscos, sujetando la cuerda por delante con una mano y por detrás con otra, y se aclaró la garganta.

—¿Ya os habéis cansado de estar colgando o queréis que os deje unos cuantos minutos más?

—Jerome, si me obligas a seguir acunando a Trav un solo segundo más de lo necesario, te…

—¡Pues a escalar!

Jean asentó los talones en el suelo, retrocedió un poco más y comenzó a tirar de la cuerda. Maldición, aunque era un hombre muy fuerte, más de lo que suele ser usual, ¿por qué tenía la impresión de que podía tirar con más fuerza? Se había ablandado; eso tenía que ser. Tendría que conseguir unas cuantas cajas, llenarlas con piedras y levantarlas varias veces al día, como hacía cuando era más joven… Maldición, ¿la cuerda había dejado de moverse?

Eso era. Finalmente, después de un desagradable momento en que la cuerda no se movía, Jean dio un paso hacia atrás, siempre bajo la lluvia. Y luego otro… y otro. Titubeando, con una picazón ardiente que comenzaba a dominar los músculos de sus muslos, parecía un caballo de labranza que abriese profundos surcos grises en el barro arenoso. Finalmente, un par de manos aparecieron en el borde del risco, junto con un torrente de gritos y juramentos; era Trav, que luego de dejar atrás el borde caía rodando hacia delante y se detenía a respirar con grandes boqueadas. En ese momento, aunque Jean sintió que la tensión de la cuerda disminuía, tiró con fuerza de ella. Instantes después Locke asomó por el borde. Caminó a gatas, se levantó al lado de Tav y propinó al supuesto bandido una patada en el estómago.

—¡Maldito asno! De todos los malditos estúpidos… ¿Tan difícil te resultaba decir: «Les echaré una cuerda. Si no atan sus bolsas en ella para que yo pueda subirla y quedarme con ellas, ahí se quedan»?. ¡No tienes que decirles a tus puñeteras víctimas que vas a matarlas! ¡Primero tienes que mostrarte razonable, y después, cuando tengas el dinero, echar a correr!

—¡Oh… uf! Dioses, por favor, uf. ¡Dijo que… no me mataría!

—Y eso haré. No voy a matarte, cerebro de repollo. ¡Sólo voy a darte de patadas hasta que comience a gustarte!

—¡Uf! ¡Agggh! ¡Por favor! ¡Aaaau!

—Debo decir que esto me parece extremadamente fascinante.

—¡Ayyy! ¡Uf!

—*Aún* sigo disfrutando.

—¡Uuuf! ¡Agh!

Finalmente, Locke dejó de sacudir al infortunado verrarí, se quitó el arnés y lo dejó caer en el barro. Jean, que aún respiraba muy agitado, se acercó hasta él y le tendió la levita, que estaba empapada.

—Gracias, Jerome —con la levita encima, a pesar de que estuviera hecha una sopa, Locke daba la impresión de haber recobrado parte de su dignidad herida—. Y en cuanto a ti, Trav… ¿Trav de Vo Sarmara, dijiste?

—¡Sí! Oh, por favor, no me dé más patadas…

—Atiende, Trav. Voy a decirte lo que tienes que hacer. Lo primero, no hablar a nadie acerca de lo sucedido. Lo segundo, no se te ocurra joder a nadie cerca de Tal Verrar. ¿Lo pillas?

—No había decidido nada al respecto, señor.

—Muy bien. Aquí… —Locke metió una mano en su bota izquierda y sacó de ella una bolsa muy poco llena. La arrojó a los pies de Trav, donde aterrizó con un tintineo apagado— tiene que haber diez volani. Un buen pellizco en plata, que puedes… Un momento. ¿Estás completamente seguro de que nuestro conductor está vivo?

—¡Sí, por los dioses! Es la pura verdad, maese Leocanto, señor, respiraba y gemía después de que le zurrara, seguro que estaba vivo.

—Entonces, mejor para ti. Te dejamos el dinero que hay en esa bolsa. Cuando Jerome y yo nos hayamos ido, regresarás y te llevarás lo que hayamos dejado. Entre otras cosas, mi chaleco y unas cuantas cuerdas. Y escúchame con atención. Hoy te he salvado la vida, cuando hubiera podido matarte en menos tiempo de lo que dura un latido del corazón. ¿Te ha parecido bien?

—Sí, me parece muy bien lo que hizo, le estoy muy…

—De acuerdo, pero cierra el pico. Algún día, Trav de Vo Sarmara, quizá regrese a estos lugares y quizá necesite algo. Información. Un guía. Un guardaespaldas. Que los Trece me protejan si tengo que recurrir a ti, pero si alguien se te acerca y te susurra al oído «Leocanto Kosta», *te levantarás de un salto en cuanto lo oigas*, ¿estamos de acuerdo?

—¡Sí!

—¿Puedes jurarlo ante los dioses?

—Lo juro ante los dioses con mis labios y con mi corazón; si no lo cumplo, que me causen la muerte para que aguarde a la Señora del Largo Silencio en uno de los platillos de Su balanza.

—No está mal. Recuérdalo. Y ahora sal pitando en la dirección que quieras, pero que no te conduzca a nuestro carruaje.

Jean y Locke le vieron correr a toda prisa hasta que, uno o dos minutos después,

su figura cubierta por la capa desapareció de su vista, oculta por las grises y móviles cortinas del agua que caía.

—Y bien —dijo Jean—, creo que ya hemos practicado bastante por hoy, ¿no te parece?

—Por supuesto. La Aguja del Pecado nos parecerá un maldito salón de baile comparado con esto. ¿Qué tal si cogemos los dos rollos de cuerda sobrante y regresamos al carruaje? Seguro que Trav pasa el resto de la tarde soltándose los nudos.

—Es un buen plan —Jean inspeccionó sus Hermanas Malvadas, que se habían quedado al borde del precipicio, y acarició posesivamente sus hojas antes de devolverlas al bolsillo de su casaca—. Venid aquí, preciosas. Seguro que ese asno os ha mellado un poquito, pero pronto estaréis otra vez afiladas.

—Casi no me lo creo —dijo Locke—. Hemos estado a punto de morir asesinados por un destripaterrones medio tonto. Creo que es la primera vez que alguien casi consigue matarnos desde que estuvimos en Vel Virazzo.

—No está mal. ¿Hace ya dieciocho meses? —Jean se pasó un rollo de cuerdas mojadas por el hombro y tendió el otro a Locke. Luego, ambos dieron media vuelta y echaron a andar afanosamente por el bosque—. ¿No crees que es agradable comprobar que algunas cosas nunca cambian?

Capítulo 6

Balance final

1

—Quienquiera que situó a los asesinos en ese sitio sabía con certeza que pasábamos por allí para regresar a la Savrola —dijo Locke.

—Lo que no significa gran cosa, porque también hemos estado en los muelles. Cualquiera pudo habernos visto y apostarlos allí para esperarnos —Jean tomó un sorbo de café y pasó una mano indolente por la cubierta de piel bastante desgastada del librito que le acompañaba durante el desayuno—. Quizá estuvieran aguardándonos durante varias noches. Eso no requiere recursos fuera de lo corriente ni ninguna información especial.

Aquel Día del Trono, el Claustro Dorado estaba más tranquilo de lo acostumbrado a las siete de la mañana. La mayoría de los trasnochadores y de la gente de negocios que bajaban a desayunar a esa hora habían estado hasta tarde en los Peldaños Dorados y no se levantarían hasta muy entrado el día. Por propia iniciativa, el desayuno que Locke y Jean acababan de encargar aquella mañana serviría para tranquilizarles: filetes fríos de tiburón en escabeche al limón, pan negro y mantequilla, una variedad de pescado marrón asado a la parrilla con zumo de naranja, y café… servido en las tazas de cerámica más grandes que la camarera pudo encontrar. Los dos ladrones aún seguían teniendo problemas para acomodarse al horario normal.

—A menos que los magos de Karthain avisaran de nuestra presencia en Tal Verrar a *otra gente* —comentó Locke—. Incluso pudieron proporcionarles algún tipo de ayuda.

—Si los magos hubieran estado ayudando a esos dos que nos atacaron en los muelles, ¿crees, realmente, que habríamos salido con vida? Vamos. Los dos sabíamos casi con toda seguridad que nos perseguirían después de lo que le hicimos al halconero; si realmente hubieran querido matarnos, ahora seríamos fiambres. Stragos tiene razón en una cosa… quieren jugar con nosotros. Eso quiere decir que alguien se ha debido de sentir ofendido por algo que hicieron Kosta y De Ferra. Lo cual convierte a Durenna, a Corvaleur y al señor de Landreval en los mejores candidatos.

—Landreval se fue hace varios meses.

—Eso no le descarta del todo. Bueno, pues entonces las adorables damas.

—Yo… creo sinceramente que iban por nosotros, Lamora y Tannen. Durenna tiene una excelente reputación con la espada, y he oído que Corvaleur se ha batido en varios duelos. Quizá hubieran podido contratar a alguien que las ayudara, pero están escasas de recursos.

—¿No le haríamos trampas a alguien importante cuando jugamos a la Alianza Ciega? ¿O en algún otro juego mientras intentábamos subir de nivel? ¿No le pisaríamos a alguien el dedo gordo del pie? ¿No nos tiraríamos algún pedo estruendoso?

—No se me ocurre que hayamos podido enfadar a nadie tanto como para contratar a unos asesinos. Es cierto que a nadie le gusta perder a las cartas, pero no recuerdo que nadie se mostrara muy afectado por el hecho de perder.

Jean se encogió de hombros y bebió otro sorbo de café.

—Mientras no dispongamos de más información, estas especulaciones carecen de fundamento. Toda la gente de la ciudad es sospechosa. Diablos, toda la del mundo.

—Así pues —dijo Locke—, lo único que sabemos es que alguien quiere vernos muertos. No asustarnos, ni llevarnos a algún sitio para tener una pequeña charla. Lisa y llanamente, muertos. Es posible que si lo pensamos más detenidamente podamos quedarnos con unos cuantos…

Locke quedó en silencio al comprobar que la camarera se acercaba a ellos… sólo que, al mirarla más detenidamente, caía en la cuenta que no era la camarera de antes; la mujer que se vestía con el delantal de cuero y la gorra roja era Merrain.

—Ah —dijo Jean—. La cuenta, por favor.

Merrain asintió y entregó a Locke una tablilla de madera en la que había clavado dos pequeñas notas de papel. Una era la cuenta; en la otra, con una caligrafía bastante florida, aparecían varias palabras que ocupaban una sola línea, las cuales decían así:

¿Recuerdan el sitio donde los apresé la primera noche que nos conocimos?
Pues apresúrense.

—Bien —dijo Locke mientras le pasaba la nota a Jean—, nos hubiera gustado quedarnos un poco más, pero la calidad del servicio ha decaído últimamente bastante. No espere una propina —contó varias monedas de cobre encima de la tablilla y luego las apiló—. En el viejo sitio de siempre, Jerome.

Merrain recogió la tablilla de madera y el dinero, les hizo una reverencia y desapareció hacia las cocinas.

—Espero que no se haya ofendido por lo de la propina —comentó Jean cuando ya habían salido a la calle. Locke miró en todas las direcciones y vio que Jean hacía lo mismo. El peso de los estiletes de Locke, que seguían en ambas mangas, le daba cierta seguridad, y no tenía duda de que Jean podría sacar las Hermanas Malvadas

con sólo mover las muñecas.

—Dioses —murmuró Locke—. Deberíamos volvernos a la cama y pasar todo el día durmiendo. ¿Acaso hemos tenido *menos* control sobre nuestras vidas que el que tenemos ahora? No podemos librarnos del Arconte y de su veneno, y tampoco dejar por las buenas el juego de la Aguja del Pecado. Los dioses son testigos de que no sólo no sabemos si los magos mercenarios nos acechan, sino que de repente los asesinos comienzan a salirnos por el ojo del culo. No sabemos nada. Incluso me da la impresión de que, entre toda la gente que nos sigue y la que nos persigue, estamos dando trabajo a toda la ciudad. Toda la economía de Tal Verrar se basa ahora en *la manera de jodernos*.

El trayecto hasta la encrucijada que se encuentra al norte del Claustro Dorado fue breve, aunque dominado por los nervios. Los carros de mercancías traqueteaban estruendosamente al pisar los adoquines, mientras la gente se dirigía tranquilamente a sus trabajos. Por lo que Locke sabía, la Savrola era el barrio más tranquilo y mejor vigilado de la ciudad, un lugar donde el típico extranjero borracho era la única nota discordante que rompía aquella calma.

Locke y Jean giraron a la izquierda al llegar al cruce y luego se acercaron a la puerta de la primera tienda abandonada que se encontraba a su derecha. Mientras Jean vigilaba su retaguardia, Locke se acercó hasta su puerta y llamó en ella tres veces seguidas. Ésta se abrió al instante, y un hombre robusto con una casaca de cuero pardo les indicó por señas que entrasen.

—Apártense de la ventana —comentó después de cerrar la puerta tras de ellos y echar el cerrojo. Aunque la ventana estaba tapada con unas cortinas de tela de vela muy tupidas, Locke coincidió con él en que no debían tentar a la suerte. La única luz que iluminaba la estancia provenía del amanecer, que filtrándose con suaves tonos rosados por las cortinas permitió a Locke descubrir las dos parejas de hombres que aguardaban en la trastienda. Aunque cada una de ellas estuviera formada de modo desigual por un individuo bastante grande de hombros muy anchos y otro más pequeño, aquellos cuatro desconocidos parecían haberse puesto de acuerdo a la hora de vestir las mismas capas grises y de cubrirse con unos sombreros de ala ancha del mismo color.

—Pónganse esto —dijo el hombre con la casaca de cuero, señalando un montón de ropa dispuesto encima de una mesita. Poco después, Locke y Jean estaban convenientemente vestidos con capa y sombrero.

—¿Es la nueva moda de verano en Tal Verrar? —preguntó Locke.

—Sólo un juego para despistar a quienes puedan haberles seguido —contestó aquel hombre. Chasqueó los dedos y una de las parejas vestida de gris se desplazó hacia la puerta, permaneciendo delante de ella—. Nosotros saldremos primero. Ustedes se quedarán detrás de estos dos, los seguirán y luego entrarán en el tercer

carruaje. ¿Comprendido?

—¿Qué carru…? —comenzó a decir Locke, interrumpiéndose de repente al escuchar sonido de cascos y traqueteo de ruedas por la calle. Pocos segundos después de que unas sombras pasaran por delante de la ventana, el hombre de la casaca parda descorrió el cerrojo.

—El tercer carruaje. Muévanse deprisa —añadió sin volverse hacia atrás; luego abrió la puerta al máximo y salió a la calle.

Justo al lado de la acera de la tienda abandonada acababan de alinearse tres carruajes. Todos eran de madera laqueada en negro y carecían de escudos y banderines que los identificaran; y todos ellos llevaban las ventanas cubiertas con unos gruesos paños y tenían un tiro de dos caballos negros. Incluso sus cocheros poseían un aire bastante parecido y llevaban el mismo uniforme anaranjado por debajo del guardapolvo de cuero.

La primera pareja de desconocidos vestidos de gris salieron por la puerta y se dirigieron al primero de los carruajes. Un segundo después, Locke y Jean dejaban la tienda abandonada e iban hacia el último carruaje. Locke vio con el rabillo del ojo que el último equipo de desconocidos vestidos de gris echaba a correr hacia la puerta del carruaje que se encontraba en el medio. Jean tomó el picaporte de la puerta de su carruaje, la abrió para que Locke pasara por ella y luego se deslizó en su interior.

—Bienvenidos a bordo, caballeros —Merrain estaba cómodamente echada en el rincón delantero derecho del compartimiento, ya sin las ropas de camarera. Se vestía como si fuera a montar a caballo al estilo de los hombres, con botas camperas, calzas negras, una camisa de seda roja y chaleco de cuero. Locke y Jean se acomodaron juntos delante de ella. Después de que Jean cerrara la puerta de golpe y de que la penumbra los acogiera, el carruaje se puso en marcha.

—¿Adónde diablos vamos? —preguntó Locke mientras intentaba quitarse la capa.

—Déjesela puesta, maese Kosta. La necesitará cuando salgamos. Antes de nada, vamos a dar una vuelta por la Savrola todos juntos. Luego nos separaremos… un carruaje irá a los Peldaños Dorados, otro al extremo norte de la Gran Galería, y nosotros iremos a los muelles para tomar un bote.

—¿Un bote adónde?

—No sea impaciente. Acomódese y disfrute del viaje.

Eso resultó bastante difícil, dada la angostura del compartimiento y el calor que hacía en él. Cuando Locke sintió que el sudor comenzaba a caerle por la frente refunfuñó y se quitó el sombrero, dejándolo encima de su regazo. Tanto él como Jean intentaron bombardear a Merrain con preguntas, pero desistieron cuando ella se limitó a contestarles con varios «Hummms» que no le comprometían a nada. Pasaron unos minutos llenos de aburrimiento. Locke sintió que el carruaje se estremecía al

doblar varios recodos y que luego se inclinaba al tomar la rampa que bajaba desde las alturas de la Savrola hasta los muelles, situados al nivel del mar.

—Ya casi hemos llegado —anunció Merrain después de pasar varios minutos más en aquel silencio tan molesto—. Vuelvan a ponerse los sombreros. Cuando el carruaje se detenga, entren rápidamente en el bote. Siéntense detrás y, por el amor de los dioses, si ven algo que pueda suponer algún peligro, agáchense.

Tal y como acababa de anunciar, el carruaje se detuvo instantes después. Locke se encasquetó nuevamente el sombrero, giró el picaporte de la puerta y cerró los ojos cuando la brillante luz de la mañana le dio en el rostro.

—Afuera —dijo Merrain—. No pierdan el tiempo.

Se encontraban en la parte interior de los muelles, en el mismísimo extremo nororiental de la Savrola, delante de un singular muro de cristal antiguo de color negro y cerca de varias docenas de barcos anclados en el mar resplandeciente y un tanto picado que estaba ante ellos. Un bote se encontraba amarrado en el embarcadero más próximo; era una canoa reluciente, con más de diez metros de eslora y una toldilla cubierta en la popa. Dos filas de remeros, cinco por banda, ocupaban la mayor parte de su interior.

Locke bajó con un salto del carruaje y se dirigió hacia la canoa, dejando atrás a una pareja de individuos ataviados con capas tan gruesas como las suyas, completamente inapropiadas para aquella estación. No estaban pasando el rato sino vigilando, y Locke captó el brillo de una empuñadura apenas oculta por una de las capas.

Avanzó deprisa por la endeble pasarela que conducía hasta la canoa, saltó en ella y se instaló por su cuenta en el banco que estaba detrás de la toldilla. Afortunadamente, ésta sólo estaba cubierta por tres lados; una buena vista del pequeño viaje que le aguardaba sería mil veces mejor que otro momento más dentro de un espacio cerrado. Cuando Jean se sentó a su lado, Merrain dio media vuelta, cruzó el puente por encima de los remeros y se sentó a proa, en el asiento del timonel.

Los soldados del muelle recogieron rápidamente la pasarela, soltaron amarras y propinaron un buen empujón a la canoa sirviéndose de sus piernas.

—Avante —dijo Merrain, y los remeros entraron al unísono en acción. A los pocos instantes, la canoa vibraba por efecto de su rápido ritmo y cortaba las pequeñas olas del puerto de Tal Verrar.

Locke aprovechó la oportunidad para estudiar a los hombres y mujeres que estaban en los remos… Todos eran musculosos, pero sin grasa, y con los cabellos muy cortos; la mayoría tenían cicatrices apreciables a simple vista y su edad media andaba por la treintena. Tenían que ser soldados veteranos. Quizá incluso Ojos que se habían quitado las máscaras y las capas.

—Tengo que decir que la gente de Stragos ha hecho una buena representación —

comentó Jean, que levantando la voz añadió—: ¡Eh, Merrain! ¿Podemos quitarnos de una vez estas ropas ridículas?

Ella volvió la cabeza sólo para asentir y siguió dedicando su atención a las aguas del puerto. Locke y Jean se quitaron con mucha vehemencia sombreros y capas y los amontonaron en la cubierta que estaba a sus pies.

Aquella cabalgada sobre las aguas les llevó unos veinte minutos, por lo que Locke pudo calcular. Le hubiera gustado tener la libertad de poder estudiar el puerto desde cualquier sitio, pero lo poco que vio desde la toldilla le reveló lo suficiente. Primeramente se dirigieron hacia el sudeste, contorneando la parte interior de los muelles y dejando atrás la Gran Galería y los Peldaños Dorados. Luego giraron hacia el sur, dejando el mar abierto a su derecha, y se dirigieron a toda velocidad hacia una enorme isla con forma de creciente que tenía el mismo tamaño que aquella donde se asentaba la Aguja del Pecado.

El creciente de Tal Verrar que estaba al sudoeste no tenía terrazas. Era más bien una especie de ladera irregular ocupada por gran número de torres de piedra y edificios. Los enormes muelles de piedra y los alargados embarcaderos de madera que se encontraban en su extremo noroeste formaban la dársena de Plata, a donde se llevaban los navíos comerciales para repararlos o mejorarlos. Pero detrás de ella, detrás de las ondeantes formas de los viejos galeones que aguardaban nuevos mástiles o nuevas velas, se alzaba una sucesión de altos muros grises que creaban pequeñas bahías. En los extremos superiores de las mismas podían verse unas torretas ocupadas por las sombrías siluetas de las catapultas, cerca de las cuales patrullaban varias tropas de soldados. Poco después, la proa de la canoa enfiló hacia el más cercano de aquellos enormes reductos de piedra.

—Por todos los diablos —dijo Jean—, me parece que nos están llevando a la dársena de la Espada.

2

Los vastos muros de piedra de la bahía artificial tenían una compuerta de madera. A medida que la canoa se fue acercando, las órdenes proferidas a gritos en lo alto de las almenas y el chirrido de unas cadenas pesadas resonaron por encima de la piedra y del agua. Entonces apareció una rendija en medio de la compuerta y los batientes de ésta se abrieron lentamente hacia dentro, precedidos por una pequeña ola. Mientras la canoa pasaba por ella, Locke intentó calcular el tamaño de todo lo que estaba viendo; la compuerta debía de tener una anchura próxima a los veinticinco metros, con un grosor similar al del torso de un hombre normal.

Merrain dio instrucciones a los remeros para que aminoraran la velocidad, lo que, en efecto, hicieron hasta que la canoa se detuvo tranquilamente en el pequeño

embarcadero de madera donde les aguardaba un hombre. La embarcación formaba un ángulo con el embarcadero, de suerte que el extremo del mismo quedaba entre los remeros y la toldilla de popa.

—Ya hemos llegado, caballeros —dijo Merrain—. Me temo que no hay tiempo para amarrar. Anden listos o se mojarán.

—En verdad, señora, que es usted la imagen misma de la amabilidad —comentó Locke—. Se me acaban de quitar todas las dudas que tenía respecto a dejarle una propina —abandonó la toldilla y se agarró a la borda que tenía a la derecha, donde el desconocido les aguardaba con la mano extendida para ayudarles. Locke saltó al embarcadero sin precisar la ayuda de aquel hombre y, junto con éste, ayudó a Jean a pisar tierra firme.

Los remeros de Merrain se hicieron a la mar inmediatamente; Locke vio cómo la canoa giraba de popa, se alineaba con la compuerta y abandonaba la pequeña bahía a gran velocidad. Las cadenas volvieron a chirriar y el agua a formar una ola cuando la compuerta se cerró nuevamente. Locke miró a su alrededor y comprobó que varios equipos de hombres movían unos cabrestantes enormes, situados a ambos lados de la compuerta del dique.

—Bienvenidos —dijo el hombre que les había ayudado en el embarcadero—. Bienvenidos a la aventura más diabólicamente disparatada que jamás se me hubiera ocurrido pensar, ni mucho menos desear para mí mismo. No puedo ni imaginarme, señores, lo cabreadas que deben de estar sus esposas por el hecho de que les hayan asignado esta misión suicida.

Aquel hombre hubiera podido tener cualquier edad comprendida entre los cincuenta y sesenta años; su tórax parecía un tocón de árbol y su barriga le colgaba por encima del cinturón, como si intentara pasar de contrabando un saco de trigo dentro de la camisa. Pero sus brazos y su cuello estaban casi descarnados por lo nervudos que eran, surcados por las venas protuberantes y las cicatrices que sólo otorga el vivir peligrosamente. Tenía una cara redonda, una barba blanca que parecía de algodón y una tira grasienta de cabello blanco que le caía como una cascada por detrás de la cabeza. Sus ojos negros se alojaban en unas cavidades rodeadas por las arrugas perennes que sólo confiere un ceño permanentemente fruncido.

—Podría resultar una diversión bastante grata —apuntó Jean— si pudiéramos saber a dónde tenemos que ir. Creo que no tenemos el placer de conocerle.

—Me llamo Caldris —dijo aquel hombre mayor—. Maestro de las velas sin velas. Ustedes tienen que ser los señores De Ferra y Kosta.

—Ésos somos nosotros.

—Permítanme que les muestre los alrededores —dijo Caldris—. Aunque ahora no hay mucho que ver, descubrirán bastantes cosas.

Les condujo por unas escaleras titubeantes hasta la parte trasera del dique que

daba a una plaza de piedra situada a poco más de un metro por encima del agua. Locke comprobó que toda aquella bahía artificial tenía la forma de un cuadrado de cien metros de lado, rodeado de muros de piedra por tres lados y abierto por el otro a la escarpada ladera de cristal de la isla. Y pudo ver gran número de plataformas dispuestas en ella que debían de contener almacenes y depósitos de armas.

La reluciente extensión de agua que se encontraba al lado de la plaza, apartada de la del resto del puerto por la compuerta de madera, era lo suficientemente grande para albergar varios navíos de guerra, por lo que Locke se extrañó al ver que sólo uno flotaba en ella. Poco vistoso y provisto de un solo mástil, de apenas cinco metros de eslora, se mecía suavemente cerca de la plaza.

—Demasiada bahía para un barco tan chico —comentó.

—¿Cómo dice? Vaya, los ignorantes necesitan mucho espacio para arriesgar la vida sin molestar a nadie —dijo Caldris—. Eso que están viendo es nuestra charca privada para mear. Y no se preocupen por los soldados de las murallas; tampoco ellos se preocupan por nosotros. A menos que nos estemos ahogando. Y seguro que se echarían a reír.

—Lo que suponía —dijo Locke—, y usted, Caldris, ¿qué cree que hemos venido a hacer aquí?

—Tengo, más o menos, un mes para convertir a dos marineros de agua dulce, patitiesos y que se chupan el dedo, en algo que se parezca a dos oficiales navales de pacotilla. Los dioses son testigos, señores, de que sospecho que todo esto terminará en alaridos y ahogamientos.

—Quizá me hubieran ofendido sus palabras si no supiera lo ciertas que son —dijo Locke—. Nosotros mismos le dijimos a Stragos que no teníamos ni puñetera idea del arte de la vela.

—El Protector parece haberlo dispuesto todo para que ustedes dos se hagan a la mar sin más contemplaciones.

—¿Cuánto tiempo lleva en la Armada? —preguntó Jean.

—Unos cuarenta y cinco años. En la verrarí antes de que hubiera arcontes; en la Guerra de los Mil Días, en las antiguas guerras contra Jeresh, en la guerra contra la Armada de las Islas del Viento Fantasma… He visto mucha mierda, caballeros, pero logré limpiarla toda… Estuve al servicio de la marina de los arcontes durante veinte años. Buena paga. Y pensaba que me regalarían una casa. Pero ahora no pienso lo mismo después de esta putada. No se ofendan.

—No lo hacemos —dijo Locke—. ¿Es una especie de castigo?

—Oh, sí, es un castigo, Kosta. Un castigo en toda regla. Aunque no haya cometido ningún crimen para merecerlo. Es lo que hizo el Arconte para que me presentara voluntario. Joder, para eso me sirvió tanta lealtad. Eso y un trago del vino de Arconte, por el que no puedo abandonarles ni separarme del lado de ustedes. Vino

envenenado. Con uno de esos venenos que tardan en hacer efecto. Así que si les llevo hasta el mar, a pesar de tanto despropósito, conseguiré el antídoto. Y quizá la casa, si tengo suerte.

—¿El Arconte le dio de beber vino envenenado? —preguntó Locke.

—Obviamente yo no sabía que lo estaba. ¿Qué otra cosa podía hacer? —Caldris escupió—. ¿No beberme el maldito vino?

—Claro que no —dijo Locke—. Amigo mío, los tres viajamos en el mismo barco. Sólo que a nosotros nos dio sidra. Teníamos una sed de mil diablos.

—Oh, vaya —Caldris se le quedó mirando—. ¡Ja! ¡Ésa sí que es una putada! Y yo que pensaba que era el tío más tonto del Mar de Bronce. Que era el viejo más ciego, inútil e idiota de… —entonces observó la mirada con que Locke y Jean acababan de obsequiarle al unísono y tosió aparatosamente—. Quería decir, señores, que a la miseria le gusta la compañía y que acabo de ver lo contentos que todos estamos con esta misión de hazlo-o-muere.

—De acuerdo. Y ahora, ah, díganos exactamente lo que se supone que vamos hacer —dijo Locke.

—Bueno, supongo que primero charlaremos y después nos haremos a la vela. Antes de que tentemos a los dioses hay algunas cosas que tengo que decirles, así que abran bien los oídos. Primero, se tarda cinco años en hacer de un hombre de tierra adentro un marinero medio decente. De diez a quince en convertirle en un oficial de barco medio decente. Y ahora presten atención: no intento convertirles en oficiales de barco medio decentes. Sólo les convertiré en farsantes. Les convertiré en farsantes que puedan hablar con soltura de sogas y de velas izadas delante de marineros de verdad. Y quizá, y sólo quizá, eso lo consiga en un mes. De esa manera, dará la impresión de que están dando órdenes cuando realmente yo soy quien se las da. Y las que les dé serán *buenas*.

—No está mal —dijo Locke—. En honor a la verdad, cuantas más nos dé, mejor nos sentiremos.

—Lo único que no quiero es que vayan a pensar que se han convertido en héroes capaces de entender todo este asunto y que comiencen a cambiar las velas, la orientación y el rumbo sin mi permiso. Si lo hacen, los tres moriremos, y más deprisa de lo que se tarda en echar un polvo de a centira en un burdel que sólo tiene una puta. Espero que les haya quedado claro.

—No improvisar —dijo Jean—; pero ¿dónde coños está ese barco en el que ni siquiera podremos atrevernos a hacer eso que acaba de prohibirnos?

—Está cerca de aquí —contestó Caldris—, sufriendo unos cuantos retoques en otro dique, los justos para que no se desencuaderne. A su debido tiempo será el único navío que podrán manejar —y señaló al bote—. Ahí es donde aprenderán lo que voy a enseñarles.

—¿Y qué tiene que ver esa birria con un barco de verdad? —preguntó Locke.

—En esa birria es donde *yo* aprendí, Kosta. En esa birria es donde comienza la vida de un auténtico oficial naval. Ahí es donde ustedes aprenderán lo básico: el casco, el viento y el agua. Si lo aprenden dentro de un bote, podrán aplicarlo a cualquier buque. Vamos, quítense las casacas, los chalecos y toda esa mierda de ropas de fantasía. Quítense todo lo que piensen que se les puede mojar. Si se les mojan las ropas, se les mojará el cerebro. Las botas también. Esto lo tienen que hacer descalzos.

En cuanto Locke y Jean se desvistieron, quedándose en calzas y camisa, Caldris les condujo hasta una cesta dispuesta encima de unas piedras cercanas al bote de marras. Levantó su tapa, hurgó dentro y sacó una gatita.

—Hola, pequeña y monstruosa necesidad.

—Mrrraauuuu —dijo la pequeña y monstruosa necesidad.

—Kosta —Caldris depositó la gatita, que había comenzado a desperezarse, en las manos de Locke—, cuide de ella durante unos minutos.

—Hum… ¿por qué guarda una gatita en esa cesta?

La gatita, sintiéndose incómoda entre los brazos de Locke, decidió echarle las zarpas al cuello y experimentar en él con sus garras.

—Cuando uno se hace a la mar y quiere tener buena suerte, hay dos cosas que debe tener en cuenta. La primera es que correrá un riesgo espantoso si no dispone de ningún oficial de sexo femenino. Así lo prescribe la ley del Señor de las Aguas Codiciosas y así lo ordena. Tiene una fijación por las hijas de la tierra; aplastará cualquier navío que se haga a la mar sin llevar a bordo por lo menos a una de ellas. Y además, está el buen sentido. Son excelentes oficiales. Son marineros pasables, pero mejores oficiales que ustedes y que yo. Así las hicieron los dioses.

»La segunda es que siempre se corre muy mala suerte si no se llevan gatos a bordo. No sólo matan a las ratas, sino que son las criaturas más soberbias en cualquier parte, ya sea seca o mojada. Iono admira a esos pequeños cabrones. Sal en un buque con mujeres y gatos a bordo, y gozarás de la mejor de las suertes. Y como nuestro pequeño bote es muy chico, creo que estaremos mejor sin ninguna mujer. No pasa nada, porque los pescadores y los botes del puerto lo hacen constantemente. Pero con ustedes dos a bordo, que me aspen si no meto dentro un gato. Y como nuestro bajel es muy pequeño, le irá bien un gato igual de pequeño.

—Y… ¿tendremos que cuidar de esta gatita cuando nuestras vidas corran peligro?

—Le arrojaría a usted por la borda, Kosta, antes de perderla —dijo Caldris riendo —. Si cree que estoy bromeando, póngame a prueba. Pero no se quite las calzas, pues vamos a llevárnosla junto con la cesta.

Y el hecho de mencionar la cesta le hizo acordarse de ella. Volvió a hurgar en su interior para sacar una pequeña hogaza de pan y un cuchillo de plata. Locke vio que las pequeñas marcas que presentaba la hogaza se correspondían con el tamaño del

hocico de la criaturilla que intentaba escaparse de sus brazos. Pero aquello no pareció importarle gran cosa a Caldris.

—Maese de Ferra, deme su mano derecha y no se queje.

Cuando Jean extendió la mano derecha hacia Caldris, el viejo marinero pasó rápidamente la hoja del cuchillo por su palma. Como el grandullón no dijo nada, Caldris demostró con un gruñido lo agradablemente sorprendido que se sentía. Luego volvió hacia arriba aquella palma y mojó el pan con la sangre que goteaba de la herida.

—Ahora le toca a usted, maese Kosta. Mantenga alejada a la gatita. Si la hiriéramos accidentalmente, nos traería mala suerte. Además está armada de proa a popa.

Un instante después, Caldris practicaba un corte superficial, aunque doloroso, en la palma derecha de Locke y apretaba contra él la hogaza de pan como si quisiera detener la sangre. Cuando le pareció que Locke había sangrado bastante, sonrió y se dirigió al extremo de la plaza, mirando por encima del agua.

—Sé que los dos ya han viajado en barco como pasajeros —dijo—, pero ir de pasajero no tiene ninguna importancia. Los pasajeros no se *comprometen*. Y como ustedes dos van a encontrarse convenientemente comprometidos, lo mejor será hacer bien las cosas desde el principio.

Se aclaró la garganta, se puso de rodillas junto al agua y levantó los brazos. En una mano tenía la hogaza; en la otra el cuchillo de plata.

—¡Iono! ¡Iono, el Que Trae la Tormenta! ¡Señor de las Aguas Codiciosas! Tu siervo Caldris bal Comar te llama. Puesto que por largo tiempo te has complacido en mostrar tu gracia a tu siervo, ahora tu siervo se complace en mostrarte su devoción. A buen seguro que ya has visto en el horizonte el tremendo aprieto que le aguarda —arrojó al agua el cuchillo ensangrentado y añadió—: He aquí la sangre de los hombres de tierra adentro. Toda la sangre es agua. Toda la sangre es tuya. He aquí un cuchillo de plata, metal del cielo, del cielo que toca el agua. Tu siervo te entrega sangre y agua como muestra de su devoción —entonces tomó la hogaza de pan entre sus manos, la partió en dos mitades y luego las arrojó al agua—. He aquí el pan de los hombres de tierra adentro, ¡que los hombres de tierra adentro necesitan para vivir! En la mar, toda vida te pertenece. En la mar, la única piedad es la que viene de ti. Señor, concede a tu siervo fuertes vientos y aguas libres. Muéstrale tu piedad en el transcurso de su travesía. Muéstrale el poder de tu fuerza en el seno de las ondas y haz que regrese sano y salvo a su hogar. ¡Salve Iono! ¡Señor de las Aguas Codiciosas!

Caldris se levantó sofocado y se sacudió unas cuantas gotas de sangre de la camisa.

—Si esto no funciona, tendremos una suerte de perros —comentó.

—Discúlpeme —dijo Jean—, pero creo que también podría habernos mencionado…

—No se preocupe por eso, maese de Ferra. Si yo prospero, ustedes prosperarán. Si yo la cago, ustedes estarán jodidos. El hecho de rezar por mi bienestar sólo puede beneficiarles. Y ahora, Kosta, meta a la gatita en la cesta y vayámonos a cumplir con ciertos asuntos.

Pocos minutos después, Caldris había sentado a Locke y a Jean en la parte trasera del bote, que aún seguía amarrado firmemente a varias anillas de metal encajadas en la piedra de la plaza. La cesta, que estaba en el estrecho puente del bote justo a los pies de Locke, se agitaba de vez en cuando y emitía el ruido producido por los arañazos que le infligía su ocupante.

—Y bien —dijo Caldris—, en lo que concierne a lo más básico, un bote es exactamente un buque pequeño, y un buque es, recíprocamente, un bote grande. El casco descansa en el agua, el mástil apunta hacia el cielo.

—Por supuesto —dijo Locke, mientras Jean asentía vigorosamente con la cabeza.

—La nariz de su bote se llama proa, su trasero se llama popa. En la mar no hay derecha ni izquierda. La derecha es *estribor*, la izquierda *babor*. Si dicen derecha o izquierda se harán merecedores de un latigazo. Y recuerden, cuando estén dando órdenes, babor o estribor se referirán al buque y no a los costados de ustedes.

—Oiga, Caldris, aunque no sepamos casi nada, creo que todo eso lo sabemos —dijo Locke.

—Oh, lejos de mi intención corregir al joven capitán —dijo Caldris—, pero, puesto que esta aventura es un puro disparate de locos y nuestras vidas no parecen valer ni una centira, he querido suponer para comenzar que no sabrían distinguir el agua de mar de la meada de una comadreja. ¿Están de acuerdo conmigo, caballeros?

Locke abrió la boca para decir algún disparate, pero Caldris siguió hablando.

—Y ahora, tomen los remos y deslícenlos en sus apoyos. Kosta, usted es el remero de estribor. De Ferra, usted el de babor —Caldris soltó el bote de las anillas de hierro, lanzó las cuerdas al fondo del bote y saltó a este último, aterrizando al lado del mástil. Apoyó la espalda en él e hizo una mueca al observar el balanceo del bote —. He bloqueado el timón, así que ustedes dos tendrán que guiarnos, que los dioses nos ayuden.

»De Ferra, sáquenos del embarcadero. Bien. Con suavidad, muy bien. Las velas no se hincharán dentro del dique, necesitaremos un poco de mar abierto. No podemos emplearlas porque aquí dentro no sopla viento. Remen despacio. Estén atentos mientras me muevo… observen cómo hago que nos balanceemos. No les gusta, ¿verdad? Kosta, se está poniendo verde.

—Apenas —musitó Locke.

—Esto es importante. Les estoy hablando del *equilibrio*. El peso tiene que estar

bien distribuido tanto en un bote como en un buque. Si me muevo a estribor, nos escoramos por el lado donde está Kosta. Si me muevo a babor, nos escoramos por el lado donde está De Ferra. Eso no puede ser. Por eso el arrumaje de la carga es tan importante en un navío. Tiene que estar equilibrada de proa a popa, de babor a estribor. No puede tener la proa en el aire o la popa más alta que el mástil. Parece una tontería, pero entonces te hundes y mueres. Eso era, fundamentalmente, a lo que me refería con lo del *equilibrio*. Ahora es el momento de enseñarles cómo se rema.

—Ya sabemos cómo se…

—Kosta, me importa un comino lo que usted suponga que sabe. Hasta nuevo aviso, supondremos que es tan tonto que no sabe ni contar hasta uno.

Más tarde, Locke echaría pestes por el hecho de haberse tirado dos o tres horas en aquella bahía artificial remando en círculo, mientras Caldris no dejaba de decirles a gritos: «¡Todo a babor! ¡Hacia popa! ¡Todo a estribor!», y una docena más de órdenes, todas ellas al azar. El maestro de las velas no dejaba de desplazar su peso a la derecha, a la izquierda, hacia delante, hacia el centro, para obligarles a equilibrar el bote, por mucho que les costase. Para hacer las cosas más interesantes, había una diferencia obvia entre la fuerza de las paladas que daba Jean y las que daba Locke, de suerte que todo el tiempo tenían que concentrarse para no virar a estribor. Llevaban tanto tiempo haciéndolo que Locke se sobresaltó, muy sorprendido, cuando Caldris les dijo que hicieran un alto.

—Buena remada, mis jodidos polluelos —dijo Caldris mientras se desperezaba y abría la boca en un bostezo. El sol se iba acercando al centro del cielo. Locke, a quien le dolían los brazos y tenía la camisa empapada en sudor, deseaba fervientemente haberse tomado menos café en el desayuno y más comida—. Ahora están mejor que hace dos horas, eso se lo concedo. Pero no mucho mejor. Acabarán conociendo todo lo que tiene que ver con babor y estribor, con proa y popa, con botes y remos, tan bien como los particulares de sus respectivas pollas. Nada tan aconsejable a la hora de tratar con una calma o con cualquier emergencia que pueda surgir en el mar.

El viejo marinero sacó el almuerzo de un saco de cuero que guardaba en la proa y ellos se lo tomaron tranquilamente mientras el bote flotaba en medio de la bahía artificial. Mientras los humanos compartían pan negro y queso curado, la gatita se despachó rápidamente el pastelillo que le habían puesto dentro de un cuenco de cerámica. El odre que Caldris les pasó estaba lleno de «agua rosada», agua de lluvia mezclada con la cantidad precisa de vino tinto barato para quitarle el sabor rancio a pellejo. Después de que Caldris sólo se tomara unos pocos sorbos, los dos ladrones lo dejaron vacío.

—Así que nuestro navío está por aquí cerca —comentó Locke después de aplacar temporalmente su sed—; y dígame, ¿adónde tendremos que ir para conseguir una tripulación?

—Buena pregunta, Kosta. Me gustaría conocer la respuesta. El Arconte sólo me dijo que se estaban haciendo los preparativos pertinentes, nada más.

—Sospechaba que me diría algo parecido.

—No tiene ningún sentido explayarse en lo que se encuentra fuera de nuestro alcance, al menos por ahora —dijo Caldris. El maestro de las velas levantó a la gatita, que se estaba lamiendo la nariz y las garras, y la devolvió a la cesta con una ternura sorprendente—. Y bien, ahora que ya han remado un poco, les diré a esos muchachos de ahí arriba que abran la compuerta; luego tomaré el timón y saldremos afuera, para ver si podemos encontrar la suficiente brisa para izar algo de vela. ¿Tenían algo de dinero en las ropas que dejaron en tierra?

—Un poco —dijo Locke—. Unos veinte volani. ¿Por qué?

—Porque les apuesto esos veinte volani a que, antes de que se ponga el sol, nos hacen volcar al menos una vez.

—Pensaba que usted estaba aquí para enseñarnos a hacer bien las cosas.

—Y lo estoy. ¡Y se las enseñaré condenadamente bien! Sólo que conozco de maravilla a los marineros novatos. Apuesten… su dinero es tan bueno como el mío. Diablos, si pierdo cubriré con un solari sus veinte monedas de plata.

—Por mí, vale —dijo Locke—. ¿Jerome?

—La gatita y una bendición de sangre cuentan a nuestro favor —dijo Jean—. Maestro de las velas, no se arriesgue por tenernos en tan poca estima.

3

Hasta aquel momento había sido bastante refrescante el trabajar con las calzas y la camisa completamente empapadas. Después de darle la vuelta al bote y de rescatar a la gatita, por supuesto.

La puesta de sol, que ya había comenzado por el oeste, y que circundaba con un halo dorado los oscuros contornos de los edificios y torres que coronaban la dársena de la Espada, unida a la suave brisa del puerto, hizo que Locke, a pesar de la persistente calidez del aire veraniego, comenzara a sentir cada vez más frío.

Él y Jean dirigían el bote hacia la abierta compuerta de su fondeadero privado; Caldris estaba alegre por los veinte volani que había ganado, aunque no lo suficiente para permitirles que volvieran a servirse de las velas.

—Buena remada —comentó cuando finalmente se dirigieron al borde de la plaza de piedra. Luego se encargó del amarre, mientras Locke recogía el remo y lanzaba un prolongado suspiro de alivio. Todos los músculos de su espalda se quejaban de dolor al rozarse los unos con los otros, como si alguien hubiera metido arenillas entre ellos. Le dolía la cabeza a causa del reflejo del sol en el agua, y la vieja herida de su hombro izquierdo comenzaba a decirle que se olvidara de los demás dolores y que

pensara exclusivamente en ella.

Locke y Jean, muy sofocados, salieron a gatas del bote y se desperezaron, mientras Caldris, que no ocultaba su alegría, levantaba la tapadera de la cesta y sacaba de ella a la gatita, que estaba hecha un desastre.

—Vamos, ven aquí —dijo, acunándola entre sus brazos—. Los jóvenes amos no quisieron mojarte adrede. A ellos les pasó lo mismo que a ti.

—Mrrrrrrrrreeeu —dijo la gatita.

—Creo que eso quiere decir «que se jodan» —explicó Caldris—. Bueno, al menos estamos vivos. ¿Qué les ha parecido, señores? ¿Una jornada didáctica?

—Creo que, por lo menos, dimos muestras de cierta aptitud —rezongó Locke, que se masajeaba el nudo que sentía debajo de la espalda.

—Los pasos de un bebé, Kosta. Respecto a todo lo que les queda para convertirse en marineros, aún no saben ni mamar de la teta. Pero ahora son capaces de distinguir babor de estribor, y mi capital se ha incrementado en veinte volani.

—Muy cierto —dijo Locke con un suspiro mientras recogía del suelo casaca, chaleco, corbatas y zapatos. Lanzó una pequeña bolsa de cuero al capitán de barco, que la agitó delante de la gatita y arrulló como si fuera un niño.

Mientras se estaba poniendo la casaca encima de su camisa mojada, Locke miró sin querer a la compuerta y descubrió que la canoa de Merrain estaba entrando en la bahía artificial. Se sentaba en la proa como antes, como si hubieran transcurrido sólo diez minutos desde que se había marchado, y no diez horas.

—Caballeros, su medio de regresar a la civilización —Caldris levantó la bolsa de Locke a modo de saludo—. Mañana les veré a primera hora. Aquí las cosas sólo empeorarán, así que disfruten de sus confortables camas mientras puedan.

Mientras el grupo de diez soldados les llevaba de vuelta a los muelles que se hallan bajo la Savrola, Merrain no contestó a ninguna de las preguntas que le hicieron Jean y Locke, lo cual acentuó el mal humor de éste. Tanto él como Jean se quejaron de sus achaques y dolores mientras estaban echados lo mejor que podían en el estrecho espacio de la popa.

—Creo que podría dormir tres días seguidos de un tirón —dijo Locke.

—Lo primero que hay que hacer en cuanto lleguemos es encargar una buena cena y luego darnos un buen baño para quitarnos de encima estas contracturas. Después de eso, te retaré a una carrera para ver quién se duerme antes.

—Hazlo tú, yo no puedo —dijo Locke, suspirando—. Tengo que ver a Requin esta misma noche. Es posible que a estas alturas ya sepa que Stragos nos apresó días atrás. Debo hablar con él antes de que comience a preocuparse. Y debo entregarle las sillas. Y tengo que explicarle algo de lo que nos ha sucedido, para convencerle de que no nos estrangule con nuestros propios intestinos por ausentarnos durante unos meses.

—Dioses —dijo Jean—. Intentaba olvidarme de todo ese asunto. Después de haberle convencido de que nos habían encargado que vaciáramos la bóveda de la Aguja del Pecado, no sé qué más podrás contarle de nuestro viaje por mar que pueda parecerle convincente.

—No tengo ni idea —Locke se masajeó la parte del hombro donde había sido herido mucho tiempo atrás—. Espero que las sillas consigan ablandarle un poco. En caso contrario, la recogida de mis sesos y la limpieza de los adoquines de la plaza correrán a tu cargo.

Finalmente los remeros fondearon la canoa junto al embarcadero de la Savrola, donde les aguardaba un carruaje escoltado por varios guardias, Merrain dejó la proa y se dirigió a donde se encontraban Locke y Jean.

—Mañana, a las siete horas —dijo—, les estará esperando un carruaje en Villa Candessa. Por razones de seguridad, cambiaremos sus horarios durante varios días. No salgan esta noche de su posada.

—No puede ser —dijo Locke—. Esta noche debo resolver cierto asunto en los Peldaños Dorados.

—Cancélelo.

—Y un cuerno. ¿Cómo podrá impedírmelo?

—Se sorprendería —Merrian se masajeó las sienes, como si presintiera que le iba a sobrevenir una jaqueca, y suspiró—. ¿Está seguro de que no puede cancelarlo?

—Si esta noche cancelara el asunto del que le he hablado, ese-que-usted-sabe de la Aguja del Pecado, nos cancelaría *a los dos* —dijo Locke.

—Si quien les preocupa es Requin —dijo Merrian—, puedo prepararles un alojamiento en la dársena de la Espada. En ella no podrá llegar hasta ustedes, y estarán a salvo hasta que haya finalizado su entrenamiento.

—Jerome y yo hemos pasado dos años en esta maldita ciudad haciendo planes que tienen que ver con Requin —dijo Locke—. Y pretendemos acabarlos. Esta noche es crítica.

—Entonces cumpla con el asunto que tiene pendiente, pero por su cuenta y riesgo. Puedo enviarle un carruaje con unos cuantos de mis hombres. ¿Dispone de dos horas?

—Si eso es lo que tardan, por mi parte, bien —Locke sonrió—. Pero que sean dos. Uno para mí y otro para la mercancía.

—No abuse de su…

—Discúlpeme —replicó Locke—, pero no creo que los gastos corran de *su* cuenta. ¿Quiere protegerme, que sus agentes me rodeen? Magnífico… lo acepto. Pero mande dos carruajes. Me comportaré como un buen chico.

—Así será —dijo ella—. Dentro de dos horas. No antes.

4

El horizonte occidental acababa de tragarse el sol. En el cielo sin nubes, las dos lunas que habían salido parecían pintadas con un suave color rojo, como si fueran otras tantas monedas de plata sumergidas en vino. El cochero dio tres golpecitos en la puerta para anunciar que acababan de llegar a la Aguja del Pecado. Locke soltó la cortinilla que había desplazado ligeramente para mirar a escondidas desde una de las esquinas de la ventanilla del coche.

A aquel par de carruajes les había llevado bastante tiempo salir de la Savrola, cruzar la Gran Galería y soportar el bullicioso tráfico de los Peldaños Dorados. Locke había alternado los bostezos a los que le obligaba la escasa ventilación con los improperios, producto del traqueteo del carruaje en su recorrido. Su acompañante, una espadachina delgada que llevaba un estoque bastante gastado encima de las piernas y se sentaba en el asiento de enfrente, le había estado ignorando deliberadamente todo el tiempo.

En aquel momento en que el carruaje acababa de pararse, salía antes que él por la puerta, ocultando su arma bajo una larga casaca azul que le llegaba hasta las pantorrillas. Después de escrutar la noche en busca de problemas, hizo una seña a Locke para que la siguiera.

Según las instrucciones de Locke, el cochero había girado para tomar el sendero pavimentado que conducía a un patio trasero de la Aguja del Pecado. En dicho patio, un par de casas de piedra albergaban las cocinas principales de la torre y las zonas de almacenaje de los alimentos. Bajo la luz de los faroles rojos y dorados que pendían de unos cables ocultos por la noche, los empleados de la Aguja del Pecado iban y venían por escuadras, llevando platos con alimentos muy elaborados y regresando con platos vacíos. El aroma de la comida ricamente sazonada impregnaba el aire.

La guardaespaldas de Locke siguió mirando a su alrededor, al igual que los dos soldados subidos encima del carruaje, ambos vestidos con uniformes de cochero sin ningún blasón encima. El segundo carruaje, el que transportaba las sillas de Locke, se detuvo, renqueante, detrás del primero. Los caballos grises de su tiro estamparon los cascos en el suelo y bufaron, como si los olores que se escapaban de las cocinas no fueran de su agrado. Uno de los criados de la Aguja del Pecado, de fuerte complexión y cabellera rala, llegó corriendo al lado de Locke y le saludó con una reverencia.

—Maese Kosta —dijo—, mis disculpas, señor, pero se encuentra en el patio de servicio. Aquí no podremos recibirle según el estilo acostumbrado; las puertas principales serían más convenientes para…

—No me he confundido de lugar —Locke le puso una mano en el hombro y deslizó cinco volani de plata en uno de los bolsillos de su chaleco, dejando que las monedas chocaran entre sí a medida que iban cayendo de su mano—. Encuentre a Selendri lo más deprisa que pueda.

—Encontr… uh… bueno.

—A Selendri. Tiene que estar entre la gente. Vaya a buscarla.

—Uh… sí, señor. ¡Por supuesto!

Locke invirtió los cinco minutos siguientes en pasear delante de su carruaje, mientras la espadachina intentaba aparentar normalidad e incluso daba algunos pasos a su lado. Locke estaba seguro de que nadie cometería la locura de atacarle… con cinco personas a su servicio, y menos allí, en el mismísimo corazón de los dominios de Requin. A pesar de ello, se sintió aliviado al ver que Selendri salía por la puerta de servicio vestida con una falda para la velada, cuyo color, tan rojo como el de una llama, hacía que el bronce de su mano artificial pareciera en fusión al reflejarlo.

—Kosta —dijo—, ¿a qué debo achacar esta distracción de mis deberes?

—Quiero ver a Requin.

—Ah, ¿y piensa que Requin quiere verle a *usted?*

—Seguro que sí —dijo Locke—. Se lo ruego. Tengo que verle en persona. Y necesitaré a varios de sus empleados más robustos… Le traigo unos presentes que hay que transportar con sumo cuidado.

—¿Presentes?

Locke le mostró el segundo carruaje y abrió su puerta. Ella dedicó un vistazo rápido a la guardaespaldas de Locke y luego juntó fuertemente ambas manos, la mecánica y la de carne y hueso, mientras estudiaba el contenido de su compartimiento.

—¿Está completamente seguro de que un soborno tan evidente es la mejor solución a sus problemas, maese Kosta?

—No se trata de eso, Selendri. Más bien, es una larga historia. De hecho, me hará un favor si los acepta. Tiene que decorar su torre. Lo único que yo tengo es una suite alquilada y un guardamuebles.

—Interesante —cerró la puerta del segundo carruaje, se volvió y echó a andar hacia la torre—. Tengo que conocer esa historia cuanto antes. Usted vendrá conmigo. Por supuesto que su gente se quedará aquí.

La espadachina le miró como si fuera a protestar, pero Locke movió la cabeza en claro signo de asentimiento y señaló con cara de pocos amigos el primer carruaje. La mirada que devolvió a Locke le hizo agradecer que ella tuviera que cumplir las órdenes de protegerle.

Una vez dentro de la Aguja del Pecado, Selendri susurró unas cuantas instrucciones al criado que había atendido a Locke y luego condujo a éste por entre la usual muchedumbre abigarrada, hasta el área de servicio de la tercera planta. Poco después, a ambos les rodeaba la negrura del ascensor, que iba subiendo lentamente hacia la novena planta. Locke se sorprendió de que se volviera hacia él.

—Interesante guardaespaldas la que se ha buscado, maese Kosta. No sabía que

hubiese contratado a uno de los Ojos del Arconte.

—Eh… ni yo. Lo sospechaba, pero no lo sabía. ¿Cómo está tan segura?

—Por el tatuaje que tiene en el dorso de la mano izquierda. Un ojo sin párpado en el centro de una rosa. Posiblemente no está acostumbrada a vestirse de paisano; debería ponerse guantes.

—Tiene unos ojos muy agudos. Ojo, lo siento. Ya sabe lo que quiero decir. Yo también me fijé, pero no le concedí mucha importancia.

—La mayoría de la gente no está familiarizada con ese sello —se apartó de él—. Yo solía tener uno igual en la mano izquierda.

—Yo… Vaya. No tenía ni idea.

—Hay cosas que no sabe, maese Kosta. Cosas que, sencillamente, *ignora*…

Maldita sea, pensó Locke. Estaba intentando ponerle nervioso, le estaba devolviendo el *strat péti*, pero a su manera, que había empleado con ella la última vez que ambos se habían encontrado en el ascensor, cuando él había intentado hacer lo posible para caerle simpático.

—Selendri —dijo, dando a su voz una entonación más seria para parecer un poco dolido—. Jamás deseé otra cosa que no fuera su amistad.

—¿La misma amistad que profesa a Jerome de Ferra?

—Si supiera lo que me hizo, lo comprendería. Pero mientras usted siga intentando pavonearse de algunos de sus secretos, yo seguiré manteniendo bien guardados algunos de los míos.

—Como quiera. Pero no olvide que, *al final*, la opinión que tengo de usted tendrá más importancia que la que usted tiene de mí.

En ese momento el ascensor se detuvo con un chasquido ante el iluminado despacho de Requin. El dueño de la Aguja del Pecado alzó la mirada desde su escritorio para ver cómo Selendri guiaba a Locke por la habitación; Requin debía de haber estado absorto en el estudio de un gran montón de pergaminos, porque había sujetado sus gafas en el cuello de su camisa negra.

—Ya era hora, Kosta —dijo—. Necesito que me dé alguna explicación.

—Ahora mismo le daré alguna —dijo Locke—. *Mierda*, pensó, *espero que aún no sepa lo de los asesinos de los muelles. Tendría que inventarme alguna maldita historia*. —¿Puedo sentarme?

—Tome una silla.

Locke escogió una que estaba apoyada en la pared y la acercó hasta que quedó enfrente del escritorio de Requin. Al tomar asiento, se secó disimuladamente en las calzas el sudor de las manos. Selendri se inclinó sobre Requin y estuvo hablándole un buen rato al oído. Él asintió y luego se quedó mirando a Locke.

—Ha tomado un poco el sol —dijo.

—Hoy mismo —dijo Locke—. Jerome y yo nos fuimos al puerto, a navegar.

—¿Algún ejercicio placentero?

—No demasiado.

—Lástima. Pero, al parecer, estuvieron hace varias noches en el puerto. Los vieron cuando regresaban de la Mon Magisteria. ¿Por qué ha esperado tanto tiempo para venir a contarme los detalles de esa visita?

—Ah —Locke sintió una oleada de alivio. Quizá Requin pensaba que la relación existente entre Jean, él mismo y los dos asesinos muertos no era relevante. Lo que Locke necesitaba en aquel momento era la presunción de que Requin no estaba al tanto de todo lo que había sucedido, por eso sonrió—. Suponía que, en caso de que usted quisiera conocerlos enseguida, enviara a alguna de sus bandas para que nos trajera hasta aquí y así poder contárselos.

—Kosta, debería hacer una pequeña lista titulada *La gente contra la que puedo luchar sin consecuencias para mí*. Y ya le advierto de que mi nombre no estará en ella.

—Lo siento. No lo hice completamente a propósito; los últimos días Jerome y yo tuvimos que irnos pronto a la cama para levantarnos al salir el sol. La razón de tal comportamiento *tiene* algo que ver con los planes de Stragos.

En aquel momento, uno de los empleados de la Aguja del Pecado apareció en el descansillo de las escaleras que subían desde la octava planta. Hizo una profunda reverencia y se aclaró la garganta.

—Señor, señora, les pido perdón. La señora mandó que subiéramos las sillas que maese Kosta había dejado en el patio.

—Tráiganlas hasta aquí —dijo Requin—. Selendri me habló de ellas. ¿Qué es todo esto?

—Ya sé que parece más complicado de lo que es en realidad —respondió Locke —, pero me haría un favor, y se lo digo sinceramente, si se quedara con ellas.

—¿Quedarme con ellas? Oh, vaya.

Un fornido empleado de la Aguja del Pecado subió por las escaleras, llevando ante sí, y con gran precaución, una de las sillas. Requin se levantó de la suya y se quedó mirándola, atónito.

—Barroco de Talathri —dijo—. Me parece que es barroco de Talathri… Usted, póngalas en el centro de la habitación. Sí, muy bien. Pueden irse.

Cuatro empleados dejaron en el centro de la estancia de Requin las otras tantas sillas que acababan de subir y luego de hacer una reverencia bajaron por las escaleras. Requin apenas les hizo caso, pues acababa de dejar atrás el escritorio y examinaba la silla que tenía más cerca, pasando uno de sus dedos enguantados por encima de su superficie laqueada.

—Es una imitación… —dijo muy despacio— evidente… pero absolutamente magnífica —y entonces reparó en Locke—. No sabía que estuviera al tanto de los

estilos que colecciono.

—Y no lo estoy —repuso Locke—. Jamás había oído hablar del Nosequé de Talathri antes de ahora. Hace varios meses jugué a las cartas con un lashainí que estaba bebido. Como su crédito estaba bastante… restringido, acepté que me pagara en especias. Y así obtuve cuatro sillas muy caras. Las tenía en un guardamuebles, pues en realidad no sabía qué hacer con ellas, hasta que vi lo que usted guardaba en este despacho, y entonces pensé que podrían interesarle. Me encanta que le gusten. Y como le decía, me hará un favor si se las queda.

—Sorprendente —dijo Requin—, siempre he querido tener un conjunto de muebles tallados en este mismo estilo. Me gusta mucho el Último Florecimiento. Es algo de lo que no me desprendería.

—Para mí son un despilfarro, Requin. Una silla de lujo no es más que una silla de lujo, al menos en lo que a mí concierne. Tiene que tener cuidado con ella, pues, por alguna razón, están talladas en madera cortada longitudinalmente. Aunque soportan el peso, no conviene abusar.

—Es algo… completamente inesperado, maese Kosta. Las acepto. Gracias —con evidente desgana, Requin volvió a sentarse al lado del escritorio—. Pero este regalo no puede eximirle del hecho de que, según los términos de nuestro acuerdo, debe mantenerme informado. Así que prosiga con lo que me estaba explicando —su sonrisa se atenuó, borrándose de la expresión de sus ojos.

—Claro que no me exime. Pero, volviendo a lo de los planes de Stragos, creo que está sentado encima de un barril de aceite ardiente. Quiere enviarnos fuera a Jerome y a mí para que gestionemos cierto asunto suyo.

—¿Fuera? —la cortesía de que había dado muestras hasta entonces acababa de esfumarse; Requin acababa de pronunciar aquella palabra como un susurro amenazante.

Ya llega. Guardián Avieso, lanza un buen hueso a este perro tuyo.

—A un crucero por mar —respondió Locke—. A las Islas del Viento Fantasma. A Puerto Pródigo. En una misión de búsqueda.

—Me parece extraño. No recuerdo haberme llevado la bóveda a Puerto Pródigo.

—Creo que tiene que ver con eso. *¿Y cómo?* Estamos buscando… algo. *Mierda. Esto no sirve de nada.* A alguien, en realidad. ¿Nunca, ah… nunca…?

—¿Nunca *el qué?*

—¿Nunca ha oído hablar de… un hombre llamado… Calo… Callas?

—No. ¿Por qué?

—Él, ah, bueno… toda esta cuestión… me siento como un tonto hablando de ella. Pensaba que quizá usted habría oído hablar de él. No sé si siquiera existe. Quizá no sea más que un cuento. ¿*Seguro* que nunca ha oído ese nombre?

—Seguro. ¿Selendri?

—Ese nombre no me dice nada —comentó ella.

—¿Y quién se supone que es? —Requin entrelazó con fuerza los dedos de sus manos enguantadas.

—Pues… *¿Qué voy a decir? ¿Qué podría sacarnos de este lugar si hubiéramos entrado en él para abrir la bóveda? Oh… Guardián Avieso, ¡eso es!…* un violador de cajas fuertes. Los espías de Stragos tienen un informe de él. Se supone que es el mejor, o lo fue en su tiempo. Un artista con la ganzúa, una especie de prodigio de la mecánica. Se supone que Jerome y yo tenemos que seducirle para que abandone su retiro y se dedique al asunto de su bóveda.

—¿Y qué hace un hombre de su categoría en Puerto Pródigo?

—Ocultarse, supongo —Locke sintió que las comisuras de su boca comenzaban a curvarse hacia arriba, por eso reprimió la sonrisa burlona que tan familiar era en él: en cuanto una Mentira Gorda anda suelta por el mundo, crece y crece por sí misma sin que haya que hacer nada para mantenerla viva—. Stragos dice que los artífices ya han intentado matarle en varias ocasiones. Es su antítesis. Si de veras existe, entonces tiene que ser el auténtico antiartífice.

—Me resulta muy extraño que jamás haya oído hablar de él —dijo Requin— ni que nadie me encargara jamás que lo buscara y acabara con él.

—Póngase en el lugar de los artífices —dijo Locke—, ¿cree que iban a comentar las capacidades que parece poseer para que alguien importante pudiese aprovecharse de ellas?

—Hmmm.

—Diablos —Locke se rascó la barbilla como si estuviera pensando—. A lo mejor alguien le encargó a usted que lo buscara y acabara con él. Por supuesto que no bajo ese nombre y sin mencionar su destreza, ¿no le parece?

—Pero ¿por qué ustedes dos, de entre todos los agentes del Arconte…?

—¿Qué garantías tenemos de seguir con vida si antes no morimos en el intento?

—Ah, claro, el hipotético veneno.

—Tenemos dos meses, quizá tres —dijo Locke con un suspiro—. Stragos nos advirtió de que no nos la jugáramos. Si para entonces no hemos vuelto, descubriremos lo eficiente que es su alquimista de cabecera.

—Servir al Arconte parece que le complica a uno la vida, Leocanto.

—No me diga. Me caía mejor cuando sólo era el patrón desconocido que nos pagaba —Locke se encogió de hombros, sintiendo la protesta de algunos de los músculos de su espalda cansada—. Nos iremos este mismo mes, lo que significa que el día de nuestra partida no está lejos. Saldremos con la tripulación de un mercante independiente después de recibir un poco de entrenamiento, para no parecer los patanes de tierra firme que somos en realidad. Hasta que regresemos, para nosotros se acabó el trasnochar y el jugar.

—¿Cree que tendrán éxito?

—No, pero sí sé que regresaré como sea. Incluso es posible que Jerome sufra un «accidente» durante el viaje. De cualquier modo, dejaremos todas nuestras ropas en Villa Candessa. Y hasta la última centira del dinero que Jerome y yo tenemos en esta casa. Como gajes de que volveremos.

—Pero si vuelve —dijo Selendri—, lo hará con el hombre que posibilitará en gran manera los planes del Arconte.

—Si se encuentra allí —dijo Locke—, lo traeré antes a este lugar. Espero que quiera discutir abiertamente con él la saludable ventaja que puede reportarle el aceptar una contraoferta.

—Ciertamente —confirmó Requin.

—Quizá el tal Callas —Locke imprimió a su voz un tono de creciente excitación — sea la clave para, de una vez por todas, darle una buena lección a Stragos. Incluso es posible que sea *más* chaquetero que yo.

—Vamos, maese Kosta —dijo Selendri—, dudo mucho que haya alguien que demuestre más entusiasmo en el chaqueteo que usted.

—Ya saben de sobra lo entusiasmado que me siento —dijo Locke—. Pero es lo que hay. Stragos no nos ha dicho nada que me haga sentirme tan bien. Lo único que quería era librarme de esas malditas sillas e informarles de que estaríamos fuera durante una breve temporada. Se lo aseguro, volveré. Si, a fin de cuentas está en mi mano, volveré.

—Demasiadas garantías —dijo un pensativo Requin—. Demasiadas prendas.

—Si hubiera querido dejarlo y salir corriendo —repuso Locke—, ya lo habría hecho. ¿Por qué iba a venir hasta aquí para decírselo?

—Es evidente —dijo Requin, sonriendo educadamente—. Porque si fuera una artimaña, contaría con una ventaja de dos meses en los que yo no haría nada para buscarle.

—Ah, sería una idea excelente —dijo Locke— si no fuera porque, con ventaja o sin ella, para entonces comenzaría a morir de un modo terrible.

—Eso es lo que usted dice.

—Mire. Estoy engañando al Arconte de Tal Verrar a favor suyo. Estoy engañando al maldito Jerome de Ferra. Necesito aliados para poder salir de toda esta mierda; no me *importa* si me cree o no, porque yo *tengo* que confiar en usted. Le estoy enseñando mi mano. No es un farol. Y ahora, dígame una vez más cómo he de proceder.

Como quien no quiere la cosa, Requin pasó los dedos por los bordes de los pergaminos que atestaban su mesa de escritorio y luego miró a Locke cara a cara.

—Espero conocer enseguida los planes que el Arconte le tiene reservados. Sin retrasos. Si vuelvo a tener que preguntarme dónde anda usted, mandaré a buscarle. Y

será la última vez.

—Entendido —Locke convirtió en todo un espectáculo el tragar saliva y el retorcerse las manos—. Estoy seguro de que volveremos a ver al Arconte antes de irnos. Estaré aquí una noche después de cada uno de los encuentros, no más tarde.

—Bien —Requin señaló con el dedo el ascensor—. Emprenda el viaje. Encuéntreme al tal Calo Callas, si es que existe, y tráigamelo. Pero no quiero que Jerome se caiga por una barandilla mientras están en el mar. ¿Entendido? Hasta que Stragos no esté a tiro, me reservo el privilegio de impedírselo.

—Yo…

—Maese de Ferra no sufrirá ningún «accidente». Usted se encuentra al límite de mi tolerancia. Ése es el trato.

—Si lo presenta de esa manera, por supuesto que estoy de acuerdo.

—Stragos tiene el antídoto prometido —Requin tomó una pluma de ave y volvió a los pergaminos—. Y yo quiero estar seguro de que usted regresa a mi hermosa ciudad con el mismo entusiasmo que ahora muestra. Usted quiere matar a su amiguito, pero antes tendrá que cuidar de él durante unos meses. Cuide *muy bien* de él.

—Desde… luego.

—Selendri le mostrará la salida.

5

—Realmente, podría haber ido mucho peor —comentó Jean mientras él y Locke tiraban de remo a la mañana del día siguiente. Habían salido al puerto principal y cabalgaban las plácidas olas cerca del Creciente de los Mercaderes. Aunque el sol aún no estaba tan alto como a mediodía, hacía más calor que la víspera. Los dos ladrones estaban empapados de sudor.

—Una muerte rápida y miserable hubiera sido mucho peor —dijo Locke sofocando un gemido; el ejercicio que realizaba aquel día no sólo le producía dolor en hombros y espalda, sino en las viejas heridas que cubrían buena parte de su brazo izquierdo—; pero creo que hemos apurado las últimas heces de la paciencia de Requin. Más cosas extrañas, más complicaciones… y todo se habrá terminado para nosotros. Lo que le conté era tan inverosímil como los planes de Stragos.

—¡No creo que puedan mover el bote con el aire que se les escapa por la boca! —exclamó Caldris.

—A menos que nos encadene a los remos y toque un tambor —dijo Locke—, hablaremos cuando queramos. Y, a menos que quiera que nos desmayemos de hambre, debería considerar la posibilidad de un almuerzo a primera hora.

—¡Caramba! ¿Acaso el elegante y joven caballero no disfruta con la vida del

trabajador? —Caldris se sentaba a proa con las piernas estiradas en dirección al mástil. La gatita se acurrucaba encima de su estómago, dormida y hecha una bola negra de plácido contentamiento—. Mi primer oficial quiere que le recuerde que a la mar, adonde vamos a ir, le importa un bledo si disfruta con ella o no. Quizá esté veinte horas de pie. O cuarenta. Quizá en el puente. O achicando agua. Cuando llega el momento de hacer lo que hay que hacer, se hace hasta que uno cae agotado. Así que a partir de ahora van a remar hasta que sus expectativas sean las que tienen que ser. Y hoy almorzaremos a última hora, no a primera. ¡Todo a babor!

6

—Excelente trabajo, maese Kosta. Fascinante, aunque endiabladamente heterodoxo. Así que cree que nos encontramos en algún lugar situado en una latitud próxima a la del Reino de los Siete Compañeros. ¿Cerca de la cálida costa de Ventila?

Cuando Locke dejó que el bastón-sextante, un palo de más de un metro de longitud que tenía una singular disposición de mirillas y de ruedas calibradas, se le cayera del hombro, suspiró.

—¿No ve la sombra del sol por la mirilla del horizonte?

—Sí, pero…

—Lo admito, este aparato no es tan preciso como un tiro de flecha, pero incluso un tonto de tierra adentro podría hacerlo mejor. Inténtelo de nuevo como le he enseñado. Y dé gracias por emplear un cuadrante verrarí; los antiguos bastones de cruz le obligarían a mirar directamente al sol, en lugar de ver su sombra.

—Discúlpeme —dijo Jean—, pero tenía entendido que a este aparato se le llamaba el cuadrante camorrí…

—Sandeces —dijo Caldris—. Es un cuadrante verrarí. Los verraríes lo inventaron hace veinte años.

—Esa reivindicación —dijo Locke— no es más que la inquina por todo lo que les zurraron durante la Guerra de los Mil Días, ¿a que sí?

—¿Está a favor de los camorríes, Kosta? —Caldris empuñó el bastón. Locke se sobresaltó al comprender que su ira no era fingida—. Pensaba que era de Talisham. ¿Tiene algún motivo para defender a la jodida gente de Camorr?

—No, sólo quería…

—¿Qué quería?

—Discúlpeme —Locke comprendió su error—. No había caído en la cuenta. Para usted no es una simple cuestión de historia.

—Todos esos mil días y algunos más —dijo Caldris— estuve allí.

—Mis disculpas. Supongo que perdería a muchos amigos.

—Supone pero que muy bien —Caldris lanzó un bufido—. Perdí un buque que

estaba bajo mi mando. Tuve la suerte de no convertirme en pasto para los calamares gigantes. Fueron malos tiempos —apartó la mano del bastón de Locke y recobró el aplomo—. Kosta, sé que no quería molestarme. Yo también debo disculparme. Los que luchamos en aquella guerra no nos dimos cuenta de que perdíamos hasta que el *Priori* ordenó a nuestras fuerzas que se rindieran. Eso explica que confiáramos tanto en el primer Arconte.

—Leocanto y yo no tenemos ningún motivo para sentir amor por Camorr —dijo Jean.

—Magnífico —Caldris dio a Locke una palmada en la espalda y se relajó—. Magnífico. Siga así. Y bien, puesto que ahora nos hemos perdido en medio de la mar, ¡maese Kosta, busque la latitud!

Era el cuarto día de su entrenamiento con el maestro de las velas verrarí; después de la acostumbrada sesión matutina de tortura con los remos, Caldris les había llevado a la costa de la dársena de Plata. A unos quinientos metros de la isla de cristal, pero en las aguas tranquilas que se beneficiaban de los arrecifes en círculo que rodeaban la ciudad, había una plataforma de piedra cubierta con un tejado plano que se erguía unos quince metros por encima de las transparentes aguas verde-azuladas. Caldris lo llamaba el Castillo de los Marineros de Agua Dulce; era una plataforma de entrenamiento para los futuros marinos verraríes, tanto de su armada como de la marina mercante.

El bote había quedado amarrado a uno de los lados de la plataforma, que alcanzaba una longitud de unos diez metros. Repartidos entre las piedras que había a sus pies se encontraba todo un ejército de instrumentos de navegación: bastones de hombro, bastones de cruz, relojes de arena, cartas y brújulas, una caja resolutora y un juego de cajas con clavijas de aspecto indescifrable que según Caldris servían para predecir trayectorias. La gatita se había quedado dormida encima de un astrolabio y tapaba los símbolos grabados al aguafuerte en su superficie de latón.

—El amigo Jerome es bastante bueno en esto —dijo Caldris—, aunque usted, y no él, será el capitán.

—Y yo que pensaba que *usted* tendría que encargarse de todas las tareas importantes so pena de una muerte horrible, como nos ha recordado más de cien veces.

—Y me encargaré de ellas. Tiene que estar loco para suponer que será de otra manera. Pero necesito que sepa lo suficiente para no pifiarla, no sea que cuando yo le ordene tal o cual cosa se limite a pasarse el dedo gordo por el culo. Sólo saber qué cabo de soga tiene que agarrar y poder calcular una latitud para no apartarnos medio mundo de nuestro destino.

—La sombra del sol y el horizonte —murmuró Locke.

—Ciertamente. A última hora de la noche emplearemos el antiguo modelo de

bastón para calcular lo único que aún hace bien… la latitud mediante las estrellas.

—¡Pero si acaban de dar las doce del mediodía!

—Exacto —dijo Caldris—. Aún nos queda mucho por hacer. Libros, cartas, un poco de matemáticas, más remar, más navegar a vela, luego más libros y cartas. Y luego, a la cama. Después de pasar el día en el Castillo de los Marineros de Agua Dulce, le parecerá más blanda —Caldris lanzó un escupitajo encima de las piedras—. ¡Y ahora calcule esa puñetera latitud!

7

—¿Y si nos cocemos? —preguntó Jean.

Eran las últimas horas del noveno día que habían pasado con Caldris, y Jean se estaba dando un remojón dentro de una enorme bañera de latón. A pesar del calor que hacía dentro de su suite de Villa Candessa, había pedido agua caliente, que después de tres cuartos de hora aún despedía volutas de vapor. Encima de la mesita que estaba al lado de la bañera descansaban una botella sin tapón de brandy Austershalin (de la variedad *554*, la más barata, que podía conseguirse en cualquier sitio) y las dos Hermanas Malvadas.

Las contraventanas y cortinas de las ventanas de la suite estaban echadas; la puerta, cerrada con pestillo y protegida con una silla apoyada por debajo de su picaporte. Tantas precauciones podrían darles varios segundos de ventaja en el caso de que alguien quisiera entrar por la fuerza. Locke estaba echado en la cama, intentando que los dos vasos de brandy que se había tomado le quitaran los nudos que tenía en los músculos. Sus estiletes descansaban en la mesita de noche, a menos de un metro de sus manos.

—Ah, dioses —dijo—, lo sé. ¿Es… malo?

—Ir al encuentro de vientos y mares —dijo Jean— de lado, en vez de embestirlos de frente con la proa.

—Y eso es malo.

—Muy malo —Jean pasaba las páginas de un ejemplar manoseado del *Lexicón Práctico del Marinero Avisado, Con Numerosos Ejemplos Esclarecedores que Proceden de Una Visión Imparcial de la Historia*, escrito por Indrovo Lencallis—. Vamos, tú eres el capitán. Yo sólo soy tu revientacráneos.

—Vale. Otra pregunta —el ejemplar de Locke estaba debajo de sus cuchillos y de la botella de brandy.

—Hmmm —Jean pasó rápidamente las páginas—. Caldris dice que nos pongamos al alcance del viento. ¿De qué puñetas está hablando?

—De que maniobremos para que el viento llegue perpendicularmente a la quilla —murmuró Locke—. De que nos golpee de lado.

—Ahora quiere que nos pongamos en un alcance repartido.

—Bien —Locke hizo una pausa para saborear el brandy—. El viento no nos da por detrás ni de lado. Llega por los cuarteles de popa, con un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto a la quilla.

—No está mal —Jean volvió a pasar deprisa las páginas—. Y ahora, a la rosa de los vientos. ¿Por dónde cae la cuarta sexta?

—Muy hacia el este. Por los dioses, es como cuando cenábamos en casa con Cadenas.

—Ambos comentarios son correctos. Una cuarta al sur.

—Hum, sureste.

—Correcto. Otra cuarta al sur.

—¿Sureste por el este?

—Y otra cuarta más.

—Ah, dioses —Locke se tomó de un trago todo el brandy que le quedaba—. Sureste-jódete-por el este. Ya basta por esta noche.

—Pero…

—Soy el capitán del puto barco —dijo Locke, dándose una vuelta en la cama—. Mis órdenes son que te bebas el brandy y que te metas en la cama —estiró un brazo, se puso una almohada encima de la cabeza y se quedó dormido al instante. Incluso mientras soñaba, siguió haciendo nudos, aparejando velas y calculando latitudes.

8

—No tenía ni idea —decía Locke la mañana siguiente— de que me había enrolado en su marina. Suponía que se trataba, precisamente, de lo contrario.

—Sólo es un medio para conseguir un fin, maese Kosta.

El Arconte les aguardaba en la bahía privada que tenía en la dársena de la Espada. Uno de sus botes personales (Locke recordaba haberlo visto en las cavernas de cristal que se encontraban por debajo de la Mon Magisteria) estaba amarrado detrás del suyo. Merrain y media docena de Ojos estaban con él. En aquellos momentos, ayudado por Merrain, Locke se ponía el uniforme de oficial de la marina de Tal Verrar.

La camisa y las calzas eran del mismo azul oscuro que los jubones que llevaban los Ojos. La casaca, sin embargo, era de color rojo pardo, con unas costuras rígidas de cuero negro en la parte de los antebrazos que se acercaban al codo. El cuello era azul oscuro, y unos distintivos de latón pulido con la forma de dos rosas dispuestas encima de dos espadas cruzadas estaban cosidos a sus antebrazos, justo debajo de los hombros.

—No tengo a mi servicio muchos oficiales rubios —dijo Stragos—, pero creo que

el uniforme le sienta bien. Cuando termine esta semana dispondré de dos más —Stragos se acercó a Locke y corrigió algunos defectos… como enderezar el cuello de su casaca y la vaina sin espada que llevaba al cinto—. A partir de ahora se lo pondrá a diario durante varias horas. Acostúmbrese a llevarlo. Uno de mis Ojos le dirá cómo llevarlo bien puesto, así como los saludos y cortesías acostumbrados.

—Sigo sin comprender por qué…

—Lo sé —Stragos se volvió hacia Caldris, que en presencia de su jefe había dejado a un lado las maneras endiabladamente vulgares a las que estaba acostumbrado—. ¿Cómo va su entrenamiento, maestro de las velas?

—El Protector ya ha sido debidamente informado —dijo Caldris, arrastrando las palabras— de mi opinión en lo concerniente a esta misión.

—No le he preguntado eso.

—Progresan mejor de lo que habíamos supuesto, Protector. Pero sólo un poquito mejor.

—Si es así, lo conseguirán. Aún le quedan tres semanas para moldearlos. Me atrevería a decir que parecen más acostumbrados que antes a trabajar a pleno sol.

—¿Dónde está nuestro buque, Stragos? —preguntó Locke.

—Esperando.

—¿Y nuestra tripulación?

—Aquí cerca.

—¿Y por qué diablos llevo este uniforme?

—Porque me complace que sea capitán de mi armada. Eso es lo que significan las rosas encima de las espadas. Pero sólo lo será durante una noche. Aprenda a sentirse bien dentro del uniforme. Aprenda a esperar pacientemente las órdenes.

Locke se encogió de hombros y puso su mano derecha encima de la vaina para, acto seguido, situar su brazo izquierdo con el puño cerrado a la altura de su pecho. Luego inclinó la cintura en el mismo ángulo que en varias ocasiones había visto adoptar a los Ojos.

—Los dioses protejan al Arconte de Tal Verrar.

—Muy bien —dijo Stragos—, pero usted es oficial y no un soldado o marinero sin rango. El ángulo en el que debe doblar la cintura ha de ser menor.

Se volvió y regresó a su bote. Los Ojos formaron en fila y marcharon tras él, mientras Merrain despojaba a Locke de su uniforme a toda prisa.

—Caballeros, les devuelvo a la atención de Caldris —dijo el Arconte mientras entraba en el bote—. Aprovechen bien el tiempo.

—En el nombre de los dioses, ¿cuándo sabremos que ya estamos suficientemente preparados?

—Lo sabrán a su debido tiempo, Kosta.

9

Dos días después, por la mañana, cuando las compuertas se abrieron para que el bote de Merrain pudiera entrar en la bahía privada de la dársena de la Espada, Locke y Jean se sorprendieron al descubrir que un buque de verdad había ido por la noche a hacer compañía a su bote.

Caía una lluvia fina y bastante cálida, no el típico chubasco que suele llegar desde el Mar de Bronce, sino más bien un aguacero procedente de tierra adentro. Caldris les aguardaba en la plaza de piedra cubierto con un fino capote encerado, mientras unos arroyuelos de agua le caían por el cabello y la barba que llevaba desprotegidos. Hizo una mueca cuando el bote le entregó a un Locke y a un Jean que llevaban encima muy poca ropa y no se habían puesto botas.

—¡Fíjense en él! —exclamó Caldris—. Ya está aquí. ¡El buque donde moriremos los tres! —dio una palmada en el hombro de Locke y rió—. Se llama *Mensajero Rojo*.

—¿Es nuestro barco? —el navío estaba inmóvil y silencioso, las velas recogidas, las lámparas apagadas. Locke pensó que cualquier barco en aquellas condiciones despedía un aura indescriptible de melancolía—. Será uno de los barcos del Arconte, ¿verdad?

—No. Al parecer, los dioses decidieron que el Protector tendría en esta misión cierta suerte de tipo financiero. ¿Sabe lo que es una avispa-estilete?

—Bastante bien.

—Hace poco, un idiota quiso entrar en el puerto con una colmena metida en la bodega. Sólo los dioses saben lo que quería hacer con ella. Así que lo ejecutaron y el buque pasó directamente al Arcontado. El enjambre de esos pequeños monstruos fue quemado.

—Oh —dijo Locke, riéndose con disimulo—, seguro que eso fue lo que pasó. Los elegantes oficiales de Tal Verrar, siempre tan minuciosos e incorruptibles.

—El Arconte lo carenó —prosiguió Caldris—. Necesitaba velas nuevas, revisar el maderamen, un poco de calafate. Todo el interior fue fumigado con azufre, y luego se le cambió el nombre. No salió muy caro, si lo comparamos con lo que hubiera costado hacer uno nuevo.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinte, por lo que sé. Pero aunque el buque parezca bastante trabajado, aún le quedan unos cuantos más, suponiendo que lo traigamos de vuelta. Y ahora veamos lo que han aprendido. ¿De qué tipo es?

Locke estudió el navío, que tenía dos mástiles, un puente de popa ligeramente elevado y un bote en el combés al que le habían dado la vuelta.

—¿Es una goleta?

—No —dijo Cauldris—, es más bien una corbeta, aunque para usted también

sería un bergantín pequeño. Ya sé por qué lo ha llamado goleta. Por eso mismo, permítame que le indique por qué le han confundido sus características.

Y entonces se enzarzó en una larga serie de explicaciones de carácter técnico, hablando de bracear a sotavento y de las velas del segundo mástil, que Locke apenas entendió, como suele sucederle a quien visita una ciudad del extranjero y se pierde al escuchar cómo uno de sus habitantes le dice muy deprisa la dirección de la calle por la que pregunta.

—… tiene unos treinta metros de proa a popa, sin contar el bauprés, por supuesto —terminaba de decir Caldris.

—Por los dioses —dijo Locke—, acabo de darme cuenta de que voy a ser el capitán de este barco.

—¡Ja! De eso nada. Hará *como si fuera* el capitán de este barco. Y no me quitará el ojo de encima. Lo único que tiene que hacer es repetir a la tripulación las órdenes que *yo* le dé a usted. Y ahora subamos a bordo sin más dilación.

Caldris les condujo hasta una rampa y entraron en el *Mensajero Rojo*. Y mientras Locke miraba a su alrededor, fijándose en el más mínimo detalle, una molestia creciente comenzó a roerle el estómago. Aunque en el anterior viaje que había hecho en barco (el único, donde no había salido de la cama) había pasado por alto todas las minucias de la vida en alta mar, todo lo que veía en aquellos momentos, los nudos, los pernos, los aparejos, las jarcias, los obenques, las cuerdas, las clavijas, los mecanismos, podía salvarle la vida… o frustrar con amargas consecuencias el personaje que debía representar.

—Maldición —dijo en voz baja, dirigiéndose a Jean—. Quizá con diez años menos hubiera sido lo suficientemente lerdo para creer que esto estaba chupado.

—Lo malo es que no sólo no está chupado —dijo Jean, dándole a Locke un apretón en su hombro sano—, sino que no tenemos tiempo de aprendérnoslo todo.

Recorrieron toda la longitud del buque bajo la cálida llovizna, mientras Caldris alternaba las explicaciones sobre los detalles más interesantes con las difíciles preguntas que les hacía sobre lo que fuera. Cuando llegaron al combés del *Mensajero Rojo* y dieron la visita por terminada, Caldris apoyó la espalda en el bote para descansar.

—Bueno —dijo— ustedes dos aprenden deprisa para ser unos marineros de agua dulce. Eso se lo concedo. A pesar de ello, he tenido cagadas con mayor visión de la mar que la que poseen los dos juntos.

—Cuando volvamos a tierra, espero tener la ocasión de poder enseñarle *nuestra* profesión, cara de chivo.

—¡Ja! Maese de Ferra, no le queda mal esa actitud. Aunque es posible que jamás sepa una mierda sobre lo que son las velas del estay, habrá adquirido los excelentes modales de un primer oficial. Y ahora, a las cuerdas. Esta misma mañana, mientras

dura este tiempo tan excelente, vamos a visitar la cofa.

—¿La cofa? —Locke se quedó mirando el palo mayor, mermado por el color gris del cielo que le rodeaba, y bizqueó cuando la lluvia le dio directamente en la cara—. ¡Pero si está lloviendo a mares!

—Así es como llueve en la mar. ¿No se lo había dicho nadie? —Caldris pasó por encima de los obenques mayores de estribor; ellos pasaron justo por la parte opuesta del puente y se aseguraron con cuerdas al propio casco. Con un gruñido, el capitán subió a la barandilla e hizo una seña a Locke y a Jean para que le siguieran—. Los pobres bastardos de su tripulación tendrán que subir hasta aquí, haga el tiempo que haga. No les he sacado al mar para que se comporten como vírgenes atadas con cuerdas, ¡así que meneen el culo y síganme!

Siguieron a Caldris bajo la lluvia, pisando con cuidado encima de los palos que cruzaban los obenques para no caerse. Locke tuvo que admitir que aquellas dos semanas de duro ejercicio diario le habían dado más fuelle para realizar aquel tipo de tareas, de suerte que apenas sentía ya el dolor de las antiguas heridas. Fuera como fuese, la sensación tan extraña como pusilánime que le producía el contacto con la escala de cuerda le descorazonaba, de manera que sólo se animaba al percibir que una verga se perfilaba más arriba bajo la lluvia. Poco después, subía apresuradamente hasta una plataforma circular muy bien sujeta, para reunirse con Jean y con Caldris.

—Ya hemos subido dos terceras partes —dijo Caldris—. Esta verga soporta el recorrido principal —al escuchar aquellas palabras, Locke supo que no se refería a un plan de navegación, sino a la vela mayor del buque, que tenía forma cuadrada—. Más arriba, hasta las gavias y los juanetes. Por ahora no lo están haciendo mal. Por los dioses, si creen que hoy no es un buen día, imagínense subiendo hasta aquí arriba cuando el buque se menee de un lado para otro como un toro que aliviara sus deseos. ¡Ja!

—Lo peor de todo esto —Jean susurraba a Locke— es que algún jodido idiota pierda el equilibrio y aterrice encima de ti.

—¿Crees que subiremos hasta aquí arriba muy a menudo? —preguntó Locke.

—¿Acaso tienes una vista prodigiosamente aguda?

—Creo que no.

—Pues entonces no te preocupes. No creo que subamos. El puesto del capitán está en el puente. Si quieres ver las cosas de lejos entonces emplea un catalejo. Seguro que dispondrás de buenos vigías que te informen de lo que pasa desde lo alto del mástil.

Siguieron allí arriba durante varios minutos más, hasta que el trueno retumbó a lo lejos y la lluvia se hizo más fuerte.

—Creo que debemos bajar —Caldris se levantó y se dispuso a deslizarse por un lado—. Ahora y siempre, hacer esto es tentar a los dioses.

Locke y Jean llegaron al puente sin mayores problemas, pero cuando Caldris saltó desde los obenques, respiraba con dificultad. Gruñó y se masajeó el antebrazo izquierdo. —Maldición estoy demasiado viejo para subir a la cofa. Gracias a los dioses, el puesto del capitán está en el puente —un trueno resaltó aquellas palabras—. Vengan conmigo. Utilizaremos el camarote principal. Hoy nada de velas, sólo libros y cartas. Sé lo mucho que les gusta.

10

Hacia el final de la tercera semana con Caldris, Locke y Jean habían comenzado a alimentar la secreta esperanza de que la refriega con los dos asesinos a sueldo no volviera a repetirse. Aunque Merrain seguía escoltándolos por la mañana, al anochecer se les concedía cierta libertad, con tal de que pasearan armados y no franquearan los límites del distrito Arsenale. Las tabernas estaban llenas a rebosar con los soldados y marinos del Arconte, por lo que a cualquiera le hubiera resultado muy difícil emboscarse en ellas sin pasar desapercibido.

A la décima hora de la tarde del Día del Duque (que, tal y como Jean se había encargado de corregir a Locke, los verraríes llamaban el Día del Consejo), Jean se encontró con Locke en el Signo de los Mil Días. Locke miraba una botella de vino especiado que descansaba sobre su mesa. El lugar, muy espacioso, aunque saturado por las conversaciones de la gente adinerada que cerraba en él sus negocios, era muy agradable y estaba muy bien iluminado. Era un bar para militares de la Armada. Las mejores mesas, dispuestas debajo de otras tantas reproducciones de antiguas banderas de combate verraríes, estaban ocupadas por oficiales. No era necesario que vistieran uniforme para comprobar que eran de alto rango. Los marineros sin graduación bebían y jugaban en la penumbra de las mesas que rodeaban a los primeros, mientras que los escasos visitantes ajenos a aquel mundo se sentaban en las mesitas que se encontraban alrededor de la ocupada por Locke.

—Suponía que estarías en este sitio —dijo Jean mientras se sentaba enfrente de Locke—. ¿Qué se supone que estás haciendo?

—Trabajar. ¿No se nota? —Locke agarró la botella por el cuello y la esgrimió delante de Jean—. Éste es mi martillo —y entonces golpeó con los nudillos encima de la mesa de madera—. Y éste mi yunque. Estoy dándome golpes en los sesos para ver si mejoro su aspecto.

—¿A qué viene todo esto?

—Quería esperar hasta medianoche para ver si dejaba de ser el capitán de un jodido velero fantasma —la manera de hablar tan bajo, como en susurros, le indicó a Jean que aún no estaba ebrio, sino más bien poseído por las ganas de estarlo—. ¡Tengo la cabeza llena de barquitos que dan vueltas y más vueltas mientras invento

nuevos nombres para las cosas que tienen en los puentes! —hizo una pausa para echarse un trago y luego le ofreció la botella a Jean, que denegó con la cabeza—. Suponía que te aplicabas al estudio de tu *Lexicón*.

—En parte —Jean giró su silla un poco hacia la pared, para poder ver directamente la mayor parte de la taberna—. También estaba escribiendo algunas mentiras educadas a la atención de Durenna y Corvaleur; han estado enviando cartas a Villa Candessa en las que nos preguntan cuándo regresaremos a las mesas de juego para darles la oportunidad de destrozarnos.

—Lamento tener que defraudar a las damas —dijo Locke—, pero esta noche voy a pasar de todo. Nada de Aguja, nada de Arconte, nada de Durenna, nada de *Lexicón*. Bebida más bebedor igual a borracho. Únete a mí. Sólo una hora o dos. Sabes que te vendría bien.

—Ya lo sé. Pero Caldris es más exigente a medida que pasan los días; creo que tener la cabeza despejada por el día nos vendrá mejor que tenerla nublada por la noche.

—Las lecciones de Caldris no nos despejan la cabeza. Más bien al contrario. Estamos aprendiendo en un mes lo que se supone que deberíamos aprender en cinco años. Todo me da vueltas en la cabeza. Fíjate, esta noche, antes de venir aquí, compré medio melón a la pimienta. La mujer de la tienda me preguntó cuál melón quería que cortara, el de la derecha o el de la izquierda. Y yo le contesté: «¡El de babor!». Mi propia garganta se ha hecho náutica y me traiciona.

—Es como ese lenguaje con el que los locos se hablan a sí mismos —Jean sacó sus gafas del bolsillo de la casaca y se las puso en el extremo de la nariz para examinar el grabado casi sin relieve de la botella de vino que bebía Locke. Era de una cosecha de Anscalán apenas relevante en el mundo de los vinos—, tan intrincado en sus circunloquios. Digamos que tienes una cuerda encima del puente. En el Día de Penitencia sigue siendo una cuerda; después de las tres de la tarde del Día Ocioso es otra cosa, algo que suena tan incoherente como los balbuceos de quien acaba de sufrir un infarto, y después, a las doce de la noche del Día del Trono, vuelve a ser una cuerda, pero sólo si no está lloviendo.

—Sí, siempre que no llueva, pues entonces tendrás que quitarte la ropa y bailar desnudo alrededor del palo de mesana. Por los dioses que es cierto. Te juro, Je… Jerome, que a la próxima persona que me diga algo parecido a «Ganchea a la derecha con una jarcia de estribor esa polla caída» le clavaré un cuchillo en la garganta. Aunque se trate de Caldris. Esta noche no quiero escuchar ni un puñetero término náutico más.

—Me da la impresión de que has lanzado tres escotas al viento.

—Acabas de firmar tu sentencia de muerte, cuatro ojos —Locke escrutó las profundidades de su botella como si fuera el halcón que acaba de divisar un ratón en

un campo lejano—. Aún me queda bastante de esta morralla que meterme en el cuerpo. Toma una copa y únete a mí. Quiero armar cuanto antes una bien gorda.

Algo sucedió en la entrada, algo que hizo que las conversaciones de los parroquianos decayeran instantáneamente para ser sustituidas por un rumor que fue en aumento; algo que Jean, debido a su larga experiencia, tomó por un peligro inminente. Echó una mirada precavida y vio que un grupo de seis hombres acababa de entrar en la taberna. A dos de ellos se les veía bajo las capas varias de las prendas que emplean los policías, pero no las armas ni las armaduras que suelen llevar. Aunque los restantes iban vestidos de paisano, su complexión y sus maneras le confirmaron a Jean que eran excelentes representantes de esa criatura conocida por el nombre de «Guardia ciudadana».

Uno de ellos, bien porque desconociera el miedo o porque poseyera la sensibilidad de un pedrusco, se acercó hasta la barra y pidió algo. Sus compañeros, más inteligentes y posiblemente más nerviosos, comenzaron a susurrar. Todas las miradas se volvieron hacia ellos.

Hubo una especie de sonido áspero cuando una mujer de aspecto pendenciero que se sentaba en una de las mesas de los oficiales corrió su silla hacia atrás y se levantó despacio. En cuestión de segundos, todos los que la acompañaban, ya estuvieran o no de uniforme, se situaron detrás de ella. Aquel gesto recorrió la taberna como si fuera una ola, alcanzando primero a los demás oficiales y después a la marinería, que acababan de comprender que la proporción de ocho a uno contaba a su favor. Poco después cuatro docenas de hombres y de mujeres estaban en pie y, sin decir nada, miraban fijamente a los seis hombres que seguían junto a la puerta. Las pocas personas que rodeaban a Locke y a Jean se quedaron clavadas en sus asientos, pensando que mientras no los abandonaran seguirían estando lejos de la primera línea de la batalla que se avecinaba.

—Señores —dijo el tabernero de mayor edad, mientras sus dos compañeros más jóvenes se agachaban subrepticiamente por debajo del mostrador para buscar las armas—, han recorrido un largo viaje hasta aquí.

—¿A qué se refiere? —Jean pensó que si el policía no estaba fingiendo asombro, es que era más obtuso que el pábilo de una vela—. Venimos de los Peldaños Dorados, eso es todo. Hemos acabado nuestro turno. Tenemos sed y un buen puñado de monedas con qué apagarla.

—Quizá —replicó el tabernero— cualquier otra taberna les hubiera resultado más conveniente que ésta.

—¿Cómo dice? —el policía acababa de darse cuenta finalmente de que todas las miradas de los parroquianos se centraban en él. Pasaba lo de siempre, pensó Jean, que la Guardia ciudadana tiene dos tipos de personas: las que tienen ojos en la nuca para descubrir cualquier problema y las que tienen la sesera llena de aserrín.

—Le decía… —era evidente que el tabernero comenzaba a perder la paciencia.

—Un momento —dijo el policía, mientras levantaba las dos manos delante de los taberneros—. Comprendo. Ya he tenido suficiente por esta noche. Discúlpeme, no queríamos ofender a nadie. ¿No somos todos verraríes? Sólo queremos echar un trago, eso es todo.

—Pueden echarse un trago en mil sitios —dijo el tabernero—, en mil sitios más apropiados que éste.

—No queremos molestar a nadie.

—Y nosotros no queremos que nos moleste nadie —dijo un hombre fornido vestido con las calzas y la camisa de la marina. Sus compañeros de mesa compartían la misma mueca de pocos amigos—. Salga por esa jodida puerta.

—Perros del Consejo —murmuró otro oficial—. Renegados que sólo sirven para olfatear el dinero.

—Un momento —dijo el policía, quitándose de encima las zarpas de un compañero que intentaba llevarle hacia la puerta—. Un momento, ya les he dicho que no queríamos molestar a nadie. ¡Maldición! ¡Es cierto! Haya paz. Seguiremos nuestro camino. Invito a una ronda a todos los presentes. ¡A todos! —sacó una bolsa con manos temblorosas. Varias monedas de plata y de cobre tintinearon encima de la barra—. Tabernero, una ronda de buena cerveza oscura de Verrar para todo el que la quiera, y quédese con el cambio.

El tabernero apartó la mirada del atribulado policía y la posó en el fornido oficial naval que había hablado antes. Jean pensó que debía de ser uno de los oficiales de mayor graduación que se hallaban presentes y que el tabernero le miraba para obtener su permiso.

—Las maneras serviles os sientan bien —dijo el oficial con una mueca aviesa—. Aunque no beberemos contigo, nos encantará bebernos tu dinero en cuanto te hayas ido.

—Claro. Paz, amigos, ya dije que no queríamos ofender a nadie —aunque dio la impresión de que el policía quería decir algo, no llegó a hacerlo, porque dos de sus camaradas le agarraron de los brazos y lo sacaron por la puerta. Hubo una explosión generalizada de risas y aplausos cuando el último de los policías salió por la puerta y se desvaneció en la noche.

—¡Ya sabéis cómo la marina consigue engrosar su presupuesto! —comentó a voz en grito el fornido oficial. Mientras sus compañeros de mesa reían, él tomó su vaso y lo levantó para, luego de dirigirse a los parroquianos, exclamar—: ¡Por el Arconte! ¡Que la confusión alcance a sus enemigos de dentro y de fuera!

—¡Por el Arconte! —repitieron a coro los oficiales y marineros. Al poco tiempo todos habían recobrado el humor, mientras el tabernero más viejo contaba las monedas del policía y sus ayudantes colocaban varias filas de jarras de madera al

lado de un barril de cerveza negra. Jean frunció el ceño y comenzó a hacer cálculos. Dar de beber a unas cincuenta personas, aunque sólo fuera cerveza negra de la más corriente, le supondría al policía un cuarto de su paga. Conocía a muchos hombres que se habrían arriesgado a recibir una paliza antes de soltar aquel dinero tan arduamente ganado.

—Pobre idiota borracho —dijo suspirando mientras miraba a Locke—. ¿Aún sigues queriendo armar cuanto antes una bien gorda? Me parece que se te han adelantado.

—Bueno, pues seguiré manteniendo el rumbo después de esta botella —dijo Locke.

—Mantener el rumbo es un término náu…

—Ya lo sé —dijo Locke—. Luego me suicidaré.

Los dos taberneros más jóvenes circulaban con unas bandejas enormes, sirviendo jarras de madera llenas de cerveza negra primero a los oficiales, que apenas acusaron recibo, y luego a la marinería, que las recibieron con entusiasmo. Uno de los taberneros tuvo la ocurrencia de acercarse a la esquina donde Locke y Jean se sentaban junto con el resto de civiles.

—¿Un trago de esta cosa amarga, señores? —dejó dos jarras al lado de Locke y de Jean y luego las roció con un poco de la sal procedente del salero que acababa de aparecer en sus manos como por arte de magia—. Cortesía del caballero con más oro que cerebro —Jean deslizó un cobre encima de la bandeja como signo de amabilidad y el tabernero asintió con la cabeza, aceptando aquella deferencia antes de dirigirse a la mesa de al lado—. ¿Un trago de esta cosa amarga, señora?

—Es evidente que tenemos que venir más a menudo a este sitio —comentó Locke, aunque ni él ni Jean hubieran tocado aquella cerveza caída del cielo. Al parecer, Locke se sentía a gusto con el vino que se estaba tomando, mientras que Jean, consumido por los pensamientos de lo que Caldris podría exigirles el día siguiente, no tenía muchas ganas de beber. Pasaron varios minutos charlando tranquilamente hasta que Locke reparó en su jarra de cerveza y suspiró.

—La cerveza negra con sal no es precisamente lo mejor para tomar después de un vino peleón —comentó en voz alta. Momentos después, Jean vio que la mujer que se sentaba cerca de ellos se volvía y le daba una palmadita en el hombro.

—¿Le he oído bien, señor? —daba la impresión de ser unos pocos años más joven que Locke y que Jean; apenas bonita, llevaba unos tatuajes de color escarlata brillante en los antebrazos y un bronceado muy acusado que delataba su condición de trabajadora portuaria—. ¿No le gusta la cerveza negra con sal? No quisiera parecer atrevida, pero acabo de quedarme seca…

—Oh. ¡Oh! —Locke se volvió, sonriendo, y le pasó la jarra de cerveza—. Faltaría más, apúresela. Con mis mejores cumplidos.

—Y con los míos —dijo Jean, pasándole la suya—. Se merece a alguien capaz de apreciarla.

—Así será. Señores, muchas gracias por su amabilidad.

Locke y Jean volvieron a su conferencia de susurros.

—Una semana —dijo Locke—, quizá dos, y Stragos nos mandará fuera. Ya no se tratará de una locura hipotética. Estaremos viviendo ahí fuera, en ese maldito océano.

—Razón de más para sentirme contento porque no hayas seguido dándole esta noche a la botella.

—Estos días no nos ha venido mal un poco de autocompasión —dijo Locke—. Y me ha traído recuerdos de una época que casi había olvidado.

—No es necesario que te disculpes por… eso. Ni yo. Ninguno de nosotros dos.

—¿Tú crees? —Locke recorrió con el dedo uno de los lados de la botella medio llena—. Me parece que cuando hago amistad con la botella y me tomo más de dos copas (el Carrusel del Riesgo no cuenta) tus ojos me cuentan una historia diferente.

—Vamos, déjate de…

—No quería ser grosero —se apresuró a decir Locke—. Sólo es la verdad. Y no puedo decir que no tengas razón. Tú… ¿qué sucede?

Jean acababa de estirar el cuello hacia arriba, distraído por el zumbido que acababa de nacer al lado de Locke. La trabajadora portuaria intentaba levantarse de su asiento mientras se agarraba la garganta para respirar. Jean se levantó de un salto, rodeó a Locke y la tomó de los hombros.

—Tranquila, señora, tranquila. ¿Demasiada sal en la cerveza? —le dio la vuelta y le propinó varios golpes en la espalda con la muñeca de su mano derecha. Pero ella siguió tosiendo, lo que le alarmó… de hecho, intentaba respirar a cada boqueada que daba, pero sin conseguirlo. Se volvió y la agarró con la fuerza que da la desesperación; tenía las pupilas dilatadas por el terror, y el rubor muy subido de su rostro nada tenía que ver con el hecho de tomar el sol.

Jean bajó la mirada hacia las tres jarras vacías de cerveza que estaban en la mesa de la joven y entonces sintió un retortijón en las tripas al pensar en lo que podía haberles sucedido. Agarró a Locke con el brazo izqierdo y le sacó de su silla.

—Ponte de espaldas a la pared —susurró—. ¡Protégete! —luego alzó la voz y exclamó, para que le oyeran todos los de la taberna—: ¡Socorro! ¡Esta mujer necesita ayuda!

El tumulto fue general; oficiales y marineros se levantaron para ver lo sucedido. Abriéndose paso a codazos entre la masa de capitanes de barco y de sillas repentinamente vacías llegó una mujer mayor ataviada con una casaca negra; su cabellera del color de las nubes tormentosas la llevaba recogida en una larga cola sujeta con anillos de plata.

—¡Muévanse! ¡Soy médico de la marina!

Arrebató a la joven de los brazos de Jean y le propinó tres fuertes golpes en la espalda con la parte interior de una de sus muñecas.

—¡Eso ya se lo he hecho yo! —exclamó Jean. La mujer, que seguía ahogándose, se debatía entre los brazos de Jean y de la oficial, como si aquellas dos personas fueran la causa de su mal. Sus mejillas adquirieron el color púrpura del vino. La médica intentó pasar una mano alrededor del cuello de la joven para agarrarle la tráquea.

—Oh, dioses —dijo—, tiene la garganta tan dura como una piedra. Póngala encima de la mesa. ¡Sujétela lo más fuerte que pueda!

Jean tumbó a la joven encima de la mesa, tirando de paso las jarras vacías. Una muchedumbre acababa de formarse a su alrededor; Locke lo observaba todo con mucha intranquilidad mientras apoyaba la espalda en la pared como le había dicho Jean. Al mirar muy inquieto a su alrededor, Jean vio al tabernero más viejo y a uno de sus ayudantes… pero el otro, el que les había servido las cervezas, había desaparecido. ¿Adónde diablos se había ido?

—¡Un cuchillo! —la médica se dirigía a la muchedumbre—. ¡Un cuchillo bien afilado! ¡Ahora!

Locke sacó un estilete de su manga izquierda y se lo pasó. La médica lo miró y asintió… uno de sus filos estaba poco afilado, mientras que el otro, como Jean sabía por experiencia, era como el de un escalpelo. La médica lo tomó como hubiera hecho un esgrimidor y empleó la otra mano para echar hacia atrás la cabeza de la trabajadora portuaria.

—Empuje hacia abajo todo lo fuerte que pueda —dijo a Jean. Incluso con la ventaja añadida que le daban su masa y la fuerza de palanca que estaba haciendo, Jean peleó mucho para dominar los brazos de la joven, pues no dejaba de moverlos. Mientras que la cirujana se apoyaba encima de una de sus piernas, un marinero que acababa de hacer gala de una gran iniciativa salía de entre la muchedumbre para sujetar la otra pierna—. Cualquier movimiento brusco la matará.

Mientras Jean miraba con una fascinación cargada de terror, la oficial médico pasó el estilete por la garganta de la mujer. Los músculos de su cuello estaban tan duros como los de una estatua de piedra, y su tráquea era tan prominente como el tronco de un árbol. Con una suavidad que a Jean le dio mucho miedo, dada la situación, la cirujana practicó una incisión en la tráquea, justo encima del punto en que ésta desaparecía bajo los demás huesos del cuello. Un chorro de sangre roja brotó de la incisión y se derramó por ambos lados de su cuello. Puso los ojos en blanco y sus movimientos disminuyeron de un modo alarmante.

—¡Pergamino! —exclamó la oficial médico—. ¡Que alguien me dé un poco de pergamino!

Para consternación del tabernero, varios marineros comenzaron a saquear la barra

en busca de algo que se pareciera al pergamino. Un oficial se abrió paso entre la multitud mientras se sacaba una carta de la casaca. La cirujana la rompió y enrolló una parte en forma de tubo muy fino, que acabó introduciendo por la incisión en la tráquea de la joven, a través de la sangre que no dejaba de manar. Jean apenas fue consciente de que contemplaba todo aquello boquiabierto.

Entonces la oficial médico comenzó a golpear el pecho de la joven mientras murmuraba una retahíla de palabrotas. Pero la joven seguía inmóvil; el color de su rostro recordaba al de la ciruela, y lo único que se movía en ella era la sangre que no dejaba de brotar por el tubito de pergamino. Poco después, la oficial médico se dio por vencida y se sentó en el borde de las mesas de Locke y de Jean, sollozando. Se secó las manos ensangrentadas en la pechera de la casaca.

—Imposible —dijo a la muchedumbre que se había quedado como muda—. Sus humores cálidos estaban completamente exhaustos. No he podido hacer nada.

—¿Qué dice? ¡Pero si la ha matado! —exclamó el tabernero más viejo—. ¡Le ha cortado la maldita garganta! ¡Todos lo hemos visto!

—Tenía la mandíbula y la garganta tan duros como el hierro —replicó la oficial médico mientras se levantaba furiosa—. ¡Hice lo único que podía ayudarla!

—Pero le cortó la…

El oficial fornido que Jean había visto antes acababa de llegar a la barra con un grupo de oficiales subalternos tras él. A pesar de la distancia, Jean pudo distinguir que las espadas que llevaban bajo las camisas y las casacas estaban a medio desenfundar.

—Jevaun —dijo—, ¿está cuestionando la competencia de la erudita Almaldi?

—No, pero usted mismo vio…

—¿Está cuestionando sus *intenciones?*

—Ah, señor, por favor…

—¿Está declarando que uno de los físicos del Arconte —la voz del jefe era implacable—, una oficial, una hermana nuestra, es una asesina? ¿Delante de testigos?

El color abandonó tan deprisa el rostro del tabernero que Jean estuvo a punto de mirar detrás de la barra para ver si se había escondido allí.

—No, señor —dijo, muy deprisa—. No he dicho nada de eso. Lo lamento.

—Eso no debe decírmelo a mí.

El tabernero se volvió hacia Almaldi y carraspeó.

—Le ruego que me conceda su más completo perdón, erudita —y se miró los pies —. No… he visto mucha sangre. Hablaba dominado por la más mísera ignorancia. Perdóneme.

—Por supuesto —dijo la oficial médico con frialdad mientras se encogía dentro de su casaca, quizá porque acababa de darse cuenta de lo manchada de sangre que estaba—. ¿Qué diablos estaba bebiendo esta mujer?

—Sólo cerveza negra —dijo Jean—, la típica cerveza negra con sal verrarí.

Que era para nosotros, pensó. Y sintió un retortijón en el estómago.

Sus palabras causaron un nuevo estallido de ira entre los asistentes, pues la mayoría de ellos habían bebido, ciertamente, la misma cerveza. Jevaun levantó los brazos y demandó silencio.

—¡La cerveza era buena, recién sacada de este barril! ¡Yo mismo la probé antes de tirarla y de servirla! ¡Hubiera podido dársela a mis nietos! —tomó una copa de madera vacía, la levantó delante de la muchedumbre y la llenó con la cerveza del barril—. ¡Esto sí que *quiero* declararlo delante de testigos! ¡Esta casa posee calidad y honradez! ¡Si alguien ha tramado algo malo, yo no he tenido nada que ver! —vació la copa de varios tragos seguidos y la mostró a la multitud. El murmullo continuó, aunque no el avance del gentío hacia la barra.

—Quizá tuvo una reacción —dijo Almaldi—. Algún tipo de alergia. Pero hubiera sido la primera de este tipo que veo en mi vida —y levantó la voz—: ¿Alguien se siente mal? ¿Dolor en el cuello? ¿Problemas al respirar?

Marineros y oficiales se miraron unos a otros y negaron con la cabeza. Jean rezó en silencio una oración de gracias por el hecho de que, al parecer, nadie hubiera reparado en que la trabajadora se había bebido las jarras de cerveza de Locke y de él.

—¿Dónde diablos está su otro ayudante? —preguntó Jean a Jevaun—. Tenía dos antes de servir la cerveza. Y ahora sólo queda uno.

El tabernero movió la cabeza de uno a otro lado, buscando entre el gentío. Luego, con una mirada de terror, se volvió hacia el ayudante que le quedaba.

—Seguro que Freyald se cagó de miedo por tanto alboroto y corrió a esconderse, ¿no crees? Ve a buscarlo. ¡Corre!

Las palabras de Jean tuvieron el efecto que deseaba: marinos y oficiales se desperdigaron por la sala y comenzaron a buscar al tabernero desaparecido. Fuera, en algún lugar, Jean alcanzó a oír los lejanos sonidos de los silbatos de la Guardia. No faltaba mucho para que los policías entraran en tromba en aquel local, fuera o no para marineros. Dio un codazo a Locke y le hizo un gesto, señalando la puerta trasera de la taberna, por la que varias personas acababan de salir para evitarse más complicaciones.

—Señores —dijo la erudita Almaldi a Locke y a Jean cuando éstos comenzaron a irse. Limpió el estilete de Locke en una de las mangas de su casaca ya prácticamente inservible y se lo devolvió. Él asintió al cogerlo.

—Erudita —dijo—, ha estado soberbia.

—Aunque no haya servido para nada —comentó, pasándose por la cabeza los dedos manchados de sangre, sin ser consciente de ello—. Me gustaría ver muerto al responsable de esto.

Seremos nosotros, si no salimos a tiempo de este sitio, pensó Jean. Albergaba la

siniestra sospecha de que no se encontrarían seguros entre las manos de la Guardia ciudadana cuando ésta les hubiera atrapado.

Cuando Jean se decidió a emplear su corpachón como ariete para que él y Locke pudieran abrirse paso hasta la puerta trasera de la taberna, el local hervía de comentarios para todos los gustos. La puerta daba a un callejón a oscuras que salía a uno y otro lado. Las nubes que cruzaban el cielo oscuro velaban las lunas, por lo que Jean dejó caer una de las hachas en su mano derecha antes de atreverse a dar tres pasos en medio de la noche. Su entrenado sentido del oído le confirmó que los silbatos de los guardias sonaban por la manzana de casas que estaba al oeste y que se iban aproximando rápidamente.

—Freyald —dijo Locke mientras ambos se movían en la oscuridad—. Ese tabernero bastardo de una rata. La cerveza era para nosotros, por ser tan efectiva como un tiro de ballesta.

—Yo también lo había pensado —dijo Jean. Condujo a Locke a través de una calle estrecha y por encima de una pared de piedra áspera hasta llegar a un patio en silencio que contorneaba unos almacenes. Jean se acuclilló detrás de un cajón medio roto y acomodó la vista para ver que la forma oscura de Locke se confundía con la de un barril cercano.

—Las cosas están peor —comentó Locke—, peor de lo que suponíamos. ¿Qué probabilidad hay de que media docena de guardias no sepan cuáles son los bares más seguros para tomarse unas copas después de terminar el servicio? ¿Cuál la probabilidad de que entren, *precisamente*, en el único donde no tienen que entrar?

—¿Y cuál la de dejar media paga en un bar ocupado por la gente del Arconte? Estaban tramando algo. Quizá ni siquiera supieran de qué se trataba.

—Eso quiere decir —susurró Locke— que quienes van tras nosotros pueden tirar de las cuerdas de la Guardia ciudadana.

—Eso quiere decir que son gente del *Priori* —dijo Jean.

—O alguien que se encuentra muy cerca de ellos. Pero ¿por qué?

A sus espaldas se escuchó el sonido que hace el cuero al rozar la piedra; Locke y Jean se callaron al unísono. Jean se volvió a tiempo de ver que una forma larga y oscura acababa de saltar la pared que tenían detrás y de escuchar el ruido que hicieron los tacones de un hombre relativamente pesado al chocar contra los adoquines del suelo.

Jean se quitó la casaca muy despacio y la lanzó describiendo un largo arco antes de caer encima del torso del desconocido. Mientras la silueta oscura se peleaba con la casaca, Jean dio un salto y golpeó la coronilla de su oponente con el extremo romo de una de sus hachas. Luego le propinó un directo en el plexo solar que le hizo doblarse. Después fue un juego de niños conseguir con un empujón en la espalda que el hombre cayera al suelo con la cara por delante.

Locke agitó una lámpara alquímica apenas más grande que un dedo pulgar y aquélla cobró vida. Luego apantalló con su cuerpo aquella luz para que se dirigiera hacia una sola dirección, precisamente aquélla donde se encontraba el hombre que Jean acababa de dominar. Jean le dio media vuelta, descubriendo que se trataba de un individuo alto y musculoso que tenía la cabeza afeitada. Se vestía de un modo poco llamativo, a la manera de un cochero o de un criado, y se cubría el rostro con una mano enguantada mientras gemía de dolor. Jean colocó la hoja de su hacha debajo de la mandíbula del hombre.

—M… maese de Ferra, no, por favor —susurró—. Dioses benditos. Soy del equipo de Merrain. Les estaba… vigilando.

Locke agarró la mano izquierda de aquel hombre y le quitó el guante. Bajo la débil claridad de la lámpara, Jean vio el tatuaje que tenía en el dorso de la mano, un ojo abierto dispuesto en el centro de una rosa. Locke respiró profundamente y dijo con un susurro:

—Es un Ojo.

—Más bien un maldito necio —le corrigió Jean, que miró a su alrededor antes de bajar lentamente el hacha. Luego hizo que aquel hombre se incorporara—. Tranquilo, amigo. Le he dado un golpe en la cabeza, no en el estómago. Sólo tiene que quedarse quieto y respirar tranquilo durante unos minutos.

—Ya me han golpeado otras veces —dijo el desconocido entre resoplidos, y Jean pudo ver que unas lágrimas de dolor brillaban en sus mejillas—. Dioses, no sé cómo pueden decir que necesitan protección.

—Pues es cierto —dijo Locke—. ¿No estaba usted en el Signo de los Mil Días?

—Sí. Y vi cómo entregaban sus jarras de cerveza a esa pobre mujer. Oh, joder, es como si me fuera a explotar el estómago.

—Se le pasará —dijo Jean—. ¿No vería adónde fue el tabernero que falta?

—Vi que entraba en la cocina y ya dejé de mirarle. No tenía ninguna razón para hacerlo.

—Mierda —Locke frunció el ceño—. Conociendo a Merrain, ¿sabe si mantiene algún equipo cerca por si lo necesita?

—Tiene uno con cuatro efectivos cerca de un viejo almacén situado una manzana al sur —el Ojo tomó aire varias veces seguidas antes de proseguir—. Tenía que llevarles a ustedes con ellos en caso de necesidad.

—Pues la necesidad ya está aquí —dijo Locke—. Cuando pueda moverse, nos llevará hasta ellos. Tenemos que llegar de una pieza a la dársena de la Marina. Entonces le daremos un mensaje para Merrain. ¿Podrá entregárselo esta misma noche?

—Dentro de una hora —dijo el hombre mientras se masajeaba el estómago y levantaba la vista hacia el cielo estrellado.

—Dígale que nos gustaría aceptar su anterior ofrecimiento de… alojamiento y pensión completa.

Jean se rascó la barba pensativo y asintió.

—Enviaré una nota a Requin —dijo Locke—. Le diré que saldremos dentro de uno o dos días. Realmente, no creo que volvamos a pasearnos por ahí. Creo que no podemos ni salir a la calle. Pediremos una escolta para sacar mañana nuestras cosas de Villa Candessa, dejar nuestra suite y llevar la mayoría de la ropa a un almacén. Luego nos ocultaremos en la dársena de la Espada.

—Tenemos órdenes de preservar sus vidas —dijo el Ojo.

—Lo sé —repuso Locke—. De lo único de lo que estoy seguro en los tiempos que corren es que su patrón quiere utilizarnos, no matarnos. O sea, que podemos confiar en su hospitalidad —Locke devolvió el guante al soldado—. Por ahora.

11

Dos carruajes ocupados por varios Ojos que vestían de civil acompañaron a Locke y a Jean cuando, al día siguiente, fueron a Villa Candessa para empaquetar sus efectos personales.

—No sabe cuánto sentimos que se vayan —dijo el encargado de la recepción mientras Locke garrapateaba la firma de Leocanto Kosta en varias hojas de pergamino—. Han sido unos huéspedes magníficos; esperamos que nos tengan en cuenta la próxima vez que visiten Tal Verrar.

Locke no dudaba en absoluto de que la posada hubiera estado encantada con su visita; a cinco platas diarias durante año y medio, más el precio de los servicios adicionales, él y Jean habían dejado una pila de solari lo suficientemente alta para comprar una casa de tamaño decente e incluso para contratar un servicio completo de criados.

—Ciertos asuntos acuciantes reclaman nuestra presencia en otro lugar —murmuró Locke con frialdad. Y acto seguido lamentó haberlo dicho, pues el encargado de la recepción no tenía la culpa de que tuvieran que dejar atrás tanta comodidad, sino Stragos, los magos mercenarios y los asesinos desconocidos que querían matarlos—. Vea —dijo, pescando tres solari de su casaca y dejándolos en el mostrador— que se reparta equitativamente entre todos los miembros del servicio —luego puso la palma hacia arriba y, con un truco de prestidigitación, hizo aparecer en ella otra moneda de oro—. Y esto para usted, para expresarle nuestros cumplidos por su hospitalidad.

—Vuelvan *siempre que quieran* —dijo el encargado de la recepción con una reverencia muy marcada.

—Eso haremos —dijo Locke—; pero, antes de irnos, me gustaría que guardara

aquí parte de nuestro guardarropa por tiempo indefinido. Puedo asegurarle que volveremos para recogerlo.

Mientras el encargado de la recepción garrapateaba las órdenes pertinentes en un pergamino, Locke tomó una de las tarjetas de Villa Candessa, que tenían el color azul pálido predominante en aquella ciudad, y escribió en ella lo siguiente:

Parto inmediatamente según lo anteriormente anunciado. Confíe en que regresaré. Me siento profundamente agradecido por la paciencia que me ha demostrado.

Locke aguardó a que el recepcionista la sellara con la cera negra de la casa y dijo:

—Procure que sea entregada sin falta al Maestro de la Aguja del Pecado. Si no puede ser en mano, que la reciba su mayordoma, Selendri. La están esperando con urgencia.

Locke reprimió una sonrisa al ver que el recepcionista abría unos ojos como platos. La referencia a que Requin tenía un interés personal en el contenido de la nota sólo serviría para que ésta llegara enseguida a sus manos. No obstante, Locke pensaba enviar más tarde otra nota similar por mediación de uno de los agentes de Stragos. No podía permitirse que se perdiera por el camino.

—Echaremos mucho de menos esas camas tan buenas —comentó Jean cuando llevaban dos baúles llenos con el resto de sus pertenencias hasta los carruajes que los aguardaban. Sólo contenían sus útiles para el latrocinio (ganzúas, pomadas alquímicas, disfraces) más varios cientos de solari en frío metal y varios juegos de calzas y de camisas para su futuro viaje por mar—. Adiós al dinero de Jerome de Ferra.

—Adiós a Durenna y a Corvaleur —añadió Locke con una mueca—. Adiós a tener que estar volviendo la cabeza todo el rato, porque lo cierto es que ahora vamos a meternos en una jaula. Pero sólo durante unos cuantos días.

—No —dijo Jean con aire pensativo mientras entraba por la puerta del carruaje que acababa de abrir uno de los guardaespaldas—. La jaula es mucho más que todo eso. Irá a donde nosotros vayamos.

12

Su entrenamiento con Caldris, que se reanudó aquella misma tarde, fue mucho más arduo. El maestro de las velas les hizo recorrer el buque de cabo a rabo, machacándolos con lo que tenía que ver con cualquier cosa, desde el cabrestante hasta el fogón. Con la ayuda de un par de Ojos, desamarraron el bote del buque, le dieron la vuelta y lo dejaron caer al agua. Luego tiraron de las verjas de las escotillas

del puente principal de carga y subieron y bajaron varios barriles por él mediante poleas y jarcias. Fueran a donde fuesen, Caldris les obligaba a hacer todo tipo de nudos y a que le dijeran cómo se llamaban todos los instrumentos que encontraba, por poco usuales que fueran.

A Locke y a Jean se les adjudicó la cabina de popa del *Mensajero Rojo* para que vivieran en ella. Aunque, una vez hechos a la mar, el compartimiento de Jean se hallaría separado del de Locke por una delgada cortina de cañamazo (la «cabina» de Caldris, que tenía las mismas paredes igual de gruesas, estaba en la zona asignada a la tripulación), aún contaban con el tiempo suficiente para acomodar aquel espacio a sus necesidades de solteros. Y como el hecho de vivir en aquel espacio cerrado les hizo tomar conciencia de la seriedad de su situación, redoblaron sus esfuerzos para aprender cosas nuevas, lo cual hicieron con una rapidez a la que no habían estado acostumbrados desde que dejaran la tutela del padre Cadenas. Incluso Locke se quedó dormido casi todas las noches encima de su ejemplar del *Lexicón*, como si éste fuese su almohada.

Por la mañana salían con el bote hacia el oeste de la ciudad, atravesando los arrecifes de cristal con una confianza que sólo era eclipsada por su pericia. Por la tarde, ya en la cubierta del buque, Caldris mencionaba objetos y lugares para que cada uno de ellos saliera corriendo hacia donde se encontraban.

—¡Bitácora! —exclamó el maestro de las velas, y Locke y Jean echaron a correr hacia la pequeña caja de madera situada al lado del timón del buque que guardaba una rosa de los vientos y otros aditamentos útiles para la navegación. En cuanto la tocaron, Caldris exclamó: «¡Barandilla de popa!», que era muy fácil, pues se encontraba en uno de los extremos del buque. Acto seguido, Caldris dijo: «¡Barandillas de alivio!», y Locke y Jean pasaron al lado de la divertida gatita, que estaba echada en el alcázar lamiéndose las garras. Mientras corrían hacían gestos divertidos, pues las barandillas de alivio servían para que los marineros, después de apoyarse en el bauprés, se agarraran a ellas para soltar sus lastres corporales en las aguas circundantes. Los métodos más cómodos de cagar sólo estaban al alcance de los pasajeros ricos que viajaban en bajeles más grandes.

—¡Palo de mesana! —aulló Caldris, haciendo que Locke y Jean se pararan en seco, medio ahogados.

—Este maldito buque no tiene ninguno —dijo Locke—. Sólo trinquete y palo mayor.

—Oh, qué agudo. Maese Kosta, ha desbaratado mi sutil argucia. Póngase el jodido uniforme y pavonéese durante unas horas.

Durante aquellos días los tres trabajaron de común acuerdo para crear un código de señales verbales y gestuales a partir del que Locke y Jean habían empleado hasta entonces para comunicarse entre sí.

—La intimidad dentro de un buque que se ha hecho a la mar es algo tan real como los meados de las jodidas hadas —dijo Caldris cierta tarde con sus habituales bufidos —. Si hay gente delante que les mira y les vigila, es posible que no pueda darles claramente las instrucciones que precisan. Así que emplearemos codazos y susurros. Si ven que va a suceder algún problema, lo mejor será…

—¡Caldris, haga su trabajo! —Locke acababa de descubrir que el uniforme de la marina verrarí era de gran ayuda a la hora de hablar con autoridad.

—A eso me refería. O a algo por el estilo. Y si a uno de los marineros le entra la vena técnica y quiere su opinión sobre algo que usted desconoce…

—Vamos, marinero imaginario, ¿o es que voy a tener que deletreártelo como si fueras un niño?

—No está mal. Improvise.

—Que los dioses te maldigan, ¡conozco este buque como la palma de mi mano! —Locke miraba a Caldris por encima del hombro, lo cual sólo era debido a que sus botas de piel le daban una estatura extra de cuatro centímetros—. Y sé de lo que es capaz. Cumple mis órdenes o échate a nadar ahora mismo.

—Bien. Excelente trabajo, maese Kosta —el maestro de las velas guiñó un ojo a Locke y se rascó la barba—. ¿Qué *hubiera hecho* maese Kosta si le hubieran dicho eso mismo? ¿Cómo se gana *exactamente* la vida, Leocanto?

—Haciendo cosas parecidas a ésta, supongo. Soy farsante profesional. Actúo.

—¿En el escenario?

—En cierta ocasión sí que actué en un escenario, junto con Jean. Ahora supongo que este buque será nuestro escenario.

—Ni lo dude —Caldris se acercó al timón (realmente eran dos timones cuyos mecanismos se unían por debajo del puente, lo cual permitía que otros tantos marineros pudieran sumar su fuerza cuando hacía mal tiempo) y logró evitar el ataque relámpago que la gatita acababa de lanzar contra sus pies desnudos—. ¡Preparados!

Locke y Jean se acercaron al alcázar para quedarse cerca de Caldris, concentrándose en lo que éste podría pedirles con un susurro o una seña hechos de improviso.

—Imagínense que vamos de barlovento con la brisa que nos llega a babor de la proa —dijo Caldris. Tenían que imaginárselo, porque en aquella bahía cerrada no corría ni la menor brizna de viento—. Hay que virar. Y tendrán que ir marcando los distintos pasos a gritos. Necesito saber que lo están haciendo bien.

Locke se imaginó la operación dentro de su cabeza. Ningún buque, por bien aparejado que estuviese, podía atacar al viento de frente. Para desplazarse en una determinada dirección contra el viento había que poner las velas en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto a éste, y luego hacer virada tras virada para que el viento soplase de una manera alternada sobre babor y estribor de la proa. Había que

efectuar una especie de zigzag, como si el buque caminase dificultosamente sobre las aguas, para desplazarse en la dirección deseada. Cada uno de los cambios de virada de babor a virada de estribor, o viceversa, era una operación delicada en la que uno se arriesgaba al desastre.

—Señor Caldris —dijo con voz muy alta—, cambio de rumbo. Tome el timón.

—Muy bien, señor.

—¡Señor de Ferra!

Jean lanzó tres pitidos cortos con el silbato que llevaba al cuello lo mismo que Locke.

—¡Todos listos! ¡Todos listos para cambiar de rumbo!

—Señor Caldris —dijo Locke—, no se adelante. Agarre fuerte la rueda. Timón abajo —esperó unos segundos para lograr un efecto dramático y luego exclamó—: ¡Timón a sotavento!

Caldris hizo como si girara la rueda del timón en la dirección de sotavento, en aquel caso estribor, lo que equivalía a llevar el timón al lado opuesto. Locke creó una vívida escena mental de lo que estaba sucediendo, el súbito empuje del agua contra el buque, que le obligaba a virar a babor. Iban a llegar al ojo del viento, a sentir toda su fuerza; un error en aquel momento podía «aherrojarlos», es decir, dejarles inmovilizados, quitarles toda la potencia del timón y de las velas. Estarían inermes durante varios minutos, incluso peor, pues con mal tiempo aquel error podía hacer que el buque diera un salto, algo que no estaba bien, pues los buques no son acróbatas.

—¡Marineros imaginarios, viradas y escotas! —Jean movía los brazos como las aspas de un molino mientras lanzaba a gritos aquellas órdenes hacia quienes debían de encontrarse en cubierta—. ¡Con ganas, perros holgazanes!

—Señor de Ferra —dijo Locke—, ese marinero imaginario no sabe lo que debe hacer.

—¡Más tarde te joderé vivo, cerebro de coliflor, violador de cerdos! ¡Agarra la cuerda y espera mis órdenes!

—¡Señor Caldris! —Locke se acercó al maestro de las velas, que bebía con gran despreocupación de un odre de agua rosada—. ¡Avante toda!

—Sí, señor —eructó y dejó el odre en el suelo del puente, cerca de sus pies—. Avante toda, como ordenó.

—¡Vela mayor arriba! —exclamó Locke.

—¡Bolinas fuera! ¡Riostras fuera! —Jean lanzó otro pitido con su silbato—. ¡Vergas a la redonda por la amura de estribor!

En la mente de Locke, la proa del barco se estaba inclinando por efecto del viento; la proa se pondría a sotavento por babor y el viento le llegaría por estribor. Las vergas serían rebraceadas rápidamente para aprovechar el nuevo curso del viento

y Caldris giraría toda la rueda de un modo frenético. El *Mensajero Rojo* tenía que asentarse en el nuevo rumbo; pues si era empujado demasiado a babor, se encontrarían moviéndose en la dirección opuesta a la que querían, con las velas mal braceadas. Si todo quedaba en eso, serían demasiado afortunados.

—Avante toda —exclamó una vez más.

—Sí, señor —dijo Caldris—, ya había escuchado bien la orden del capitán.

—¡Cuerdas arriba! ¡Bracear! —Jean volvía a tocar el silbato—. ¡Izadlo todo, malditos gusanos!

—Ahora estamos sobre la amura de estribor, capitán —dijo Caldris—. Sorprendentemente, no hemos perdido los estays y seguiremos vivos durante una hora más.

—Sí, y no tenemos que agradecérselo a ese maldito perro de marinero imaginario —Locke hizo como si agarrara a un hombre y se lo llevara hasta el puente—. ¿Qué problema tienes, maldito gusano haragán de sentina?

—El primer oficial de Ferra me sacude de un modo cruel —dijo Jean con voz estridente—. ¡Es un tipo monstruosamente malo, que quiere que tome las órdenes sacerdotales y que no vuelva a poner un pie a bordo!

—¡Claro que es muy malo! Para eso le pago —Locke hizo como si desenvainara una espada—. ¡Por tus crímenes, te juro que morirás en este mismo puente si no contestas a estas dos jodidas preguntas! La primera… ¿dónde diablos se encuentra mi tripulación *no imaginaria?* Y la segunda, ¿por qué, en el nombre de los dioses, tengo que entrenarme con este puñetero uniforme encima?

El sonido de unos aplausos le sobresaltó, por lo que terminó aquella representación. Se volvió y vio que Merrain se encontraba justo al lado de la barandilla de babor; acababa de subir por la rampa en el más completo silencio.

—¡Oh, magnífico! —sonrió a los tres hombres que se encontraban en el puente, se agachó y levantó ligeramente a la gatita, que entró en acción al momento para atacar las elegantes botas de cuero de Merrain—. Muy convincente. Pero su pobre marinero invisible desconoce las respuestas que usted busca.

—¿Ha venido hasta aquí para decírmelas?

—El Arconte ha decidido que mañana, a primera hora —dijo—, se encargue de las velas de uno de sus botes personales. Desea ver una demostración de sus habilidades antes de entregarle las órdenes definitivas que le llevarán al mar. Él y yo seremos sus pasajeros. Si consigue que nuestras cabezas se mantengan por encima del agua, le dirá dónde se encuentra su tripulación. Y el motivo de que haya estado entrenándose con ese uniforme.

Capítulo 7

Soltando amarras

1

En la isla solitaria había un centinela que recorría a pie el embarcadero situado en su base. Su linterna tiñó de suave luz amarilla las ondulaciones de las negras aguas de las cercanías cuando Locke le lanzó una soga desde su pequeño bote. Pero antes de atarla a un amarre, apuntó aquella linterna hacia Locke, Jean y Caldris, y dijo:

—Este embarcadero está estrictamente… oh, dioses. Lo lamento, señor.

Locke hizo una mueca, sintiendo que la autoridad que le confería aquel uniforme verrarí de capitán era tan agradable como el calorcillo de una manta. Se cogió de un pilote y subió por sí mismo al embarcadero, mientras el centinela le saludaba de un modo desmañado al cruzar sobre su pecho la mano que aún no había soltado la linterna.

—Los dioses protejan al Arconte de Tal Verrar —dijo Locke—. Continúe. Su trabajo, soldado, consiste en investigar las embarcaciones extrañas que se acercan de noche.

Mientras el soldado ataba el bote a un pilote, Locke se agachó y ayudó a Jean a subir. Moviéndose con mucha soltura por estar muy familiarizado con aquel uniforme, Locke se acercó por detrás al centinela, desplegó la capucha de piel rizada que acaba de extraer de su casaca, la dejó caer de golpe sobre la cabeza del soldado y tiró con fuerza del cordel que la cerraba.

—Bien saben los dioses que jamás verás a nadie que te parezca más extraño que nosotros.

Jean mantuvo agarrado por los brazos al soldado mientras las drogas del interior de la capucha cumplían su función. Y puesto que no era tan fuerte como el último hombre a quien Locke había intentado dejar inconsciente con una de aquellas capuchas, se derrumbó a los pocos segundos de debatirse en silencio. Ya dormía de la manera más apacible cuando Locke y Jean le dejaron bien atado al poste que se encontraba en el extremo más alejado del embarcadero después de meterle un trapo en la boca.

Caldris salió a gatas del bote, cogió la linterna del centinela y echó a andar con ella.

Locke alzó la vista hacia la torre de piedra que constituía su objetivo: con una

altura de siete pisos, sus almenas se hallaban iluminadas por la luz anaranjada proveniente de las balizas alquímicas de navegación que alejaban a las embarcaciones de aquel lugar. Se notaba la mano de Stragos, porque lo normal hubiera sido que también hubiese centinelas en ellas para vigilar las aguas y el embarcadero. Nada se movía en lo alto de la torre.

—Adelante —dijo Locke a Jean con un susurro—. Entremos dentro y reclutemos a unos cuantos hombres.

2

—Se la llama la Roca de Barlovento —dijo Stragos. Señalaba la torre de piedra que emergía sobre la pequeña isla, situada aproximadamente a un tiro de flecha de la ruidosa línea de espuma blanca que marcaba el fin de la barrera externa de arrecifes de cristal con que se protegía Tal Verrar. El ancla descansaba a veintitrés metros de profundidad y a la distancia de una milla al oeste de la dársena de Plata. El cálido sol matutino, que acababa de despuntar por encima de la ciudad que los rodeaba, convertía los estratos de claridad brumosa en peldaños de plácida luz.

Haciendo honor a lo anunciado por Merrain, Stragos había llegado al amanecer a bordo de una lancha de diez metros, la cual, construida con madera negra pulimentada, disponía en la popa de asientos de piel muy confortables e incrustaciones de oro a todo lo largo de su superficie. Mientras Merrain estaba sentada en la proa, Locke y Jean habían aparejado las velas por su cuenta, sin apenas necesitar la supervisión de Caldris. Locke se preguntaba si ella no se sentiría cómoda en cualquier sitio.

Salieron con rumbo norte, luego contornearon la dársena de Plata y giraron al oeste, persiguiendo los últimos resquicios de sombras azuladas que aún se escondían en el cielo nocturno, muy hacia el horizonte.

Ya llevaban navegando un buen rato cuando Merrain tocó el silbato para llamar la atención de todos y señaló hacia su izquierda, al otro lado de la parte de estribor de la proa. A lo lejos se divisaba una estructura alta y oscura que se levantaba por encima de las olas. Unas luces anaranjadas relucían en su extremo superior.

Poco después echaban el ancla para mirar aquella torre lejana. Aunque Stragos no hubiera alabado la manera con que Locke y Jean manejaban el bote, lo cierto es que tampoco les había hecho ningún reproche al respecto.

—La Roca de Barlovento —dijo Jean—. He oído hablar de ella. Es una especie de fortaleza.

—Una prisión, maese de Ferra.

—¿Vamos a visitarla ahora, por la mañana?

—No —dijo Stragos—. Ahora volverán a la base y desembarcarán en ella. Por

ahora sólo quería que la vieran… para contarles una historia. Se refiere a cierto capitán que se encuentra a mi servicio y del que me debería fiar muy poco, pues hasta ahora ha hecho un trabajo espléndido ocultando sus defectos.

—Las palabras no pueden expresar lo profundamente dolido que me siento al oír eso —comentó Locke.

—Va a traicionarme —prosiguió Stragos—. Los planes que ha estado preparando durante meses han acabado por conducirle a la que será su traición final, por otra parte, grandiosa. Me robará algo muy valioso que empleará contra mí, haciendo que todo el mundo se entere de ello.

—Hubiera debido vigilarle mucho mejor —murmuró Locke.

—Lo he hecho —dijo Stragos—. Y ya lo he arreglado todo, pues el capitán de quien estoy hablando es… usted.

3

La Roca de Barlovento sólo tiene una puerta de entrada, forrada de hierro y de cuatro metros de altura, que se abre y se vigila desde dentro. Cuando Locke y Jean se acercaron a ella, se abrió una pequeña mirilla dispuesta en la pared contigua por la que apareció una cabeza iluminada desde detrás por la luz de una lámpara. La voz de la mujer de guardia era muy seria cuando preguntó:

—¿Quién vive?

—Un oficial del Arconte y del Consejo —contestó Locke con la formalidad que exigía el ritual—. Este hombre que me acompaña es mi contramaestre. Aquí tiene mis órdenes y acreditaciones.

Y le pasó un cilindro que contenía los documentos. Cuando la mujer corrió la mirilla, Locke y Jean permanecieron inmóviles y en silencio durante varios minutos, escuchando el ruido de las olas al golpear los arrecifes cercanos. Las dos lunas que acababan de salir bañaban de plata el horizonte meridional, y las estrellas brillaban en el cielo sin nubes como el azúcar con el que un confitero hubiese espolvoreado un paño negro.

Finalmente se escuchó un ruido metálico, tras el cual los goznes de las pesadas jambas de la puerta rechinaron mientras éstas se abrían. La mujer de guardia fue a su encuentro y saludó, pero sin devolverle a Locke sus papeles.

—Mis disculpas por la espera, capitán Ravelle. Bienvenido a la Roca de Barlovento.

Locke y Jean la siguieron y entraron en el recibidor de la torre, que estaba dividido en dos secciones por la pared de barrotes de hierro que cubría toda su anchura y que llegaba desde el suelo hasta el techo. A la izquierda de dichos barrotes, un hombre sentado en un escritorio cuidaba del mecanismo que controlaba las

puertas… las cuales se cerraron tras Locke y Jean a los pocos segundos.

Tanto el hombre como la mujer llevaban el uniforme azul del Arconte por debajo de una armadura de cuero endurecido muy ajustada, compuesta por brazales, peto y protector de la nuca. El hombre, recién afeitado y de rostro agradable, aguardaba al otro lado de los barrotes a que la mujer le entregara la documentación de Locke.

—Capitán Orrin Ravelle —dijo ella—. Y su contramaestre. Traen órdenes del Arconte.

El hombre estudió los papeles de Locke durante un buen rato antes de asentir y de dejarles pasar.

—Por supuesto. Buenas noches, capitán Ravelle. ¿Este hombre, Jerome Valora, es su contramaestre?

—En efecto, teniente.

—¿Ha venido a visitar a los presos de la segunda bóveda? ¿A alguien en particular?

—Sólo es una simple visita, teniente.

—Como quiera —el hombre tomó la llave que llevaba alrededor del cuello, abrió la única puerta existente en la pared de barrotes de hierro y se acercó a ellos sonriendo—: Nos complace ayudar al Protector en lo que sea, señor.

—Lo dudo mucho —dijo Locke, en cuya mano izquierda acababa de caer el estilete que llevaba oculto en la manga. Se acercó a la mujer y le hizo un corte detrás de la oreja derecha, en la piel al descubierto que se hallaba entre el protector de la nuca y su espesa cabellera. Ella gritó, se volvió y desenfundó en un instante su sable de acero pavonado.

Antes de que su hoja quedara desenvainada por completo, Jean agarró al teniente, que musitó un sonido ahogado de sorpresa cuando le lanzó contra los barrotes y le propinó un golpe muy preciso en el cuello con el filo de su mano derecha. El peto de cuero eliminó cualquier posibilidad de daño sin disminuir la conmoción debida al impacto. Jean le cogió por detrás los brazos y le hizo una férrea presa que a punto estuvo de ahogarlo.

Mientras la mujer le lanzaba un tajo, Locke se apartó rápidamente del alcance de su hoja. Su primer ataque había sido muy rápido; el segundo no lo fue tanto, por lo que Locke pudo evitarlo. Cuando intentó el tercero perdió el equilibrio al tropezar con sus propios pies. Dominada por la confusión, casi no podía hablar.

—Cabrón —murmuró—. Ve… ve… neno.

Locke hizo una mueca cuando la mujer cayó al suelo boca abajo; aunque intentó cogerla, no lo consiguió, pues la sustancia de la hoja le había hecho efecto más deprisa de lo que esperaba.

—Bastardo —dijo el teniente, medio ahogándose e intentando librarse de la presa de Jean—. ¡La has matado!

—Claro que no, sesos de mosquito. Lo cierto es que en cuanto veis a cualquiera con una espada desenvainada, suponéis que ha matado a alguien —Locke se acercó a él y le mostró el estilete—. El filo está mojado con una sustancia llamada «congela-entendimiento». Te hace dormir toda la noche como un tronco y te despiertas a mediodía. Entonces te sientes fatal. Lo lamento. ¿Dónde la quieres? ¿En el cuello o en la palma de la mano?

—¡Mal… dito traidor!

—Pues en el cuello —Locke le dio un pequeño corte detrás de la oreja izquierda y contó hasta ocho antes de que se quedara colgado de los brazos de Jean, más flojo que la seda mojada. Jean depositó suavemente al teniente en el suelo y le quitó del cinto un pequeño manojo de llaves.

—Perfecto —dijo Locke—. Y ahora vayamos a visitar la segunda bóveda.

4

—Ravelle no existía hace un mes —decía Stragos—. No existía hasta que yo urdí toda una serie de mentiras respecto a él. Una docena de mis hombres y mujeres de confianza jurarán que es real, que compartieron con él comida y tareas y que hablaron con él de cosas del servicio y de frivolidades.

»Mis chupatintas han preparado órdenes, listas de tareas, facturas y otros documentos para luego sembrarlos en mis archivos. Varios hombres que se llamaban Ravelle alquilaron habitaciones, compraron mercancías y encargaron a los sastres varios uniformes que fueron entregados en la dársena de la Espada. Cuando tenga que aprovechar los resultados de su traición, Ravelle será una persona real.

—¿Los resultados? —preguntó Locke.

—Ravelle va a traicionarme de la misma manera que la capitana Bonaire, cuando hace siete años sacó mi *Basilisco* del puerto bajo la bandera roja. Ahora va a suceder lo mismo… dos veces al mismo Arconte. Durante algún tiempo se reirán de mí en ciertos barrios. Una pérdida temporal a cambio de una ganancia a largo plazo —hizo una mueca—. Maese Kosta, ¿no ha pensado en cómo reaccionará la gente ante lo que va a suceder? Yo sí.

—Por los dioses, Maxilan —dijo Locke mientras jugueteaba sin ser consciente de ello con uno de los nudos de las cuerdas que aseguraban la relativamente pequeña vela mayor—. Atrapado en medio del mar, fingiendo dominar un negocio en el que soy un absoluto incompetente, luchando para seguir vivo mientras su jodido veneno corre por mis venas, creo que tendré que hacer un esfuerzo para pedir en mis oraciones que todo le salga bien.

—Ravelle también es un asno —dijo el Arconte—, tal y como he dicho que escriban en su currículo. Y ahora hay algo que debe saber acerca de Tal Verrar: los

policías del *Priori* guardan la Mazmorra de Alta Seguridad enclavada en la *Castellana*. En ella se encuentran la mayoría de los prisioneros de la ciudad. Pero la Roca de Barlovento es mía. Será más facil tratar con ella, porque los míos se encargan de su vigilancia y de su intendencia —y sonrió—. En ese lugar Ravelle llegará, justamente, al culmen de su felonía. En ese lugar, maese Kosta, usted se encontrará con su tripulación.

5

Tal y como les había advertido Stragos, debían desarmar a otro guardia más que vigilaba el primer piso de celdas situado bajo la entrada, junto a una gran escalera de hierro pavonado. La torre de piedra que se encontraba más arriba sólo estaba ocupada por los guardias y las luces alquímicas; el auténtico propósito de la Roca de Barlovento se centraba en las tres antiguas criptas de piedra excavadas muy por debajo del nivel del mar, en los propios cimientos de la isla.

El hombre que los vio llegar dio inmediatamente la alarma; que Locke y Jean caminaran sin escolta probaba fehacientemente que el protocolo de las visitas había sido vulnerado. Mientras subía a la carga por las escaleras, Jean le quitó la espada y le dio una patada en la cara y otra en el estómago que le hicieron retorcerse. Un mes de ejercicio sometido a los excéntricos cuidados de Caldris habían aumentado más que nunca la fuerza taurina de Jean, de suerte que Locke casi sintió pena por el pobre hombre que se debatía entre sus brazos; así que se llegó hasta ellos, le dio al hombre su dosis de congela-entendimiento y silbó con buen humor.

Y de ese modo neutralizaron a la guardia nocturna, una fuerza casi nominal, sin cocineros ni personal civil. Un guardia en el embarcadero, dos dentro de la entrada, uno en el primer piso de las celdas. Los otros dos que estaban en las almenas habían bebido té drogado, suministrado por orden directa de Stragos, quedándose dormidos con la tetera entre ambos. A la mañana siguiente tendrían una buena excusa para explicar su incompetencia… otro nuevo y extraño detalle que añadir a la lista de cosas extrañas que iban a rodear todo aquel asunto.

La Roca de Barlovento no disponía de ningún bote, para que los prisioneros (en el hipotético caso de que pudieran atravesar los barrotes de las celdas dispuestos en las húmedas paredes de las antiguas criptas y, después de dejar atrás la pared de barrotes de la entrada, salieran por la única puerta que precisamente estaba reforzada con hierro) tuvieran que nadar una milla (por lo menos) en mar abierto, bajo la atenta mirada de los numerosos seres de las profundidades, siempre ansiosos por conseguir algo de comida.

Locke y Jean ignoraron la puerta de hierro que llevaba hasta las celdas del primer piso y siguieron bajando por la escalera de caracol. El aire estaba cargado y olía a sal

y a cuerpos en absoluto aseados. Al atravesar la puerta de hierro del segundo piso se encontraron dentro de una cripta dividida en cuatro enormes celdas, largas y de techos muy bajos, dos a cada lado, con un pasillo de cinco metros en el centro.

Sólo una de aquellas celdas estaba ocupada; varias docenas de hombres dormían bajo la pálida luz verdosa de unos cuantos globos alquímicos dispuestos en las paredes y protegidos con barrotes. El aire del lugar era innegablemente rancio, denso por los olores de las camas sin asear, de los desechos corporales y de la comida podrida. Unos tenues rizos de bruma se enroscaban en los presos. Varios pares de ojos siguieron a Locke y a Jean cuando éstos ascendieron por los peldaños que morían ante la puerta de la celda.

Locke le hizo una seña a Jean y éste comenzó a golpear con el puño los barrotes de la puerta. Se levantó un clamor tan fuerte que hacía daño en los oídos al reverberar en las mojadas paredes de la bóveda. Los presos a quienes acababan de molestar se levantaron de sus catres llenos de mugre, jurando y gritando.

—¿Estáis cómodos aquí dentro? —exclamó Locke para que le oyeran entre tanta algarabía. Jean había dejado de dar golpes en los barrotes.

—Nos sentiríamos mucho más cómodos si dispusiéramos de un elegante y dulce capitán verrarí al que follarnos de atrás adelante —dijo un prisionero que estaba cerca de la puerta.

—No tengo paciencia para hablar de estupideces —dijo Locke, que, señalando a la puerta por la que él y Jean habían entrado, añadió—: Si salgo por ahí, ya no volveré a entrar.

—Pues vete y que te jodan, déjanos dormir —dijo un espantajo humano que se encontraba en uno de los rincones más alejados de la celda.

—Y si no vuelvo a entrar por ella —añadió Locke—, ninguno de vosotros, pobres bastardos, sabrá nunca por qué en las criptas uno y tres todas las celdas están llenas… mientras que en *la dos* sólo está ocupada esta celda.

Aquello consiguió captar su atención. Locke sonrió.

—Así está mejor. Soy Orrin Ravelle. Hasta hace muy pocos minutos era capitán de la marina de Tal Verrar. Y la razón de que todos vosotros estéis aquí se debe a que *yo os escogí*. A todos y a cada uno de vosotros. *Yo* os escogí y después falsifiqué las órdenes en las que a todos se os asignaba esta celda.

6

—En un primer momento escogí cuarenta y cuatro presos —dijo Stragos. Contemplaban la Roca de Barlovento a la luz del sol de la mañana. A lo lejos se acercaba un bote con soldados de casaca azul, posiblemente el relevo de la guarnición —. Dejé vacía la segunda bóveda de celdas para que entraran en ella. Aunque todas

las órdenes firmadas por «Ravelle» parecen correctas, un posterior estudio de las mismas revelará su falsedad. Eso puedo usarlo después como excusa para arrestar a varios oficinistas que no poseen la… suficiente lealtad que estimo necesaria en mi servicio.

—Eficiente —comentó Locke.

—Sí —prosiguió Stragos—. Todos esos presos son marineros de primera que proceden de navíos embargados por diferentes motivos. Algunos llevan en custodia varios años. Muchos eran de la tripulación de su *Mensajero Rojo*, que tuvieron la suerte de no ser ejecutados junto con sus oficiales. Es posible que algunos de ellos incluso tengan un pasado de piratas.

—¿Por qué mantiene prisioneros en la Roca? —preguntó Jean—. No me refiero a éstos, sino en general.

—Carnaza para las galeras —contestó Caldris—. Algo que interesa tener a mano. Si hay guerra, se les ofrece el indulto a cambio de servir como remeros en las galeras mientras dure. La Roca podría abastecer de remeros a dos galeras durante todo el tiempo.

—Caldris tiene mucha razón —dijo Stragos—. Como iba diciendo, algunos de esos hombres llevan allí varios años, aunque ninguno pasó tantas penalidades como las que sufren desde hace un mes. Les he privado de casi todo, desde ropa de cama limpia hasta una alimentación regular. Los guardianes han sido crueles, pues los despiertan cuando duermen, haciendo ruido y arrojándoles cubos de agua fría. Me atrevo a decir que cualquiera de ellos odia la Roca de Barlovento, odia a Tal Verrar y me odia a mí. En persona.

Locke movió lentamente la cabeza para asentir.

—Por eso usted espera que acojan a Ravelle como su salvador.

7

—Entonces, maldito lameculos verrarí, ¿tú eres el único responsable de que nos hayan arrojado a patadas en este infierno?

Uno de los presos se acercó a los barrotes y se agarró a ellos; y como las privaciones de aquel encierro habían mermado la constitución física de todos ellos hasta lograr un espantoso parecido con la imaginería de los antiguos días heroicos, Locke supuso que no debía de llevar mucho tiempo en la celda: sus músculos parecían tallados en madera de álamo negro; su piel y cabellos eran tan negros que amortecían aún más la pálida luz verdosa de la cripta, como si quisieran burlarse de ella.

—Soy el único responsable de que os trasladaran a esta cripta —dijo Locke—. Pero no fui yo quien os metió en este sitio, ni quien dispuso el trato que os dan en él.

—Eso de *trato* es una palabra de coña para describir lo que nos hacen aquí dentro.

—¿Cómo te llamas?

—Jabril.

—¿Estás al mando?

—¿De qué? —dio la impresión de que la ira de algunos de aquellos hombres comenzaba a menguar, mudándose en una resignación dominada por el cansancio—. Nadie está al jodido mando detrás de unos barrotes de hierro, *capitán* Ravelle. Meamos y cagamos en el mismo sitio en que dormimos. Aquí ya no tenemos listas de tareas ni cambios de turno.

—Todos sois marineros —comentó Locke.

—*Éramos* marineros —le corrigió Jabril.

—Sé que lo erais. No hubierais podido ser otra cosa. Pensad en esto: a los ladrones los sueltan. Para que se vayan a la Ciudadela Oeste y hagan los trabajos duros, para ser esclavos hasta que se rompan o los perdonen. Pero incluso ellos ven el cielo. Incluso sus celdas tienen ventanas. Los deudores tienen la libertad de poder irse cuando han pagado sus deudas. Los prisioneros de guerra regresan a sus casas cuando se acaba la guerra. Pero vosotros, pobres bastardos… vosotros estáis encerrados aquí contra toda razón. Sois ganado. Si hay guerra, os encadenarán a los remos, y si no la hay… bueno.

—Siempre hay alguna guerra —dijo Jabril.

—Han transcurrido siete años desde la última —dijo Locke. Se acercó aún más a los barrotes y se detuvo delante del rostro de Jabril, mirándole a los ojos—. Quizá pasen otros siete. Quizá nunca haya guerra. Jabril, ¿de veras quieres envejecer en esta celda?

—¿Y qué otra alternativa nos queda… capitán?

—Algunos de vosotros procedéis de un barco embargado recientemente —dijo Locke—. Vuestro capitán intentó meter de contrabando unas avispas-estilete.

—Sí, el *Ventura Afortunada* —dijo Jabril—. Nos prometieron grandes montones de oro por el trabajo.

—Esos bichos cabrones mataron a ocho durante el viaje —dijo otro prisionero—. Pensamos que repartirían su parte entre los demás.

—Al final tuvieron mejor suerte que nosotros —comentó Jabril—, al menos no tuvieron que compartir con nosotros este maldito lugar.

—El *Ventura Afortunada* se encuentra anclado en la dársena de la Espada —dijo Locke—. Aunque ahora se llama el *Mensajero Rojo*. Ha sido restaurado, reaprovisionado, fumigado y carenado. Está quedando muy bien. El Arconte intenta que se lo asignen. Yo estoy a su mando —aseguró Locke—. Está a mi disposición. Y también tengo las llaves.

—¿Qué cojones quiere hacer?

—Son las doce y media de la noche —dijo Locke, bajando la voz hasta conseguir un susurro teatral que reverberó dramáticamente en la pared del fondo de la celda—. El cambio de la guardia no será hasta dentro de seis horas. Todos los guardias de la Roca de Barlovento están… ahora… inconscientes.

Todos los que estaban dentro de la celda abrieron unos ojos como platos. Incluso abandonaron los camastros y se agarraron a los barrotes para formar una muchedumbre ingobernable, aunque atenta.

—Esta noche abandonaré Tal Verrar —dijo Locke—. Es la última vez que llevo este uniforme. Nada le debo al Arconte y a todo lo que representa. He pensado llevarme el *Mensajero Rojo*, pero para eso me hace falta una tripulación.

La masa de prisioneros se convirtió en un hervidero de empujones y parloteos. Cuando un montón de manos quisieron agarrar a Locke a través de los barrotes, éste retrocedió.

—¡Soy marinero de cofa! —exclamó uno de los prisioneros—. ¡Y muy bueno! ¡Lléveme con usted!

—Nueve años en el mar… ¡sé hacer de todo! —dijo otro.

Jean dio un paso y volvió a golpear los barrotes, exclamando con voz atronadora:

—¡SILEEENCIOO!

Locke mantuvo en alto el manojo de llaves que Jean había tomado del teniente que estaba en la entrada.

—Pondré velas al sur, al Mar de Bronce —dijo—. Me dirijo a Puerto Pródigo. Esto no está sujeto a voto o a negociación. Si venís conmigo, lo haréis bajo la bandera roja. Podréis dejarlo cuando lleguemos a las Islas del Viento Fantasma. Dinero y pillaje hasta entonces. No habrá sitio para los gandules. La consigna será «a partes iguales».

Aquellas últimas palabras eran para darles algo en qué pensar. Un capitán pirata solía llevarse del veinte al cuarenta por ciento de cualquier botín conseguido en la mar. La idea de un reparto equitativo serviría para calmar cualquier ansia de botín.

—Partes iguales —repitió para sobreponerse a la súbita explosión de comentarios que acababan de surgir tras sus palabras—. Pero tenéis que decidiros en este preciso momento. Puedo sacaros de esta roca y llevaros al *Mensajero Rojo*. Disponemos de las suficientes horas de oscuridad para dejar atrás el puerto y salir a mar abierto. Si no queréis venir, perfecto. Pero entonces no habrá ninguna cortesía por mi parte. Seguiréis en el mismo sitio al que llegasteis. Quizá al relevo de la guardia le impresione vuestra honradez… pero lo dudo. ¿Quién quiere quedarse?

Ninguno de los presos dijo nada.

—¿Quién quiere ser libre y unirse a mi tripulación?

Locke parpadeó al sentir la explosión de vítores y gritos, y luego se permitió una sonrisa burlona que no tuvo que fingir.

—¡Juradme obediencia ante los dioses con vuestros labios y vuestros corazones! —exclamó.

—La juramos —dijo Jabril, y quienes le rodeaban asintieron.

—Si no cumplís el juramento, que los dioses os causen la muerte para que aguardéis a la Señora del Largo Silencio en uno de los platillos de Su balanza.

—Que así sea —dijeron todos a coro.

Locke pasó el manojo de llaves a Jean. En un éxtasis de incredulidad, los presos vieron cómo buscaba la llave apropiada, la introducía en la cerradura y la giraba hacia la derecha.

8

—Hay un problema —dijo Stragos.

—¿Sólo uno? —Locke giró los ojos dentro de sus órbitas.

—Sólo quedan cuarenta de los cuarenta y cuatro que había seleccionado.

—¿Cómo afecta eso a las necesidades del buque?

—Hay comida y agua para cien días y una tripulación de sesenta personas —explicó Caldris—. El buque puede estar bien atendido con la mitad de ese número. Una vez que les hayamos asignado las tareas, contaremos con la gente suficiente.

—Como quiera —dijo Stragos—. Los cuatro que faltan son mujeres. Las había puesto en una celda separada. Una de ellas contrajo la fiebre carcelaria y se la contagió a las demás. No tuve más remedio que llevarlas a la costa; aún están demasiado débiles para levantar los brazos, no digamos para formar parte de esta expedición.

—Vamos a hacernos a la mar sin mujeres a bordo —observó Caldris—. ¿No querrá Merrain unirse a nosotros?

—Me temo —repuso ella con mucha dulzura— que alguien necesita mis talentos en otro lugar.

—¡Es una locura! —exclamó Caldris—. ¡Nos estamos mofando del Padre de las Tormentas!

—Seguro que podrá enrolar a varias mujeres cuando lleguen a Puerto Pródigo, quizá incluso algunas sean buenos oficiales —Stragos extendió las manos—. Seguro que no les pasará nada malo en un viaje tan corto.

—Me gustaría poder decir algo —dijo Caldris, con el miedo pintado en el rostro —. Maese Kosta, creo que comenzamos con mal pie. Necesitamos gatos. Una cesta llena de gatos para el *Mensajero Rojo*. Necesitamos toda la suerte que podamos conseguir. Los dioses son testigos de que *no puede librarse* de la obligación de llenar este buque con gatos antes de zarpar.

—No me libraré de ella —dijo Locke.

—Entonces, asunto arreglado —dijo Stragos—. Y ahora, Kosta, hablemos de cuán grande es… su decepción. Por si alberga algún recelo. Ninguno de los hombres que va a sacar de la Roca de Barlovento jamás sirvió en mi marina, así que apenas saben lo que se espera de uno de mis oficiales. Y como enseguida dejará de ser Ravelle el capitán de la armada, para convertirse en Ravelle el capitán pirata, podrá ir dando forma al personaje que mejor le cuadre y dejar de preocuparse por otros detalles más nimios.

—No está mal —confesó Locke—, porque incluso ahora esos detalles sin importancia me ocupan casi toda la cabeza.

—Tengo una condición final que exigirles —prosiguió Stragos—. Los hombres y mujeres que están de servicio en la Roca de Barlovento, incluso aquellos que no forman parte de este montaje, se cuentan entre los mejores y los más leales a mi persona. Les proporcionaré los medios necesarios para neutralizarlos sin que resulten heridos de importancia. *De ninguna manera* resultarán heridos por ustedes o por su tripulación, y que los dioses los protejan si dejan atrás algún muerto.

—Extraños sentimientos para un hombre que se jacta de estar acostumbrado a los riesgos.

—Kosta, no me importa enviarlos a luchar cuando sea necesario y que mueran si ése es su destino. Pero no deseo que nadie que se sienta orgulloso de llevar mis colores muera en este montaje; mi honor me obliga a garantizar su integridad. Se supone que ustedes dos son profesionales. Pues consideren esto como un modo de comprobar su grado de profesionalidad.

—No somos asesinos sanguinarios —repuso Locke—. Cuando matamos, lo hacemos por una buena razón.

—Es lo mejor —dijo Stragos—. Bueno, pues eso era todo. Disfruten lo que queda de día como más les guste. Mañana por la noche, justo antes de las doce, desembarcarán en la Roca de Barlovento para comenzar su aventura.

—Necesitamos el antídoto —dijo Locke. Jean y Caldris asintieron.

—Desde luego. Los tres tendrán sus viales justo antes de que se vayan. Después… espero su primer viaje de vuelta antes de dos meses. Y el informe de sus progresos.

9

Justamente en el vestíbulo de la entrada, Locke y Jean intentaron pasar revista (harapienta) a su nueva tripulación. Jean tuvo que demostrar su fuerza física a varios hombres que intentaron aliviar sus frustraciones en las personas de los guardias inconscientes.

—¡Ya os he dicho que tocarlos nos expondrá a un gran peligro! —exclamó Locke

por tercera vez—. ¡Dejadlos en paz! Si sembramos nuestro paso de cadáveres, perderemos la simpatía de todos. Si viven, los verraríes se reirán de lo sucedido durante mucho tiempo. Y ahora —prosiguió— caminad despacio hasta el embarcadero. Tomáoslo con calma, estirad las piernas, echad un largo vistazo al mar y al cielo. Tengo que ir a por un bote antes de marcharnos. Así que, por el amor de los dioses, mantened la boca cerrada.

La mayor parte de ellos obedecieron aquellas órdenes y formaron pequeños grupos que hablaban en voz muy baja mientras salían de la torre. Locke observó que algunos de aquellos hombres se quedaban al otro lado de la puerta, apoyándose con las manos en las paredes de piedra como si tuvieran miedo de salir al aire libre. No podía culparles después de haber pasado meses o años dentro de aquella cripta.

—Es una gozada —dijo Jabril, que caminaba al lado de Locke mientras ambos se acercaban al lugar en que Caldris seguía paseándose con la linterna—. Es una gozada acojonante. Y fundamentalmente lo es por el hecho de no tener que estar respirando continuamente los olores de los demás.

—Dentro de muy poco vais a estar igual de amontonados que antes —dijo Locke.

—Sí, pero no es lo mismo.

—Jabril —dijo Locke, alzando la voz—, cuando nos vayamos conociendo los unos a los otros, votaremos a los oficiales que nos sean necesarios. Por ahora, yo te nombro oficial adjunto.

—¿Oficial de qué?

—De lo que quieras —Locke hizo una mueca y le dio una palmada en el hombro —. Ya no pertenezco a la marina, ¿no lo recuerdas? Responderás ante Jerome. Encárgate de la disciplina de los hombres. Recoge las armas de ese soldado atado al embarcadero, por si esta noche hay que desenfundar algo más de acero. Aunque no espero que haya que luchar, debemos estar preparados.

—Buenas noches, capitán Ravelle —dijo Caldris—, veo que ha conseguido traerlos a todos hasta aquí, tal y como había planeado.

—En efecto —dijo Locke—. Jabril, te presento a Caldris, nuestro maestro de las velas. Caldris, Jabril será el oficial adjunto a las órdenes de Jerome. ¡Escuchadme! — Locke levantó la voz sin gritar, no fuera a ser que reverberase sobre las aguas y llegara a oídos no deseados—. He llegado hasta aquí en un bote de seis plazas. Pero tengo otro en el que caben cuarenta. Necesito dos remeros. Regresaré en media hora y entonces nos iremos de aquí.

Dos presos jóvenes dieron un paso adelante, deseosos de encontrar algo con lo que quitarse de encima el aburrimiento por el que habían pasado.

—Muy bien —dijo Locke mientras entraba en el bote, después de Caldris y de los dos marineros—. Jerome, Jabril, que todo siga tranquilo y en silencio. Apartad a quienes puedan comenzar a trabajar de aquellos que necesitan algunos días para

recobrar las fuerzas.

Anclada a media milla de la Roca de Barlovento se encontraba una lancha bastante larga, invisible bajo la luz de la luna hasta que la linterna de Caldris la descubrió a una distancia de cincuenta metros. Locke y Caldris se dieron prisa en montar la pequeña vela de que disponía; después, lentamente pero con seguridad, regresaron a la Roca, mientras los dos ex prisioneros los seguían en el bote. Nervioso, Locke echó una mirada a su alrededor, llegando a descubrir una o dos velas que relucían débilmente en lontananza, pero nada que se encontrara más cerca.

—Escuchad —dijo cuando la lancha estuvo amarrada al embarcadero y estuvo rodeado por su futura tripulación. Se sentía gratamente sorprendido por lo deprisa que se habían adaptado a su nueva situación. Por supuesto que era lógico… eran las tripulaciones de buques embargados, no individuos a los que se hubiese encerrado por cometer algún crimen con sus propias manos. Aunque no quería convertirlos en santos, era agradable comprobar que, al menos por una vez, algo imprevisto trabajaba a su favor.

—Los que tengan fuerza en las manos, que empuñen los remos. Los que aún no la tengáis, no os preocupéis; sentaos, simplemente en el centro de la lancha. Ya os recuperaréis en el viaje. Tenemos mucha comida.

Aquellas palabras lograron suscitar algunos vítores. Locke sabía que cuando estuvieran en mar abierto sus raciones se irían pareciendo poco a poco a las gachas de la prisión que se disponían a dejar atrás; lo bueno era que, al menos durante los primeros días, podrían disponer de una buena provisión de comida fresca y de verduras.

Los prisioneros comenzaron a entrar en buen orden en la lancha; las bordas no tardaron en estar ocupadas por quienes aducían hallarse en buena condición física, y los remos en alojarse en sus respectivos apoyos. Jabril se fue a proa y les hizo una seña a Locke y a Caldris cuando todo estuvo dispuesto.

—Bien —dijo Locke—. El *Mensajero* se halla anclado al sur de la dársena de la Espada, al lado que mira al mar, en espera de la tripulación que lo ocupe. Un guardia lo vigila de noche, así que yo hablaré con él. Sólo tendréis que seguirnos y ocuparlo cuando haya solventado el problema; las redes han sido echadas por una de las bordas y las defensas arrumadas.

Locke se quedó en la proa del bote y adoptó lo que consideraba una postura regia acorde con la situación. Jean y Caldris tomaron los remos y los dos prisioneros que quedaban se sentaron en la popa, uno de ellos con la linterna de Caldris entre las manos.

—Despedíos de la Roca de Barlovento, muchachos —dijo Locke—, y hacedle una higa al Arconte de Tal Verrar. Zarparemos dentro de poco.

10

Una sombra oculta entre las sombras observó la partida de las dos embarcaciones.

Merrain abandonó su posición al lado de la torre movió ligeramente una mano mientras las sombras grises y bajas disminuían por el sur. Aflojó el pañuelo negro de seda con el que se había cubierto la parte inferior de su rostro y echó hacia atrás la capucha de su chaqueta negra; llevaba entre las sombras que rodeaban la torre cerca de dos horas, aguardando pacientemente a que Kosta y De Ferra terminaran lo que estaban haciendo. Su bote estaba amarrado bajo un saliente rocoso de la parte este de la isla, apenas era más que un cascarón de cuero tratado que cubría un armazón de madera. Incluso bajo la luz de la luna, no se distinguía del agua.

Caminó despacio hacia la entrada de la prisión y descubrió que los dos guardias dormían en el suelo tal y como había esperado, aún bajo los efectos del congela-entendimiento. Según el deseo del Arconte, Kosta y De Ferra no habían permitido que les hicieran daño.

—Cuánto lo siento —susurró mientras se arrodillaba al lado del teniente y pasaba un dedo enguantado por encima de sus mejillas—. Eres tan guapo.

Suspiró, desenvainó el puñal que guardaba dentro de su chaqueta y le cortó la garganta de un solo tajo. Echándose hacia atrás para no pisar el charco de sangre que crecía, limpió la hoja en las calzas del guardia y contempló a la mujer que estaba echada en la entrada.

Los dos que se encontraban más arriba seguirían con vida; no era lógico que alguien se molestara en subir por las escaleras para matarlos. Pero sí que mataran al que estaba en el embarcadero, a los que se encontraban en aquel lugar y al que se suponía que debía estar más abajo.

Con eso bastaría, se dijo. Aunque no deseaba realmente que Kosta y De Ferra fallaran, si regresaban con éxito de su misión ¿qué le impediría a Stragos asignarles otra nueva misión? El veneno los convertía en sus juguetes para siempre. Pero si regresaban victoriosos… bueno, si no podía poner dos hombres como ellos al servicio de los intereses que defendía, lo mejor sería acabar con ellos.

Así que se decidió a terminar el trabajo. El pensamiento de que no causaría ningún dolor le sirvió de ayuda mientras lo concluía.

11

—¡Capitán Ravelle!

El soldado era uno de los escogidos personalmente por el Arconte para tomar parte en el montaje. Se hizo el sorprendido cuando Locke apareció en el puente del *Mensajero Rojo* seguido por Jean, Caldris y los dos ex prisioneros. La lancha llena de hombres estaba dando cabezadas contra el lado de estribor del buque.

—No esperaba que volviera a estas horas, señor… ¿Qué sucede?

—He tomado una decisión —dijo Locke mientras se acercaba al soldado—. Este buque es demasiado bueno para que el Arconte se lo quede. Así que he decidido evitarle las molestias y botarlo yo.

—Por favor, señor, deténgase… deténgase, esto no tiene gracia.

—Depende de cómo lo mire —dijo Locke. Se acercó aún más al soldado y le soltó un puñetazo de mentira en el estómago—. Depende del lugar *desde* donde lo mire —tal y como había sido acordado, el hombre dio a entender que había recibido un golpe tremendo y cayó de espaldas en el puente, retorciéndose. Locke hizo una mueca. Que sus nuevos tripulantes cuchichearan acerca de *lo sucedido*.

Aquellos nuevos tripulantes habían comenzado a subir por las redes de embarque que colgaban de estribor. Locke despojó al soldado de espada, escudo y puñales y fue al encuentro de Jean y de Caldris para echar una mano a los hombres desde la barandilla.

—¿Qué hacemos con la lancha, capitán? —le preguntó Jabril cuando estuvo a su lado.

—Esa cabrona es demasiado grande para llevárnosla —contestó Locke. Luego movió un pulgar por encima del hombro, señalando vagamente al guardia «desarmado»—. Le meteremos dentro de ella. ¡Jerome!

—Sí, señor —dijo Jean.

—Cuando todos hayan subido, páseles revista en el combés. ¡Señor Caldris! Conoce este buque mejor que nadie; denos un poco de luz.

Caldris sacó varias lámparas alquímicas de un armario cerrado con llave que estaba cerca de la rueda del timón y las colgó por todo el puente con ayuda de Locke, hasta que hubo la suficiente luz dorada para poder trabajar. Jean extrajo su silbato y emitió tres pitidos breves. A los pocos instantes toda la tripulación se reunía en medio del combés, delante del palo mayor. Allí mismo, delante de todos, Locke se quitó su casaca de oficial verrarí y la arrojó por la borda. Todos aplaudieron.

—Debemos apresurarnos y no cometer ningún descuido —dijo—. Los que crean que no pueden trabajar por ahora, que levanten la mano. No os avergoncéis, muchachos.

Locke contó nueve manos. La mayor parte de los hombres a quienes pertenecían eran demasiado viejos o estaban demasiado delgados para encontrarse con buena salud, por lo que Locke asintió.

—Vuestra honradez no puede movernos a resentimiento. Ya trabajaréis cuando podáis hacerlo bien. Por ahora, buscaos un sitio debajo de la cubierta o del castillo de proa. En la bodega principal hay esteras y cañamazo. Podéis dormir o ver cómo los demás se divierten. Una cosa más, ¿no habrá entre vosotros alguien parecido a un cocinero?

Uno de los hombres que se encontraban al lado de Jabril levantó una mano.

—Bien. Cuando levemos el ancla, baja y échale un vistazo a la bodega. En el castillo de proa tenemos un fogón de ladrillos, una piedra alquímica y un caldero. En cuanto hayamos dejado atrás los arrecifes de cristal quiero un montón de comida, así que muéstrame un poco de iniciativa. Y ponle la espita a uno de los barriles de cerveza.

Al oír aquello, la tripulación comenzó a lanzar vivas, obligando a Jean a emplear el silbato para que se callaran.

—¡Vamos! —Locke señalaba la oscura isla de cristal antiguo que se encontraba a sus espaldas— ¡La dársena de la Espada está al otro lado de esa isla, y aún no la hemos dejado atrás! ¡Jerome! Prepare el cabrestante y dispóngase a alzar el ancla ¡Jabril! Que Caldris le dé una cuerda; luego ayúdeme a atar a este individuo.

Locke y Jabril pusieron de pie al soldado «incapacitado». Con la cuerda que les había dado Caldris, Locke le ató las manos con un nudo muy poco apretado que sin embargo parecía muy convincente; en cuanto se hubieran ido, aquel hombre podría desatarse en tres minutos.

—No me mate, capitán, se lo ruego —murmuró el soldado.

—No le mataré —dijo Locke—, porque necesito que entregue al Arconte un mensaje de mi parte. Dígale que puede besarle el culo a Orrin Ravelle, que le devuelvo el puesto, y que la única bandera que a partir de ahora ondeará en este bonito buque será roja.

Locke y Jean empujaron al soldado desde lo alto de la borda y él recorrió los tres metros que le separaban del fondo de la lancha. Y aunque lanzó un gañido (sin duda, auténtico) de dolor y se revolcó, no parecía encontrarse mal.

—¡Repítale las palabras que le he dicho al pie de la letra! —exclamó Locke, y Jabril rió—. Y ahora, señor Caldris, ¡llévenos a alta mar!

—Muy bien, capitán Ravelle —Caldris cogió por el cuello a los cuatro hombres que estaban más cerca de él y los condujo hasta abajo. Bajo su guía, recogerían el cable del ancla hasta que se alojara en el puente inferior.

—Jerome —dijo Locke—, ¡hay que tirar del cabrestante para levar el ancla!

Locke y Jabril se reunieron con todos los miembros de la tripulación que podían trabajar junto al cabrestante, cuyas últimas barras de madera acababan de alojarse en su sitio.

—¡El ancla levad! ¡Ahora! ¡Ahora! ¡Con fuerza levad! ¡Para que suba arriba, empujad! —Jean cantaba a grito pelado para ayudarles a empujar con más fuerza. Y aunque los hombres estaban muy cansados, pues la mayoría de ellos se encontraban más débiles de lo que querían reconocer, el mecanismo comenzó a girar y el olor a cable mojado impregnó el aire.

—¡Arriba y tirad! ¡Arriba y tirad! ¡Si ahora el ancla cae, a todos nos joderá!

Cuando al poco tiempo consiguieron sacar el ancla del agua, Jean envió a varios de ellos hasta la parte de estribor de la proa para evitar que cayera. La mayor parte de la tripulación se alejó del cabrestante luego de gruñir y desperezarse, lo que hizo sonreír a Locke. Incluso sus antiguas heridas le dolían menos después del ejercicio.

—Y ahora —dijo a voz en grito—, ¿quiénes de vosotros se encargaban de las velas a bordo del *Ventura Afortunada?* Que den un paso al frente.

Catorce hombres, entre los que se contaba Jabril, se apartaron de los demás.

—¿Y quiénes eran buenos marineros de cofa?

Hubo siete manos en alto, lo que no estaba nada mal para comenzar.

—¿Y quiénes de los restantes, aunque no estén familiarizados con este buque, se sentirían tranquilos ahí arriba?

Otros cuatro dieron un paso al frente, y Locke asintió.

—Buenos chicos. Creo que ya sabéis dónde tenéis que estar —agarró por el hombro a uno de los que no se habían movido y le llevó hacia la proa—. Guardia de proa. Quiero saber si algo molesto aparece de repente por delante de nosotros —cogió a otro hombre y señaló el palo mayor—. Pídele un catalejo a Caldris, acaba de tocarte guardia de mástil. No me mires así… y no vayas a fastidiar los aparejos. Quédate sentado en silencio y no te duermas.

»¡Señor Caldris! —exclamó, observando que el maestro de las velas había regresado al puente—, sudeste por el este a través de ese paso entre los arrecifes que se llama Bajo el Cristal.

—Sí, señor, Bajo el Cristal. Sé dónde está —como puede suponerse, Caldris había planificado anteriormente el rumbo a seguir para atravesar los arrecifes de cristal y le había proporcionado a Locke las órdenes que éste tendría que dar hasta que Tal Verrar desapareciera en el horizonte—. Sudeste por el este.

Jean hizo un gesto a los once hombres que se habían ofrecido voluntarios para subir a las vergas; las velas que, recogidas, esperaban en ellas, colgaban a la luz de la luna como si fueran los capullos de algún insecto enorme.

—¡Manos a la arboladura para soltar gavias y juanetes! ¡A mi voz, no lo olvidéis!

—¡Señor Caldris! —exclamó Locke, incapaz de contener su alegría—, ¡ahora veremos si es cierto que conoce bien su oficio!

El *Mensajero Rojo* se puso en marcha hacia el sur bajo gavias y juanetes, haciendo un excelente uso de la recia brisa del oeste que llegaba desde el continente. Su proa cortaba suavemente las aguas tranquilas y oscuras mientras la cubierta se escoraba ligeramente hacia estribor. Locke pensó que era un buen comienzo… el buen comienzo de una aventura que era una locura. Después de haber adjudicado puestos provisionales a la mayor parte de su tripulación, se concedió unos pocos minutos en la barandilla de popa para observar los reflejos de las dos lunas en la suave ondulación de la estela del buque.

—Está disfrutando como un enano, capitán Ravelle —Jean acababa de subir hasta la barandilla de popa. Ambos ladrones se estrecharon la mano y se hicieron muecas el uno al otro.

—Supongo que sí —dijo Locke con un susurro—. Supongo que ésta es la mayor locura de todas las que hemos cometido, porque además tenemos *permiso* para disfrutar de ella.

—La tripulación parece haberse tragado nuestra actuación.

—Bueno, aún están recién salidos de la cripta. Cansados, mal alimentados, excitados. Ya veremos la agudeza que muestran después de varios días de comida y de ejercicios. Dioses, al menos no me he confundido con ningún nombre.

—Me resulta muy difícil creer que estemos haciendo esto de verdad.

—Ya lo sé. Incluso no suena nada real. Capitán Ravelle. Primer oficial Valora. Diablos, no es difícil. Tendré que acostumbrarme a que la gente me llame «Orrin». Tú, en cambio, sigues llamándote «Jerome».

—No le veía mucho sentido al hecho de complicar aún más las cosas. Ya te cogeré por todas las cosas que me haces.

—Cuidado. Puedo ordenar que te azoten atado a la barandilla.

—¡Ja! Quizá si fueras capitán de la marina. Pero el primer oficial de un barco pirata no lo consentiría —Jean suspiró—. ¿Crees que volveremos a ver tierra firme?

—Eso intento con todas mis fuerzas —dijo Locke—. Tenemos que convencer a unos piratas, preparar un regreso feliz, humillar a Stragos, encontrar unos antídotos y engañar a Requin sin que se dé cuenta. Cuando llevemos dos meses en el mar, seguro que ya se me habrá ocurrido el *cómo*.

Se quedaron viendo durante un rato cómo Tal Verrar se iba quedando detrás poco a poco, y cómo el aura de los Peldaños Dorados y el resplandor casi de antorcha de la Aguja del Pecado se desvanecían lentamente, cubiertos por la masa más oscura del creciente suroeste de la ciudad. Después atravesaron el canal excavado en los arrecifes de cristal y salieron al Mar de Bronce, al peligro y a la piratería. Para encontrar la guerra y llevársela al Arconte, que bien sabría qué hacer con ella.

12

—¡Vela! ¡Vela a dos puntos a babor por la proa!

Llevaban tres días de viaje con rumbo sur y era por la mañana. Locke estaba sentado en su cabina, observando su reflejo apenas nítido en el espejito mellado que guardaba en su cofre. Como antes de zarpar había empleado un poco de la alquimia que guardaba en su maletín de disfraces para devolver el color natural a sus cabellos, una fina pelusa manchada con aquel color cubría sus mejillas. Cuando estaba pensando si debía o no afeitársela, el grito del vigía decidió por él. En un instante ya

estaba fuera de la cabina y ascendía los incómodos peldaños que conducían a la lumbrera y de ésta a la brillante luz matutina del alcázar.

Una calina de nubes blancas velaba a bastante altura el cielo azul como si aquéllas fueran avispas de humo de tabaco que hubieran salido volando de las pipas de sus progenitores. El viento les llegaba por la amura de babor desde que habían salido a alta mar, y el *Mensajero Rojo* se inclinaba ligeramente por estribor. El constante oscilar, crujir e inclinarse del puente resultaban completamente desconocidos para Locke, que, por hallarse enfermo, su último (y único) viaje lo había pasado encerrado en su cabina. Y aunque se hubiera ufanado de que la agilidad y el entrenamiento del ladrón le servirían para fingir que sus piernas estaban adaptadas al mar, lo cierto es que no lo lograba mucho que dijéramos. Pero al menos parecía ser inmune al mareo, y por eso le daba las más fervientes gracias al Guardián Avieso. Muchos de los de a bordo no eran tan afortunados.

—¿Qué sucede, señor Caldris?

—Con mis cumplidos, capitán, es una bonita mañana, y el vigía del mástil dice que acaba de ver velas blancas a dos puntos a babor por la proa.

Aquella mañana, Caldris se había asignado la rueda del timón y lanzaba pequeñas bocanadas de humo del cigarro barato que se estaba fumando, el cual apestaba a azufre. Locke frunció la nariz.

Quejándose para sus adentros y moviéndose con el mayor cuidado que podía, Locke sacó su catalejo y salió a toda prisa, llegando al alcázar y apoyándose en la barandilla de babor. En efecto, allí estaba… el casco abajo y una diminuta mota de blanco, apenas visible al recortarse sobre el azul oscuro del horizonte muy lejano. Jabril y otros marineros más le esperaban para conocer su veredicto.

—¿Qué tal si vamos a echarle un ojo, capitán? —aunque Jabril sólo parecía estar expectante, los que tenía detrás estaban más que ansiosos.

—¿Intentando ver a qué puede saber eso de «a partes iguales», eh? —Locke intentó dar a entender que sabía lo que pensaban y entonces se volvió hacia Caldris para ver que el maestro de las velas le hacía la señal que quería decir «no». Eso era lo mismo que había pensado… o sea que era capaz de descubrir lo correcto sin apuntador.

—No podemos hacerlo, muchachos. Y lo sabéis. Aún no tenemos nuestro propio buque a punto. No tiene ningún sentido atacar a nadie. La cuarta parte de nosotros aún no puede trabajar ni mucho menos pelear. Tenemos comida fresca, un barco limpio y todo el tiempo del mundo. Ya tendremos mejores oportunidades. Mantenga el rumbo, señor Caldris.

—Sí, manteniendo rumbo.

Jabril lo aceptó; Locke había comenzado a descubrir que aquel hombre tenía un gran sentido de la responsabilidad y de casi todos los aspectos de la vida en barco, lo

que le hacía superior a Locke al menos en eso. Era un magnífico marinero, otro pellizco de buena suerte por el que estar agradecido. Pero los que estaban a su lado… Locke supo instintivamente que tendría que asignarles alguna tarea para mitigar su desagrado.

—Streva —dijo al más joven—, tira de la corredera de popa. Mal, vigila la ampolleta-minutero. Informa al señor Caldris. ¿Jabril, sabes cómo se usa un arco curvo?

—Sí, capitán. Soy bastante bueno con los arcos, ya sean cortos, curvos o largos.

—Tengo unos diez guardados bajo llave en la bodega de popa. No te será difícil encontrarlos. Y coge doscientas flechas. Prepara unos blancos con cañamazo y paja. Móntalos en la proa para que nadie pueda llevarse una sorpresa desagradable en el trasero. Comienza por repartir a los muchachos en grupos y a practicar con ellos los días que el tiempo lo permita. Cuando llegue el momento de ir a hacerle una visita a otro barco, quiero buenos arqueros en las cofas.

—Muy buena idea, capitán.

Aquello sirvió al menos para que los marineros que aún seguían rezongando cerca del alcázar reavivaran la excitación que acababan de perder. La mayor parte de ellos siguieron a Jabril por la escalera que les conducía a cubierta. El interés mostrado por ellos le dio a Locke otra nueva idea.

—¡Señor Valora!

Jean estaba con Mirlon, el cocinero, mirando algo en el pequeño fogón de ladrillos que daba al alcázar. Movió la mano al escuchar la orden de Locke.

—Al atardecer quiero que todos los hombres de a bordo sepan dónde se guardan las armas. Asegúrese de ello.

Jean asintió y regresó a lo que estaba haciendo. Locke pensó que la idea del capitán Ravelle, de que todos los hombres se familiarizaran con las armas del buque (además de los arcos, había hachas, sables, porras y varias alabardas), sería mejor para la moral que mantenerlas guardadas u ocultas.

—Bien hecho —dijo Caldris en voz baja.

Cuando Mal vio cómo caían los últimos granos de la ampolleta-minutero, la cual estaba sujeta con unos pernos al palo mayor, regresó a la popa y exclamó:

—¡Sujetad la cuerda!

—¡Siete nudos y medio! —exclamó Streva instantes después.

—Siete y medio —dijo Caldris—. Muy bien. Llevamos más o menos la misma velocidad desde que salimos de Tal Verrar. Vamos a buena marcha.

Locke echó un vistazo a las clavijas de la tabla de navegación de Caldris y a la brújula inserta en la rosa de los vientos, que eran capaces de señalar la más mínima desviación del rumbo sur que habían tomado.

—Si se mantiene así —dijo Caldris dando vueltas a su cigarro—, nos llevará a las

Islas del Viento Fantasma en dos semanas. No sé lo que pensará el capitán, pero llevar unos cuantos días de adelanto sobre el horario me hace sentirme tremendamente a gusto.

—¿Se mantendrá? —Locke había hecho la pregunta en el tono más bajo que podía sin susurrar en la oreja al maestro de las velas.

—Buena pregunta. A finales del verano, el tiempo se vuelve muy raro en el Mar de Bronce. Creo que tendremos alguna tormenta. Puedo sentirla en los huesos. Aunque ahora esté despejado, creo que llegará.

—Oh, espléndido.

—Lo conseguiremos, capitán —Caldris se quitó el cigarro de la boca, escupió algo pardo en el puente y volvió a metérselo en ella—. Lo cierto es que por ahora vamos muy bien, gracias al Señor de las Aguas Codiciosas.

13

—¡Mátalo, Jabril! ¡Clávaselo en su jodido corazón!

Jabril estaba en medio del buque, enfrentándose a una levita (que Locke había sacado de su baúl) sujeta en una madera bastante grande y apoyada en el palo principal, que se encontraba a diez metros. Tocaba con ambos pies una línea trazada toscamente con tiza en el puente. En la mano derecha empuñaba un cuchillo de lanzar y en la izquierda una botella llena de vino, pues así lo ordenaban las reglas del juego.

El marinero que había estado animándole eructó sonoramente y dio un pisotón en el alcázar. El círculo de hombres que rodeaban a Jabril lo repitió, creando un ritmo que les llevó a batir palmas y a cantar, lentamente al principio y luego cada vez más deprisa:

—¡No tires ni una gota! ¡No tires ni una gota! ¡No tires ni una *gota*! ¡No tires ni una *gota*! *¡No tires ni una gota!*

Jabril se dobló para satisfacer al gentío, hizo una contorsión y lanzó el cuchillo. Alcanzó a la levita en el centro, consiguiendo un coro de vítores que al momento se convirtió en un abucheo. Jabril había vertido un poco del vino que contenía la botella.

—¡Maldición! —exclamó.

—Derrochador de vino —dijo uno de los hombres que le rodeaban, con el fervor de un sacerdote que quisiera desacreditar una tremenda blasfemia—. ¡Paga la multa y devuélvelo al lugar al que pertenece!

—Eh, al menos le di a la levita —dijo Jabril haciendo una mueca—. Tú por poco matas a alguien en el alcázar de un pisotón.

—¡Que pague! ¡Que pague! ¡Que pague! —coreó la muchedumbre.

Jabril se llevó la botella a los labios, se ladeó y comenzó a bebérsela de un tirón. El cántico aumentó en volumen y aceleró su ritmo a medida que bajaba el nivel del

vino. Jabril tensionó poderosamente los músculos de su cuello y mandíbula y levantó hacia arriba la mano que le quedaba libre mientras la última gota de aquel líquido rojo oscuro pasaba a su boca.

Todos aplaudieron. Jabril apartó la botella de sus labios, bajó la cabeza y lanzó una lluvia de vino al hombre que estaba más cerca de él.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¡He *malgastado* una gota! ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

—Mi turno —dijo el marinero al que acababa de empapar—. Amigo, voy a perder a propósito y a malgastar otra gota.

Locke y Caldris vigilaban desde la barandilla de estribor del alcázar. Caldris había dejado por un momento el timón al ser relevado por Jean. Acababan de entrar en una zona de niebla pegajosa que era lo suficientemente tranquila para que Caldris se apartara media docena de pasos de su preciada rueda.

—Ha sido una buena idea —dijo Locke.

—Los pobres bastardos han estado tanto tiempo sojuzgados que se merecían algo de desenfreno —Caldris se fumaba una pipa de cerámica de color azul claro, la cosa más bonita y delicada que Locke jamás hubiera visto entre sus manos, y su rostro se veía iluminado por el suave resplandor de las brasas.

Por sugerencia de Caldris, Locke había subido a cubierta grandes cantidades de vino y de cerveza (el *Mensajero Rojo* poseía las suficientes provisiones de ambas bebidas para el doble de tripulación), que complementaban las gratificaciones voluntarias que todos podrían escoger. Para los que estuvieran sobrios o hicieran la guardia, ración doble de cerdo asado (cortesía del cerdo pequeño, aunque bien cebado, que habían subido al buque); y para los que ni estuvieran sobrios ni tuvieran que hacer nada, una fiesta de borrachos. Por supuesto que Caldris, Jean y Locke estaban sobrios, junto con los otros dos marineros que habían escogido cerdo.

—Cosas como ésta hacen que uno se sienta como en casa —dijo Caldris—. Te ayudan a olvidar lo aburrida que puede llegar a ser esta mierda de vida.

—No es tan mala —dijo Locke, un tanto melancólico.

—Así habló el capitán del jodido buque cierta noche regalada por los dioses —tragó un poco de humo y lo soltó por encima de la barandilla—. Bueno, si pudiéramos tener más noches como ésta, sería algo muy, pero que muy bueno. Fíjese en lo que le digo, los momentos de tranquilidad hacen mucho más por la disciplina que el látigo y los grilletes.

Locke miró por encima de las negras ondas y se sobresaltó al distinguir una forma pálida de color blanco-verdoso que brillaba como si fuera una linterna alquímica y que salía del agua para hundirse pocos segundos después. Cuando parpadeó, el arco que había formado su trayectoria aún persistía en su retina.

—Dioses —dijo—, ¿qué diablos era *eso?*

En aquel momento acababan de aparecer muchas más de aquellas cosas a cien

metros del buque. Surgían una tras otra, apareciendo y desapareciendo silenciosamente en la superficie, arrojando su luz espectral sobre el agua oscura, que la reflejaba como si fuera un espejo.

—Cómo se nota que usted es nuevo en estas aguas —comentó Caldris—. Son fantasmas voladores, Kosta. Hay muchos al sur de Tal Verrar. En ocasiones se los ve formando grandes grupos, que crean como bóvedas al saltar fuera del agua. O por encima de los buques. Se sabe que los siguen. Pero sólo al anochecer, fíjese.

—¿Son algún tipo de pez?

—Nadie lo sabe —dijo Caldris—. No se puede capturar a los fantasmas voladores. Por lo que he oído, ni se les puede *tocar*. Atraviesan volando las redes como si fueran fantasmas. Quizá lo sean.

—Es algo inquietante.

—Se acostumbrará a ellos dentro de unos años —dijo Caldris. Aspiró el humo de su pipa y la incandescencia naranja creció por momentos—. El maldito Mar de Hierro es un lugar extraño, Kosta. Algunos dicen que fue encantado por los Antiguos. Aunque la mayoría de la gente dice que simplemente está encantado. He visto cosas. El Fuego de Santa Corella, que arde con tonos rojos y azules en los extremos de las vergas y espanta a los que hacen la guardia en lo alto de las velas. He navegado por mares que eran como el cristal y visto… una ciudad. Bajo las aguas, y no bromeo. Muros y torres de piedra blanca. Tan clara como si le diera la luz del día, y justo debajo de la quilla. En aguas que según nuestras cartas alcanzan una profundidad de mil brazas. Era tan real como mi nariz, y luego desapareció.

—Uff —Locke sonreía—. Es usted muy bueno. No juegue conmigo, Caldris.

—No juego con usted, Kosta —Caldris frunció el entrecejo y su rostro adquirió una expresión siniestra bajo el resplandor de su pipa—. Le estoy contando lo que le espera. Los fantasmas voladores sólo son el comienzo. Diablos, si los fantasmas voladores son prácticamente amistosos. Hay cosas ahí fuera en las que no quiero creer. Y lugares a los que ningún capitán de barco con dos dedos de frente iría jamás. Lugares… inapropiados, diría yo. Lugares que te están *esperando*.

—Ah —dijo Locke, recordando la desesperación de los años de juventud, que había pasado entre los antiguos lugares en ruinas de Camorr y mil edificios destruidos que se cernían en medio de las tinieblas, como si quisieran devorar a los niños pequeños—. Creo que ahora capto lo que quiere decirme.

—Las Islas del Viento Fantasma —prosiguió Caldris— son lo peor de todo. De hecho, sólo son ocho o nueve las islas en las que los seres humanos han puesto el pie encima y han vuelto para contarlo. Sólo los dioses saben cuántas más se ocultan allí, bajo la niebla, y qué cojones pasa en ellas —hizo una pausa antes de proseguir—. ¿Ha oído hablar de los tres asentamientos que levantaron en ellas?

—Creo que no —dijo Locke.

—Bueno —Caldris echó otra larga calada de su pipa—. En un principio fueron tres. Los colonos de Tal Verrar llegaron a ellas hace cien años. Fundaron Puerto Pródigo, Montierre y Esperanza de Plata. Puerto Pródigo sigue allí, por supuesto. Es el único que queda. Montierre no lo pasó mal hasta la guerra contra la Armada Libre. Puerto Pródigo poseía una buena posición defensiva; pero Montierre no. Después de lo que le pasó a su flota, les hicimos una visita. Les quemamos los barcos de pesca, envenenamos sus fuentes, hundimos sus muelles. Incendiamos todo lo que permanecía en pie y luego incendiamos las propias cenizas. Hubiéramos podido borrar el nombre «Montierre» del mapa. El lugar no volvió a repoblarse.

—¿Y Esperanza de Plata?

—Esperanza de Plata —Caldris bajó la voz hasta que se convirtió en un susurro —. Hace cincuenta años, Esperanza de Plata era más populosa que Puerto Pródigo. Situada en otra isla mucho más hacia el oeste. Prosperaba. Lo de la plata no era un simple anhelo. Albergaba trescientas familias, más o menos. Lo que le sucedió tuvo lugar en el transcurso de una noche. Aquellas trescientas familias… se esfumaron.

—¿Se esfumaron?

—Se esfumaron. Desaparecieron. No quedó de ellas ni un hueso para que lo picotearan las aves. Algo bajó de aquellas colinas, de la niebla que cubría la jungla, algo que sólo saben los dioses, y se los llevó a todos.

—Qué espanto.

—Aún peor —dijo Caldris—. Uno o dos buques se dieron una vuelta por el lugar después de lo que sucedió. Encontraron un buque de Esperanza de Plata que abandonaba el asentamiento a toda prisa. Al subir a él, encontraron los únicos cuerpos que quedaban de todo aquel desbarajuste. Unos pocos marineros. Todos en lo alto de los mástiles. En las mismísimas cofas —Caldris suspiró—. Se habían atado a ellas para escapar de algo que habían visto… y allí se mataron con sus propias armas. Fuera lo que fuese, prefirieron quitarse la vida antes que enfrentarse a lo que iba a por ellos.

»Y ahora, maese Kosta, no olvide estas palabras —Caldris señaló el corro de marineros relajados y bromistas que bebían y lanzaban cuchillos bajo la luz de los globos alquímicos—: Cuando uno navega por un mar donde suceden cosas tan terribles, que su buque sea lo más parecido al hogar es algo que no tiene precio.

14

—Tenemos que hablar, capitán Ravelle.

Había pasado un día. El aire aún estaba cálido y el sol hacía sentir su poder cuando no se ocultaba entre las nubes, pero la mar estaba picada y el viento soplaba cada vez con más intensidad. El *Mensajero Rojo* no tenía la suficiente masa para

cortar las turbulentas olas sin estremecerse, de suerte que el puente que pisaba Locke cada vez le parecía menos cómodo.

Jabril (que acababa de recuperarse de la estrecha amistad hecha el día anterior con una botella de vino) y una pareja de marineros mayores se acababan de acercar a Locke cuando éste se encontraba en la barandilla de estribor a últimas horas de la tarde. Locke recordó que los dos marineros mayores se encontraban entre los que no eran aptos para trabajar; varios días de descanso y raciones más grandes de comida les habían sentado bien. Debido a las malas condiciones físicas de la tripulación, Locke acababa de autorizar raciones extra de comida, medida que había sido bien recibida.

—¿Qué necesita, Jabril?

—Gatos, capitán.

Locke sintió que el estómago se le desplomaba. Con un esfuerzo heroico, intentó parecer simplemente sorprendido.

—¿Qué pasa con ellos?

—Hemos bajado al puente inferior —dijo uno de los marineros mayores—, sobre todo para dormir. Y allí no hemos visto gatos. Por lo general, esos animalitos merodean por él, emboscándose e intentando enroscarse a nuestro lado.

—He estado preguntando —dijo Jabril— y nadie ha visto ninguno. Ni en el puente inferior, ni aquí, ni en la sentina. Ni siquiera en los pantoques. ¿No los guardará usted en su cabina?

—No —dijo Locke, viendo con perfecta claridad la imagen de ocho gatos (incluida la gatita de Caldris) repantigados de contento. Pero dentro de la pequeña armería vacía que se encontraba más arriba de la bahía privada dispuesta para ellos en la dársena de la Espada. Ocho gatos que se peleaban y jugueteaban entre cuencos de leche y platos de pollo frío.

Ocho gatos que, indudablemente, aún seguían en aquella caseta, donde se los había dejado olvidados la noche del afortunado asalto a la Roca de Barlovento. A cinco días y setecientas millas más atrás.

—Gatitos —dijo enseguida—. Tengo una manada de gatitos en el barco, Jabril. Supuse que al darle un nuevo nombre al buque tendría que proveerle de nuevos gatos. Pero son muy vergonzosos… no he vuelto a verlos desde que yo mismo los dejé en el puente inferior. Espero que se acostumbren pronto a nosotros. Seguro que no tardamos en verlos.

—Sí, señor —Locke se sorprendió al ver la cara de alivio que ponían aquellos hombres—. Es una buena noticia. Ya es una cosa bastante mala no tener ninguna mujer hasta llegar a las Islas del Viento Fantasma; estar sin gatos sería algo terrible.

—Y no podríamos tolerar esa ofensa —susurró uno de los marineros mayores.

—Les pondremos un poco de comida por la noche —dijo Jabril—. Y los

buscaremos por los puentes. Ya le avisaremos cuando veamos alguno.

El mareo producido por el mar no tuvo nada que ver con las ganas de salir corriendo hasta la borda para vomitar que le entraron en cuanto se fueron los marineros.

15

Al atardecer del quinto día que llevaban fuera de Tal Verrar, Caldris se sentó en la cabina de Locke para mantener con él una conversación a puerta cerrada.

—Lo estamos haciendo bien —dijo el maestro de las velas, aunque Locke podía ver unas ojeras enormes debajo de sus párpados. Aquel hombre mayor apenas había dormido cuatro horas diarias desde que habían salido a mar abierto para evitar que Locke y Jean llevaran por sí solos la rueda del timón. Finalmente había acabado por entrenar a un hombre muy responsable para que fuera su segundo, un hombre llamado Mazucca el Calvo, que desconocía casi todo y al que apenas Caldris podía dedicarle un poco de tiempo diario, teniendo su atención tan repartida.

Siguieron hablando de lo bien que se comportaba la tripulación, lo cual venía a ser una bendición. Los hombres aún seguían aceptando con gran entusiasmo cualquier tarea que se les encomendase, contentos por haber salido de la cárcel. Habían descubierto a un carpintero medianamente aceptable y a un maestro de las velas bastante bueno, y uno de los amigos de Jabril había sido elegido intendente por unanimidad, el cual habría de encargarse de contar y repartir los productos del saqueo en cuanto éste se produjera. Los enfermos estaban mejorando muy deprisa, y algunos de ellos incluso se habían apuntado a las guardias. Finalmente, los hombres ya habían dejado de mirar con nerviosismo la estela del buque para descubrir cualquier asomo de persecución que pudieran sufrir. Era como si pensaran que se habían librado de la justicia de Stragos… y que ninguno de ellos volvería a sufrirla nunca más.

—Todo esto se lo debemos a usted —dijo Locke mientras le daba a Caldris una palmadita en el hombro. No había querido pensar deliberadamente en la tensión que el viaje podía causar a aquel hombre mayor. Mazucca tenía que aprender más deprisa, porque tanto él como Jean podrían precisar cualquier ayuda que pudiera darles, aunque no fuera tan buena como la de Caldris—. Aunque las aguas hubieran sido tan tersas como el cristal, y el viento como una suave brisa, bien saben los diablos que no lo hubiéramos conseguido sin usted.

—Creo que se avecina mal tiempo —dijo Caldris—. Un mal tiempo que nos pondrá a prueba. A finales del verano, como le dije, hace un viento tan fuerte que puede hacerte correr medio mundo. Podemos pasarnos varios días sin velas, vomitando hasta que no quede ni un sitio seco en las bodegas —el maestro de las velas suspiró y miró a Locke de una manera muy rara—. Y hablando de las bodegas,

hace unos días escuché una cosa de lo más desagradable.

—¿Oh? —Locke intentaba parecer despreocupado.

—Nadie ha visto un solo gato en ninguna de las cubiertas. Ninguno ha subido desde donde estén para tomar cerveza, leche, huevos o carne —la sospecha se insinuó en el ceño que acababa de fruncir—. Esos gatos que siguen ahí abajo… ¿están bien?

—Ah —la simpatía que antes había sentido por Caldris le pesaba como una losa en el corazón. Por una vez no podía mentir, así que se masajeó los ojos con los dedos cuando dijo—: Ah, no. Los gatos están vivitos y coleando en la caseta de la dársena de la Espada donde los dejé. Lo siento.

—Es una maldita broma —dijo Caldris con voz desmayada—. Vamos, no me gaste ese tipo de bromas.

—No bromeo —Locke extendió las manos y se encogió de hombros—. Sé que me dijo que era importante. Sólo que… aquella noche tenía muchas cosas en qué pensar. De veras que pensaba traerlos.

—*¿Importante?* ¿Le dije que era *importante?* Le dije que era algo muy jodido, algo de vida o muerte, ¡eso es lo que le dije! —Caldris bajó la voz hasta convertirla en un susurro, pero era tan fuerte como el sonido del agua al hervir sobre brasas ardientes. Locke hizo una mueca—. Usted ha puesto en peligro nuestras *almas*, maese Kosta, nuestras malditas almas. No tenemos mujeres ni gatos ni un *capitán* de verdad, y, como le dije, nos persigue el mal tiempo.

—De veras que lo siento.

—Claro, de veras que lo siente. Fui un idiota al dejar que un marinero de agua dulce se encargara de los gatos. ¡Tenía que haberles encargado a los gatos que me trajeran a un marinero de agua dulce! ¡Seguro que no me habrían decepcionado!

—Vamos, seguro que cuando lleguemos a Puerto Pródigo…

—Eso de «cuando» es una presunción de lo más audaz, Leocanto, pues mucho antes la tripulación ya habrá comprendido que nuestros gatos no son vergonzosos sino *imaginarios*. Y si creen que los gatos han muerto, asumirán que estamos malditos y abandonarán la nave en cuanto toquemos tierra. Pero si la ausencia de cuerpecillos malolientes les lleva a deducir que su jodido capitán no tenía *ninguno* a bordo, entonces le colgarán de una verga.

—Uh.

—¿Cree que se trata de una broma? Se *amotinarán*. Si vemos cualquier vela en el horizonte, por donde sea, tendremos que perseguirla. Tendremos que entrar en combate. ¿Y sabe por qué? *Pues para hacernos con algunos de sus puñeteros gatos*. Antes de que sea demasiado tarde.

Caldris suspiró antes de proseguir, y entonces fue como si acabaran de caerle diez años encima.

—Si se nos está acercando una típica tormenta de finales del verano —prosiguió

Caldris—, se moverá hacia el norte y el oeste más deprisa que lo que nos permiten nuestras velas. Tendremos que atravesarla, pues no podremos evitarla yendo hacia el este. Acabaría por cogernos cuando estuviéramos cansados. Yo haré lo que mejor pueda, mientras usted se queda rezando en su cabina toda la noche para que suceda un milagro.

—¿Qué milagro?

—Que los gatos lluevan del maldito cielo.

16

Es evidente que aquella noche no cayó ninguna lluvia de felinos maulladores. Más aún, cuando a la mañana siguiente Locke apareció en el alcázar, una calina bastante desagradable, por el color gris un tanto espectral que la dominaba, cubría el horizonte meridional como la sombra de algún dios airado. El brillante medallón del sol que ascendía por el claro cielo sólo servía para conseguir que por contraste pareciera más siniestra. La escora de la cubierta hacia estribor era tan pronunciada que caminar hacia babor era como subir por una pequeña colina. Las olas chocaban contra el casco y se convertían en vapor, llenando el aire con los relentes y el sabor a sal.

Jean enseñaba a un pequeño grupo de marineros el uso de la espada y la alabarda; Locke asintió con la cabeza, como si acabara de observar los progresos que hacían y los aprobase. Recorrió la cubierta del *Mensajero Rojo* saludando a los marineros por su nombre e intentando ignorar las penetrantes miradas que Caldris debía de estar dirigiéndole, tan ardientes que podían perforar la parte trasera de su camisa.

—Buenos días, capitán —musitó el maestro de las velas cuando Locke se acercó a la rueda del timón. Bajo la brillante luz del sol, Cauldris parecía un gul[1]: su cabellera y barba se habían vuelto más blancas y todas las arrugas de su rostro parecían modeladas de nuevo, como si algún dios lo hubiera reclamado para sí.

—¿Durmió bien la pasada noche, señor Caldris?

—Me sentí curiosamente incapacitado para conseguirlo, capitán.

—Debería descansar un poco.

—Sí, y seguro que también va a sugerirme que el buque se suba encima de las olas.

Locke suspiró, miró hacia la proa y estudió el cielo meridional que se iba oscureciendo.

—Una tormenta de finales del verano, o eso me parece. En mis tiempos tuve que aguantar demasiadas —dijo en voz alta, para que todos lo oyeran.

Después del mediodía, Locke comenzó a hacer recuento de las vituallas que había en la bodega de carga, con Mal que le hacía de amanuense. Ambos recorrieron a trompicones el bosque de sacos tratados que contenían comida en salazón y que

colgaban de las vigas del techo, oscilando muy deprisa a medida que lo hacía el buque. La bodega apestaba bastante a causa de la constante ocupación a que la sometía la tripulación; los que habían decidido dormir en un espacio más abierto y se habían ido al castillo de proa, no habían tardado en regresar ante el mal tiempo que se avecinaba. Locke estaba seguro de haber olido a orines; alguien, muy vago o demasiado asustado para atreverse a salir a la intemperie, no había utilizado las barandillas de alivio. Aquello no pintaba bien.

A las cuatro de la tarde todo el cielo era una catarata de calina gris. Caldris, apoyado contra el mástil para aprovechar un breve descanso mientras Mazucca el Calvo y otro marinero se encargaban del timón, ordenó que reorientaran las velas y que pusieran a los faroles sus sujeciones para la tormenta que se avecinaba. Jean y Jabril enviaron varios equipos a las cubiertas inferiores para comprobar que la carga y el equipo estaban debidamente asegurados. Si cualquier armario de las armas se abría de repente o cualquier barril echaba a rodar, varios marineros irían al encuentro de los dioses.

Después de la cena, y debido a que Caldris no dejaba de insistir, Locke ordenó a los marinos que bajaban a fumar a donde se guardaba el tabaco, que se abstuvieran de hacerlo hasta nuevas órdenes. Nadie podría encender ningún fuego; las linternas alquímicas darían toda la luz necesaria, y todo el mundo tendría que usar la piedra alquímica del hogar o (mucho mejor) comer en frío. Locke prometió media ración extra de vino por la noche si era necesario.

Una oscuridad prematura cubría todo el cielo cuando Locke y Jean se sentaron en su cabina de popa para tomarse tranquilamente un trago. Cuando Locke echó las cortinillas de las ventanas, el compartimiento pareció más pequeño que nunca. Locke miró el dudoso acomodo que ofrecía el símbolo de la autoridad de Ravelle: una hamaca almohadillada que se apoyaba en el mamparo de babor, un par de taburetes, su espada y sus cuchillos sujetos en la pared con unas grapas a prueba de tormentas. Su «mesa» era una tabla de madera lisa apoyada encima de su cofre. Aunque pareciera bastante triste, era algo principesco si se comparaba con esa especie de armarios venidos a más que ocupaban Jean y Caldris, o con las mercancías y el cañamazo que los hombres de la tripulación echaban en las cubiertas para dormir encima.

—Lamento lo de los gatos —dijo Locke.

—Yo también tendría que haberme acordado de ellos —dijo Jean. Y quedó sobreentendido que, si no se había acordado de ellos, era porque confiaba demasiado en Locke. Y aunque Jean intentó ser educado, la culpa retorció aún más el estómago de Locke.

—No debes compartir mis responsabilidades —dijo Locke, tomando un trago de cerveza negra—, yo soy el capitán de este maldito barco.

—No te des tantos aires de grandeza —Jean se rascó la barriga, que había perdido gran parte de su dramática curvatura a causa de su reciente actividad—. Ya pensaremos en algo. Diablos, si nos tiramos unos cuantos días intentando salir de una tormenta, los hombres sólo tendrán tiempo para pensar cuánto falta para dejar de mearse en los calzones.

—Hmmm. La tormenta. Buena oportunidad para que uno de nosotros se equivoque y dé un paso en falso delante de los hombres. Peor para mí que para ti.

—Abandona tu melancolía —dijo Jean, apretando los dientes—. Caldris sabe lo que hace. Ya verás cómo nos saca de ésta.

Entonces sonó un fuerte impacto en la puerta de la cabina. Locke y Jean saltaron al unísono de sus taburetes, y Locke corrió a coger sus armas.

—¿Qué sucede? —exclamó Jean.

—Kosta —dijo una voz muy débil que fue seguida por una especie de roce, como si alguien intentara abrir el picaporte y no lo consiguiera.

Jean abrió la puerta cuando Locke acababa de abrocharse el cinto del que colgaba su espada. Caldris se encontraba abajo del toldo de la lumbrera, agarrándose al marco para no caerse, pues los pies no le respondían. La luz ambarina de la cabina de Locke reveló otros detalles inquietantes: Caldris tenía los ojos en blanco, pero inyectados en sangre, su boca pendía inerte y su piel como de cera estaba perlada de sudor.

—Ayúdeme, Kosta —susurró, resollando de una manera que daba pena.

Jean le agarró y le puso de pie.

—¡Maldición! —murmuró—. No se trata de cansancio, Leo… capitán. ¡Necesita urgentemente un físico!

—Ayúdeme… Kosta —decía entre gemidos el maestro de las velas. Se agarró el hombro izquierdo con la mano derecha y después la parte izquierda del pecho. Cerró con fuerza los ojos e hizo una mueca de dolor.

—¿Cómo puedo ayudarle? —Locke pasó una mano por debajo de la barbilla de Caldris; aquel hombre tenía el pulso muy rápido e irregular—. ¿Cómo quiere que le ayude?

—No —Caldris intentó concentrarse y boqueó profundamente a cada palabra que decía—. ¡*Ayúdeme*… Kosta!

—Ponle en la mesa —dijo Locke—. ¿Será el veneno? Yo no siento nada raro.

—Ni yo —dijo Jean—. Creo… creo que acaba de tener un infarto. Ya lo había visto en otras ocasiones. Mierda. Si conseguimos que se tranquilice, quizá podamos hacer que beba algo…

Pero Caldris gimió de nuevo, se apretó la parte izquierda del pecho con ambas manos casi sin fuerza, y se estremeció. Sus manos pendieron inertes. Una larga exhalación ahogada se escapó de su garganta mientras Locke, cada vez más asustado, le masajeaba la base del cuello con ambas manos.

—No tiene pulso —susurró.

Un suave repiqueteo en el techo de la cabina, suave al principio y después cada vez más rápido, les anunció que las primeras gotas de lluvia habían comenzado a caer sobre el barco. Los ojos de Caldris, que miraban inmóviles el techo, estaban tan vidriosos como el cristal.

—Oh, *mierda* —dijo Jean.

LIBRO II

Las cartas fuera de la manga

«Los jugadores juegan de una manera parecida a como los amantes hacen el amor y los borrachos beben… ciega e innecesariamente, dominados por una fuerza irresistible».

JACQUES-ANATOLE THIBAULT

Capítulo 8

El final del verano

1

Agua oscura cruzando la proa, agua a los lados, agua en el aire, todo cayendo como si fueran balas de plomo en el capote encerado de Locke. Era como si la lluvia llegara primero de un sitio y luego de otro, como si no le gustara caer derecha, mientras el *Mensajero Rojo* bailaba de atrás adelante en las manos grises de la galerna.

—¡Señor Valora! —Locke se agarraba a las cuerdas de seguridad atadas al mástil principal (que rodeaban la cubierta) y voceaba por la escotilla del puente de mando —. ¿Cuánta agua hay en la sentina?

La respuesta de Jean le llegó poco después:

—¡Algo más de medio metro!

—¡Muy bien, señor Valora!

Locke echó un vistazo a Bazucca el Calvo, que le miraba fijamente, y reprimió una sensación de malestar. Sabía que la tripulación consideraba la súbita muerte de Caldris acaecida durante la víspera como un presagio de mal agüero: murmuraban abiertamente de mujeres y de gatos, y el punto en que se focalizaba toda su inquina no era otro que la persona de un tal Orrin Ravelle, cuya situación como capitán y salvador había comenzado a deteriorarse muy rápidamente. Locke se volvió hacia el timonel y le encontró bizqueando ante la fuerte lluvia que caía, al parecer concentrado en su trabajo.

Dos marineros enfundados en sus capotes encerados atendían la segunda rueda, detrás de Bazucca; en medio de la mar revuelta era frecuente que la rueda lograra vencer el agarrón de un solo hombre. Sus rostros parecían sombras negras por debajo de sus capuchas; no tenían nada amistoso que decirle a Locke.

El viento rugía entre las cuerdas y las vergas delanteras, donde la mayoría de las velas habían sido recogidas. Seguían siendo arrastrados hacia el sudoeste bajo la presión de las gavias muy rizadas. Tanto se inclinaron a estribor que Mazucca y sus ayudantes tuvieron que agarrar bien fuerte las ruedas del timón. El mar, que parecía que fuera a aplastarlos, les obligaba a concentrarse constantemente para mantener nivelado el buque, aunque la marejada fuese en aumento.

Un torrente de agua verde-gris cubrió los pies de Locke, haciéndole dar un respingo; se había quitado las botas para poder caminar mejor. Locke observó que

aquel rodillo de agua cruzaba la cubierta (era como el huésped al que nadie quiere y que sin embargo no deja de visitarnos una y otra vez) antes de perderse por los aliviaderos y de lamer los extremos de las lonas dispuestas para la tormenta que golpeteaban contra las escotillas. Y aunque el agua estuviera caliente, allí, a oscuras en medio del corazón de la tormenta, mientras el viento cortaba el aire como con mil cuchillos, la imaginación la convertía en fría.

—¡Capitán Ravelle!

Jabril se acercaba por la barandilla de babor, con una linterna sorda en una de sus negras manos.

—¡Creo que deberíamos haber arriado hace varias horas los malditos palos de los juanetes! —dijo a gritos.

Desde que Locke se había levantado aquella mañana, Jabril le había obsequiado con varias reprimendas y advertencias sin más. Locke miró hacia arriba, a los extremos del palo mayor y del trinquete que apenas podían verse entre los remolinos de vapor.

—Ya lo pensé, Jabril, pero no lo consideré necesario —según lo que había leído, incluso sin velas desplegadas en las vergas, los palos de los juanetes podían proporcionar la palanca no deseada a cualquier viento muy fuerte, o incluso cambiar el rumbo si el navío viraba y cabeceaba. Había estado muy atareado para acordarse de que debía arriarlos.

—¡Creo que es muy necesario, no vayan a caerse y a arrastrar consigo parte de los aparejos!

—Los arriaré en un instante, Jabril, si lo considero apropiado.

—¿Apropiado? —Jabril le miró boquiabierto—. ¿Ha perdido la maldita sesera, Ravelle? ¡Hace ya varias horas que debió arriar esos malditos bastardos; ahora nuestros hombres están atareados con otras cosas y el jodido tiempo está empeorando! ¡Maldita sea, el navío va a verse muy pronto en peligro! ¿De verdad que ya ha estado antes en esta latitud del Mar de Bronce, capitán?

—Claro que sí —Locke sudaba por dentro de su capote encerado. Si hubiera sabido que Jabril conocía tantas cosas del mar, hubiese podido encargarle que se preocupara de algunas, pero ya era tarde, y buena parte de su incompetencia estaba quedando al descubierto—. Discúlpame, Jabril. Caldris era un buen amigo. ¡Su pérdida me ha dejado un poco con el culo al aire!

—¡Muy cierto! ¡Pero si perdemos este puto barco, será algo un poquito peor que quedarnos *con el culo al aire*, señor! —Jabril se volvió y echó a andar, agarrándose de la barandilla de babor; pocos segundos después se volvió hacia Locke—. ¡Ambos sabemos que la puñetera verdad es que no hay ni un jodido gato a bordo, Ravelle!

Locke agachó la cabeza y se agarró al palo principal. Era demasiado suponer que Mazucca y los que estaban con él no lo hubieran oído. Aunque cuando los miró ni

dijeron ni dieron a entender nada, pues seguían mirando fijamente a la tormenta, como si quisieran imaginarse que no estaba allí.

2

Estar debajo de las cubiertas era una pesadilla. Al menos en la cubierta principal, uno ve mástiles y el mar en toda su plenitud, lo cual le da cierta perspectiva de lo que ocurre. Pero allí abajo, en medio de tanto aire viciado por el olor a sudor, a orina y a vómito, era como si las mismísimas paredes estremecidas se inclinaran y se movieran con una mueca maliciosa.

Varios chorros de agua caían por planchas y escotillas, a pesar de que la tripulación había hecho todo lo posible para mantenerlas estancas. La cubierta principal resonaba con el apagado aullido del viento y el sonido metálico de las bombas subía desde la sentina que se encontraba más abajo.

Aquellas bombas eran una excelente muestra de la maquinaria verrarí, capaces de achicar el agua bastante deprisa, pero necesitaban que ocho hombres las manejaran en una situación como aquélla, y eso hacía que el trabajo no pudiera mantenerse al ritmo exigido. Incluso a una tripulación con buena salud le hubiera resultado un trabajo arduo; consideraban que era un signo de mal agüero que, apenas salir de la prisión, tuvieran que vérselas con algo que les exigía el máximo de energía.

—El agua está subiendo, capitán —dijo un marinero al que Locke no pudo reconocer en la penumbra. Sacaba la cabeza por la escotilla de la sentina—. Ya alcanza un metro. Aspel dice que hemos debido de romper alguna juntura; dice que necesita un equipo de reparaciones.

Aspel era lo que más se aproximaba al carpintero de un barco.

—Lo tendrá —dijo Locke, aunque no sabía de dónde podría sacarlo. Diez hombres trabajando en cubierta, ocho en las bombas… diablos, la hora de relevarlos estaba muy cercana. Le quedaban seis o siete hombres muy débiles que sólo podían servir para hacer de lastre. Un grupo con Jean en la bodega de carga, para cerrar los barriles de agua y comida, después de que tres se hubieran abierto, quedando inservibles. Ocho que dormían malamente en aquella cubierta a menos de un metro, después de haber estado levantados toda la noche. Dos con los huesos rotos, que intentaban mitigar el dolor con una ración no permitida de vino. Su rudimentario esquema de tareas no funcionaba ante las exigencias de la tormenta, por lo que Locke luchaba para evitar que la inconfundible garra del pánico hiciera mella en él.

—Ve a la bodega de carga y busca al señor Lamora —dijo finalmente—. Dile que él y sus hombres podrán volver después de echar una mano a Aspel.

—Sí, señor.

—¡Capitán Ravelle!

Mientras el marinero desaparecía, otro grito salía de abajo, obligando a Locke a asomarse para preguntar:

—¿Qué sucede?

—¡Señor, la hora del relevo con las bombas! No podremos mantener este maldito ritmo para siempre. Necesitamos un relevo. ¡Y comida!

—Tendréis ambas cosas —dijo Locke—, pero dentro de diez minutos —aunque, al igual que antes, no sabía cómo. Todos aquellos en los que pensaba estaban enfermos, heridos, agotados o comprometidos en otra tarea. Se volvió para subir a cubierta. Podía intercambiar los que hacían la guardia de cubierta con los que estaban en las bombas; aunque aquello no le haría gracia a ninguno de los que formaban ambos grupos, al menos serviría para que el buque lograra evitar el desastre durante unas pocas horas más, lo cual representaba un tiempo precioso.

3

—¿Qué quieres decir con eso de que no has dado la vuelta a las ampolletas?

—Capitán Ravelle, señor, le pido doblemente perdón, pero es que no hemos tenido tiempo de darle la vuelta a las ampolletas ni de pensar en la bitácora desde… diablos, no sé ni cuando. Mucho tiempo.

Mazucca el Calvo y su compañero daban la impresión de agarrar la rueda para salvar su vida antes que para guiar el buque. Dos equipos de dos hombres atendían las ruedas; el aire era un frenesí de vientos que aullaban y de lluvia que caía. El mar, con olas de más de siete metros, golpeaba el casco una y otra vez, dejando la cubierta de color blanco y llegando hasta los tobillos de Locke. Finalmente tuvieron que abandonar el rumbo sur que habían mantenido y fueron empujados hacia el este, siguiendo el recorrido de una tormenta lejana. Se deslizaban rápidamente a través de olas que eran tan grandes como casas.

El relámpago de luz amarilla que pasó rápidamente por la visión periférica de Locke se debía a una linterna sorda que acababa de soltarse y desaparecer por una de las bordas; seguro que sería una curiosidad para los peces que se encontraban más abajo.

Locke tuvo que hacer un gran esfuerzo para acercarse hasta la bitácora y leer las páginas empapadas de su cuaderno; la última anotación, escrita apresuradamente, decía así:

HORA 3ª DE LA TARDE 7 FESTAL 78 MORGANTE S/SO 8 NDS.

POR FAVOR, QUE IONO PERDONE A ESTAS ALMAS.

Locke no pudo recordar la última vez que había sentido que realmente fueran las tres

de la tarde. Si la tormenta había logrado que en las primeras horas de la tarde todo estuviera tan oscuro como boca de tiburón, el restallido de los relámpagos confería una iluminación irreal a las que debían de ser las últimas horas del día. Todo era tan impreciso en el tiempo como lo era en el espacio.

—Al menos sabemos que estamos en algún lugar del Mar de Bronce —exclamó para sobreponerse al ruido de los elementos—. Dentro de poco habremos atravesado esta confusión y entonces haré algunos avistamientos para calcular nuestra latitud.

Como si eso fuera tan fácil de hacer como de decir. El miedo y la fatiga habían embotado los sentidos de Locke; desde que se había tomado la última comida fría encima de la barandilla de popa (sólo los dioses sabían cuando, quizá hacía varias horas), el mundo era gris y daba vueltas en todas las direcciones. Si un mago de Karthain se le hubiera aparecido en el puente en aquel preciso momento para ofrecerse a llevar mágicamente el buque a buen puerto, Locke le hubiera besado las botas.

Se escuchó un sonido espantoso cerca de la proa: algo que explotaba, seguido por el silbido de un cable que acababa de partirse y que azotaba el aire. Segundos después llegaba un ruido más fuerte de algo que se estrellaba, y después un *snap-snap-snap* parecido al sonido del látigo al morder la carne.

—Se ha debido de romper algún aparejo —la voz de Jabril llegaba de algún lugar situado hacia delante; Locke y el buque se tambalearon como un solo hombre al recibir otra ola demoledora. Locke salvó la vida al hecho de resbalarse. Una sombra pasó siseando por encima de su hombro izquierdo en el preciso momento en que se resbalaba en el suelo del puente que acababa de llenarse de agua. Escuchó el sonido que hacía algo al romperse, gritos y una negrura súbita cuando un material flexible y suave le rodeó como un sudario.

¡El velamen! Locke se debatió para liberarse. Unas fuertes manos le agarraron por los antebrazos y tiraron de él hasta que pudo ponerse de pie. Eran de Jean, que había llegado hasta allí agarrándose a la barandilla de estribor del alcázar. Locke estaba un metro a la derecha de la posición que ocupaba antes de la caída. Murmurando unas palabras de gratitud, se volvió para ver lo que había estado temiendo.

El palo principal de los juanetes se había partido. Sus estays debían de haber cedido a causa de alguna racha de viento o de las condiciones generales del buque. Había caído hacia delante y hacia abajo, soltando vela mientras caía, antes de que una confusión de aparejos enmarañados lo lanzara como un péndulo justo encima del puente. Tapaba las ruedas del timón; a los cuatro hombres que antes habían estado ante ellas no se les veía por ninguna parte. Locke y Jean se movieron al unísono, luchando con velas mojadas y sogas partidas, mientras otros restos más pequeños seguían cayéndoles encima. Locke sintió que el buque se movía bajo él como si estuviera enfermo. Había que levantar las ruedas y enderezar el timón cuanto antes.

—¡Todas las manos! —Locke gritaba con toda la convicción que le era posible— ¡Todas las manos al puente! ¡Todas las manos para salvar al buque!

Jean tiró del caído palo de juanetes, apoyándose contra el palo principal, y dejó escapar un aullido de agotamiento. Al caerse el maderamen y las velas, habían aplastado lo que se encontraba en el puente. Algunas de las manijas de las dos ruedas estaban hechas astillas, pero las propias ruedas seguían básicamente intactas. En ese momento, Locke descubría a Mazucca el Calvo, que se arrastraba lentamente a sus pies; uno de sus hombres yacía en el puente con la cabeza completamente aplastada.

—¡Empuñad la rueda! —exclamó Locke mientras miraba a su alrededor para ver si podía conseguir que alguien le ayudara—. ¡Empuñad la maldita rueda! —y entonces vio que Jabril estaba a su lado, enmarañado en los restos del accidente.

—¡Capitán! —Jabril le gritaba en la cara—. ¡Vamos a volcar!

Bien, pensó Locke, *al menos sé lo que eso significa*. Empujó a Jabril hacia las ruedas y agarró una de ellas, junto con Jean.

—Timón a babor —Locke tosió, esperando que saliera bien. Gimiendo por el esfuerzo, él y Jean intentaron mantener la rueda en la dirección correcta. El *Mensajero Rojo* salía del sotavento en ángulo para cortar las olas; en el momento en que las tomara de costado, todo se habría perdido. Una ola oscura de un tamaño imposible surgió por encima de la barandilla de estribor y los empapó a todos, como si fuera un adelanto de lo que les esperaba si fracasaban.

Pero la resistencia de la rueda disminuyó cuando Jabril se unió a ellos; segundos después apareció Mazucca junto a él y Locke sintió cómo, centímetro a centímetro, el timón del buque giraba a babor, hasta que la proa volvía a cortar las olas como un cuchillo. Habían ganado el tiempo suficiente para contemplar el desastre que el mástil acababa de causar en los aparejos.

La tripulación comenzó a salir por las escotillas, formas inhumanas bajo la oscilante luz de los faroles alquímicos. Los relámpagos desollaban la oscuridad que se cernía sobre sus cabezas. Las órdenes brotaron de las gargantas de Locke, de Jean y de Jabril, que ya se desentendía de la cadena de mando. Los minutos se convirtieron en horas, y las horas fueron como días. Todos lucharon juntos en la eternidad de un caos gris, helados, exhaustos y aterrorizados, contra los vientos que gritaban por encima de ellos y contra las aguas que los golpeaban por debajo como martillos.

4

—Un metro de agua en la sentina y manteniéndose, capitán.

Aspel entregaba aquel informe con una venda que le cubría la cabeza; la había hecho con la manga arrancada a toda prisa de una casaca.

—Muy bien —dijo Locke, apoyándose en el palo mayor como solía hacer

Caldris. Todos sus músculos y articulaciones acusaban el cansancio; se sentía como si fuera una muñeca andrajosa llena de cristales rotos, y estaba calado hasta los huesos. Pero los demás supervivientes del *Mensajero Rojo* estaban igual que él. Como Cadenas había dicho en cierta ocasión, sentirte como si quisieras desesperadamente morirte era buena prueba de que ya lo habías intentado.

La tormenta de finales del verano se había convertido en una línea de negrura que comenzaba a desaparecer por el horizonte noroeste después de haber descargado sobre ellos pocas horas antes. Las olas habían bajado a un metro y los cielos seguían con el mismo color gris que las cenizas, pero aquello era la bonanza que sigue a la tempestad. La fúnebre luz que se filtraba desde lo alto le confirmaba a Locke que de alguna manera todos estaban viviendo el día de después.

Observaba los escombros caídos en la cubierta: cuerdas y otros restos de la arboladura se mezclaban por doquier. Trozos de vela que se agitaban al viento y marineros que tropezaban con los aparejos, lanzando palabrotas mientras caminaban. Era una tripulación de espectros, macilentos y agotados por la fatiga. Jean trabajaba en el alcázar para prepararles la primera comida caliente desde hacía mucho tiempo.

—Condenación —murmuró Locke. No se habían librado de pagar un alto precio: tres barridos por la borda; cuatro heridos graves; dos muertos, contando a Caldris. Mirlon, el cocinero, se encontraba en el timón cuando el palo de los juanetes había caído encima de él como si fuera alguna lanza enviada por los dioses y le había aplastado el cráneo.

—No, capitán —dijo Jabril, que se encontraba detrás de él—, si podemos rendirles los servicios apropiados.

—¿Cómo dices? —Locke se volvió, confuso… y entonces comprendió lo que el otro quería decirle—. Ah, claro.

—A los caídos, capitán —dijo Jabril como si estuviera hablando con un niño—. Pues los caídos merodearán por las cubiertas hasta que no les otorguemos el adiós que se merecen.

—Tienes razón —dijo Locke—. Dispón los preparativos pertinentes.

Caldris y Mirlon descansaban en el puerto de embarque de babor, envueltos con velas. Pálidos paquetes atados con sogas alquitranadas que aguardaban su viaje final. Locke y Jabril se arrodillaron a su lado.

—Diga las palabras, Ravelle —musitó Jabril—. Supondrán mucho para ellos. Devuelva sus almas al seno del Padre Que Trae la Tormenta y déles la paz.

Locke se quedó mirando a los dos cadáveres envueltos de aquella guisa y sintió una nueva punzada en el corazón. A punto de desmayarse de fatiga y de vergüenza, se sostuvo la cabeza entre las manos y pensó deprisa.

Según la tradición, los capitanes de barco podían ser nombrados sacerdotes de Iono en cualquiera de los templos del Señor de las Aguas Codiciosas con un mínimo

de conocimientos al respecto. En la mar podían rezar para implorar su ayuda, realizar matrimonios e incluso bendecir a los muertos. Aunque Locke conociera algunos de los rituales practicados en los templos de Iono, no había sido consagrado a su servicio. Era un sacerdote del Guardián Avieso y se encontraba en la mar, a miles de millas dentro de los dominios de Iono, a bordo de un buque que estaba prácticamente condenado por haber seguido sus órdenes… ninguno de los poderes del cielo y del infierno podían otorgar a Locke la potestad de enviar a aquellos hombres al seno de Iono. Si quería salvar sus almas, sólo podría invocar el único poder que le había sido conferido.

—Guardián Avieso, Decimotercero Sin Nombre, tu siervo te llama. Posa tu mirada en el hombre que se dispone a realizar este tránsito, Caldris bal Comar, siervo de Iono, quien, por haber jurado bajo la bandera roja que robaría, se merece compartir contigo un rincón de tu reino…

—¿Qué está *haciendo?* —dijo Jabril entre dientes mientras le agarraba a Locke por el brazo. Locke le empujó hacia atrás.

—Lo único que puedo hacer —dijo Locke—. La única bendición decente que puedo darles a estos hombres, ¿no lo comprendes? No me jodas y quédate quieto —se acercó para tocar el cadáver de Caldris—. Entregamos este hombre, en cuerpo y en espíritu, al dominio de tu hermano Iono, poderoso dios de la mar —Locke añadió una pequeña improvisación que no desentonaba con aquello de lo que estaba tratando—. Dale tu ayuda. Y lleva su alma hasta Aquella que nos pesa a todos. Te lo pedimos con nuestros corazones llenos de esperanza.

Locke hizo una señal a Jabril para que le ayudara. Aquel hombre tan musculoso guardó silencio mientras ambos levantaban juntos el cadáver de Caldris y lo lanzaban por el puerto de carga. Antes de escuchar el ruido que hacía al caer al agua, Locke se inclinó sobre el otro cadáver envuelto con velas.

—Guardián Avieso, Que Velas Por los Ladrones, tu siervo te llama. Posa tu mirada en el hombre que se dispone a realizar este tránsito, Mirlon, siervo de Iono, quien, por haber jurado bajo la bandera roja que robaría, se merece compartir contigo un rincón de tu reino…

5

El motín tuvo lugar a la mañana siguiente, mientras Locke dormía en su hamaca sin enterarse de nada, aún vestido con las ropas mojadas que había llevado durante la tormenta.

Le despertó el ruido que hacía alguien que aporreaba su puerta y que quería echar abajo el cerrojo. Con los ojos pegados por las legañas y sobresaltado por la confusión, estuvo a punto de caerse de la hamaca y tuvo que pisar encima del cofre

para levantarse.

—Ármate —dijo Jean, que acababa de entrar por la puerta con ambas hachas en las manos—. Tenemos problemas.

Aquello consiguió que Locke se despertara del todo. Se puso al cinto la espada a toda prisa mientras observaba con satisfacción que las gruesas cortinillas de los ventanales seguían echadas. La luz intentaba entrar por las rendijas, ¿ya sería de día? Dioses, había dormido de un tirón toda la noche.

—¿Se trata quizá de que, ah, algunos hombres están descontentos conmigo?

—No, más bien de que *todos* lo están.

—Seguro que están más descontentos conmigo que contigo. Aún podrías ponerte a su lado; podrías decir que te engañé tanto como a ellos. Entrégame. Aún podrás seguir con el montaje y conseguir el antídoto de Stragos.

—¿Te has vuelto *loco?* —Jean miró a Locke sin apartarse de la puerta.

—Eres un tipo extraño, hermano —Locke contemplaba su sable de oficial verrarí con desagrado; en sus manos seguiría siendo el mismo objeto de utilería que lo era metido en su vaina—. Antes querías castigarte por algo de lo que no tenías culpa y ahora no quieres que te saque del lío en el que te he metido.

—¿Quién coños te crees que eres para darme lecciones, Locke? Primero insistes en que me quede contigo a pesar del auténtico peligro que represento para ti, y ¿ahora me pides que te traicione para salir bien parado? Que te jodan. Eres como una jarra de cerveza de medio litro llena con cinco litros de locura.

—Eso se aplica tanto a mí como a ti, Jean —Locke sonrió a su pesar; volver a enfrentarse a los peligros que se había buscado era algo refrescante si se comparaba con el mal gratuito que suponía la tormenta—. Aunque tú antes eres una garrafa que una jarra. Sabía que no te lo tragarías.

—Me conoces demasiado bien.

—Me gustaría ver la cara que hubiera puesto Stragos cuando le hubiéramos hecho todo lo que dijimos que le íbamos a hacer —dijo Locke—. Y me gustaría saber qué pasará cuando llegue el momento crucial.

—Bueno —dijo Jean—, pues ya que estamos hablando de deseos, a mí me hubiera gustado tener un millón de solari y un loro que hablase el idioma de la Casa de Therin. Oye, me parece que no se deciden a venir, ¿escuchas lo que te digo?

—Quizá sea porque esos tipos que forman parte del plan de Stragos aún se encuentran muy jodidos.

—Vamos, Locke —Jean suspiró y su voz se hizo menos ruda—, quizá antes quieran hablar. Y si lo que quieren es hablar contigo, aún tendremos una posibilidad, siempre, claro, que no hayas perdido tu agudeza.

—Sin lugar a dudas, eres la única persona de este barco que aún muestra alguna confianza por todo lo que hago —dijo Locke, suspirando.

—¡RAVELLE! —el grito provenía del otro lado de la puerta.

—Jean, ¿no te habrás cargado a alguno de ellos?

—No, aún no.

—¡RAVELLE, SÉ QUE ESTÁS AHÍ Y QUE PUEDES OÍRME!

Locke se acercó a la puerta y exclamó:

—¡Magníficamente bien, Jabril! Ya veo que me has seguido la pista hasta la cabina donde he pasado toda la noche durmiendo de un tirón. ¿Qué quieres decirme?

—Nos hemos hecho con todos los arcos, Ravelle.

—Muy bien —repuso Locke—. Entonces es que habéis saqueado los armeros. Suponía que no tardaríamos de disfrutar de uno de esos motines en el que todos bailan, o, si no, de esos otros en los que la gente canta y juega a las cartas, ¿qué te parece?

—¡Ravelle, aún quedamos treinta dos! Los dos estáis metidos ahí dentro, sin comida ni agua… el buque es nuestro. ¿Cuánto tiempo crees que resistiréis?

—Es un sitio agradable —dijo Locke—. Tenemos una hamaca, una mesa, una agradable vista desde la ventana de popa… una gruesa puerta entre nosotros y vosotros…

—Que podemos echar abajo en cualquier momento, y lo sabes —Jabril bajó la voz; el crujido de las escaleras le informó a Locke de que acababa de llegar al otro lado de la puerta—. Tienes mucha labia, Ravelle, pero de nada te servirá contra diez arcos y veinte espadas.

—No estoy solo aquí dentro, Jabril.

—Ya lo sé. Y créeme, a ninguno de nosotros nos gustaría enfrentarnos con el señor Valora, ni siquiera en una proporción de uno a cuatro. Pero nuestras probabilidades han mejorado; como te decía, tenemos todos los arcos. Si queréis enfrentaros a nosotros, haremos lo que haya que hacer.

Locke se mordió la mejilla por dentro mientras pensaba.

—Me jurasteis lealtad, Jabril. ¡Me jurasteis lealtad como capitán! Y después os devolví la *vida* que os habían arrebatado.

—Sí, lo juramos, y queríamos cumplir el juramento, pero no eres lo que dijiste ser. No eres un oficial naval. Caldris sí que lo era, que los dioses le concedan el descanso eterno, pero yo no sé quién coños eres. Al engañarnos, ese juramento quedó sin efecto.

—Ya entiendo —Locke sopesó la situación, chasqueó los dedos y añadió—: ¿Habríais mantenido el juramento si yo hubiera sido… lo que decía ser?

—Sí, Ravelle. Lo hubiéramos cumplido a rajatabla.

—Te creo —dijo Locke—. No creo que tú, Jabril, seas un perjuro, así que voy a hacerte una proposición. Jerome y yo vamos a salir tranquilamente de la cabina. Subiremos al puente y hablaremos. Estaremos complacidos de escuchar vuestras

quejas, de la primera a la última. Y no empuñaremos arma alguna siempre que nos jures que no nos pasará nada. Un salvoconducto para llegar al puente y para hablar libremente. Los dos.

—Nada de eso de «escuchar nuestras quejas». Sólo queremos deciros lo que pasa.

—Lo que tú digas —dijo Locke—, llámalo como quieras. Dame tu palabra de que podremos salir a salvo por esta puerta, y saldremos.

Locke esperó varios segundos para escuchar la respuesta. Finalmente le llegaba la voz de Jabril:

—Salid sin empuñar las armas, y no hagáis movimientos extraños, sobre todo Valora. Hacedlo así y yo os juro por los dioses que llegaréis sanos y salvos al puente. Y allí hablaremos.

—Bien —susurró Jean—, ya es bastante, dada nuestra situación.

—Sí. Aunque quizá sólo suponga la posibilidad de morir a la luz del día y no en la penumbra —pensó cambiarse de ropa antes de subir al puente, pero decidió que no —. Qué diablos. ¡Jabril!

—¿Sí?

—Vamos a abrir la puerta.

6

El mundo que se contemplaba desde el puente estaba dominado por un espléndido cielo azul y una luz radiante; un mundo que Locke desconocía a causa de lo sucedido los días anteriores. Y le agradó muchísimo, aunque Jabril les condujera hacia el combés bajo la mirada de treinta hombres con espadas desenvainadas y arcos que les apuntaban con sus flechas. Aunque el horizonte estuviera cubierto por unas líneas blancas de espuma, las olas chocaban indolentes contra el *Mensajero Rojo*, y la brisa era una delicia cálida al rozar la piel de Locke.

—Maldición —susurró— hemos vuelto al verano.

—Es evidente que conseguimos mantener rumbo sur a pesar de la tormenta —dijo Jean—. Hemos debido de dejar atrás el primer paralelo. Latitud cero.

El buque seguía siendo un desastre; Locke observó por todas partes remiendos y reparaciones para salir del paso. Mazucca, que era el único en encontrarse desarmado, empuñaba la rueda con parsimonia. El buque avanzaba sólo con la gavia principal. Si querían que el palo mayor pudiera soportar una vela en condiciones, tendrían que cortar la maraña de velas y aparejos que lo cubría. El mástil de los juanetes que se había caído ya no estaba.

Locke y Jean se detuvieron ante el palo mayor, esperando. Varios hombres con arcos los miraban desde el alcázar. Afortunadamente, ninguno de ellos había tensado la cuerda del suyo… estaban tan nerviosos que Locke no supo en qué confiar, si en su

buen juicio o en su falta de tono muscular. Jabril apoyó la espalda en el bote de salvamento y apuntó a Locke.

—¡Nos engañaste como a idiotas, Ravelle!

La tripulación gritó y le vitoreó, agitando sus armas y profiriendo insultos. Locke levantó una mano para hablar, pero Jabril se le adelantó

—Me lo dijiste ahí abajo. Quiero que ahora lo admitas en voz alta. No eres un oficial naval.

—Es cierto —dijo Locke—. No soy un oficial de la Armada. Creo que, a estas alturas, es algo evidente para todos.

—Entonces, ¿quién diablos eres? —Jabril y el resto de la tripulación parecían realmente confusos—. Llevabas un uniforme verrarí. Entraste y saliste de la Roca de Barlovento. El Arconte cogió este buque y tú se lo cogiste a él. ¿De qué va este maldito juego?

Locke comprendió que una contestación desafortunada traería consecuencias desastrosas; todos aquellos detalles aumentaban tanto el misterio que sería imposible poder eliminarlos de un plumazo. Se rascó la barbilla y levantó las manos.

—De acuerdo, atended. *Sólo* os he mentido en parte. En realidad, ah, soy uno de los oficiales al servicio del Arconte, aunque no un oficial naval. Era uno de los capitanes de su Inteligencia.

—¿Inteligencia? —preguntó Aspel, que estaba encima del alcázar con un arco—. ¿Eso que tiene que ver con espías y cosas parecidas?

—Exactamente —dijo Locke—. Espías. Y cosas parecidas. Odio al Arconte. Estaba cansado de servirle. Supuse… supuse que con una tripulación y un buque podría abandonarle y fastidiarle al mismo tiempo. Caldris haría todo el trabajo mientras yo aprendía.

—Sí —dijo Jabril—, pero las cosas no salieron bien. No hubieras debido mentirnos respecto a lo que eras —dio la espalda a Locke y a Jean para dirigirse a la tripulación—. ¡Nos llevó al mar sin ninguna mujer a bordo!

Ceños fruncidos, cuchufletas, gestos de muy mal gusto y dedos puestos a la manera de los dos cuernos para alejar el mal. Era evidente que a la tripulación no le gustaba que le recordaran aquella metedura de pata.

—Tranquilizaos —dijo Locke—. Había decidido que hubiera varias mujeres; de hecho tenía a cuatro apuntadas en mi lista. ¿No las visteis en la Roca de Barlovento? ¿No visteis a varias prisioneras? Todas enfermaron de fiebre. Tuvieron que sacarlas de allí, ¿no lo comprendéis?

—Si tú tuviste que ver con todo eso —Jalil bramaba—, ¿qué hiciste después para arreglarlo?

—El Arconte se llevó a las malditas prisioneras —dijo Locke—, así que tuve que apechugar con lo que me quedaba. ¡*Tú*, entre otros más!

—Puedo entenderlo —dijo Jabril—, pero luego tuviste la maldita ocurrencia de traernos hasta aquí *¡sin un puñetero gato!*

—Caldris me dijo que cogiera unos cuantos —dijo Locke—. Pero me los dejé. Creo haber dicho que no soy marino, ¿verdad? Pues estaba tan atareado pensando en el modo de salir a escondidas de Tal Verrar que me los dejé. ¡No me di cuenta!

—Es evidente —dijo Jabril— que ahora no te encontrarías aquí si hubieras cumplido con esos dos preceptos. ¡El buque está maldito por tu culpa! Los que conseguimos escapar hemos tenido la suerte de seguir vivos. ¡Cinco hombres han pagado por tu pecado! ¡Por tu pecado al ignorar lo que Iono, el Que Trae la Tormenta, exige a quienes navegan por sus aguas!

—¡El Señor de las Aguas Codiciosas es nuestro escudo! —exclamó un marinero.

—Tú eres el causante de nuestro infortunio —prosiguió Jabril—. Admites tus mentiras y tu ignorancia. ¡Yo digo que este buque no estará libre de él hasta que no te arrojemos por la borda! ¿Vosotros qué decís?

El coro de gritos que entonces se produjo fue tan inmediato y estruendoso como unánime; los marineros señalaron con sus armas a Locke y a Jean mientras vitoreaban a Jabril.

—Eso es todo —dijo Jabril—, dejad vuestras armas encima de la cubierta.

—Aguarda —repuso Locke—, dijiste que podríamos hablar, ¡y yo aún no he acabado!

—Os he llevado sanos y salvos hasta el puente y hemos hablado. La charla ha terminado y yo he cumplido mi palabra —Jabril se cruzó de brazos—. ¡Dejad las armas!

—Ahora…

—¡Arqueros! —aulló Jabril. Los hombres del alcázar apuntaron a Locke y a Jean.

—¿Podemos elegir? —Locke estaba muy enfadado—. ¿Qué nos pasará si no las dejamos?

—Si no dejáis las armas, derramaréis vuestra sangre en este puente —dijo Jabril —. Pero si las dejáis, permitiremos que os alejéis nadando y que Iono os juzgue.

—Rápido y doloroso, o lento y doloroso. De acuerdo —Locke se desabrochó el cinturón que sostenía su espada y lo dejó caer en el puente—. El señor Valora no tomó parte en mis montajes. ¡A él le engañé tanto como a vosotros!

—Eh, diablos, aguarda un momento… —dijo Jean mientras dejaba las Hermanas Malvadas muy despacio a sus pies.

—¿Qué dice, Valora? —Jabril echó un vistazo en redondo para descubrir alguna posible objeción y no vio ninguna—. Ravelle es el mentiroso. Ravelle admite ser el culpable; adelante con él, y que la maldición desaparezca. Será bienvenido a bordo.

—Si él tiene que nadar, yo haré lo mismo —rezongó Jean.

—¿Tanto respeto le merece?

—No tengo por qué cojones darte ninguna explicación.

—Que así sea. Respeto su decisión —dijo Jabril—. Hay que irse.

—¡No! —exclamó Locke cuando algunos marineros avanzaron espada en mano —. ¡No! Antes quiero decir una cosa.

—Puedes decirla. El Padre de la Tormenta juzgará si conviene o no.

—Cuando os encontré —dijo Locke—, estabais dentro de una cripta. Debajo de una jodida roca. ¡Sólo veíais la roca y los barrotes de vuestro encierro! Debíais escoger entre morir o tirar del remo para disfrute del Arconte. ¡Todos, hasta el último de vosotros, miserables, hubierais acabado por morir allí y pudriros!

—Ya había oído eso antes —dijo Jabril.

—Quizá no sea un oficial naval —dijo Locke—. Quizá me merezca esto; quizá estéis haciendo lo correcto al castigar al hombre que os ha conducido al presente infortunio. Pero también soy el hombre que os liberó. *Soy el hombre que os dio la vida que ahora tenéis*. ¡Al hacerme esto a mí, escupís a los dioses por el regalo que os hicieron!

—¿Qué está diciendo, que quiere las flechas? —dijo Aspel, y los hombres que le rodeaban rieron.

—No —dijo Jabril, levantando las manos—. No. Eso es importante. Este barco no agrada a los dioses, de eso estoy completamente seguro. Nuestra suerte se ha acabado aunque nos libremos de él. Debe morir por los crímenes que cometió, por sus mentiras, por su ignorancia, y por los hombres que jamás volverán a ver tierra. Pero él nos liberó —Jabril echó una mirada en redondo y se mordió los labios antes de proseguir—. Por eso *estamos en deuda* con él. Digo que lo metamos en el bote.

—Necesitamos ese bote —rezongó Mazucca.

—Hay muchos botes en Puerto Pródigo —dijo Streva—. Quizá consigamos uno cuando saqueemos algún buque mientras nos dirigimos allá.

—Sí, y también gatos —dijo otro marinero.

—Sólo el bote —dijo Jabril—, sin agua ni comida. Que se vayan con lo puesto. Que Iono los tome cuando y como quiera. ¿Qué decís vosotros?

Los otros estallaron en una barahúnda de afirmaciones entusiásticas. Incluso Mazucca asintió.

—A fin de cuentas, un largo trecho en el agua —dijo Locke.

—Bueno —susurró Jean—, al menos pudiste decir lo que querías.

7

El bote fue desamarrado, arriado y botado a estribor sobre las aguas azul-oscuras del Mar de Bronce.

—Jabril, ¿les dejamos los remos? —el marinero al que habían asignado la tarea

de sacar del bote la barrica de agua y las raciones de comida, acababa de quitar también los remos.

—Más bien, no —dijo Jabril—. Si Iono quiere que se muevan, ya los moverá Él. Abandonarles a las aguas es lo que dijimos.

Varios grupos de marineros armados recorrieron el buque de proa a popa para empujar a Locke y a Jean hacia el puerto de entrada. Jabril los siguió de cerca. Cuando llegaron al borde, Locke vio que el bote estaba sujeto con una cuerda de nudos por la que podían bajar hasta él.

—Ravelle —dijo Jabril en voz baja—. ¿De verdad tienes buenas relaciones con el Decimotercero? ¿Eres, de verdad, uno de sus sacerdotes?

—Sí —dijo Locke—. Su bendición era la única que podía implorar por la salvación de sus almas.

—Supongo que tiene sentido. Espías y cosas parecidas —Jabril deslizó algo frío bajo la camisa de Locke, justo en la parte en que su espalda perdía su honroso nombre, que quedaba sujeto de un modo muy precario en el extremo de sus calzones. Locke sintió en la cintura el peso de uno de sus estiletes.

—Quizá el Padre de la Tormenta quiere que todo vaya muy rápido —susurró Jabril—, o quizá os permita seguir a flote. Será un tiempo de espera tremendamente largo. A menos que no queráis esperar más… ¿me comprendes?

—Jabril… —dijo Locke—. Gracias. Ah, me hubiera gustado ser mejor capitán.

—Y a mí me hubiera gustado que simplemente hubieras sido capitán. Ahora saltad por este lado y marchaos.

Y así fue como Locke y Jean, en medio del suave balanceo del bote, vieron cómo el *Mensajero Rojo* zarpó, muy despacio a causa de su maltrecho velamen, con rumbo sudoeste por el oeste, dejándolos en medio de la nada bajo un sol de media tarde por el que Locke hubiera dado diez mil solari uno o dos días antes.

Cien metros, doscientos, trescientos… el que había sido su barco cruzaba lentamente la mar rizada; y, aunque al principio la mitad de su tripulación se congregó en la popa para ver cómo se alejaban, poco a poco perdieron el interés por verlos y regresaron a la tarea de evitar que su preciado y pequeño mundo de madera sucumbiera a sus heridas.

Locke se preguntó quién heredaría la cabina de popa, las hachas de Jean, los extraños aditamentos que empleaban para disfrazarse y los quinientos solari escondidos en el fondo de su cofre personal… procedentes del último dinero que les quedaba y del que les había entregado Stragos.

Los ladrones prosperan, pensó.

—Bien, espléndido —dijo, estirando las piernas todo lo que podía. Él y Jean se miraban cara a cara desde dos bancos de remo de los seis de que disponía el bote—. Una vez más hemos logrado escapar brillantemente de un peligro inmediato, robando

de paso algo valioso. Este bote debe de costar unos dos solari.

—Sólo espero que el que se quede con las Hermanas Malvadas se ahogue —dijo Jean.

—¿Cómo? ¿Con las hachas?

—No, con lo que sea. Lo que sea más apropiado. Por los dioses, hubiera debido arrojarlas por la ventana de la cabina antes de permitir que alguien las cogiera.

—Fíjate, Jabril me metió un estilete cuando nos íbamos.

Durante un momento, Jean sopesó las implicaciones de lo sucedido y luego se encogió de hombros.

—Tener un arma a bordo nos permitirá, al menos, abordar un bote más pequeño y llevárnoslo con nosotros cuando lo avistemos, claro.

—¿Te sientes ahora mismo a gusto en la cabina de popa?

—Muy a gusto —dijo Jean. Se quitó del banco, se echó a un lado y se empotró en la popa, apoyando la espalda en la borda de estribor—. Un poco apretado, pero los accesorios son todo un lujo.

—Eso es bueno —dijo Locke mientras señalaba con el dedo el centro del bote—. Espero que nos quede algo de espacio libre cuando instale ahí mismo el jardín colgante y la biblioteca.

—Ya lo había tenido en cuenta —Jean echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos —. El jardín colgante podría ir encima de mi caseta de baño.

—Que también podría hacer las funciones de templo —dijo Locke.

—¿Crees que es necesario?

—Sí —dijo Locke—. Me atrevo a pensar que los dos tendremos que rezar bastante.

Flotaron en silencio durante varios minutos. Locke, que también había cerrado los ojos, respiraba profundamente el aire salado y escuchaba el tenue susurro de las olas. El sol era una presencia cálida y bienvenida en su coronilla, y más arriba todo parecía conspirar para mantener el estado adormilado en que se encontraba. Intentó buscar en su interior cualquier angustia que pudiera sentir, pero sólo halló una embotada placidez; era como si el colapso total de todos los planes que había hecho le proporcionara una extraña calma. Nadie a quien engañar, ningún secreto que guardar, ningún deber que cumplir mientras iban a la deriva, simplemente dejándose llevar hasta que los caprichosos dioses dieran a conocer lo que les deparaban.

Después de que pasara un tiempo imposible de determinar, la voz de Jean le devolvió a la realidad, haciéndole parpadear al abrir los ojos y sentir el brillo del sol que se reflejaba en el agua.

—Locke —dijo Jean, repitiendo lo que antes debía de haber dicho—, ¡vela a tres cuartos por la proa, a babor!

—Ja, ja, Jean. Será el *Mensajero Rojo*, que se aleja de nosotros para siempre.

Seguro que lo recuerdas.

—No —dijo Jean con insistencia—. ¡Vela *nueva*, a tres cuartos por la proa, a babor!

Locke echó un vistazo por encima de su hombro izquierdo, entornando los ojos. El *Mensajero Rojo* aún era visible a unos tres cuartos de milla de distancia. Pero a la izquierda del buque que había sido suyo, en principio muy difícil de distinguir por el modo en que los fulgores del mar y del sol se confundían entre sí… una vela cuadrada que parecía cubierta de polvo se recortaba en el horizonte.

—No me fastidies —dijo Locke—. Me da la impresión de que nuestros chicos van a tener la primera ocasión de conseguir algo de botín.

—¡Podría haber tenido la cortesía de aparecer ayer!

—Me temo que hubiéramos fastidiado aún más las cosas. Pero… ¿te imaginas a esos pobres bastardos echándole los hierros a su presa, saltando a las velas, espada en mano, y gritando: «¡Vuestros gatos! ¡Entregadnos todos vuestros malditos gatos!»?

Jean rió.

—Buen lío el que hemos armado. Al menos nos hemos entretenido un poco. No les será fácil con el *Mensajero Rojo* en tan mal estado. Quizá vuelvan a por nosotros para que les echemos una mano.

—Quizá vuelvan a por ti —dijo Locke.

Mientras Locke seguía mirando, el velamen del *Mensajero* volvió a la vida, un cuadrado blanco completamente desplegado. Esforzando la vista, consiguió distinguir unas figuras diminutas que recorrían el puente y los aparejos. Su anterior buque dio un viraje y puso la proa a babor para recibir el viento por estribor.

—Salta como un caballo con un tobillo roto —dijo Jean—. Fíjate, no se fían del velamen del palo mayor. No se lo reprocho —Jean siguió observando la escena durante varios minutos más—. Me parece que su nuevo amigo llega por el norte-noroeste. Si nuestros chicos viran hacia el oeste y lo resisten, quizá… De otro modo, el nuevo buque tendrá sitio para escaparse hacia el oeste o el sur. Si está en buenas condiciones, el *Mensajero* jamás lo atrapará.

—Jean… —dijo Locke muy despacio, como si no confiara en sus conocimientos de la mar—. Creo… que la huida no entra en sus planes. Mira. Se dirige derecho hacia el *Mensajero*.

Los siguientes minutos lo confirmaron. Además, las velas del recién llegado les doblaban en tamaño, y Locke pudo ver la débil línea del casco bajo ellas. Fuera quien fuese, llevaba rumbo noroeste para cortarle el paso al *Mensajero Rojo*.

—Y es rápido —dijo Jean, ciertamente fascinado—. ¡Mira cómo se mueve! Me apostaría los hígados a que el *Mensajero* no llega a los cuatro nudos. Ése hace el doble o más.

—Quizá les importe un pito el *Mensajero* —dijo Locke—. Quizá lo único que

quieran ver es si está maltrecho para después largarse.

—Eso de «bésame el culo y adiós, muy buenas» —dijo Jean—. Qué pena.

El recién llegado aumentó de tamaño rápidamente; la silueta antes apenas vista se convirtió en un casco negro muy estrecho; las ondeantes velas en delgadas líneas de mástiles.

—Dos mástiles —dijo Jean—. Un bergantín con *todas* las velas al viento.

Locke sintió un inesperado ataque de ansiedad; intentó refrenar su excitación mientras el *Mensajero* avanzaba a duras penas hacia el sudoeste y el recién llegado iba a por él. El bajel desconocido acababa de enseñarles su costado de estribor. Como Jean había dicho antes, tenía dos mástiles, un perfil muy bajo y un casco negro y reluciente.

Una mota oscura apareció en mitad del aire, por encima de su popa. Se desplazó hacia arriba, se desplegó y entonces se convirtió en una enorme bandera que ondeaba al viento… una bandera carmesí, tan chillona como la sangre recién derramada.

El recién llegado prosiguió su avance, logrando que el agua se convirtiera en vapor al cortarla con la proa y disminuyendo la distancia que le separaba del *Mensajero Rojo* a cada segundo. Detrás de él aparecieron unas siluetas blancas… botes llenos con unas manchas oscuras que eran sus marineros. Aquel buque giró en redondo hacia el *Mensajero* como si fuera una bestia hambrienta que cortara la retirada a su presa; mientras tanto, los botes cruzaron las aguas brillantes para atacar por barlovento. Aunque Jabril y los suyos intentaran librarse de aquella trampa, no lo conseguirían; una oleada tras otra de gritos y vítores beligerantes se propagaron débilmente por la superficie de las aguas; al poco rato, un enjambre de pequeñas motas oscuras cubría los costados del *Mensajero*.

—¡No! —Locke no era consciente de que se había levantado de un salto y de que Jean le obligaba a volver a su asiento—. ¡Malditos, miserables y cobardes bastardos! ¡No podéis capturar mi jodido barco…!

—Que ya había sido capturado —dijo Jean.

—¡He recorrido mil millas para estrechar vuestras malditas manos y aparecéis dos *horas* después de que nos hayan tirado por la borda! —exclamó Locke.

—Me parece que ni siquiera una hora —le corrigió Jean.

—¡Malditos *piratas*, jodidos, descerebrados, holgazanes y pichas flojas!

—Los ladrones prosperan —dijo Jean, mordiéndose los nudillos para no partirse de risa.

La batalla, si es que hubiera podido llamársela así, no duró ni cinco minutos. Alguien del alcázar hizo que el *Mensajero* virara en redondo orzando al viento, de suerte que perdió la poca velocidad que llevaba. Con todas las velas caídas, comenzó a moverse muy despacio, permitiendo que uno de los botes se aferrase a su casco. Otro bote avanzó hacia el buque del que había salido, el cual, con las velas menos

hinchadas que cuando había perseguido al *Mensajero*, viró en redondo por la amura de estribor y puso rumbo a la dirección que habían tomado Locke y Jean… un monstruo de fea catadura que jugueteaba con la próxima presa diminuta que iba a devorar.

—Creo que podríamos estar en una de esas situaciones de «buenas noticias y malas noticias» —dijo Jean, chasqueándose los nudillos—. Debemos prepararnos para rechazar a quienes quieran abordarnos.

—¿Con qué? ¿Con un estilete y alguna que otra insinuación molesta respecto a sus madres? —Locke apretaba los puños; su angustia se había convertido en excitación—. Jean, si abordamos ese buque y conseguimos hablar con su tripulación, podremos proseguir con el juego, ¡por los dioses!

—Quizá sólo quieran matarnos y llevarse el bote.

—Ya veremos —dijo Locke—. Ya veremos. Primero el intercambio de saludos. Y luego pondremos en práctica alguna interacción de carácter diplomático.

El barco pirata se acercaba lentamente mientras el sol se hundía por el oeste y el cielo y el agua comenzaban a cobrar tintes más oscuros. Sin lugar a dudas, el color oscuro de su casco se debía a la madera de álamo negro con la que había sido construido… y a simple vista se apreciaba que era más largo que el *Mensajero Rojo*. Su tripulación atestaba vergas y barandillas. Locke sintió una punzada de envidia al ver a tantos hombres demostrar tanta actividad. Se deslizó majestuosamente sobre el agua y orzó al recibir las órdenes emitidas desde el alcázar. Las velas fueron arrizadas con movimientos rápidos y precisos; disminuyó la velocidad, ocultó de su vista el *Mensajero Rojo* y les enseñó su costado de babor, deteniéndose a una distancia de veinte brazas.

—¡Ah del bote! —exclamó una mujer desde la barandilla. Locke pudo ver que era bajita: cabellera negra, con partes de una armadura, rodeada por una docena de marineros armados que los miraban con mucho interés. Locke sintió que se le ponía carne de gallina a causa de aquel escrutinio y por eso decidió ponerse la máscara del gracioso.

—¡Ah del bergantín! —exclamó—. Un tiempo magnífico, ¿no les parece?

—¿Qué tienen que decir de ustedes dos?

Locke consideró rápidamente las potenciales ventajas que le ofrecían las diferentes maneras de entablar contacto: suplicar, mostrarse desconfiado o parecer altivo, y decidió que la altivez sería lo más indicado para causar una impresión inolvidable.

—¡Alto! —exclamó, levantándose e izando el estilete por encima de la cabeza—. ¡Supongo que se darán cuenta de que el viento está a nuestro favor y de que ustedes están al pairo sin posibilidad de escapar! ¡Su buque es nuestro y ustedes son nuestros prisioneros! ¡Estamos dispuestos a ser clementes, pero no nos pongan a pueba!

Cuando una carcajada general recorrió el puente del buque, Locke comprendió que sus esperanzas acababan de aumentar. La risa era algo bueno; por lo que él sabía, una risa como aquella muy raramente solía ser el preludio de cualquier escabechina.

—¡Creo que estoy hablando con el capitán Ravelle! —exclamó aquella mujer— ¿Estoy en lo cierto?

—¡Vaya! ¡Veo que mi reputación me precede!

—¡Los hombres de ese barco que usted capitaneó me han hablado de usted!

—Mierda —dijo Locke en voz baja.

—¿Quieren que los rescatemos?

—Claro que sí —dijo Locke—. Sería un acto de evidente cortesía.

—Muy bien. Pues dígale a su amigo que se levante. Y quítense la ropa los dos.

—*¿Qué?*

Una flecha silbó en el aire a un metro por encima de sus cabezas; Locke se acobardó.

—¡Ropas fuera! ¡Si quiere caridad, antes tendrá que entretenernos! ¡Dígale al gordo de su amigo que se levante, y luego desnúdense los dos!

—No me lo puedo creer —dijo Jean mientras se ponía de pie.

—¡Eh! —exclamó Locke mientras se quitaba la camisa—, ¿las dejamos caer en el fondo del bote o quiere que las tiremos por la borda?

—¡No! —dijo la mujer—. ¡Nos las llevaremos junto con el bote, aunque no les llevemos a ustedes! ¡Calzones fuera, caballeros! ¡Así se hace!

Momentos después, Locke y Jean se habían quedado completamente en cueros, manteniendo el equilibrio al balancearse precariamente al ritmo del bote y sintiendo que la brisa de la tarde acariciaba sus costados.

—¿Qué es eso, caballeros? —dijo aquella mujer a voz en grito—. ¡Esperaba unos sables y no esos estiletes que me muestran!

Los marineros que estaban detrás de ella se partían de risa. ¡Por el Guardián Avieso! Locke vio que muchos más comenzaban a llegar por la barandilla de babor. Los marineros que les miraban a él y a Jean, apuntándoles con el dedo y diciéndoles procacidades, eran muchos más que los que componían la tripulación del *Mensajero Rojo*.

—¿Qué les pasa, muchachos? ¿Es que la idea del rescate no les seduce lo suficiente? ¿Qué tal si les sacamos de ahí?

Locke respondió con un gesto que había aprendido de niño, un gesto que se hacía con las dos manos y que siempre daba lugar a alguna pelea en cualquiera de las ciudades-estado del mundo de Therin. La muchedumbre de piratas se lo devolvió con bastantes variaciones, ciertamente creativas.

—Entonces bien —dijo la mujer—. Apóyense en una sola pierna. ¡Los dos! ¡Con una!

—*¿Qué?* —Locke puso las manos en jarras—. ¿Con cuál?

—Con la que quiera, como hace su amigo —replicó ella.

Locke estiró la pierna izquierda por encima del asiento y extendió los brazos para equilibrarse, lo cual no le resultó nada fácil. Jean acababa de hacer lo mismo que él; Locke estaba absolutamente seguro de que debían de parecer un completo par de idiotas.

—Más arriba —dijo la mujer—. Resulta bastante penoso. ¡Seguro que pueden hacerlo mejor!

Locke levantó la pierna quince centímetros más, mirándola con cara de desafío. Podía sentir en su pierna derecha los temblores inducidos por la fatiga y los que procedían de la inestabilidad del bote. Él y Jean llevaban bastante tiempo cubriendo la vergüenza que sentían con nuevas vergüenzas.

—¡Buen trabajo! —exclamó aquella mujer—. ¡Y ahora que bailen!

Locke vio las negras siluetas de las flechas pasar por delante de sus ojos antes de escuchar el tañido de sus cuerdas al ser disparadas. Se desplazó hacia la derecha mientras aquéllas se clavaban en el centro del bote, comprendiendo medio segundo después que no iban en busca de su carne. El mar se lo tragó en un instante; como no se había preparado para saltar, cayó de espaldas, de suerte que cuando salió a la superficie pataleando, tosía y escupía al sentir en la nariz la desagradable sensación del agua salada.

Cuando salió a la superficie, Locke oyó, antes que verlo, que Jean, que acababa de subir por otro lado del bote, lanzaba un chorro de agua por la boca. Los piratas gritaban y reían como locos, a punto de caerse al suelo, y se agarraban los costados con las manos. La mujer dio una patada a algo y una cuerda de nudos cayó por el puerto de embarque del buque.

—Naden hasta aquí y traigan el bote consigo.

Agarrándose a las bordas con una mano e impulsándose desenfrenadamente con la otra, Locke y Jean consiguieron llevar el pequeño bote hasta el buque, quedándose en la sombra que aquél proyectaba. El extremo de la cuerda flotaba en ella, por lo que Jean dio un empujón a Locke para que la agarrara, temiendo que los de arriba tiraran de ella en cualquier momento.

Locke subió por la cuerda apoyándose en la madera negra del casco perfectamente cepillada, mojado, desnudo y echando pestes. Unas manos vigorosas le cogieron en la barandilla y le introdujeron a bordo. Se encontró delante de un par de botas de cuero desgastado y se incorporó.

—Espero que les resultara divertido —dijo—, porque voy a…

Una de aquellas botas le pisó en el pecho hasta que volvió a quedarse echado en el puente. Con una mueca de dolor, decidió que lo mejor sería quedarse quieto y estudiar al propietario de aquellas botas. Aquella mujer no era bajita… sino pequeña,

incluso desde la perspectiva de quien se encontraba debajo de sus talones. Llevaba una camisa azul-cielo muy gastada debajo de un traje de cuero negro, acuchillado y poco ceñido, que más que ser el último grito de la moda parecía a punto de romperse. La negra cabellera, muy rizada, se la recogía por detrás del cuello, y en el cinturón llevaba un pequeño arsenal de sables y de cuchillos de combate. Sin lugar a dudas, era muy musculosa en hombros y brazos, tanto que a Locke se le bajaron los humos enseguida.

—¿*Adónde* va a ir?

—A quedarme aquí, tirado en el puente —dijo Locke— para disfrutar de este magnífico atardecer.

La mujer rió; un segundo después subieron a Jean y lo arrojaron al lado de Locke. Sus cabellos negros se le habían pegado al cráneo y chorreaba agua por los recios pelos de la barba.

—Vaya —dijo la mujer—. Uno grande y otro chico. Me parece que el grande debe de apañárselas bastante bien solito. Usted debe ser el señor Valora.

—Si usted lo dice, señora, supongo que así es.

—¿Señora? Señora es una palabra de tierra adentro. Aquí, si no le importa, deberá llamarme *teniente*.

—Entonces, ¿no es usted la capitana de este buque?

La mujer levantó la bota con la que hasta entonces había estado pisando el pecho de Locke, y éste se sentó en el puente.

—Me temo que no —dijo.

—Ezri es mi primer oficial —dijo una voz por detrás de Locke; éste se volvió, lentamente y con mucho cuidado, para mirar a quien había hablado.

Aquella mujer era más alta que la tal Ezri, y más ancha de hombros. Era morena, con la piel sólo un poco menos oscura que el casco de su buque, e impresionante, aunque en absoluto joven. Las arrugas que rodeaban sus ojos y su boca delataban que debía de tener unos cuarenta años. Sus ojos eran fríos y su boca en absoluto amable… Era evidente que no compartía la travesura que Ezri había cometido con aquellos dos prisioneros desnudos que estaban llenando su puente de agua.

Sus guedejas del color de la noche, trenzadas con cintas rojas y plateadas, le colgaban en melena bajo un sombrero de cuatro picos y, a pesar del calor, se vestía con una levita oscura, desgastada por la intemperie, forrada por dentro con una brillante seda dorada. Lo más extraño era ver que debajo de la levita llevaba una cota de cristal antiguo desabrochada. Aquella suerte de armadura apenas era llevada por quienes no pertenecían a la realeza (todas y cada una de las láminas de cristal antiguo que la formaban estaban encajadas en las correspondientes celdas de una redecilla metálica), ya que los humanos no conocían el arte de pegar el cristal. La cota brillaba al reflejar la luz del sol, pues su diseño era más intrincado que el de cualquier vitral…

mil fragmentos de resplandeciente gloria del tamaño de una uña y enmarcados en plata.

—Orrin Ravelle —dijo ella—, jamás había oído hablar de usted.

—No hubiera debido oír hablar de mí —comentó Locke—. ¿Podemos tener el placer de conocer su nombre?

—Del —dijo ella, apartando la mirada de ellos para ponerla en Ezri—, iza el bote. Échales un vistazo a sus ropas, coge de ellas todo lo que sea interesante y devuélveselas para que se vistan con ellas.

—A sus órdenes, capitana —Ezri se volvió y comenzó a dar instrucciones a los marineros que la rodeaban.

—En cuanto a ustedes dos —dijo la capitana, volviendo a mirar a los dos ladrones empapados—, deben saber que me llamo Zamira Drakasha y que mi nave es el *Orquídea Emponzoñada*. En cuanto se hayan vestido, alguien vendrá para conducirlos abajo y arrojarlos a la bodega del pantoque.

Capítulo 9

El Orquídea Emponzoñada

1

Su prisión se encontraba en la cubierta inferior del *Orquídea Emponzoñada*, que, irónicamente, era la más alta de todo el buque, con más de tres metros desde el suelo hasta el techo. Pero los barriles y sacos encerados que atestaban el lugar, por otra parte tan oscuro como el interior de un ataúd, apenas les permitían moverse a gatas por encima de aquel suelo tan desigual. Locke y Jean se sentaban en aquel incómodo montón de mercancías, y la cabeza les daba en el techo. La oscuridad apestaba a cuerdas de sentina mugrientas, a velas mohosas, a comida pasada y a conservantes alquímicos que debían de estar caducados.

Técnicamente, estaban en la bodega de proa; el pantoque en sí se encontraba detrás del mamparo de tres metros, a su izquierda. Enfrente, a menos de seis metros, la curvada proa del buque recibía los embates del agua y del viento. Las suaves olas que escuchaban lamían los costados del buque a poco más de un metro por encima de sus cabezas.

—No hay nada mejor que la gente tan amistosa y los elegantísimos acomodos del Mar de Bronce —comentó Locke.

—Al menos la oscuridad no hace que me sienta en desventaja —dijo Jean—, porque perdí las malditas gafas cuando me pegué esa caída en el agua.

—Hasta ahora hemos perdido un barco, una pequeña fortuna y tus hachas; a lo que hay que sumar tus gafas.

—Es un alivio que los contratiempos parezcan disminuir progresivamente —Jean chasqueó los nudillos; aquel sonido resonó de un modo muy raro en la oscuridad—. ¿Cuánto tiempo crees que llevamos aquí abajo?

—Quizá una hora —Locke suspiró, se apartó del mamparo de estribor y comenzó el laborioso proceso de encontrar algún nicho lo relativamente confortable para meterse dentro de él, entre pilas de toneles y sacos llenos de objetos duros y aborujados. Si terminaba por aburrirse, al menos podría hacerlo dentro de él—. Me sorprendería que nos sacaran de aquí para algo bueno. Creo que nos están… marinando, en espera de lo que tenga que pasar.

—¿Te estás buscando un buen acomodo?

—Hago todo lo que puedo —Locke apartó un saco y encontró el espacio

suficiente para echarse—. Ahora está mejor.

Pocos segundos después, el sonido de la pisadas de varios pares de pies sobre el maderamen llegó a sus oídos justo delante de ellos, seguido por un ruido de algo que rozaba. La escotilla superior (que habían cubierto con una tela encerada para que estuvieran a oscuras) acababa de abrirse. Una luz macilenta se insinuó en la oscuridad, y Locke apartó la mirada.

—No es lo que parece —murmuró.

—Inspección de la carga —dijo más arriba una voz familiar—. Estamos viendo si hay algo mal puesto. Ustedes dos.

Jean gateó hacia el pálido cuadrado de luz y miró hacia arriba.

—¿Teniente Ezri?

—Delmastro —dijo ella—. Ezri Delmastro, en este buque teniente Delmastro.

—Lo siento, teniente Delmastro.

—Así está mejor. ¿Les gusta su cabina?

—He olido peores aromas —dijo Locke—, pero creo que tardaré varios días en orinarme encima de todo lo que hay aquí.

—Si siguen vivos hasta que nuestros suministros comiencen a disminuir —dijo Delmastro—, beberán cosas que les harán echar de menos este pestazo. Hubiera debido traer una escalera, pero la que tenemos sólo tiene un metro. Supongo que podrán bajar. Háganlo despacio. A la capitana Drakasha le ha entrado un súbito interés por charlar con ustedes.

—¿La oferta incluye una cena?

—Tiene suerte, porque incluye la ropa, Ravelle. Bajen. Primero el más pequeño.

Locke echó a andar a gatas y dejó atrás a Jean mientras subía por la escotilla y respiraba el aire relativamente menos bochornoso de la cubierta inmediatamente superior. La teniente Delmastro los aguardaba con ocho miembros de la tripulación, todos ellos con armas y armaduras. A Locke lo agarró por detrás una mujer fornida que lo subió hasta el pasillo. Momentos después, Jean era sacado por tres marineros.

—Muy bien —Delmastro cogió las muñecas de Jean y les colocó unas esposas de acero pavonado. Luego le tocó el turno a Locke; ajustó las frías esposas y las cerró sin ninguna consideración. Locke las observó como el profesional que era. Bien engrasadas y sin óxido, estaban demasiado prietas para poder quitárselas, aun disponiendo del tiempo suficiente para hacer ciertos ajustes dolorosos en sus pulgares.

—La capitana pudo hablar finalmente con algunos de los miembros de su antigua tripulación —dijo Delmastro—. Y yo diría que muestra una gran curiosidad por ustedes.

—Ah, eso es maravilloso —dijo Locke—. Una oportunidad que ni pintada para explicarme ante alguien. No sabe cuánto me gusta tener que *explicarme*.

Su prudente escolta los llevó por el pasillo, de suerte que salieron a la cubierta cuando el atardecer daba paso a la noche. El sol acababa de sumergirse en el horizonte oeste, un ojo tan rojo como la sangre que miraba indolente bajo unos párpados formados por nubes carmesíes. Locke aspiró profunda y agradecidamente el aire fresco y volvió a sentirse impresionado por lo numerosa que era la tripulación del *Orquídea Emponzoñada*. El navío estaba atestado de gente, tanto hombres como mujeres, que armaban bullicio abajo o trabajaban en cubierta a la luz de las linternas alquímicas, cada vez más numerosas.

Habían llegado al centro del navío. Algo cloqueaba y revoloteaba dentro de una caja negra dispuesta delante del mástil principal. Un gallo… uno por lo menos, que, muy agitado, picoteaba la caja.

—Me cae simpático —susurró Locke.

La gente del *Orquídea* le llevó hasta la proa, unos pasos por delante de Jean. En el alcázar, justo encima de la escalera que conducía a las cabinas de popa, un grupo de marineros agarró a Jean nada más ver la señal que les hacía Delmastro.

—La invitación sólo es para Ravelle —dijo—. El señor Valora puede esperar aquí hasta que veamos cómo se desarrolla todo.

—Ah —dijo Locke—. ¿Te sentirás bien aquí, Jerome?

—«Unas paredes frías no constituyen cárcel alguna —recitó Jean con una sonrisa —, ni los grilletes convierten en esclavo al hombre que los lleva».

La teniente Delmastro le miró de una manera extraña y dijo segundos después:

—«Las palabras atrevidas de las bocas de los recién encadenados volarán… como chispas de pedernal, tan cálidas como ellas por el resto de la vida».

—Veo que conoce *Los Diez Chaqueteros Honrados* —dijo Jean.

—Tanto como usted. Muy interesante. Y… completamente fuera de lugar — empujó despacio a Locke hacia las escaleras que bajaban al pasillo de las cabinas—. Quédese aquí, Valora. Mueva un solo dedo de manera sospechosa y morirá ahí mismo.

—Mis dedos se comportarán de la manera más educada que sepan.

Locke tropezó en el pasillo, que estaba tan oscuro como el del *Mensajero Rojo*, aunque fuera mayor. Si había calculado correctamente, el *Orquídea Emponzoñada* era un cincuenta por ciento más largo que su anterior buque. Había dos cabinas a cada lado con una cortina por puerta, bastante pequeñas, junto a la cabina de popa, cuya puerta estaba construida con la sólida madera del álamo negro. Ezri echó a Locke a un lado y llamó a la puerta tres veces seguidas.

—Soy Ezri, con el punto de la interrogación[2] —dijo en voz alta.

Momentos después corrían el cerrojo desde dentro y Delmastro le indicaba a Locke que entrase antes que ella.

La cabina de la capitana Drakasha, en contraste con la de «Ravelle», mostraba

claras evidencias de una estancia larga, pues se hallaba llena de comodidades. Ricamente iluminada por unas lámparas alquímicas con muchas facetas dispuestas en unos armazones de oro, su interior estaba ocupado por varias capas de tapices y de cojines de seda. Cuatro cofres aguantaban el peso de una mesa de madera laqueada cubierta con platos vacíos, cartas de navegación sin desplegar y varios instrumentos náuticos cuya calidad resultaba obvia. Locke sintió una punzada en el pecho al ver que su propio cofre estaba abierto al lado de la silla ocupada por Drakasha.

Las cortinillas de los ventanales de popa estaban corridas. Drakasha se sentaba delante de ellos, sin levita ni armadura y con una niñita de tres o cuatro años encima de las rodillas. Locke pudo ver el *Mensajero* a través de los ventanales, oscurecido por la negrura creciente, moviéndose al ritmo de las luces parpadeantes que debían de pertenecer a varios equipos de mantenimiento.

Locke miró hacia la izquierda para ver quién les había abierto la puerta, luego bajó la mirada y descubrió a un muchachito de cabellos rizados, poco mayor que la niña que Zamira tenía encima. Los dos críos tenían su mismo color de cabellos, tan negros como el carbón, y unos rasgos similares, aunque su piel era un poco más clara, como la arena del desierto en la penumbra. Ezri pasó una mano cariñosa por la cabeza del niño y obligó a Locke a entrar en la cabina, mientras el niño retrocedía como avergonzado.

—Ven aquí —dijo Zamira, aún ignorando a los recién llegados y señalando con el dedo hacia fuera de los ventanales de popa—. ¿Puedes ver eso, Cosetta? ¿Podrías decirme cómo se llama?

—Buque —dijo la niñita.

—Muy bien —Zamira sonrió… no, Locke rectificaba aquella impresión, acababa de hacer una mueca burlona—. El nuevo *buque* de mamá. Del que mamá ha sacado un buen montón de *oro*.

—Oro —dijo la niñita, aplaudiendo.

—Sí. Pero mira el buque, cariño. Mira el buque. ¿Puedes decirle a mamá cómo se llaman esas cosas altas? ¿Esas cosas altas que llegan hasta el cielo?

—Son… uh… ¡Ji, ji! ¡No!

—¿No, porque no lo sabes, o no, porque quieres amotinarte para no contestar?

—¡Motín a bordo!

—No en el buque de mamá, Cosetta. Mira de nuevo. Mamá ya te dijo antes cómo se llamaban. Llegan hasta el cielo y sirven para colgar las velas, y se llaman…

—Mástil —dijo la niña.

—Mástiles. Pero, acércate. ¿Cuántos ves ahí? ¿Cuántos mástiles tiene el nuevo buquecito de mamá? Cuéntalos para que mamá lo sepa.

—Dos.

—¡Qué lista eres! En efecto, el nuevo buque de mamá tiene dos mástiles —

Zamira acercó su rostro al de su hija de suerte que casi se chocaron con la nariz, y Cosetta lanzó una risita ahogada—. Y ahora, mira a ver si encuentras algo por aquí cerca que sea *dos*.

—Um…

—En la cabina, Cosetta. Encuentra para mamá *dos* de algo.

—Um…

La niña echó un vistazo a su alrededor, metiéndose la mayor parte de la mano izquierda en la boca mientras lo hacía antes de tocar la pareja de sables que descansaban en sus vainas sobre la pared que se encontraba debajo de los ventanales.

—Espada —dijo Cosetta.

—¡Correcto! —Zamira le dio un beso en la mejilla—. Mamá tiene dos espadas. Al menos esas que ves ahí, cariño. Y ahora, ¿querrás ser una niña buena y salir arriba con Ezri? Mamá necesita hablar un poquitín con este hombre. Paolo se irá con vosotras.

Ezri atravesó la cabina para coger a Cosetta entre sus brazos y la niñita se agarró a ella, lo que le produjo gran placer. Paolo siguió a Ezri como si fuera su sombra, pero dejando que la teniente se interpusiera entre él y Locke, a quien no dejaba de mirar por entre las piernas de ella, pues no se atrevía a contemplarle abiertamente.

—¿Seguro que quiere quedarse a solas, capitana?

—Estaré bien, Del. Valora es el único por el que tendría que preocuparme.

—Está esposado, con ocho manos que lo vigilan.

—Me parece acertado. ¿Y los hombres del *Mensajero Rojo?*

—Todos debajo del castillo de proa. Treganne no les quita el ojo de encima.

—Magnífico. No tardaré en subir. Que Paolo y Cosetta no se acerquen a Gwillem y que se sienten en el alcázar. Pero lejos de la barandilla, no lo olvides.

—Sí.

—Y dile a Gwillem que, si intenta darles otra vez cerveza que no esté aguada, le sacaré el corazón y se lo llenaré con meados.

—Se lo repetiré palabra por palabra, capitana.

—Pues ahora largaos. Si molestáis a Ezri y a Gwillem, mamá se enfadará.

La teniente Delmastro salió de la cabina con los dos niños y cerró la puerta. Locke se preguntó cómo habría de abordar a la capitana. No conocía nada de Drakasha, ni puntos débiles que aprovechar ni prejuicios que fomentar. Intentar sacar algo en claro de los diversos niveles de decepción con los que se había enfrentado no sería nada positivo. Lo mejor sería actuar como Ravelle en cuanto se le presentase la ocasión.

La capitana Drakasha recogió los sables y miró a Locke, en quien no se había fijado hasta entonces. Locke decidió que sería el primero en hablar; así pues, dijo, con tono muy amistoso:

—¿Son sus hijos?

—Cuán *pocas* cosas escapan a la aguda vista de un veterano de la Inteligencia militar —extrajo uno de aquellos sables de su vaina con un siseo metálico y apuntó a Locke con él—. Siéntese.

Locke hizo lo que le ordenaba. La otra silla libre que quedaba en la cabina estaba al lado de la mesa, así que se sentó en ella y dobló las manos esposadas sobre su regazo. Zamira se acomodó en su silla para mirarle mejor y cruzó el sable encima de sus rodillas.

—En el lugar de donde vengo —dijo— tenemos una costumbre que tiene que ver con preguntas formuladas junto a una espada desenvainada —su acento, armonioso y diferente a todos los que Locke había escuchado, seguía siendo un misterio para él—. ¿La conoce?

—No —dijo Locke—, pero creo que su significado es evidente.

—Bien. Hay algo en su historia que no cuadra.

—*Muy pocas cosas* cuadran en mi historia, capitana Drakasha. Tenía un buque, una tripulación y un montón de dinero. Y ahora sólo tengo un enorme saco de patatas en una bodega que huele como el fondo de una jarra de cerveza mal fregada.

—No espere hacer una amistad duradera con las patatas. Sólo quería tenerle apartado mientras hablaba con parte de la tripulación del *Mensajero*.

—Ah. Y ¿cómo está mi tripulación?

—Ambos sabemos que no es su tripulación, Ravelle.

—Ah. ¿Cómo está la tripulación?

—Relativamente bien, quizá gracias a usted. Perdieron el ardor guerrero en cuanto vieron que éramos muchos. Como la mayoría de ellos quisieron rendirse enseguida, capturamos el *Mensajero* con apenas unos arañazos y unos cuantos moratones.

—Se lo agradezco.

—No habíamos pensado salvarle, Ravelle. De hecho tuvo la buenísima suerte de que aún estuviéramos cerca. Me gusta recorrer la estela de las tormentas de finales del verano. Suelen escupir jugosos bocados que, dado el mal estado en que se encuentran, aceptan gustosos nuestra hospitalidad.

Drakasha se agachó al lado del cofre de Locke, rebuscó entre su contenido y extrajo un pequeño paquete de documentos.

—Y ahora quiero saber —dijo— quiénes son Leocanto Kosta y Jerome de Ferra.

—Son identidades falsas —dijo Locke—, caras falsas utilizadas en los trabajos encubiertos que realizamos en Tal Verrar.

—¿Al servicio del Arconte?

—Sí.

—Casi todo lo de este cofre lleva la firma de «Kosta». Cartas de crédito y de

referencia, de poco valor… un albarán por el pago de varias sillas… un recibo por las prendas consignadas en un guardarropa. El único documento que lleva el nombre de «Ravelle» es el de un nombramiento como oficial naval de Tal Verrar. ¿Cómo debo llamarle, Orrin o Leocanto? ¿Cuál es el falso?

—Puede llamarme Ravelle —dijo Locke—. He estado en el escalafón durante varios años. Así es como me gano la vida.

—¿Es verrarí de nacimiento?

—Nací en el continente. En un pueblo llamado Vo Sarmara.

—¿Qué hizo antes de entrar al servicio del Arconte?

—Era lo que usted llamaría un hombre paciente.

—¿Ahora es eso una profesión?

—Quería decir que era maestro de pesas y balanzas para un sindicato de mercaderes. Era el *hombre paciente* porque lo sopesaba todo, ¿me comprende?

—Curioso. ¿Un sindicato de Tal Verrar?

—Sí.

—¿No sería el *Priori?*

—Eso fue parte del, ah, incentivo original que motivó a la gente de Stragos para meterme en su madriguera. Después de que mi trabajo como agente del sindicato tocara fondo, me encontré ante nuevos desafíos.

—Mmm. Hablé largo y tendido con Jabril. Lo suficiente para pensar seriamente que su nombramiento como oficial naval era un fraude. ¿Tiene *alguna* experiencia al servicio de las armas?

—No he tenido ningún entrenamiento formal al respecto, si se refiere a eso.

—Es curioso —dijo Drakasha— que poseyera la autoridad de mandar un buque de guerra, aunque fuera uno pequeño.

—Cuando nos movemos con la suficiente destreza para no levantar sospechas, los capitanes de Inteligencia poseemos grandes dotes de mando. O, al menos, las poseíamos. Supongo que al resto de mis compañeros les someterán a cierta vigilancia por lo que he hecho.

—Trágico. Pero… aún me sigue extrañando que cuando estaba a mis pies tuviera que preguntarme cómo me llamaba. Suponía que mi identidad sería sobradamente conocida por cualquiera que se encontrara al servicio de Stragos. ¿Cuánto tiempo estuvo a sus órdenes?

—Cinco años.

—O sea, después de que la Armada Libre fuera derrotada. No obstante, como verrarí…

—Yo tenía una vaga descripción de usted —dijo Locke—. Apenas su nombre y el de su nave. Si el Arconte nos hubiera entregado algún retrato suyo para que conociéramos su descripción, puedo asegurarle que a ninguno de los del Servicio se

nos hubiera pasado por alto.

—Está en buena forma. Pero puede considerarme inmune a la lisonja.

—Qué pena. Soy *tan* bueno practicándola.

—Aún se me ocurre otra cosa curiosa, la tercera, si mal no recuerdo: parecía realmente sorprendido al ver a mis hijos a bordo.

—Ah, sí. Es que me pareció extraño que los tuviera consigo. En alta mar. Expuestos a las vicisitudes de… esta vida.

—¿Y en qué otro sitio hubiera podido vigilarlos? —Zamira tocó la empuñadura del sable—. Paolo tiene cuatro años. Cosetta, tres. ¿Realmente su Inteligencia está tan poco actualizada que ni siquiera conocían su existencia?

—Oiga, mi trabajo consistía en operaciones dentro de la ciudad contra el *Priori* y otros disidentes. No prestaba mucha atención a los asuntos navales excepto a la hora de cobrar el sueldo.

—Hay una recompensa de cinco mil solari por mi cabeza. Por la mía y por la de cualquiera de los capitanes que sobrevivieron a la Guerra por el Reconocimiento. Sé que una descripción detallada de mí y de mi familia circuló el año pasado por Tal Verrar… yo misma tuve el panfleto entre mis manos. ¿Quiere hacerme creer que alguien de su posición puede ser tan ignorante?

—Odio tener que herir sus sentimientos, capitana Drakasha, pero yo era un hombre de tierra adentro…

—Lo sigue siendo.

—… lo soy y lo era, pero mis ojos estaban puestos en la ciudad. Apenas tuve tiempo de estudiar lo más básico de la supervivencia cuando me sentí preparado para robar el *Mensajero*.

—Y entonces, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué robar un buque y echarse a la mar? ¿Por qué hacer algo que era *tan diferente* de lo que había conocido durante tantos años? Si tenía puestos los ojos en la tierra y en la ciudad, ¿por qué no *preparó* algo que tuviera que ver con la tierra o la ciudad?

Locke se humedeció los labios, que se le habían quedado desagradablemente secos. Aunque hubiera retenido en la memoria mucha información sobre Orrin Ravelle, el personaje jamás había sido diseñado para sufrir un interrogatorio desde aquella perspectiva.

—Podrá parecerle extraño —dijo Locke—, pero era lo único que *podía* hacer. Vistas las cosas, mi falso nombramiento de oficial naval me daba mayores posibilidades de fastidiar al Arconte. Robar un buque era un gesto más grandioso que robar, digamos, un carruaje.

—¿Y qué hizo Stragos para ser merecedor de ese *gesto tan grandioso?*

—Juré no volver a mencionar ese asunto.

—Muy conveniente.

—Justo lo contrario —dijo Locke—, porque me gustaría tranquilizarla.

—¿Tranquilizarme? ¿Y cómo voy a tranquilizarme con todo lo que me ha contado? Usted miente y añade florituras a las mentiras que ya me ha contado, negándose a discutir los motivos que le llevaron a embarcarse en una aventura tan loca. Si no me ofrece ninguna respuesta, me veré obligada a considerar que usted es un peligro para esta nave y que me arriesgo a ofender a Maxilan Stragos llevándole en ella. No me puedo permitir las consecuencias. Creo que es hora de devolverle al lugar donde me lo encontré.

—¿La bodega?

—Alta mar.

—Ah —Locke frunció el ceño y luego se mordió la mejilla derecha por dentro para evitar la risa—. Ah, capitana Drakasha, *magnífico* intento. Con cierto toque de aficionado, pero muy creativo. Alguien sin mi historial hubiera caído en él.

—Maldición —Drakasha hizo lo posible para no sonreír—. Debería haber echado las cortinillas de los ventanales de popa.

—Sí. Veo que los suyos se amontonan encima del *Mensajero* mientras hablamos. Supongo que su excelente tripulación está arreglando la arboladura para que pueda ir un poco más deprisa. Si el hecho de ofender al Arconte le resultara más preciado que una mancha de caca de rata, hundiría ese buque en vez de repararlo para venderlo.

—Tiene razón —dijo Drakasha.

—Lo que significa…

—Lo que significa que aún me quedan varias preguntas por hacerle, Ravelle. Háblame de su cómplice, el señor Valora. ¿Es amigo suyo?

—Es un antiguo socio. Me ayudó en Tal Verrar a hacer… cierto trabajo de moralidad discutible.

—¿Sólo un socio?

—Sí, le pago bien y le confío todo lo que tiene que ver con mi negocio.

—Tiene una buena educación —Zamira señaló hacia el techo de la cabina; una claraboya estrecha estaba ligeramente entreabierta para dejar pasar el aire desde el alcázar—. Hace unos minutos escuché cómo él y Ezri se recitaban unos pasajes de Lucarno.

—La *Tragedia de los Diez Chaqueteros Honrados* —dijo Locke—. A Jerome… le gusta muchísimo.

—Sabe leer. Según Jabril no es un hombre de mar, pero sabe hacer operaciones complicadas. Habla vadraní. Emplea términos comerciales y sabe andar por la bodega. Por eso sospecho que procede de una familia de comerciantes prósperos.

Locke guardó silencio.

—¿Estaba con usted antes de que entrara al servicio del Arconte, verdad?

—Sí, trabajaba para el *Priori* —al parecer, hacer que Jean se ajustara a las

hipótesis de Drakasha no era tan difícil como había supuesto—. Me lo llevé conmigo cuando abracé la causa del Arconte.

—Pero no como amigo.

—Sólo como un buen agente.

—Vaya con mi querido espía, siempre tan oportunamente amoral —dijo Drakasha. Entonces se levantó y se acercó a la claraboya, para luego alzar la voz—. ¡Ah del puente!

—¿Sí, capitana? —era la voz de Ezri.

—Del, baja a Valora hasta aquí.

Pocos momentos después se abría la puerta de la cabina y Jean entraba por ella, seguido por la teniente Delmastro. La capitana Drakasha acaba de desenvainar rápidamente el segundo sable. Las vainas vacías suscitaron un ruido de herrería al caer al suelo; una de las hojas apuntaba directamente a Locke.

—En el instante en que se levante de la silla —dijo— morirá.

—¿Qué va a…?

—Tranquilo. Ezri, quiero *hablar con* Valora.

—A la orden, capitana.

Antes de que Jean pudiera hacer algo, Ezri le propinó una patada en los gemelos de la rodilla derecha con tanta rapidez y tanta precisión que Locke se quedó atónito. Luego le propinó un fuerte empujón que le hizo caer al suelo, obligándole a extender las manos hacia delante para no hacerse daño.

—Aún puede serme de alguna utilidad, Ravelle. No así su agente —Drakasha dio un paso hacia Jean mientras levantaba el sable que tenía en la mano derecha.

Locke saltó de la silla sin pensárselo dos veces y se lanzó contra ella, intentando que sus manos se enredasen entre las suyas, sujetas con las esposas.

—¡NO! —exclamó. La cabina giró rápidamente a su alrededor y se encontró tirado en el suelo con un dolor atroz en la mandíbula. Su mente, que trabajaba con un desfase de uno o dos segundos respecto a los acontecimientos, le informó poco a poco de que Drakasha le había golpeado en la mandíbula con la guarda de uno de sus sables. Estaba echado de espaldas mientras aquel sable se cernía sobre su cuello. Drakasha parecía medir más de tres metros.

—Por favor —Locke apenas articulaba las palabras—. No mate a Jerome. No es necesario.

—Ya lo sé —dijo Drakasha—. ¿Ezri?

—Me parece que le debo diez solari, capitana.

—Me imaginaba lo que iba a suceder —dijo Drakasha con una mueca—. Ya escuchaste lo que Jabril nos contó de estos dos.

—Sí, lo escuché —Ezri se arrodilló al lado de Jean con una expresión de auténtica preocupación en el rostro—. Sólo que no creía que Ravelle se atreviera.

—Esas cosas raramente suceden como uno piensa.

—También hubiera debido saber eso.

Locke levantó las manos y apartó la hoja de Drakasha. Ella consintió. Rodó hacia un lado, se puso en pie, aún tambaleándose, y agarró a Jean por un brazo, ignorando el dolor de la mandíbula, que era como si latiera. Sabía que no se la había roto, lo cual ya era bastante.

—¿Estás bien, Jerome?

—Sí —dijo Jean—. Sólo unas rozaduras en las manos.

—Lo siento —dijo Ezri.

—No lo sienta —dijo Jean—. Fue un buen golpe. De otra manera no hubiera conseguido derribar a alguien de mi tamaño —tropezó con sus propios pies y tuvo que ser ayudado por Locke y Ezri—. Excepto con un puñetazo en los riñones.

Ezri le enseñó los nudillos de hierro que aún llevaba en la mano derecha.

—Era el plan de emergencia.

—Diantre, no sabe cuánto le agradezco que no lo pusiera en práctica. Pero… hubiera podido caerme hacia atrás si usted no me hubiese empujado hacia delante. Con una patada de gancho en la espinilla desde atrás…

—Lo tendré en cuenta. O un buen codazo en alguna parte sensible de la axila…

—Sí, y luego retorcer el brazo. Eso hubiera…

—Pero no creo que sirviera con alguien tan grande; la palanca es inefectiva a menos que…

Drakasha carraspeó con fuerza y entonces Jean y Ezri se callaron, casi avergonzados.

—Me mintió acerca de Jerome, Ravelle —tomó su cinturón y deslizó los sables en sus vainas con un par de *clacks* muy sonoros—. No es ningún agente contratado. Es un amigo. De esos que no le permiten a uno meterse solo en un buque. De esos a los que *uno* intenta proteger aunque le hayan dicho que hacerlo significará la muerte.

—Muy astuta —dijo Locke, sintiendo que un leve rubor subía por sus mejillas—. Así que se trataba de eso.

—Más o menos. Necesitaba saber qué tipo de hombre era antes de decidir qué voy a hacer con usted.

—¿Y qué ha decidido?

—Es imprudente, fatuo y demasiado listo —dijo—. Alucina al pensar que sus prevaricaciones son encantadoras. Y está tan dispuesto como Jerome a morir estúpidamente por defender a un amigo.

—Sí —dijo—, bueno… quizá con los años le he ido tomando afecto a este morcón tan feo. ¿Eso significa que nos devuelve a la bodega… o al mar?

—A ninguno de esos sitios —dijo Drakasha—. Irán al castillo de proa, donde comerán y dormirán con el resto de la tripulación del *Mensajero Rojo*. Allí, una tras

otra, iré desmontando con mayor facilidad todas sus mentiras. Por ahora me satisface que se preocupara por Jerome, pues eso demuestra que es una persona sensible.

—¿En condición de qué? ¿De esclavos?

—Aquí, en este buque, nadie hace esclavos —dijo Drakasha con un tono peligroso en la voz—. No obstante, ejecutamos a una pequeña parte de quienes se comportan como culos inquietos.

—Pensaba que era un prevaricador encantador.

—No olvide lo que voy a decirle —dijo Drakasha—, su mundo se reducirá a los pocos centímetros de cubierta vacía en los que le permitiré vivir, y no sabe la tremenda fortuna que ello supone para usted. Ezri y yo se lo explicaremos todo en el alcázar.

—¿Y nuestras cosas? Me refiero a los documentos, a nuestros documentos personales. Quédese con el oro, pero…

—¿Que me lo quede? ¿*Sabe* realmente lo que dice? Ezri, qué hombre tan encantador —Drakasha empleó la bota derecha para cerrar de golpe el cofre de Locke —. Digamos que sus documentos son los gajes de su buen comportamiento. Tengo gran escasez de pergaminos en blanco y dos hijos pequeños que acaban de descubrir la alegría que da el llenarlos de tinta.

—Observación anotada.

—Ezri, súbelos al puente y quítales las esposas. Hagamos como si fuéramos unas personas importantes.

2

Al llegar al puente se encontraron con una mujer inquietante de mediana edad, baja y gruesa, cuya cabellera blanca, de un dedo de larga, enmarcaba esas arrugas de la cara que suelen hacerse al mirar el mundo con el ceño fruncido. Sus ojos depredadores, que abría como platos, estaban en constante movimiento, como un búho que no supiera si estaba aburrido o hambriento.

—A ver si te fijas mejor a la hora de capturar un lote tan miserable —dijo de sopetón.

—Y tú a ver si te das cuenta de una vez de que esto no es un mercado de esclavos —Zamira soportó los malos modos de aquella mujer con la tranquilidad propia de quien la conocía desde hacía mucho tiempo.

—Bueno, pues si quieres encargar una cuerda con hilos desgastados y que luego se rompa, no te quejes del que aceptó el encargo.

—No me quejaré, erudita, pues sé hasta dónde conduce esa cuerda. A muchas semanas de privaciones. ¿Cuántos son exactamente?

—Hay veintiocho en el castillo de proa —contestó—. Ocho que hay que dejar por

imposibles. En cualquier caso, huesos rotos. No se les puede mover.

—¿Resistirán hasta Puerto Pródigo?

—Siempre que lo haga su buque. Siempre que hagan lo que les dije, lo cual es una dura…

—Te aseguro que es lo mejor que podemos hacer por ellos. ¿En qué condición se encuentran los veintiocho?

—Estoy segura de que me oíste decir «miserable», que deriva de un estado de miseria, el cual, a su vez, es causado por el hecho de ser miserable. Podría emplear muchos otros términos extremadamente técnicos, aunque algunos de ellos serían completamente imaginarios…

—Treganne, mi paciencia se desvaneció por el tiempo en que lo hizo tu buena presencia.

—La mayor parte de ellos acusan una larga privación de libertad. Alimentación deficiente, poco ejercicio y agotamiento nervioso. Aunque comenzaron a comer bien después de salir de Tal Verrar, están agotados y llenos de magulladuras. Un puñado de ellos posee lo que parece ser buena salud. Otro puñado es incapaz de hacer ningún trabajo hasta nueva orden. Yo no me preocuparía mucho por ellos, capitana.

—Se me olvidó preguntarte si tienen alguna enfermedad.

—Ninguna, es un milagro, si te refieres a fiebres y a cualquier cosa que pueda contagiarse. Y también a las que procedan de un contacto sexual. No han visto una mujer desde hace meses, y la mayor parte de ellos son del este de Therin. Poco amigos de estar unos con otros, ya sabes.

—Ellos se lo pierden. Si tengo necesidad de ti…

—Estaré en mi cabina, obviamente. Pero vigila a tus hijos. Creo que están manejando el timón.

Locke se quedó mirando a la mujer cuando salió de estampía. Uno de sus pies hacía un sonido hueco y muy ruidoso, como si fuera de madera, mientras ella se apoyaba en un extraño bastón hecho con unos cilindros blancos que estaban unos encima de otros. ¿Marfil? No, la columna vertebral de alguna criatura desafortunada, cuyas vértebras habían sido unidas entre sí con un reluciente pegamento metálico.

Drakasha y Delmastro se dirigieron hacia la rueda del timón, que, al igual que la del *Mensajero*, era doble y estaba siendo manejada por un joven inusualmente alto que tenía unos rasgos muy marcados. A cada uno de sus costados se encontraban Paolo y Cosetta, que no tocaban el timón, pues sólo imitaban los movimientos del joven, riéndose como bobalicones.

—Mumchance —dijo Drakasha mientras daba un paso adelante y apartaba a Cosetta de la rueda—, ¿dónde está Gwillem?

—En las barandillas de alivio.

—Le dije que se hiciera cargo de los pequeños —dijo Ezri.

—Se suponía que debía vigilarlos —dijo Drakasha.

Mumchance parecía imperturbable.

—El hombre tenía que ir a hacer pis, capitana.

—Hacer pis —repitió Cosetta por lo bajo.

—Chitón —Zamira se asomó por detrás de Mumchance y apartó a Paolo de la rueda del timón—. Mum, creo que había quedado claro que no tocaran la rueda ni las barandillas.

—No estaban tocando la rueda, capitana.

—Ni que dieran vueltas alrededor de ti, ni que te agarraran de las piernas, ni que, del modo que fuese, te ayudaran a guiar este buque. ¿Ha quedado claro?

—Clarísimo.

—Paolo —dijo Drakasha— baja tu hermana a la cabina y espérame en ella.

—Sí —dijo el niño, con una vocecita tan débil como el sonido de una hoja de papel al deslizarse sobre otra. Tomó a Cosetta de una mano y comenzó a conducirla hacia la popa.

Drakasha volvió a caminar deprisa, dejando atrás varios corros de tripulantes que trabajaban y comían, los cuales acogieron respetuosamente su paso agitando las manos y asintiendo con la cabeza. Ezri colocó a Locke y a Jean en la estela de la capitana.

Al llegar cerca de las jaulas de las gallinas, Drakasha se cruzó con un vadraní fornido y ágil, que tenía unos pocos años más que ella. El hombre vestía una casaca negra muy elegante, llena de hebillas de latón pulido, y su cabellera de color rubio ceniza estaba peinada con una oscilante cola de caballo que le llegaba hasta el cinturón. Drakasha le agarró por la camisa con la mano izquierda.

—Gwillem, ¿qué parte de la orden «vigila a los niños durante unos minutos» que te dio Ezri no comprendiste?

—Los dejé con Mum, capitana…

—Ellos eran de tu incumbencia, no de la suya.

—Bueno, pues si le confió el timón del buque, ¿por qué no haberle confiado…?

—También te había confiado mis hijos, Gwillem. Tienes una manera muy peculiar de cumplir las órdenes que se te dan.

—Capitana —dijo Gwillem en voz baja—. Tenía que soltar algo marrón en el agua azul. Hubiera podido llevarlos hasta las barandillas de alivio, pero dudo que usted hubiera aprobado aquel espectáculo tan poco educativo…

—Déjalo, por el amor de Iono. Sólo dispongo de unos minutos. Listo para empaquetar tus pertenencias.

—¿Mis pertenencias?

—Toma el último bote que sale para el *Mensajero* y quédate con la tripulación capturada.

—¿La tripulación capturada? Capitana, usted sabe que no soy muy bueno…

—Quiero ese buque registrado e inventariado, del bauprés a la barandilla de popa. Anota todo. Cuando regatee con el Revientabuques quiero saber exactamente cuánto me quiere sisar ese bastardo.

—Pero…

—Espero la lista por escrito cuando lleguemos a Puerto Pródigo. Ambos sabemos lo difícil que resulta sacar algo de beneficio en ese sitio. Ve allí y gánate tu parte.

—A la orden, capitana.

—Es mi intendente —dijo Zamira cuando Gwillem se hubo ido rezongando—. Realmente no es malo. Sólo que le gusta escaquearse siempre que puede.

El castillo de proa se encontraba en la proa del buque, que se levantaba a poco menos de metro y medio por encima de la cubierta, con unas amplias escaleras a cada lado. Entre ambas se abría una abertura bastante ancha que conducía a un área oscura situada debajo del castillo, ocupada por varios compartimientos y un pasillo. Según estimó Locke, debía tener entre dos metros y dos metros y medio de longitud.

El puente del castillo de proa y las escaleras estaban ocupadas por la mayor parte de la tripulación del *Mensajero Rojo*, la cual recibía la atenta mirada de media docena de guardias armados. Jabril, que junto con Aspel se sentaba delante de los suyos, pareció muy alegre por ver de nuevo a Locke y a Jean. Los hombres que estaban a su espalda comenzaron a murmurar.

—Cerrad el pico —dijo Ezri mientras se situaba entre Zamira y los recién llegados. Sin saber aún lo que tenía que hacer, Locke se apartó con Jean hacia un lado y permaneció a la espera de recibir instrucciones. Drakasha se aclaró la garganta.

—Aún no he hablado con algunos de vosotros. Soy Zamira Drakasha, capitana del *Orquídea Emponzoñada*. Prestad atención. Jabril me dijo que os embarcasteis en Tal Verrar pensando haceros piratas. ¿Alguien pensó lo contrario?

La mayoría de los tripulantes del *Orquídea Emponzoñada* movieron la cabeza o hablaron en voz baja para indicar «no».

—Bien. Pues yo soy lo que vuestro amigo Ravelle pretendía ser —dijo Drakasha, pasando uno de sus brazos por los hombros de Locke. Cuando ella sonrió con aire teatral, varios de los hombres del *Mensajero*, precisamente los que estaban menos agotados, la imitaron—. No tengo señores ni amos. Hago ondear la bandera roja cuando estoy enfadada y una bandera falsa cuando no lo estoy. Tengo una base donde descansar, Puerto Pródigo, en las Islas del Viento Fantasma. No voy a ningún otro lugar, pues ningún otro lugar es *seguro*. Si vivís encima de esta cubierta, compartiréis el peligro. Sé que algunos de vosotros no lo comprendéis. Pensad en el mundo. Pensad en *todo lo que queráis del mundo*, porque no lo encontraréis en este buque, que es como una maldita cagarruta llena de miseria metida en el culo del mundo más oscuro que podáis encontrar. Eso es a lo que deberéis renunciar. A todo. Cada uno de

vosotros. Dondequiera que vayáis.

Soltó a Locke y observó complacida los rostros sombríos de la tripulación del *Mensajero*. Señaló a Ezri.

—Mi primera oficial, Ezri Delmastro. Nosotros la llamamos «teniente», y así la llamaréis vosotros. Lo que ella dice, yo lo apoyo. Nadie puede suponer lo contrario.

»Os visitará nuestro físico de a bordo. La erudita Treganne me ha dicho que podríais estar mejor, pero también peor. Quienes lo necesiten, descansarán. No me servís de nada si no estáis en condiciones de trabajar.

—¿Nos está invitando a que nos unamos a su tripulación, capitana Drakasha? —preguntó Jabril.

—Se os está ofreciendo una oportunidad —dijo Ezri—. Eso es todo. A partir de este momento, no sois prisioneros, pero tampoco hombres libres. Sois lo que llamamos la «guardia de fregonas». Dormiréis ahí, «bajo el castillo», como decimos. Es el peor lugar del buque, casi seguro. Si hay que hacer algún trabajo asqueroso os tocará a vosotros. Si estamos escasos de ropas o de mantas, pues os quedaréis sin ellas. A la hora de comer y de beber, seréis los últimos.

—Cualquiera de mi tripulación os podrá dar órdenes —dijo Drakasha cuando Ezri hubo terminado. Locke tuvo la impresión de que ambas repetían aquellas palabras con cierta frecuencia—. Y siempre se esperará que todos las cumpláis. No tenemos delitos corrientes; pasaos de listos o de vagos y alguien os dará una buena paliza. Armad un buen lío y yo os arrojaré por la borda. ¿Pensáis que estoy bromeando? Preguntad a alguno que lleve aquí bastante tiempo.

—¿Hasta cuándo tendremos que estar en la guardia de fregonas? —preguntó uno de los hombres más jóvenes que se sentaban detrás.

—Hasta que dejéis de merecerlo —dijo Drakasha—. Levamos anclas dentro de unos minutos para poner rumbo a Puerto Pródigo. El que quiera irse en cuanto lleguemos allí, podrá hacerlo. No os venderemos; éste no es un buque esclavista. Y no os daremos dinero, aunque sí bebida y varias raciones de comida. Recorreréis las calles con los bolsillos vacíos y acabaréis comprendiendo que la esclavitud quizá hubiera sido mejor, porque al final a nadie le importará una mierda que viváis o que muráis.

»Si nos cruzamos con otra vela mientras nos dirigimos a nuestro puerto —prosiguió— os permitiré que lo consideréis. Y si ondeamos una bandera roja, entonces habrá llegado la ocasión de redimiros. Iréis los primeros y abordaréis la presa antes que nosotros. Si hay fuego, arcos, redes cortantes o lo que los dioses quieran, lo probaréis los primeros y seréis los primeros en sangrar. Si sobrevivís, magnífico. Perteneceréis a mi tripulación. Si os negáis, me desharé de vosotros en Puerto Pródigo. Sólo suelo tener una guardia de fregonas si no tengo más remedio —y le hizo una seña afirmativa a Ezri.

—Por ahora —dijo la teniente— podréis disponer del castillo de proa y de la cubierta que llega hasta el palo principal. No bajéis más abajo ni toquéis ningún utensilio sin que os lo ordenen. Tocad un arma o intentad quitarle una a alguien de la tripulación y os garantizo que moriréis al instante. También somos muy susceptibles respecto a eso.

»Si queréis encontrar algún acomodo en alguien de la tripulación, o si alguien de ella os lo ofrece, podréis hacer lo que queráis mientras estéis fuera de servicio y os encontréis fuera de la parte que se os ha asignado. Fuera de esas áreas y momentos, nada de nada. Si intentáis tomar a alguien por la fuerza, rezad para que muráis en el intento, porque también somos muy susceptibles respecto a eso.

Zamira volvió a tomar la palabra y señaló a Locke y a Jean.

—Ravelle y Valora se reunirán con vosotros —cuando algunos de aquellos hombres rezongaron, Zamira llevó las manos a las empuñaduras de sus sables—. Mejorad vuestras zafias costumbres. Los arrojasteis por la borda e implorasteis que Iono fuera su juez. Yo aparecí una hora después. Lo que quiere decir lo siguiente: el que crea saber más que el Señor de las Aguas Codiciosas, que salte ahora mismo por la borda y que se reúna con Él en persona.

—Cumplirán la guardia de fregonas con todos vosotros —precisó Ezri.

Pero como los hombres no parecían particularmente entusiasmados, Zamira carraspeó.

—En este buque se reparte el botín por partes iguales.

Aquello sí que captó su atención.

—El intendente del buque responde al nombre de Gwillem. Él lleva la cuenta. El treinta por ciento va al buque, para que no tengamos que lamentarnos de llevar cuerdas y velamen en mal estado. El resto se reparte entre todos, tantas partes como corazones sigan latiendo.

»No os tocará ni una centira de lo que saquemos por vuestro viejo buque. No tengo por qué disculparme. Pero si tenéis la suerte de llegar a Puerto Pródigo y ya pertenecéis a la tripulación cuando vendamos el *Mensajero* al corredor de buques, os tocará una parte que os vendrá muy bien. Pero sólo si pertenecéis a la tripulación.

Locke la admiró por aquellas palabras; era una política muy razonable que ella aplicaba en el momento preciso para evitar la disensión y el pesar. El *Mensajero Rojo* dejaría de ser un recuerdo infeliz que se desvanecía en el horizonte, tripulado por unos hombres capturados, para convertirse en un ansiado montón de plata.

Zamira se volvió y se dirigió a popa, dejando que Delmastro acabara la actuación. Cuando comenzaban a insinuarse unos murmullos, la pequeña teniente dijo:

—¡Cerrad el pico! Ya sabéis de qué va todo esto. Tendréis un poco de comida y media ración de cerveza para que descanséis un poco. Mañana seleccionaré a aquellos de vosotros que posean alguna habilidad especial y los pondré a trabajar en

algo.

»Hay *una* última cosa que la capitana no mencionó —Ezri hizo una pausa de varios segundos para asegurarse de que todos le prestaran atención—. Los Drakasha más jóvenes. La capitana tiene un niño y una chica. La mayor parte del tiempo están en su cabina, pero a veces se dan una vuelta por el buque. Serán *sagrados* para vosotros. Me refiero a que serán más sagrados que cualquier otra cosa que os haya dicho esta noche. Decidles cualquier palabra maleducada y os clavaré por la polla en el trinquete hasta que muráis de sed. Para la tripulación son como de la familia. Si tenéis que partiros el cuello para salvarlos, entonces haréis todo lo posible para partíroslo.

Delmastro acogió el silencio de todos como una muestra evidente de que estaban debidamente impresionados, y entonces asintió. Momentos después, la voz de Drakasha llegaba desde el castillo de proa, amplificada por un altavoz:

—¡Levad anclas!

Dalmastro levantó el silbato que llevaba colgado al cuello con una cuerda de piel y lo tocó tres veces:

—¡Al combés! —exclamó con una voz tan fuerte que parecía imposible—. ¡A las barras del cabrestante! ¡A mi voz, levad el ancla! ¡Guardia de fregonas al combés, rápido!

Al escuchar aquellas órdenes, la mayoría de la tripulación que había pertenecido al *Mensajero* se levantó y echó a correr hacia el combés del *Orquídea*. Ya se había congregado un equipo bastante numeroso entre el trinquete y las jaulas de las gallinas para manejar las largas barras del cabrestante bajo la luz de los faroles. Una mujer estaba echando arena de un cubo en cubierta. Locke y Jean se toparon con Jabril, que sonreía burlón.

—Buenas noches, Ravelle. Te veo un poco… degradado.

—Me siento bastante feliz —dijo Locke—. Pero, en serio, Jabril, dejé el *Mensajero* en tus manos durante, ¿una hora? Y fíjate lo que sucedió.

—Es una mejoría cojonuda —dijo alguien que estaba detrás de Locke.

—Pues claro que sí —dijo Locke, que ya había decidido que los próximos días aquellos hombres se sentirían mejor si Ravelle se tragaba el orgullo que había mostrado durante su breve carrera de capitán—. Estoy de acuerdo, y os lo digo de todo corazón.

Ezri se abrió paso a través de la tripulación, que seguía amontonada, y se puso encima del cilindro del cabrestante; como era lo suficientemente ancho, se sentó en él con las piernas cruzadas. Tocó su silbato otras dos veces y preguntó a voz en cuello:

—¿Aparejo abajo?

—¡Aparejo abajo! —contestó una voz que salía por una escotilla.

—A vuestros puestos —dijo Ezri. Locke se puso al lado de Jean y empujó una de

las largas barras de madera; el cabrestante era mayor que el del *Mensajero*, de suerte que veinte o más marineros podían manejarlo. Todos los sitios libres quedaron ocupados en cuestión de segundos.

—Muy bien —dijo Ezri—, y ahora, ¡empujad! ¡Primero despacio! ¡Con los pies y los hombros! Ahora más deprisa… ¡que este maldito trasto comience a dar vueltas! ¡Ya sabéis lo que queréis!

Locke empujó la barra que le había tocado, sintiendo que la arena se movía bajo sus pies mientras sus granos se hacían polvo y las partes de sus pies desnudos que soportaban el esfuerzo le dolían. Ezri seguía dando vueltas en lo alto del cabrestante; rechinando, el cable del ancla comenzaba a subir hasta él. Un equipo acababa de prepararse en la parte de babor de la proa para evitar que cayera de nuevo al mar. Después de varios minutos de esfuerzo, Ezri ordenó que se detuvieran con un toque de su silbato.

—¡Buen tirón! —exclamó—. ¡Asegurad el ancla a babor!

—Equilibrad por la amura de babor —dijo la voz de Drakasha que salía del megáfono—, gavias delanteras y centrales.

Más carreras, más silbidos, más conmoción. Ezri, aún encima del cabrestante, se puso en pie de un salto y lanzó una rápida sucesión de órdenes:

—¡Todos para soltar las gavias delanteras y centrales! ¡Bracear las vergas mayores por la amura de babor! ¡Vergas delanteras braceadas al punto!

Y aunque aún hubo más órdenes, Locke se despreocupó de ellas para comprender lo que estaba sucediendo. El *Orquídea Emponzoñada* había anclado en un mar tranquilo, con una suave brisa que llegaba del noreste, y se preparaba para zarpar después de que aquel viento se calmara. Lo poco que comprendía de las órdenes de Ezri le hacía suponer que el buque avanzaría de popa, viraría al este y tomaría el viento por babor.

—¡Al puente todas las guardias de proa a popa! ¡Vigías de las cofas, atentos! —Ezri bajó de un salto al puente. Unas siluetas oscuras comenzaban a subir por las cuerdas; jarcias y aparejos chirriaban en la oscuridad creciente mientras nuevos marineros salían por las escotillas para unirse al tumulto—. ¡Guardia de fregonas! ¡Guardia de fregonas, meteos debajo del castillo y no os asoméis! —Ezri agarró a Locke y a Jean cuando éstos acababan de ponerse en marcha junto con los demás hombres del *Mensajero* y señaló la popa—. Al armario de la limpieza, debajo de las escaleras al lado del palo mayor. Coged escobas, barred toda esta arena y volved a meterla en su cubo. Cuando hayáis terminado, desmontad las barras del cabrestante.

Y así lo hicieron, un trabajo aburrido a la luz de los parpadeantes faroles alquímicos que se vio interrumpido con frecuencia por marineros descorteses o que iban de un lado para otro. Locke estuvo con el ceño fruncido hasta que Ezri se puso en medio de él y de Jean y susurró:

—No se sientan molestos por esto. Servirá para que las cosas mejoren muchísimo con su antigua tripulación.

Lo más gracioso de aquella situación era que Ezri tenía razón; un poco de humillación extra para Ravelle y Valora quizá fuera lo que necesitaba su antigua tripulación para olvidar algo del resentimiento que aún sentían por ellos.

—Agradecido —susurró Locke.

—Conozco mi oficio —dijo Ezri con brusquedad—. Preocúpese de que todo vuelva al sitio de donde salió, y luego vayan debajo del castillo y no salgan de allí.

Y, dicho esto, se fue a supervisar las diferentes operaciones, todas ellas muy delicadas, que realizaban las cuadrillas de trabajo. Locke devolvió las escobas al armario de la limpieza y luego fue a donde le habían dicho, con Jean a su lado. Delante de ellos las velas se agitaban al viento o se plegaban, las cuerdas crujían mientras las estiraban o ajustaban, y los hombres y las mujeres se llamaban en voz baja mientras trabajaban a decenas de metros por encima de la cubierta.

El *Orquídea Emponzoñada* se deslizó lentamente por la amura de babor. Dejó por la popa el último halo moribundo del sol poniente y, como si saliera de algún portal espectral bañado por una luz dorada, se abrió paso bajo las primeras estrellas de la noche que cada vez se hacían más brillantes en el cielo del este, ya tan oscuro como una mancha de tinta.

Locke se sorprendió agradablemente al descubrir que Jabril había reservado un sitio para él y Jean; aunque no fuera uno de los mejores, esto es, cerca de la escalera que salía del castillo, estaba bastante oscuro, y en él podían apretujarse contra el mamparo de babor. Otros que disponían de espacios más cómodos no se apartaron para dejarles pasar y evitar que tropezaran. Uno o dos hombres les saludaron por lo bajo, mientras que otros, entre ellos Mazucca y Aspel, mantuvieron un silencio poco amistoso.

—Da la impresión de que acabáis de engrosar nuestras filas, las de los galeotes —dijo Jabril.

—Seríamos galeotes si Ravelle no nos hubiera sacado de la Roca de Barlovento —comentó alguien a quien Locke no reconoció—. Aunque sea un jodido idiota, deberíamos mostrarle cierto compañerismo sólo por eso.

Gracias por interceder por nosotros cuando querían tirarnos por la borda, estuvo a punto de decir Locke.

—Sí, estoy de acuerdo en eso de jodido idiota —dijo Mazucca.

—Y no deberíais olvidar eso del compañerismo —dijo Jean con aquella voz tranquila y muy educada que sólo empleaba al tratar con gente que no le caía bien—. Orrin no está solo, ¿lo habéis olvidado?

—En esta oscuridad —dijo Mazucca— estamos muchos, unos apretujados contra los otros. ¿Acaso crees que podrías moverte deprisa, Valora? ¿Cuánto tiempo crees

que podrás mantenerte despierto? Somos veintiocho contra dos…

—Si estuviéramos los dos solos en el puente —dijo Jean—, te mearías en los calzones en cuanto chasqueara los nudillos.

—Jerome —dijo Locke—. Tranquilo. Todos podemos…

En medio de la oscuridad se escuchó un forcejeo y luego un golpe apagado. Mazucca lanzó un grito en sordina.

—Calvete, estúpido bastardo —dijo siseando una voz anónima—, si levantas una sola mano contra estos dos, Drakasha te *matará*, ¿entendido?

—Vas a conseguir que todo nos vaya peor —dijo Jabril—. ¿No has oído hablar de Zamira Drakasha? Haz que se enfade y ya no podremos ser de su tripulación. Si la fastidias, Mazucca, descubrirás lo que quiere decir veintiocho contra *uno*. Te lo prometo.

Hubo murmullos de asentimiento en la oscuridad y un jadeo cuando el que había tenido agarrado a Mazucca se decidió a soltarlo.

—Paz —dijo, medio ahogándose—. No quiero… no quiero fastidiar las cosas. De veras que no.

Puesto que la noche era cálida, el calor corporal de los treinta hombres que se hacinaban allí hizo que lo fuera aún más, a pesar del aire que pasaba por la rejilla situada en medio de la cubierta del castillo. Cuando la vista de Locke se acomodó a la negrura, pudo ver mejor las siluetas oscuras de quienes le rodeaban. Estaban echados o sentados unos junto a otros como ganado. El buque vibraba de actividad a su alrededor. El sonido de pasos sobre la cubierta del castillo de proa eran continuos, lo mismo que el ir y venir, entre risas, de la tripulación por el puente inferior, las órdenes que partían de la popa y el siseo de las olas abatidas por la proa.

Más tarde tomaron un plato bastante escaso de cerdo en salazón, así como media jarra de aguachirle maloliente que apenas se parecía a la cerveza. Cuando le pasaron a aquella gente tan apretujada la comida y la bebida, hubo una confusión de rodillas y codos, de frentes y estómagos, que sólo cesó cuando todos tuvieron su parte. Luego volvió a repetirse a la hora de pasarse los unos a los otros las jarras y los cuencos vacíos y cuando varios de aquellos hombres se arrastraron sobre los demás para dirigirse a las barandillas de alivio. Finalmente, Locke pudo acomodarse sobre la espalda de Jean, ambos en el hueco libre del que disponían; entonces le asaltó un súbito pensamiento.

—Jabril, ¿sabe alguien qué día es hoy?

—El duodécimo día de Festal —dijo Jabril—. Se lo pregunté a la teniente Delmastro cuando me subió a bordo.

—Doce días —murmuró Jean—. Esa maldita tormenta duró demasiado.

—En efecto —Locke suspiró. Doce días perdidos. Ni siquiera habían pasado dos semanas desde que habían salido, cuando todos los hombres que estaban allí hablaban

de él y de Jean como si fueran héroes. Doce días para que el antídoto comenzara a perder efecto. Por los dioses, el Arconte… ¿cómo podría explicarle lo que le había sucedido al buque? ¿Emplearía para ello algún término náutico?

—Con un foque de estribor, ganchear como un cabrón la fregona a derechas —dijo en voz baja para sí—, cuando deberíamos haber empleado un foque de babor.

—¿Qué coño dices? —preguntaron Jean y Jabril al mismo tiempo.

—Nada.

Pero los antiguos instintos de quien había sido uno de los huérfanos del Fuego Encendido no tardaron en manifestarse. Locke dobló el brazo izquierdo hacia dentro para que le hiciera de almohada y cerró los ojos. Instantes después, el ruido, el calor, el bullicio de quienes le rodeaban y los mil sonidos del buque con el que no estaba familiarizado sólo fueron el telón de fondo del sueño ligero, aunque ininterrumpido, en el que se sumió.

Capítulo 10

Todas las almas en peligro

1

En el decimoséptimo día de Vestal, Jean llegó a temer el olor y la vista del vinagre del buque tanto como había llegado a apreciar las miradas que le echaba su teniente.

La tarea que le tocaba casi todas las mañanas era la de llevar un cubo lleno con aquella repugnante sustancia roja y otro con agua de mar para fregar con ambas el puente y los mamparos, junto con la cubierta principal y todo lo que pudiera. De proa a popa había varios compartimientos largos que eran los camarotes de la tripulación, uno de los cuales estaba ocupado permanentemente por cuatro o cinco docenas de personas que entraban y salían de ellos, cuyos ronquidos se mezclaban con los sonidos de las bestias enjauladas. Jean hubiera dado cualquier cosa por evitar la zona de los camarotes y lavar en su lugar los almacenes del buque (las «habitaciones delicadas», como las llamaba la tripulación a causa de las estanterías llenas de botellas de cristal, cerradas con una malla, que contenían), la bodega del puente principal, la armería y las literas desocupadas… aunque cada una de éstas albergara una mezcla de barricas, cajas y redecillas que había que recoger con mucho cuidado.

Después de que los vapores del vinagre disuelto en agua se hubieran mezclado cuidadosamente con los aromas apestosos a comida rancia, licor barato y suciedad que suelen concentrarse en las cubiertas inferiores, Jean bajó a las dos que estaban más abajo, la sentina y el pantoque, aunque precedido por una potente luz alquímica de color amarillo que disipaba los miasmas capaces de producir enfermedades. Drakasha se preocupaba muchísimo por la salud de su tripulación; la mayoría de los marineros se taladraban las orejas con cobre para evitar las cataratas y se echaban una pulgarada de arena blanca en la cerveza para fortalecer sus riñones contra las hernias. Las cubiertas inferiores eran iluminadas dos veces al día, para la diversión general de los gatos del buque. Desgraciadamente, aquello suponía tener que trepar, arrastrarse, gatear y abrirse paso para vencer cualquier tipo de obstáculos, incluyendo a la tripulación atareada. Jean siempre tenía la precaución de mostrarse educado y de asentir con la cabeza cuando pasaba por delante de alguien.

Aquella tripulación siempre estaba en movimiento; aquel buque siempre estaba vivo. A medida que Jean veía y aprendía más cosas del *Orquídea Emponzoñada*, se daba cuenta de que su actuación como primer oficial en el *Mensajero Rojo* había sido

de lo más ingenua. Era evidente que Caldris se lo hubiera dicho si hubiese vivido durante más tiempo.

Según el parecer de la capitana Drakasha, las reparaciones de un barco en alta mar jamás podían darse por terminadas. Lo que una guardia comprobaba o inspeccionaba, otra guardia, y otra, y otra, volvían a comprobarlo e inspeccionarlo al día siguiente, y al otro, y al otro. Lo que podía ser reforzado era nuevamente reforzado, lo que podía ser arreglado era arreglado una y otra vez. Los mecanismos de la bomba y del cabrestante eran engrasados a diario con grasa extraída de los pucheros de la cocina; los mástiles eran «pringados» de arriba abajo con la misma sustancia parda de siempre, que debía protegerlos contra la intemperie. Los marineros recorrían el buque con cuadrillas que buscaban con mucha atención cualquier fallo e inspeccionaban cualquier grieta de las planchas o cualquier parte de vela enrollada en los aparejos que pudiera dar lugar a la fricción de una cuerda con otra.

La tripulación del *Orquídea* estaba dividida en dos guardias: la azul y la roja. Trabajaban en turnos de seis horas; mientras una cuidaba del buque, la otra descansaba. Por ejemplo, la roja trabajaba desde el mediodía hasta las seis de la tarde, y después cubriría el turno que iba desde la medianoche hasta las seis de la mañana. Los tripulantes de la guardia saliente podían hacer lo que les apeteciera a menos que el toque de «todas las manos» les convocara en el puente para hacer algo urgente o peligroso.

La guardia de fregonas no entraba en este esquema; la antigua tripulación del *Mensajero Rojo* trabajaba desde el alba hasta el ocaso y sólo comían al terminar el turno, no al mediodía, como la tripulación del *Orquídea*.

A pesar de que siempre estuvieran refunfuñando, a Jean no le parecía que los Orquídeas tuvieran manía a los recién llegados. De hecho, sospechaba que los ex Mensajeros estaban haciendo algunas de las tareas más desagradables con objeto de que los Orquídeas tuvieran más tiempo libre para dormir, preocuparse de sus asuntos, jugar o, incluso, follar sin un asomo de vergüenza en sus hamacas o debajo de las mantas. La falta de intimidad a bordo del buque era lo que más le sorprendía a Jean; pues, aunque no fuera ni virgen ni remilgado, su idea de un *buen sitio* siempre tenía que ver con paredes de piedra y una puerta bien cerrada por dentro.

Una cerradura no tenía sentido en un buque como aquél, donde cualquier ruido nunca era individual sino compartido. Había una pareja de hombres del turno azul a los que podía escucharse desde la barandilla de popa cuando se lo montaban en los camarotes de arriba, y a una mujer del turno rojo que chillaba las cosas más tremendas en vadraní, por lo general siempre que Jean se echaba a dormir en la cubierta que se encontraba justo encima de donde ella estaba. Como a él y a Locke les había extrañado el uso que hacía de la gramática, habían terminado por concluir que aquello no era vadraní. En ocasiones sus actuaciones se terminaban con aplausos.

Aparte de eso, daba la impresión de que a la tripulación le gustaba la disciplina. Jean no había visto riñas, apenas discusiones serias y a muy poca gente bebiendo en lugares inapropiados. El vino y la cerveza se bebían moderadamente en todas las comidas, y, por causa de alguna complicada razón que Jean aún estaba investigando, a cada uno de los miembros de la tripulación se le permitía una vez por semana ir a lo que todos llamaban la Guardia Feliz, una especie de guardia dentro de la guardia. La Guardia Feliz se cumplía en el puente principal, y en ella se permitía cierta libertad en el combés (sobre todo para vomitar). Podían beber todo lo que les aguantase el cuerpo y estaban exentos de acudir a la llamada de asamblea hasta que no se hubieran recuperado.

—Esto no es… exactamente lo que esperaba —confesó cierta mañana Jean a Ezri cuando se la encontró junto a la barandilla de babor. Ella disimulaba el hecho de estar observándole mientras retocaba con pintura gris el fondo del bote más pequeño del buque. Y le observaba todo el tiempo. ¿Se estaba imaginando alguna historia? ¿Acaso sería debido al hecho de que Jean hubiera mencionado a Lucarno? Cuando estaba con ella, Jean evitaba mencionar cualquier otro pasaje que le acudiera a la memoria, aunque viniera a cuento. Mejor ser un misterio que convertir en un refrán barato todo lo que a ella le llamara la atención.

Por los trece dioses, pensó con un escalofrío, *¿acaso se me está ocurriendo echarle un piropo? ¿Quizá ella…?*

—¿Perdón? —dijo Ezri.

Jean sonrió. De algún modo sabía que ella no le permitiría abordarla sin haberle dado antes pie para ello.

—Su buque. No es exactamente lo que había esperado. Ni lo que había leído.

—¿Lo que había leído? —se echó a reír, cruzó los brazos y le miró con socarronería—. ¿Y qué ha leído?

—Déjeme pensar —hundió la brocha en aquella agua sucia de color oscuro mientras hacía como si pensara—. *Siete años entre la galerna y la trinca*.

—De Benedictus Montcalm —dijo ella—. Lo he leído. La mayor parte es pura bazofia. Creo que pagaba con bebida a los marineros de verdad para tener de qué escribir.

—Y, ¿qué tal la *Historia Auténtica y Fidedigna de la Libertina Bandera Roja?*

—¡De Suzette vela Ducasi! ¡La conozco!

—¿La conoce personalmente?

—No, sólo por referencias. Es una individua chiflada que merodea por Puerto Pródigo. Hace de amanuense por unos cobres y luego se bebe todo lo que ha ganado. Apenas sabe hablar therinés. Vagabundea por los barrios bajos, maldiciendo a sus antiguos editores.

—Pues ya le he mencionado todos los libros que puedo recordar —dijo Jean—.

Me temo que no tengo muy buen gusto como lector. ¿De dónde saca tanto tiempo para leer?

—Ahhh —dijo ella, echando su cabellera hacia atrás con un movimiento del cuello. Jean pensó que no estaba delgada… a Ezri no se le notaban los huesos, sino unos músculos saludables y muchas curvas. Tenía la salud suficiente para zurrarle si le tomaba por sorpresa, tal y como había sucedido anteriormente—. Aquí, en alta mar, el pasado es moneda corriente, Jerome. A veces, lo único que vale la pena.

—Misteriosa.

—Sensible.

—Ya sabe un poquito de mí.

—No poco. Tal y como lo veo, yo soy la oficial de un buque y usted es un peligroso desconocido.

—Eso suena prometedor.

—Yo también lo creo —sonrió—. Y lo mejoraré aún más: yo soy la oficial de un buque y usted es de la guardia de fregonas. Un ser que aún no existe —juntó las manos para enmarcar su imagen y bizqueó—. Sólo es una especie de *cosa* brumosa en el horizonte.

—Bueno —dijo Jean; y luego, consciente de que parecería un bobalicón, repitió —: Bueno.

—Pero usted tenía curiosidad.

—¿Yo?

—Por el buque.

—Oh, claro que sí. Sólo me preguntaba… ahora que ya he visto bastante de él…

—¿Se preguntaba a cuento de qué venía tanto canturreo, tanto bailar en las vergas, tantos barriles de cerveza de proa a popa, tanto beber y tanto vomitar del alba al ocaso?

—Más o menos. Esto no se parece en nada a la marina, creo que me comprende.

—Drakasha perteneció antes a la marina de Syrune. No suele hablar mucho al respecto, pero ya no oculta su acento. Hubo una época en que sí lo hacía.

Syrune, pensó Jean, un imperio insular mucho más al este que Jerem y Jeresh; un pueblo insular de piel oscura, muy orgulloso, que cuidaba muchísimo de sus buques. Si Drakasha había nacido en él, entonces venía de una tradición de oficiales navales que, según algunos, era tan antigua como el Trono de Therin.

—Syrune —dijo—. Eso explica algunas cosas, como que el pasado sea una moneda de uso corriente.

—Ella le habría dejado moverse libremente —dijo Ezri—. Créame, si la historia fuera una moneda, ella estaría sentada encima de una fortuna enorme.

—Entonces, ¿hace que el buque se doblegue a sus antiguas tradiciones?

—Más de lo que a nosotros nos gustaría —Ezri le dio a entender con un gesto que

siguiera pintando, y él le hizo caso—. Los capitanes del Mar de Hierro son especiales. Tienen sus privilegios dentro y fuera del agua. En Puerto Pródigo han creado un consejo. Pero a cada uno de los buques… la Hermandad los deja ir a su aire. Algunos capitanes salen elegidos. Sólo uno manda a la hora de empuñar las armas. En el caso de Drakasha… es la que manda porque todos sabemos que es la mejor elección. En todo. Jamás se hace nada contra Syrune.

—¿Por eso mantienen guardias como en la Armada, y beben como maridos nerviosos y adoptan sus maneras?

—¿No lo aprueba?

—Por la sangre de los dioses, claro que sí. Sólo que resulta más disciplinado de lo que me hubiera imaginado, eso es todo.

—No debería referirse constantemente a la «Armada», como si usted hubiera servido realmente en un buque de guerra. La mayoría de los nuestros sí sirvieron en ella y créame si le digo que lo nuestro es un paraíso de vagos comparado con ella. Mantenemos los hábitos porque la mayoría de nosotros también hemos servido en otros buques piratas. Y visto las goteras que se van haciendo mayores día a día. Y observado cómo las partes metálicas se van oxidando. Y visto cómo los aparejos comienzan a deshilacharse. ¿Qué tiene de bueno que el buque se caiga a trozos mientras estás durmiendo?

—O sea, que forman un grupo de gente prudente.

—En efecto. No olvide que la mar te mata si no eres prudente. Los oficiales de Drakasha realizan un juramento. Juramos que este buque sólo se irá a pique porque resulte dañado en medio de la batalla o porque lo quieran los dioses. Y no por culpa de la inacción, de las velas o del cordaje. Es un juramento sagrado —Ezri se desperezó—. Ni por culpa de la pintura. Déle otra capa y ya verá qué bien queda.

Oficiales. Mientras trabajaba, Jean pasó revista a los oficiales del *Orquídea* para tener la mente alejada de Ezri. Entre ellos estaba Drakasha, obviamente. Aunque no hacía guardias, aparecía cuando lo creía conveniente. Estaba en el puente durante medio día, por lo menos, para después materializarse como por arte de magia siempre que sucedía algo interesante. A sus órdenes directas se encontraba Ezri… diantre, nada de pensar en Ezri. Al menos por ahora.

Mumchance, el maestro de las velas, y su pequeña tripulación de manos acostumbradas a la rueda, todos ellos de confianza. Cuando hacía buen tiempo, Drakasha solía encomendar a la marinería ordinaria el manejo del timón; pero cuando se trataba de algo que necesitara pericia, eran Mum y su equipo o nadie. Con el mismo rango que Mum se encontraban Gwillem, el intendente (que había sido destinado al *Mensajero Rojo*), y la médica, Treganne, que apenas hubiera admitido como su igual a nadie que no tuviera un templo erigido a su nombre. Drakasha tenía para sí la cabina más grande, naturalmente, y a los cuatro oficiales de mayor rango se

les había asignado unas pequeñas habitaciones en el pasillo de las cabinas, unas cosas delimitadas con velas como su antigua cabina.

Después estaban el carpintero, el sastre de las velas y el contramaestre. El único privilegio de ser un oficial subalterno parecía consistir en mangonear a los demás tripulantes de vez en cuando. También había un par de… subtenientes, o eso creía Jean. Ezri les llamaba los jefes de las guardias, porque hacían las funciones de Ezri cuando ésta no estaba. Utgar mandaba la guardia azul, y una mujer llamada Nasreen la roja, pero Jean no había vuelto a verla desde que a ella se le había confiado la tripulación del *Mensajero*.

Daba la impresión que todos los trabajos domésticos y molestos que le tocaban a Jean (también al resto de la guardia de fregonas) le permitían ir aprendiendo poco a poco la escala jerárquica del buque, junto con su disposición. Así que supuso que no era casualidad.

El tiempo se había mantenido estable desde que los capturaran. Unas brisas constantes que llegaban del noreste, nubes que iban y venían como el favor de una bailarina de taberna, interminables olas bajas que hacían que el mar resplandeciera como un zafiro de un millón de facetas. El sol los achicharraba con su calor durante el día y la estrechez de su confinamiento los ahogaba durante la noche, pero Jean ya se había acostumbrado a sus nuevas condiciones de trabajo. Ya se había puesto tan moreno como Paolo y Cosetta. También Locke estaba haciendo las cosas lo mejor que podía. Por primera vez, moreno, barbudo y puro nervio, había dejado de parecer delgado. Su estatura y su jactancia por lo ágil que era le habían merecido la tarea de pringar cada mañana los mástiles, el trinquete y el principal.

La comida seguía siendo cena, pues se la tomaban al terminar la larga jornada de trabajo, y, aunque apenas creativa, siempre era más que abundante. Para entonces les daban también una ración completa de licor. Aunque a Jean no le gustara admitirlo, todo aquello no le preocupaba demasiado. Podía trabajar y dormir teniendo la seguridad de que la gente que mandaba en el buque conocía su oficio; tanto él como Locke ya no necesitaban recurrir a la improvisación y a las plegarias. Si no hubiera sido por el maldito cuaderno de bitácora, con su implacable registro de los días que se sucedían precipitadamente, pues el efecto del antídoto también se iba desvaneciendo un día tras otro, aquel tiempo les hubiera parecido más que agradable. Un paréntesis interesante en el que no hubiera corrido el tiempo, con la teniente Delmastro como un interesante acertijo por resolver.

Pero ni él ni Locke habían dejado de contar los días.

2

El decimoctavo día de Vestal, Mazucca el Calvo perdió los estribos.

Todo fue de improviso; aunque cada noche se iba malhumorado bajo el castillo, era uno de tantos hombres cansados y con poco temperamento que habían dejado de meterse con la gente, ya fueran de la tripulación o de la guardia de fregonas.

Estaba oscuro, ya habían pasado dos o tres horas del turno de la guardia azul y los faroles cruzaban el navío. Jean se sentaba con Locke junto a las jaulas de las gallinas, sacando de unas cuerdas viejas los hilos que las conformaban. Locke iba haciendo con ellas un montón pardo de fibras bastas. Una vez embreadas se convertirían en estopa para calafatear, que se emplearía en cualquier cosa, desde tapar cuadernas hasta rellenar almohadas. Aunque era un trabajo miserable y aburrido, el sol casi se había puesto del todo y el final de la jornada estaba al alcance de su mano.

En algún lugar bajo el castillo sonó un ruido metálico, seguido de palabrotas y risas. Mazucca el Calvo apareció con una fregona y un cubo, seguido por un miembro de la tripulación al que Jean no reconoció. Aquel hombre dijo algo que Jean no escuchó y entonces sucedió todo. Mazucca se volvió y le atizó en la cabeza con el cubo. El marinero cayó de costado, casi inconsciente.

—¡Que los dioses te maldigan! —exclamó Mazucca—. ¿Acaso te habías creído que yo era un puto crío?

El marinero buscó torpemente el arma que llevaba al cinto… una porra, según pudo apreciar Jean. Pero Mazucca seguía con la sangre caliente y el marinero intentaba recuperarse del golpe sufrido. En un momento, Mazucca le dio una patada en el pecho y agarró la porra. La levantó por encima de la cabeza y ahí acabó todo, pues otros tres o cuatro miembros de la tripulación cayeron sobre él y le dejaron tendido en el puente, arrebatándole luego la porra.

Unas fuertes pisadas se escucharon desde el alcázar hasta el combés. La capitana Drakasha acababa de aparecer sin que nadie la hubiera llamado.

Mientras pasaba a su lado, Jean (el trabajo que estaba haciendo con la cuerda quedaba olvidado) sintió que se le encogía el estómago. La tenía. La llevaba a su alrededor como si fuera un manto. La misma aura que antaño había visto en Capa Barsavi, algo que dormía en el interior hasta que la ira o la necesidad la despertaban, algo que aparecía de súbito y que era terrible. La propia muerte se abría paso entre las planchas del buque.

La tripulación de Drakasha cogía a Mazucca por los brazos. El hombre al que había golpeado con el cubo recogía su porra y se masajeaba la cabeza. Zamira se detuvo y le señaló con el dedo.

—Explícate, Tomas.

—Yo… yo… lo siento, capitana. Sólo quería divertirme un rato.

—Ha estado ladrándome toda la maldita tarde —dijo Mazucca, ya con menos humos y casi tranquilo—. No ha dado un palo al agua. Sólo se movía a mi alrededor, dando pataditas al cubo, cogiéndome los trastos, revolviéndolo todo y obligándome a

ponerlo todo nuevamente en orden.

—¿Es eso cierto, Tomas?

—Yo… sólo era una broma, capitana. Tomarles el pelo a los de la guardia de fregonas. Sólo eso. Dejaré de hacerlo.

Drakasha se movió tan deprisa que Tomas no pudo apartarse y cayó nuevamente al puente, en aquella ocasión con la nariz rota. Pero Jean sí llegó a ver el elegante gancho lanzado con una mano y el preciso uso que hacía de su palma… él había recibido ese mismo golpe en dos ocasiones. Tomas, por muy borrico y lerdo que fuera, contaba con su simpatía.

—¡Agggh! —dijo Tomas, escupiendo sangre.

—Los miembros de la guardia de fregonas son como herramientas —dijo Drakasha—, por eso siempre espero que estén en buen estado. Y que se vele por su conservación. Si buscabas diversión, haber encontrado una que tuviera que ver con la responsabilidad. Acabo de dividir por dos la parte que te toca del botín del *Mensajero* y la que te tocará cuando lo vendamos —hizo una seña a las mujeres que estaban detrás de ella—. Vosotras dos. Cargad con él y llevadlo a popa. Buscad a la erudita Treganne.

Mientras Tomas era llevado hacia el alcázar para ir a hacer una visita por sorpresa a la médica del buque, Drakasha se volvió hacia Mazucca.

—Conocías mis reglas desde la primera noche que llegaste a esta nave.

—Cierto. Lo siento, capitana Drakasha, él sólo…

—Escuchaste lo que dije entonces. Escuchaste lo que dije y lo comprendiste.

—Sí, pero estaba furioso y…

—La muerte para el que tocase un arma. Eso quedó tan claro como un cielo sin nubes, y, sin embargo, tú la cogiste.

—Mire…

—Ya no me eres útil —dijo ella, y su brazo derecho salió disparado para agarrar a Mazucca por el cuello. Y aunque se soltó de los tripulantes que le tenían cogido, de nada le valió el aferrarse al antebrazo de Drakasha, porque ella no le soltó. La capitana comenzó a arrastrarle hacia la barandilla de estribor—. Has perdido el juicio, lo que implica que puedes perderlo de nuevo y sólo los dioses saben la estupidez que podrás cometer entonces, confundiéndote y haciéndonos naufragar. Si, sabiendo a lo que te arriesgas, no puedes aguantarte el mal genio, sólo eres puro lastre.

Pataleando y dando arcadas, Mazucca intentó soltarse, pero Drakasha le arrastró inexorablemente hacia la cubierta de barlovento. A dos metros de la barandilla apretó los dientes, echó hacia atrás su brazo derecho y lanzó a Mazucca hacia delante, cargando todo el empuje sobre caderas y hombros. Él se golpeó con la barandilla, intentó recobrar el equilibrio y cayó por ella de espaldas. Un segundo después se escuchaba un chapoteo en el agua.

—Este buque llevaba demasiado lastre.

La tripulación y la guardia de fregonas corrieron como un solo hombre hacia la barandilla de estribor. Jean se unió a ellos después de echarle una rápida mirada a Locke. Drakasha ni se inmutó, los brazos en jarras, su súbita rabia desvanecida. También es eso se parecía a Barsavi. Jean se preguntó si las horas de noche que quedaban las pasaría malhumorada y melancólica, incluso bebiendo.

Aunque el buque se movía con una velocidad constante de cuatro o cinco nudos, Mazucca no tenía las trazas de ser buen nadador. Ya estaba a seis o siete metros del costado del buque y a quince o veinte por detrás del alcázar. Su cabeza y sus brazos se agitaban en medio de la oscuridad creciente de las olas mientras gritaba pidiendo socorro.

La llegada de la oscuridad. Jean se estremeció. El momento en que el mar abierto siente hambre. La fuerte luz del día mantiene muchas cosas a buen recaudo bajo las olas, logrando que las aguas sean casi seguras. Pero todo eso cambia con el crepúsculo.

—¿Qué tal si lo pescamos, capitana? —uno de los hombres de la tripulación se había acercado a ella, hablándole con voz tan baja que sólo los que estaban cerca lograban enterarse de lo que decía.

—No —dijo Drakasha. Luego se volvió y echó a andar despacio hacia popa—. Démonos a la vela. No falta mucho para que algo vaya a por él.

3

El día decimonoveno, a mitad de la tarde, Drakasha llamó a gritos a Locke para que fuera a visitarla a su cabina. Locke se dirigió a la popa corriendo lo más deprisa que podía, porque las imágenes de Tomas y de Mazucca estaban muy recientes en su mente.

—Ravelle, ¿qué es esta maldita cosa tan repugnante?

Locke se tomó unos segundos de tiempo para comprender lo que sucedía. Paolo y Cosetta se sentaban uno enfrente del otro, mirando fijamente a Locke y separados por las cartas de uno de los mazos, que estaban desparramadas encima de la mesa. En el centro de la mesa habían volcado una copa… una copa que era demasiado grande para unas manos tan pequeñas. Locke sintió un espasmo de ansiedad en lo más profundo del estómago y se acercó a la mesa.

Tal y como había sospechado, una pequeña cantidad del líquido marrón claro de la copa se había extendido por la mesa y mojado una de las cartas, convirtiéndola en un charco gris de materia pastosa.

—Sacaron las cartas de mi cofre —dijo—. Eran las que estaban dentro de un paquete de papel encerado por los dos lados.

—En efecto.

—Y usted tomaba un licor bastante fuerte con la comida. Uno de sus hijos volcó la copa que lo contenía.

—Brandy al caramelo, y la copa la volqué yo —sacó una daga y tocó con ella la sustancia gris. Aunque tenía aspecto líquido, era dura y sólida, por lo que la punta de la daga rebotó como si acabara de chocar contra el granito—. ¿Qué diablos es esto? Parece… cemento alquímico.

—Es cemento alquímico. ¿No observó que las cartas tenían un olor raro?

—¿Y para qué rayos iba a oler yo unas cartas? —frunció el entrecejo—. Niños, no toquéis nada. Vamos, echaos en la cama hasta que mamá os lave las manos.

—No es peligroso —dijo Locke.

—No me importa que no lo sea —le replicó—. Paolo, Cosetta, poneos las manos en el regazo y esperad a mamá.

—Realmente no son cartas —explicó Locke—, sino obleas de resina alquímica. Tan delgadas y flexibles como el papel. Tienen pintados encima los dibujos que les hacen parecer cartas. No puede ni imaginarse lo caras que son.

—Eso es algo que no me preocupa. ¿*Para qué* diablos las tiene?

—¿No es evidente? Si una de ellas se moja con un licor de alta graduación, se disuelve en segundos. Y entonces se obtiene una pequeña cantidad de cemento alquímico. Pueden mojarse tantas cartas como se quiera. Esa sustancia se seca en un minuto, y es tan dura como el acero.

—¿Tan dura como el acero? —echó un vistazo a la salpicadura gris que manchaba la parte superior de su elegante mesa laqueada—. ¿Y cómo se quita?

—No se quita. No hay ningún disolvente para ella. Al menos, ninguno que pueda preparar un alquimista.

—¿Cómo? Maldito sea, Ravelle…

—Capitana, esto no es justo. No creo haberle pedido que sacara esas cartas y que se pusiera a jugar con ellas. Ni que les echara encima ningún licor.

—Tiene toda la razón —dijo Drakasha mientras suspiraba. A Locke le dio la impresión de que estaba cansada. Las tenues arrugas de las comisuras de su boca le hicieron pensar que acababa de hacer algún ejercicio físico—. Coja todas esas cosas y arrójelas por la borda.

—Por favor, capitana. Se lo ruego —Locke extendió las manos hacia ella—. Estas cartas no sólo son muy caras, sino… muy difíciles de conseguir. Me llevaría meses. Permítame que vuelva a empaquetarlas con su papel encerado para guardarlas en el cofre. Por favor, piense que son parte de mis documentos.

—¿Para qué las usa?

—Sólo son otro más de los trucos propios de mi profesión —dijo Locke—. De hecho el único del que ahora dispongo, el último que me queda. Le juro que no

suponen ninguna amenaza para su buque… ya ha visto que aunque las moje con algo alcohólico sólo son una molestia. Mire, si no las tira y me consigue varios cuchillos tan afilados como escalpelos, dedicaré todo mi tiempo a eliminar de su mesa esa asquerosidad. Intentaré quitarla desde los lados. Aunque tarde una semana. Por favor.

Cuando terminó de quitar el cemento habían pasado diez horas. Subido en el castillo de proa, rascó la mancha con infinito cuidado, como si estuviera practicando la cirugía. Trabajó sin descanso, primero a la luz del sol y después bajo la luz de muchos faroles, hasta que aquella cosa diabólica desapareció de encima de la laca y ni siquiera quedó un contorno que pudiera revelar dónde había estado.

Cuando finalmente reclamó el minúsculo espacio del que disponía para dormir, supo que manos y antebrazos le dolerían una barbaridad al día siguiente.

Pero estaba muy orgulloso, igual que lo había estado mientras trabajaba, pues había conseguido mantener incólume aquel mazo de cartas.

4

El rumbo este que llevaban cambió al vigésimo día y el buque puso proa hacia el oeste por el norte, tomando el viento por estribor. El tiempo seguía siendo bueno; se cocían durante el día y sudaban por la noche, mientras el buque avanzaba bajo unas hilachas de niebla que aparecían por encima del agua y que creaban una especie de arcadas espectrales de luz verdosa.

El comienzo del día vigésimo primero, cuando la promesa de la aurora comenzaba a teñir de gris la parte oriental del cielo, iba a ponerles a prueba para que demostraran su valía.

La patada que acababa de recibir en las costillas sacó a Locke de un sueño demasiado corto. Todo era confusión: los hombres de la guardia de fregonas se movían de un lado para otro, tropezándose y murmurando a su alrededor.

—Vela avistada —dijo Jean.

—Hace un minuto lo han dicho desde la cofa —dijo alguien que estaba cerca de la puerta—. A dos cuartas por estribor. Eso sitúa el casco al este y un poco al norte de nosotros.

—No está mal —dijo Jabril con un bostezo—. Ya veo la aurora.

—¿La aurora? —como seguía oscuro, Locke se frotó los ojos, aún adormilado—. ¿La aurora? Aunque ya no intento dar la impresión de saber de lo que estoy hablando, permíteme que te pregunte cómo has podido ver la aurora si aún es de noche.

—¿No ves que el sol comienza a salir por el horizonte? —parecía que Jabril aprovechase la ocasión para darle una clase a Locke—. Allá a lo lejos, al este. Nosotros aún seguimos cubiertos por la oscuridad, al oeste de ellos. Aunque no creo que nos vean, yo tengo buen ojo para verlos, sobre todo con esa débil luz detrás de

sus mástiles, ¿lo entiendes?

—Sí —dijo Locke—, parece muy lógico.

—Vamos a por ellos —dijo Aspel—. Avanzaremos hacia el buque y lo capturaremos. Nuestra tripulación es muy numerosa, y Drakasha es una zorra sanguinaria.

—Si hay que luchar —dijo Streva—, iremos los primeros.

—Sí, para ponernos a prueba —dijo Aspel—. Demostraremos lo que valemos y así se acabará esta mierda de guardia de fregonas.

—No empieces a ponerte galones de plata en la polla, aún no —dijo Jabril—. No conocemos su rumbo, ni su velocidad, ni su velamen. Podría ser un buque de guerra. Incluso formar parte de una flotilla.

—Que te jodan, Jabbi —dijo alguien sin ganas de fastidiar—. ¿No quieres dejar de una vez la guardia de fregonas?

—Eh, cuando llegue el momento de abordarlo, me meteré desnudo en el bote y atacaré a esos bastardos sólo con mi cara de mala leche. Lo único que os digo es que habrá que esperar a que se nos ponga a tiro.

En el puente todo era ruido, confusión y órdenes. Los hombres que estaban a la entrada empujaban para salir y enterarse de todo.

—Delmastro ha enviado varios hombres a las cuerdas —dijo uno de ellos—. Creo que vamos a dirigirnos varios puntos al norte. Todo va muy rápido.

—Nada es más sospechoso que un cambio súbito en los aparejos cuando a uno lo están viendo —dijo Jabril—. Quiere estar cerca de ellos antes de que nos descubran, lo cual es lógico.

Pasaron los minutos; Locke abrió y cerró los ojos antes de recostarse en el mamparo que ya le era tan familiar. Si la acción no iba a ser inminente, aún podría aprovechar unos cuantos minutos de sueño. Pero, a juzgar por el bullicio y los gritos que le rodeaban, debía de ser el único que pensaba de esa manera.

Se despertó unos minutos después (la parte de cielo que podía ver por la escotilla de ventilación era un poco más gris), a tiempo de escuchar la voz de la teniente Delmastro que se filtraba por la entrada de la parte inferior del castillo:

—… donde os encontráis ahora. Manteneos en silencio y fuera de la vista. Faltan cinco minutos para el cambio de guardia, pero vamos a suspenderlo por si entramos en combate. Los hombres de la saliente, la roja, irán abajo, pero en pequeños grupos y poco a poco, mientras que la mitad de los hombres de la entrante, la azul, subirán para reemplazarlos. Queremos parecer un bergantín dedicado al comercio, no un merodeador atestado de gente.

Locke estiró el cuello para distinguir las siluetas de sombra que le rodeaban. Justo detrás de Delmastro, en la oscuridad que precede a la aurora, vio que los tripulantes que ocupaban el combés se peleaban con varios barriles de gran tamaño mientras

intentaban llevarlos hacia la barandilla de babor.

—Barriles de humo en la cubierta —dijo una mujer.

—¡Nada de llamas en la cubierta! —exclamó Ezri—. Nada de fumar. Sólo luces alquímicas. Corre la voz.

Pasaron los minutos y la claridad de la aurora se hizo más evidente. Pero Locke seguía sintiendo cómo se le cerraban los párpados. Suspiró aliviado, y…

—Ah, del puente —la voz provenía de la parte más alta del trinquete—, decid a la capitana que tiene tres mástiles y que lleva rumbo noreste por el oeste. Y gavias.

—¡Entendido, tres mástiles, noreste por el oeste, gavias! —exclamó Ezri—. ¿Cómo se comporta?

—Con el viento por estribor, popa a un punto, quizá.

—No lo pierdas de vista. ¿El casco sigue estando bajo?

—Sí.

—En el momento en que despunte sobre el horizonte, dinos cómo tiene el casco —Ezri regresó al castillo inferior y aporreó el mamparo con fuerza—. Guardia de fregonas, en pie. Estirad las piernas, usad las barandillas de alivio y bajad luego hasta aquí. No os entretengáis. Enseguida sabremos si tenemos que atacar o salir huyendo. Lo mejor será que tengáis las entrañas en orden.

Moverse dentro de tanta gente es algo parecido a sentirse aplastado dentro de una cañería. Cuando Locke fue empujado hacia la cubierta, no tuvo más remedio que agachar la cabeza y desperezarse. Jean hizo lo propio y luego fue a ver a Delmastro. Locke enarcó una ceja; la pequeña teniente parecía tolerar tanto la conversación con Jean como el desdén con el que le obsequiaba. Supuso que aquello duraría todo lo que Jean tardara en obtener alguna información de ella.

—¿De veras piensa que tendremos que huir? —preguntó Jean.

—Preferiría que no tuviéramos que hacerlo —Delmastro se apoyó en la barandilla y aguzó la mirada, aunque, tal y como Locke sabía, el buque avistado no pudiera verse desde allí.

—Como ya debe saber —comentó Jean—, es imposible ver ese buque desde el lugar en que se encuentra. Debería subirse a mis hombros.

—Esa broma no tiene gracia —dijo Delmastro—. Aunque sea muy original. Jamás la había escuchado antes. Debe saber que soy la más alta de todas mis hermanas.

—Así que tiene hermanas —dijo Jean—. Interesante. Me ha ofrecido un dato de su pasado a cambio de nada.

—Mierda —dijo ella, frunciendo el ceño—. Déjeme sola, Valora. Esta mañana va a ser muy ajetreada.

Los hombres comenzaban a volver de las barandillas de alivio. En aquellos momentos en que la urgencia había disminuido, Locke subía por las escaleras para

atender sus propias necesidades. Ya tenía la experiencia suficiente (muchas cosas desafortunadas pueden sucederles a quienes se agarran a las barandillas de alivio sin fijarse en el tiempo que hace) para abrirse paso hacia el pequeño arco de madera que cruza el bauprés a uno o dos metros del extremo de la proa. Tenía unas barandillas que colgaban de él como un penol en miniatura, en las que Locke apoyó los pies mientras se bajaba los calzones. Las olas se convertían en espuma blanca al chocar contra la proa y le mojaban las piernas por detrás.

—Por los dioses —dijo—, jamás hubiera creído que mear fuera toda una aventura.

—Ah del puente —decía la voz del vigía instantes después—. Es una flauta. Redonda y rolliza. Mantiene el rumbo y el velamen igual que antes.

—¿Qué pabellón?

—No veo ninguno, teniente.

Una flauta. Locke sabía qué significaba ese término: un buque mercante de popa redondeada con una fea proa curva. Aunque era muy manejable para ser un buque mercante, cualquier bergantín como el *Orquídea* podría bailar alrededor de él todo lo que quisiera. Ninguna expedición pirata ni militar emplearía un bajel de aquel tipo. En cuanto se le acercaran lo suficiente, comenzaría el combate.

—Ja —murmuró—, y yo aquí, con los calzones bajados.

5

El sol salió por detrás de su presa con su fulgor de oro en fusión, circundando aquella silueta baja y negra con un semicírculo carmesí. Locke estaba de rodillas junto a la barandilla de estribor del castillo de proa, intentando no molestar. Entornó los ojos y se los cubrió con una mano a modo de visera, para evitar el reflejo del sol. El cielo oriental era una hoguera de rojo y rosa; el mar un rubí líquido que se iba extendiendo como una mancha a medida que el sol subía hacia lo alto.

Una mancha negra de humo subía a pocos metros por la parte a sotavento del combés del *Orquídea Emponzoñada*, una intrusión de mal agüero en el límpido aire de la aurora. La teniente Delmastro se ocupaba personalmente de los barriles de humo. El *Orquídea* avanzaba con las gavias, habiendo plegado las principales y las anteriores; aquello servía tanto para aprovechar la brisa como para evitar que se quemaran si el buque se incendiaba.

—Vamos, miserables papanatas —decía Jean, que estaba sentado a su lado—. Mirad hacia la izquierda, por el amor de Perelandro.

—Quizá ya nos estén viendo —dijo Locke—. Y quizá les importemos una mierda.

—No han cambiado el velamen —dijo Jean—, porque ya nos lo habrían dicho los

vigías. Deben de ser los tipos menos curiosos y más miopes y atontados que jamás hayan puesto velas en los mástiles.

—¡Ah del puente! —el vigía del palo principal parecía excitado—. ¡Informad al capitán de que está virando a babor!

—¿A qué distancia está? —Dalmastro se apartó de los barriles de humo—. ¿Se dirige de frente hacia nosotros?

—No, ahora está a unos tres cuartos.

—Quieren vernos de cerca —dijo Jean—, pero no creo que vayan a ponerse a tiro tan pronto.

En ese momento se escuchó una orden procedente del alcázar y Delmastro tocó tres veces seguidas su silbato.

—¡Guardia de fregonas! ¡Guardia de fregonas al alcázar!

Entonces ambos echaron a correr hacia la popa, dejando atrás a varios tripulantes que sacaban unos arcos bien cuidados de debajo de sus protecciones de tela y los encordaban. Tal y como Delmastro había ordenado, la mitad de la guardia usual estaba en el puente; los que se encargaban de preparar las armas estaban agachados u ocultos detrás de los mástiles y de las jaulas de las gallinas. Drakasha los esperaba en la barandilla del alcázar, esperando a que llegaran para hablarles.

—Aún tienen el tiempo y el espacio suficientes para virar en redondo. Es una flauta, por lo que dudo de que puedan escapársenos cualesquiera que sean las condiciones meteorológicas; pero pueden hacernos sudar para alcanzarlos. Aunque mi estimación es de seis o siete horas, ¿quién podría resistir tantas horas de aburrimiento? Así que vamos a hacer lo posible para parecer un bergantín incendiado y tentarles para que se comporten como personas sociables.

»Os ofrecí la posibilidad de demostrar vuestra valía, así que vais a convertiros en los dientes de esta trampa. Seréis los primeros en atacar. Pero si no queréis pelear, os devolveremos al castillo inferior para que sigáis perteneciendo a la guardia de fregonas hasta que nos cansemos de vosotros.

»En cuanto a mí, debo confesaros que esta mañana me he levantado con mucha hambre. Eso quiere decir que me apetece apresar ese buque tan rollizo. ¿Quién de entre vosotros quiere luchar a cambio de conseguir un puesto en mi nave?

Locke y Jean levantaron los brazos al aire, junto con todos los que les rodeaban. Locke echó un rápido vistazo a su alrededor y comprobó que nadie había querido perderse aquella oportunidad.

—Bien —dijo Drakasha—. Tenemos tres botes en los que caben treinta hombres. Os los daré. En un principio, vuestra misión será la de parecer unos pobrecitos y quedaros cerca del *Orquídea*. Luego, a mi señal, bogaréis como un rayo y atacaréis desde el sur.

—Capitana —dijo Jabril—, ¿qué pasará si no podemos tomar el buque con

nuestras propias fuerzas?

—Si el número o las circunstancias juegan en contra vuestra, ocupad y defended toda la cubierta que podáis. Yo acercaré el *Orquídea* hasta una de sus bordas y me aferraré a él. Nada de lo que haya en ese buque podrá resistir el abordaje de cien nuevos hombres.

Será de gran ayuda para los que hayamos muerto o estemos a punto de morir, pensó Locke. Por si no acababa de comprender el sentido de lo que estaban a punto de acometer, la punzada de ansiedad que sentía en el estómago se lo recordaba.

—¡Capitana! —un vigía gritaba desde lo alto del palo mayor—. ¡Acaban de enarbolar el pabellón de Talisham!

—Puede ser una trampa —murmuró Jabril—. Un engaño plausible. A la hora de enarbolar un pabellón falso, saca el de Talisham, porque tiene una pequeña flota. Y no está en guerra con nadie.

—No tan plausible, creo yo —dijo Jean—. Si contara con alguna escolta, ¿por qué no iba a llevarlo todo el tiempo? Sólo quienes ocultan algo se preocupan de esconder su pabellón.

—En efecto. Y también los piratas —Jabril hizo una mueca.

La voz de la capitana Drakasha se impuso a los comentarios de todos los presentes:

—¡Del! Pon uno de tus barriles de humo junto a la borda de estribor. Delante de las escaleras del alcázar.

—¿Quiere humo en el puente de barlovento, capitana?

—Una buena mancha de humo que cubra el alcázar —dijo Drakasha—. Si deciden comunicarse mediante señales, necesitamos una excusa para seguir callados.

El flacucho maestro de las velas, que empuñaba la rueda del timón a menos de un metro por detrás de donde estaba Drakasha, carraspeó con fuerza. Ella sonrió, como si acabara de ocurrírsele una idea. Volviéndose al marinero que tenía a la izquierda, dijo:

—Saca tres banderines de señales del cofre de las banderas y que ondeen en la popa. Amarillo sobre amarillo y sobre amarillo.

—Todas las almas en peligro —comentó Jean—. Es una señal para que se acerquen, y muy seria.

—Pensaba que era la señal de andar en apuros —dijo Locke.

—Deberías haberte leído el libro más despacio. Tres banderines amarillos dicen que estamos tan mal que les permitimos que se lo lleven todo excepto lo que tengamos encima. La ley dice que podrán quedarse con todo lo que puedan salvar.

Delmastro y su tripulación acercaron un barril de humo a la barandilla de estribor y lo encendieron con una mecha alquímica. Unos zarcillos de humo gris comenzaron a enroscarse en el alcázar, expulsando la nube negra que antes había dominado la

parte de sotavento. En la barandilla de popa, un par de marineros estaba izando los tres banderines amarillos que revoloteaban al viento.

—Más vigías a la arboladura y a las barandillas para ayudar a Mumchance —dijo Drakasha—. Los arqueros se levantarán a la vez. Mantened vuestras armas en el suelo de las cofas; escondeos si podéis y pareced tranquilos hasta que dé la señal.

—¡Capitana! —los vigías del palo mayor gritaban una vez más—. ¡Acaba de virar para cerrarnos el paso y está izando más velas!

—¡Es muy divertido ver cómo se les ha ablandado el corazón nada más ver la señal! —dijo Drakasha—. ¡Utgar!

Un joven vadraní de aspecto muy agradable, cuya cabeza afeitada contrastaba por lo colorada con la barba negra que llevaba, apareció al momento al lado de la teniente Delmastro.

—Esconde a Paolo y a Cosetta en la cubierta inferior —dijo Zamira—. Vamos a tener una conversación.

—Sí —dijo, y salió corriendo hacia las escaleras que subían del castillo.

—En cuanto a vosotros —dijo Drakasha, dirigiéndose a la guardia de fregonas—, las hachas y los sables han sido dispuestos junto al trinquete. Coged lo que os plazca y esperad para echar una mano con los botes.

—¡Capitana Drakasha!

—¿Qué sucede, Ravelle?

Locke se aclaró la garganta mientras ofrecía una plegaria silenciosa al Decimotercero Sin Nombre por lo que iba a hacer. Era el momento de cumplir un buen gesto; si no hacía algo para devolverle a Ravelle parte del prestigio que había tenido, acabaría como uno más de la tripulación, postergado por el fracaso del pasado. Si quería terminar con aquella parte de la misión, necesitaba que le respetaran. Estaba obligado a cometer una gran locura.

—Yo tuve la culpa de que estos hombres estuvieran a punto de morir en el *Mensajero*. Eran mi tripulación, y hubiera debido cuidarlos mejor. Ahora se me ofrece la oportunidad de redimirme. Quiero… el asiento delantero del bote que vaya en cabeza.

—¿Quiere que le permita dirigir el ataque?

—No dirigirlo —dijo Locke—, sino ir delante. Si alguno de nosotros ha de ser herido, quiero ser el primero en derramar su propia sangre. Quizá así se salve el que esté a mi espalda.

—Eso también se aplica a mí —dijo Jean, poniendo una mano en el hombro de Locke—. A donde él va, yo le acompaño.

Que los dioses te bendigan, Jean, pensó Locke.

—Si lo que quieren es detener un tiro de ballesta —dijo Drakasha—, no les diré que no —no obstante, parecía un poco desconcertada y sólo aprobó con un

asentimiento la petición de Locke cuando el gentío comenzó a romper filas para ir en busca de las armas.

—¡Capitana! —la teniente Delmastro dio un paso al frente, las manos y los antebrazos manchados de hollín por culpa de los barriles de humo. Echó una rápida mirada a Locke y a Jean y dijo—: ¿*Quién* traerá de vuelta los botes?

—No te preocupes, Del. Voy a enviar a un Orquídea en cada bote; lo que la guardia de fregonas haga después de subir por los costados del buque será asunto suyo.

—Quiero hacerme cargo de los botes.

Drakasha se la quedó mirando durante varios segundos y no dijo nada. De cintura para abajo estaba rodeada por el humo gris.

—No hice nada cuando capturamos al *Mensajero*, capitana —dijo Dalmastro muy deprisa—. De hecho, llevo varias semanas sin divertirme con la captura de un buque.

Drakasha apartó la mirada hacia Jean y frunció el ceño.

—Me estás pidiendo una recompensa.

—Sí. Pero una que valga la pena.

Drakasha suspiró.

—Ya tienes los botes, Del. Y recuerda que Ravelle también tiene lo que quería.

Traducción: Si tiene que parar la flecha dirigida a alguien, asegúrate de que sea la que iba para ti, pensó Locke.

—No se arrepentirá, capitana. ¡Guardia de fregonas! ¡Armaos y esperadme en el combés! —Delmastro subió corriendo por las escaleras del castillo y se cruzó con Utgar, que llevaba a los hijos de Drakasha bien cogidos con ambas manos.

—Eres un tipo atrevido y estúpido, Ravelle —dijo Jabril—. Por eso creo que vuelves a caerme bien.

—… Por lo menos puede luchar, pues eso sí lo hace bien —decía uno de aquellos hombres—. Teníais que haberlo visto la noche en que despachó al guardia, cuando nos llevamos el *Mensajero*. ¡Toma! Le dio un directo y el otro se dobló. Ya veréis cómo esta misma mañana nos enseña a todos una o dos cosas. Sólo tenéis que esperar.

Entonces Locke se sintió muy contento por haber fastidiado todo lo que tenía que fastidiar.

En el combés, una mujer de la tripulación ya mayor montaba guardia ante unos barriles pequeños llenos a rebosar con las hachas y sables prometidos. Jean tomó un par de hachas, las sopesó y arrugó el entrecejo al ver que Locke dudaba delante de los barriles.

—¿Tienes alguna idea de lo que vas a hacer? —susurró.

—Ni la más mínima —dijo Locke.

—Toma un sable e intenta sentirte cómodo con él.

Locke tomó un sable y lo miró como si se sintiera tremendamente satisfecho.

—Uno que tenga vaina y cinturón —le explicó Jean—; luego coge una segunda arma y póntela en él. Nunca se sabe si tú o alguien podréis necesitarla.

Mientras media docena de hombres seguían su consejo, se acercó cautelosamente a Locke y le susurró en el oído.

—Quédate a mi lado. Quédate a mi lado y no te menees. A lo mejor no tienen arcos.

La teniente Delmastro regresó con los hombres llevando su chaleco de cuero negro y los brazales, así como su cinturón lleno de diversas armas cortantes. Locke observó que las cazoletas de sus sables estaban formadas por un mosaico de laminillas de cristal antiguo.

—Aquí, Valora —lanzó a Jean un collar de cuero de los que se empleaban en el combate y levantó en alto su cola de caballo para dejar el cuello al descubierto—. Ayude a una chica.

Jean colocó el collar alrededor de su cuello y lo cerró de golpe por detrás. Ella movió la cabeza de un lado hacia otro, asintió y levantó los brazos.

—¡Escuchad! Hasta que no demos a entender lo contrario, todos somos unos pasajeros acaudalados y gente estirada de tierra adentro que se han metido en estos botes para salvar sus preciados pellejos.

Dos hombres de la tripulación hacían la ronda que le tocaba a la guardia de fregonas y cargaban con sombreros finos, casacas de brocado y otras cursilerías. Delmastro tomó una sombrilla de seda y se la puso a Locke entre las manos.

—Tome, Ravelle, quizá pueda protegerle algo.

Locke agitó la sombrilla por encima de la cabeza con exagerada beligerancia y obtuvo algunas risitas nerviosas.

—Como dijo la capitana, habrá un Orquídea por bote para asegurarnos de no quedarnos sin ellos por si nadie vuelve —dijo Delmastro—. Me llevo conmigo a Ravelle y a Valora en el pequeño bote del *Mensajero* que les disteis. Y tú y tú —señaló a Streva y a Jabril—. A menos que algo nos lo impida, seremos los primeros en atracar a su lado y en subir.

Oscarl, el contramaestre, apareció con un pequeño grupo de ayudantes que llevaban cuerdas y aparejos con los que bajar los botes hasta el agua.

—Una cosa más —dijo Delmastro—. Si piden cuartel, concedédselo. Si dejan caer las armas, respetadlos. Si no sueltan las armas, matadlos cuando estén completamente jodidos. Y si comenzáis a sentir pena por ellos, sólo recordad la señal que tuvimos que ondear para que se decidieran a ayudar a un buque en llamas.

6

Para Locke, el incendio del buque parecía auténtico desde el agua. Todos los barriles de humo se habían apagado; el buque arrastraba consigo una nube gris y negra que envolvía todo menos el alcázar. La figura de Zamira aparecía por aquí y por allá con su catalejo, que reflejaba fugazmente la luz del sol, antes de volver a sumirse en la negrura circundante. Una cuadrilla de tripulantes había subido hasta el centro del buque varias bombas y unas cuantas mangueras (pero cerca de la barandilla, donde mejor se veían) con las que echaban chorros de agua a la nube de humo, aunque lo único que hacían era lavar la cubierta.

Locke se sentaba en la proa del pequeño bote, sintiéndose un poco ridículo con la sombrilla en la mano y la casaca bordada en plata que se había echado sobre los hombros a modo de capa. Jean y Jabril ocupaban los remos delanteros, Streva y la teniente Delmastro los traseros, mientras que un tripulante muy bajito, llamado Vitorre (apenas era más que un niño) se acurrucaba en la popa para llevarse el bote después de que hubieran abordado la flauta.

Aquel buque, cuyo casco poseía unas formas tan curiosamente redondeadas, era visible a simple vista y se encontraba más hacia el norte, formando un ángulo con ellos. Locke estimó que interceptaría al *Orquídea Emponzoñada* en diez minutos, más o menos.

—Comencemos a remar para acercarnos —dijo Delmastro—. Ahora nos están esperando.

Su bote y los otros dos, que eran más grandes, habían estado varados a unos cien metros al sudeste del *Orquídea*. Cuando los cuatro remeros comenzaron a bogar hacia el norte, Locke vio que los demás hacían lo mismo y los seguían.

Se desplazaban por encima de las olas, que eran bastante bajas, y cabeceaban. El sol había comenzado a subir y a calentar; habían abandonado el buque a las siete y media de la mañana. Los remos rechinaban rítmicamente en sus soportes; en aquel momento se encontraban enfrente del *Orquídea*, y el recién llegado estaba a media milla al noreste de ellos. Si la flauta se olía la trampa e intentaba huir hacia el norte, el *Orquídea* tendría que soltar trapo para correr tras ella. Pero si intentaba huir hacia el sur, los botes lo interceptarían.

—Ravelle —dijo Delmastro—, las cizallas de cortar, ¿las ve?

Locke bajó la vista. Metido debajo de su asiento había una herramienta con unos goznes y un par de mangos que tenía una pinta tremenda. Aquellos mangos servían para mover una mandíbula de metal.

—Creo que sí.

—Los arcos no son lo peor que nos aguarda. Las redes antiabordaje son mucho peores, porque pueden cortarnos en rodajas cuando intentemos escalar el buque para llegar al puente. Si han echado las redes, *tendrá* que emplear las cizallas para abrirnos camino.

—Y no morir en el intento —dijo—. Creo que ya la entiendo.

—La buena noticia es que no creo que hayan puesto las redes, porque les saldría el tiro al revés. No van a ponerlas cuando esperan a los pasajeros que llegan en unos botes. Si nos acercamos lo suficiente antes de que descubran nuestra jugada, ya no tendrán tiempo de ponerlas.

—¿Y cuándo será el momento de descubrir nuestra jugada?

—Confíe en mí. Ya lo sabrá.

7

Zamira Drakasha estaba en la barandilla de estribor del alcázar tomándose un descanso del humo. Estudiaba con el catalejo la flauta cada vez más cercana; tenía una decoración muy elaborada en el extremo romo de la proa, y un símbolo fantástico pintado con oro y negro en los costados del casco. No estaba mal; si el buque estaba tan bien cuidado, podía llevar un cargamento respetable y algo de dinero.

Un par de oficiales se encontraban en el puente, estudiando el buque de ella con sus catalejos. Agitó la mano con lo que suponía que era un signo de amistad y no recibió respuesta.

—Bueno —murmuró—, pues no tardaréis mucho en devolverme el saludo.

Las pequeñas y oscuras siluetas de la tripulación se amontonaban en la cubierta de la flauta, justo a un cuarto de milla de distancia. Sus velas se estremecían, y su casco (demasiado largo para Zamira)… ¿aún se movía? No. Sólo era la inercia, que le hacía virar una o dos cuartas a estribor para quedarse cerca, pero no *demasiado*. Pudo ver en medio del buque un equipo de bombas y mangueras que arrojaban un chorro de agua para mojar con él la parte más baja del velamen de la flauta. Hay que tener mucho cuidado al acercarse a alguien que arde en el mar.

—Equipo de señales —dijo ella—, preparados.

—Sí, capitana —dijo un coro de voces desde la parte del alcázar cubierta por el humo.

Sus botes estaban cortando las olas que separaban ambos buques. Ravelle iba en el de delante con su sombrilla, como si fuera una seta plateada y estrecha de capuchón blanco. Y Valora y Ezri… ¡qué diablos! La petición de Ezri no le había dejado más opción que decirle sí para no parecer una idiota delante de la guardia de fregonas. Tendría unas palabras con aquella mujer bajita… si los dioses querían lo suficiente a Zamira para devolverle viva a su teniente.

Estudió a los oficiales de la flauta, que se movían desde la proa a la barandilla de babor. Parecían unos tipos grandes, aunque quizá con demasiada ropa encima para aquella época del año. Sus ojos ya no eran los mismos que hacía veinticinco años… Mientras miraban ensimismados por sus catalejos, ¿se estaban dando codazos?

—¿Capitana? —preguntó uno de los miembros del equipo de señales.

—Aguantad —dijo—, aguantad… —cada segundo disminuía la distancia que separaba al *Orquídea* de su víctima. Aunque se desplazaban muy despacio y virando, la deriva los empujaba cada vez más cerca… más cerca. Uno de los oficiales de la flauta apuntó con el dedo, luego agarró al otro por el hombro y volvió a apuntar. Ambos miraron al unísono por sus catalejos.

—¡Ah! —exclamó Zamira. Ahora ya no tenían ninguna posibilidad de huir. Sintió que un nuevo vigor impulsaba sus pasos y le confería mayor seguridad; era como si acabaran de caérsele de encima de sus hombros la mitad de los años que tenía. Dioses, cuán dulce era el momento en que los otros comprendían lo jodidos que estaban.

Cerró el catalejo de golpe, agarró el megáfono del puente y vociferó para que la escucharan a todo lo largo de su buque:

—¡Arqueros, preparados en las cofas! ¡Todos al puente! ¡Todos al puente! ¡Ocupad la barandilla de estribor! ¡Tapad los barriles de humo!

El *Orquídea Emponzoñada* se estremeció; siete docenas de manos apoyaron las escalas, saliendo de las escotillas con armas y armaduras, gritando mientras llegaban. Los arqueros aparecieron por detrás de los mástiles, se arrodillaron en sus plataformas de combate y plantaron flechas en sus resplandecientes arcos.

Zamira no necesitaba el catalejo para ver las siluetas de los oficiales y de la tripulación corriendo como posesos por el puente de la flauta.

—¡Démosles algo para que se meen de verdad en los calzones! —exclamó sin necesitar el megáfono—. ¡IZAD LA CARMESÍ!

Los tres banderines amarillos que ondeaban encima del alcázar se estremecieron y acto seguido cayeron a plomo en la neblina gris. Como si naciera de la negrura en ebullición de los últimos humos que aún quedaban, una gran bandera roja ondeó al viento, tan brillante como el sol matutino que domina desde lo alto una tormenta.

8

—¡Sin miedo! —exclamó la teniente Delmastro—. ¡Sin miedo! —cuando la bandera de color rojo-sangre ondeó en toda su extensión por encima de la popa del *Orquídea* y la primera horda de tripulantes frenéticos se agolpó en su barandilla de estribor, los tres botes se abalanzaron por encima de las olas.

Locke se quitó la casaca y soltó la sombrilla, para arrojarlas acto seguido por la borda y sin caer en la cuenta de que representaban una buena suma de dinero. Tomó aire con profundas boqueadas y miró por encima del hombro mientras se acercaban al costado cada vez más próximo de la flauta, una escarpada superficie de madera que resultaba tan imponente como un castillo que flotara. Por los dioses a los que tanto

quería, iba a entrar en combate. ¿Cómo diantre *podía* hacer tal cosa?

Se mordió las mejillas por dentro para concentrarse y se agarró a las bordas hasta que los nudillos se le quedaron blancos. *Maldición,* no era el gran gesto que había estado preparando. No podía permitírselo. Respiró profundamente para tranquilizarse.

Locke Lamora era bajito, pero la Espina de Camorr era algo grande. La Espina era invencible ante las espadas, los encantamientos y las burlas. Locke pensó en el halconero sangrando a sus pies. En el Rey Gris muerto por su hoja. En las fortunas que habían pasado por sus dedos, y entonces sonrió.

Lenta y cuidadosamente desenvainó el sable y lo agitó en el aire. Los tres botes ya casi estaban alineados, creando pequeños triángulos de espuma en el mar a menos de un minuto de su blanco. Al atacar a aquel buque, Locke había decidido mantener la mayor de las mentiras de toda su vida. Y aunque era muy posible que fuera a morir en los próximos minutos, por los dioses que lo haría como la Espina de Camorr. Para aquella gente era el *jodido* capitán Orrin Ravelle.

—¡Orquídeas! ¡Orquídeas! —allí, en la parte delantera del bote, era como un mascarón de proa, moviendo el sable como si pudiera embestir con él la flauta y abrir un boquete en su costado—. ¡Remad por el botín! ¡Remad por vuestra estima! ¡Seguidme, Orquídeas! *¡Más ricos y astutos que nadie!*

El *Orquídea Emponzoñada* dejó atrás el poco humo que lo envolvía, arrastrando unas hilachas grises que salían del alcázar como si acabaran de librarse de la mano espectral con la que algún dios menor los hubiese aferrado. La numerosa tripulación que atestaba la barandilla volvió a lanzar vítores y luego enmudeció. Las velas del buque comenzaron a ondear. Drakasha estaba virando deprisa para acercar su buque por estribor. Si ejecutaba bien la maniobra, llegaría por la amura de estribor y se situaría en paralelo a la flauta, lo suficientemente cerca para abordarla.

El súbito silencio de los Orquídeas permitió a Locke escuchar por vez primera los sonidos que salían de la flauta: órdenes, pánico, discusiones, consternación. Y después, por encima de todos ellos, una voz tan aguda como desesperada que hablaba por un megáfono:

—¡Sálvennos! ¡Por el amor de los dioses, sálvennos… por favor, suban hasta aquí y sálvennos!

Locke no tuvo tiempo para pensar; acababan de llegar ante el casco de la flauta y de darse un buen golpe con el muro de planchas mojadas de su costado de sotavento. El buque se movía un poco, creando la ilusión de que iba a volcarse y a aplastarlos. Milagrosamente, unas lonas y una red de abordaje fueron al alcance de sus manos. Locke saltó hacia la red y levantó el brazo donde llevaba el sable.

—¡Orquídeas! —exclamó mientras escalaba aquella pared de cañamazo húmedo con la exultación que le confería el miedo—. ¡Orquídeas! ¡Seguidme!

El momento de la verdad: su mano izquierda acababa de tocar el extremo del

puente que se encontraba por encima de la red de abordaje. Por si alguien le esperaba a otro lado, apretó los dientes y lanzó un sablazo furioso que resultó un tanto desmañado. Entonces franqueó la barandilla, se dejó caer al otro lado (el puerto de embarque estaba a pocos metros) y se puso en pie, tropezando y gritando como un loco.

La cubierta era un caos, y nadie se preocupó de él. No había redes antiabordaje ni arqueros, ni muros de alabardas ni espadas para recibir a los invasores. La tripulación y las mujeres corrían presas del pánico. Una manguera abandonada yacía en cubierta, cerca de los pies de Locke, como una serpiente oscura, ya muerta, que vomitase agua de mar en un charco cada vez mayor.

Uno de los hombres de la tripulación resbaló en aquel charco y salió disparado hacia él, golpeándole. Locke levantó el sable y el hombre se agachó, extendiendo las manos hacia él para que comprobara que estaba desarmado.

—Queríamos rendirnos —dijo, atragantándose—. ¡Eso queríamos! ¡Pero no nos dejaron! ¡Por los dioses, ayúdenos!

—¿Quiénes? ¿*Quiénes* no les dejaron que se rindieran?

El tripulante señaló con el dedo el alcázar y Locke se volvió para ver qué sucedía.

—Vaya, por todos los diablos —susurró.

Había al menos veinte de ellos, todos hombres, salidos del mismo molde. Morenos, fornidos, musculosos. Sus barbas estaban bien arregladas, la cabellera que les llegaba a los hombros, ensartada en cuentas que tintineaban al chocar entre sí. La cabeza la llevaban todos cubierta con unas telas de color verde brillante, y Locke supo por experiencias anteriores que las mangas oscuras que cubrían sus brazos no eran tal, sino versos sagrados tatuados en ellos con tintas negra y verde, pero con una escritura tan prieta que habían cubierto cualquier resquicio de piel que hubiese podido quedar debajo.

Redentores de Jerem. Maníacos religiosos que se creían la única esperanza de redención para los actos pecaminosos cometidos en su depravada isla. Ellos mismos sacrificaban su vida a los dioses de Jerem, recorriendo el mundo en grupos de exiliados, viviendo con el mismo recogimiento que los monjes hasta que alguien o algo los amenazaba.

Habían hecho un voto sagrado en virtud del cual debían matar o ser muertos cuando alguien les hiciera violencia; morir honorablemente por Jerem o exterminar de un modo implacable a quienquiera que levantase una mano contra ellos. Todos miraban a Locke con mucha, pero que mucha, atención.

—¡El pagano nos ofrece la ocasión de lavarnos con sangre! —el Redentor que se encontraba a la cabeza del grupo señaló a Locke y enarboló su maza de madera de álamo negro reforzada con bronce—. ¡Lavemos nuestras almas en la sangre pagana! ¡MATAD, POR LA SAGRADA JEREM!

Con las armas en alto, se precipitaron hacia las escaleras del alcázar y bajaron por ellas a toda prisa, dirigiéndose hacia Locke mientras daban una excelente demostración de cómo gritan *realmente* los locos. Un tripulante que intentó apartarse de su camino fue barrido, el cráneo partido como un melón por la maza del líder. Los demás pisotearon su cuerpo al cargar.

Locke ni siquiera podía hacer nada para evitar aquella situación. Y como la contemplación de aquella muerte tan demencial en el fragor del combate era completamente ajena para él, lanzó una risotada. Aunque estuviera aterrorizado hasta los tuétanos, comprendió que en aquellos momentos su libertad era absoluta. Así que levantó su sable, que de poco podría valerle, y cargó contra ellos, sintiéndose tan ligero como el polvo que arrastra la brisa y diciendo mientras corría:

—¡Vamos! ¡Venid! ¡Enfrentaos a Ravelle! ¡Los dioses os envían vuestra perdición, HIJOPUTAS!

Moriría pocos segundos después. Si Jean hubiera estado con él, seguro que hubiese podido hacer otros planes, como siempre.

El líder de los jeremitas cargó contra Locke, añadiendo al hecho de que pesaba el doble su criminal fanatismo, mientras la sangre y la luz del sol relucían en el bronce que tachonaba su maza. Entonces, donde había estado su rostro apareció un hacha, cuyo mango salía del aplastado agujero donde antes se encontraba un ojo. El impacto, no con la maza sino con el cadáver que acababa de aparecer, lanzó a Locke hacia el puente y vació el aire de sus pulmones. Una sangre caliente le salpicó en cuello y rostro, mientras luchaba denodadamente para salir de debajo de aquel cuerpo retorcido. La parte del puente donde se encontraba hervía con siluetas que pataleaban, tropezaban, gritaban y caían.

El mundo se disolvió en una serie de imágenes y de sensaciones inconexas. Locke apenas tuvo tiempo de catalogarlas a medida que aparecían y desaparecían ante su mirada…

Lanzas y espadas sólo significaban para él algo que poder clavar en el cuerpo del jefe de los jeremitas. Una estocada desesperada, practicada con su sable, y la confusión ocasionada al caer y golpear la parte interior de uno de los muslos desprotegidos de un jeremita. Jean arrastrándole por los pies. Jabril y Streva guiando a otros Orquídeas hasta el puente. La teniente Delmastro luchando codo a codo con Jean, que, con la cazoleta forrada con cristal antiguo de uno de sus sables, acababa de convertir en carne viva el rostro de un Redentor. Sombras, movimientos, sonidos discordantes.

Era imposible permanecer al lado de Jean; la presión de los Redentores era excesiva, el número de los golpes que lanzaban, enorme. Locke resultó golpeado por otro cadáver que se desplomaba y cayó hacia la izquierda, golpeando a ciegas y con frenesí mientras lo hacía. El puente y el cielo giraron a su alrededor hasta que se

encontró dando vueltas en el aire.

La bodega principal tenía abierta la escotilla.

Lleno de desesperación, comprobó que no se había roto nada y regresó rápidamente a donde antes se encontraba. Un rápido vistazo a la bodega acababa de revelarle que la ocupaban tres jeremitas. Se puso en pie, tambaleándose, y fue atacado de inmediato por otro jeremita; parando una estocada tras otra, lo esquivó yéndose hacia la izquierda e intentando apartarse del borde de la escotilla de carga. Mala idea: acababa de aparecer un nuevo contrincante con la lanza empapada en sangre.

Locke sabía que no podría luchar con aquellos dos individuos ni eludirlos mientras siguiera teniendo detrás la escotilla. Así que pensó lo más deprisa que podía. Inmediatamente antes de que el ataque comenzara, la tripulación de la flauta intentó bajar el pesado barril que se encontraba en la bodega principal del puente. Aquel barril, de algo menos de metro y medio de diámetro, aún colgaba de una red dispuesta encima de la escotilla de la bodega.

Locke atacó salvajemente a sus oponentes para hacerles retroceder. Luego giró los talones y saltó con todas sus fuerzas. Después de chocar con el barril y casi quedarse atontado por el golpe, se agarró a la red y movió las piernas como quien intenta mantenerse a flote en el agua. Cuando el barril se movió como si fuera un péndulo, Locke se subió encima de él.

Desde allí arriba pudo ver bastante bien lo que sucedía. Más Orquídeas estaban entrando por babor en la refriega, de suerte que Delmastro y Jean acorralaban al grupo principal de Redentores hasta las escaleras del alcázar. La parte de la cubierta donde se encontraba Locke era una confusa maraña de luchadores: ropajes verdes y cabezas afeitadas por encima de toda suerte de armas.

Repentinamente, el jeremita armado con una lanza intentó clavársela, y su acero pavonado mordió la madera a pocos centímetros de una de sus piernas. Locke le devolvió el golpe con ayuda de su sable, comprendiendo que el hecho de estar colgado de la red no le proporcionaba tanta seguridad como había supuesto. También le atacaban desde abajo… los jeremitas de la bodega le habían visto y no querían dejarle escapar.

Tenía que ser el primero en acometer cualquier locura.

Saltó hacia arriba, agarrándose con fuerza a una de las cuerdas que sujetaban el barril a un aparejo situado por encima para así evitar más lanzazos. No era buena idea cortar todas aquellas cuerdas, porque emplearía en ello varios minutos. Intentó recordar todos los dispositivos de cuerdas y poleas que Caldris le había obligado a aprender. Sus ojos recorrieron la única cuerda tirante que partía desde el aparejo hasta una polea situada en una de las esquinas de la escotilla. En efecto… aquella cuerda recorría la cubierta, oculta bajo la masa de combatientes. Debía de llegar hasta algún

cabrestante, de modo que si la cortaba…

Apretando los dientes, dio a aquella cuerda un fuerte golpe con la hoja de su sable y sintió cómo mordía el cáñamo. Un hacha arrojadiza silbó por encima de uno de sus hombros, no llegando a alcanzarle por el grosor de un dedo meñique. Volvió a golpear con el sable aquella cuerda una y otra vez, comunicando a la hoja toda la energía que le quedaba. Al cuarto intento, la cuerda se deshilachó con un tañido y el peso del barril la partió en dos. El barril cayó a la bodega mientras Locke apretaba con fuerza los ojos. Alguien gritó, evitándole la molestia de gritar él mismo. El barril se estrelló con un ruido atroz. El momento cinético de Locke le lanzó con fuerza contra su parte de arriba. Cuando su barbilla tocó la madera fue despedido hacia un lado, aterrizando de una manera poco digna en el suelo. Un líquido cálido y oloroso se derramó sobre él… cerveza. Salía a borbotones del barril.

Con un gemido, Locke se puso de pie. Uno de los Redentores no se había movido con la suficiente rapidez, siendo aplastado por el barril y muriendo al instante. Los otros dos, despedidos hacia un lado por el impacto, aún estaban aturdidos a pesar de que buscaran de un modo desmañado sus armas.

Se lanzó sobre ellos y les rebanó la garganta antes de que se dieran cuenta. No se trataba de combatir sino de hacer un trabajo propio de ladrones, de suerte que lo cumplió mecánicamente. Luego entornó la mirada y miró a su alrededor para ver si tenía que rematar a alguien más; un antiguo y lógico hábito de ladrón que era muy difícil de olvidar.

Una forma enorme y oscura chapoteó al pisar la cerveza, prácticamente a su lado. Uno de los jeremitas que le habían estado incordiando arriba acababa de saltar los dos metros que le separaban de la bodega. Pero la cerveza, que seguía derramándose, era traicionera; los pies del Redentor resbalaron en ella al caer y su dueño cayó de espaldas. Con fría resolución, Locke le clavó el sable en el pecho y arrebató la lanza de sus manos moribundas.

—Por culpa de la bebida —musitó.

La lucha proseguía arriba. Por el momento, estaba sólo en la bodega con su victoria de pacotilla.

Cuatro enemigos muertos a los que había vencido con ayuda de la suerte, la sorpresa y la más evidente trapacería para conseguir lo que hubiera sido imposible en una pelea decente. Aceptó aquella victoria porque ellos jamás habrían dado ni aceptado cuartel, pero el bestial abandono al que se había entregado poco antes comenzaba a desvanecerse. A fin de cuentas, Orrin Ravelle era un fraude; volvía a ser el Locke Lamora de siempre.

Se echó encima de un montón de velas y de redes y se sirvió de la lanza para mantenerse de pie hasta que se le pasaran las náuseas.

—¡Dioses del cielo!

Locke se limpió la boca cuando Jabril y dos Orquídeas se deslizaron por la escotilla, descolgándose por su borde más que tirándose por ella. No creyó que le hubieran visto vomitar.

—Cuatro, vaya —prosiguió Jabril. Su camisa presentaba un buen desgarrón más arriba del corte superficial que tenía en el pecho—. Joder, Ravelle, y yo que pensaba que *Valora* sería el único que podría zurrarme…

Locke respiró profundamente para serenarse.

—Jerome. ¿Está bien?

—Al menos lo estaba hace un minuto. Le vi con la teniente Delmastro mientras ambos peleaban en el alcázar.

Locke asintió y luego agitó la lanza.

—A la cabina de popa —dijo—. Seguidme. Acabemos con esto de una vez.

Y les condujo a todo lo largo del puente principal de la flauta mientras la tripulación de ésta, que carecía de armas, se agachaba temerosa y se apartaba ante su paso. La puerta blindada de la cabina estaba cerrada; detrás de ella podía escucharse el sonido de una actividad frenética. Llamó a la puerta.

—¡Sabemos que están dentro! —exclamó, y luego, mirando a Jabril con una mueca de cansancio, añadió—. Esto me parece espantosamente familiar, ¿no crees?

—No pueden entrar por esta puerta —dijo una voz apagada desde el interior.

—Arrimemos el hombro —dijo Jabril.

—Antes que nada, permítame explicarme de una manera inteligente —dijo Locke; y luego, alzando la voz, añadió—: Punto primero: aunque esta puerta esté blindada, las ventanas de su cabina son de vidrio. Punto segundo: si no abre esta jodida puerta a la de diez, todos los hombres y mujeres de la tripulación serán ejecutados en el castillo. Puede quedarse escuchando y haciendo ahí dentro lo que sea.

Una pausa; Locke abrió la boca para seguir con su perorata. Entonces, con el chasquido metálico de un mecanismo bastante pesado, la puerta se abrió y un hombre bajo y de mediana edad, vestido con una larga casaca negra, apareció en ella.

—No lo hagan, por favor —dijo—. Me rindo. Me hubiera gustado rendirme antes, pero los Redentores me lo impidieron. Me encerré aquí dentro después de que me quitaran el mando. Mátenme si lo desean, pero respeten a mi tripulación.

—No sea estúpido —dijo Locke—. Nosotros no matamos a los que no combaten. Pero me agrada saber que usted no es un completo tonto del culo. El capitán del barco, supongo.

—Antoro Nera a su servicio.

Locke le agarró por las solapas y comenzó a llevarlo a trompicones hacia la barandilla de popa.

—Subamos al puente, señor Nera. Creo que debemos tratar con sus Redentores.

¿Qué diablos estaban haciendo en este buque? ¿Eran pasajeros?

—Se encargaban de la seguridad —musitó Nera. Locke se paró en seco.

—¿Es usted tan jodidamente idiota que no sabe que sólo con ver que alguien pelea enfrente de sus narices les entra un frenesí guerrero?

—¡Yo no los quería a bordo! Pero los armadores insistieron. Los Redentores no cobran, sólo piden comida y pasaje. Los armadores pensaron… bueno, quizá sólo querían ahuyentar a los que quisieran crear problemas.

—Interesante teoría. Pero sólo funciona si la gente sabe que están a bordo. No conocíamos su existencia hasta que cargaron contra nosotros formando una puñetera falange.

Locke salió hasta la barandilla de popa con Nera tras él, seguido por Jabril y los demás, para recibir en el alcázar la radiante luz de la mañana. Uno de los hombres arriaba el pabellón de la flauta entre un montón de cadáveres.

Por lo menos doce. La mayoría Redentores, con sus tocados verdes que flotaban al viento y una expresión de insólita satisfacción en el rostro. Pero por aquí y por allá también descubría a algunos de la tripulación que no habían tenido suerte; encima de las escaleras podía ver un rostro familiar… Aspel, con el pecho convertido en una ruina sanguinolenta.

Locke miró frenético a su alrededor y lanzó un suspiro de alivio al divisar a Jean, al parecer indemne, agachado cerca de la barandilla de estribor. La teniente Delmastro estaba a su lado, el cabello suelto, la sangre que manaba de su brazo derecho. Mientras Locke miraba, Jean arrancó una tira de tela del bajo de su casaca y comenzó a vendarle una de sus heridas.

Locke sintió una punzada que era mitad alivio y mitad melancolía; por lo general, él era quien al final de una lucha recibía los cuidados de Jean por haberse llevado la peor parte. En el calor de la batalla se había tenido que alejar de Jean. Comprendió que se sentía extrañamente preocupado por el hecho de que Jean no le hubiera seguido, pues siempre estaba pegado a sus talones y se preocupaba por él.

No seas animal, pensó. *Jean tiene sus propios problemas*.

—Jerome —dijo.

Jean giró rápidamente la cabeza; cuando estaba a punto de pronunciar la «L» con que comenzaba su falso nombre, se dio cuenta y rectificó:

—¡Orrin! ¡Estás hecho un desastre! ¡Dioses! ¿Estás bien?

¿Un desastre? Locke miró hacia abajo y descubrió que hasta la más mínima parte de sus ropas estaban empapadas en sangre. Se pasó una mano por la cara. Lo que había tomado por sudor o cerveza manchó su mano de rojo.

—No es mía —dijo—, creo.

—Estaba a punto de ir a buscarte —dijo Jean—. Ezri… la teniente Delmastro…

—Me pondré bien —dijo ella con un gemido—. Ese bastardo intentó atizarme

con un palo de mesana. Pero sólo golpeó al aire.

Locke acababa de ver en la zona del puente más próxima una de aquellas enormes mazas forradas con bronce, y, justo detrás de ella, un Redentor muerto que tenía clavado en el cuello uno de los característicos sables de Delmastro.

—Teniente Delmastro —dijo Locke—, le traigo al capitán de este buque. Permítame que le presente a Antoro Nera.

Delmastro apartó las manos de Jean y reculó hacia atrás para ver mejor. Unos hilillos de sangre le corrían por la frente y los labios.

—Señor Nera, bienvenido. Represento el bando que aún sigue en pie, aunque parezca lo contrario —hizo una mueca y apartó la sangre que le caía en los ojos—. Seré la responsable de enmendar esta carnicería una vez que su buque esté seguro, así que no me engañe. Por cierto, ¿cuál es el nombre del buque?

—El *Rey Pescador* —dijo Nera.

—¿Cargamento y destino?

—Tal Verrar, especias, vino, trementina y maderas finas.

—Y, además, un cargamento extra de Redentores jeremitas. No, cierre el pico. Ya nos lo explicará más tarde. Dioses, por lo que veo, Ravelle, *ha estado* muy atareado.

—No sabe la razón tan cojonuda que tiene —dijo Jabril mientras le daba una palmada en la espalda—. Él mismo acabó con cuatro en la bodega. A uno le echó encima un barril de cerveza y luego se cargó a los otros tres —Jabril chasqueó los dedos—. *Así* de fácil.

Locke suspiró mientras se ruborizaba. Se desperezó y parte de la sangre que le cubría cayó al puente.

—Bueno —dijo Delmastro—. No sólo diré que no me sorprende, sino que me complace muchísimo. Aunque no creo que pueda mandar nada que abulte más que un bote de pesca, sé que puede dirigir cualquier tipo de abordaje. Y creo que acabamos de redimir a media Jerem.

—Es muy amable —dijo Locke.

—¿Puede poner orden por mí en este buque? ¿Sacar a toda su tripulación del puente y encerrarlos bajo guardia en el alcázar?

—Sí que puedo. Jerome, ¿estará bien cuidada?

—Tiene unos cuantos golpes y unas pocas heridas, pero…

—He estado peor —dijo ella—. He estado peor y me he recuperado. Váyase con Ravelle si quiere.

—Yo…

—No me obligue a pegarle. Estaré bien.

Jean se levantó y se puso al lado de Locke, que acababa de empujar suavemente a Nera hacia donde estaba Jabril.

—Jabril, ¿quieres escoltar a nuestro nuevo amigo al alcázar mientras Jerome y yo

recogemos al resto de su tripulación?

—Sí, con mucho gusto.

Locke y Jean bajaron por las escaleras del alcázar y llegaron al amasijo de cuerpos que se hacinaban en mitad del buque. Más Redentores, más miembros de la tripulación… y cinco o seis de los hombres que él mismo había sacado de la Roca de Barlovento tres semanas antes. Se sentía incómodo al comprobar que todos los supervivientes le miraban. Consiguió captar algunas briznas de sus conversaciones:

—… Estaba riendo…

—Le vi cuando subió por el costado. Cargó contra ellos él solo…

—Jamás había visto nada parecido —era Streva, cuyo brazo izquierdo tenía todas las trazas de estar roto—. Reía y reía. Sin miedo, algo acojonante.

—… «Los dioses os envían vuestra perdición, hijoputas». Eso les dijo. Yo lo escuché…

—Sabes que tienen razón —susurró Jean—. Yo te he visto hacer cosas valientes y un tanto alocadas, pero eso… eso…

—Sólo fue locura y nada de valentía. Estaba fuera de mí, ¿sabes? Estaba tan cagado de miedo que no sabía lo que hacía.

—Pero en la bodega…

—A uno le tiré encima el barril —dijo Locke—. Y les corté el gaznate a otros dos mientras estaban inconscientes. El último tuvo la amabilidad de resbalarse en la cerveza para ponérmelo más fácil. Soy el mismo de siempre, Jean. No soy un guerrero sanguinario.

—Pues ahora creen que sí lo eres. Eso es lo que has conseguido.

Encontraron a Mal apoyado en el palo mayor, inmóvil. Sus manos se engarabitaban alrededor de la espada que tenía clavada en el estómago, como si intentara que nadie se la arrancara. Locke suspiró.

—Ahora mismo tengo lo que tú llamarías un conflicto de sentimientos —dijo.

Jean se arrodilló y cerró los párpados de Mal.

—Sé a qué te refieres —hizo una pausa como si sopesara las palabras que iba a decir—. Tenemos un serio problema.

—¿De veras? ¿Nosotros, un problema? No sé a qué puedes referirte…

—Esta gente es la nuestra. Esta gente son ladrones. Supongo que tú también lo ves así. No podemos entregárselos a Stragos.

—Pues entonces moriremos.

—Ambos sabemos que Stragos intentará matarnos de todas maneras.

—Cuanto más tiempo sigamos bailando al son que nos toca —dijo Locke— para cumplir alguna parte de la misión que nos encomendó, más cerca estaremos de conseguir ese antídoto. A medida que pasa el tiempo, esa posibilidad se desvanece… así que tenemos que hacer algo.

—Lo que tenemos que hacer es tomar partido por los que son como nosotros. Echa un vistazo a tu alrededor, por el amor de los dioses. *Toda* esta gente sólo vive para robar. Son como nosotros. Los preceptos por los que vivimos…

—¿Quieres *darme* una jodida clase acerca de lo que es vivir con dignidad?

—¿Por qué no? Pareces estar necesitándola…

—Cumplí mi obligación con la gente que sacamos de Tal Verrar, Jean, pero ellos y ahora todos los demás son desconocidos. Quiero hacer que Stragos pague por lo que ha hecho, y si para ello tengo que utilizarlos para conseguirlo, por los dioses que los utilizaré. Pero si tengo que hundir este buque y una docena de otros más, lo haré con un par de cojones.

—Por los dioses —Jean hablaba en voz baja—. Escucha lo que dices. Yo pensaba que era camorrí, pero tú eres la pura esencia de Camorr. Hace un momento te preocupaba la suerte de esa gente. ¡Ahora no te importaría que se fueran a pique con tal de cumplir tu venganza!

—*Nuestra* venganza —dijo Locke—. *Nuestras* vidas.

—Tiene que haber otra manera.

—Entonces, ¿qué quieres proponerme? ¿Largarnos de aquí? ¿Que pasemos unas pocas semanas tranquilos en las Islas del Viento Fantasma y que luego nos *muramos* sin armar ningún revuelo?

—Sí, si resulta necesario.

El *Orquídea Emponzoñada*, con muy escaso velamen, se acercó por la popa al *Rey Pescador*, interponiéndose entre éste y el viento. Los hombres y mujeres que atestaban la barandilla del *Orquídea* lanzaron tres fuertes vítores, cada uno más fuerte que el anterior.

—¿Has oído eso? No están vitoreando a la guardia de fregonas —dijo Jean—, vitorean a los suyos. Eso es lo que ahora somos. Parte de todo esto.

—Son desc…

—No son desconocidos —dijo Jean.

—Bueno —Locke echó una mirada hacia popa, a la teniente Delmastro, que se había puesto de pie y manejaba la rueda del *Rey Pescador*—, es posible que alguno de ellos sea menos desconocido para ti que para mí.

—Eh, aguarda un mom…

—Haz lo que tengas que hacer para pasar el tiempo en este sitio —dijo Locke con sorna—, pero no olvides de dónde viene todo. Stragos es nuestra única preocupación. *Cómo atacarle* es lo único que nos debe preocupar.

—¿Pasar el tiempo? ¿Pasar el cochino tiempo? —Jean se ahogaba por lo enfadado que se sentía. Apretó los puños y durante un segundo dio la impresión de que iba a agarrar a Locke y a zarandearle—. Dioses, acabo de ver lo retorcido que eres. Atiende, ya deberías haber aceptado con resignación que la única mujer que te

interesaba se marchó hace varios años; pero lo llevas tan mal que crees que el resto de la gente tiene que compartir tus hábitos.

Locke se sintió como si hubiese recibido una puñalada.

—Jean, tú ni siquiera…

—¿Por qué no? ¿Por qué no? Arrastramos nuestra miseria como si se tratara de una puta reliquia de los cojones. No hables de Sabetha Belacoros. No hables de los juegos. No hables de Jasmer ni de Espara, ni de los planes que hicimos. Yo viví con ella nueve años, lo mismo que tú, y me he visto obligado a pensar que no había existido *para no molestarte*. Bueno, pues no soy tú. No me agrada vivir con el celibato de un monje. *Tengo una vida propia que se extiende más allá de tu maldita sombra*.

Locke retrocedió un paso.

—Jean, yo no… no…

—Y deja de llamarme *Jean* de una puta vez.

—Por supuesto —dijo Locke con frialdad—. Por supuesto. Si seguimos con esto, acabaremos con nuestros personajes. Puedo buscar gente por mí mismo. Vuelve con Delmastro. Sigue agarrándose a esa rueda para mantenerse de pie.

—Pero…

—*Vete* —dijo Locke.

—De acuerdo —Jean se dio la vuelta para irse, aún dudando—. Sabes que *no puedo hacerlo*. Te seguiré a donde sea, y lo sabes, pero no puedo fastidiar a esa gente, ni aun a costa de nuestra salvación. Y aunque tú creyeras que era, realmente, para salvar nuestras vidas… no *dejaría* que lo hicieras.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Que quiero que te lo pienses —dijo Jean y salió de estampía.

Varios grupos de marineros del *Orquídea* comenzaban a abordar la flauta cargados con cuerdas y ganchos para mantener juntos ambos buques. Colorado por la excitación, Utgar, que mandaba uno de ellos, llegó corriendo hasta Locke.

—Por la bondad de los Compañeros, Ravelle, acabamos de enterarnos de los Redentores —dijo—. La teniente nos contó lo que hiciste. ¡Acojonante! ¡Increíble! ¡Buen trabajo!

Locke miró el cadáver de Mal, que aún seguía apoyado en el palo mayor, y la espalda de Jean, que se acercaba a Delmastro con los brazos por delante para levantarla. Sin importarle si alguien lo veía, lanzó el sable que aún empuñaba a las planchas del puente, donde se quedó clavado, oscilando de un lado hacia otro.

—Ah, sí —dijo—. Creo que he vuelto a ganar. Un hurra por la victoria.

Capítulo 11

Toda la verdad y nada más que la verdad

1

—Traiga a los prisioneros.

Era completamente de noche en la cubierta del *Orquídea Emponzoñada*, que permanecía anclado bajo un cielo tachonado de estrellas. Aún no habían salido las lunas. Drakasha se apoyaba en la barandilla del alcázar, iluminada por la luz de los faroles alquímicos y cubierta con una tela encerada a modo de capa. Su cabellera estaba oculta por una ridícula peluca de lana que se parecía vagamente al tocado ceremonial de un magistrado verrarí. Toda la tripulación atestaba el buque de proa a popa, dejando en medio un pequeño espacio libre para los prisioneros.

Diecinueve hombres del *Mensajero Rojo* habían sobrevivido a la carnicería. Los mismos que en ese momento se encontraban de pie, maniatados y visiblemente preocupados en el combés del buque. Locke se metió entre Jean y Jabril.

—Oficial del tribunal —dijo Drakasha—, este grupo de gente que acaba de traerme es lamentable.

—Ciertamente lamentable, su señoría —la teniente Delmastro estaba al lado de la capitana, con un rollo de pergamino en la mano y una peluca ridícula confeccionada por ella misma.

—El grupo más triste de chusma callejera, disoluta y pollifloja que jamás haya visto. A pesar de ello, creo que debemos juzgarlos.

—Así es, señora.

—¿De qué se les acusa?

—De toda una letanía de crímenes capaces de convertir la sangre en jamón —Delmastro desplegó el rollo y alzó la voz mientras leía—: Negativa premeditada a aceptar la amable hospitalidad del Arconte de Tal Verrar. Fuga deliberada de las excelentes y bien acomodadas instalaciones con que el Arconte les había obsequiado en la Roca de Barlovento. Robo de un buque de guerra con la declarada intención de dedicarlo a una vida de piratería.

—Penosísimo.

—Así es, su señoría. Los siguientes cargos son algo confusos. A unos se les acusa de motín y a otros de incompetencia.

—¿A unos de una cosa y a otros de otra? Oficial del tribunal, no podemos

consentir tanto desorden. Limítese a acusarlos a todos de todo lo que se le ocurra.

—Entendido. Los amotinados ahora son incompetentes y los incompetentes también son amotinados.

—Excelente. Excelentísimo y también magistral. Estoy segura de que hablarán de mí en los libros.

—En los libros importantes, señora.

—¿Y de cuáles otros cargos deben responder estos despojos?

—De asalto y latrocinio bajo la bandera roja, señoría. De practicar la piratería por el Mar de Bronce en el vigésimo primer instante del mes de Festal, este mismo año.

—Vil, grotesco y despreciable —la voz de Drakasha era como un trueno—. Anoten que estoy a punto de desmayarme. Dígame, ¿hay alguien que pueda hablar en defensa de los prisioneros?

—Nadie, señora, pues los prisioneros no tienen ni una centira.

—Ah. Entonces, ¿bajo cuáles leyes reclaman derecho y protección?

—Bajo ninguna, señora. Ningún poder terrestre les defenderá y ayudará.

—Patético, aunque previsible. Mas, sin la firme guía de sus valedores, quizá estos roedores hayan evitado la virtud como si de una enfermedad contagiosa se tratara. Quizá podamos ofrecerles una pequeña muestra de clemencia.

—No lo creo, señora.

—Queda un pequeño asunto que podría dar testimonio de su auténtico carácter. Oficial del tribunal, ¿puede describir la naturaleza de sus socios y de quienes los acompañan?

—Creo que con todo lujo de detalles, señoría. Quienes los acompañan son los oficiales y la tripulación del *Orquídea Emponzoñada*.

—¡Dioses del cielo! —exclamó Drakasha—. ¿Ha dicho el *Orquídea Emponzoñada?*

—En efecto, señora.

—¡Son culpables! ¡Culpables de todos los cargos! ¡Culpables con todas las agravantes, culpables de todo lo que pueda ser culpable un ser humano! —Drakasha se quitó la peluca, la arrojó al puente y la pisoteó.

—Excelente veredicto, su señoría.

—El juicio de este tribunal —dijo Drakasha—, solemne en su autoridad e inapelable en su decisión, viene a ser que, a causa de los crímenes cometidos en la mar, sean devueltos a ella. ¡Arrojadlos por la borda! Y que los dioses no se apresuren en otorgar la paz a sus almas.

La tripulación salió por todas partes y dando vítores rodeó a los prisioneros. Locke fue empujado, cuando no arrastrado, por toda aquella muchedumbre hasta el puerto de entrada de babor, donde se encontraba una red de carga que tenía una lona debajo. Ambas estaban atadas entre sí. Los ex Mensajeros fueron metidos a

empujones dentro de la red mientras varias docenas de marineros bajo la dirección de Delmastro se dirigían hacia el cabrestante.

—Dispónganse a ejecutar la sentencia —dijo Drakasha.

—¡Arriba! —exclamó Delmastro.

Una compleja red de poleas y cables había sido desplegada entre las dos vergas más bajas del palo mayor y el trinquete; mientras los marineros manejaban el cabrestante, los extremos de la red comenzaron a subir, y los Orquídeas que vigilaban a los prisioneros retrocedieron. A los pocos segundos, los ex Mensajeros estaban fuera del puente, apretujados los unos contra los otros como animales atrapados. Locke se agarró a la red para evitar caer en el centro de aquella confusión de piernas y cuerpos. Cuando la red sobrepasó la barandilla y se quedó colgando a cinco metros por encima del agua, los pataleos y las palabrotas de los que se encontraban dentro de ella llegaron al límite.

—Oficial del tribunal, ejecute a los prisioneros —dijo Drakasha.

—¡A la orden! ¡Soltadlos!

No lo harán, pensó Locke un instante antes de que, en efecto, lo hicieran.

La red llena de prisioneros cayó al agua, arrancando gritos y gañidos involuntarios de las gargantas de quienes antes, en el *Rey Pescador*, habían combatido ferozmente en relativo silencio. Cuando la red tocó el agua, los extremos que la habían mantenido en tensión se aflojaron, de modo que al menos tuvieron más espacio para moverse dentro de ella después de rebotar en la superficie… aunque lo mejor hubiera sido decir que la extraña barrera formada por la red y la lona acababa de actuar como un cojín al caer al agua.

Por espacio de uno o dos segundos se convirtieron en una masa que gritaba y se revolvía mientras los extremos de la red se asentaban encima de las olas, antes de que la cálida agua del mar comenzara a rodearlos. Locke sintió un momento de auténtico pánico (no tanto como si las ligaduras de sus manos y pies hubieran sido auténticas); pocos segundos después, los extremos de aquella red convertida en prisión comenzaron a levantarse, hasta que todos ellos volvieron a estar por encima del agua. Aunque a Locke aún le llegaba a la cintura, la lona acababa de formar una especie de piscina en la que podían quedarse sentados.

—¿Estáis bien? —era la voz de Jean; Locke vio que se agarraba al extremo de la red que estaba justo enfrente de él. Entre ambos había una docena de hombres que chapoteaban y se empujaban unos a otros. Locke frunció el ceño al darse cuenta de que Jean parecía contento.

—Menudo cachondeo —murmuró Streva mientras intentaba mantenerse vertical, agarrándose con un brazo. El otro lo llevaba sujeto al pecho con una especie de cabestrillo improvisado. Aunque varios de los ex Mensajeros tuvieran algún hueso roto y todos ellos hubieran sufrido cortes y magulladuras, se habían visto obligados a

cumplir con aquel ritual.

—¡Señoría! —Locke levantó la mirada al oír la voz de Delmastro. La teniente los miraba desde el puerto de entrada de babor, ayudándose con la luz del farol que tenía en una mano; la red estaba encima del agua, a poco más de un metro del oscuro casco del *Orquídea*—. ¡Señoría, no se ahogan!

—¿Qué? —Drakasha apareció al lado de Delmastro con la peluca más ladeada que antes—. ¡Malditos *bastardos* desconsiderados! ¿Cómo os atrevéis a hacerle perder tiempo al tribunal con esta ridícula negativa a ser ejecutados? ¡Oficial, ayúdeles a ahogarse!

—¡Sí, señora, asistencia urgente en el ahogamiento! ¡Bombas al puente! ¡Bombas a cubierta!

Un par de marineros aparecieron en cubierta con una manguera de lona. Locke se dio la vuelta justo cuando el chorro de agua salada comenzó a empaparlos a todos. No está tan mal, pensó antes de que algo más consistente que el agua golpeara su nuca con un sonido blando.

El vigoroso bombardeo con aquella nueva indignidad (estopa engrasada) era tan profuso que nadie escapaba a él, observó Locke. La tripulación se había puesto en la barandilla y bombardeaba a los que estaban dentro de la red: una auténtica lluvia de trozos de tela y de cuerda que tenían el pestazo tan familiar de la porquería con la había estado pintando los mástiles durante varias mañanas. Aquel asalto prosiguió durante varios minutos hasta que Locke ya no supo dónde terminaba la grasa y comenzaban sus ropas, mientras que el agua de su pequeño encierro se llenaba con una capa de aquella porquería resbaladiza.

—¡Increíble! —exclamó Delmastro—. ¡Señoría, aún resisten!

—¿No se han ahogado? —Zamira volvió a mostrarse en la barandilla y se quitó solemnemente la peluca—. Condenación. El mar se niega a reclamarlos. Tendremos que subirlos de nuevo a bordo.

Instantes después las cuerdas que sostenían su pequeña prisión de lona y de red se tensionaron hasta que comenzó a elevarse por encima del agua. Pero aquel momento pareció eterno, porque Locke sintió que algo grande y con mucha fuerza golpeaba la barrera que había bajo sus pies. A los pocos segundos todos estaban encima de las olas y se dirigían hacia el buque entre el ruidoso roce de las cuerdas.

Pero su castigo aún no había terminado; siguieron colgados a oscuras cuando la red pasó por encima de la barandilla y no los descargaron en la cubierta.

—¡Soltad la polea! —exclamó Delmastro.

Locke vislumbró una mujer bajita al otro lado del lío de cables que estaba delante. Tiró de una clavija dispuesta en la gran polea de madera que sujetaba la red. Locke reconoció la pieza circular de metal que formaba parte de la polea; bien engrasada, permitía mover ágilmente los cargamentos pesados. Los cargamentos como *ellos*.

La tripulación se alineó con la barandilla y comenzó a tirar de la red; a los pocos momentos, los prisioneros giraban a una velocidad que les provocaba náuseas y el mundo que los rodeaba aparecía como simples destellos… aguas oscuras… faroles en la cubierta… aguas oscuras… faroles en la cubierta…

—Oh, dioses —dijo alguien antes de echarse a trepar por la red. Luego, aquel pobre diablo se soltó de ella y Locke se agarró aún con más fuerza, intentando ignorar la masa de hombres que por debajo de él pataleaban, se estremecían y daban vueltas.

—¡Lavadlos! —exclamó Delmastro—. ¡Bombas en marcha!

El potente chorro de agua salada volvió a incidir en aquella masa de gente, aumentando su velocidad de rotación. Locke recibía el chorro durante los breves segundos que la red, al girar, le dejaba delante de él. El vértigo que sentía fue en aumento a medida que pasaba el tiempo, y, aunque cada vez se sintiera más perdido, hizo acopio de toda la dignidad que le quedaba para no caerse.

Tan intenso fue su mareo y tan rápido el rescate de todos ellos que Locke sólo se dio cuenta de que acababan de depositarlos encima de la cubierta cuando la red a la que seguía agarrándose perdió su rigidez. Cayó en la maraña de red y de lona y sintió las duras y más que gratas planchas de la cubierta. Aunque la red había dejado de dar vueltas, el mundo tomaba su relevo, girando hacia seis o siete direcciones a la vez de un modo nada placentero. Y a pesar de que cerró los ojos no sintió ningún alivio. En aquella ceguera momentánea sólo sentía náuseas.

Los hombres se arrastraban hacia él, gimiendo y musitando palabrotas. Un par de hombres de la tripulación lo cogieron y le pusieron en pie; como su estómago estaba a punto de rendirse, tosió débilmente para vencer la náusea. La capitana Drakasha se acercó hasta él, ya sin la peluca y la capa de pega, para mirarlos a todos desde un ángulo que resultaba divertido.

—El mar no os quiere —dijo—. El agua se niega a tragaros. Aún no os ha llegado la hora de ahogaros, agradecédselo a Iono. ¡Agradecédselo a Ulcris!

Ulcris era el nombre con el que la gente de Jeresh llamaba al dios del mar, que apenas era conocido en los dominios terrestres o marítimos de Therin. *Debe de haber a bordo más gente de las islas orientales de lo que me había imaginado*, pensó Locke.

—El Señor de las Aguas Codiciosas nos protege —cantó a coro la tripulación.

—Así pues, habéis vuelto con nosotros a pesar de todo —dijo Drakasha—. La tierra no os quiere y el mar no os reclama. Como nosotros, habéis huido para refugiaros entre la madera y las velas. Esta cubierta es vuestro firmamento, estas velas vuestros cielos. He aquí todo vuestro mundo. Todo el mundo que *necesitáis*.

Y dio un paso adelante con un puñal en la mano.

—¿Me lameréis las botas a cambio de que os dé un sitio en él?

—¡NO! —exclamaron al unísono los ex Mensajeros. Les habían dicho lo que tenían que decir en aquella parte del ritual.

—¿Os arrodillaréis y besaréis mi sortija engastada con joyas a cambio de mi gracia?

—¡NO!

—¿Doblaréis la rodilla ante cualquier título rimbombante escrito en un trozo de papel?

—¡NO!

—¿Anhelaréis tierras, leyes y reyes y os inclinaréis ante estos últimos como lo haríais ante el pecho de vuestra madre?

—¡NO!

Se acercó a Locke y le entregó el puñal.

—Entonces, liberaos por vosotros mismos, hermanos.

Aún titubeante y agradecido a los que estaban detrás de él, Locke se sirvió de la hoja para cortar la soga que le mantenía maniatado y después la que le ataba los tobillos. Una vez hecho esto, se volvió y comprobó que la práctica totalidad de los ex Mensajeros estaban de pie, la mayoría de ellos sostenidos por uno o dos Orquídeas. Muy cerca pudo ver varios rostros conocidos, de Streva, de Jabril y de un tipo llamado Álvaro… y justo detrás de ellos el de Jean, que le vigilaba preocupado.

Locke dudó, luego miró a Jabril y le tendió el puñal.

—Libérate por ti mismo, hermano.

Jabril sonrió, aceptó el puñal y se quitó las ataduras en un instante. Jean miró a Locke, que cerró los ojos para no verle mientras escuchaba cómo el puñal pasaba de uno a otro.

—Libérate por ti mismo, hermano —se decían entre sí, de suerte que poco después todo había terminado.

—Al liberaros por vuestras propias manos habéis entrado a formar parte de la hermandad de los proscritos del Mar de Bronce —dijo la capitana Drakasha— y de la tripulación del *Orquídea Emponzoñada*.

2

Incluso un ladrón con experiencia tiene la posibilidad de aprender nuevos trucos si vive lo suficiente. Durante la mañana y la tarde de aquel día, Locke había aprendido la mejor manera de saquear un buque capturado.

Locke acabó su última vuelta por las cubiertas inferiores razonablemente seguro de que ya no quedaba en ellas nadie de la tripulación del *Rey Pescador* y subió a toda prisa la escalera que desembocaba en el alcázar. Los cadáveres de los Redentores habían sido apartados y dispuestos todos juntos al lado de la barandilla de popa; los

de quienes habían servido en el *Orquídea Emponzoñada* se encontraban en el combés. Locke vio que algunos compañeros suyos los cubrían respetuosamente con velas.

Echó un rápido repaso al buque. Treinta o cuarenta Orquídeas habían subido a bordo para controlarlo. Mientras Jean y Delmastro atendían el timón, ellos habían ocupado la arboladura, vigilando las anclas y a los cuarenta supervivientes, más o menos, del *Rey Pescador* que se encontraban en el castillo de proa. Bajo la supervisión de Utgar, todos los heridos habían sido llevados al combés, cerca del puerto de entrada de estribor, por donde la capitana Drakasha y la erudita Treganne acababan de entrar a bordo. Locke se apresuró para llegar a donde ambas se encontraban.

—Es el brazo, erudita. Me duele de un modo espantoso —Streva empleaba el brazo bueno para sostener el malo, mientras cerraba los ojos y se lo enseñaba a Treganne—. Creo que lo tengo roto.

—Claro que se te ha roto, cretino —dijo ella, abriéndose paso para arrodillarse al lado de un tripulante del *Rey Pescador* que tenía la camisa completamente empapada en sangre—. Sigue moviéndolo así y se te partirá en dos. Siéntate.

—Pero…

—Siempre cuento lo peor para conseguir luego lo mejor —murmuró Treganne. Se arrodilló en el puente al lado del tripulante herido, usando el bastón para apoyarse hasta que sus rodillas llegaron al suelo. Entonces retorció el bastón; la empuñadura se separó del cuerpo general del bastón, revelando una hoja igual de grande que un puñal, que ella empleó para cortar la camisa del marinero—. Si quieres que te atienda enseguida, tendré que darte unos cuantos golpes en la cabeza. ¿Aún quieres que lo haga?

—Um… no.

—Ya lo suponía. Largo. Resistirás.

—Ah, Ravelle, está ahí —la capitana Drakasha se apartó de Treganne y del herido y agarró a Locke por el hombro—. Lo ha hecho muy bien.

—¿De veras?

—A la hora de mandar un barco es usted tan inútil como un culo sin ojete, pero no cuando se trata de pelear; acabo de oír unas cosas tremendas de usted.

—Seguro que sus fuentes exageran.

—Bueno, el buque es nuestro y usted nos entregó a su capitán. Ahora que hemos arrancado la flor, debemos recolectar el néctar antes de que el mal tiempo o cualquier otro buque nos lo impidan.

—¿Va a quedarse con el *Rey Pescador?*

—No. No me gusta tener más de dos tripulaciones prisioneras al tiempo. Le quitaremos todo lo que tenga de valor y el cargamento que nos interese.

—¿Y luego lo quemará o le hará algo parecido?

—Claro que no. Dejaremos a la tripulación las suficientes provisiones y mercancías para llegar a puerto y aguardar en él a que escampe el temporal. Parece perplejo.

—Nada que objetar, capitana, sólo que… no es la barbaridad que había esperado.

—Ravelle, siendo individuos amables como somos, ¿no cree que debemos respetar a los que se rinden? —Drakasha apretó los dientes—. Aunque no tengo mucho tiempo para explicárselo, le adelantaré algo. Si no hubiera sido por esos malditos Redentores, esa gente —saludó con una mano al tripulante herido del *Rey Pescador* que esperaba a que Treganne le atendiera— no nos hubiera hecho ni un arañazo, ni tampoco lo hubiera recibido de nosotros. A los cuatro o cinco buques, es un decir, que apresamos, si antes no han echado las redes antiabordaje ni han preparado los arcos, sólo los ocupamos. Saben que respetaremos sus vidas en cuanto hayamos acabado. Si los marineros corrientes no cobran ni una centira de comisión por el cargamento, ¿para qué van a arriesgarse esgrimiendo una espada o sacando un arco?

—Supongo que eso que dice tiene sentido.

—Lo tiene para mucha más gente que nosotros. Mire este desorden. ¿Redentores a cargo de la seguridad? Si esos maníacos no hubieran hecho gratis ese servicio, este buque no hubiera contado con ningún guardia. Puedo asegurárselo. No tiene ningún sentido para los armadores. Esos largos viajes que duran cuatro o cinco meses desde el lejano oriente hasta Tal Verrar, cargados con especias, metales raros, maderas… un armador puede perder dos de cada tres, y el que consigue llegar le resarce por los otros dos. Y aún le queda beneficio. Y si consiguen que el buque que les queda regrese, incluso sin cargamento, mucho mejor. Por eso no quemamos y hundimos como locos. Mientras nos refrenemos un poco y no nos acerquemos demasiado a la civilización, los tipos de las bolsas bien agarradas pensarán que nosotros somos un peligro natural, algo parecido al tiempo.

—Y respecto a eso de recolectar el néctar, ¿por dónde comenzamos?

—Lo que mejor tenemos a mano es la caja del buque —dijo Drakasha—. El capitán dispone de ella para los gastos. Flecos y cosas similares. Encontrarla es como sufrir un grano en el culo. Algunos la arrojan por la borda, otros la esconden en algún sitio húmedo e inverosímil. Es muy posible que al tal Nera tengamos que darle unas cuantas bofetadas antes de que comience a escupir la verdad.

—Condenación —detrás de ellos, Treganne dejó que su paciente se desplomara en el puente; acto seguido se limpió las manos llenas de sangre en las calzas de él—. Éste no está bien, capitana. Puedo verle los pulmones a través de la herida.

—¿Tienes la certeza de que va a morir?

—Por los cielos, no lo sé, sólo soy la maldita médica. Pero en cierta ocasión oí en

un bar que la muerte suele ser lo *usual* cuando tus pulmones logran ver la luz del día —repuso Treganne.

—Sí, claro, creo haber oído lo mismo. Y dime, ¿hay alguien más a punto de morir si no le atiendes ahora mismo?

—Creo que no.

—Capitana Drakasha —dijo Locke—, el señor Nera parece tener un corazón tierno. ¿Me permite la libertad de sugerirle un plan…?

Momentos después, Locke regresaba al combés y agarraba a Antoro Nera por un brazo. Le habían atado las manos por detrás de la espalda. Locke le dio un buen empujón para que mirara a Zamira, que se mantenía de pie con un sable desenvainado. Detrás de ella, Treganne trabajaba febrilmente en el cadáver de un marinero que acababa de morir. Le habían quitado la camisa que tenía rota y manchada de sangre, de suerte que una nueva cubría su pecho. Sólo un pequeño punto rojo señalaba el sitio en que se encontraba la herida mortal, mientras Treganne hacía todo lo posible para sugerir que aquella forma inmóvil viviría o moriría cuando ella lo quisiera.

Drakasha se acercó a Nera y apoyó la hoja del sable en la parte superior de su pecho.

—Mucho gusto en conocerle —dijo, deslizando la curvada hoja de su arma hacia el cuello desprotegido de Nera, que gimoteó—. Su buque necesita un reajuste de la carga. Demasiado oro. Tenemos que encontrar y cambiar de sitio la caja del capitán antes de que sea demasiado tarde.

—Yo, uh, no sé exactamente dónde está —repuso Nera.

—Correcto. Y yo sé cómo enseñarles a los peces a peer fuego en el agua —dijo Drakasha—. Le doy una nueva oportunidad, después de la cual comenzaré a arrojar por la borda a sus heridos.

—Pero… por favor, me dijeron…

—No sé quién pudo decirle lo que fuera, pero no fui *yo*.

—Yo… no puedo…

—Erudita —dijo Drakasha—, ¿puede hacer algo por el hombre al que está atendiendo?

—Aunque no creo que esté bailando dentro de poco —dijo Treganne—, conseguirá salir de ésta.

Drakasha apartó el sable y agarró a Nera por el cuello de la camisa con la mano que tenía libre. Avanzó dos pasos hacia la derecha y casi sin mirar hundió el sable en el cuello del marinero muerto. Treganne retrocedió para propinar un pequeño empujón a una de las rodillas del cadáver y así dar la impresión de que pataleaba. Nera tragó saliva.

—La medicina es un negocio tan incierto… —comentó Drakasha.

—Está en mi cabina —dijo Nera—, en un cajón oculto encima de mi cama, al lado de la brújula. Por favor… no mate a nadie más…

—Aún no he matado a nadie —dijo Drakasha. Extrajo el sable del cuello del muerto, lo secó en las calzas de Nera y le dio un fugaz beso en la mejilla—. Su hombre falleció hace pocos minutos. Mi médico me ha confirmado que el resto de sus heridos se salvará.

Obligó a que Nera girara alrededor de sus talones, cortó la soga que ataba sus manos y con una mueca le empujó hacia Locke.

—Que vuelva con los suyos, Ravelle, y luego tenga la amabilidad de aligerar ese compartimiento secreto de la carga que lo agobia.

—A la orden, capitana.

Y acto seguido comenzaron a desmontar el *Rey Pescador* con mayor avidez que la mostrada por los recién casados al quitarse la ropa de etiqueta en cuanto pueden. Locke sintió que su fatiga se disipaba ante lo que, por mucho que hubiera robado a lo largo de su vida, consideraba un robo a gran escala. Siempre rodeado por los tripulantes del *Orquídea*, que reían y hacían el pasayo con muy buen humor, desempeñó diversos trabajos, realizándolos todos ellos con presteza y precisión.

Primeramente se llevaron todo aquello que podían tomar fácilmente y que era de cierto valor: botellas de vino, los uniformes del señor Nera, sacas de café y de té de la cocina y varios arcos de la pequeña armería del *Rey Pescador*. La propia Drakasha tasó la colección de instrumentos de navegación y de relojes del buque, dejando a Nera lo imprescindible para que su navío llegara a buen puerto.

Acto seguido, Utgar y el contramaestre registraron la flauta de proa a popa, sirviéndose de los supervivientes de la guardia de fregonas como si fueran mulas para arrastrar repuestos y equipos de uso náutico: calafate alquímico, telas para hacer velas, barriles de brea y muchos rollos de sogas nuevas.

—Eh, un material cojonudo —comentó Utgar mientras cargaba a Locke con veintitantos kilos de sogas y una caja de cables metálicos—. Muy caro en Puerto Pródigo. Mejor conseguirlo con lo que llamamos el «descuento del abordaje».

Después se hicieron con el cargamento del *Rey Pescador*, que no por ser lo último era lo peor. Abrieron todas las rejillas y ojos de buey de la bodega principal y un laberinto de sogas y poleas quedó montado entre ambos buques. A mediodía, cajas, cubas y paquetes envueltos en tela encerada fueron llevados al *Orquídea Emponzoñada*. Era todo lo que Nera les había referido, y algo más: trementina, madera de álamo negro aceitada, sedas, cajas de excelente vino blanco envueltas en pieles de oveja e innumerables barriles de especias. Los olores del clavo, de la nuez moscada y del jengibre llenaron el aire; después de una o dos horas de estar trabajando con las poleas, el moreno de Locke se debía al lodo creado por el sudor y la canela en polvo.

A las cinco de la tarde, Drakasha ordenó detener la vigorosa transfusión de mercancías. El *Orquídea Emponzoñada* tenía baja la línea de flotación, al contrario que la flauta, vaciada como el insecto que termina entre las mandíbulas de la araña. Pero la tripulación de Drakasha no había dejado sin nada, ciertamente, a los del *Rey Pescador*, a quienes aún les quedaban los toneles de agua, la carne en salazón, la cerveza barata y el vino aguado con agua. Incluso les habían dejado algunas cajas y paquetes de mercancías valiosas que estaban demasiado tapadas o inconvenientemente almacenadas para el gusto de Drakasha. A pesar de todo ello, el saqueo podía darse por terminado. Cualquier comerciante de tierra adentro se hubiera sentido muy satisfecho al contemplar que su buque era descargado en el muelle con tanta celeridad.

Una ceremonia tuvo lugar en la barandilla de popa del *Rey Pescador*, en el transcurso de la cual, Zamira, en su condición de sacerdotisa de Iono, bendijo a los caídos de ambos bandos. Acto seguido, los cadáveres fueron llevados a una de las bordas, envueltos en velas viejas y atados con las armas de los Redentores para que pesaran y fueran al fondo. Los Redentores fueron lanzados sin más por la borda.

—No es un comportamiento irrespetuoso —dijo Utgar a Locke cuando éste le comentó en voz baja la suerte de aquellos últimos cadáveres—, pues, según sus creencias, son consagrados, bendecidos y todas esas zarandajas en el momento en que mueren. Así que no pasa nada si luego tiras a esos paganos por la borda. Es bueno saberlo a la hora de tener que acabar con ellos, ¿no te parece?

Finalmente, aquel largo día de trabajo llegó a su conclusión; el señor Nera y su tripulación fueron liberados para que atendieran a sus propios asuntos. Mientras los arqueros de Drakasha montaban guardia desde lo alto de las cofas, el tinglado de cuerdas y ganchos que mantenían juntos ambos buques quedó recogido. El *Orquídea Emponzoñada* izó sus botes y soltó las velas. A los pocos minutos hacía siete u ocho nudos con rumbo suroeste, dejando al *Rey Pescador* a su propia suerte.

Locke apenas había visto a Jean durante aquel día, ya que ambos daban la impresión de hacer todo lo posible para no estar cerca uno del otro. Mientras que Locke se había dedicado a trabajar con las manos, Locke había pasado el tiempo con Delmastro en el alcázar. No volvieron a estar lo suficientemente cerca para hablar hasta que el sol se hundió en el horizonte y la guardia de fregonas se congregó para recibir la iniciación.

3

Todos los nuevos iniciados y la mitad de la tripulación original del buque formaban parte de la Guardia Alegre, constantemente alimentada por los excelentes vinos orientales procedentes de las saqueadas bodegas del *Rey Pescador*. Locke reconoció

varias etiquetas y algunas añadas. Unos vinos que no hubieran sido vendidos en Camorr por menos de veinte coronas la botella eran bebidos de un tirón como cerveza, o lanzados al aire para diversión de los hombres y mujeres presentes, o simplemente derramados por la cubierta. La tripulación del *Orquídea* se mezclaba sin reparos con la del *Mensajero*. Los juegos de dados, las apuestas sobre quién era más fuerte y los corrillos que se dedicaban a cantar acababan de surgir espontáneamente. Las citas, tanto preparadas con antelación como improvisadas sobre la marcha, dominaban la escena. Una hora antes, Jabril se había esfumado hacia las cubiertas inferiores en compañía de una mujer.

Locke pasaba el rato entre las sombras de estribor, justo debajo de la estructura superior del alcázar. Las escaleras de estribor no estaban a la misma altura que la barandilla, así que aún quedaba el suficiente espacio para que una persona se acomodara en el hueco. Mientras circulaba por el puente, «Ravelle» había recibido muchos y muy efusivos saludos; pero a partir del momento en que se había buscado un sitio bastante apañado, nadie parecía echarle de menos. Tenía en las manos una gran jarra de cuero llena de un vino azul que valía su peso en plata, y aún no había bebido de ella.

A través de la gran masa de marineros tan bebidos como risueños, Locke vio que Jean estaba en la barandilla de enfrente. Mientras le estaba mirando, una silueta de mujer mucho más baja que él llegó por detrás y se situó a su lado. Locke apartó la mirada.

El agua se deslizaba hacia la popa como si fuera una gelatina coronada por rizos de espuma fosforescente. Aquella noche el *Orquídea* se desplazaba con notable velocidad. Sobrecargado, consentía menos que antes el beso de las aguas y partía aquellas tímidas olas como si fueran de aire.

—Cuando era una teniente en prácticas —dijo la capitana Drakasha— y hacía mi primer viaje con la espada de oficial al cinto, engañé a mi capitana al robarle una botella de vino.

Hablaba con voz muy suave. Sobresaltado, Locke miró a su alrededor y comprobó que ella estaba de pie en la barandilla delantera del alcázar.

—No sólo yo —proseguía—, sino los ocho que estábamos en el camarote de los oficiales en prácticas. La tomamos prestada de la bodega privada de la capitana; deberíamos haber tenido la suficiente inteligencia para arrojar la botella por la borda después de bebérnosla.

—Eso fue… ¿en la armada de Syrune?

—En las Fuerzas Navales de Su Resplandeciente Majestad de la Eterna Syrune —la sonrisa de Drakasha era como una media luna blanca rodeada de oscuridad, casi tan blanca como la espuma que coronaba las olas—. La capitana pudo habernos azotado, degradado o incluso encadenado para que nos juzgaran formalmente en

tierra. Pero nos hizo abatir la verga real del palo principal. Teníamos una de repuesto, desde luego. Luego nos hizo raspar el barniz de la que habíamos abatido… ya sabe que es como una lanza de madera de roble de tres metros de longitud y tan gruesa como una pierna. La capitana nos quitó los sables y nos dijo que sólo nos los devolvería si nos comíamos la verga real. Trozo a trozo, hasta la última astilla.

—Y ¿se la *comieron?*

—Tocábamos a poco más de treinta centímetros de duro roble —dijo Drakasha—. El cómo nos comiéramos la madera era asunto nuestro. Nos llevó un mes. Lo intentamos todo: en lonchas, en trozos, cocida, hecha pulpa. Conocíamos cien trucos para que entrara por el paladar y así nos la comimos, varias cucharadas al día o varios trocitos. Aunque la mayoría enfermamos, acabamos por comernos la verga.

—Dioses.

—Cuando terminamos de comérnosla, la capitana dijo que lo había hecho para que fuéramos conscientes de que las mentiras entre quienes navegan en el mismo buque pueden ocasionar poco a poco su perdición, del mismo modo que nuestros mordiscos, poco a poco, terminaron con la verga.

—Ah —Locke suspiró y se decidió a tomar un sorbo de aquel vino tan reconfortante y exquisito—. Creo que debo tomarlo como el anuncio de que me espera una nueva disección, ¿no es así?

—Acompáñeme a la barandilla de popa.

Y Locke se levantó, sabiendo que aquellas palabras no eran un ruego.

4

—No sabía que administrar justicia fuera tan cansado —dijo Ezri cuando apareció por el codo derecho de Jean mientras éste miraba al mar desde la barandilla de babor del *Orquídea*. Una de las lunas acababa de asomarse por el sur, la mitad de una moneda de plata que husmeaba por encima del horizonte, como pensando si valía la pena salir del todo.

—El día ha sido muy largo para usted, teniente —Jean sonreía.

—Jerome —dijo ella, intentando poner una de sus manos encima del hombro de él—, si vuelves a llamarme «teniente» en el transcurso de esta noche, te mataré.

—Como desee, te… Bueno, cualquier nombre que no sea teniente, pero que comience con «te» no estaría mal… Además, esta tarde intentaste ajusticiarme. Las vueltas que da la vida.

—Para acabar del mejor modo —dijo ella apoyándose en la barandilla. No llevaba el acostumbrado peto de cuero, sólo una camisa liviana y un par de pantalones que le llegaban a las pantorrillas, sin medias ni zapatos. Se había soltado los cabellos, convertidos de tal suerte en un oleaje de rizos oscuros que se mecían al

viento. Jean observó que cargaba la mayor parte de su peso en la barandilla, pero intentando que no se notara.

—Uh, creo que hoy te han pasado muy cerca bastantes espadas —comentó.

—Sí, muy cerca. Por cierto, ¿sabías que eres un luchador bastante bueno?

—Eso dic…

—Pero ¿cómo eres tan tonto? Pues *claro* que eres un magnífico luchador. Quería decir no sólo imaginativo, sino honrado.

—Pues ya está dicho —Jean se rascó la barba cuando sintió un agradable calorcillo en el estómago que, sin embargo, acababa de ponerle algo nervioso—. Creo que ambos lo somos. Y añadiría que todo se debe a los disparates imaginativos que estuve ensayando en los barriles de la bodega días atrás.

—¿Ensayando? Hmmm.

—Sí, bueno, Jabril es un individuo muy sofisticado, ¿no lo sabías? Sólo necesitas darle un poco de conversación para que se fije en ti. ¿No sabías que sólo me atraen los hombres? ¿Los hombres *altos?*

—Oooh, ya te di unas cuantas patadas cuando estabas en el puente, Valora, y ahora voy a …

—¡Ja! ¿En tu estado actual?

—Mi estado es lo único que mantiene tu vida a salvo, por el momento.

—No te atreverás a abusar de mí delante de toda la tripulación…

—Claro que me atreveré.

—Bueno, pues vale.

—Fíjate en esa barahúnda tan adorable. Si te prendiera fuego, no creo que nadie se enterase. Diablos, en la bodega principal hay varias parejas que están más apretadas que las lanzas en un armero. Si lo que esta noche buscas es paz y tranquilidad, el único lugar tranquilo que podrás encontrar estará a dos o trescientos metros de la proa o de la popa.

—No, gracias. No sé cómo se dice «deja de comerme» en tiburonés.

—Entonces no te moverás de este sitio y te quedarás con nosotros. Llevábamos mucho tiempo esperando a que dejaras de una vez la guardia de fregonas —dijo con una mueca—. Esta noche todos queremos conocernos los unos a los otros.

Jean se la quedó mirando con unos ojos como platos sin saber qué hacer ni qué decir. La mueca de ella acababa de convertirse en un ceño fruncido.

—Jerome, ¿estoy haciendo algo mal?

—¿Mal?

—Me parece que quieres irte. Y no lo expresas con el cuerpo, sino con el cuello. Tienes…

—Oh, diablos —Jean rió y le puso una mano en el hombro, sintiendo un ardor incontrolable cuando ella estiró la mano para tocar la suya—. Ezri, perdí mis anteojos

cuando… tú nos hiciste nadar el día que subimos a bordo. Soy lo que podría llamarse un invidente de hecho. Supongo que, inconscientemente, he debido de estar todo el tiempo muy nervioso por intentar enfocar tu imagen.

—Oh, dioses —dijo ella—. Lo siento.

—No tienes por qué sentirlo. Mantenerte enfocada merece la pena.

—No me refería a…

—Lo sé —Jean sintió que la angustia que le había dominado el estómago comenzaba a emigrar hacia su pecho, así que respiró profundamente—. Mira, hoy han estado a punto de matarnos. A la mierda la diversión. ¿Quieres tomarte un trago conmigo?

5

—Observe —dijo Drakasha.

Locke estaba de pie en la barandilla, contemplando la estela fosforescente del buque a la luz de los dos faroles de la popa. Aquellos faroles eran orquídeas de cristal resplandeciente tan grandes como su cabeza, cuyos pétalos transparentes colgaban delicadamente hacia el agua.

—Por los dioses —dijo Locke, estremeciéndose.

Entre la estela y los faroles había la suficiente luz para distinguir una larga y oscura sombra que se deslizaba bajo el agua en pos del *Orquídea Emponzoñada*. Unos quince metros de algo siniestro y sinuoso que utilizaba la propia estela del buque para pasar desapercibido. La capitana Drakasha, que apoyaba una bota en la barandilla, parecía divertirse con aquello.

—¿Qué rayos es eso?

—Hay cinco o seis respuestas posibles a esa pregunta —dijo Drakasha—, aunque bien pudiera tratarse de una ballena-gusano o de un calamar gigante.

—¿Nos está *siguiendo?*

—Sí.

—¿Y es… um, peligroso?

—Bueno, si se le cayera por la barandilla lo que está tomando, no sería conveniente asomarse por ella para cogerlo.

—¿Cree que podría lanzarle unas cuantas flechas?

—Sí, pero sólo si supiera que no puede nadar más deprisa.

—Buena contestación.

—Ravelle, si disparara flechas a todas las cosas extrañas que están ahí fuera, se le agotarían enseguida —suspiró y echó una rápida mirada en redondo para asegurarse de que estaban relativamente solos. El tripulante más cercano manejaba la rueda del timón a unos ocho o nueve metros de distancia—. Hoy se ha convertido en una

persona muy útil.

—Qué quiere que le diga, la alternativa no era gran cosa.

—Cuando le permití mandar los botes, creí que era una manera de legalizar su inminente suicidio.

—Y eso fue lo que estuvo a punto de suceder, capitana. Aquel combate… estuvo siempre a punto de fracasar. Apenas recuerdo la mitad de lo sucedido. Estoy agradecido a los dioses por el hecho de no haberme ensuciado encima. Supongo que sabe a qué me refiero.

—Lo sé. Y también sé que, en ocasiones, esas cosas no suceden por casualidad. Usted y el señor Valora han… dado pie a muchos comentarios respecto a todo lo que hicieron en combate. Su destreza en él parece un tanto fuera de lugar en el que antaño fuera maestro de pesos y medidas.

—El pesar y el medir son ocupaciones *aburridas* —dijo Locke—. Las personas necesitan trabajar en algo que les divierta.

—La gente del Arconte no le contrató por casualidad, ¿no es cierto?

—¿Cómo dice?

—Me refiero, Ravelle, a que cuando comencé a pelar esa extraña fruta en que se ha convertido la historia que me contó, la primera impresión que me dio no fue en absoluto favorable. Pero ha acabado por comportarse… mejor. Y ahora creo que sería capaz de mantener bien sujeta a su antigua tripulación a pesar de su desconocimiento de las cosas náuticas. Creo que posee un talento innato para la improvisación en todo lo que es deshonesto.

—Ya le he dicho que el pesar y el medir son materias muy, pero que muy, *aburridas*…

—Qué casualidad. Usted tiene un trabajo sedentario y, de repente, muestra un extraño talento para el espionaje. Y para disfrazarse. Y para mandar. Por no mencionar su habilidad con las armas y la de su amigo Jerome, siempre tan cercano a usted y tan, inusualmente, bien educado.

—Nuestras madres estaban muy orgullosas de nosotros.

—El Arconte no les compró con intención de que dejaran de trabajar para el *Priori*. Ustedes eran agentes dobles. *Agitadores* puestos *adrede* para que el Arconte los contratara. No robó ese buque debido a ese insulto que mencionó; lo robó porque sus órdenes eran deteriorar la credibilidad del Arconte haciendo algo sonado.

—Uh…

—Por favor, Ravelle, es la única explicación plausible.

Dioses, menuda tentación, dijo Locke para sí. *Una víctima que me invita a hacer realidad lo que piensa de mí.* Se quedó mirando a la estela fosforescente, a la misteriosa cosa que nadaba por debajo de ella. ¿Qué iba a hacer? ¿Aprovechar la oportunidad y cimentar lo que, para Drakasha, eran esas nuevas identidades de

Ravelle y de Valora que le ofrecía en bandeja? ¿O…? Las mejillas le ardían al recordar el anterior rechazo de Jean. Lo cierto era que éste no le había criticado desde un punto de vista metafísico, sino debido a su amistad con Delmastro. Era una cuestión de toma de contacto. ¿Cómo podría acercarse a Drakasha de la manera más efectiva?

¿Debía tratar a aquella mujer como a una víctima o como a una aliada?

El tiempo pasaba. Aquella conversación era algo decisivo: seguir sus instintos y jugar con ella, o seguir los consejos de Jean e… intentar ganarse su confianza. Los pensamientos daban vueltas en su mente. Sus propios instintos… ¿nunca le traicionaban? Los instintos de Jean (argumentos aparte)… ¿acaso Jean no había hecho siempre todo lo que podía para protegerle?

—Dígame algo —Locke hablaba muy despacio mientras sopesaba la respuesta que iba a darle.

—No sé.

—Es muy posible que algo que es tan grande como la mitad de este buque nos mire ahora, mientras hablamos.

—Lo es.

—¿Cómo puede estar tan tranquila?

—Cuando ves a menudo cosas parecidas a ésa, acabas cansándote…

—No creo que fueran como ésa de ahí fuera. Llevo en el mar seis o siete semanas, una enormidad para mí. ¿Y usted, cuánto?

Ella se le quedó mirando y no dijo nada.

—Quiere que le cuente algunas cosas sobre mí —dijo Locke—. Pero no voy a contárselas porque usted sea la capitana de este buque, ni porque pueda devolverme a la bodega, ni porque pueda arrojarme por la borda. Algunas cosas sobre mí… Antes quiero conocer algo de la persona con la que estoy hablando. Quiero hablar con Zamira, no con la capitana Drakasha.

Ella siguió callada.

—¿Es eso pedir demasiado?

—Tengo treinta y nueve años —dijo finalmente, muy despacio—. La primera vez que me hice a la mar tenía once.

—O sea, que casi treinta años. Pues como le decía, yo llevo muy pocas semanas. Y en ese tiempo he experimentado y visto tormentas, motines, el mal del mar, combates, luces espectrales… *cosas* malditas y hambrientas que merodean en espera de que alguien meta el simple dedo de un pie en el agua. No le diré que no haya disfrutado en algún momento, porque mentiría. He aprendido algunas cosas. Pero… ¿treinta años? Y, además, con niños. ¿No le parece un tanto… arriesgado?

—¿Tiene hijos, Orrin?

—No.

—En el momento en que crea que me da lecciones sobre cómo comportarme, esta conversación se terminará con usted saltando por la barandilla y yendo al encuentro de lo que sea que está ahí abajo.

—No es eso lo que quiero. Sólo…

—¿Acaso la gente de tierra adentro ha descubierto el secreto de la inmortalidad? ¿Han logrado evitar los accidentes? ¿Han dejado de tener mal *tiempo* en mi ausencia?

—Claro que no.

—¿Cuánto más cree usted que mis hijos están expuestos a los peligros, si los compara con esos pobres bastardos obligados a luchar en las guerras de sus correspondientes duques? ¿O con los de esas familias sin un cobre que mueren por culpa de la cuarentena impuesta por una plaga, o porque sus edificios son quemados hasta los cimientos? Guerras, enfermedades, impuestos. Cabezas que se humillan y botas que se lamen. En tierra hay muchas *cosas* malditas y hambrientas, Orrin. Sólo que a las que hay en la mar jamás se les pasó por la cabeza llevar una corona.

—Ah…

—¿Acaso *su* vida era un paraíso antes de embarcarse para el Mar de Bronce?

—No.

—Claro que no. Escúcheme con atención. Pensaba haber creado una jerarquía en donde la simple competencia y la lealtad bastaran para asegurarle a uno cierta posición —dijo casi susurrando—. Hice un juramento para servir, pensando que ese juramento obligaba a las dos partes a las que se refería. Fui una *estúpida*. Y tuve que matar a un enorme número de hombres y de mujeres para librarme de las consecuencias de esa estupidez. ¿De verdad quiere que deposite mi confianza, y la esperanza puesta en Paolo y Cosetta, en la misma mierda por la que estuve a punto de morir? Orrin, ¿ante cuál sistema legal habría de doblegarme? ¿A cuál rey, duque o emperatriz debería dar mi confianza de madre? ¿Cuál de ellos podría ser más digno que yo a la hora de juzgar todo lo que he hecho? ¿Podría presentarme a alguno, escribirme una carta de presentación para ellos?

—Zamira —dijo Locke—, le ruego que no me convierta en una especie de abogado de causas que no siento; creo que toda mi vida la he pasado despreciando eso de lo que habla. ¿Acaso me ve como una especie de individuo de ley-y-orden?

—Decididamente, no.

—Sólo siento curiosidad, eso es todo. Me gusta ser curioso. Y ahora cuénteme algo de la Armada Libre, de la, así llamada por ustedes, Guerra por el Reconocimiento. Cuénteme por qué siente tanto odio por… las leyes, los impuestos y todas esas medidas coercitivas, y si luchó en aquella guerra para acabar con ellas.

—Ah —Zamira suspiró, se despojó de su sombrero de cuatro picos y se pasó los dedos por la cabellera que se movía bajo la brisa—. Nuestra infame Causa Perdida. Nuestra contribución personal a la gloriosa historia de Tal Verrar.

—¿Por qué la comenzaron?

—Por una mala apreciación de las cosas. Todos esperábamos… bueno, la capitana Bonaire era persuasiva. Teníamos un líder, un plan. La explotación minera en nuevas islas, explotar algunos de sus bosques para extraer madera y resina. Saquear todo lo que quisiéramos hasta que las potencias del Mar de Bronce llegaran a la mesa de negociaciones retorciéndose las manos y entonces conseguir que autorizaran el comercio que nosotros queríamos. Nos imaginábamos un dominio comercial sin tarifas. Montierre y Puerto Pródigo llenas de comerciantes que hubieran llevado hasta ellas toda su fortuna.

—Ambicioso.

—Idiota.

—Yo acababa de librarme de una pleitesía que me agobiaba y me metí de patitas en otra. Creímos a Bonaire cuando afirmó que Stragos no tendría los redaños suficientes para llegar hasta nosotros y combatirnos de un modo efectivo.

—Oh, diablos.

—Nos encontraron en alta mar. La mayor confrontación que jamás hubiera visto, y enseguida perdimos. Stragos situó a cientos de soldados verraríes junto a los marineros; jamás tuvimos ni la más mínima posibilidad en un ataque cuerpo a cuerpo. En cuanto capturaron al *Basilisco*, dejaron de hacer prisioneros. Abordaban un buque, lo barrenaban y pasaban al siguiente. Sus arqueros lanzaban flechas a cualquiera que estuviera en el agua, al menos hasta que llegaban los calamares gigantes.

»Necesité toda mi argucia para poder escapar con el *Orquídea*. Unos pocos conseguimos llegar a Puerto Pródigo, pero no antes de que los verraríes borraran del mapa a Montierre. Quinientos muertos en una mañana. Después de aquello, regresaron a Tal Verrar y supongo que se dedicarían a bailar, a follar y a comentar lo sucedido.

—Creo —dijo Locke— que ustedes podrían tomar una ciudad de la envergadura de Tal Verrar… y que podrían amenazar las cuerdas de sus bolsas o su orgullo, e incluso arrebatarles una de ambas cosas. Pero no las dos.

—Tiene razón. Quizá Stragos no tenía ninguna fuerza cuando Bonaire desertó de la ciudad; pero consiguió unir los intereses de Tal Verrar bajo su mando. Nosotros le invocamos como a uno de esos demonios que salen en los cuentos —cruzó los brazos sobre el pecho, poniendo el sombrero encima de él y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la barandilla—, de esa manera nos convertimos en proscritos. Las Islas del Viento Salvaje no florecieron a causa del comercio. Puerto Pródigo jamás conoció su glorioso destino. Ahora nuestro mundo se reduce a este buque, que sólo va a tierra cuando la barriga le pesa demasiado para navegar.

»¿Me he expresado con claridad, Orrin? No lamento el modo como he vivido estos últimos años. Voy a donde quiero. No hay citas. No vigilo ninguna frontera.

¿Qué rey, constreñido por la tierra que gobierna, posee la libertad de un capitán de barco? El Mar de Bronce nos provee de todo. Cuando tengo prisa, me concede viento. Cuando necesito dinero, me entrega galeones.

Los ladrones prosperan, pensó Locke. *Los ricos recuerdan*.

Ya había decidido lo que iba a hacer, así que se agarró a la barandilla para parecer más sereno.

—Sólo los idiotas que han sido maldecidos por los dioses mueren por unas líneas pintadas en los mapas —dijo Zamira—, pero nadie puede dibujarlas alrededor de mi buque. Y si alguien lo intenta, sólo tengo que largar más vela y salir pitando.

—Sí —dijo Locke—. Pero… Zamira, ¿y si yo le dijera que quizá podría dejar de preocuparse por eso?

6

—Jerome, ¿es cierto que estuviste entrenándote con los barriles?

Habían tomado una botella de brandy de granada negra de una de las cajas abiertas para la juerga general y se la habían llevado a su escondrijo cerca de la barandilla.

—Sí, con los barriles —Jean tomó un trago de aquel líquido, que era tan negro como si en él hubieran destilado una parte de la noche, y observó que por debajo de su sabor dulce era tan pungente como una ortiga. Le pasó a ella la botella—. Jamás ríen, jamás te ridiculizan ni te distraen.

—¿No distraen?

—Los barriles no tienen pechos.

—Ah. ¿Y qué les *decías* a esos barriles?

—Esta botella de brandy está demasiado llena para contártelo sin que me produzca cierto embarazo —dijo Jean.

—Entonces, imagínate que yo soy un barril.

—Los barriles no tienen pe…

—Eso dicen. Vamos, Valora, anímate.

—Así que quieres que piense que eres un barril para que te diga lo que yo les decía a los barriles cuando pensaba que tú eras uno de ellos.

—Justamente.

—Bueno —se echó otro trago de la botella de brandy—. Tienes unos… aros como jamás había visto en ningún barril, unos aros tan brillantes y tan bien hechos…

—Jerome…

—¡Y esas duelas! —ya era tiempo de echarse otro trago—. Tus duelas… tan bien diseñadas, tan bien encajadas. Eres el barril más bonito que jamás haya visto, un barrilito precioso. Por no hablar de tu tapón…

—Vaya. ¿No le vas a decir ningún requiebro a tu cariñito?

—No. Soy tremendamente contumaz en mi cobardía.

—«¡El hombre! La conversación le convierte en ratón» —Ezri declamaba—. «¡Se burla de los dioses, se atreve a batallar y, sin embargo, se acobarda por el rechazo de una doncella! La sencilla risa de la chica más sencilla es como una puñalada, pues al igual que ésta intenta alojarse en su corazón. Convierte su sangre en leche aguada y su coraje en débil recuerdo».

—¡Ohhhhh! Lucarno, ¿no? —Jean se acarició la barba, pensativo—. «Mujer, tu corazón es como un laberinto sin mapa. Podría embotellar la confusión que me produce para beber de ella durante mil años si no me confundiera tanto lo que haces entre el despertar y la comida. Creciste con tantos desvíos que hasta las sierpes aplaudirían tu paso si los dioses les hubiesen dado manos».

—Me gusta —dijo ella—. *El Imperio de los Sietes Días*, ¿no es así?

—Así es. Ezri, perdóname por preguntártelo, pero ¿cómo diablos…?

—Que conozca esos pasajes no resulta más extraño en mí que en ti —le arrebató la botella, la echó hacia atrás para tomarse un largo trago y luego levantó la mano que tenía libre—. Lo sé. Te haré una indirecta. «De uno a otro meridiano he tenido el mundo entre mis manos y he hecho con él lo que he querido. He obtenido las confesiones de los emperadores, la sabiduría de los magos, los lamentos de los generales».

—¿Tenías una biblioteca? ¿*Tienes* una biblioteca?

—La tenía —dijo—. Era la última de seis hermanas. Supongo que la novedad se terminó enseguida. Como mi madre y mi padre sólo disponían de amigos de verdad para las cinco primeras, los míos fueron todos aquellos personajes que salían en los libros de mi madre —se echó un nuevo trago y terminó el contenido de la botella, que arrojó por la borda con una mueca—. ¿Cuál fue tu excusa?

—Mi educación fue, ah, ecléctica. Cuando eras pequeña, ¿no tendrías un juguete hecho con partes de madera, todas con formas diferentes, que había que introducir en los correspondientes agujeros de un armazón de madera?

—Sí que lo tuve —dijo ella—. Se lo cogí a mis hermanas cuando se cansaron de él.

—Así pues, podría decirse que me entrené para convertirme en un profesional de meter partes cuadradas en un agujero redondo.

—No me digas, ¿perteneces a algún gremio?

—He estado trabajando durante años para conseguir unas buenas credenciales.

—¿También tenías una biblioteca?

—En cierta manera. En ocasiones tomábamos prestados libros de la gente sin su permiso ni su conocimiento. Es una larga historia. Pero hay otro motivo. Te recitaré un verso de los tuyos para que lo adivines: «Al anochecer, a un asno que tiene una

audiencia de uno se le llama marido; a un asno que tiene una audiencia de doscientos se le llama éxito».

—Has pisado… un escenario —dijo—. ¡Eras actor! ¿Profesional?

—Sólo de vez en cuando —explicó Jean—. Muy de vez en cuando. Yo era… bueno… nosotros… —miró hacia la popa y lo lamentó al instante.

—Ravelle —dijo Ezri, y entonces miró de un modo extraño a Jean—. Los dos… habéis tenido alguna discusión, ¿o no?

—Si no te importa, no quiero hablar de él —Jean, nervioso y excitado al mismo tiempo, le puso una mano en el brazo—. Esta noche no quiero ni que exista.

—Pues no hablaremos de él —dijo ella, desplazándose un poco para que la mayor parte de su peso recayera en el pecho de él y no en la barandilla—. Esta noche —dijo — sólo existimos nosotros.

Jean se la quedó mirando, repentinamente consciente de los latidos de su propio corazón. El reflejo de la luz de las lunas en sus ojos, la sensación cálida de su cuerpo apoyado en el suyo, el olor a brandy, a sudor y a agua de mar que la definían… y la única cosa que pudo decir fue:

—Uhhhhh…

—Jerome Valora —dijo ella—, magnífico idiota, ¿tendré que hacerte un croquis?

—Claro que…

—Llévame a mi cabina —dijo mientras cogía parte de la tela de su camisa y la metía en uno de sus puños—. Tengo el privilegio de tener cuatro paredes, así que pienso aprovecharlo… por largo tiempo.

—Ezri —susurró Jean— ni en cien, ni en mil años te diría que no, pero hoy te han hecho mil cortes y apenas puedes tenerte de pie…

—Lo sé —dijo ella—. Por eso estoy segura de no poder *romperte*.

—Oh, sólo por decirme eso voy a…

—Espero ciertamente que lo hagas… —y abrió los brazos—. Pero antes llévame hasta allí.

La levantó con facilidad. La puso entre sus brazos y ella colgó los suyos de su cuello. Mientras Jean abandonaba la barandilla y se encaminaba hacia las escaleras del alcázar, se encontró ante el corro que formaban treinta o cuarenta participantes en la Guardia Alegre. Todos levantaron los brazos y vitorearon como salvajes.

—¡Apuntad vuestros nombres en una lista —exclamó Ezri— para poder mataros mañana a primera hora! —luego sonrió y volvió a mirar a Jean—. Aunque quizá tenga que esperar hasta la tarde.

7

—Sólo le pido que me escuche —decía Locke— sin ninguna idea preconcebida.

—Lo intentaré.

—La deducción que ha hecho al respecto de Jean y de mí mismo es encomiable. Tiene bastante sentido, aunque sólo para todo aquello que le he estado escondiendo hasta ahora. Comenzaré por mí. No he recibido ningún entrenamiento como luchador. Soy un luchador más que mediocre. Aunque siempre intenté lo contrario, todo acababa en comedia o en tragedia antes de que llegara a parpadear, los dioses sabrán por qué.

—Eso…

—Zamira. Escuche lo que voy a decirle. No maté a esos cuatro hombres empleando ninguna técnica de combate. Dejé caer un barril de cerveza encima de uno que estaba demasiado atontado para mirar hacia arriba. A otros dos que habían quedado conmocionados por la caída del barril les rebané el cuello. Lo mismo que al cuarto, después de que resbalara en la cerveza. Cuando los demás encontraron los cadáveres, les dejé que pensaran lo que quisieran.

—Pero sé que su carga contra los Redentores no fue ningún cuento…

—Eso sí es verdad. Pero la gente que está a punto de morir suele desquiciarse. Hubiera muerto a los diez segundos de empeñarme en aquel combate, Zamira. Jerome le dio la vuelta a todo. Jerome y sólo Jerome.

En aquel momento, un fuerte vítor se impuso al ruido de la carnavalada que acontecía en el combés. Locke y Zamira se volvieron al mismo tiempo, a tiempo de ver cómo Jean estaba en el extremo superior de las escaleras del alcázar con la teniente Delmastro entre sus brazos. Ninguno de los dos miró a Locke y a la capitana; pocos segundos después desaparecían por las escaleras.

—Y bien —dijo Zamira—, para vencer la voluntad de ese corazón, aunque sólo sea durante una noche, su amigo Jerome debe ser aún más *extraordinario* de lo que pensaba.

—Es extraordinario —dijo Locke con un susurro—, pues no deja de salvarme la vida una y otra vez, incluso aunque no lo merezca —volvió la mirada hacia la estela del *Orquídea*, siempre fosforescente y habitada por aquel monstruo al acecho—. Lo que suele ser casi siempre.

Zamira no dijo nada y al cabo de unos instantes comentó:

—Pero dirigió el ataque de los botes. Y subió el primero, sin saber lo que podía aguardarle arriba.

—Todo falso. Soy un artista de la falsedad, Zamira. Un individuo con varios rostros, un actor, un tipo capaz de asumir la personalidad de otros. No tenía ningún motivo noble cuando le pedí mandar los botes. Mi vida no valía nada a menos que intentara alguna locura para ganarme el respeto que había perdido. Durante esta mañana, todos los instantes en que hice gala de cierta compostura fueron fingidos.

—El hecho de que todo eso le parezca extraordinario me confirma que usted se

enfrentó esta mañana con su primera batalla.

—Pero…

—Ravelle, todos los que estamos al mando fingimos sentirnos tranquilos cuando la muerte se halla cerca. Lo hacemos tanto por quienes nos rodean como por nosotros mismos. Lo hacemos porque la única alternativa que nos queda es la de morir hechos un ovillo. La diferencia entre un jefe experimentado y el que se enfrenta a ello por primera vez reside en que sólo el primerizo se siente extrañado al hacer lo que tiene que hacer.

—No lo creo —dijo Locke—. La primera vez que subí a bordo no logré impresionarla a usted lo suficiente para que me escupiera en la cara. Y ahora excusa mi comportamiento. Zamira, debe saber que Jean y yo jamás trabajamos para el *Priori*. Y que jamás nos encontramos con nadie del *Priori* a menos que pasara a nuestro lado. El hecho es que, incluso en este mismo momento, trabajamos a las órdenes de Maxilan Stragos.

—*¿Cómo dice?*

—Jerome y yo somos ladrones. Ladrones profesionales que trabajan por libre. Llegamos a Tal Verrar para hacer cierto trabajo muy delicado que nos habíamos propuesto. La Inteligencia del Arconte descubrió quiénes y lo que éramos. Stragos nos envenenó con un veneno de efecto retardado cuyo antídoto sólo él conoce. A menos que nos hagamos con él o que descubramos otro remedio, somos sus marionetas.

—¿Con qué fin?

—Stragos nos proporcionó el *Mensajero Rojo*, permitiéndonos tripularlo con la gente que sacamos de la Roca de Barlovento y construyendo un pasado imaginario para un oficial disconforme llamado Orrin Ravelle. Nos proporcionó nuestro propio maestro de las velas (el mismo que sufrió un infarto poco antes de la tormenta) y nos envió a alta mar para que cumpliéramos una misión. Por eso estábamos en ese buque. Y por eso le dimos un pellizco a Stragos en la nariz. Todo había sido preparado por él.

—¿Qué quería que hicieran después? ¿Algo en Puerto Pródigo?

—Quería lo mismo que hace años, cuando usted y él se cruzaron en la mar. Todavía sigue en guerra con el *Priori*, pero ya acusa la edad que tiene. Si quiere recobrar algo de la popularidad que tenía antaño, ahora es la ocasión. Necesita un enemigo a las puertas para que el ejército y la armada se unan a él. Ese enemigo es *usted*, Zamira. Nada le convendría más a Stragos que el súbito resurgir de la piratería en los próximos meses.

—¡Por ese motivo los capitanes del Mar de Bronce han evitado acercarse a Tal Verrar durante los últimos siete años! Aprendimos una amarga lección. Si llega buscando pendencia, le esquivamos y huimos, en vez de comprometernos en

combate.

—Lo sé. Y él también. Nuestro trabajo (nuestra *misión*) consiste en crear malestar sin miramientos. Conseguir que los suyos enarbolen la bandera roja lo suficientemente cerca de Tal Verrar para que la gente corriente la vea desde las letrinas públicas.

—¿Y cómo diablos pensaban cumplir ese trabajo?

—Se me había ocurrido la idea, quizá pensada con el culo, de difundir rumores, de ofrecer retazos de información falsa. Si usted no hubiera capturado el *Mensajero*, yo habría intentado crear un buen desbarajuste. Pero eso fue antes de que Jerome y yo comprobáramos la auténtica realidad de esta parte del mundo. Ahora necesitamos que nos ayude.

—¿Para qué?

—Para ganar tiempo. Para convencer a Stragos de que estamos teniendo éxito.

—Si acaso ha pensado durante un segundo que voy a mover un dedo para ayudar al Arconte…

—No lo he pensado —dijo Locke—, y si usted piensa, aunque sólo sea durante un segundo, que realmente quiero ayudarle, entonces es que no ha estado escuchándome. Se supone que el antídoto de Stragos es activo durante dos meses. Eso quiere decir que Jean y yo tenemos que estar en Tal Verrar dentro de cinco semanas para tomarnos otra dosis. Y si no le decimos que estamos haciendo progresos, entonces puede decidir que ya no le valemos como inversión.

—El hecho de que tengan que dejarnos para regresar a Tal Verrar es lamentable —dijo ella—. Pero podrá encontrar en Puerto Pródigo algún comerciante independiente. Sólo se retrasará unos días. Tenemos acuerdos con bastantes de ellos que llegan a Tal Verrar y a Vel Virazzo. Con la parte que les ha tocado, tendrán el dinero suficiente para comprarse el pasaje.

—Zamira, usted es más inteligente que todo eso. Escúcheme. He hablado personalmente con Stragos en varias ocasiones. Mejor debería decir que me ha dado clases. Y creí lo que me contó. Creo que es la última oportunidad que le queda para poner su bota encima del *Priori* y así hacerse con el control de Tal Verrar. Necesita un enemigo, Zamira. Necesita un enemigo al que pueda aplastar.

—Entonces sería una locura seguirle la corriente y provocarle.

—Zamira, todos ustedes acabarán por combatir a pesar de sus intenciones. Ustedes son lo *único que le queda*. El único enemigo que le viene como un guante. Ya ha sacrificado un buque, un veterano maestro de las velas, una tripulación de prisioneros capaz de manejar una galera, y una parte considerable de su propio prestigio al meternos a Jerome y a mí en este juego. Mientras sigamos aquí y usted nos ayude, podrá conocer sus planes, porque nosotros les daremos curso en este buque suyo. Pero si usted nos ignora, no sabremos cuál será su siguiente jugada. Lo

único que sé es que preparará otros planes y que usted formará parte de ellos.

—¿Qué me queda entonces? —dijo Zamira— ¿Ser parte del juego de usted y provocar a Tal Verrar para que Stragos consiga lo que quiere? Hace siete años no pudimos acabar con su flota, y eso que poseíamos el doble de efectivos que ahora…

—Usted no es el arma para conseguirlo —dijo Locke—, sino Jerome y yo. Podemos llegar hasta Stragos. Sólo necesitamos saber el veneno utilizado y entonces atacaremos al muy hijo de puta como si fuéramos un escorpión que acabara de metérsele por la bragueta.

—¿Y para eso debo arriesgar mi navío, mi tripulación y mis hijos, poniéndome a tiro de un enemigo que es superior a mis fuerzas?

—Zamira, usted cree que el Mar de Bronce es algo así como un reino feérico en constante cambio, pero se siente atada a Puerto Pródigo y lo sabe. No dudo de que podría poner vela a cualquier puerto del mundo y sentirse a salvo en él, pero, y ahora viene la pregunta, ¿viviría igual que como vivía antes? ¿Vendería con la misma facilidad de antes las mercancías y los buques capturados? ¿Pagaría a su tripulación con la misma regularidad? ¿Conocería igual de bien las aguas y a sus amigos proscritos? ¿Acecharía las rutas comerciales como antes, estando expuesta a un poder naval mucho mayor?

—Esta conversación es la más extraña que he tenido en los últimos años —dijo Zamira, volviéndose a poner el sombrero en la cabeza—. Y, posiblemente, la petición más extraña que jamás me hayan hecho. No tengo ningún modo de saber si es cierto todo lo que me ha contado. Pero conozco este buque y lo rápido que puede navegar, incluso si fallara todo lo demás. Incluso si fallara Puerto Pródigo.

—Es una opción. Olvide lo que le he dicho. Aguarde hasta que Stragos descubra la manera de lograr su guerra o algo que se le parezca. Y entonces huya. A otro mar, a una vida más difícil. Usted misma dijo que no podría hacer daño a la armada del Arconte; que no podría vencerle con las armas. Por tanto, considere lo que le digo, pues cualquier otra elección que haga, antes o después se convertirá en retirada y fuga. Jerome y yo somos su único medio de ataque. Con su ayuda conseguiremos destruir el Arcontado para siempre.

—¿Cómo?

—Eso… aún está en ciernes.

—Creo que es lo menos esperanzador que podía decir…

—Considere el simple hecho —la interrumpió Locke— de que *conocemos* la existencia de fuerzas en Tal Verrar que equilibran el poder del Arconte. Jerome y yo podemos contactar con ellas, hacer que se involucren de algún modo. Si el Arcontado fuera abolido, el *Priori* tendría a Tal Verrar bien cogida por las bolsas… del dinero. Lo último que desean es complicarse en una guerra que acabaría por crear otro héroe militar muy popular.

—Encontrándose en este lugar, en la popa de mi nave, a varias semanas de Tal Verrar, ¿cómo puede hablar con tanta seguridad de lo que puede hacerse con los políticos y los comerciantes de esa ciudad?

—Creo que fue usted quien dijo que yo poseía un talento innato para la deshonestidad. Con mucha frecuencia pienso que es lo único de lo que puedo sentirme orgulloso.

—Pero…

—¡Drakasha, esto es intolerable!

Locke y Zamira volvieron a girarse al unísono para descubrir que la erudita Treganne estaba en la parte superior de la barandilla de popa. Se dirigía a su encuentro cojeando, pues se había dejado el bastón, con una cosa negra y quitinosa salida de una pesadilla que se retorcía entre sus brazos proyectados hacia delante, la cual tenía muchas patas que relucían bajo la luz del farol. Una araña del tamaño de un gato. La llevaba con la panza por delante, y sus fauces relucientes se agitaban como si la criatura estuviera muy enfadada.

—Dioses benditos, es una araña, lo es —dijo Locke.

—Treganne, ¿qué diablos hace Zekassis fuera de su jaula?

—Tu teniente ha comenzado el asalto de la vela que separa nuestras respectivas cabinas —dijo Treganne siseando—. ¡Un ruido y una conmoción intolerables! Ha tenido la suerte de aplastar sólo una caja al echarse encima de ella, y la suerte aún mayor de que yo estuviera allí para calmar a esta dama inocente…

—Un momento, ¿guarda esa cosa en su cabina? —Locke se sintió tranquilo al saber que aquella cosa no había estado recorriendo el buque, sino sólo una parte muy pequeña de él.

—¿De dónde cree que sale la seda para las vendas, Ravelle? Deje de temblar; Zekassis es una criatura tímida y delicada.

—Treganne —decía Drakasha—, en tu condición de médica deberías estar familiarizada con los ritos de cortejo de las hembras humanas adultas.

—Claro que sí, pero cuando se realizan a dos metros de mi cabeza los considero una intrusión insoportable…

—Treganne, en mi opinión, el hecho de haber interrumpido a Ezri en el transcurso de los mismos sí que hubiera sido una intrusión insoportable. El compartimiento del intendente, que está en el pasillo, se encuentra desocupado. Llama al carpintero para que le proporcione a Zek un acomodo temporal y cuelga tu hamaca en el espacio reservado para Gwillem.

—Jamás olvidaré esta indignidad, Drakasha…

—Sí, la recordarás durante unos diez minutos, hasta que una nueva afrenta reclame tu atención.

—Si Delmastro sufre alguna herida en el transcurso de sus afanes —dijo

Treganne, muy estirada— que se busque a otro físico que atienda sus necesidades. Y, si se me permite el decirlo, que emplee su propio abdomen para tejer las vendas que necesite…

—Estoy segura de que el abdomen de Ezri se halla ocupado en otra parte, erudita. Por favor, encuentra a alguien que construya una casa para esa cosa, al menos por esta noche. No creo que te cueste mucho trabajo el convencerle de la urgencia de la situación.

Mientras Treganne salía de estampía, muy malhumorada y con su criatura tímida y delicada que movía las patas en signo de protesta, Locke se volvió hacia Zamira con una ceja enarcada.

—¿Dónde encontró a…?

—El castigo por el agravio realizado a uno de los miembros de la familia real de Nicora es atar al culpable en el suelo de una jaula de hierro hasta que muera de hambre. En cierta ocasión estuvimos haciendo contrabando en Nicora; Treganne estaba metida en una de esas jaulas y se moría poco a poco. La mayor parte de las veces no me arrepiento de haberla sacado de allí.

—Bien. ¿Y qué me dice respecto a mi…?

—¿Proposición descabellada?

—Zamira, no hace falta que usted entre en el puerto de Tal Verrar. Sólo que me dé algo para conseguir los favores de Stragos durante varios meses más. Saquee uno o dos buques que se encuentren cerca de Tal Verrar. Algo rápido y eficiente. Sabe que Jerome y yo seríamos los primeros en tirarnos por la borda para ayudarla. Sólo tiene que dejarles que huyan hasta la ciudad y que extiendan un poquito de pánico. Luego permítanos desembarcar con un bote para hacer nuestros asuntos y volver con una idea mejor de cómo se desenvuelve todo…

—¿Atacar a varios buques que lleven la bandera verrarí y después acercarnos hasta la ciudad lo suficiente para que los dos puedan llegar en bote? ¿Quedarme anclada, con una recompensa de cinco mil solari por mi cabeza?

—Ya sé que no es justo que se arriesgue, Zamira, pero no debe seguir sospechando de nosotros, pues si Jerome y yo sólo quisiéramos volver a Tal Verrar, ¿por qué hubiéramos arriesgado el cuello en el abordaje de esta mañana? Y si hubiéramos querido seguir engañándola o espiándola, ¿por qué no aprovechar esa hipótesis suya que nos convertía en agentes del *Priori?*

»Jerome y yo discutimos esta mañana. Si usted habló con Jabril antes de sacarme de la bodega, habrá descubierto que soy un sacerdote del Decimotercero, el Guardián Avieso. Ustedes son… de los nuestros, más o menos. Nuestra familia. Es una cuestión de decoro. Jerome insistió en que le contáramos la verdad, puesto que la necesitábamos como aliada y no como víctima. Me avergüenza confesar que yo estaba demasiado enfadado para dar mi brazo a torcer. Pero él tenía razón, y ahora no

se trata de sentimentalismo estúpido sino de la pura verdad. Jerome y yo no podremos salir de ésta a menos que usted sepa toda la verdad de lo que queremos hacer y nos ayude. Y si no quiere o no puede ayudarnos, creo que un montón de problemas comenzarán a salir a su encuentro. A poco tardar.

Drakasha descansó la mano derecha encima de la empuñadura de uno de sus sables y cerró los ojos; parecía cansada y molesta.

—Antes que nada —dijo por fin— y aparte de cualesquiera otras consideraciones, tenemos que ir a Puerto Pródigo. Tengo un cargamento que vender, provisiones que comprar, un buque capturado del que tratar y una tripulación que instalar en él. Aún nos quedan varios días a bordo y otros pocos allí. Pensaré en todo lo que me ha dicho. De una manera u otra, le daré una respuesta antes de llegar a Puerto Pródigo.

—Gracias.

—Entonces, ¿realmente se llama Leocanto?

—Siga llamándome Ravelle —dijo Locke—. Resulta más fácil para todos.

—Por supuesto. Por cierto, sigue formando parte de la Guardia Alegre, así que no tendrá que incorporarse al servicio hasta mañana por la tarde. Le sugiero que haga buen uso de la noche.

—De acuerdo —Locke bajó la mirada hasta la copa de cuero llena con vino azul, pensando que quizá debía beber un poco más, y también que podía perderse durante unas horas jugando a los dados—. Espero que los dioses sean amables y que ya me haya sido provechosa. Buenas noches, capitana Drakasha.

Y la dejó sola en la barandilla, estudiando en silencio el monstruo que se ocultaba bajo la estela del *Orquídea*.

8

—¿Te duele? —susurró Ezri mientras pasaba un dedo por la piel de Jean que se encontraba encima de sus costillas.

—¿Que si me duele? Por los dioses del cielo, mujer, no, eso fue…

—No me refería a eso —le dio un cachete en la cicatriz que formaba un arco en su abdomen por debajo de la tetilla derecha—. Sino a *esto*.

—Oh, eso. No, fue maravilloso. Alguien iba a por mí con un par de Dientes del Ladrón. Fue como la cálida brisa de un magnífico día de primavera. Paladeé cada segundo de… ¡Uf!

—¡Burro!

—¿De dónde has sacado esos codos tan afilados? ¿Los apoyaste en una piedra de afilar o…? ¡Uf!

Ezri estaba echada encima de Jean, pues ambos descansaban en la hamaca de quasiseda que ocupaba la mayor parte de su cabina. Apenas le permitía tumbarse con

un brazo puesto encima de la cabeza (arañando el mamparo interno del costado de estribor del buque), ya que hubiera podido abarcar su anchura con los dos brazos extendidos. Un dije alquímico del tamaño de una moneda derramaba una débil luz plateada. Los rizos de Ezri, tan negros como el álamo de ese color, parecían iluminados por reflejos feéricos; algunas briznas de su cabello brillaban como telarañas de seda bajo la luz de las lunas. Cuando Jean pasó los dedos por aquella húmeda floresta de cabellos y masajeó el cuero cabelludo con sus uñas, ella aflojó los músculos con un gratificante quejido que indicaba lo relajada que estaba.

El aire inmóvil de la cabina estaba cargado con el sudor y el calor generados durante la primera hora de frenesí interminable que ambos habían pasado juntos. Jean acababa de darse cuenta de que la cabina estaba hecha un desastre. Sus ropas estaban tiradas por aquí y por allá en un completo caos. Las armas de Ezri y sus escasos objetos personales alfombraban el suelo mientras seguían los movimientos del buque. Una redecilla que contenía unos cuantos libros y rollos pendía del techo, inclinándose hacia la puerta para dar a entender que el buque se escoraba hacia babor.

—Ezri —murmuró, mientras miraba el tabique de tiesa lona que era la «pared» de la izquierda. Un par de pies grandes y otro par de pies pequeños en pleno trabajo lo habían deteriorado bastante—. Ezri, ¿de quién era la cabina que hemos estado pateando hace unos momentos?

—Oh, de la erudita Treganne. ¿Quién te ha dicho que dejes de hacerme eso en el pelo? Oh, mucho mejor.

—¿Se habrá enfadado?

—¿Más de lo que siempre está? —Ezri bostezó y se desperezó—. Que se busque un amante a su gusto y que nos devuelva las patadas si quiere. Tengo demasiadas preocupaciones para ser diplomática —besó a Jean en el cuello y el grandullón se estremeció—. Además, la noche aún es joven. Jerome, si encuentro el punto, creo que aún tendré tiempo de echar abajo a patadas esa cabina.

—Entonces, veamos si lo encuentras —dijo Jean, desplazando con suavidad su cuerpo hasta que ambos se pusieron de lado, cara a cara. Pasó las manos lo mejor que pudo por encima de las vendas de sus brazos, que era lo único que ella no podía quitarse. Desplazó las manos hacia sus mejillas y luego una vez más a su cabellera. Se besaron durante ese momento interminable que sólo se da entre los amantes cuyos respectivos labios aún no han sido explorados completamente por los del otro.

—Jerome —susurró.

—No. Te ruego que en privado jamás me llames por ese nombre.

—¿Por qué no?

—Porque debes llamarme por mi auténtico nombre —la besó en el cuello, llevó sus labios a una de sus orejas y musitó algo en ellas.

—Jean… —repitió ella.

—Sí, por los dioses. Dilo otra vez.

—Jean Estevan Tannen. Me gusta cómo suena.

—Tuyo y sólo tuyo —susurró Jean.

—Voy a darte algo a cambio —dijo ella—. Ezriane Dastiri de la Mastron. La noble Ezriane de la Casa de Mastron. En Nicora.

—¿De veras? ¿Posees una heredad o algo parecido?

—Lo dudo. Las hijas sobrantes que huyen de casa no suelen recibir bienes inmuebles —volvió a besarle y luego le peinó la barba con las uñas—. De hecho, después de la carta que dejé a mi padre y a mi madre, seguro que me desheredaron a toda prisa.

—Por los dioses. Lo siento.

—No tienes por qué —desplazó los dedos por el pecho de él—. Esas cosas suceden. De vez en cuando encuentras algo interesante que te hace olvidarlas.

—Pues hazlo —susurró Jean, y entonces los dos estuvieron demasiado ocupados para charlar.

9

Locke despertó de aquel matorral dominado por los sueños más vívidos a causa de varias cosas: el calor del día, que cada vez era mayor; el empuje de tres copas de vino en las entrañas; los gemidos de los hombres que le rodeaban, todos con resaca, y la inconfundible presión de las garras de la pequeña criatura que se había echado a dormir en su espalda.

Sobresaltado por el brumoso recuerdo de la araña de la erudita Treganne dio una boqueada de miedo y rodó hacia un lado, agarrando lo que fuera que se aferraba a él. Cuando parpadeó varias veces para apartar el velo de la modorra que cubría sus ojos, descubrió que lo que agarraba no era una araña, sino un gatito de cara estrecha y pelaje negro.

—¿Qué diablos? —murmuró.

—Miaou —le replicó el gatito, mirándole a su vez. Tenía esa expresión de tirano que suelen tener todos los gatos y que les sienta tan bien. *Estaba muy a gusto, y tuviste el atrevimiento de moverte,* decían aquellos ojos de jade. *Por eso morirás*. Pero cuando el gatito comprendió que con un kilo o kilo y medio de masa corporal no podría partirle el cuello a Locke de un zarpazo, puso sus garras encima de sus hombros y comenzó a tocarle los labios con su naricilla húmeda. Luego bufó.

—Te presento a Regio —dijo alguien que estaba a la izquierda de Locke.

—¿Regio? No, es ridículo —Locke ocultó el gatito debajo del brazo como si fuera algún aparato alquímico letal. Tenía el manto suave y sedoso, y acababa de ponerse a ronronear. Quien había hablado era Jabril; Locke enarcó las cejas al

comprobar que estaba echado boca arriba en cueros vivos.

—El nombre se lo pusieron por esa mancha blanca que tiene encima de la garganta —explicó—. Y por esa nariz tan húmeda, supongo.

—No está mal.

—Regio. Ya has sido adoptado, Ravelle. ¿No es algo irónico?

—Ya se cumplió la ambición de mi vida —Locke echó un vistazo por el castillo inferior y vio que estaba medio vacío. Varios de los nuevos miembros de la tripulación del *Orquídea* roncaban sonoramente; uno o dos se arrastraban a gatas y alguno que otro dormía plácidamente encima de un charco de sus propios vómitos. O eso supuso Locke, que debían de ser suyos. A Jean no se le veía por ningún sitio.

—¿Cómo pasaste la velada, Ravelle? —Jabril se ayudó con ambos codos.

—Supongo que del modo más virtuoso posible.

—Mis condolencias —Jabril sonrió—. ¿Llegaste a ver a Malakasthi, del turno azul? ¿Una pelirroja que lleva unos puñales tatuados en los nudillos? Dioses, no creo que sea humana.

—Te fuiste pronto de la fiesta, al menos eso sí lo sé.

—Sí. Ella tenía ciertas exigencias. Y unos cuantos amigos —Jabril se masajeó las sienes con la mano derecha—. El contramaestre del turno rojo, un tipo sin dedos en la mano derecha. Ni se entera de las trampas que hacen esos malditos chicos de Ashmiri. Diantre.

—¿Chicos? No tenía ni idea de que te hubieras metido en esa discusión particular.

—Sí, bueno, creo que lo intentaré otra vez —Jabril hizo una mueca—. O seis, o siete, según vayan las cosas —se rascó la barriga y entonces fue consciente de su desnudez—. Diablos, creo recordar que ayer mismo iba con calzones…

Locke salió a la luz del sol varios minutos después, llevando a Regio acurrucado en uno de sus brazos. Cuando Locke se desperezó y bostezó, el gato hizo lo mismo, intentando escaparse de su abrazo y, presumiblemente, subírsele en la cabeza. Locke levantó en alto aquella cosa peluda y se la quedó mirando.

—No quiero prendarme de ti —dijo—. Busca a alguien que te aguante los arrumacos —y, sabiendo que cualquier movimiento brusco podía ocasionar que el gato se cayera, lo depositó cuidadosamente en el suelo y lo empujó con uno de sus pies desnudos.

—¿Estás seguro de que puedes darle órdenes a ese gato? —Locke se volvió y descubrió a Jean en la escalera que conducía al castillo de proa, donde se había detenido para ponerse la camisa—. Ten cuidado, porque podría formar parte de alguna de las guardias.

—En caso de tener algún rango, ocupará cualquier puesto de la escala comprendida entre Drakasha y los Doce —Locke se quedó mirando a Jean durante unos instantes—. Hola.

—Hola…

—Oye, si esto va a terminar en ese tipo de conversaciones aburridas en las que yo siempre digo, «que tonto fui», mejor lo dejamos, porque aún me siento bastante mal por culpa del vino azul…

—Lo siento —dijo Jean.

—No, eso lo digo yo siempre.

—Lo que quería decir es que siempre acabamos por sacarle punta a las cosas, ¿o no?

—Una batalla no comienza si una de las partes no lo desea, así que calmémonos. No te guardo rencor… por lo que me dijiste.

—Podemos pensar en algo —dijo Jean en tono conciliador, aunque también perentorio—. Los dos juntos. Ya sé que tú no… bueno, no quería insultarte.

—Ya lo he olvidado. Y tenías razón. Anoche estuve hablando con Drakasha.

—¿Sí?

—Se lo conté —Locke hizo una mueca y volvió a desperezarse para disimular las señas que había comenzado a hacer con las manos. Jean las vio y enarcó las cejas.

No le hablé de los magos mercenarios, ni de la Aguja del Pecado, ni de Camorr ni de cuáles eran nuestros auténticos nombres. Pero sí de todo lo demás.

—¿De veras? —dijo Jean.

—Sí —Locke miraba el suelo del puente—. Y le dije que tenías razón.

—¿Y cómo se lo…?

Locke hizo como si tirara unos dados imaginarios y se encogió de hombros.

—Estaremos enseguida en Puerto Pródigo —dijo—. Hay mucho que hacer. Y luego me dijo… que nos diría lo que había decidido.

—Comprendo. ¿Y entonces?

—¿Pasaste una buena noche?

—Sí, gracias.

—Magnífico. Y, ah, respecto a lo que dije ayer…

—No tienes necesidad de…

—Sí que la tengo. Fui más *estúpido* que todas las estupideces que te dije ayer. Fui muy estúpido y en absoluto amable. Sé que has tenido que aguantarme todo el tiempo que he llevado encima esa estupidez como si fuera una armadura. Así que no me va a dar envidia todo lo que puedas conseguir. Disfrútalo.

—Lo hago —dijo Jean—, créeme, lo hago.

—Magnífico. No soy precisamente una persona de quien quieras aprender.

—Uh, eso…

—Está bien, señor Valora —Locke sonrió, contento al sentir que las comisuras de su boca se curvaban hacia arriba sin que él tuviera que ordenárselo—. Pero ese vino que te comentaba…

—¿Vino? ¿Acaso te…?

—Las barandillas de alivio, Jerome. Necesito echar una meada antes de que se me revienten las entrañas. Bloqueas las escaleras.

—Ah —Jean se apartó y le dio una palmada en la espalda—. Mis disculpas. Libérate por ti mismo, hermano.

Capítulo 12

Puerto Pródigo

1

El *Orquídea Emponzoñada* siguió hacia el oeste por el sur en medio del aire húmedo y del mar en relativa calma, y los días continuaron su curso mientras Locke seguía ocupándose de un sinfín de trabajos.

A él y a Jean los habían transferido a la Guardia Roja, que se encontraba al mando de la teniente Delmastro debido a la ausencia de Nasreen. Las grandes ceremonias de iniciación no habían saciado el apetito que el buque sentía por todo aquello que tenía que ver con el mantenimiento; había que seguir embadurnando los mástiles, que comprobar una y otra vez las cuadernas, que barrer los puentes, que ajustar los aparejos. Locke aceitaba los sables que estaban en los armeros, apoyándose en el cabrestante de carga para trabajar mejor; servía cerveza durante la cena que todos tomaban a media tarde y llevaba trozos de soga para embrearlos hasta que los dedos se le quedaban rojos.

Drakasha saludaba a Locke con un asentimiento de cabeza, aunque sin dirigirle la palabra y sin llamarlo para charlar en privado con él.

Al pertenecer por pleno derecho a la tripulación, los antaño marineros del *Mensajero* tenían derecho a dormir donde, más o menos, les apeteciera. Algunos optaban por la bodega principal, sobre todo los que reclamaban la prerrogativa de compartir la hamaca con quienes siempre habían tripulado el *Orquídea*; pero Locke se sentía a gusto bajo el castillo, que ya había sido adecentado convenientemente. Tenía una capa liviana ganada a los dados que usaba a modo de almohada, un lujo después de tantos días tirado en el puente. Al finalizar la guardia de noche, apenas antes de que llegara la rosada claridad de la aurora, se iba a descansar, quedándose tan dormido como una estatua de piedra.

Era evidente que Jean se iba a dormir a otro sitio después de terminar su guardia.

No hubo ningún avistamiento hasta el vigésimo quinto día del mes, cuando se levantó un fuerte viento procedente del sur. Locke se había ido al amanecer para dormir en su sitio acostumbrado junto al mamparo de babor de una cubierta inferior; sintiéndose más que a gusto, llevaba roncando varias horas cuando se despertó sobresaltado sin saber por qué: Regio estaba acurrucado encima de su cuello.

—Ahh —dijo, y como si aquello fuera una señal, el gatito apoyó sus garras

delanteras en las mejillas de Locke y comenzó a frotar su naricilla húmeda con la de él. Locke cogió al animalito, se incorporó y abrió unos ojos llenos de legañas. Era como si tuviera la cabeza llena de telarañas: algo le había despertado antes de tiempo.

—¿Has sido tú? —murmuró, acariciando la frente de Regio con dos dedos—. Chico, tenemos que dejar de encontrarnos de esta manera. No quiero aficionarme a ti.

—¡Tierra! —decía el débil grito proveniente de lo alto—. ¡A tres cuartos por la popa, a babor! —Locke depositó a Regio en el suelo, le dio un empujón para que fuera al lado de otro durmiente que roncaba y salió tambaleándose hacia la luz del día.

La actividad en cubierta parecía normal; nadie corría apresurado por ella ni entregaba mensajes urgentes a Drakasha, ni siquiera la barandilla estaba atestada de gente deseosa de divisar la tierra cada vez más cercana. Alguien le dio una palmada en la espalda. Al volverse, comprobó que se trataba de Utgar, que llevaba un rollo de soga colgado de los hombros. El vadraní le saludó amistosamente con un asentimiento de cabeza.

—Pareces confuso, guardia roja.

—Es que… cuando escuché ese grito, supuse que habría más animación. ¿Es Puerto Pródigo?

—Que va. Ni siquiera las Islas del Viento Fantasma, pero nos aproximamos a ellas. Son unos lugares míseros. Isla del Áspid, Roca Bastarda, Arenas de Ópalo. No queremos atracar en ninguno de esos sitios. Aún nos quedan dos días para llegar a Puerto Pródigo, aunque con estos vientos las cosas no irán a nuestro gusto.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo verás —Utgar enseñó los dientes, como guardándose algo para sí—. Seguro que lo verás. Sigue durmiendo un rato, pues te toca subir a los mástiles dentro de dos horas.

2

Las Islas del Viento Fantasma fueron creciendo alrededor del *Orquídea* como si fueran una pandilla de salteadores que disfrutara al acercarse lentamente hacia su presa. El horizonte, antes limpio, aparecía salpicado de islas cubiertas por una espesa jungla coronada de niebla. Unos picos tan altos como negros retumbaban de manera intermitente, lanzando hebras de vapor y de humo hacia un cielo de color gris oscuro. La lluvia formaba cortinas de agua al caer, nada que ver con las despiadadas tormentas de alta mar, sino más bien con el indolente calor húmedo de los trópicos, tan tibio como la sangre y apenas disipado por la brisa de la jungla.

A medida que se dirigían hacia el oeste, las aguas se aclararon, pasando del cobalto de las profundidades al azul cielo y al color traslúcido propio de la

aguamarina. El lugar hervía de vida; las aves volaban por encima de ellos, los peces saltaban como dardos en los bajíos formando nubes plateadas, mientras unas formas sinuosas, mayores que las de los seres humanos, proyectaban su sombra sobre ellas. Acechaban con languidez desde la estela del *Orquídea*: tiburones-guadaña, viudos azules, escolleras de la mala suerte, aletas-daga. La más irreal de todos era la variante local del tiburón-lobo, cuyo lomo le permitía camuflarse en la confusa neblina que reinaba bajo el buque. A la hora de querer verlo era imprescindible gozar de buena vista, ya que servía tanto para descubrir las espectrales incongruencias de color que delataban su presencia, como para evitar su proximidad, pues aquel tiburón tenía la desconcertante costumbre de nadar en círculo por debajo de las barandillas de alivio.

Locke agradeció a los dioses que no supiera saltar.

Siguieron a la vela durante un día y medio, girando eventualmente para esquivar el arrecife de turno o las islas muy pequeñas. Drakasha y Delmastro parecían conocer la zona de memoria y sólo consultaban las cartas de Drakasha en raras ocasiones. Locke comenzó a descubrir restos de presencia humana entre los bajíos y las rocas: aquí un mástil erosionado; allá, hundido en el fondo arenoso, el esqueleto de una quilla. En el transcurso de una de sus guardias nocturnas, distinguió cientos de criaturas parecidas a los cangrejos, pero tan grandes como un perro, congregándose en el volcado casco de un buque. Cuando el *Orquídea* pasó por delante de ellas, las criaturas abandonaron en masa aquel arrecife artificial y se lanzaron al agua, que espumeó blanca. A los pocos instantes habían desaparecido por completo.

Locke terminó la guardia pocas horas después, consciente de que la tripulación que le rodeaba estaba cada vez más nerviosa. Algo había cambiado. Drakasha recorría el alcázar de un lado para otro, ordenando que subieran más vigías a los mástiles y hablando en voz baja con Delmastro y con Mumchance.

—No creo que vaya a contarme lo que pasa —dijo Jean después de que Locke dejara caer con sutileza lo que estaba pensando—. Ahora es más la teniente Delmastro que Ezri.

—Eso quiere decir algo —comentó Locke—, que debemos refrenar la alegría que sentimos.

Drakasha llamó a toda la tripulación en el cambio de guardia vespertino. Una enorme, sudorosa y ansiosa muchedumbre de hombres y mujeres miraba la barandilla del alcázar mientras aguardaba las palabras de la capitana. El sol era un disco de cobre fundido que remataba las alturas de las junglas situadas por delante de ellos; los colores de aquel fuego se iban extendiendo poco a poco entre las nubes, mientras a su alrededor las islas comenzaban a sumirse en la oscuridad.

—Y bien —dijo Drakasha—, la situación es la siguiente. Estos últimos días los vientos nos han llevado muy deprisa, apartándonos de nuestro rumbo hacia el sur. Esta noche podemos anclar en Puerto Pródigo, pero sin pasar por la Puerta del

Comerciante.

Un murmullo general se alzó de todo aquel gentío. La teniente Delmastro dio un paso para situarse al lado de la capitana; luego apoyó una mano en el cinturón, que como siempre llevaba atestado de armas, y exclamó:

—¡Silencio! ¡Por los meados de Perelandro, ya hemos pasado antes por esta situación!

—Es cierto —dijo Drakasha—. Animaos, Orquídeas. Haremos lo que siempre hemos hecho. Que la guardia roja descanse un poco. Os llamaré dentro de unas horas. Después nadie dormirá, ni beberá, ni echará un polvo hasta que estemos a salvo. Guardia azul, entráis en servicio. Del, atiende a la guardia entrante. Que todos bajen corriendo.

—¿Bajar corriendo *adónde?* —Locke miró a su alrededor haciendo casi la pregunta al aire, pues la tripulación había comenzado a dispersarse.

—Hay dos maneras de llegar a Puerto Pródigo —dijo Jabril—. La primera es franquear la Puerta del Comerciante. Tiene una longitud de doce millas. Hay que virar todo el rato, pues está llena de bajíos. Hay que avanzar muy despacio. Durante la mayor parte del trayecto hay que ir muy despacio, pero si el viento del sur es muy fuerte no es posible atravesarla. Tardaríamos días.

—Entonces, ¿qué puñetas vamos a hacer?

—La segunda es llegar desde el oeste. La mitad de larga. Aunque llena de virajes, no es tan mala como la primera. Sobre todo con este viento. Pero jamás se sigue si puede tomarse la otra opción. La llamamos el Paso de las Voces.

—¿Por qué?

—Porque hay algo en él —dijo la teniente Delmastro mientras se abría camino entre los ya escasos tripulantes, todos ellos provenientes del *Mensajero*, que se habían congregado alrededor de Jabril. Jean observó que Ezri le daba un ligero apretón en el brazo antes de proseguir—. Algo… que vive allí… y se escuchan cosas.

—¿Algo? —Locke no pudo evitar que su voz sonara ligeramente enfadada—. ¿Peligra el buque?

—No —respondió Delmastro.

—Entonces sea más específica. ¿Peligramos los que estamos *a bordo* de él?

—No lo sé —dijo Delmastro, mirando un instante a Jabril—. ¿Algo abordará al buque? No, positivamente no. ¿Tendréis ganas de… *abandonar* el buque? Eso no lo sé. Dependerá de vuestro temperamento.

—No creo que me agrade mirar de cerca eso que nada por aquellas aguas, sea lo que sea —dijo Locke.

—Bien. Entonces, lo más probable es que no tenga que preocuparse por nada —Delmastro suspiró—. Pensad en lo que ha dicho la capitana. Lo mejor es que descanséis un poco. Os llamaremos cuando hayáis cumplido la mitad del descanso

que os hubiera tocado en una guardia normal, así que aprovechad el tiempo —se acercó hasta Jean y le susurró algo al oído (Locke escuchó que le decía: «Como voy a hacer yo»)—. Ah, te veré más tarde, Jerome.

Locke sonrió a su pesar.

—¿No va a echar una cabezada?

—Diablos, no. Quiero mover deprisa los pulgares y despejarme cuanto antes hasta que nos llamen. A lo mejor encuentro a alguien que quiera echar una partida de cartas conmigo…

—Lo dudo —dijo Delmastro—, su reputación…

—Sufro una persecución injusta por culpa de mi buena fortuna —dijo Locke.

—Bueno, quizá sólo sea que da mala suerte a los que juegan con usted. Para el inteligente —y le lanzó un besito en broma—. O lo que usted sea, Ravelle.

—Oh, llévese a Jerome y hágale todas las maldades que quiera —Locke cruzó los brazos y apretó los dientes. El hecho de que Delmastro hubiera comenzado a mostrarse más amistosa con él en los últimos días era de agradecer—. Y juzgaré su actuación en la medida en que Treganne se encuentre más o menos fastidiada la próxima vez que la vea. Diablos, así es como me divierto. Y estoy por apostar por la manera en que dos fieras como ustedes consiguen que la erudita…

—No hará *nada* de eso —dijo Delmastro— a menos que quiera que le encadene a un ancla por sus preciadas partes y le pasee por encima de un arrecife.

—No, mejor —dijo Jean— apuesto con él y luego hago trampa.

—¡Valora, este buque tiene *dos* anclas!

3

Cuando Jean y Ezri subieron al alcázar ya había comenzado a anochecer. Drakasha estaba cerca de la barandilla, acunando a Cosetta en su brazo izquierdo y echando algo en una copa de plata con la mano derecha.

—Debes tomártelo, cariño. Es una bebida muy especial que las princesas piratas tienen que tomarse por la noche.

—No —musitó Cosetta.

—¿No eres una princesa pirata?

—¡No!

—Yo creo que sí. Sé buena.

—¡No quiero!

Jean regresó a los momentos transcurridos en Camorr, recordando el trato que el padre Cadenas daba a cualquiera de los jóvenes Caballeros Bastardos que le desafiase. Aunque entonces ellos eran mucho mayores que Cos, los niños sólo eran niños, y eso hacía que Drakasha pareciera dolida.

—Vaya, vaya —dijo en voz alta, acercándose a las dos Drakasha para que Cosetta se fijara en él—. Eso tiene *muy* buena pinta, capitana Drakasha.

—La tiene —dijo ella— y sabe mejor de lo que parece.

—Bah —dijo Cosetta—. ¡Ahhhhh! ¡No!

—*Tienes* que tomártelo —dijo su madre.

—Capitana —dijo Jean como si estuviera encaprichado de la copa de plata—. Tiene un aspecto *tan* bueno… Si Cosetta no se lo toma, démelo a mí.

Drakasha le miró y sonrió.

—Bueno —dijo como si estuviera enfadada—, si Cosetta no lo quiere, tendré que dárselo a usted —así que apartó despacio la copa del lado de Cosetta y la acercó a donde se encontraba Jean, mientras la niñita abría unos ojos como platos.

—¡No! —exclamó—. ¡No!

—Si tú no te lo bebes —dijo Drakasha con aires de haber tomado una decisión—, será para Jerome. Así son las cosas, Cosetta.

—Mmmm —dijo Jean—. Creo que me lo tomaré de un trago.

—¡No! —Cosetta agarró la copa—. ¡No, no, no!

—Cosetta —dijo Drakasha con mucha seriedad—, si quieres esa copa, tendrás que beberte lo que tiene dentro. ¿Me has entendido?

La niñita asintió mientras hacía pucheros y alargaba los dedos para hacerse con aquel premio que, de repente, le parecía de valor incalculable. Zamira llevó la copa de plata a los labios de Cosetta y ésta se bebió su contenido con enorme ansia.

—Muy bien —dijo Drakasha, besando a su hija en la frente—, muy, pero que muy bien. Ahora voy a llevaros abajo a ti y a Paolo para que durmáis —deslizó la copa vacía en uno de los bolsillos de su casaca, bajó a Cosetta hasta su pecho y saludó con la cabeza a Jean—. Gracias, Valora. El puente es tuyo, Del. Pero sólo durante unos minutos.

—No le gusta nada tener que hacer eso —dijo Ezri en voz baja cuando Drakasha hubo desaparecido por las escaleras.

—¿Alimentar a Cos por la noche?

—Es leche de adormideras. Quiere que sus hijos estén dormidos mientras atravesamos… el Paso de las Voces. Por nada del mundo querría que estuvieran despiertos cuando pasemos por él.

—¿Y qué diablos va…?

—No resulta fácil explicarlo —dijo Ezri—. Y es mejor no saberlo. Pero tú estarás bien, pues sé que tienes mucha fuerza de voluntad —le pasó una mano por la espalda —. Has logrado sobrevivir a mis malos humores.

—Ah —dijo Jean—, de eso nada: cuando una mujer tiene tu corazón, ya no tiene malos humores… Sólo humores interesantes… incluso humores *muy* interesantes.

—Donde yo nací, a los aduladores desmesurados los meten en una jaula de hierro

para que se sequen como la mojama.

—Ya sé por qué te escapaste. Inspiras tanta adulación que cualquier hombre que hubiera hablado contigo habría acabado en esa jaula…

—¡Eres *más que* desmesurado!

—Tengo que hacer algo para mantener la mente alejada de lo que está por llegar…

—¿Acaso lo que hemos estado haciendo abajo no te servido de nada?

—Bueno, creo que podríamos volver a bajar y…

—Es una pena que la zorra más grande de este buque no sea ni Drakasha ni yo, sino el deber —y besó a Jean en la mejilla—. Si quieres algo que te mantenga ocupado, puedes hacer los preparativos para entrar en el Paso. Vete al armario de proa y tráeme las luces alquímicas.

—¿Cuántas?

—Todas las que haya —dijo ella—. Hasta la última que puedas encontrar.

4

Las diez de la noche. La oscuridad cubría como una capa las Islas del Viento Fantasma mientras el *Orquídea Emponzoñada*, sólo con las gavias, acometía el Paso de las Voces bañado por unas luces ambarinas y blancas. Cien faroles alquímicos habían sido devueltos a la vida y dispuestos alrededor de todo el casco del buque, algunos entre los aparejos, pero la mayoría por debajo de las barandillas, creando falsos reflejos de fuego ondulante en las negras aguas que se encontraban bajo ellas.

—Marca seis —decía uno de los marineros que Drakasha había situado en los costados, desde donde manipulaban sus plomadas para comprobar la altura del agua que había entre el casco del buque y el fondo del mar; seis brazas, otros tantos metros. El *Orquídea* podía deslizarse por fondos aún más bajos.

Por lo general, los sondeos se tomaban de vez en cuando, y el hombre que manejaba la plomada se bastaba para hacerlos. Pero en aquellos momentos, dos de los marineros más viejos y experimentados se encargaban de ellos, soltando las plomadas y cantando las mediciones constantemente. Por si fuera poco, cada uno tenía a su lado un pequeño grupo de… hombres atentos (la expresión era de Jean, la primera que se le había ocurrido): marineros bien armados y vestidos con armadura.

El buque había adoptado todo tipo de medidas, algunas de ellas extrañísimas. Los escasos tripulantes de elite que vigilaban en lo alto de las velas se habían atado cuerdas de seguridad en la cintura; en caso de caerse, oscilarían como péndulos, pero saldrían con vida. No habían encendido ningún fuego, puesto que el humo estaba estrictamente prohibido. Los hijos de Drakasha dormían en su cabina, con las persianas echadas y una guardia en las escaleras. La propia Drakasha se había puesto

su armadura de láminas de cristal antiguo, y las empuñaduras de sus sables asomaban, bien dispuestas, en sus vainas.

—Seis menos un cuarto —decía uno de los que sondeaban.

—Se está levantando niebla —dijo Jean. Él y Locke se encontraban en la barandilla de estribor del alcázar. Cerca de ellos, Drakasha se movía de un lado para otro, Mumchance atendía la rueda y Delmastro estaba al lado de la bitácora con un pequeño anaquel de relojes de arena.

—Así comienza —dijo Mumchance.

El *Orquídea* acababa de entrar en un canal de media milla de anchura sembrado de escollos que alcanzaban la mitad de la altura del buque y que estaban coronados por una jungla oscura que aparecía y desaparecía en la negrura. En aquella jungla había débiles sonidos de cosas invisibles: chirridos, roces, chasquidos. Los arcos de luz que formaban los faroles del buque iluminaban las aguas en un radio de quince a veinte metros; en los bordes de aquel círculo de luz, Jean observó que unos hilillos de bruma gris comenzaban a arremolinarse por encima del agua.

—Cinco y medio —decía el marino que medía por estribor.

—Capitana Drakasha —Utgar estaba en la barandilla, cogiendo la cuerda de la sonda entre sus dedos—, cuatro nudos.

—Entendido —dijo Drakasha—. Cuatro nudos y la popa todavía no ha entrado por el Paso. —Avísame dentro de diez minutos, Del.

Delmastro asintió, colocó uno de sus relojes encima de la mesa y observó cómo caía la arena. Drakasha se dirigió a la barandilla delantera del alcázar.

—Escuchadme —se dirigía a la tripulación que trabajaba en cubierta o vigilaba desde ella—. Si comenzáis a sentiros extraños, apartaos de las barandillas. Si no queréis quedaros en cubierta, id abajo. Hay un trabajo que debemos cumplir como en tantas otras ocasiones. *Nada* os hará daño mientras sigáis en el buque. Aferraos a ese pensamiento. *No abandonéis el buque*.

La bruma se estaba levantando, haciéndose cada vez más espesa. Las sombrías siluetas de los arrecifes y junglas que los rodeaban comenzaron a desvanecerse rápidamente. A su alrededor sólo había negrura.

—Los diez minutos, capitana —anunció Delmastro cuando hubo transcurrido ese tiempo.

—Marca cinco —decía uno de los hombres de las sondas.

—Mum, timón abajo —Drakasha se sirvió de un bastón de carboncillo para garrapatear una nota rápida en un pergamino doblado—. Dos radios a sotavento.

—Sí, capitana, timón a sotavento por dos.

Después de que el maestro de las velas ajustase ligeramente el timón, el buque se inclinó hacia babor. Los marinos que estaban en la arboladura efectuaron unos ligeros ajustes en las velas y en los aparejos según las instrucciones que Drakasha les había

proporcionado antes de entrar en el Paso.

—Avísame dentro de doce minutos, Del.

—Sí, capitana, en doce.

Mientras transcurrían aquellos doce minutos la niebla se hizo más espesa, como si fuese humo salido de un fuego que alguien hubiese encendido. Los rodeaba por todos los lados, un muro inmaterial de color gris que parecía encerrar dentro de una burbuja los sonidos y la luz del buque para aislarlos de cualquier contacto con el mundo exterior. Los crujidos de las cuadernas y de los aparejos, el chapoteo del agua contra el casco, el parloteo de las voces… todo aquello sonaba como con sordina, y los sonidos propios de la jungla habían desaparecido. La niebla fue invadiéndolos poco a poco hasta cruzar la efímera línea de agua iluminada por los faroles. La visibilidad en todas las direcciones se había reducido a trece metros.

—Doce, capitana —dijo Delmastro.

—Mum, timón arriba —dijo Drakasha, mirando fijamente la rosa de los vientos de la bitácora—. Timón a barlovento. Llévanos al noroeste por el oeste —y dijo a gritos a la tripulación que estaba en el combés—: ¡Preparados para bracear las vergas! ¡Noroeste por el oeste, viento hacia babor!

Hubo varios minutos de actividad mientras el buque se adaptaba lentamente a su nuevo rumbo y la tripulación posicionaba las vergas. Mientras tanto, Jean estaba cada vez más convencido de que no se estaba imaginando que aquella niebla amortiguara los sonidos. El sonido de todo lo que hacían simplemente moría al tocar aquel sudario intangible. De hecho, la única evidencia de que existía un mundo al otro lado de la niebla se debía al olor a tierra mojada de la jungla que era arrastrado por la cálida brisa que recorría el puente.

—Marca siete —dijo uno de los encargados de la sonda.

—Veintidós minutos, Del.

—Sí —dijo Delmastro, volcando sus relojes como si fuera una autómata.

Los siguientes veintidós minutos transcurrieron en un silencio claustrofóbico, sólo aliviado por el ocasional ondear de las velas y los gritos de los hombres de las sondas. La tensión fue en aumento a medida que los minutos fueron pasando, hasta que…

—Tiempo, capitana.

—Gracias, Del. Mum, baja el timón. Llévanos al sudoeste por el oeste —levantó la voz—: ¡Ahora, con energía! ¡Amuras y escotas! ¡A la amura de babor, sudoeste por el oeste!

Las velas se estremecieron y la tripulación recorrió el buque sudando y tirando de las sogas mientras el buque se escoraba hacia la amura de babor. Giraron en medio de la niebla mientras la brisa impregnada con los olores de la jungla les seguía como un boxeador que diera vueltas alrededor de un contrario, hasta que Jean pudo sentirla de

nuevo en su mejilla izquierda.

—Mantente firme, Mum —dijo Drakasha—. Ezri, quince minutos.

—Sí, quince.

—Ahora viene lo jodido —murmuró Mumchance.

—Déjate de chorradas —dijo Drakasha—. Los únicos realmente peligrosos en este sitio somos nosotros.

Jean sintió una picazón en la piel de la frente. Levantó una mano para enjugarse el sudor que comenzaba a acumularse en ella.

—Cinco menos un cuarto —dijo uno de los sondeadores.

Jean, susurró una voz muy débil.

—¿Qué quieres, Orrin?

—¿Eh? —Locke se agarraba a la barandilla con las dos manos y apenas había escuchado a Jean.

—¿Qué querías?

—Si no he dicho nada.

—¿No me has…?

Jean Tannen.

—Oh, por los dioses —dijo Locke.

—¿También lo escuchas? —Jean se le quedó mirando—. Una voz…

—No llega por el aire —susurró Locke—. Más bien se parece… ya sabes a qué. Como en Camorr.

—¿Y por qué está diciendo mi…?

—No lo está diciendo —dijo Drakasha con voz muy baja y llena de urgencia—. Nos ha hablado a todos. Todos hemos escuchado nuestros auténticos nombres. Resistid.

—Guardián Avieso, no temeré a la oscuridad pues la noche es tuya —murmuró Locke mientras apuntaba con los dedos pulgar e índice de su mano izquierda hacia la negrura, la Daga del Decimotercero, una señal que los ladrones suelen hacer para protegerse del mal—. Tu noche es mi manto, mi escudo, mi salvación de los que van de caza para alimentar la soga de los ahorcados. No temeré el mal, pues has hecho de la noche mi amiga.

—El Benefactor sea bendito —dijo Jean, apretándose contra el antebrazo izquierdo de Locke—. Paz y provecho para sus hijos.

Jean… Estevan… Tannen.

Sintió la voz, comprendiendo que el sonido que le parecía escuchar no era tal, sino el eco de algo que no hacía ningún sonido. Sentía la invasión de su conciencia de un modo tan claro como si unos insectos estuvieran frotándose las patas en su piel. Volvió a secarse la frente y observó que sudaba demasiado, incluso más de lo que hubiera sido usual en una noche tan cálida como aquélla.

Más hacia la proa, alguien comenzó a sollozar de un modo estruendoso.

—Doce —Jean acababa de escuchar las palabras de Ezri, apenas unos susurros—. Doce minutos más.

El agua está fría, Jean Tannen. Tú… estás sudando. Las ropas te pican. La piel… te escuece. Pero el agua está fría.

Drakasha irguió el pecho y bajó corriendo las escaleras del alcázar, dirigiéndose al combés. Miró al marinero que sollozaba, lo levantó con sumo cuidado y le dio una palmada en la espalda.

—Barbilla arriba, tripulantes del *Orquídea*. Aquí no hay nada peligroso. Esto no es una lucha a mar abierto. Manteneos firmes.

Parecía bastante decidida. Jean se preguntó cuántos miembros de la tripulación sabían o se imaginaban que ella había drogado a sus hijos para no hacerles pasar por aquello.

¿Era la imaginación de Jean, o la niebla se estaba aclarando por la proa? La calina no se había hecho más tenue, sino que había perdido parte de su oscuridad… cobrando cierta luminiscencia enfermiza. El siseo del agua se convirtió en un latido constante que mantenía cierto ritmo. Las olas se rompían sobre los bajíos. El agua oscura se ondulaba en el contorno del pequeño círculo de luz que los protegía.

—El arrecife —musitó Mumchance.

—Cuatro de profundidad —dijo uno de los marinos a cargo de la sonda.

Algo se desperezó en la niebla como si se moviera. Jean escrutó la tiniebla que giraba para intentar verlo mejor. Se rascó el pecho, precisamente en el lugar en que la camisa empapada de sudor le irritaba la piel.

Ven al agua, Jean Tannen. Está muy fría. Ven. Quítate la camisa, líbrate del sudor, líbrate del escozor. Trae… a la mujer. Tráetela al agua. Ven.

—Por los dioses —susurró Locke—, eso que está ahí fuera conoce mi verdadero nombre.

—También el mío —dijo Jean.

—Quiero decir que no me está llamando Locke. Sabe cómo me llamo *realmente*.

—Oh, mierda.

Jean se quedó mirando aquella agua oscura, escuchando el sonido que hacía al romperse contra el arrecife que nadie lograba ver. No podía estar fría, pues todo lo de aquel maldito lugar estaba demasiado cálido. Pero el sonido… el sonido de las olas no era desagradable. Aguzó el oído, sin estar pendiente de nada más durante varios segundos; después levantó la cabeza como adormilado y miró fijamente a la niebla.

Y vio algo durante un instante muy breve. Una forma oscura que se recortaba contra las cortinas que formaba la niebla. Del tamaño de un hombre. Alta, delgada e inmóvil. Al acecho encima del arrecife.

Jean se estremeció y la forma desapareció. Parpadeó como si se despertara de una

ensoñación. La niebla había vuelto a ser tan oscura y sólida como antes, la luz percibida en su imaginación ya no estaba, y el siseo del agua sobre los bajíos en absoluto le parecía algo agradable. El sudor le cayó por cuello y brazos, formando torrentes que escocían. Entonces, agradeciendo que sus pensamientos habían vuelto a centrarse en la realidad, se rascó con furia.

—Profundidad cuatro… no, cuatro y una cuarta —murmuró uno de los de la sonda.

—Ya han pasado —dijo Ezri como si acabara de despertarse—. ¡Tiempo! ¡Tiempo!

—Seguro que no —murmuró Locke—. Apenas han transcurrido unos minutos.

—Miré al reloj y la arena ya había caído. ¡No sé qué ha sucedido! —y alzó la voz con gran premura—. ¡Capitana, tiempo!

—¡Despertad, despertad! —Drakasha gritaba como si el buque estuviera siendo atacado—. ¡Amuras y escotas! ¡Al oeste por el norte! ¡Viento hacia babor, bracear las vergas!

—Al oeste por el norte —dijo Mumchance.

—No lo entiendo —dijo Ezri, mirando sus relojes de arena. Aunque tuviera manchada de sudor la camisa azul y los cabellos se le hubieran pegado por el calor, su rostro no había abandonado la expresión preocupada de antes—. Estaba mirando los relojes. Fue como si al parpadear… el tiempo pasara de repente.

El puente estaba dominado por la conmoción. Volvía a soplar la brisa, y la niebla a arremolinarse a su alrededor mientras Mumchance ajustaba el nuevo rumbo con los toques precisos y casi delicados que sabía imprimir a la rueda del timón.

—Por los dioses —dijo Ezri—, esta vez ha sido peor.

—Jamás había visto nada igual —añadió Mumchance.

—¿Nos queda para mucho? —preguntó Jean, sin avergonzarse por parecer ansioso.

—Es el último turno —dijo Ezri—. Suponiendo que nos hayamos desplazado demasiado al sur y que en los próximos minutos no nos quedemos varados, manteniéndonos hacia el oeste por el norte llegaremos a Puerto Pródigo de un tirón.

Se deslizaron por las oscuras aguas y poco a poco la extraña sensación que Jean había tenido en la piel desapareció. La niebla también lo hizo, primero abriendo un claro de oscuridad delante de la proa y luego desenmarañándose en la popa. La luz de los faroles comenzó a derramarse libremente en la oscuridad de la noche y después volvieron los tranquilizadores sonidos de la jungla a ambos lados del canal.

—Profundidad ocho —decía uno de los marineros que se encargaban de la sonda.

—Estamos en el canal principal —dijo Drakasha mientras subía a lo alto del alcázar—. Todos lo habéis hecho muy bien —se volvió para mirar por encima del combés—. Quitad la mayoría de los faroles, dejando los necesarios para la

navegación, no vayamos a llamar la atención al entrar en el puerto. Seguid tomando la profundidad —y abrazó a Ezri y a Mumchance—. Aunque dije que nada de bebida, lo que hemos pasado se merece un trago —y miró a Locke y a Jean—. Creo que voy a encomendarles una tarea. Abran un barril de cerveza y que todos se lo beban al lado del palo mayor —y levantó la voz—. Media jarra para todo el que la quiera.

Mientras Jean salía a toda prisa con Locke en sus talones, descubrió que la tensión de muy poco antes acababa de esfumarse. La tripulación había dejado atrás sus caras preocupadas y todos charlaban y reían entre sí. Incluso unos pocos que se mantenían alejados, con los brazos cruzados y la mirada baja, parecían aliviados. Lo único extraño de toda aquella escena, se dijo Jean, es que la mayoría de los que estaban en ella intentaban centrarse en el buque y en la gente que los rodeaba.

Tuvo que transcurrir más de una hora para que la mayoría de ellos se atreviera a mirar al agua.

5

Si aquella noche hubierais podido permanecer cernidos en el aire a trescientos metros por encima de Puerto Pródigo, seguro que hubieseis visto un débil jirón de luz que parecía una joya encastrada en medio de la ilimitada negrura de los trópicos. Las nubes velaban las lunas y las estrellas. Incluso las tenues líneas rojas de lava que en ocasiones incendiaban los lejanos horizontes habían desaparecido; aquella noche, esas montañas oscuras a las que me refiero eran como brasas que ardieran sin fuego.

Puerto Pródigo es una larga playa situada en la costa norte de una gran isla llena de colinas. A su espalda se encuentran muchas millas de antiguo bosque pluvioso; en aquella extensión siniestra ni siquiera llega a verse el menor asomo de luz.

El amplio puerto encajonado entre colinas recibe con una cordialidad desusada a los buques que llegan hasta él por los arduos pasajes abiertos en la mar. En el fondo de arenas blancas de su bahía no hay arrecifes ni islotes ni, mucho menos, los peligros propios de la navegación. En el extremo este de la ciudad los bajíos permiten caminar con el agua hasta la cintura, mientras que en el que se halla al oeste cualquier buque de gran calado jamás llegará a besar la costa, pues siempre encontrará ocho o nueve brazas de agua salada bajo su quilla.

Una floresta de mástiles se mece tranquilamente por encima de las aguas, una mezcolanza flotante de diques secos, botes, buques y cascos en diferentes estados de reparación. En Puerto Pródigo existen dos fondeaderos claramente diferenciados. Uno de ellos es el Cementerio, donde flotan los cientos de cascos y de pecios que jamás volverán a mar abierto. El otro, al este del primero, que se jacta de poseer los diques más nuevos y más grandes, es el Hospital: recibe este nombre porque sus pacientes aún están vivos.

6

En cuanto el *Orquídea Emponzoñada* salió del Paso de las Voces comenzó a oírse el tañido de una campana, que propagó sus lentas cadencias metálicas sobre la superficie del agua.

En la barandilla de babor del buque, Locke contempló las luces de la ciudad, así como los ondulantes reflejos que suscitaban en la bahía.

—La guardia del puerto seguirá tocando esa maldita cosa hasta que no echemos el ancla —Jabril había tomado buena nota de la curiosidad que mostraba Locke y se había acercado a él—. Así todos sabrán que hacen su trabajo y que se merecen el licor que toman.

—Jabril, ¿pasaste mucho tiempo en este sitio?

—Yo nací aquí. Mi condición de prisionero de Tal Verrar es lo único que conseguí en cuanto quise visitar otros mares.

La operación de fondear en Puerto Pródigo carecía de las usuales ceremonias que Locke había visto en otras tierras: nada de prácticos del puerto ni de oficiales de aduanas, ni siquiera un pescador curioso. Además, para su sorpresa, Drakasha no quiso entrar en el puerto. Se quedó a media milla de la costa, recogió las velas y dejó encendidos los faroles.

—Bajad un bote a babor —ordenó Drakasha, mirando la ciudad y sus fondeaderos a través de su catalejo—. Echad la red antiabordaje por estribor. Dejad encendidos los faroles. Relevad a la guardia azul, pero mantened unos cuantos sables listos en los mástiles. Del, coge a Malakasthi, a Dantierre, a Konar el Grande y a Rask.

—A la orden, capitana.

Después de ayudar a varios marineros en la maniobra de arriar uno de los botes grandes del buque desde la borda, Locke fue al lado de Drakasha, que estaba en el alcázar, y vio que seguía mirando la ciudad con el catalejo.

—¿Tiene algún motivo para ser precavida, capitana?

—Hemos estado fuera durante varias semanas —dijo Drakasha—, y las cosas cambian. Tengo una tripulación numerosa y un buque bastante grande, pero aquí no significan nada, porque en el puerto hay buques mayores con mucha más tripulación.

—¿Ha visto algo que le preocupe?

—No preocupada. Curiosa. Da la impresión de que todos nos hayamos reunido por primera vez. ¿Ve esa hilera de buques en los diques del este, muy cerca de nosotros? Cuatro de los capitanes del Consejo están en la ciudad. Cinco, ahora que he vuelto —bajó el catalejo y le echó una mirada de soslayo—. Más dos o tres comerciantes independientes, por lo que puedo ver.

—Espero sinceramente que no pase nada —dijo Locke con mucha calma.

En aquel momento, la teniente Delmastro regresaba al alcázar, armada y con

armadura, junto con los cuatro marineros que le habían ordenado.

Malakasthi, una mujer delgada con más tatuajes en el cuerpo que palabras del vocabulario que conocía, gozaba en el buque de cierta reputación en el manejo del cuchillo. Dantierre era un verrarí calvo y barbudo que había hecho jirones las sedas de un aristócrata; luego se había convertido en proscrito después de una larga carrera como duelista profesional. Konar el Grande, que hacía honor a su nombre, era el montón de carne humana más grande a bordo de *Orquídea*. Y Rask… Locke lo había reconocido al instante, un asesino de asesinos. Drakasha, tal y como hubieran hecho muchos garristas de Camorr, lo mantenía atado en corto, empleando sus servicios sólo cuando necesitaba que la sangre salpicase las paredes. Que salpicase *muchísimo* las paredes.

Un grupo bastante bestial, ninguno de ellos joven, ni ninguno ajeno a las órdenes de Drakasha. Locke lo pensó mientras toda la tripulación se agolpaba en el combés.

—Utgar queda al mando —anunció Drakasha—. Esta noche estaremos fuera. Me llevo a Del y a un pequeño grupo para sondear la ciudad. Si todo va bien… tendremos unos días muy ajetreados… y mañana por la tarde yo misma estaré repartiendo los beneficios. Intentad no ganárselos en el juego a vuestros compañeros antes de tenerlos en el bolsillo, ¿de acuerdo?

»Mientras tanto, la guardia roja tripulará el buque. Las redes antiabordaje seguirán a estribor hasta que regresemos. Apostad vigías en todos los mástiles y no perdáis de vista la línea de flotación. Que aquellos de la guardia azul que quieran, duerman cerca de los armeros. Y los que no quieran, que tengan al alcance de la mano puñales y mazas —y luego añadió, ya con más calma y mirando a Utgar—: Doble guardia ante la puerta de mi cabina toda la noche.

—Sí, capitana.

Drakasha entró unos instantes en su cabina; cuando salió aún llevaba puesta encima aquella cota suya hecha con diminutas láminas de cristal antiguo, pero sus sables estaban enfundados en unas hermosas vainas enjoyadas, sus orejas llevaban unas resplandecientes esmeraldas y los guantes de piel con los que se cubría las manos estaban llenos de sortijas de oro, puestas por encima. Locke y Jean se dirigieron a ella con la mayor gentileza que les fue posible.

—Ravelle, no tengo tiempo…

—Capitana —dijo Locke—, creo que acaba de formar una cuadrilla de matones para asustar a quien quiera meterse con usted. Si es tan estúpido para darse por aludido, usted necesitará gente capaz de arreglar la situación rápidamente. Por tanto, le sugiero *encarecidamente* que nos lleve a Jerome y a mí, porque somos tan capaces de hacer lo primero como lo segundo.

—Hummm —se quedó mirando a Jean, como si en aquel momento acabara de darse cuenta de lo ancho de hombros que era—. Podría darle el toque final. Muy

bien, Valora, ¿le apetece salir a dar una vuelta?

—Claro —dijo Jean—. Pero trabajo mejor en equipo. Orrin es el hombre que…

—Y como los dos son *bastante* astutos… —dijo Drakasha.

—Eso creemos —dijo Jean, interrumpiéndola—. Le ruego que me disculpe, pero ya sabe de lo que es capaz. Ya se ha cubierto las espaldas con un montón de tipos duros; llévelo consigo por si sucede algo… inesperado.

—Creo que el asunto puede ser delicado —dijo Drakasha—. Dar un paso en falso en Puerto Pródigo después de medianoche es como molestar a una serpiente enfadada. Lo que yo necesito…

—Ejem —dijo Locke—. Creo que ignora que ambos somos de Camorr.

—Oh, en el bote dentro de cinco minutos —dijo Drakasha.

7

Drakasha ocupó la proa, Delmastro la popa y los demás empuñaron los remos. Poco después surcaban a buen ritmo las tranquilas aguas de la bahía.

—Al menos esos borricos ya han dejado tranquila la campana —rezongó Jean. Se había sentado detrás, en el último banco que estaba al lado de Konar el Grande, para poder charlar con Ezri mientras ésta dejaba que el agua le acariciara la mano.

—¿No es un poco arriesgado hacer eso?

—¿El qué? ¿Acariciar el agua? —Ezri hizo una higa y apuntó por encima del hombro hacia la dirección en que se encontraba el Paso de las Voces—. Aunque no puedas verlas de noche, hay varias hileras de enormes piedras blancas dispuestas en el fondo de los accesos a la bahía.

—Piedras de cristal antiguo —murmuró Konar.

—No nos molestarán —dijo Ezri—, pero nada pasará entre ellas. Ningún animal vive en esta bahía; puedes nadar en la oscuridad sangrando por cualquier herida y nada entrará para perseguirte.

—Mientras no te acerques demasiado a los muelles. Qué pena —dijo Konar casi disculpándose.

—Vaya —dijo Jean—. Eso suena bastante bien.

—Claro que sí —dijo Ezri—. Hace que la pesca sea algo tan incómodo como tener un grano en el culo. Los pequeños botes ocupan la entrada a la Puerta del Comerciante y manchan los cascos con más porquería de la que es usual. Y hablando de manchar los cascos…

—¿Mmm?

—No veo al *Mensajero Rojo*.

—Ah.

—Supongo que será porque, como va a paso de tortuga, aún no ha llegado —dijo

—. Pero veo que tendremos una compañía muy interesante.

—¿Cómo cuál?

—¿Ves esa primera hilera de buques? De estribor a babor son *Águila Pescadora*, el lugre de Piero Strozzi. Su tripulación es tan escasa como su ambición, pero sería capaz de conseguir que un barril con una vela dentro atravesara un huracán. El que está a continuación es *Fulana Regia*, de la capitana Chavon Rance. Rance también es como un grano en el culo, porque tiene un temperamento muy fuerte. El siguiente es *Dragoneril*, el bergantín de Jacquelaine Colvard. Se puede tratar con ella, aunque, por otra parte, haya estado más tiempo fuera que nadie.

»Ese otro enorme de tres mástiles que está en el extremo es *Soberano Temor*, de Jaffrim Rodanov. Es un buque feísimo. La última vez estaba en la playa, donde le estaban colocando la carena. Ahora parece a punto de salir a la mar.

Con seis personas a los remos el viaje fue muy corto. En pocos minutos llegaron hasta un malecón de piedra medio derruido. Mientras Jean guardaba su remo, vio el cadáver de un hombre que se mecía en las olas.

—Ah —dijo Ezri—, pobre bastardo. Ahí tienes una prueba de lo movidas que son las noches en este lugar.

La cuadrilla de Drakasha amarró el bote en el mismísimo extremo del malecón y subió a él como si se tratara de un bajel enemigo, con el corazón lleno de pesar y las manos cerca de las armas.

—¡Dioses santísimos! —exclamó en medio del malecón un borracho casi desdentado que mecía entre sus brazos un pellejo de vino—. ¿Es Drakasha, verdad?

—Sí. ¿Y quién es usted?

—Banjital Vo.

—Bien, Banjital Vo —dijo Drakasha—, le hago responsable de la seguridad de este bote que terminamos de amarrar.

—Pero yo…

—Si aún sigue aquí cuando volvamos, le entregaré una moneda de plata verrarí. Pero si le sucede algo, le buscaré a usted y, cuando le encuentre, le sacaré sus malditos ojos.

—Yo… lo cuidaré como si fuera mi propio hijo.

—No —dijo Drakasha—, lo cuidará como si fuera *el mío*.

Ella les condujo fuera del malecón, hasta un camino de arena algo inclinado, bordeado por tiendas de lona, cabañas de madera sin techo y edificios de piedra parcialmente hundidos. Jean pudo escuchar ronquidos de la gente que dormía dentro de aquellas estructuras decrépitas, débiles balidos de cabras, ladridos de perros callejeros y el revoloteo de varias gallinas agitadas. En aquella parte de la ciudad vio las cenizas de varios fuegos ya apagados, pero ningún farol ni cualquier otra luz de origen alquímico.

El desagradable riachuelo de orines y de porquerías nocturnas que corría por la parte derecha del camino obligó a Jean a pisar con cuidado; el riachuelo apenas era contenido por el cadáver desmadejado que hacía de embalse a unos cincuenta metros del malecón. Los escasos borrachos medio lúcidos y los individuos que habían salido a fumarse una pipa los miraban desde sus escondrijos en la sombra, sin dirigirles la palabra hasta que subieron hasta una pequeña elevación del terreno y volvieron a pisar un suelo de piedra.

—¡Drakasha! —exclamó entonces un individuo corpulento que tenía unos botones negros de hierro—. ¡Bienvenida a la civilización! —llevaba un farol que apenas daba luz en una mano y una maza con refuerzos de bronce en la otra. A su espalda se encontraba otro tipo más alto, desaliñado y barrigudo, armado con una larga vara de roble.

—Marcus el Bello —dijo Drakasha—. Dioses, cada vez que vuelvo te encuentro más feo. Como si alguien estuviera esculpiendo lentamente un culo en tu rostro. ¿Quién es ese nuevo ladrón tan encantador?

—Guthrin. Un chico listo que decidió embarcarse para venir aquí y unirse al resto de nosotros, tíos cojonudos, y así gozar de nuestra vida llena de encantos.

—¿De veras? Vaya —dijo Drakasha, cerrando una de sus manos y moviéndola para que las monedas que acababa de meter dentro sonaran al chocar unas con otras —, me las he encontrado por el camino, ¿no serán tuyas?

—Seguro que les encuentro un buen sitio para que descansen. Fíjate, Guthrin, así hay que hacer las cosas. Le haces un cumplido a esta dama y ella te lo devuelve. ¿Un viaje provechoso, capitana?

—Llenamos tanto la barriga que ya no podíamos nadar, Marcus.

—Me alegro por usted, capitana. ¿Quiere que le cuente algo del Revientabuques?

—Nadie *quiere* que le cuenten nada de ese maldito capullo, pero si se aviene a abrir la bolsa y a humillarse, podrá añadir a su colección algo hecho con tela y madera.

—Correré la voz. ¿Pasará aquí la noche?

—No, Marcus. Sólo he venido a ondear la bandera.

—Excelente idea —echó un rápido vistazo a su alrededor y entonces habló más en serio—. Chavon Rance está en la mesa alta del Carmesí. Sólo tiene que mirar despacio cuando entre por la puerta.

—Agradecida.

Cuando los dos hombres hubieron tomado el accidentado camino que acababa de llevar a la cuadrilla de Drakasha hasta aquel sitio, Jean se volvió hacia Ezri y le preguntó:

—¿Son algún tipo de guardias?

—Son mantenedores —respondió ella—. Lo más parecido a una banda. Hay

sesenta o setenta de ellos y representan el orden en este lugar. Los capitanes les pagan un pequeño porcentaje del cargamento que traen y ellos vigilan para que el resto de sus beneficios no sufra ningún percance. Podrás hacer lo que quieras siempre que ocultes los cadáveres y no incendies nada ni despiertes a media ciudad. En caso contrario, los mantenedores aparecerán de repente y harán un poco de «mantenimiento».

—¿Y qué quiere decir, exactamente, «ondear la bandera»?

—Es una especie de juego —dijo Ezri—. Consiste en que todos los de Puerto Pródigo vean a Zamira, que sepan que ha conseguido un buen botín y que puede pisarles la cabeza con los ojos cerrados, sobre todo a los capitanes y capitanas que son sus hermanos en piraterías.

—Ah, me parece bien.

Entraron en la ciudad propiamente dicha; o, al menos, en el cúmulo de casas cuyas luces habían visto desde la bahía, procedentes de todas las ventanas y puertas abiertas. Aunque aquellas casas y tiendas hubieran sido construidas con materiales resistentes, el tiempo y el infortunio habían marcado sus fachadas. Las ventanas rotas estaban tapadas con planchas de madera y telas parcheadas de vela procedentes de los buques. Muchas de aquellas casas tenían remiendos de madera que no parecían muy seguros excepto para sus moradores; en otras, nuevas plantas pintarrajeadas con colores chillones se habían superpuesto a sus tejados originales como si fueran setas.

Jean sintió una punzada de nostalgia a su pesar. Los borrachos dormían tirados en los callejones. Algunos niños entregados al latrocinio observaban su avance desde las sombras. Varios mantenedores ataviados con largas casacas de cuero aporreaban a algún pobre bastardo detrás de la caja de un carro sin ruedas. Los sonidos de las discusiones, las palabrotas, las risas y las borracheras brotaban por puertas y ventanas… si aquel lugar no era hermano de Camorr, al menos sí que era su primo hermano.

—¡Orquídeas! —alguien los llamaba desde la ventana de un segundo piso—. ¡Orquídeas!

Zamira saludó los gritos del borracho con un movimiento de la mano y giró hacia la derecha, hacia una encrucijada llena de barro. Un hombre que sólo llevaba encima unas calzas manchadas y que parecía muy colocado salió tropezándose por la entrada de un callejón. Sus ojos tenían el color vidrioso y la pupila dilatada de quienes fuman los polvos de Jerem, y el cuchillo dentado que llevaba en la mano derecha era tan largo y tan grueso como uno de los antebrazos de Jean.

—Moneda o mamada —dijo aquel hombre mientras las babas le resbalaban por la barbilla—. O lo uno o lo otro. Necesito ambas cosas. Daos una…

Aunque no parecía darse cuenta de que se enfrentaba a ocho oponentes, sí que se enteró de que Rask acababa de tirar su cuchillo y de que le empujaba hacia el callejón

agarrándole por el cuello. Lo siguiente apenas duró unos segundos; Jean escuchó un gorgoteo húmedo; un instante después Rask estaba nuevamente en la calle, limpiando uno de sus cuchillos con un trapo. Luego tiró aquel trapo en el callejón que quedaba a su espalda, envainó el cuchillo y metió los pulgares de ambas manos en su cinturón como si no hubiera pasado nada. Ezri y Drakasha no hicieron comentario alguno sobre el incidente y siguieron caminando, tan tranquilas como quienes se dirigen al templo el Día de Penitencia.

—Ya hemos llegado —dijo Ezri mientras llegaba a la cima de otro repecho. Desde allí pudieron ver una plaza bastante grande y medio pavimentada, cuya parte embarrada se hallaba surcada por unas huellas de carretas que se cruzaban unas con otras; aquella plaza se hallaba dominada por un edificio rechoncho de dos plantas cuyo portal aprovechaba parte de la popa de un buque. Aunque el paso del tiempo, los rigores del clima y, cómo no, incontables pendencias hubieran estropeado sus elaborados adornos, había mucha gente bebiendo y armando jarana detrás de las ventanas de la segunda planta, donde debía de haberse encontrado la cabina. Donde antes había estado el timón podía verse una pesada puerta de doble batiente flanqueada por faroles alquímicos (de los esféricos y gruesos, que resisten cualquier golpe) que querían hacerse pasar por luces de popa.

—El Carmesí Hecho Jirones —seguía diciendo Ezri— es, según desde donde se mire, una de dos, o el corazón de Puerto Pródigo o su ojo del culo.

A la izquierda de la entrada había un bote bastante largo, asegurado a la pared con gruesos puntales de madera y cadenas de hierro. Varios brazos y piernas de seres humanos salían de su interior. Mientras Jean miraba, los batientes del Carmesí Hecho Jirones se abrieron hacia fuera y un par de tipos bestias salieron por ellos, llevando consigo a un hombre cojo muy entrado en años. Sin más miramientos lo arrojaron al bote, donde su llegada causó varios gritos incoherentes y algún que otro meneo de piernas.

—Vigila tus pasos —dijo Ezri con una mueca—. Si estás demasiado borracho para seguir en pie terminarás en el bote. Algunas noches se llena con veinte o treinta personas.

Instantes después Jean seguía a los tipos bestias y se adentraba en los familiares olores de una taberna más proclive a darle los buenos días a la aurora que a servir una cena a su hora acostumbrada. Sudor, comida recalentada, vómito, sangre, humo y una docena de marcas baratas de cerveza y de vino: los exquisitos aromas de la vida nocturna que es patrimonio de la civilización.

Daba la impresión de que aquel lugar hubiera sido construido para una clientela que no quería hacer la guerra a los demás sino a la despensa y a las bebidas. El bar propiamente dicho, situado en el otro extremo de la sala, estaba fortificado desde la barra hasta el techo con unos paneles de hierro que sólo dejaban tres ventanas

estrechas parecidas a saeteras, por las que se servía la bebida y los alimentos.

Las mesas estaban a ras del suelo, a la manera de Jeresh: unas tablas muy bajas alrededor de las cuales los hombres y las mujeres se sentaban, se arrodillaban o descansaban encima de cojines desgastados. En la viciada atmósfera de aquella sala poco iluminada jugaban a los dados y a las cartas, fumaban, bebían, se echaban pulsos, discutían y tomaban a risa lo atentos que estaban los gorilas para descubrir a los candidatos al bote.

Las conversaciones decayeron cuando la cuadrilla de Drakasha hizo su entrada; entonces se escucharon los gritos de «¡Orquídeas!», y «¡Zamira ha vuelto!». Drakasha saludó con la cabeza a todo el establecimiento en pleno y volvió la mirada lentamente hacia el piso de arriba.

La planta de calle tenía unas escaleras por las que se subía al piso superior; aunque apenas fuera por los lados más que una galería, por encima del bar y de la entrada se convertía en unas balconadas bastante amplias, ocupadas por varias sillas y mesas en el estilo de Therin. Jean supuso que la «mesa alta» era la que había visto desde fuera. Instantes después Drakasha comenzó a avanzar hacia las escaleras que llevaban hasta ella.

Entonces una expectación súbita dominó la sala; la mayoría de las conversaciones quedaron en suspenso, la mayoría de las miradas siguieron a los que subían. Jean chasqueó los nudillos, preparándose para lo que se prometía interesante.

Encima de aquellas escaleras se encontraba una alcoba rodeada por unas barandillas que dominaban la sala de abajo. Unos estandartes rojos colgaban de varios nichos que por detrás estaban iluminados con globos alquímicos, de suerte que conferían al lugar una tenue iluminación rojiza que parecía de mal agüero. Habían juntado dos mesas para acomodar a un grupo de doce personas, todos marineros y tipos duros como ellos, pensó Jean, que comenzaba a divertirse.

—Zamira Drakasha —dijo la mujer que presidía la reunión, levantándose de su asiento. Era joven, apenas de la edad de Jean, con la piel tostada por el sol y unas leves arrugas en las comisuras de los ojos que hablaban de largos años pasados en la mar. Su cabellera del color de la arena se la echaba hacia atrás en tres trenzas; aunque fuera más baja que Zamira daba la impresión de pesar doce kilos más que ella. Pendenciera y autoritaria, la cazoleta muy elaborada de su sable sobresalía de su cinturón.

—Rance —dijo Drakasha—. *Chay*. Ha sido una larga noche, cariño, y me gustaría sentarme en mi mesa, que, como bien sabes, es esa que ocupas.

—El asunto es delicado, porque está llena de bebidas y porque hemos metido nuestros culos en estas sillas. Si crees que es tuya, deberías llevártela contigo cada vez que te vayas de la ciudad.

—Cada vez que salga a trabajar, querrás decir. Para combatir con mi buque, para

ondear la bandera roja. ¿Sabes donde está el mar? Has visto a otros capitanes yendo y viniendo por él…

—No me apetece partirme la espalda un mes sí y otro no, Drakasha. Sólo doy caza a los mejores cargamentos.

—No me estás escuchando, Chay. No me molesta que la perra me quite el sitio para roer los huesos cuando estoy fuera —dijo Drakasha—, sino que no quiera meterse debajo de la mesa cuando vuelvo, porque ése es el lugar que le corresponde.

La gente de Rance se levantó violentamente de sus asientos y Chay levantó una mano, enseñando los dientes con ira.

—Desenvaina, coño empolvado, para que pueda matarte en presencia de testigos. Luego los mantenedores llevarán tu cuadrilla de regreso a los muelles por armar follón y Ezri podrá ver cómo tus mocosos prueban a qué saben *sus* tetas…

—Enseña tus cartas, Rance. ¿Crees que puedes aguantar el tipo?

—Dime a qué quieres que juguemos y te dejaré llorando cuando me levante.

—Creo que van a soltarnos los gorilas —susurró Jean a Ezri.

—No —dijo ella, moviendo una mano para que se callara—. Una disputa no es como una pelea ordinaria, sobre todo entre capitanes.

—Esta mesa —dijo con fuerte voz Drakasha mientras se apoderaba de una botella medio llena—, nos la jugaremos bebiendo; todos los del Carmesí son testigos. La primera que se caiga de culo se llevará a su lamentable tripulación y saldrá por la puerta.

—Esperaba algo que durase más de diez minutos —dijo Rance—, pero acepto. Te invito a tomarte esa botella.

Zamira echó un vistazo a su alrededor y tomó dos de las pequeñas copas de arcilla que habían usando los de Rance. Vació su contenido encima de la mesa y volvió a llenarlas con el líquido de la botella. Jean vio que era brandy blanco de Kodar, tan fuerte como la trementina, que quemaba la boca al beberlo. Mientras la cuadrilla de Rance se apoyaba en las ventanas, la propia Rance se acercó a la mesa y se quedó al lado de Zamira. Luego tomó una de las copas.

—Una cosa —dijo Zamira—. Quiero que te bebas la primera copa al modo de Syrune.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Que te la tienes que beber con los puñeteros ojos —el brazo izquierdo se convirtió en un borrón cuando tomó una de las dos copas de la mesa y arrojó su contenido sobre el rostro de Rance. Antes de que ésta gritara, el brazo derecho de Drakasha salió disparado. Su puño enguantado, junto con las sortijas y todo lo demás, golpeó la mandíbula de Rance con un sonido de trallazo, y la mujer más joven cayó al suelo con tanta fuerza que hasta las copas que estaban sobre la mesa se agitaron.

—¿Con qué has golpeado el suelo, cariño, con el trasero o con la cabeza? ¿Le

importa a alguien? —Drakasha se quedó mirando a Rance y trasegó lentamente el contenido de la segunda copa a su garganta. Se lo tragó sin parpadear y luego arrojó la copa vacía por encima de su hombro.

—Dijiste que sería…

Antes de que el airado marinero de Rance, quizá su primer oficial, terminara de protestar, Locke se acercó hasta él con la mano levantada.

—Zamira ha mantenido las condiciones. La prueba consistía en beber y no caerse de culo.

—Pero…

—Tu capitana hubiera debido darse cuenta de que las condiciones eran demasiado imprecisas —dijo Locke—. Por eso ha perdido. ¿Vas a retractarte *por ella* de la palabra dada?

El hombre agarró a Locke de la camisa. Mientras los dos discutían, Jean salió disparado para ayudar a Locke, pero antes de que todo se fuera al infierno, los marineros de Rance sujetaron con firmeza al que era de los suyos y le hicieron retroceder.

—¿Quién coños eres? —preguntó.

—Orrin Ravelle —respondió Locke.

—En mi puñetera vida había oído hablar de ti.

—Ni yo, supongo que me acordaría —Locke agitó una pequeña bolsa de cuero delante de aquel hombre—. Ven a recoger tu bolsa, poca polla.

—¡Hijopu…!

Locke imprimió a la bolsa un fuerte impulso hacia atrás que la hizo aterrizar entre el centenar, más o menos, de parroquianos que observaban lo sucedido en la balconada con la boca abierta y los ojos como platos.

—Vaya —dijo Locke—, seguro que toda esa gente cuidará bien de tu bolsa hasta que vayas a recogerla.

—¡Ya es suficiente! —Zamira se agachó, agarró a Rance por el cuello de la ropa y la levantó para que se sentara—. Tu capitana aceptó el desafío y tu capitana perdió. *¿Aún sigue siendo tu capitana?*

—Sí —dijo el hombre, frunciendo el ceño.

—Entonces debes cumplir la promesa que hizo —Zamira arrastró a Rance hasta donde terminaban las escaleras y se sentó enfrente de ella—. A fin de cuentas no eres una fulana tan regia, ¿eh, Chay?

Rance intentó lanzar un escupitajo sanguinolento al rostro de Drakasha, pero el empujón que ésta le dio fue más rápido y el lapo cruzó las escaleras.

—Dos cosas —dijo Zamira—. La primera es que voy a convocar el consejo para mañana. Espero verte en él a la hora que se acuerde. Asiente con esa cabeza tuya tan atontada.

Rance asintió muy despacio.

—La segunda es que yo no tengo mocosos, sino una hija y un hijo. Y si vuelves a olvidarlo, convertiré tus jodidos huesos en juguetes para ellos.

Y dicho aquello, empujó a Rance por las escaleras. Mientras bajaba hasta abajo en completo desorden, su apenada tripulación corrió tras ella bajo las triunfantes miradas de la cuadrilla de Drakasha.

—Vigila a tu alrededor… Orrin Ravelle —dijo el marinero que se había quedado sin bolsa.

—Valterro —dijo Zamira muy seria—, sólo son negocios; no lo conviertas en algo personal.

El hombre no dijo nada y, muy dolido, se marchó con los demás de la cuadrilla de Rance.

—Esa parte sobre sus hijos quedó muy personal —susurró Jean.

—Soy una hipócrita —musitó Drakasha—, así que no proteste o le haré tomar una copa de vino a la manera de Syrune —Zamira se acercó a la barandilla que dominaba la entrada principal y alzó la voz—. ¡Zacorin! ¿Te has escondido?

—Esconderse es lo mejor —decía una voz por detrás de las ventanas del bar acorazado—. ¿Ya terminó la guerra?

—Si tienes una barrica de algo que no sepa a sudor de cerdo, tráenosla. Y algo de comida. Y la factura de Rance. A la pobre hay que darle toda la ayuda que sea posible.

Hubo una risotada en la planta de calle. Aquello no pareció hacerle gracia a los hombres de Rance, que se la estaban llevando cogida por brazos y piernas.

—Pues así están las cosas —dijo Zamira, sentándose en la silla que Rance acababa de dejar libre—. Poneos cómodos. Bienvenidos a la mesa alta del Carmesí Hecho Jirones.

—Y bien —dijo Jean mientras se sentaba entre Locke y Ezri—, ¿las cosas salieron como esperaba?

—Claro que sí —Ezri sonrió a Drakasha con cierta afectación—. Sí, yo diría que hemos *ondeado* muy bien nuestra bandera.

8

Hicieron todo lo que podían para parecer relajados y divertidos durante casi una hora, dándose ánimos con la mediocre cerveza negra del Carmesí y los licores, un poco mejores, que la cuadrilla de Rance había abandonado. Y puesto que el menú de la noche consistía en pato cubierto de grasa, la mayor parte de ellos lo trataron como si fuera parte de la decoración; no así Rask y Konar, que se lo comieron con un ansia devoradora hasta no dejar más que un montón de huesos.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Locke.

—Los cuervos de siempre ya se habrán enterado de que hemos vuelto —dijo Drakasha—. Así que démosles uno o dos días para que comiencen a cortejarnos. El licor y las raciones de comida serán lo primero, porque es lo más fácil de vender. Los recambios y suministros de carácter náutico nos los quedaremos. Y en lo que respecta a las sedas y a las cosas elegantes, acudiremos a los vendedores independientes que viven en los diques del Hospital, porque son amigos nuestros. Intentarán quitarnos el quince o veinte por ciento de su valor de mercado, pero no deberá importarnos, porque luego tendrán que echárselo todo a las espaldas y transportarlo por el mar para venderlo a su precio real con una sonrisa de inocencia.

—¿Qué hay del *Mensajero?*

—Cuando llegue, el Revientabuques nos hará una visita. Cuando quiera mear en una taza de arcilla nosotros le diremos que lo haga en una jarra de madera. Y luego el *Mensajero* será problema suyo. Si tuviera la arboladura intacta, valdría seis mil solari; pero ya puedo darme con un canto en los dientes si lo vendo por dos mil. Quienes lo tripulen pondrán vela al este y se lo venderán por unos cuatro mil a algún comerciante impaciente, evitando que llegue a convertirse en un competidor y, al mismo tiempo, obteniendo un pingüe beneficio.

—Diablos —dijo la teniente Delmastro—, algunos buques del Mar de Bronce han sido capturados y luego vendidos tres o cuatro veces.

—El nombre del tal Revientabuques —dijo Locke, sintiendo que comenzaba a tener un plan— supongo que ilustra tanto sus dotes comerciales como lo que le pasa a sus competidores.

—En efecto —dijo Delmastro—, todos mueren. A la antigua, fea e instructiva usanza.

—Capitana —dijo Locke—, ¿cuánto nos llevará todo esto? Ya casi ha pasado un mes y…

—Soy plenamente consciente del día en que estamos, Ravelle. Nos llevará lo que tenga que llevarnos. Quizá tres días, siempre que no sean siete u ocho. Mientras estemos en este lugar, todos los de la tripulación disfrutarán al menos de un día entero en dique seco.

—Yo…

—No he olvidado la cuestión que les concierne a los dos —añadió Drakasha—. La plantearé en el consejo. Luego ya veremos.

—¿Cuestión? —Delmastro estaba auténticamente perpleja. Locke supuso que Jean ya se lo habría contado para entonces, pero, al parecer, tanto ella como él habían aprovechado su tiempo libre de un modo más inteligente y divertido.

—Te veré mañana, Del. A fin de cuentas, vendrás conmigo al consejo. No quiero oír nada más al respecto, Ravelle.

—De acuerdo —Locke se echó un trago de cerveza y levantó un dedo—. Sólo una cosa más. Permítame hacerle unas cuantas sugerencias en privado antes de que llegue el tal Revientabuques. Quizá puedan conseguir que ese individuo le haga una oferta mejor.

—No es un individuo —dijo Drakasha—. Es tan resbaladizo como un grano lleno de pus y casi tan agradable.

—Mucho mejor. Acuérdese del señor Nera. Déjeme intentarlo, por lo menos.

—No le prometo nada —dijo Zamira—. Más tarde oiré lo que tenga que decirme.

—Orquídeas —retumbó una profunda voz masculina mientras su dueño aparecía en el extremo superior de la escalera—. ¡Capitana Drakasha! ¿No sabes que aún están recogiendo los dientes de Rance de las escaleras?

—Rance cayó enferma a causa de un súbito acceso de descortesía —dijo Zamira —. Y luego, simplemente, se cayó. Hola, capitán Rodanov.

Rodanov era uno de los hombres más altos que jamás hubiera visto Locke; incluso debía de sentirse raro por medir dos metros diez. Debía de tener la edad de Zamira, aunque mucha más tripa. Pero sus largos músculos, tan gruesos como sogas, le daban cierta apariencia de estrangulador de osos, y el hecho de que no llevara encima ninguna arma lo decía todo de él. Su rostro era largo y con unas mandíbulas muy grandes, su cabello claro se le estaba cayendo y sus ojos brillaban con esa alegría que da la satisfacción de sentirse a la par con el mundo. Locke ya había visto antes aquel tipo físico entre los mejores garristas de Camorr, pero jamás tan crecido; incluso Konar el Grande sólo le sobrepasaba en lo ancho de la cintura.

De una manera un tanto incongruente llevaba en ambas manos sendas botellas muy bonitas, hechas con vidrio de color zafiro y unas etiquetas plateadas debajo del corcho.

—Hace unos meses saqué de un galeón cien botellas de la última cosecha de vino azul lashainí. Me quedé con unas cuantas porque sabía lo que te gusta. Bienvenida a casa.

—Bienvenido a esta mesa, capitán —a una señal de Drakasha, Ezri, Jean, Locke y Konar se movieron un sitio hacia la izquierda para dejar libre la silla que estaba al lado de Zamira. Cuando ésta le ofreció su mano derecha, él la besó y luego se relamió.

—Mmm —dijo—. Siempre me he preguntado si Chavon sabrá igual —mientras Zamira reía, tomó una copa vacía—. ¿Quién está más cerca de la barrica de cerveza?

—Permítame —dijo Locke.

—Ya conozco a la mayoría —dijo Rodanov—. A Rask, por supuesto, a quien me extraña muchísimo ver aún con vida. Dantierre, Konar, me alegro de veros. Malakasthi, cariño, ¿qué tiene Zamira que yo no tenga? Un momento, no estoy muy seguro de querer conocer la respuesta. Y tú —pasó un brazo alrededor de la teniente

Delmastro y la pellizcó—. No sabía que Zamira aún dejara a los niños andar sueltos por cubierta. ¿Cuándo vas a crecer de una vez?

—Crezco en todas las direcciones —dijo ella con una mueca, y le lanzó un puñetazo en broma al estómago—. Creo que ya sabe que la gente piensa que su navío tiene tres mástiles porque siempre está de pie en el alcázar.

—Y si me quitara los calzones —dijo Rodanov—, seguro que pensarían que tiene *cuatro*.

—Hemos visto tantos vadraníes desnudos que ya sabemos de qué pie cojean —dijo Drakasha.

—Bueno, creo que no debo avergonzar a la vieja patria —dijo Rodanov mientras Locke le pasaba una copa llena de cerveza—. Veo que has estado haciendo nuevos reclutas.

—Por aquí y por allá. Orrin Ravelle, Jerome Valora. Les presento a Jaffrim Rodanov, capitán del *Soberano Temor*.

—Salud y buena fortuna —dijo Rodanov mientras alzaba la copa—. Que sus enemigos se queden sin armas y su cerveza sin menoscabo.

—Que los mercaderes enloquecidos y los vientos primorosos les den caza —dijo Zamira, alzando una de las elegantes botellas que le habían regalado.

—¿Has pillado algo bueno esta vez?

—Las bodegas están llenas a reventar —dijo Drakasha—. Y traemos con nosotros un pequeño bergantín de treinta metros de eslora. En este momento ya debería haber llegado.

—¿El *Mensajero Rojo?*

—¿Cómo lo…?

—Strozzi llegó ayer mismo. Dijo que se lanzó hacia un bergantín que renqueaba y que estaba a punto de agarrarlo cuando vio que uno de tus mejores marineros le saludaba con una mano. Eso fue a unas sesenta millas al norte de la Puerta del Comerciante, justo fuera del Alcance Ardiente. Eh, quizá ahora, mientras hablamos, se encuentren atravesando la Puerta del Comerciante.

—Mejor para ellos, entonces. Nosotros vinimos por el Paso de las Voces.

—No es bueno —dijo Rodanov, pareciendo repentinamente molesto—. Recientemente, he escuchado cosas extrañas sobre ese Paso. Su Eminencia el Bastardo Gordo…

—El Revientabuques —Konar tradujo entre susurros para Locke.

—… envió un lugre hacia el este el mes pasado, y dijo que se había perdido en medio de una tormenta. Pero yo sé de buena fuente que no consiguió salir del Paso.

—Creía que la velocidad era lo más importante a la hora de llegar hasta aquí —dijo Drakasha—, pero la próxima vez iré por la Puerta aunque tarde una semana. Puedes correr la voz.

—Yo pienso lo mismo. Por cierto, he oído que vas a convocar al consejo para mañana.

—Cinco de nosotros están en la ciudad. Tengo que contaros… un asunto curioso que tiene que ver con Tal Verrar. Y quiero una sesión a puerta cerrada.

—Sólo un capitán y un primero por buque —comentó Rodanov—. No está mal. Mañana pasaré la voz a Strozzi y a Colvard. ¿Puedo suponer que Rance ya lo sabe?

—Sí.

—Quizá no pueda hablar.

—Ni falta que hace —dijo Drakasha—. Yo seré la única que hable, porque conozco la historia que quiero contaros.

—Así sea —dijo Rodanov—. «Que nuestras manos hablen por nosotros, que nuestros labios se conviertan en el libro hablado de nuestros designios, y busquemos algún lugar donde sólo los dioses y las ratas nos oigan hablar en voz alta».

Locke se quedó mirando a Rodanov; aquella cita debía ser de Lucarno, de…

—*La Boda del Asesino* —dijo Delmastro.

—Sí, era fácil —dijo Rodanov con una mueca—. No me salía ninguna cita más complicada.

—Qué afición tan curiosa por el teatro tienen ustedes, los piratas del Mar de Bronce —dijo Jean—. Sabía que a Ezri le gustaba…

—Sólo menciono a Lucarno porque sé que le encanta —dijo Rodanov—. A mí no me gusta el muy bastardo. Un tanto empalagoso, bastante autocomplaciente y demasiados juegos de palabras sobre la jodienda, y sólo para que los individuos más inteligentes del Trono de Therin pudieran decir picardías en público. Mientras tanto, los magos de la Liga y mis antepasados se jugaban a los dados quién era el primero en prender fuego al Imperio.

—A Jerome y a mí nos gusta mucho Lucarno —dijo Delmastro.

—Pero sólo porque no conocéis nada mejor —dijo Rodanov—. Y eso se debe a que los cabezas huecas han puesto a buen recaudo las obras de los antiguos poetas del Trono de Therin, mientras que las más vomitivas de Lucarno han sido exaltadas por los que tienen el dinero suficiente para gastárselo en copistas y en encuadernadores. Sus obras no han sido preservadas, sino *perpetradas*. Mercallor Mentezzo…

—Mentezzo no está mal —dijo Jean—. Su verso es bonito, aunque emplee el coro a modo de muletilla y saque siempre a los dioses para resolver los problemas de todos sus personajes…

—Mentezzo y todos sus contemporáneos construyeron el drama del Trono de Therin a partir del modelo espadrí —dijo Rodanov—, revigorizando los rituales aburridos que se practicaban en los templos con temas políticos de mayor relevancia. Podemos disculpar las limitaciones de su estructura; por comparación, Lucarno levantó sobre ellos toda su obra, añadiendo a la mezcla resultante lo que sólo puede

considerarse un melodrama de lo más cursi…

—Aunque lo añadiera no puede ignorarse el hecho de que, cuatrocientos años después del incendio de Therim Pel, Lucarno sea el único dramaturgo bajo el patronazgo formal de Talathri cuya obra aún se mantenga viva en su conjunto, merced a las periódicas ediciones críticas de la misma…

—¡Una referencia a las preferencias de los fundadores no es lo mismo que un análisis filosófico y concienzudo de sus obras! Lucestra de Nicora habló en sus cartas de…

—Les pido perdón —dijo Konar el Grande—, pero creo que no resulta muy educado hablar de cosas de las que algunos no tenemos ni puñetera idea.

—Debo admitir que Konar tiene razón —intervenía Drakasha—. No estoy segura de si los dos vais a tirar de espada o a descubrir un nuevo culto secreto.

—¿Quién diablos es usted? —preguntó Rodanov, mirando fijamente a Jean—. Llevaba años sin nadie con quien discutir de estas cosas.

—Tuve una infancia poco corriente —dijo Jean—. ¿Y usted?

—Ah, mi juventud estuvo dominada por la presunción de que algún día la Universidad de Therin necesitaría un profesor de lengua y retórica llamado Rodanov.

—¿Qué le pasó?

—Que apareció cierto profesor de retórica que conocía una manera infalible para escaquearnos de la Sala de la Reflexión Estudiosa. Peleas de gladiadores, carreras de traineras entre las distintas facultades, ese tipo de cosas. Se servía de sus estudiantes para hacer las apuestas y, puesto que el dinero servía para comprar cerveza, se convirtió en nuestro héroe. Pero cuando tuvo que abandonar la ciudad, su legado fueron latigazos y cárcel para el resto de nuestras vidas, así que tuve que aceptar un trabajo asqueroso a bordo de un galeón mercante…

—¿Cuándo sucedió eso? —le interrumpió Locke.

—Diablos, hace tanto tiempo que los dioses aún eran jóvenes. Hará unos veinticinco años.

—Ese profesor de retórica… ¿no se llamaría Barsavi? ¿Vencarlo Barsavi?

—Sí. ¿Cómo diablos *puede* saber eso?

—Creo que… me crucé con él hará pocos años —Locke hizo una mueca—. Viajó al este. Cerca de Camorr.

—Escuché rumores —dijo Rodanov—. Mencionaron su nombre una o dos veces, pero jamás asociado con Camorr. Así que Barsavi. ¿Sabe si aún sigue allí?

—No —dijo Jean—. Por lo que oí, murió hace un par de años.

—Qué pena —Rodanov suspiró—. Qué pena tan grande. Bueno, lo cierto es que no sé si les he aburrido hablando demasiado rato de gente que lleva varios siglos muerta. No me haga mucho caso, Valora. Ha sido un placer conocerle. Y también a usted, Ravelle.

—Me alegro de verte de nuevo, Jaffrim —dijo Zamira, mientras se levantaba de su asiento al mismo tiempo que él—. Entonces, ¿hasta mañana?

—Espero que sea un buen espectáculo —dijo él—. Hasta por la tarde.

—Es uno de los capitanes que están a nuestro lado —dijo Ezri mientras Rodanov bajaba por las escaleras—. Muy interesante. Por eso me parece extraño que no quisiera quedarse más tiempo con nosotros.

—El *Soberano Temor* es el buque más grande que jamás haya estado al mando de cualquiera de los capitanes de Puerto Pródigo —explicó Zamira muy despacio—. Y también el que tiene la tripulación más numerosa. Jaffrim no necesita entrar en los juegos de los demás.

Todos los presentes guardaron silencio durante unos minutos, hasta que Rask se aclaró repentinamente la garganta y dijo muy despacio con voz grave:

—Ahora recuerdo haber visto una obra de teatro. Trataba de un perro que le mordía a un tipo en las pelotas…

—Es verdad —dijo Malakasthi—, yo también la vi. Trataba de un hombre que alimentaba siempre a su perro con salchichas, y como el perro se aficionó tanto a ellas, cuando el hombre se quitó los calzones…

—Ya vale —dijo Drakasha—, el siguiente que mencione cualquier obra de esa calaña volverá nadando al *Orquídea*. Vayamos a ver si nuestro amigo Najital Vo se ha ganado su dinero.

9

Regio despertó a Locke al día siguiente, justo a tiempo para el cambio de guardia de mediodía. Locke se quitó el gatito de encima de la cabeza, miró fijamente sus ojos verdes y dijo:

—Quizá esto sea una sorpresa para ti, pero no conseguirás de ninguna manera que te tenga cariño, amenaza que araña mis sueños.

Locke bostezó, se desperezó y salió a cubierta para encontrarse con una llovizna cálida que caía de un cielo enmarañado por cataratas de nubes.

—Ahhh —dijo, poniéndose las calzas y dejando que la lluvia le quitara de la piel parte del olor del Carmesí Hecho Jirones. Reflexionó en lo extraño que le parecía haberse acostumbrado a la miríada de olores del *Orquídea Emponzoñada,* de modo que los aromas de aquellos lugares que había frecuentado durante años llegaban a molestarle.

Drakasha había colocado el *Orquídea* justo al lado de uno de los grandes pilotes de piedra del fondeadero del Hospital, de suerte que Locke podía ver la docena de pequeños botes dispuestos a su lado de babor. Mientras cinco o seis marineros de la guardia azul atendían el puerto de entrada, Utgar y Zamira negociaban animadamente

con un hombre puesto de pie encima de una lancha llena con piñas del trópico.

Aquellas primeras horas de la tarde estaban dominadas por el ir y venir de todo tipo de botes; un surtido variopinto de las gentes de Puerto Pródigo había aparecido para venderles de todo, desde comida fresca a drogas alquímicas, mientras que varios representantes de los comerciantes independientes se habían presentado para enterarse de lo que tenían en la bodega y echarle un ojo bajo la siempre atenta mirada de Drakasha. El *Orquídea* acababa de convertirse temporalmente en un mercado flotante.

A eso de las dos de la tarde, cuando la lluvia había remitido y el sol comenzaba a quemar a través de las nubes que lo ocultaban, el *Mensajero Rojo* apareció en la ruta que provenía de la Puerta del Comerciante y echó el ancla al lado del *Orquídea*. Nasreen, Gwillem y los marineros de elite subieron a bordo, junto con varios tripulantes del buque original que se habían repuesto lo suficiente para tenerse en pie.

—¿Qué diablos hace *ése* aquí? —rugió uno de ellos al ver a Locke.

—Ven conmigo —dijo Jabril mientras le echaba un brazo por encima del hombro —. Yo te lo explicaré. Y, mientras tanto, te hablaré de un invento llamado la guardia de fregonas…

La erudita Treganne ordenó que botaran un bote para visitar el *Mensajero* y examinar a los heridos que se encontraban en él. Mientras Locke echaba una mano en la botadura, vio que Treganne se cruzaba con Gwillem en el puerto de entrada.

—Hemos cambiado de cabina —dijo ella con voz malhumorada—. Me he quedado con tu antiguo compartimiento, así que tú irás al mío.

—¿Qué? *¿Cómo?* ¿Por qué?

—No tardarás en averiguarlo.

Antes de que el vadraní pudiera hacerle más preguntas, Treganne se apartó a un lado para subir gateando y Zamira le agarró a él por un brazo.

—¿Cuál supones que será la oferta inicial del Revientabuques?

—Dos platas y una copa llena de roña de vaca.

—Vale, pero ¿qué crees que puede pedir por él?

—Mil cien o mil doscientos solari. Necesita dos mástiles de juanetes nuevos y reparar una vía de agua en la popa. No puede hacerse de nuevo a la mar. Vergas nuevas y también algunas velas. No se ha portado mal recientemente, lo cual ya es algo, pero en cuanto mire las cuadernas verá lo viejas que son. Sólo le quedan unos diez años de servicio, no más.

—Capitana Drakasha —dijo Locke, poniéndose al lado de Gwillem—. Si me permite el atrevimiento…

—¿Va a hablarme del plan al que antes se refirió, Ravelle?

—Estoy seguro de que puedo sacarle varios cientos de solari más.

—¿Ravelle? —Gwillem frunció el ceño—. ¿Ravelle, el antiguo capitán del

Mensajero Rojo?

—Encantado de verle nuevamente —dijo Locke—; capitana, lo único que necesito es que me preste algo de ropa de buena calidad, unas cuantas sacas de piel y un montón de monedas.

—¿Cómo dice?

—Tranquilícese. No me las voy a gastar. Sólo las necesito para montar el espectáculo. Y también quiero que me preste a Jerome.

—Capitana —Gwillem era muy insistente—, ¿por qué Ravelle sigue aún vivo, y no sólo eso sino que es miembro de la tripulación y, además, le pide dinero?

—¡Del! —exclamó Drakasha.

—Aquí estoy —dijo ella, apareciendo instantes después.

—Del, llévate aparte a Gwillem y explícale por qué Ravelle sigue vivo y es miembro de la tripulación.

—Pero ¿por qué le está pidiendo dinero? —insistía Gwillem. Ezri le cogió del brazo y se lo llevó.

—Mi gente espera recibir el dinero del *Mensajero* —dijo Drakasha—. Tengo que estar completamente segura de que lo que piensa hacer no va a fastidiar la venta.

—Capitana, en este asunto pienso comportarme como un miembro de su tripulación… a menos que olvide que yo también recibiré una parte de lo que se saque por el *Mensajero*.

—Hmmm —ella echó una mirada a su alrededor y dio unos golpecitos con los dedos en la empuñadura de uno de sus sables—. ¿Ha dicho ropa de buena calidad?

10

Los agentes del Revientabuques, informados extraoficialmente por los rumores que habían corrido la noche anterior, se apresuraron a buscar cualquier vela que acabara de llegar a Puerto Pródigo. A las cinco de la tarde, una barca muy adornada, tripulada por varias filas de remeros, fondeó en paralelo con el *Mensajero Rojo*.

Drakasha salió al encuentro de los ocupantes de la barca, acompañada por Delmastro, Gwillem y dos docenas de tripulantes armados. A un lado había formado una escuadra de guardias, hombres y mujeres que sudaban dentro de sus armaduras de cuero cocido y de hierro. Cuando los recién llegados hubieron barrido el puente con la mirada, un equipo de esclavos subió a bordo para preparar unas cuerdas con las que izar una silla colgante desde la barca hasta el buque. Sudando copiosamente, se esforzaban en subir la silla y a su ocupante hasta el puerto de entrada.

El Revientabuques estaba exactamente igual que la última vez que Drakasha lo había visto: un therinés mayor, de piel como de papel y tan distendida por la grasa que parecía a punto de romperse, y cuya carne viscosa se derramaba por todas partes.

Sus papadas terminaban en algún lugar incierto de su cuello, sus dedos eran como salchichas reventadas y sus barbas tenían tan poco soporte detrás de ellas que se le estremecían al hablar. Intentó levantarse de la silla con la ayuda de los dos esclavos que le rodeaban a ambos lados, pero se sintió tan incómodo que un tercer esclavo tuvo que traerle un enorme anaquel laqueado que parecía una mesa portátil. Cuando se puso encima de ella, asentó su enorme barriga con un gruñido de satisfacción.

—Un bergantín tullido —comentó sin dirigirse a nadie en particular—. Uno de los mástiles ha desaparecido y el otro sólo sirve para hacer astillas. Bastante viejo. Como una dama que quisiera ocultar sus encantos ya caducos bajo capas de pintura y de sobredorados. Oh, discúlpame, Zamira, no había visto que estabas de pie ahí mismo.

—Sentí que la rueda del timón se movía de un modo extraño en cuanto subiste a bordo —dijo Drakasha—. Este navío fue lo suficientemente duro para atravesar una tormenta de finales del verano, y eso en las manos de un incompetente. Sus bordas están bien definidas, sus mástiles de juanetes son sencillos y es mucho más fácil de pilotar que la mayoría de los troncos que envías al este.

—Esos leños me los consiguen los capitanes como tú. Ahora me gustaría levantarle los calzones y comprobar si tiene alguna tara de la que no me hayas hablado. Luego discutiremos la cuantía del favor que podré hacerte.

—Puja todo lo que quieras, anciano. Me han ofrecido un buen precio por un buen buque.

—Bueno sí es —dijo Leocanto Kosta (según Zamira, aquél era el auténtico nombre de Ravelle), que había estado aguardando hasta entonces para salir de las escaleras de los camarotes donde se encontraba y darse a conocer. El pequeño almacén de telas finas que poseía el *Orquídea* acababa de proporcionarle una apariencia de hombre acaudalado. Su casaca de color mostaza oscuro tenía hilos de plata en los puños, su camisa era de límpida seda, sus calzas pasables, y sus zapatos estaban muy limpios. Y aunque por pequeño que fuera, aquel almacén también hubiera podido surtir de excelentes ropajes a un hombre del tamaño de Jean, Kosta prefirió vestirlo con andrajos. No se puede tener todo.

Un estoque prestado colgaba de su cinturón y varias de las sortijas de Drakasha brillaban en sus dedos. Jerome le seguía de cerca, vestido como el solícito criado estándar, cargando tres pesadas sacas de piel sobre los hombros. La rapidez con que ambos asumieron sus respectivos papeles le hizo pensar a Drakasha que ya los habían interpretado anteriormente.

—Mi señor —dijo Drakasha—, ¿ya ha terminado su inspección?

—Sí y, como antes dije, es un buen buque. Aunque no excelente, tampoco es una trampa mortal. Con un poco de suerte creo que aún le quedan quince años.

—¿Quién cojones es usted? —el Revientabuques miraba a Kosta con los mismos

ojos que debe de poner el ave que se dispone a coger un gusano y de repente descubre que el pico de un rival se lo disputa.

—Tavrin Callas —dijo Kosta—, de Lashain.

—¿Un noble? —preguntó el Revientabuques.

—De la Tercera. No deseo hacer valer mi título.

—Ni yo. ¿Por qué anda husmeando alrededor de este buque?

—El cráneo de usted debe de ser más blando que su barriga. Para ver si lo pesco antes de que la capitana Drakasha se lo venda a otro.

—*Yo* soy el único que compra buques en Bahía Pródiga.

—¿Por decreto divino? Traigo dinero contante y sonante y eso vale en todas partes.

—Ese dinero no le ayudará a mantenerse a flote, muchacho…

—Ya basta —dijo Drakasha—. Hasta que uno de los dos me lo pague, no olviden que se encuentran en *mi* buque.

—Está muy lejos de su casa, cachorro, y acaba de cruzarse en…

—Si quieres este buque, habrás de pagarme en efectivo por él —zanjó Drakasha, que no fingía su enfado. El Revientabuques era tan poderoso como útil, pero, en cualquier disputa en que se empleara la fuerza bruta, cualquier capitán del Mar de Bronce hubiera podido aplastarlo con una de sus botas—. Si su señoría Callas me hace una oferta mejor que la tuya, la aceptaré. ¿Me he expresado con claridad?

—Estoy dispuesto a comprar este buque —dijo Kosta.

—Aguante un poco, capitana —le aconsejó Delmastro—. Sabemos que el Revientabuques pagará; pídale a su señoría que le enseñe el dinero.

—Del tiene razón —dijo Drakasha—. Mi señor Callas, en este buque solemos limpiarnos el culo con las cartas de crédito, así que espero encontrar algo pesado en esas sacas.

—Por supuesto —dijo Kosta, chasqueando los dedos. Jean dio un paso adelante y dejó caer una saca a los pies de Drakasha. Cuando aterrizó, lo hizo con un tintineo muy característico.

—Gwillem —dijo ella, indicándole que se moviera. Se agachó sobre la saca, desató las cuerdas que la cerraban y puso al descubierto un montón de monedas de oro (realmente el resultado de juntar la caja del *Orquídea* y el dinero en efectivo que Leocanto y Jerome habían metido en su primer buque). Gwillem tomó una moneda, la levantó para que reflejara la luz del sol, rascó en ella y la mordió. Luego asintió con la cabeza.

—Es auténtica, capitana. Un solari de Tal Verrar.

—Hay setecientos en esta saca —dijo Kosta, a cuyas palabras Jerome arrojó la segunda saca en el puente junto a la primera—. Setecientos más.

Gwillem abrió la segunda saca, permitiendo que el Revientabuques viera por sí

mismo que, al menos aparentemente, también estaba llena de oro. Al menos había seis o siete capas de solari encima de una bolsa de seda llena de platas y cobres. La tercera saca era igual de falsa, aunque Zamira esperaba que Kosta no tuviera que abrirla.

—Y de ésta —dijo Leocanto— le daré mil para comenzar.

—A lo mejor esas monedas tienen los bordes afeitados —dijo el Revientabuques —. Esto es intolerable, Drakasha. Saca una balanza de tu buque para que las comprobemos.

—Esas monedas son nuevas —dijo Kosta, apretando los dientes—. Todas ellas. Capitana, sabiendo que las comprobaría, no iba a arriesgar mi vida dándoselas gastadas o falsas.

—Pero…

—Tu profunda preocupación por los negocios que hago ha quedado anotada, Revientabuques —dijo Drakasha—, pero el noble señor Callas se ha comportado correcta y sinceramente, y así lo creo. Me ofrece mil. ¿Deseas mejorar esa oferta?

—Se ha abierto la veda, anciano —dijo Leocanto—. ¿De veras que quiere participar en la caza?

—Mil diez —respondió el Revientabuques.

—Mil *cien* —dijo Kosta—. Dioses, me siento como si jugara a las cartas con mis mozos de cuadra.

—Mil ciento… cincuenta —siseó el Revientabuques.

—Mil doscientos.

—Debería examinar el maderamen…

—Entonces le arrastrarían fuera de la bahía a toda prisa. Mil doscientos, insisto.

—¡Mil trescientos!

—Ése es el espíritu —dijo Kosta—, pretender que podrá conmigo. Mil cuatrocientos.

—Mil quinientos —dijo el Revientabuques—. Se lo aviso, Callas, si puja más alto, aténgase a las consecuencias.

—Pobre cubo de tocino, obligado a obtener un beneficio ridículo en lugar de uno obscenamente provechoso. Mil seiscientos.

—¿En qué buque *ha venido*, Callas?

—En el carguero independiente que me vendió el billete.

—¿Cuál?

—En uno que no es de su maldita incumbencia. Estoy preparado para ofrecer mil seiscientos. ¿Qué son…?

—*Mil ochocientos* —siseó el Revientabuques—. ¿Se está quedando sin dinero, comprador de Lashain?

—Mil novecientos —dijo Kosta, añadiendo por primera vez a su voz una nota de

preocupación.

—*Dos mil* solari.

Leocanto hizo un magnífico teatro al fingir que consultaba un instante a Jerome. Bajó la mirada, musitó un «Que te jodan, viejo» y luego hizo una seña a Jerome para que se llevara las sacas del puente.

—Adjudicado al Revientabuques —dijo Zamira intentando no sonreír—. Por dos mil.

—¡Ja! —el rostro del Revientabuques estaba tan distorsionado por el triunfo que casi parecía una mueca de dolor—. Siempre que sienta la necesidad de envainar la polla en algo inservible que me sea ajeno, podré comprar a diez como tú, cachorro.

—Bueno, me has vencido —dijo Leocanto—. Felicitaciones. Jamás me había sentido tan incómodo.

—Tienes buenas razones para sentirte así —dijo el Revientabuques— desde el momento en que acabas de descubrir que te encuentras encima de mi buque. Ahora me gustaría oírte decir que me perdonas por haberte puesto en una posición tan incómoda.

—Revientabuques —dijo Drakasha—, hasta que esos dos mil solari no estén en mi poder, este buque no será tuyo *ni de coña*.

—Ah —dijo el viejo—, eso sólo es un mero tecnicismo —batió palmas y sus esclavos devolvieron la silla a la barca, casi con toda seguridad para cargar el oro en ella.

—Capitana Drakasha —dijo Kosta—, gracias por su amabilidad, pero sé cuándo llega el momento de retirarse…

—Del —dijo Drakasha—, muestra al noble señor Callas y a su criado el bote que les llevará de vuelta. Mi señor Callas, quedaos, pues esta noche cenaréis conmigo en mi cabina. Después… os llevaremos a donde queráis ir.

—Estoy en deuda con usted, capitana —Locke hizo una reverencia más marcada de lo que exigía el protocolo y luego desapareció por el puerto de embarque en compañía de Delmastro y de Jerome.

—Destripa a ese capullo engreído —dijo el Revientabuques en voz alta— y quédate con su dinero.

—Me basta con el tuyo —dijo Zamira—; además, me gusta la idea de que un auténtico barón de Lashain crea que me debe la vida.

Los esclavos del Revientabuques llevaron una a una las bolsas de monedas de oro y de plata hasta la cubierta del *Mensajero,* de suerte que, una vez alcanzado el importe convenido, el montón que había a los pies de Zamira no era nada despreciable. Y aunque Gwillem insistió en contar su contenido, Zamira no lo permitió, segura como estaba de que las monedas eran perfectas. Las bolsas contendrían la cantidad exacta que «Tavrin Callas» había logrado reunir minutos

antes. Aunque en su residencia fortificada, situada en uno de los extremos de la ciudad, el Revientabuques contara con una docena de mercenarios bien equipados, sabía que si engañaba a un capitán sus días estarían contados, pues habría de enfrentarse a cientos de piratas.

Drakasha dejó el *Mensajero* a los guardias y esclavos del Revientabuques y regresó al *Orquídea* en menos de media hora, tan contenta como siempre que vendía un buque capturado. Una complicación menos, puesto que su tripulación estaría junta otra vez; luego repartiría lo ganado y la caja del buque se habría incrementado notablemente. Los antiguos tripulantes del *Mensajero* que, por hallarse enfermos o heridos, no habían participado en la captura del *Rey Pescador*, suponían un pequeño problema; pero, ante la disyuntiva de ser abandonados en Puerto Príncipe a su suerte o de tomar parte en la relativa indignidad que suponía entrar en la guardia de fregonas, era casi seguro que la mayoría de ellos elegiría la segunda opción.

—Ravelle, Valora —dijo Drakasha cuando los vio en el castillo inferior, sentados en la penumbra mientras hablaban y hacían muecas con Delmastro y una docena de tripulantes—. Ha ido mejor de lo que me esperaba.

—Setecientos u ochocientos más de lo que hubiéramos sacado en condiciones normales —dijo Gwillem muy sorprendido.

—Y un pellizco más grande para cada uno de nosotros —dijo Valora.

—Hasta que el bastardo se gaste un poco de dinero en preguntar a los cargueros independientes —dijo Del, enarcando una ceja en una mezcla de admiración y de desconfianza— y descubra que ninguno de ellos trajo recientemente a ningún noble de Lashain…

—Por supuesto que descubrirá el engaño antes o después —Kosta movió una mano como para quitarle importancia—. Ahí reside la belleza de estas cosas. La verdad es que ese tirano agarrado, pagado de sí y liante parece como salido de una ópera. Ni en mil años le contará a nadie que le estafaron a la luz del día con un truco tan tonto. Y dado el margen de beneficios que obtiene con cada uno de los buques que usted le vende, estoy seguro de que todo quedará en unas cuantas palabras remilgadas.

—No podría atacarme ni aunque se le pasara por la cabeza —dijo Zamira—. Creo que lo hemos hecho muy bien. Aunque eso no quiere decir que vaya a dejarle a usted pasearse durante toda la tarde con esas ropas de fantasía. Devuélvalas al almacén.

—Por supuesto, capitana.

—Y dado que no sabemos si el Revientabuques se morderá o no la lengua, lo mejor será que ustedes dos permanezcan fuera de la vista mientras sigamos aquí. Ambos quedarán confinados en este buque.

—¿Eh? ¿Por qué?

—Porque creo —aunque el tono de voz de Drakasha fuera cordial también era

firme— que no sería inteligente dejarles a los dos sueltos por ahí. Por el problema que pueda causarles les daré un extra de la caja del buque.

—Bueno, está bien —Kosta había comenzado a quitarse las partes más delicadas de sus elegantes ropajes—. Creo que no tengo prisa de que me corten el cuello en cualquier callejón.

—Chico listo —Zamira se volvió hacia Delmastro—. Del, confecciona una lista con la gente que esta noche entrará en la Guardia Divertida. Que vengan con nosotros cuando acudamos al consejo. Veamos… la mitad de la tripulación. Y luego pásala a limpio.

—Muy bien —dijo Del—. Y supongo que hasta que no hayamos vuelto de la reunión se quedarán en los botes, preparados para atajar cualquier problema, ¿no?

—Exacto —dijo Zamira—, al igual que las demás tripulaciones, supongo.

—Capitana —Del casi susurraba a Zamira en la oreja—, ¿de qué diablos va esa reunión?

—De asuntos desagradables, Ezri —echó una mirada a Leocanto y a Jerome, que sin darse cuenta de ello sonreían y hacían bromas entre sí—. Tanto si son ciertos como si no lo son.

Pasó un brazo por el hombro de Ezri, de aquella joven que había dado la espalda a la vida de aristócrata consentida que le aguardaba en Nicora; que había ascendido desde la guardia de fregonas hasta convertirse en su primera oficial; que había estado a punto de que la mataran una docena de veces en el transcurso de los años que llevaba intentando que el preciado *Orquídea* de Zamira siguiera a flote.

—Algunas de las cosas que escucharás esta noche tienen que ver con Valora. No sé de lo que habláis en privado… en esos escasos interludios que aprovecháis para *hablar*…

Ezri se irguió, sonrió y ni siquiera se ruborizó.

—… pero es posible que lo que tengo que contar no te agrade.

—Si tenemos que arreglar algo entre los dos —dijo Ezri muy tranquila—, confío en que me lo dirá. Y no me asusta enterarme de lo que sea.

—Querida Ezri —dijo Zamira—. Bien, vistámonos para ir al encuentro de nuestros conocidos. Armadura y sables. Engrasa tus vainas y afila tus cuchillos. Podemos necesitar todas nuestras herramientas para proponer ciertos argumentos interesantes si la conversación se va al infierno.

Capítulo 13

Puntos de decisión

1

Una milla de playa desierta separa Puerto Pródigo de las ruinas de su centinela de piedra caído: *Castana Voressa*, Fuerte Glorioso.

Erigido para dominar la parte norte de la bahía de Puerto Glorioso antes de que un revés de la fortuna hiciera que la ciudad se cambiara el nombre, el fuerte, expuesto con sus simples fuerzas a las hojas y flechas de una fuerza hostil, no servía para contener un ataque.

Decir que fue construido con materiales baratos sería ofender a los maestros canteros, pues varios cargamentos de bloques de granito verrarí fueron desviados hacia el mercado de la construcción civil a cambio de un dinero que ciertos oficiales aburridos se gastaron en bebida por hallarse muy lejos de sus casas. Los grandes proyectos que se habían hecho para construir muros y torres se quedaron en grandes proyectos para un muro y, después, en un proyecto muy modesto para construir un muro más pequeño y unas cuantas barracas, y el cabrestante que debía servir para construir las barracas de la guarnición se perdió durante una tormenta de finales del verano.

La única parte del fuerte que aún sirve para algo es un pabellón redondo de piedra situado a unos cincuenta metros de la costa, que lleva hasta las ruinas principales a través de una amplia calzada de piedra. Se suponía que debía albergar las catapultas que no llegaron. En la actualidad, cuando los capitanes piratas de Puerto Pródigo convocan el consejo en el transcurso del cual discutirán sus asuntos, se reúnen en aquel pabellón que siempre está en penumbra. En él discuten negocios en privado, de pie sobre las piedras de un imperio verrarí que nunca fue, símbolo de las frustradas ambiciones de una ciudad-estado que, no obstante, supo frustrar las ambiciones de ellos siete años antes.

2

Comenzó del mismo modo que todas las reuniones que Zamira recordaba, bajo el cielo rojo púrpura del atardecer, con faroles dispuestos en lo alto de las viejas piedras, con el aire húmedo tan espeso como el aliento de un animal y los insectos picando a

placer.

Cuando el consejo de capitanes era convocado no había en él vino ni comida ni sillas. La incomodidad desnudaba los sentimientos de las palabras que cada uno pronunciaba y los conducía rápidamente al centro de los problemas que debían tratarse.

Para sorpresa de Zamira, ella y Ezri fueron las últimas en llegar. Zamira recorrió con la mirada a sus compañeros capitanes, saludándolos cordialmente con un asentimiento de cabeza a medida que sus ojos se detenían en ellos.

Rodanov fue el primero; había acudido armado en compañía de su primera oficial Ydrena Koros, una mujer rubia apenas más alta que Ezri. Tenía el aspecto de una duelista profesional y una excelente reputación con la cimitarra de hoja ancha usada en Jeresh.

A su lado se encontraba Piero Strozzi, un calvo de aspecto amable que sobrepasaba la cincuentena, junto con su lugarteniente, apodado Jack Cortaorejas porque se complacía en cortárselas a los enemigos caídos. Se decía que las curtía para hacer con ellas unos collares muy elaborados que guardaba dentro de su cabina.

También estaba Rance, con Valterro cubriéndole las espaldas, como siempre. La parte derecha de la mandíbula de Rance presentaba varias sombras grises y verdes que debían de dolerle, aunque ella estaba de pie como si nada, teniendo además la cortesía de no devolverle la mirada a Zamira mientras ésta la miraba.

La última de los presentes, aunque no la menos importante, era Jacquelaine Colvard, llamada la «Vieja de las Islas del Viento Fantasma», aún elegante con sus sesenta y pico años, con la cabellera gris y el rostro tan curtido por el sol como el cuero viejo. A su lado se encontraba su protegida de siempre, y también amante, Maressa Vicente, cuyas cualidades en la vela y en el combate no eran muy conocidas, que digamos. Pero aquella mujer joven debía de ser bastante hábil en otros menesteres.

Cuando el último entró en el pabellón, el mundo y sus asuntos quedaron aparte. Varias cuadrillas de sus respectivas tripulaciones, a media docena de hombres por cada uno de los buques, se juntaban algo inquietas al extremo de la calzada. Ninguno de ellos podía hablar hasta que no hubiera terminado la reunión.

No sé cómo acabará todo esto, pensó Zamira.

—Zamira —dijo Rodanov—, tú eres quien ha convocado este consejo. Permítenos saber lo que ronda por tu mente.

Listos para el combate.

—Jaffrim, no se trata tanto de lo que ronda por mi mente como de lo que ronda por encima de nuestras cabezas. Tengo pruebas de que una vez más el Arconte de Tal Verrar ha hecho planes para nosotros que no nos convienen.

—¿Otra vez? —Rodanov cerró las manos—. Fue Bonaire quien preparó esos

planes tan poco convenientes, Zamira; era lógico suponer que Stragos nos haría lo que nosotros hubiéramos hecho en su lugar…

—Jaffrim, no he olvidado ni un solo día de esa guerra —a pesar de que había decidido ser paciente, Zamira sintió que comenzaba a perder los estribos—. Sabes muy bien que siempre dije que fue un error.

—La Causa Perdida —dijo Rodanov con burla—. Vaya ocurrencia de los cojones. ¡Me hubiera gustado por entonces que hubieras dicho que era una locura!

—Y a mí que, por entonces, hubieras hecho algo más que hablar —dijo Strozzi con voz tranquila—. Hablar y salir pitando en cuanto la flota del Arconte oscureció el horizonte.

—Jamás me uní a vuestra maldita Armada, Piero. Me ofrecí para alejar parte de sus buques en una maniobra de distracción, y creo que con eso bastó. Sin mi ayuda, hubierais perdido la posibilidad de barloventear, siendo flanqueados por el norte. Chavon y yo seríamos ahora los únicos capitanes en encontrarnos en este sitio…

—¡Ya basta! —exclamó Zamira—. Yo he convocado el consejo y tengo más cosas que contar. No os he hecho venir hasta aquí para echar sal encima de las viejas heridas.

—Habla —dijo Strozzi.

—Hace un mes, un bergantín salió de Tal Verrar. Su capitán acababa de robarlo de la dársena de la Espada.

Hubo una explosión general de murmullos y de asentimientos con la cabeza. Zamira sonrió antes de proseguir:

—Para conseguir una tripulación, aquel capitán se deslizó por la Roca de Barlovento y vació una cripta que estaba llena de prisioneros. Su intención, y la de ellos, era poner rumbo al sur y unirse a nosotros en Puerto Pródigo. Unirse a la bandera roja.

—¿Quién puede robar uno de los buques del Arconte de un puerto bajo vigilancia? —Rodanov hablaba como si apenas admitiera aquella posibilidad—. Me gustaría conocerlo.

—Ya lo has conocido —dijo Zamira—. Se llama Orrin Ravelle.

Valterro, que hasta entonces se había mantenido callado detrás de la capitana Rance, saltó.

—¡Ese cabrón bajito…!

—Tranquilo —dijo Zamira—. Te robó la bolsa anoche, ¿no? Ravelle tiene manos rápidas. Manos rápidas, mente ágil, cierto talento para mandar y para abrirse camino con la espada. Se ganó un puesto en mi tripulación al matar él solito a cuatro Redentores de Jerem —Zamira se divertía al hablar de Kosta con las mismas verdades a medias que él había empleado para engañarla.

—Has dicho que mandaba un buque —dijo Rodanov.

—En efecto, el *Mensajero Rojo*, que acabo de vender esta misma tarde al Revientabuques. Piero, creo que lo viste cerca del Alcance Ardiente hace unos días, ¿no?

—Ciertamente.

—Pues yo estaba en el Mar de Bronce, buscando inocentemente presas por aquí y por allá —dijo Zamira—, cuando me encontré con el *Mensajero* de Ravelle. Resumiendo, frustré sus planes. Descubrí los fallos de su historia hasta que se lo saqué todo, más o menos.

—¿De qué historia hablas? —aunque la voz de Rance sonaba como si su dueña tuviera una buena colección de piedrecillas dentro de la boca, todavía se podía entender lo que decía.

—Piensa, Rance. ¿Qué es Ravelle? Un ladrón, evidentemente. Acostumbrado a hacer muchas cosas fuera de lo corriente. ¿Pero cómo un solo hombre podría sacar un bergantín por las compuertas de la dársena de la Espada? ¿Cómo podría un solo hombre quebrantar la seguridad de la Roca de Barlovento, liberar a todos los cautivos de una cripta y meterlos a todos en un buque convenientemente robado aquella misma noche?

—Uh —dijo Rance—, casi con toda posibilidad…

—No lo hizo solo —Colvard tomaba la palabra por primera vez, y aunque hablara con calma, sus ojos escrutaban los de todos aquellos que se encontraban en el pabellón—. Stragos tuvo que dejarle escapar.

—Precisamente —dijo Zamira—. Stragos le dejó escapar. Stragos le proporcionó una tripulación de presos que estaban deseando conseguir la libertad. Stragos le entregó un buque. Y dispuso todo eso sabiendo que Ravelle se dirigiría al sur. Para unirse a nosotros.

—Quería que un agente suyo se infiltrara entre nosotros —dijo Strozzi, más excitado de lo que era usual en él.

—Sí. Pero también hay algo más —Zamira echó una mirada al círculo de piratas, asegurándose de que estaban pendientes de ella antes de proseguir—. *Ese* agente suyo ya se ha infiltrado entre nosotros. En mi buque. Orrin Ravelle y su compañero Jerome Valora siguen al servicio del Arconte.

Ezri volvió la cabeza para mirar fijamente a Zamira, y tenía la boca abierta. Zamira le dio un ligero pellizco en el brazo.

—Matémoslos —dijo Colvard.

—La situación es más complicada y más grave que todo eso —repuso Zamira.

—Sobre todo es grave para esos dos hombres que mencionas. Creo que lo más conveniente es que sean cadáveres para evitarnos complicaciones.

—Si hubiera descubierto que me estaban engañando, ya lo serían. Pero Ravelle me confesó todo lo que os he contado. Él y Valora no quieren seguir trabajando para

Stragos, porque les administró un veneno latente para que dependieran del antídoto que sólo él puede darles. Dentro de un mes tienen que recibir la siguiente dosis.

—Entonces les haríamos un favor matándolos —murmuró Rance—. Ese bastardo sólo les dejará que sean sus marionetas…

Rodanov hizo señas con una mano para reclamar la atención de Zamira.

—¿Te dijo Ravelle cuál era su misión? ¿Espiarnos?

—No, Jaffrim —Zamira se llevó las manos a la espalda y comenzó a pasear despacio por el centro del pabellón—. Stragos quería que nosotros le hiciéramos el favor de ondear la bandera roja cerca de Tal Verrar.

—No tiene sentido —dijo Strozzi.

—Lo tiene si piensas en las necesidades del Arconte —dijo Colvard.

—¿Y cuáles pueden ser? —dijeron Rance y Strozzi al unísono.

—He oído que las cosas están tirantes entre el Arconte y el *Priori* —dijo Colvard —. Si ocurriera algo capaz de asustar a los elegantes ciudadanos de Tal Verrar, su estima por el ejército y la marina subiría.

—Stragos necesita un enemigo fuera de Tal Verrar —dijo Zamira—. Lo necesita cuanto antes para estar seguro de que sus fuerzas estarán dispuestas para atacarlo con la mayor convicción posible —abrió los brazos mientras miraba a sus compañeros capitanes y a sus segundos—. Entonces será como si lleváramos una diana pintada encima.

—No hay ningún provecho —comenzó a decir Strozzi— en comenzar una lucha…

—Si te refieres a ese tipo de provechos que se mide en dinero, por supuesto que no. Pero eso lo es todo para Stragos. Ha apostado un buque, una tripulación de presos y su reputación al contarle todo a Ravelle. ¿No os parece que va en serio? Si ha permitido que se rían de él por el hecho de que un «pirata» se haya escapado de su puerto más seguro, no dudéis de que piensa redimirse aplastándonos —Zamira juntó los puños—. Ahí entra Ravelle para convencernos, engañarnos, encantusarnos, sobornarnos. Si hubiéramos seguido sus planes, él se habría encargado de hacerlos realidad a bordo del *Mensajero*.

—Entonces es evidente lo que tenemos que hacer —dijo Rodanov—. No vamos a hacer nada por Stragos. No bailaremos en el extremo del lazo que nos lanza. Nos mantendremos a quinientas millas de Tal Verrar, como hemos hecho desde la guerra. Si es necesario, nos comportaremos bien durante unos cuantos meses —se acercó a Strozzi y le dio una palmada amistosa en la barriga—. Podremos vivir con nuestras reservas de grasa.

—Si es que hacemos eso que dices —dijo Ydrena Koros—; le pido perdón, capitana, pero esa evidencia que aduce… la palabra de esos dos hombres no parece nada consistente…

—No es sólo su palabra —dijo Zamira—. Piensa, Koros. Disponían del *Mensajero Rojo*. No se puede negar que su tripulación, cuyos sobrevivientes ahora forman parte de la mía, abandonó la Roca de Barlovento. Es evidente que el Arconte los envió.

—Estoy de acuerdo —dijo Colvard—, aunque también sigo estando de acuerdo con Jaffrim en que mantenernos alejado de cualquier provocación es lo más inteligente…

—Sería lo más inteligente —la interrumpió Zamira— si sólo se tratara de un capricho de Stragos. Pero se trata de la lucha por su vida. Su propia posición se halla comprometida. Nos necesita.

Volvió a recorrer a grandes pasos el centro del pabellón, recordando los «argumentos» empleados a lo largo de los años, cuando ejercía de «magistrada» durante las ceremonias de iniciación. ¿Sería más convincente con un poco de teatro? Por los dioses, esperaba que así fuera.

—Si apartamos a Ravelle y a Valora, si los ignoramos —dijo— o si nos alejamos vergonzosamente de Tal Verrar, Stragos intentará otro plan. Cualquier otro truco para obligarnos a luchar o para convencer a su pueblo de que vamos a luchar. Sólo que la próxima vez quizá los dioses no tengan la benevolencia de permitir que los instrumentos de ese plan caigan en nuestras manos. Trabajaremos a ciegas.

—En todo esto hay más hipótesis juntas —dijo Rodanov— que todas las que escuché cuando estaba en la Universidad.

—El *Mensajero Rojo* y los prisioneros ponen de manifiesto que Stragos ha hecho una jugada —dijo Colvard—. Y que haya hecho una jugada indica que no puede moverse abiertamente o con confianza. Sabiendo lo que sabemos de la situación de Tal Verrar… yo diría que la amenaza es real. Si Stragos necesita un enemigo, nosotros somos el único pretendiente en este baile que se ajusta a sus necesidades. ¿Qué otra cosa podría hacer? ¿Entrar en conflicto con Balinel? ¿Con Camorr? ¿Con Lashain? ¿Con *Karthain?* No lo creo.

—¿Qué quieres que hagamos, Zamira? —Rodanov se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Disponemos de los medios suficientes para devolver el golpe al Arconte.

—No podemos luchar contra la armada verrarí —dijo Rodanov—. Ni tomar por asalto la maldita ciudad, a menos que caigan rayos del cielo o que solicitemos educadamente de los dioses que dispongan de Stragos a nuestro favor. Por tanto, ¿a qué te refieres con eso de «devolver el golpe»? ¿A herir sus sentimientos con cartas lascivas?

—Se supone que Ravelle y Valora deben ir inmediatamente a verle para que les dé el antídoto.

—Pueden acercarse hasta él —dijo Colvard—. ¡Un asesinato!

—Por la infamia que les hizo, suponiendo que salieran con vida —sugirió Strozzi.

—Bien por ellos —dijo Rodanov—. Entonces, ¿te parece bien llevarlos hasta Tal Verrar y soltarlos allí? Creo que debes dejarlos libres. Me agradará prestarles un par de cuchillos.

—Pero, desde la perspectiva de Ravelle y de Valora sólo hay una pequeña complicación, pues ellos prefieren conseguir un antídoto permanente y *después* encargarse de Stragos.

—Vaya —dijo Rance—, son tan pocas las ocasiones en que uno consigue realizar sus deseos…

—Diles que nosotros tenemos un antídoto —dijo Colvard—. Convéncelos de que poseemos los medios necesarios para liberarlos de su condición. Y luego échaselos al Arconte… que sobrevivan o no a su asesinato no tendrá graves consecuencias.

Ezri abrió la boca para disentir, pero Zamira le lanzó la mirada más autoritaria de que disponía en su cuantioso arsenal.

—Maravillosamente tortuoso —dijo Zamira cuando estuvo segura de que Ezri ya estaba más tranquila—, pero poco conveniente. ¿De veras te crees que se lo tragarían?

—Mi cabeza comienza a dar vueltas —dijo Strozzi—. ¿Qué diablos piensas hacer, Zamira?

—Lo que quiero —respondió ella, midiendo muchísimo las palabras— es que ninguno de vosotros se alarme en caso de que yo no tenga más remedio que armar algo de ruido en las cercanías de Tal Verrar.

—¡Y de esa manera causar nuestra destrucción! —exclamó Rodanov—. ¿Quieres que Puerto Pródigo acabe siendo saqueado como Montierre? ¿Quieres que tengamos que dispersarnos por medio mundo y que las rutas comerciales, hasta ahora sin protección, se llenen con buques de guerra verraríes muy cabreados?

—Haga lo que haga —dijo Zamira—, la discreción sería…

—Imposible —Rodanov no daba su brazo a torcer—. Sólo servirá para que Stragos termine el trabajo que comenzó al aplastar a la Armada Libre. ¡Sólo servirá para acabar con nuestro modo de vida!

—O para mantenerlo —Zamira puso las manos en jarras—. Si Stragos ya ha decidido que debemos movernos, lo seguirá intentando, bailemos o no al son que toca. En mi buque tengo los medios, nuestros *únicos* medios, de poder luchar contra él. Si apartamos a Stragos, el Arcontado caerá con él. Y si el *Priori* gobierna Tal Verrar, saquearemos este mar con toda la tranquilidad que queramos hasta el día de nuestra muerte.

—Y —era Strozzi—, ¿por qué quieres seguirle la corriente al Arconte, aunque sea con… discreción?

—Ravelle y Valora no son ningunos santos —dijo Zamira—. No intentan perder

la vida en beneficio nuestro. Quieren vivir, y para eso necesitan tiempo. Si Stragos cree que están trabajando duro para conseguir lo que él quiere, les garantizará las semanas o meses necesarios para dar con la solución. Y, mientras tanto, quizá llegue a contarles el resto de sus planes.

—Quizá esas semanas y meses sean lo único que necesita para que la ciudad se ponga de su parte —dijo Rodanov.

—Debéis confiar en que me comportaré delicadamente —dijo Zamira—, pues eso es lo que, finalmente, espero de vosotros como los hermanos y hermanas capitanes que sois. A pesar de lo que digan en Tal Verrar, confiad en mi buen juicio.

—Una petición importante —dijo Colvard—, ¿no quieres que ninguno de nosotros te ayude?

—No creo que haya nada tan contraproducente para nosotros como que una mañana nos vean juntos a todos cerca de Tal Verrar, ¿no os parece? El Arconte tendría montada su guerra en diez minutos. Así que dejádmelo a mí. El riesgo sólo afectará a mi propio buque.

—No, el riesgo nos afectará a todos —dijo Rodanov—. Lo que nos pides es que pongamos en tus manos nuestro destino y el de Puerto Pródigo. Y que lo arriesguemos todo a una carta.

—¿Y qué otra cosa hemos estado haciendo en los últimos siete años? —miró uno a uno a los capitanes presentes—. Todos hemos estado *siempre* a la merced de los demás. Cualquiera de nosotros podría haber hecho una incursión más al norte y atacar al buque que hubiese podido llevar al primo de algún rey, o asesinar a un número excesivo de marineros o, simplemente, haberse vuelto demasiado codicioso para evitarlo. Siempre hemos estado en peligro. Sólo os estoy haciendo la cortesía de decíroslo de una vez y para siempre.

—¿Y si fracasas? —preguntó Rance.

—Si fracaso —dijo Zamira—, podrás sentarte en mi sitio. Pues ya estaré muerta.

—Lo que nos pides —dijo Colvard— es el juramento de que no intervendremos, ¿no es eso? Que te prometamos no desenvainar nuestras espadas mientras tú tiras por los ventanales de tu popa la regla más importante de nuestra… asociación.

—Sin otra alternativa mejor —dijo Zamira—, sí. Eso es exactamente lo que os estoy pidiendo.

—¿Y si te dijéramos que no? —Rodanov hablaba muy despacio—. Si, estando uno a cuatro, ¿te lo prohibiéramos?

—Entonces habríamos llegado a la línea que siempre tuvimos miedo de cruzar —dijo Zamira, aguantando su mirada.

—Yo no voy a prohibírselo —dijo Rance—. Voy a jurar que mantendré mis manos lejos de ti, Zamira. Si tienes que sudar en mi beneficio, pues mejor que mejor. Y, si mueres en el proceso, no te echaré de menos.

—También yo voy a hacer el mismo juramento —dijo Colvard—. Zamira tiene razón. Nuestra seguridad colectiva siempre ha recaído en aquel de nosotros que cometía las acciones más alocadas. Si existe la posibilidad de derrocar a Maxilan de su pedestal, entonces rezaré para que así sea.

—Es evidente que Zamira Drakasha vota por Zamira Drakasha —dijo la propia Zamira mientras volvía la mirada hacia Rodanov y Strozzi.

—No me gusta nada de todo esto —dijo Strozzi—, pero si todo se va a la mierda, no hay ningún buque en este mar que pueda navegar más deprisa que mi *Águila Pescadora* —sonrió y chasqueó los nudillos—. Qué diablos. Mueve tus faldas cerca del Arconte y mira si le gusta. Yo estaré muy lejos.

—Al parecer —dijo Rodanov cuando todas las miradas se posaron en él—, se me ofrece la oportunidad de mostrarme… insociable —suspiró y se rascó la barba—. No creo que nada de todo esto sea inteligente… pero si me permitís que os prometa ser discreto y jurar que no interferiré… me daré por contento. Adelante con este plan de locos.

—Gracias —dijo Zamira, sintiendo un cálido arrebato de alivio de los pies a la cabeza—. ¿No ha sido más fácil que acabar despedazándonos unos a otros?

—Todo lo tratado debe quedar entre nosotros —dijo Colvard—. Y no estoy pidiendo un juramento, sino que lo *exijo*. Stragos puede tener en Puerto Pródigo más ojos y oídos. Si lo que hemos hablado llega a alguien que no estaba presente, no sólo habremos perdido miserablemente el tiempo, sino que la misión de Zamira estará comprometida.

—Es cierto —dijo Strozzi—. Silencio. Que los dioses sean nuestros testigos.

—Que los dioses sean nuestros testigos —repitieron los demás.

—¿Os iréis enseguida? —preguntó Colvard.

—Mi tripulación necesita pasar una noche en tierra. No puedo exigirles demasiado sin ese descanso. Los enviaré por tandas, mientras vendo el resto del botín lo más deprisa que puedo. Saldré del puerto en dos o tres días.

—Tres semanas para llegar a Tal Verrar —dijo Rodanov.

—Eso es —dijo Zamira—. Si alguno de nuestros dos amigos muriera durante el viaje, todo lo que hemos hablado carecería de sentido. Quiero llegar enseguida —se acercó a Rodanov, le puso una mano en la mejilla derecha y se puso de puntillas para besarle en la izquierda—. Jaffrim, ¿te he fallado alguna vez?

—Jamás desde que se terminó la guerra —dijo él—. Mierda. Incluso eso no tuvo importancia. No me hagas hablar, estando donde estamos, Zamira. No me jodas.

—Eh —dijo Colvard—, ¿podéis prestarme un poco de atención?

—Me siento generosa, pero mejor junta las manos si quieres que te las ate —sonrió, besó a Colvard en medio de su arrugada frente y le dio un abrazo. Pero con mucho cuidado, pues resultaba muy difícil encontrar sitio para ello con todas las

espadas y dagas que llevaban entre las dos.

Siempre así, pensó Drakasha. *Siempre así de difícil en esta vida*.

3

Utgar era la única persona que se había quedado en el puerto de entrada para esperar a Zamira y a Ezri y echarles una mano. Eran las diez y media de la noche cuando ambas llegaban a uno de los costados del *Orquídea Emponzoñada*.

—Bienvenida a casa, capitana. ¿Cómo se encuentra?

—He estado todo el día discutiendo con el Revientabuques y con el consejo de capitanes —musitó Zamira—. Necesito a mis hijos y también un trago. Ezri…

—¿Sí?

—Con Ravelle y Valora a mi cabina, ahora mismo.

Ya en la cabina, Zamira se despojó de casaca, sables, cota de cristal antiguo y sombrero, tirándolo todo encima de su hamaca a medida que se lo iba quitando. Luego se sentó con un suspiro en su silla favorita y acogió a Paolo y a Cosetta en su regazo. Se abismó en el olor tan familiar de sus negras cabelleras rizadas y observó con la mayor de las satisfacciones aquellos pequeños dedos que cogía con sus manos ásperas. Cosetta, siempre tan menuda e imprevista… Paolo, que se iba haciendo más alto y diestro día a día. Por los dioses, estaban creciendo tan, tan deprisa…

Las cosas corrientes de que hablaron sirvieron para calmarla del todo; al parecer, Paolo había pasado la tarde combatiendo con unos monstruos instalados en uno de sus cofres, mientras que Cosetta había estado haciendo planes para convertirse en el rey de los Siete Compañeros. Zamira consideró durante unos instantes la necesidad de explicar la diferencia que existe entre rey y reina, pero desistió, porque el contradecir a Cos sólo le hubiera llevado a estar discutiendo con ella toda la tarde.

—¡Ser rey! ¡De los Siete Companieros! —dijo la niñita, y Zamira asintió solemnemente.

—¿Te acordarás de tu pobre familia cuando estés en tu reino, querida?

Entonces se abrió la puerta y Ezri apareció en ella, acompañada por Kosta y Valora… ¿o era De Ferra? Malditos nombres falsos.

—Cierra la puerta —dijo Zamira—. Paolo, tráele a mamá cuatro vasos. Ezri, ¿puedes encargarte de una de esas botellas de vino azul de Lashain? Están detrás de ti.

Paolo, abrumado por la responsabilidad que le había caído encima, tomó cuatro pequeños vasos que estaban en la mesa dispuesta encima de los cofres. Kosta y De Ferra se sentaron encima de unos cojines mientras Ezri daba buena cuenta del corcho encerado que tapaba la botella. Un aroma a limones recién cortados impregnó la cabina cuando Ezri llenó los vasos hasta el borde con aquel vino que poseía el color

de las profundidades marinas.

—Ay, no sé por qué brindar —dijo Zamira—. Hay ocasiones en que uno necesita un buen trago sin ningún motivo aparente, así que a tomárselo.

Y, sujetando a Cos con su brazo izquierdo, Zamira se tomó el vino de un golpe, saboreando el contraste de los sabores a especias y a cidros y sintiendo cómo unos pinchazos cálidos y fríos al mismo tiempo le bajaban por la garganta.

—Quiero —dijo Cosetta.

—Es una bebida para mamá, Cos, y a ti no te gustaría.

—¡Quiero!

—Ya te he dicho… bueno. Hasta que uno no se queme la punta de los dedos no sabrá lo que es tener miedo al fuego —sirvió una mínima expresión de vino azul en su vaso y se lo tendió muy despacio a Cos. La niña cogió el vaso con la mayor solemnidad que conocía, se echó su contenido al coleto y luego lo depositó sonoramente encima de la mesa.

—¡Sabe a PIS! —exclamó, moviendo la cabeza de un lado para otro.

—El hecho de que un niño se críe entre marineros —dijo Zamira mientras cogía el vaso antes de que se cayera de la mesa— presenta ciertos inconvenientes. Creo que yo misma soy quien más ha contribuido a ese vocabulario.

—¡PIIISSSS! —bramaba Cosetta mientras reía de contento. Zamira intentaba calmarla chistando.

—Voy a hacer un brindis —dijo Kosta, sonriendo con afectación mientras alzaba el vaso—. Por una percepción clara de las cosas. Pues sólo ahora, incluso después de todas estas semanas, he comprendido quién es la *auténtica* capitana de este buque.

De Ferra reprimió la risa mientras su vaso chocaba con el de Kosta. Pero Ezri no cogió su vaso de vino y bajó la mirada. Zamira decidió acabar cuanto antes: Ezri necesitaba urgentemente estar a solas con Jerome.

—Me gusta el brindis, Ravelle —dijo Zamira—. No sabía cómo defender su plan hasta que me encontré metida en él.

—Así que va a llevarnos…

—De vuelta a Tal Verrar. En efecto —se llenó nuevamente el vaso, aunque en aquella ocasión se limitó a tomar un sorbo—. He convencido a los del consejo para que no se asusten por las historias que les llegarán del norte después del zafarrancho que vamos a organizar.

—Gracias, capitana. Yo…

—No me lo agradezca con palabras, Ravelle —Zamira se tomó otro sorbo y dejó el vaso encima de la mesa—. Agradézcamelo cumpliendo su parte del trato. Descubra el modo de acabar con Maxilan Stragos.

—Sí.

—Permítame que les deje una cosa en claro —Zamira le dio la vuelta a Cosetta,

aún en sus brazos, para que la mirada de la niña recayera directamente sobre Kosta, que estaba al otro lado de la mesa—. Todos los de este buque van a arriesgar la vida para que ustedes dos puedan cumplir el plan. *Todos, hasta los más pequeños*.

—Comprendo… a quiénes se refiere.

—Si no podemos arreglar a su debido tiempo lo que Stragos les hizo a los dos… porque supongo que, antes o después, ya no podrán acercarse a él… les aseguro que haré todo lo que esté en mi poder para ayudarles. Pero cuando ya no quede otra alternativa, cuando el tiempo siga pasando y no puedan hacer nada más, espero que se autoinmolen… y que no volvamos a vernos jamás, ¿entendido?

—Si tenemos que llegar a eso —dijo Kosta—, le llevaré hasta el juicio de los dioses con mis manos desnudas. Y ambos compareceremos juntos.

—Dioses —dijo Cosetta—. ¡Las manos desnudas!

—¡Pis! —exclamó Kosta, apuntando a Cosetta con su vaso y estando a punto de conseguir que la niña se descoyuntara de risa.

—*Gracias,* Ravelle, por regalarle esa palabra a una niña, que, aunque ya la conociera, la estará repitiendo toda la noche.

—Lo siento, capitana. ¿Cuándo zarpamos?

—La mitad de la tripulación va a tierra esta noche y la otra mitad lo hará mañana. Los que se queden con nosotros tendrán mucho trabajo. Afortunadamente, creo que mañana nos habremos librado del botín. Así que dentro de dos días. O quizá dos y medio. Y luego ya verá lo deprisa que navega el *Orquídea*.

—Gracias, capitana.

—Pues eso era todo —dijo Zamira—. Ya es muy tarde para mis hijos, y yo voy a reclamar el privilegio de roncar todo lo fuerte que quiera en cuanto todos hayan salido de mi cabina.

Kosta fue el primero en acusar la indirecta, bebiéndose el contenido de su vaso y levantándose. Jerome le siguió, y ya estaba a punto de irse cuando Ezri le dijo con voz serena:

—Jerome, ¿puedes venir a verme a mi cabina? ¿Sólo unos minutos?

—¿Sólo unos minutos? —De Ferra apretó los dientes—. Vamos, Ezri, ¿desde cuándo eres tan pesimista?

—Desde este momento —dijo ella, borrando la sonrisa de su rostro. Triste de repente, Jerome la ayudó a levantarse.

Instantes después, la puerta de la cabina de Zamira se cerró con un sonido metálico, dejándola a solas con su familia en uno de esos interludios de tranquilidad que eran tan escasos. Cada noche, durante unos instantes, se imaginaba ella que su buque no huía de ningún peligro ni se encaminaba hacia algún destino incierto, y entonces se veía más como madre que como capitana, sólo preocupada por las necesidades corrientes que provenían de sus hijos…

—Mamá —dijo Paolo de improviso—. Quiero aprender a luchar con la espada.

Zamira no pudo contenerse; se le quedó mirando durante unos segundos y rompió a reír. ¿Necesidades corrientes? ¿Cómo podían ser corrientes las necesidades de cualquier niño nacido bajo aquellas circunstancias?

—¡Espada! —exclamó Cosetta, quizá el futuro rey de los Siete Compañeros—. ¡Espada! ¡Espada!

4

—Ezri, yo…

Vio la bofetada que le caía encima sin intentar hacer nada por evitarla. Como ella había concentrado toda la fuerza de sus músculos, que era bastante, las lágrimas ocultaron el campo visual de Jean.

—¿Por qué no me lo *contaste?*

—¿Contarte…?

Aunque ella sollozaba, su siguiente puñetazo le alcanzó con mucha fuerza en el brazo derecho.

—Uh —dijo él—. ¿Contarte qué?

—*¿Por qué no me lo contaste?*

Aquella pregunta era más bien un grito; extendió las manos para evitar los golpes. Si uno de aquellos puñetazos le alcanzaba en las costillas o en el plexo solar, tendría dolor para rato.

—Ezri, por favor, ¿contarte qué? —se arrodilló en la estrecha tarima de su compartimiento y besó las puntas de sus dedos mientras ella intentaba echar las manos hacia atrás. Al final la liberó y se quedó de rodillas delante de ella, con los brazos caídos.

—Ezri, si tienes que pegarme, hazlo, por los dioses. Si eso es lo que necesitas, no me resistiré ni un segundo. En ningún momento. Pero antes dime qué te pasa.

Ella echó los puños hacia atrás y Jean se preparó para otro directo, aunque Ezri se puso de rodillas y le echó los brazos al cuello. Sus cálidas lágrimas le quemaban las mejillas.

—¿Cómo pudiste quedarte callado sin decírmelo? —susurró.

—Ahora te diré todo lo que quieras que te diga. Pero…

—Lo del veneno, Jean.

—Oh —dijo él con un gemido mientras se apartaba para recostarse en la pared trasera de la cabina. Ella siguió su movimiento—. Oh, *mierda*.

—Maldito *bastardo* egoísta, ¿cómo pudiste…?

—Drakasha habló de lo nuestro en el consejo de capitanes —dijo Jean como hablando para sí—. Y entonces te enteraste.

—¡Por ella, y no por ti! ¿Cómo pudiste hacerme una cosa así?

—Ezri, por favor, no es…

—Eres la única cosa —hablaba muy bajito mientras le abrazaba con mucha fuerza—, la *única* cosa de todo este maldito *océano* que es mía, Jean Tannen. Este buque no lo es. Diablos, tampoco esta cabina. No tengo un cochino tesoro enterrado en ningún sitio. Ya no tengo familia ni título. Y cuando, finalmente, creo haber recibido algo a cambio de no tener nada…

—Resulta que yo tengo… una tara importante.

—Haremos lo que sea —dijo ella—. Buscar a quien sea. Físicos, alquimistas…

—Ya lo intentamos, Ezri. Consultamos con alquimistas y envenenadores. Necesitamos el antídoto que nos da Stragos o una muestra de su veneno para reproducirlo.

—Y ¿yo no me merecía que me lo contaras? ¿Y si una noche te hubieras mu…?

—¿Muerto de repente? Ezri, ¿y si el Redentor me hubiera pasado su espada por el cráneo o si la tripulación me hubiera matado el mismo día en que nos conocimos?

—No —dijo ella—, tú no te puedes morir de esa manera, sé que no te puedes morir así…

—Ezri, has visto todas las cicatrices que tengo, sabes que no…

—Esto es diferente —dijo ella—. Esto es algo contra lo que no puedes luchar.

—Ezri, estoy luchando contra esto. Y llevo haciéndolo todos los días desde que el Arconte me metió dentro esa mierda. Leocanto y yo anotamos los días que van pasando, ¿no lo comprendes? Durante las primeras semanas me despertaba todas las noches, pues estaba seguro de que lo sentía porque me hacía algo por dentro —tragó aire mientras sentía cómo sus lágrimas, las suyas propias, le caían por el rostro—. Mira, cuando estoy aquí, no existe, ¿comprendes? Cuando estoy contigo, dejo de sentirlo. Ya ni me preocupa. Este lugar es… un mundo diferente. ¿Cómo iba a explicártelo? ¿Cómo podría estropear estos momentos?

—Me gustaría matarlo —susurró—. A Stragos. Dioses, si estuviera aquí mismo le cortaría su cochina garganta…

—Y yo te echaría una mano, te lo aseguro…

Ella le soltó los brazos del cuello y ambos se quedaron sentados en el suelo, mirándose mutuamente en la penumbra.

—Te quiero, Jean —susurró finalmente.

—Te quiero, Ezri —y al decir eso fue como si de repente la presión que oprimía su corazón desapareciera; fue como si saliera a la superficie para respirar después de haber pasado una eternidad debajo del agua—. No te pareces a nadie de las personas que he conocido.

—No puedo permitir que mueras —dijo ella.

—No puedes hacer nada.

—Puedo hacer lo que me dé la gana —dijo—. Puedo llevarte hasta Tal Verrar. Puedo conseguirte el tiempo que necesitas para acabar con Stragos. Puedo ayudarte a que le des una patada en el culo.

—Ezri —dijo Jean—, Drakasha tiene razón. Si no puedo conseguir que me dé lo que necesito… lo más importante será acabar con él…

—No digas eso.

—Lo haré —dijo él—. Es lo único que tiene sentido. Por los dioses, aunque no quiera hacerlo, me sacrificaré para acabar con él.

—Maldito seas —susurró ella, y antes de que Jean pudiera reaccionar se puso en pie de un salto, le agarró de la camisa y le lanzó contra el mamparo de estribor—. ¡No lo harás! No lo harás si conseguimos derrotarle, Jean Tannen. No lo harás si *vencemos*.

—Pero si no me queda otra opción…

—Pues busca otra opción, hijo de puta —le dejó inmóvil con un beso que era pura alquimia, y las manos de él se abrieron camino bajo la camisa de ella, bajo sus calzas, mientras desabrochaba el cinturón que sostenía sus armas y gozaba al descubrir las áreas que aquél siempre había mantenido veladas.

Ella le quitó el cinturón de las manos y lo arrojó contra una de las paredes de tela almidonada, donde se estrelló con ruido de herrería para luego caer al suelo.

—Y si no encuentras otro camino, invéntatelo, Jean Tannen. Los perdedores no pueden follar en esta cabina.

La levantó, poniendo los brazos para que se sentara en ellos y la giró para que apoyara la espalda en el mamparo mientras se quedaba con los pies colgando. Le besó los pechos a través de la camisa e hizo una mueca al ver su reacción. Se detuvo para sepultar su cabeza en el pecho de ella, mientras sentía en su mejilla izquierda los rápidos latidos de su corazón.

—Debiera habértelo dicho —confesó—. De algún modo.

—Sí, de algún modo. «¡El hombre! La conversación le convierte en ratón» —dijo ella.

—Oh, ¿no te basta con el castigo que me das, que llamas en tu ayuda a *Lucarno*…?

—Jean —le interrumpió ella, apretando con más fuerza su cabeza contra él—. Quédate conmigo.

—¿Qué?

—Esta vida es buena —susurró—. Y vales para ella. *Los dos* valemos para ella. Después de que tratemos con Stragos… quédate conmigo.

—Me gusta estar aquí —dijo Jean—. En ocasiones pienso que podría quedarme para siempre. Pero hay… otros sitios que me gustaría enseñarte. Otras cosas que podríamos hacer.

—No estoy segura de que pudiera acostumbrarme a vivir en tierra…

—La tierra tiene los mismos piratas que el mar —susurró él entre besos—. Yo soy uno de ellos. Tú podrías…

—Pospongámoslo. No tenemos por qué decidirlo ahora. Sólo… piensa en lo que te he dicho. No te he traído hasta aquí para entablar negociaciones.

—Y entonces, ¿para qué me has traído?

—Para hacer ruido —susurró Ezri mientras comenzaba a quitarse la camisa—. Mucho, muchísimo ruido.

5

Justo antes del cambio de guardia, que tenía lugar a medianoche, Gwillem emergió de sus nuevos aposentos y entró en el estrecho pasillo que formaban las cuatro cabinas más pequeñas del buque. Con el ceño fruncido, vestido sólo con los calzones y una chaqueta echada por encima a toda prisa, se acercó a la puerta de su antiguo compartimiento. Unos trozos de tela de franela asomaban por sus oídos.

Aporreó a la puerta varias veces. Cuando no obtuvo ninguna respuesta, volvió a golpear en la puerta y exclamó con voz potente:

—¡Treganne, mala pécora! ¡Me las pagarás!

6

—Entonces, ¿ya han terminado prácticamente con los preparativos?

Los dos hombres se habían citado en las ruinas de una mansión de piedra que no tenía techo y que se encontraba al sur de la ciudad propiamente dicha, tan cerca de la linde de la singular jungla que ni los borrachos ni los adictos a la Mirada Fija se acercaban a aquellas ruinas para guarecerse. Era casi medianoche y caía una fuerte lluvia tan cálida como la saliva.

—Esta misma tarde hemos acabado de vender todas las baratijas. Hemos cargado agua y cerveza a lo bruto. Comida más que suficiente. Después de haber arreglado los últimos flecos, seguro que mañana nos iremos.

Jaffrim Rodanov asintió y miró por centésima vez la casa en ruinas y sus sombras. Suponía que nadie que estuviera lo suficientemente cerca para escuchar a través del ruido de la lluvia lo que decían sería capaz de acercarse a echar un vistazo.

—Drakasha dijo cosas muy… preocupantes cuando convocó el consejo. ¿Qué te ha contado respecto a lo que hará cuando esté mar adentro?

—Nada —dijo el otro hombre—. Es muy peculiar. Por lo general nos concede una semana para que se nos casque el cerebro y se nos seque la bolsa. Es como si tuviera un tizón debajo del trasero, siempre es un misterio para los demás.

—Por supuesto —dijo Rodanov—. No os contará nada hasta que no hayáis zarpado. Pero ¿no ha contado nada sobre el Arconte? ¿Nada sobre Tal Verrar?

—No. Entonces, ¿tú crees…?

—No creo, sé. Sé exactamente lo que se dispone a hacer. Sólo que no estoy convencido del todo de que sea lo más acertado —Rodanov suspiró—. Puede acabar consiguiendo que a todos los de las Islas del Viento Fantasma nos caiga la mierda encima.

—Entonces, tú ahora…

—Sí —Rodanov le pasó una bolsa, que antes agitó para que tintinearan las monedas que contenía—. Ya lo hemos hablado. Mantén los ojos bien abiertos. Anota todo lo que veas. Cuando vuelvas quiero que me lo cuentes todo.

—¿Y el otro asunto?

—Aquí está —dijo Rodanov, levantando un saquito de tela encerada que debía de contener algo pesado en su interior—. *Asegúrate* de que lo escondes en un lugar seguro…

—En mi cofre. Privilegio del rango. Tiene un fondo secreto.

—No está mal —Rodanov le pasó el saquito.

—Y si tengo que… usar esa cosa…

—También lo hemos hablado. Tres veces lo que te he pagado, y te esperaré cuando todo haya terminado.

—Quiero algo más —dijo aquel hombre—. Un puesto en el *Soberano*.

—Por supuesto —Rodanov extendió la mano y el otro hizo lo propio con la suya. Ambos cerraron el pacto a la típica manera de Vadran, estrechándose el uno al otro la mano y el antebrazo—. Sabes que siempre me sirvo de los hombres buenos.

—Como éste del que ahora te estás sirviendo, ¿no? Sólo quería asegurarme de tener un sitio adonde ir cuando todo esto se haya acabado. De una u otra manera.

La mueca de Utgar fue como un cuarto creciente de tenue color blanco que se recortara sobre las sombras.

7

Con rumbo norte por el este, en el Mar de Bronce y con el húmedo viento del sur sobre la amura de estribor, el *Orquídea Emponzoñada* se precipitaba por encima de las olas como una yegua de carreras que corriera a rienda suelta. Era el tercer día de Aurim.

Después de una jornada malgastada en atravesar afanosamente el paso serpenteante y lleno de rocas que venía a ser la Puerta del Comerciante, habían invertido otras dos más en rodear arrecifes e islas, hasta que la última cúpula de jungla y el postrero humo volcánico de las Islas del Viento Fantasma se sumieron en

el horizonte.

—Nuestro juego acaba de comenzar —dijo Drakasha, dirigiéndose al grupo de personas que había convocado en el alcázar: Delmastro, Treganne, Gwillem, Utgar, Nasreen, Oscarl, los carpinteros, los que confeccionaban las velas y cualquier otro miembro de la tripulación con algo de responsabilidad en el buque. Mumchance escuchaba desde la rueda y Locke desde las escaleras del alcázar, junto con Jean y media docena de marineros que acababan de cumplir su turno de guardia. Aunque a estos últimos no se les hubiera invitado formalmente a escuchar las palabras de la capitana, tampoco se les había impedido su asistencia. No tenía ningún sentido, máxime cuando las noticias se extienden por cualquier buque más deprisa que el fuego.

—Nos dirigimos a Tal Verrar —prosiguió Drakasha—. Para ayudar a nuestros nuevos amigos Ravelle y Valora en cierto asunto retorcido que les requiere en ella.

—Gratificación —dijo Mumchance.

—Tiene razón —apuntó Gwillem—. Le ruego que me disculpe, capitana, pero si vamos a ser avistados desde Tal Verrar…

—Es cierto. Si el *Orquídea Emponzoñada* ancla en ella, el peligro será grande, pues ofrecen mucho dinero por mi cabeza. Pero con unos cuantos arreglos por aquí y por allá, unos cuantos cambios en la disposición de las velas, quitando los faroles de popa y cambiándolos por otros que no resalten tanto, y poniendo un nombre falso en la popa, mi precioso buque…

—¿Qué nombre le pondrá, capitana? —preguntó el carpintero.

—Siento debilidad por el de *Quimera*.

—Un tanto descarado —dijo Treganne—. Pero, Drakasha, ¿qué sacamos los demás con ese «asunto retorcido» que dices?

—Eso lo sabréis cuando todo haya acabado —dijo Drakasha—. Pero puedo aseguraros que será una buena tajada. Y no olvidéis que todo esto se hace con la bendición del consejo de capitanes.

—¿Por qué no nos echan una mano, entonces?

—Porque de todos esos capitanes sólo hay uno que puede echar toda la carne en el asador, esta capitana que os habla —Drakasha hizo una reverencia muy exagerada —. Y ahora, a trabajar o a descansar, según lo que cada uno tenga o no que hacer. Corred la voz.

Locke se fue a descansar poco después, echado a solas con sus pensamientos en la barandilla de babor, mientras Jean se ponía a su lado. El mar y el cielo se teñían con tonos de bronce alrededor del lugar en que el sol iba a ponerse, mientras el cálido aire del océano comenzó a refrescar cuando la cálida atmósfera de las Islas del Viento Fantasma comenzó a quedarse muy atrás.

—¿No tienes una sensación extraña? —preguntó Jean.

—¿A qué te refieres…? Ah, claro, el veneno. No podría decir si me siento mejor o peor que hace unos instantes. No te preocupes, ya te avisaré si comienzo a vomitar tritones o lo que sea. Suponiendo que puedas escuchar a alguien llamando a la puerta de cierta cabina…

—O, dioses, tú también. Ezri estuvo a punto de arrojar a Gwillem por la barandilla…

—Bueno, seamos sinceros, la gente suele enterarse de esa súbita barahúnda que suele acompañar al abordaje de un buque…

—Y *tú* estás a punto de sufrir un accidente también súbito…

—… cuando quienes lo realizan son Redentores jeremitas montados en caballos de guerra. ¿De dónde sacas tanta energía?

—Ella consigue que todo sea fácil —dijo Jean.

—Ah.

—Me pidió que me quedara con ella —dijo Jean, mirándose las manos.

—¿En el buque? ¿Después de que se terminara todo esto? ¿Si quedaba algo de nosotros?

—Estoy seguro de que también te desea lo mejor —dijo Jean, asintiendo.

—Oh, pues claro que sí —dijo Locke sin ocultar del todo el sarcasmo que le producían aquellas palabras—. Y tú, ¿qué le dijiste?

—Le dije… que podía venirse con nosotros.

—La amas —dijo Locke, casi para sus adentros—. Seguro que no has estado llevando la cuenta de estos días. Creo que te has caído por el precipicio, ¿no es así?

—Así es —susurró Jean.

—Es buena —dijo Locke—. Tiene inteligencia y coraje. Disfruta quitándole las cosas a la gente a punta de espada, lo cual merece todos mis respetos. Y al menos puedes confiar en ella para que te cubra las espaldas en una pelea…

—Yo *siempre* había confiado en ti…

—Claro, porque siempre estaba a tu espalda en una pelea. Pero en ella puedes confiar sin género de dudas. Fuisteis vosotros dos quienes realmente capturasteis el *Rey Pescador*, no yo. Y yo mismo vi todos los golpes que recibió… la mayoría de la gente se hubiera pasado varios días echada en la hamaca después de aquello. Es demasiado cabezona para detenerse. Realmente has conseguido una buena compañera.

—Eso es como si tuviera que escoger entre ella y tú…

—Claro que no. Pero las cosas cambian…

—Sí que cambian. Pero también *mejoran*. Y eso no quiere decir que todo vaya a terminarse.

—¿Quieres que venga con nosotros? ¿Tres contra el mundo? ¿Que todo comience de nuevo? ¿Rehacer la banda? ¿No hemos tenido ya antes esta conversación?

—Sí, y…

—Y casi siempre me comporté como un capullo borracho. Lo sé —Locke puso su mano izquierda en el hombro derecho de Jean—. Tienes razón. Las cosas pueden cambiar. Y mejorar. Ya hemos visto qué les ha sucedido a otras personas, quizá tengamos la suerte de que alguna vez nos suceda a nosotros. En cuanto hayamos terminado el juego de la Aguja del Pecado seremos endiabladamente ricos y ya no podremos alternar con la alta sociedad de Tal Verrar. Ella podría venirse con nosotros… o tú quedarte con ella…

—Aún no lo sé —dijo Jean—. Ninguno de los dos lo sabe. Ambos hemos decidido ignorar durante el viaje la respuesta a esa pregunta.

—Excelente idea.

—Pero yo quiero…

—Escucha. Cuando llegue el momento tomarás la decisión que necesites y no pensarás en mí, ¿me comprendes? *Eso* te pondrá a prueba. Quizá hagas lo que te resulte más conveniente —Locke hizo una mueca para que Jean supiera que no había ninguna necesidad de zurrarle hasta que se le salieran los sesos por los oídos—. Pero sé positivamente que ella no lo hará. *Nunca lo hará* —y, mientras hablaba, apretaba la mano de Jean—. Me siento muy contento de ti. Has conseguido algo con lo que olvidar lo que Stragos nos hizo. No lo pierdas.

Y como todo había sido dicho, siguieron escuchando los gritos de las gaviotas que volaban en círculo a su alrededor y observando cómo el sol se hundía en el horizonte, derramando su fuego en el mar como si fuera sangre. Entonces, en aquel preciso momento un fuerte ruido de pasos sonó en las escaleras del alcázar, justo detrás de ellos.

—Vaya —dijo Drakasha, apareciendo súbitamente y abrazándolos a ambos—, justo la parejita con la que quería hablar. Les he rebajado de la guardia de tarde junto con los demás del turno rojo.

—Um… es muy generosa —dijo Locke.

—En absoluto. A partir de ahora, dependerán del carpintero por la tarde. Puesto que nos deslizamos sigilosamente hacia Tal Verrar en beneficio de ustedes dos, la mayoría de los retoques del *Orquídea* serán responsabilidad suya. Pintar, tallar, falsear… los dos van a estar muy ocupados.

—Diantre —dijo Locke—, me parece una manera absolutamente *magnífica* de pasar el tiempo.

Pero no tenía nada de magnífica.

8

—¡Tierra! —exclamó el vigía a primeras horas de la noche—. ¡Tierra y fuego a un

punto por estribor de la proa!

—¿Fuego? —Locke apartó la vista de la mano de cartas que le había tocado en suerte mientras jugaba en el castillo interior—. ¡Mierda! —las dejó caer al suelo, perdiendo los siete solari que había empeñado en la jugada. Casi un año de la paga de un honrado trabajador de Tal Verrar; la apuesta corriente en los juegos que habían comenzado después del reparto del botín. En cuanto zarparon a toda prisa de Puerto Pródigo el dinero corrió a raudales por el buque.

Al salir del castillo inferior por poco no se tropieza con Delmastro.

—Teniente, ¿es Tal Verrar?

—Debe serlo.

—¿Y el fuego? ¿No se habrá confundido? El fuego sólo puede significar que ha sucedido algún desastre en la ciudad, incluso que ha estallado la guerra civil. El caos. Quizá Stragos esté muerto o bajo asedio; quizá haya vencido. Nada de todo eso nos beneficia a Jean y a mí.

—Estamos a veintiuno, Ravelle.

—Ya sé en qué día estamos; sólo que… oh, joder… oh. ¡Oh!

El veintiuno de Aurim: la *Festa Iono*, la gran celebración del Señor de las Aguas Codiciosas. Locke suspiró aliviado. Alejado del ritmo de la ciudad como estaba, se había olvidado de la fiesta. En la *Festa Iono* los verraríes celebran el modo en que Iono contribuye a las riquezas de la ciudad quemando ceremonialmente varios buques viejos, mientras miles de borrachos se agolpan en los muelles. Locke sólo había contemplado aquel ritual una vez, desde los balcones de la Aguja del Pecado, pero entonces era un tiempo de alegría. Diablos, aquello les permitiría entrar en la ciudad con mayor facilidad, porque la Guardia ciudadana estaría entretenida con mil cosas.

—¡Todas las manos! —la voz llegaba desde la popa—. ¡Todas las manos al combés! ¡La capitana quiere hablaros!

Locke hizo una mueca. Si la llamada a «todas las manos» sucedía mientras jugaban a las cartas, el juego debía detenerse, y devolverse el dinero del pozo a quienes habían contribuido en él. Sus siete solari no tardarían en volver a estar en su bolsillo.

Los tripulantes del *Orquídea* se reunieron en el combés, y tanto era el ruido que hacían que Drakasha tuvo que agitar una mano para que se callaran. La capitana puso un barril vacío al lado del palo mayor y la teniente Delmastro se subió de un salto encima de él, vestida con una excelente levita procedente del almacén en el que se guardaban las ropas elegantes.

—¡Durante lo que queda de noche somos el *Quimera*! —exclamó—. ¡Y jamás hemos oído hablar del *Orquídea Emponzoñada*! ¡Yo soy su capitana! ¡Estaré paseándome por el alcázar por si alguien necesita lo que sea, y Drakasha permanecerá dentro de su cabina a menos que todo se vaya al diablo!

»Si otro buque nos saluda, yo seré la única persona que le devolverá el saludo. Los demás tenéis que dar a entender que no sabéis hablar en therinés. Nuestro trabajo consiste en desembarcar a nuestros dos amigos para que hagan un trabajo que será muy importante para todos. Ravelle, Valora… los enviaremos en el mismo bote que donaron para nuestra causa hace tantas semanas —Ezri hizo una pausa para que cesaran los comentarios—. Vamos a echar el ancla en las próximas dos horas. Si no han vuelto al amanecer, el buque partirá… y jamás volverá a estar a menos de quinientas millas de esta ciudad.

—Lo sabemos —dijo Locke.

—Una vez que hayamos anclado —prosiguió Delmastro—, quiero guardias dobles en la arboladura. Redes antiabordaje por babor y estribor que se puedan izar enseguida. Alabardas en ambos costados, apoyadas contra las barandillas, y sables en ambos mástiles. Si un bote de aduaneros o de quienes lleven uniforme decide hacernos una visita, los invitaremos a subir a bordo y los detendremos durante toda la noche. Y si alguien más quiere molestarnos, rechazaremos a quienes quieran abordarnos, largaremos velas y zarparemos a toda prisa.

Un murmullo generalizado indicó que aquella idea les parecía buena.

—Pues eso es todo. Mumchance, llévanos a Tal Verrar, a una milla de las Galerías Esmeralda. Y que la enseña gris de Ashmere ondee en la popa.

Aunque Ashmere no poseía marina mercante ni de guerra, realizaba un espléndido negocio al permitir que contrabandistas, corsarios en busca de botín y mercantes que eludían los impuestos matricularan sus buques en ella. Nadie los miraba dos veces al ver aquella enseña y, lo que es más importante, nadie se les acercaba por el simple hecho de charlar un poco con aquellos conciudadanos suyos que se hallaban tan lejos de su tierra. Locke asintió. Además, el hecho de anclar en las aguas que se encontraban al sudeste de la ciudad los dejaba cerca de la *Castellana*, de suerte que podrían caer sobre Stragos sin tener que acercarse demasiado a las dársenas atestadas de gente o al puerto principal.

—Eh, vosotros dos —dijo Utgar, dando una palmada en el hombro a Locke y a Jean—, ¿dónde diablos os vais a meter? ¿Necesitáis un guardaespaldas?

—Ravelle es el único guardaespaldas que necesito —dijo Jean con una sonrisa.

—No está mal, en eso estoy de acuerdo. Pero ¿en qué vais a meter la nariz? ¿En algo peligroso?

—No lo creo —dijo Locke—. Mira, Drakasha os contará todo el asunto quizá antes de lo que piensas. Por esta noche, digamos que somos simples turistas.

—Vamos a ver a la abuela y a decirle «Hola» —dijo Jean—. A pagar algunas deudas de juego. A coger tres hogazas de pan y unas cuantas arrobas de cebollas en el Mercado Nocturno.

—Vale, vale. Guardad vuestros secretos. Los demás nos quedaremos aquí aunque

nos aburramos, ¿de acuerdo?

—No del todo —dijo Locke—. Este buque está lleno de sorpresas, ¿no te parece?

—Muy cierto —dijo Utgar con una sonrisa—. Muy cierto. Tened cuidado. Que los dioses pongan sus ojos en vosotros y todo eso.

—Gracias —Locke se rascó la barba y luego chasqueó los dedos—. Diablos. Me he olvidado de algo. Jerome, Utgar, ahora os veo.

Y salió corriendo hacia la popa, esquivando a las cuadrillas de trabajo de la guardia azul y a los aburridos tripulantes de la guardia roja que ayudaban a sacar las armas de los armeros. Subió las escaleras del alcázar con dos ágiles saltos, bajó por las barandillas y llamó sonoramente a la puerta de la cabina de Drakasha.

—Está abierto —dijo ella en voz alta.

—Capitana —dijo Locke después de cerrar la puerta tras de sí—. Necesito que me preste el dinero que tiene en mi cofre.

Drakasha estaba repantigada en su hamaca con Paolo y Cosetta, leyéndoles algo de un mamotreto que se parecía terriblemente al *Lexicón Práctico del Marinero Avisado*.

—Técnicamente, ese dinero se dividió en partes —dijo ella—, pero puedo darle su equivalente de la caja del buque. ¿Lo quiere todo?

—Doscientos cincuenta solari bastarán. Oh, por cierto, no lo traeré de vuelta.

—Fascinante —dijo Drakasha—. Esa definición suya de «prestado» no hace, precisamente, que me entren ganas de levantarme de esta hamaca. Su manera de…

—Capitana, Stragos sólo es uno de los asuntos que me conciernen esta noche. Necesito que Requin ronronee tanto como él. Tiene el poder suficiente para acabar con los planes de Stragos en caso de que yo no lo consiga. Además… ahora que lo pienso, aunque pierda el dinero para engañarle, podré quitarle algo que será mucho más importante.

—Así que necesita un soborno.

—Entre amigos solemos llamarlo «ciertas consideraciones». Vamos, Drakasha, piense que se trata de una inversión para obtener el beneficio que todos estamos buscando.

—Lo acepto por el bien de mi paz y mi tranquilidad. Tendré el dinero para usted antes de que abandone el buque.

—Es demasiado…

—Ni remotamente soy demasiado amable. Váyase.

9

Las siete semanas que habían estado fuera les parecían toda una vida.

De pie en la barandilla de babor, Locke sintió que la ansiedad y la melancolía se

mezclaban en él como si fueran licores sólo con echar una simple mirada a las islas y torres de Tal Verrar. Sobre la ciudad veía unas nubes bajas y oscuras que reflejaban la luz anaranjada de los incendios del festival que acontecía en el puerto principal.

—¿Preparado? —preguntó Jean.

—Preparado y sudando muchísimo —contestó Locke.

Se habían vestido con las ropas elegantes del almacén, completando sus atavíos con unas gorras y capas de lino. Aunque la capa daba demasiado calor, no era raro verla por las calles de muchos arrabales, porque significaba que quien la usaba podía llevar debajo alguna arma escondida. Además, las gorras servirían para impedir que cualquiera pudiese reconocerlos.

—Soltad —exclamó Oscarl, que mandaba la cuadrilla encargada de botar su embarcación. Con un chasquido de cuerdas y poleas el pequeño esquife osciló en la oscuridad y cayó al agua. Utgar se deslizó por la red de embarque para desatar las cuerdas y preparar los remos. Cuando Locke dio un paso hacia el puerto de embarque para bajar, Delmastro le cogió del brazo.

—Pase lo que pase —susurró—, tráelo de vuelta.

—No fallaré —dijo Locke—, y él tampoco.

—Zamira me ha dicho que te entregue esto —Delmastro le pasó una pesada bolsa de cuero que estaba llena a reventar de monedas. Locke asintió para expresarle su gratitud y la deslizó en uno de los bolsillos interiores de su capa.

Mientras Locke bajaba gateando hasta el bote se cruzó con Utgar, que le saludó cordialmente y luego subió hacia cubierta. Locke tocó el bote con los pies, pero siguió agarrado a la red de embarque hasta que pudo enderezarse. Cuando miró hacia arriba, vio que Jean y Ezri se despedían con un beso bajo la luz de los faroles del buque. Ella le susurró algo y ambos se separaron.

—Esto es infinitamente mejor que la última vez que tú y yo compartimos este bote —dijo Jean mientras ambos se sentaban en los bancos y metían los remos en sus alojamientos.

—Le dijiste cuál era tu auténtico nombre, ¿verdad?

—¿Cómo? —Jean abrió unos ojos como platos y después frunció el ceño—. ¿Es una suposición?

—Aunque no sepa leer los labios, la última palabra que te dijo tenía una sílaba, y no dos.

—Oh —dijo Jean—, eres un pequeño bastardo muy astuto.

—Estoy de acuerdo en los tres piropos.

—Pues sí, se lo dije, y no me arrepiento…

—Por los dioses, Jean, no estoy enfadado, sino haciéndome el tipo listo —y comenzaron a remar al mismo tiempo con fuerza, llevando el bote por aquella agua oscura y picada hacia el canal que separaba el distrito Galezzo de las Galerías

Esmeralda.

Pasaron varios minutos sin mayor conversación; los remos crujían, el agua salpicaba y el *Orquídea Emponzoñada* se iba alejando por la popa, la blancura de sus velas plegadas desvaneciéndose en la oscuridad hasta que lo único que quedó de él fue la constelación que formaban sus luces de posición.

—El alquimista —dijo Locke de sopetón.

—¿Uh?

—El alquimista de Stragos. Es la clave de todo este embrollo.

—Si por «clave» quieres decir «causa»…

—No, escucha. ¿Supones que Stragos va a permitirnos, ni siquiera por un descuido, que nos llevemos los viales que contienen el antídoto? ¿Crees que una dosis se le va a caer del bolsillo?

—La respuesta es fácil —dijo Jean—. Rotundamente, no.

—Correcto. Así pues, no tiene ningún sentido que intentemos hacerle ninguna jugarreta… tenemos que contactar con ese alquimista.

—Pertenece al séquito privado del Arconte —dijo Jean—, quizá sea la persona más importante que se encuentra al servicio de Stragos, pues, por lo que se ve, éste tiene la costumbre de envenenar a la gente con frecuencia. Dudo que tenga una bonita casa convenientemente apartada para que vayamos a hacerle una visita. Seguro que vive en la Mon Magisteria.

—Pero supongo que podremos hacer algo —dijo Locke—. Ese individuo debe de tener un precio. Piensa en todo lo que hemos conseguido en la Aguja del Pecado o en lo que podemos conseguir con la ayuda de Drakasha.

—Creo que es la mejor idea —dijo Jean—, aunque no sea gran cosa.

—Ojo avizor, oreja tiesa y esperanza en el Guardián Avieso —musitó Locke.

Por aquella parte de la ciudad, el puerto interior de Tal Verrar estaba a rebosar de botes de placer, barcazas y góndolas alquiladas. La gente adinerada (y la que no lo era tanto y a la que no le importaba si se despertaba al día siguiente con una centira en el bolsillo o sin ninguna) se encontraba en medio de la gran migración que acababa de comenzar en los crecientes de las distintas profesiones y que debía finalizarse en los bares y cafeterías de las Galerías Esmeralda. Locke y Jean se vieron arrastrados por aquella corriente y tuvieron que remar para no terminar donde no querían, girando para evitar barcos más grandes e intercambiando insultos soeces con algunos de los ocupantes de aquéllos, que por lo general vociferaban, tiraban las botellas que acababan de tomarse y los miraban con sorna.

Habiendo devuelto más abusos que los que habían recibido, finalmente se deslizaron entre el Creciente de los Artífices y el Creciente de los Alquimistas, admirando las bolas de fuego de vívidos tonos azules y verdes que los alquimistas habían comenzado a lanzar a quince metros de altura desde sus muelles privados,

presumiblemente para realzar la *Festa* (aunque podía ser por cualquier otra razón). Y como el viento soplaba en la dirección de Locke y de Jean, ambos tuvieron que remar deprisa para evitar la lluvia de chispas que olían a azufre y los trozos de papel quemado que los perseguían.

Buscaban algo fácil de encontrar, el extremo noroeste de la *Castellana*, donde se encontraba la entrada a las cavernas de cristal antiguo por las que habían salido con Merrain la primera noche en que ésta les secuestrara por orden del Arconte.

Las medidas de seguridad se habían incrementado en el fondeadero privado del Arconte. Cuando Locke y Jean giraron en el recodo final que conducía a la oquedad del cilindro de cristal antiguo, una docena de Ojos aprestaron sus ballestas y se arrodillaron, poniéndose detrás de unos escudos curvos de hierro, y de un metro sesenta de altura, que apoyaban en el suelo para protegerse mejor. A su espalda, una escuadra de soldados del ejército regular de Tal Verrar manejaba una *balista*, un pequeño adminículo utilizado para el asedio que podía destrozar el bote con su dardo de cinco kilos. Uno de los oficiales de los Ojos tiró de una cadena que salía de una abertura practicada en la piedra, presumiblemente para dar la alarma más arriba.

—¡Está prohibido desembarcar en este sitio! —exclamó el oficial.

—Le ruego que me escuche con mucha atención —dijo Locke. El fuerte rugido de la catarata que caía al otro lado de las paredes resonaba de continuo en la caverna, así que no cabía ningún margen para el error—. Traemos un mensaje para la dama de honor.

Su bote rebotó contra el extremo del embarcadero. Locke pensó que resultaba un tanto desconcertante que tantas ballestas, la grande y las pequeñas, fueran empleadas con el simple propósito de intimidarlos. Pero el oficial de los Ojos se acercó hasta ellos y se arrodilló en el bote. Su voz resonó con sonido metálico a través de los agujeros de su máscara sin rasgos cuando preguntó:

—¿Cumplen alguna misión al servicio de la dama de honor?

—Somos —dijo Locke—… mejor dígale esto palabra por palabra: «Se encendieron dos chispas que ahora regresan convertidas en dos fuegos brillantes».

—Se lo diré —dijo el oficial—. Mientras tanto…

Después de bajar sus ballestas con sumo cuidado, media docena de Ojos salió de detrás de sus escudos para sacar a Locke y a Jean del bote. Fueron inmovilizados y cacheados; les confiscaron los puñales que llevaban metidos en las botas y la bolsa de oro que tenía Locke. Un Ojo la examinó y se la pasó al oficial.

—Solari, señor. ¿La confiscamos?

—No —dijo el oficial—. Llévenlos a la habitación de la dama de honor y devuélvansela. Si el dinero pudiera matar al Protector, el *Priori* ya habría acabado con él, ¿no cree?

10

—¿Que al *Mensajero Rojo* le ha sucedido *qué?*

Maxilan Stragos estaba colorado por el vino, el agotamiento y la sorpresa. El Arconte se vestía con mayor boato que nunca, con una capa de seda verde marino de rayas verticales, alternadas con bandas doradas, que cubría una casaca y unas calzas de color amarillo oro. En sus diez dedos llevaba sortijas con rubíes y zafiros, análogamente dispuestas de manera alternante para recordar los colores de Tal Verrar. Se encontraba de pie ante Locke y Jean en una habitación de la primera planta de la Mon Magisteria cubierta con tapices y vigilada por una pareja de Ojos. Aunque a Locke y a Jean no les hubieran ofrecido ninguna silla, tampoco les habían atado las manos. O llevado a la cámara del sofoco.

—Bueno, lo empleamos para entablar un contacto fructífero con los piratas.

—Mejor sería decir que para *entregárselo* a ellos.

—Sí, en una palabra.

—Y ¿Caldris está muerto?

—Desde hace bastante tiempo.

—Dígame, Lamora, ¿cuál suponía que sería mi reacción al enterarme de estas noticias que me cuenta?

—Bueno, un buen infarto no hubiera estado mal, pero creo que puede esperar mientras le cuento un poquito más.

—Sí —dijo el Arconte—. Adelante.

—Cuando el *Mensajero* fue capturado por los piratas, todos los de a bordo fuimos hechos prisioneros —Locke acababa de decidir sobre la marcha que los detalles de los insultos, de la guardia de fregonas y otros similares bien podían quedar al margen de aquella narración.

—¿Por quién?

—Por Drakasha.

—Así que Zamira sigue viva. ¿Aún tiene el viejo *Orquídea Emponzoñada?*

—Sí —dijo Locke—. Se conserva muy bien y, hum, ahora está anclado a dos millas… —y señaló con el dedo lo que suponía que era el sur—… por ahí.

—¿Y cómo es que se arriesga tanto?

—Practica una técnica de ocultamiento denominada «disfraz», Stragos.

—¿Ahora… forman parte de su tripulación?

—Sí. A quienes estábamos en el *Mensajero* se nos ofreció la posibilidad de poner a prueba nuestras intenciones en el siguiente buque que fueran a abordar. Por cierto, no volverá a ver el *Mensajero*, pues se lo acaba de vender a una especie de, hum, barón de los buques accidentados. Pero al menos ahora podemos darle lo que quería.

—No me diga —en un instante la expresión de Stragos acababa de pasar del aburrimiento a la más feroz de las avaricias—. No sabe lo… refrescante será para

mí escuchar un informe de su boca en lugar de sus quejas y sus vulgaridades.

—Las quejas y las vulgaridades son mi especialidad. Pero escuche lo que voy a decirle… Drakasha ha consentido en fomentar la agitación que usted estaba buscando. Si esta noche nos da el antídoto, a finales de la próxima semana recibirá informes de incursiones efectuadas en todos los puntos de la rosa de los vientos. Será como dejar caer un tiburón en una piscina pública.

—¿A qué se refiere, exactamente, con eso de que «Drakasha ha consentido»?

Improvisar un móvil que achacar a Zamira era muy sencillo; Locke era capaz de inventárselo incluso dormido, así que dijo:

—Le conté la verdad. Lo demás resultó muy fácil. Es evidente que cuando hayamos terminado el trabajo, usted sólo tendrá que enviar su flota hacia el sur para zurrar a cualquier pirata de las Islas del Viento Fantasma que se cruce en su camino. *Excepto* al que va a comenzar todo este jaleo, que, de manera muy conveniente, se irá a cazar muy lejos durante los próximos meses. Y una vez que usted haya cosechado ese título guerrero que anda buscando, ella regresará a casa para encontrarse con que sus rivales de antes están en el fondo del océano. Qué pena.

—Comprendo —dijo Stragos—. Pero me hubiera gustado que no la hubiese puesto al tanto de mis actuales intenciones…

—Si en las Islas del Viento Fantasma queda algún superviviente —dijo Locke—, no creo que ella quiera hablarle del papel que desempeñó en la acción, ¿no le parece? Y si no queda ningún superviviente… no podrá contarle nada a nadie.

—Muy cierto —musitó Stragos.

—Sin embargo —era el turno de Jean—, si los dos no regresamos enseguida, el *Orquídea* saldrá a mar abierto y entonces habrá perdido la oportunidad de que ella trabaje para usted.

—Y entonces habré perdido el *Mensajero*, malogrado mi reputación y aguantado la compañía de ustedes dos para nada. Sí, Tannen, le aseguro que también conozco todas las perspectivas de lo que, sin duda, para usted debe ser un argumento terriblemente inteligente.

—Entonces, ¿nos dará el antídoto?

—Aún no se han ganado la cura final, sino una dilación de sus consecuencias.

Stragos hizo una seña a uno de los Ojos, que asintió y salió de la habitación. Poco después volvía, dejando la puerta abierta para que pasaran por ella dos personas. La primera era el alquimista de cabecera de Stragos, que llevaba una bandeja de plata cubierta con su característica tapadera en forma de cúpula. La segunda era Merrain.

—Nuestros dos brillantes fuegos han regresado —dijo ella. Se vestía con un vestido de mangas muy largas del mismo color verde marino que la capa de Stragos, y su cintura, de por sí estrecha, lo parecía aún más a causa del fajín tejido con hilo de oro que la ceñía. Una diadema de capullos de rosa, rojos y azules, estaba prendida en

sus cabellos.

—Querido, Kosta y De Ferra se han ganado por el momento otro sorbo más de vida —Stragos alargó un brazo y ella se rozó con él, tocando su codo de esa manera amistosa que es más propia de una dama de compañía que de una amante.

—¿Usted cree?

—Ya se lo diré cuando volvamos a los jardines.

—¿Alguna pequeña *Festa Iono*, Stragos? Jamás hubiera pensado que fuera de esa gente que celebra las cosas —dijo Locke.

—Es para agradar a mis oficiales —repuso Stragos—. Si hago fiestas para ellos, el *Priori* hace correr el rumor de que soy un libertino. Y si no las hago, susurran que soy austero y de corazón duro. Pero mis oficiales sufren más en sociedad, porque no pueden excluir a sus celosos rivales de lo que hacen en público. Por eso aprovecho mis jardines y se los ofrezco exclusivamente a ellos, nada más.

—Voy a echarme a llorar una vez más por lo mal que le trata la vida —dijo Locke —. Forzado por las crueles circunstancias a preparar fiestas en sus jardines.

Stragos mostró un asomo de sonrisa e hizo un gesto a su alquimista. Aquel hombre levantó la tapa de la fuente, revelando de tal suerte dos copas de cristal que contenían el líquido de color ambarino pálido que les era familiar, las cuales estaban escarchadas por el frío.

—Esta noche, el antídoto ha sido diluido en sidra de pera —dijo el Arconte—. Por los viejos tiempos.

—Oh, qué divertido, viejo bastardo —Locke pasó una copa a Jean, vació la suya en varios tragos y después la lanzó al aire.

—¡Por los cielos! Se me ha escurrido.

Pero la copa de cristal no estalló en una infinidad de fragmentos al caer al suelo, sino que rebotó y rodó hasta un rincón, quedándose quieta en él.

—Un pequeño obsequio del Maestro de los alquimistas —Stragos parecía realmente divertido—. Sólo posee la pequeña cantidad de cristal antiguo imprescindible para frustrar las pequeñas venganzas de los invitados zafios.

Cuando Jean se terminó la sidra, depositó su vaso en la fuente que aún sostenía el calvo. Uno de los Ojos recogió el otro vaso, de suerte que, cuando ambos volvieron a quedar cubiertos con la tapadera, Stragos despidió a su alquimista con la mano.

—Yo… hum —dijo Locke, pero aquel hombre acababa de salir por la puerta.

—Pues ya hemos terminado con el asunto de esta noche —dijo Stragos—. Merrain y yo tenemos una gala a la que debemos volver. Kosta, De Ferra, aún les queda por cumplir la parte más importante de su misión. Cúmplanla bien… y haré que no se arrepientan por ello. —Luego condujo a Merrain hasta la puerta, volviéndose sólo para decirle a uno de los Ojos—: Manténganlos aquí durante diez minutos. Pasado ese tiempo, escóltenlos hasta su bote. Devuélvanles sus cosas y vean

que regresan por donde llegaron. Y sin entretenerse.

—Pero… ¡maldición! —exclamó Locke cuando la puerta se hubo cerrado por detrás de los dos Ojos.

—El antídoto —dijo Jean— es lo único que debe preocuparnos por ahora. El antídoto.

—Eso creo yo también —Locke apoyó la cabeza en una de las paredes de piedra de la habitación—. Por los dioses, espero que la visita que vamos a hacer a Requin nos salga mejor que ésta.

11

—¡Ésta es la entrada de servicio, bastardo ignorante!

El gorila de la Aguja del Pecado salió de la nada. Dejó doblado a Locke con un golpe de rodilla, luego le sacó el aire de los pulmones con un puñetazo cruel y le lanzó sobre la gravilla del patio que se encontraba detrás de la torre, apenas iluminado por un farol. Locke ni siquiera había entrado dentro, pues simplemente se había acercado a la entrada después de no encontrar a nadie que pudiera llamar a Selendri.

—Uf —dijo cuando el suelo le dio la bienvenida.

Jean, guiado más por el reflejo de la lealtad que por el buen sentido, se sintió obligado a tomar parte cuando el gorila se acercó a Locke para seguir castigándole. El gorila gruñó y lanzó a Jean un puñetazo mal calculado que él paró con la mano derecha mientras que con el filo de la izquierda le rompía al gorila varias costillas. Antes de que Locke pudiera decir algo, Jean le propinó una patada en la ingle y apartó de sí sus piernas desmadejadas.

—Urrrrg-agh —dijo el gorila cuando el suelo lo acogió.

El siguiente criado que salió por la puerta llevaba un cuchillo; Jean le rompió el puño y le lanzó contra la pared de la Aguja del Pecado, donde rebotó como una pelota de frontón. Pero los siguientes seis o siete criados que los rodearon tenían, por desgracia, espadas cortas y ballestas.

—No tenéis ni idea de a quién queréis joder —dijo uno de ellos.

—Me parece que sí la tienen —dijo una voz ronca de mujer desde la entrada de servicio.

Selendri vestía un traje de noche de seda azul y roja que debía de valer tanto como un carruaje de maderas sobredoradas. Su brazo destrozado estaba cubierto por una manga que llegaba hasta su mano de bronce, pero los finos músculos y la suave piel del otro se hallaban al aire, realzados por varios brazaletes de oro y de cristal antiguo.

—Los vimos en la entrada de servicio, intentando entrar para robar —dijo uno de

los criados.

—Di que nos visteis *cerca* de la entrada de servicio, bastardo obtuso —Locke sólo se podía poner de rodillas—. Selendri, tenemos que…

—Estoy segura de que los visteis —dijo ella—. Dejad que se vayan. Yo hablaré con ellos. Actuad como si no hubiera pasado nada.

—Pero ése… por los dioses, creo que me ha roto las costillas —el primero de los hombres con los que había tratado Jean resollaba. El otro seguía inconsciente.

—Si convienes conmigo en que no ha pasado nada —dijo Selendri—, te llevaré a un físico. ¿Ha pasado algo?

—Unnnh… no. No, señora, no ha pasado nada.

—Bien.

Cuando ella se volvió para entrar por la puerta de servicio, Locke, aún muy tembloroso, se puso de pie mientras se agarraba el estómago e intentaba apoyarse en el hombro de ella. La mujer se giró hacia él.

—Selendri —susurró—. No pueden vernos en los salones de juego. Hay…

—¿Ciertas personas muy poderosas que se sienten molestas por el hecho de que aún no les hayan concedido la revancha? —apartó su mano de un manotazo.

—Perdóneme, pero eso es exactamente lo que pasa.

—Durenna y Corvaleur están en la quinta planta. Usted y yo podemos tomar el ascensor en la tercera.

—¿Y Jerome?

—Valora, quédese aquí, en la zona de servicio —los empujó a ambos hacia la entrada de servicio para que los criados que iban y venían con bandejas, los cuales ignoraban deliberadamente a los hombres heridos que seguían en el suelo, pudieran seguir ganándose las propinas que la gente con menos inhibiciones de la ciudad soltaba aquella noche de festival.

—Gracias —dijo Jean, ocultándose a medias detrás de unos estantes de madera llenos de platos sin fregar.

—Daré instrucciones para que le ignoren a usted —dijo Selendri—, siempre que usted los ignore a ellos.

—Seré un santo —dijo Jean.

Selendri agarró a uno de los camareros que pasaban sin llevar ningún plato y, hablándole a la oreja, le susurró unas instrucciones muy claras al respecto. Locke pudo escuchar varias palabras, como «matasanos» y «recortar la paga». Después siguió a Selendri por entre la multitud que atestaba la segunda planta, mientras sacaba una joroba al encogerse bajo la capa y se bajaba la gorra y rezaba para que la única persona que le reconociera fuese Requin.

12

—Siete semanas —decía el dueño de la Aguja del Pecado—. Selendri estaba segura de que no volveríamos a verle.

—Son tres semanas de ida y otras tres de vuelta —dijo Locke—. Apenas he estado una semana en Puerto Pródigo.

—Tiene todo el aspecto de haber pasado algún tiempo en cubierta. ¿Quizá trabajando para pagarse el alojamiento?

—Los marineros corrientes llaman menos la atención que los viajeros de pago.

—Supongo. ¿Ése es su color de cabello natural?

—Creo que sí. Cuando lo cambio, a menudo suelen perder mi pista.

Las amplias puertas que daban a la balconada de la parte este del despacho de Requin estaban abiertas, aunque veladas por una fina redecilla que servía para que no entraran los insectos. A través de ellas Locke podía ver las piras que formaban dos buques ardiendo en el puerto, rodeadas por cientos de puntos de luz que debían de ser los faroles de las embarcaciones más pequeñas llenas de espectadores.

—Este año están quemando cuatro buques —dijo Requin, observando que el espectáculo acaparaba la atención de Locke—. Uno por cada estación del año. Creo que ahora van por la tercera. La cuarta no tardará en llegar, y entonces todo habrá acabado bien. Poca gente por las calles y mucha más en los salones de juego.

Locke asintió y se volvió para admirar el destino que Requin había dado al conjunto de sillas que había mandado hacer para él. Intentó apartar la sonrisa de satisfacción que estaba a punto de iluminar su rostro por otra que, simplemente, quería reflejar interés. Las cuatro sillas estaban colocadas alrededor de una mesa con patas muy delgadas, construida en su mismo estilo, que tenía encima varias botellas de vino y unos cuantos arreglos florales.

—¿La mesa también es…?

—¿Una réplica? Me temo que sí. Su regalo me llevó a encargar una.

—Hablando de ese regalo —Locke metió una mano por debajo de su capa, sacó la bolsa y la depositó encima del escritorio de Requin.

—¿Qué es eso?

—Un detalle —dijo Locke—. En Puerto Pródigo son legión los marineros con más dinero que destreza en las cartas.

Requin abrió la bolsa y fisgó en su interior, enarcando una ceja.

—Hermoso —dijo—. ¿No estará intentando *liarme*, eh?

—Sólo quiero el trabajo que me ofreció —dijo Locke—. Nada más.

—Hablemos de ello entonces. ¿Aún sigue vivo Calo Callas?

—Sí —dijo Locke—. Y donde siempre, en Puerto Pródigo.

—¿Por qué diablos no lo ha traído consigo?

—Porque está como una puta cabra —dijo Locke.

—Entonces no me sirve…

—No, sí que puede servirle. Se siente perseguido, Requin. Se ha creado un mundo imaginario. Cree que el *Priori* y el gremio de los Artífices tienen agentes en todos los rincones de Puerto Pródigo, en todos los buques, en todas las tabernas. Apenas abandona su casa —Locke se complacía sobremanera en lo deprisa que se estaba inventando la vida imaginaria de un hombre que no existía—. Pero no puede ni imaginarse los cientos de cerraduras con que protege su puerta. Y dentro tiene aparatos de relojería, una forja sólo para él, fuelles. Trabaja con mayor energía que nunca. Eso es todo su mundo.

—¿Y cómo es posible que ese desecho humano pueda jugar un papel tan importante? —preguntó Selendri. Estaba de pie entre dos de los cuadros más exquisitos de Requin, apoyada en la pared con los brazos cruzados.

—Yo mismo experimenté con mil tipos de cosas cuando pensaba que podría contravenir las defensas de esta torre. Ácidos, aceites, abrasivos, diferentes tipos de piquetas y de herramientas. Puedo juzgar bastante bien los mecanismos y las cerraduras. Y las cosas que puede hacer ese bastardo, las cosas que construye e inventa, incluso con una mente enferma… —Locke abrió los brazos y se encogió de hombros de un modo muy teatral—. ¡Ni los dioses se lo imaginan!

—¿Qué necesitaría para que volviera con usted?

—Quiere protección —dijo Locke—. No le importa salir de Puerto Pródigo. Diablos, más bien lo está deseando. Pero se imagina que la muerte vigila todos sus pasos. Necesita sentir que alguien poderoso se acercará hasta él para ponerle bajo su protección.

—O quizá que alguien como usted le dé un golpe en la cabeza y se lo traiga hasta aquí, encadenado —apuntó Selendri.

—¿Y arriesgarnos a perder para siempre que pueda cooperar con nosotros? O peor… ¿*tratar* con él cuando despierte de un viaje que ha durado tres semanas? Su mente es tan delicada como el cristal, Selendri. Yo no recomendaría que lo dejaran inconsciente.

Locke chasqueó los nudillos. Era la hora del reclamo.

—Atienda, quiere que ese hombre venga a Tal Verrar. Es posible que le dé muchos quebraderos de cabeza (quizá le obligue a contratar a alguna enfermera que trate su locura, aunque, ciertamente, tendrá que esconderlo de los artífices), pero las cosas que puede lograr lo convierten en una persona cien veces más valiosa. Es el mejor violador de cajas fuertes que jamás haya conocido. Sólo tiene que creer que yo le represento realmente a usted.

—¿Qué me sugiere?

—En su libro de cuentas y en sus cartas de crédito siempre aparece un sello de cera. Lo he visto al hacer los depósitos. Bueno, pues ponga ese sello en una hoja de pergamino…

—¿Para incriminarme? —dijo Requin—. En absoluto.

—Ya he pensado en eso —dijo Locke—. No tiene que escribir ningún nombre en él. Ni ninguna fecha, ni siquiera añadir la usual «R».. Sólo tiene que escribir algo agradable que no le comprometa a nada, como «Anímese a venir para gozar de comodidades y hospitalidad», o «Espere la debida consideración».

—Cualquier majadería trillada, ya le comprendo —dijo Requin. Sacó una hoja de pergamino de uno de los cajones de su escritorio, tomó una pluma de ave y garrapateó en ella unas cuantas frases. Después de espolvorearla con un polvo alquímico para que se secara la tinta, miró a Locke—. ¿Y cree que esta bobada para niños bastará?

—Sí, en lo que concierne a sus miedos —dijo Locke—. Callas es como un niño. Se agarrará a este trozo de pergamino como el bebé a la teta.

—O como el hombre ya crecidito —musitó Selendri.

Requin sonrió. Siempre con las manos enguantadas, quitó el cilindro de cristal de la lámpara que estaba encima de su escritorio y puso al descubierto una vela. Con ella calentó una barra de cera negra que al fundirse cayó sobre el pergamino. Finalmente, extrajo de uno de los bolsillos de su casaca una pesada sortija en la que había sido grabado un sello y oprimió con ella la cera aún caliente.

—Su cebo, maese Kosta —y le pasó la hoja de pergamino—. El hecho de que acechara por la puerta de servicio y que intentara ocultarse bajo esa capa sugiere que no piensa permanecer mucho tiempo en la ciudad.

—Regresaré al sur dentro de uno o dos días, en cuanto mis camaradas del buque hayan descargado el, ah, cargamento que adquirimos con todos los requisitos legales en Puerto Pródigo —era una mentira imposible de verificar, pues con docenas de buques que atracaban a diario en la ciudad era evidente que varios de ellos tenían que transportar mercancías obtenidas de manera ilícita.

—Y entonces traerá de vuelta a Callas.

—En efecto.

—Si el sello no bastase, puede prometerle cualquier otra cosa que sea razonable. Dinero, drogas, bebida, mujeres. Hombres. Los unos y las otras. Pero si no fuera suficiente con todo ello, entonces acepte la sugerencia de Selendri y deje que yo me preocupe por el estado mental que luego tenga. No regrese con las manos vacías.

—Como quiera.

—¿Qué pasará, entonces, con el Arconte? Teniendo a Callas, supongo que usted podría volver a plantear el viejo plan de abrir mi cripta.

—No lo sé —dijo Locke—. Tardaré al menos seis o siete semanas en volver con Callas. Mientras tanto, ¿por qué no piensa en lo que puede resultar más conveniente para usted? ¿En cualquier plan que le parezca interesante? Si quiere que regrese al lado del Arconte como agente doble, pues bien… No sé qué decirle. Me duele la

cabeza. Usted es el único que tiene una perspectiva amplia de las cosas. Esperaré nuevas órdenes.

—Si mantiene todo esto dentro de sus cauces —dijo Requin, sopesando la bolsa —, me trae a Callas y continúa sintiéndose a gusto haciendo la parte que le toca… es posible que tenga cierto futuro a mi servicio.

—Me gusta.

—Y ahora váyase. Selendri le indicará la salida. Aún le queda una noche atareada en la que poner en práctica todas sus argucias mientras espera mis órdenes.

Locke reflejó en su rostro parte del alivio que sentía. Aunque aquella maraña de mentiras se hubiera ido complicando por todas las nuevas ramas que brotaban de ella, y su estructura fuera tan delicada que hasta la simple ventosidad de una polilla podía romperla… las dos entrevistas en las que se había visto envuelto aquella noche les habían dado lo que él y Jean estaban buscando: Stragos otros dos meses de vida, y Requin otros dos meses de tolerancia. Lo único que les quedaba por el momento era regresar a su bote sin más complicaciones y remar hasta un lugar seguro.

13

—Nos están siguiendo —dijo Jean mientras cruzaban el patio de servicio de la Aguja del Pecado. Se encaminaban hacia el laberinto de callejones y de setos, de macizos de vegetación y de senderos de servicio de las casas de fortuna de menor importancia por donde antes habían pasado. Su bote estaba amarrado en la parte interior de los muelles de la Gran Galería; habían subido hasta el extremo superior de los Peldaños Dorados por unas escaleras desvencijadas, evitando los ascensores y las calles donde podría acecharles algún problema.

—¿Dónde están?

—Al otro lado de la calle. Vigilando este patio. Se mueven cuando lo hacemos nosotros, justo ahora mismo.

—Mierda —musitó Locke—. Me gustaría que toda la población de capullos al acecho que tiene esta ciudad pusiera juntas sus pelotas para que yo pudiera darles patadas hasta aburrirme.

—Echamos una carrera hasta el extremo del patio —dijo Jean— y luego nos ocultamos. El que llegue corriendo detrás de nosotros…

—Nos explicará unas cuantas cosas por las bravas.

En el extremo del patio había un seto el doble de alto que Locke. Una arcada, rodeada por cajones y barriles vacíos, daba a la parte trasera de los Peldaños Dorados, que apenas se empleaba por estar siempre a oscuras. A diez metros de aquella arcada Locke y Jean comenzaron a correr a toda prisa como si alguien les hubiera dado la señal de que lo hicieran.

Al entrar en el callejón sumido en la oscuridad que se encontraba al otro lado de la arcada, Locke supo que sólo disponían de un instante para esconderse. Tenían que estar lo suficientemente lejos de la Aguja del Pecado para evitar que cualquiera de sus criados viera la pelea que se avecinaba. Dejaron atrás jardines y setos de césped vallados, alejándose de aquellos edificios donde cientos de las personas más adineradas del mundo de Therin perdían dinero por simple diversión. Finalmente encontraron dos montones de barriles vacíos situados a ambos lados del callejón… aunque fuera el mejor sitio para una emboscada, era posible que sus contrarios no se dieran cuenta de ello, obsesionados en perseguirlos a toda prisa.

Jean acababa de ocultarse. Locke sacó el estilete de una de sus botas, sintiendo los martillazos que daba su corazón, y se agachó en el montón de barriles que estaba a su lado. Se tapó el rostro con uno de los brazos cubiertos por la capa, dejando sólo expuestos los ojos y la frente.

El rápido sonido de cuero sobre piedra y luego… dos formas oscuras que pasan al lado de los barriles. Deliberadamente, Locke contuvo su ataque medio segundo para que Jean fuera el primero. Cuando el segundo de los individuos que los perseguían se volvió, sobresaltado por el ruido que Jean había hecho al atacar a su compañero, Locke saltó hacia delante, el puñal en la mano, lleno de júbilo al pensar que finalmente podrían salir de dudas.

Agarró muy bien a su atacante; deslizó su brazo izquierdo alrededor del cuello del hombre mientras apoyaba la hoja del puñal que tenía en la mano derecha contra su papada.

—Si no sueltas el arma, morirás… —apenas pudo decir más antes de que aquel hombre hiciera lo único que no debía hacer: abalanzarse hacia delante, quizá de modo reflejo, para intentar liberarse de la presa de Locke, sin darse cuenta del ángulo que la hoja formaba con su cuello. Locke jamás sabría si aquello fue una muestra del mayor de los optimismos o de la locura más demencial, pues el hombre se cortó medio cuello y murió al instante en un torrente de sangre. El arma que abandonó sus dedos inertes rebotó en las piedras del suelo con ruido metálico.

Locke abrió las manos como si no creyera lo que había sucedido y soltó el cadáver, encontrándose cara a cara con Jean, que respiraba dificultosamente encima de la forma inmóvil de su oponente.

—Un momento —dijo Locke—, no me digas que…

—Ha sido un accidente —dijo Jean—. Le quité el cuchillo, luchamos un poco y él se lo clavó en la caja torácica.

—Maldita sea —murmuró Locke, dejando caer unas gotas de sangre de su mano derecha—. Intentas que un bastardo siga con vida y mira lo que sucede…

—Ballestas —dijo Jean. Señalaba al suelo donde Locke, tras acostumbrarse a la oscuridad, acababa de descubrir las oscuras siluetas de dos pequeñas ballestas de

mano. Eran del tipo llamado «de callejón», que sólo son efectivas a una distancia de diez metros—. Cógelas. Es posible que aún haya más gente que nos pise los talones.

—Diablos —Locke agarró una de las ballestas y pasó la otra a Jean, pero con mucho cuidado, pues aquellas flechas tan pequeñas podían estar envenenadas; sólo el pensar que estaba tocando a oscuras un arma que alguien podía haber envenenado le puso la carne de gallina. Pero Jean tenía razón: tenían que contar con alguna ventaja por si aún les estaban persiguiendo.

—Siempre digo que la discreción está bien para los demás —dijo Locke—. Saquemos el culo cuanto antes de este lugar.

Emprendieron una carrera precipitada por los lugares poco frecuentados de los Peldaños Dorados en dirección al norte de la amplia terraza de cristal antiguo, desde donde bajaron descansillo tras descansillo de peldaños de madera que se movían bajo ellos de un modo muy desagradable, mirando frenéticamente hacia arriba y hacia abajo para ver si los perseguían y así evitar cualquier emboscada. Para Locke, que se encontraba en mitad de la escalera, el mundo era un borrón que daba vueltas y que poseía los surreales colores del fuego y del cristal antiguo. En el puerto, el cuarto y último buque del festival se consumía por el fuego, un sacrificio de madera, brea y velas efectuado ante cientos de embarcaciones pequeñas repletas de sacerdotes y de gente muy animada.

Después de bajar por las escaleras y de cruzar las plataformas de madera de la parte interior de los muelles, aún se cruzaron con borrachos y mendigos que huyeron de su paso al ser amenazados por los puñales y ballestas que esgrimían. Ante ellos se encontraba el malecón, largo y vacío, que sólo albergaba un montón de cajas vacías. Pero ni pobres ni borrachos. Su bote se mecía plácidamente entre las olas a unos cien metros de donde lo habían dejado, brillantemente iluminado por la luz del infierno desatado en el puerto.

Un montón de cajas, pensó Locke, y ya fue demasiado tarde.

Cuando él y Jean se acercaron al malecón, dos hombres salieron de las sombras en el mejor sitio para tender una emboscada.

Locke y Jean se giraron al mismo tiempo; sólo el hecho de que empuñaran las ballestas robadas les permitió seguir con vida. Cuatro armas esgrimidas, cuatro hombres, tan cerca de sus blancos que podían tocarlos con la mano. Cuatro dedos estremecidos, cada uno a menos distancia de su correspondiente gatillo que el diámetro de una gota de sudor.

Locke Lamora se encontraba de pie en el muelle de Tal Verrar, sintiendo en la espalda el cálido viento de un barco que ardía y, en el cuello, el frío contacto del dardo de una ballesta.

Hizo una mueca e intentó concentrarse para seguir apuntando con la ballesta al ojo izquierdo de su contrario; éste y Locke estaban tan cerca que podían matarse el

uno al otro siempre que apretaran los respectivos gatillos al mismo tiempo.

—Sé razonable —dijo el hombre que tenía enfrente. Las gotas de sudor formaron unos surcos apreciables a simple vista al deslizarse por su frente y sus mejillas cubiertas de mugre—. Sopesa las desventajas de tu situación.

Locke lanzó un bufido.

—A menos que tus globos oculares sean de hierro, estamos a la par en desventajas. ¿Tú que crees, Jean?

Allí, en el muelle, ellos dos se enfrentaban con otros dos: Locke al lado de Jean, el contrario de éste junto al contrario de Locke. Mientras cada uno de ellos apuntaba su ballesta, Jean y su enemigo casi se tocaban los pies; cuatro fríos dardos de metal que miraban a las respectivas cabezas de otros tantos hombres, quienes, comprensiblemente, estaban nerviosos por encontrarse a muy pocos centímetros de ellos. Y aunque todos los dioses de arriba o de abajo hubieran querido decidir lo contrario, ninguno de los dardos hubiese podido fallar su blanco a aquella distancia.

—Lo que creo es que los cuatro estamos metidos en una ciénaga y con el agua hasta las pelotas —respondió Jean.

Sobre las aguas que se encontraban tras ellos, el viejo galeón gimió y crujió mientras las rugientes llamas lo consumían desde dentro. En un radio de varios cientos de metros, la noche se había convertido en día. El casco del buque se hallaba surcado por las líneas blanco-anaranjadas que marcaban las cuadernas, las cuales comenzaban a separarse unas de otras. El humo se escapaba por aquellas hendiduras infernales, formando pequeñas erupciones que se asemejaban a las boqueadas de una enorme bestia de madera agonizante. Los cuatro hombres seguían de pie en el muelle, singularmente solos en medio de la luz y del ruido que comenzaban a llamar la atención de toda la ciudad.

—Baje su arma, por el amor de los dioses —dijo el rival de Locke—. Tenemos instrucciones de no matarles a menos que sea necesario.

—Y yo estoy seguro de que hará todo lo posible para respetar esas instrucciones —contestó Locke, que no pudo por menos de sonreír—. Lo siento, pero siempre he tenido a gala no confiar en quien me apunta a la tráquea con un arma.

—Aún tardará unos instantes en apretar el gatillo después de que yo haya apretado el mío.

—En cuanto se me canse la mano la punta de este dardo se alojará en su nariz. ¿Quién les envía contra nosotros? ¿Cuánto les han pagado? Mire, no estamos faltos de dinero, así que aún podemos llegar a un acuerdo al gusto de todos.

—En realidad —dijo Jean— yo sí sé quién los envía.

—¿De veras? —Locke miró furtivamente a Jean para luego centrar la mirada en su adversario.

—Y hemos llegado a un acuerdo, aunque no me atrevería a decir que sea a gusto

de todos.

—Ah… Jean, creo que no me has entendido.

—No —Jean levantó una mano con la palma por delante hacia el hombre que tenía enfrente. Luego giró lentamente su arma hacia la izquierda… hasta que la ballesta apuntó a la cabeza de Locke. El hombre al que antes había tenido en la mira bizqueó sorprendido—. Tú eres el que no me entiende.

—Jean —dijo Locke, y la mueca se desvaneció de su rostro—, esto no tiene gracia.

—Estoy de acuerdo. Entrégame tu arma.

—Jean…

—Entrégamela ahora. Enseguida. Tú, ¿acaso eres medio idiota?, aparta esa cosa de mi cara y apúntale a él con ella.

El individuo que hasta entonces había estado apuntando a Jean se pasó la lengua por los labios, muy nervioso, pero no se movió.

Jean rechinó los dientes.

—Atiende, mono portuario con cerebro de esponja, estoy haciéndote el trabajo. ¡Apunta con tu ballesta a este compañero mío dejado de la mano de los dioses, para que podamos largarnos de este muelle!

—Jean, creo que podríamos decir que este giro de los acontecimientos no es *en absoluto satisfactorio* —dijo Locke, y pareció que iba a explayarse en el comentario, pero el contrario de Jean aprovechó la circunstancia para seguir el consejo de éste.

Entonces Locke pensó que el sudor le caía por el rostro como si fuera una cascada, como si la humedad formada por la traición abandonase el hogar que antes había estado ocupando, a la espera de algo peor.

—Tres. Tres contra uno —Jean escupió en el suelo—. Antes de marcharnos no me dejaste otra opción que cerrar un trato con el patrón de estos caballeros… ¡Maldita sea, *me obligaste*! Lo siento. Pensaba que se pondrían en contacto conmigo antes de atacarnos. Ahora, entrégame tu arma.

—Jean, ¿qué *diablos* te crees que estás…?

—No, no digas ni *pío*. No intentes ninguna sutileza conmigo; te conozco demasiado bien para dejar que sigas hablando. Silencio, Locke. Aparta el dedo del gatillo y *entrégamela*.

Boquiabierto por la incredulidad, Locke se quedó mirando la acerada punta del dardo de Jean. Y fue como si el mundo que le rodeaba comenzara a encogerse para luego centrarse en aquel pequeño punto del muelle donde se reflejaba el fuego anaranjado del infierno que ardía a su espalda.

—¿Fue ella, verdad? —susurró—. No pudiste negarte.

—Te lo diré por última vez, Locke —Jean rechinó los dientes y siguió apuntando justo entre los ojos de Locke—. Aparta el dedo del gatillo y levanta tu maldita arma.

Ahora.

LIBRO III

Las cartas sobre la mesa

«Fuerte presión en el flanco derecho; mi centro cede; situación excelente. Estoy atacando».

GENERAL FERDINAND FOCH

Capítulo 14

Haciendo incursiones en el Mar de Bronce

1

Jaffrim Rodanov caminaba por los bajíos próximos al casco de un bote de pesca que había volcado, escuchando cómo las olas rompían contra las desvencijadas cuadernas para luego mojarle hasta más arriba de los tobillos. En aquella parte alejada de la ciudad, la arena y el agua de Bahía Pródiga estaban impolutas. Nada de capas de cieno que se hubieran depositado por la noche en el agua, nada de restos metálicos ni de cacharros rotos de cerámica que alteraran su fondo. Ni cadáveres flotando como siniestras almadías donde las aves se posaran para graznar.

El ocaso del séptimo día de Aurim. Drakasha se había ido una semana antes. A una distancia de mil millas, pensó Jaffrim, acababa de ponerse en marcha un desatino.

Ydrena tocó el silbato. Se apoyaba en el casco del bote abandonado, ni demasiado cerca ni demasiado lejos de Rodanov, intentando dar testimonio con su presencia de que su capitán no estaba solo y que su tripulación sabía de aquel encuentro.

Jacquelaine Colvard llegaba en aquel preciso momento.

Dejó a su primer oficial con Ydrena, se quitó las botas y comenzó a caminar por el agua sin remangarse las calzas. La vieja e indómita Colvard, que ya asaltaba buques en aquellas aguas cuando él sólo era un chico que siempre tenía la nariz metida en rollos de pergamino polvoriento y que sólo conocía los buques por los dibujos que veía en ellos.

—Jaffrim —dijo ella—, gracias por tu amabilidad.

—Sólo hay una cosa de la que quisieras hablarme sin más preámbulos —dijo Rodanov.

—Sí. Y creo que ya sabes cuál es.

—Cometimos un error al darle nuestra palabra a Drakasha.

—¿Tú crees?

Rodanov metió los pulgares en el cinturón de la espada y miró el mar que comenzaba a oscurecerse y que arrastraba hacia sí las pálidas ondas que mojaban sus pies.

—Fui generoso cuando hubiera debido ser cínico.

—¿Crees que eres el único con el poder de arreglar las cosas?

—Hubiera podido negarme a darle mi palabra.

—Entonces hubiera sido cuatro contra uno, siendo tú ese «uno» —dijo Colvard—, y Drakasha hubiera partido al norte mirando todo el rato por encima de su hombro.

Rodanov notó una sensación de frío en las tripas.

—Estos últimos días me he enterado de unas cuantas cosas muy curiosas —prosiguió ella—. Tu tripulación ha estado muy poco tiempo en la ciudad. Habéis estado abasteciéndoos de agua. Y yo te he visto en el alcázar mientras verificabas los instrumentos. Comprobando los bastones-sextante.

Aquella sensación fue en aumento. Allí, solos los dos, ¿se enfrentaría con él o se pondría a su lado? ¿Sería lo suficientemente necia como para ponerse a su merced?

—Entonces ya lo sabes —dijo Rodanov finalmente.

—En efecto.

—¿Intentas que lo deje?

—Intento que se haga lo correcto.

—Ah.

—Tienes a alguien en el *Orquídea Emponzoñada*, ¿no es cierto?

Aunque acababan de pillarle, Rodanov no tuvo ganas de disimular.

—Si me dices cómo te has enterado —dijo—, no te insultaré negándolo.

—Era una suposición sin malicia. A fin de cuentas, en cierta ocasión intentaste meter a uno de los tuyos en mi buque.

—Ah —dijo él, sorbiendo aire entre las hendiduras de los dientes—. Así que, a fin de cuentas, Riela no murió en un bote que se accidentó.

—Sí y no —dijo Colvard—. Al menos, sí sucedió en un bote.

—¿Tú me…?

—¿Culparte? No. Eres un hombre precavido, Jaffrim, lo mismo que yo. Y justamente ambos estamos ahora en este lugar por ser tan precavidos.

—¿Quieres venir conmigo?

—No —respondió Colvard—. Pero mis razones son de carácter práctico. La primera es que el *Soberano* está listo para zarpar, mientras que el *Dragoneril* no lo está. La segunda, que, si ambos zarpáramos al mismo tiempo, eso… levantaría ciertas suspicacias cuando Drakasha no volviera.

—La gente sospechará de un modo u otro. Y luego se sabrá lo que ha pasado. Mi tripulación no se morderá la lengua para siempre.

—Pero puede suceder algo que nos obligue a ambos a zarpar a mar abierto —dijo Colvard—. Si los dos salimos juntos en guerrilla, la única especulación posible será que ambos estamos conchavados.

—Dime, ¿no será una coincidencia que, conociendo tú mis preparativos, el *Dragoneril* aún no esté listo para salir a la mar?

—Bueno…

—Ahórrame tus explicaciones, Jacquelaine. Ya estaba decidido a hacerlo antes de esta entrevista. Así que no vayas a suponer que por causa de alguna *argucia* tuya acabas de convencerme para que te haga el trabajo.

—Haya paz, Jaffrim. Si esta flecha alcanza el blanco, poco importará quién haya manejado la cuerda —se soltó la cabellera gris, que cayó sobre sus hombros y ondeó bajo la húmeda brisa—. ¿Qué intenciones tienes?

—Creo que son obvias. Encontrarla. Antes de que haya hecho el suficiente destrozo para darle a Stragos lo que busca.

—Y ¿qué harás para que se detenga? ¿Mensajes corteses de borda a borda?

—Un aviso. La posibilidad de que todo se detenga.

—¿Un ultimátum a *Drakasha?* —su ceño fruncido hizo que todas las arrugas de su rostro se dispusieran casi en vertical—. Jaffrim, la conoces lo suficiente para saber cómo reacciona ante las amenazas: como un tiburón cogido en una red. Si intentas acercarte a una criatura en esas condiciones, perderás una mano.

—Entonces habrá que luchar. Creo que ambos sabemos que se llegará a eso.

—¿Y cuál será el resultado de esa lucha?

—Mi buque es el más poderoso, y tengo más de ochenta almas de las que preocuparme. Aunque no sea justo, las matemáticas mandan.

—Así que el resultado es la muerte de Zamira.

—Eso es lo más probable que suceda.

—Suponiendo que tengas con ella la cortesía de matarla en combate.

—¿Tener con ella?

—Debes comprender —dijo Colvard— que, aunque su modo de hacer las cosas represente un peligro, su lógica es impecable en cierto aspecto.

—¿Cuál?

—Matarla a ella, junto con Ravelle y Valora sólo será como vendar una herida que ha comenzado a enconarse. El pus se meterá hacia dentro. Necesitamos sajar la ambición de Maxilan Stragos, no contenerla temporalmente.

—Estoy de acuerdo. Pero he comenzado a perder el gusto por las sutilezas a la misma velocidad con que mis recursos comienzan a menguar. A Drakasha le hablaré sin tapujos. Por eso te ruego que seas directa conmigo.

—Stragos no necesita una victoria para satisfacer su vanidad, sino para levantar a la gente de su ciudad. Pero si esa victoria merodea por las aguas que *rodean* Tal Verrar, si esa victoria es muy sonada, ¿para qué acercarse hasta aquí para molestarnos?

—O sea, que debemos preparar nosotros el sacrificio —susurró Rodanov—. Debemos subir a *Zamira* al altar de los sacrificios.

—Pero sólo después de que Zamira haya causado ciertos daños. Sólo después de

que haya suscitado el suficiente pánico en la ciudad. Si la notoria pirata, la infame canalla Zamira Drakasha, con la recompensa de veinticinco mil solari que pende sobre su cabeza, se paseara encadenada por Tal Verrar… y fuese llevada a la justicia rápidamente después de haber desafiado una vez más a la ciudad con el mayor de los desatinos…

—Stragos saldría victorioso. Tal Verrar se uniría para admirarle —Rodanov suspiró—. Zamira colgando encima de la Sima de la Colina, metida en una jaula.

—Satisfacción en todos los barrios —dijo Colvard.

—Pero quizá no pueda capturarla con vida.

—El Arconte apreciará que se la entregues como sea. Cadáver o no, muerta o viva, tendrá el trofeo que busca, y los verraríes ocuparán las calles para verla. Supongo que lo mejor será entregarle también los restos del *Orquídea Emponzoñada*.

—Yo haré el trabajo sucio y él se pondrá los laureles del vencedor.

—Y las Islas del Viento Fantasma se salvarán.

Rodanov miró a lo lejos, por encima de las aguas de la bahía, antes de decir:

—Supongo. Pero no disponemos de ninguna opción mejor.

—¿Cuándo partirás?

—Mañana, pronto, con la marea.

—No te envidio la molestia de atravesar la Puerta del Comerciante con el *Soberano*…

—Ni yo, porque tomaré el Paso de las Voces.

—¿Aunque sea de día, Jaffrim?

—El tiempo pasa. Me niego a seguir malgastándolo —volvió a la playa para recoger sus botas e irse—. Pero no servirá de nada si tú no llegas a tiempo de echarme una mano.

2

Sintiendo en los ojos el cálido aguijonazo de las lágrimas que habían brotado súbitamente de ellos, Locke apartó el dedo del gatillo de la ballesta y lentamente apuntó con ella hacia arriba.

—¿Vas a decirme, al menos, por qué? —preguntó.

—Más tarde lo sabrás —Jean no bajó su arma—. Ahora entrégame tu ballesta. Despacio. *¡Despacio!*

A Locke le temblaba el brazo; sus movimientos eran espasmódicos por lo nervioso que estaba. Se concentró en controlar sus emociones y le pasó la ballesta a Jean.

—Bien —dijo Jean—. Y ahora levanta las manos. Eh, vosotros dos, ¿habréis traído alguna cuerda, no?

—Sí.

—Atadlo con ella mientras le apunto. Atadle manos y pies, y aseguraos de que no vaya a soltarse.

Uno de los emboscados apuntó su ballesta hacia arriba mientras buscaba una cuerda en uno de sus bolsillos. El otro bajó la suya y sacó un cuchillo. Apenas había dejado de mirar a Locke para ver lo que hacía su socio cuando Jean efectuó el primer movimiento.

Con su propia ballesta y la de Locke en ambas manos, se giró lentamente hasta apuntarlas a las respectivas cabezas de sus enemigos.

Aunque Locke escuchó el tañido doble de los resortes, aún necesitó varios segundos para comprender lo que estaba sucediendo, los mismos que tardó la imagen que contemplaba en llegar hasta su nuca. Y se quedó temblando, la barbilla caída, mientras los dos desconocidos escupían sangre, se desplomaban hacia un lado y morían. Uno de ellos llegó a mover con el dedo el gatillo de su ballesta, posiblemente de manera refleja. Con un tañido final que obligó a Locke a dar un salto, el dardo salió zumbando en medio de la oscuridad.

—Jean, tú…

—¿Tan difícil te resultaba el entregarme *la jodida arma?*

—Pero… dijiste…

—Dije… —Jean dejó caer las dos ballestas de callejón, agarró a Locke por las solapas y le zarandeó—. ¿A qué te refieres con eso de que «Yo dije», Locke? ¿Por qué estabas tan obsesionado por lo que *decía?*

—No ibas a…

—Por los dioses, estás temblando. ¿Creíste lo que decía? ¿Cómo es posible que lo creyeras? —Jean le soltó y se le quedó mirando, espeluznado—. ¡Yo pensé que me seguías el juego!

—Jean, ¡no me hiciste la señal con la mano! ¿Qué diablos querías que pensara?

—¿Que no te hice la señal con la mano? ¡Hice la señal que significa «mentira» tan clara como ese maldito buque que está ardiendo! ¡Cuando levanté la palma de la mano mientras hablaba con estos idiotas!

—No la hiciste…

—¡Claro que la hice! ¡Como si pudiera olvidarme! ¡No me lo puedo creer! ¿Cómo pudiste suponer… de dónde pude sacar *tiempo* para hacer un trato con quien fuera? ¡Si llevamos juntos en el maldito buque dos meses!

—Jean, sin esa señal…

—¡La hice, sesos de mosquito! ¡La hice cuando di a entender que te traicionaba de un modo asqueroso, cuando dije: «En realidad, ¡yo sí se quién los envía!. ¿No te acuerdas?»

—Sí…

—¡Entonces hice la señal! La señal que decía: «Oh, fíjate, eso de que Jean Tannen esté traicionando al mejor amigo que tiene en este puto mundo para entregárselo a una pareja de degolladores verraríes es un cuento». ¿Acaso tenemos que practicar con esa señal un poco más? ¿Realmente consideras que puede ser necesario?

—*No vi* la señal, Jean. Lo digo sinceramente ante todos los dioses.

—Pues te despistaste.

—¿Despistarme? Pues, si tú lo dices, entonces será verdad. Estaba oscuro, había ballestas por todas partes. Hubiera debido darme cuenta. Hubiera debido darme cuenta de que no hacía falta la señal. Lo siento.

Suspiró y bajó la mirada hacia los dos cadáveres y hacia los dos dardos empenachados que salían grotescamente de sus cabezas inertes.

—Creo que no nos hubiera venido mal interrogar a uno de estos bastardos, ¿no crees?

—Pues sí —dijo Jean.

—A pesar de todo, los disparos fueron cojonudos.

—Pues sí.

—¿Jean?

—¿Mm?

—Creo que deberíamos salir pitando *ahora mismo*.

—Oh, claro, vayámonos.

3

—¡Ah del buque! —exclamó Locke cuando el bote chocó ligeramente contra uno de los costados del *Orquídea Emponzoñada*. Luego soltó los remos con una sensación de alivio; Caldris se hubiera sentido muy contento por lo deprisa que habían salido de Tal Verrar, atravesando una flotilla compuesta por una representación de sacerdotes y de borrachos, dejando atrás el galeón en llamas y los cascos renegridos de los anteriores buques sacrificados, todo ello entre una neblina gris que era casi irrespirable.

—¡Dioses! —dijo Delmastro mientras les ayudaba a entrar en el puerto de embarque—, ¿qué os ha pasado? ¿Estáis heridos?

—Sólo en el amor propio —dijo Jean—, porque toda esta sangre que ves la hemos tomado prestada para la ocasión.

Locke echó un vistazo a sus elegantes ropajes, manchados con la sangre de sus atacantes. Tanto él como Jean tenían toda la pinta de unos carniceros aficionados que estuvieran borrachos.

—¿Conseguisteis lo que necesitabais? —preguntó Delmastro.

—¿Lo que necesitábamos? Sí. Pero no lo que hubiéramos podido saber de esos malditos atacantes que, ni por un momento, nos dejan tranquilos en esta ciudad.

—¿Y quién los envía?

—No tenemos ni idea —respondió Locke—. ¿Cómo sabían esos bastardos que estábamos aquí y quiénes éramos? ¡Ya han pasado dos meses! ¿Acaso hemos sido indiscretos en algún sitio?

—En la Aguja del Pecado —dijo Jean, un poco avergonzado.

—Entonces, ¿por qué nos aguardaban en los muelles? Eso demuestra una considerable eficiencia.

—¿Os han seguido hasta el buque? —preguntó Delmastro.

—Creemos que no —dijo Jean—, pero no hemos sido tan tontos como para quedarnos a esperarlos.

Delmastro asintió, sacó su silbato y emitió con él las tres notas que ya les eran sobradamente conocidas:

—¡Al combés! ¡Las barras del cabrestante! ¡Dispuestos a aguantar el peso del ancla! ¡Cuadrilla del contramaestre, listos para izar el bote! —y luego, cuando el buque fue un torbellino de gente que iba y venía, dijo, dirigiéndose a Locke y a Jean —: Parecéis preocupados.

—¿Y por qué no íbamos a estarlo? —Locke se masajeó el estómago, aún sintiendo un dolor difuso en el lugar donde le había golpeado el gorila de la Aguja del Pecado—. Aunque hayamos escapado, alguien debe de estar preparando una buena para cuando regresemos.

—¿Sabes lo que me gusta hacer cuando estoy deprimida? —dijo Ezri con mucha dulzura—. Saquear buques —estiró un dedo y, luego de moverlo hacia cubierta y de dejar a un lado a la atareada tripulación, apuntó con él hacia otro buque que estaba a la vista y que, sólo iluminado por las luces de popa, se recortaba contra la oscuridad del horizonte meridional—. ¡Oh, mira, ahí hay uno!

Instantes después llamaban a la puerta de la cabina de Drakasha.

—No podrían seguir de pie si toda esa sangre fuese suya —dijo mientras les invitaba a pasar—. ¿Sería demasiado suponer que es de Stragos?

—Me temo que sí —dijo Locke.

—Qué pena. Bueno, al menos han vuelto los dos. Es reconfortante.

Paolo y Cosetta estaban echados en una cama pequeña, hechos un ovillo y roncando como unos angelitos. Drakasha dio a entender que no necesitaban hablar en voz baja. Locke sonrió al recordar que también él, cuando era pequeño, había aprendido a dormir a pesar de ciertas pequeñas cosas desagradables que rondaban cerca.

—¿Han logrado algo interesante? —preguntó Drakasha.

—Sólo un poco más de tiempo —dijo Locke—. Y poder salir de la ciudad, lo cual

era un tanto comprometido.

—Capitana —dijo Delmastro—, nos estábamos preguntando si no podríamos dejar para un poquito más tarde la segunda fase del plan.

—¿Quieren charlar un poco y hacer algo de vida social?

—Dos millas al sur, por el este, hay un pretendiente bastante atractivo al que creo que le gustaría bailar. Lejos de la ciudad, fuera de los arrecifes…

—Y en estos momentos la ciudad está un poquito absorta en la *Festa* —añadió Locke.

—Sólo será una visita rápida, como las que nos gusta hacer —dijo Ezri—. Despertarlos, hacer que se meen en los calzones, quitarles la caja y lo que podamos llevar, arrojar las cosas por la borda, cortar algunas cadenas y fastidiarles el velamen…

—Supongo que tendremos que comenzar por algún sitio —comentó Drakasha—. Del, manda a Utgar abajo para que coja algunas sedas y cojines. Quiero que improvisen una cama para mis hijos en el armario de las cuerdas. Si tengo que despertarlos para que se metan dentro, que al menos se encuentren a gusto.

—Hecho —dijo Delmastro.

—¿Qué viento tenemos?

—Del noreste.

—Pongámonos al sur para recibirlo por la amura de babor. Que arricen las gavias, despacio pero seguro. Dile a Oscarl que baje los botes por detrás de nuestro casco, para que nuestro amigo no pueda verlos en el agua.

—Sí, capitana —Delmastro se quitó el capote, lo dejó encima de la mesa de Drakasha y salió de la cabina. Pocos segundos después Locke escuchaba voces en el puente. Oscarl decía a gritos que sólo les había dicho que bajaran el bote, y Delmastro le respondía algo que tenía que ver con haraganes atontados y manos de masa.

—Tienen una pinta espantosa —dijo Zamira—; creo que voy a tener un nuevo baúl para separar las ropas elegantes que estén nuevas de las que ustedes dos llenan de sangre. La próxima vez se las daré de color marrón y rojo.

—Vaya, capitana —dijo Locke, mirando las mangas de su casaca que estaban manchadas de sangre—, acaba de darme una idea. Realmente, una idea que me parece muy *divertida*…

4

Exactamente después de las dos de la madrugada, cuando finalmente Tal Verrar acababa de caer en la somnolencia propia de los borrachos y los fuegos de la *Festa* se habían extinguido, el *Orquídea Emponzoñada*, aún disfrazado como el *Quimera*, se

acercó sigilosamente al *Arenque Feliz*. Se acercó al pequeño y baqueteado queche a una distancia de doscientos metros sin enviarle ningún saludo y con el mínimo número de luces de posición. Aquel proceder no era en absoluto inusual en aguas que no habían contemplado ningún acto de piratería en los últimos siete años.

En la oscuridad reinante era imposible distinguir que no había ningún bote en el puente del *Orquídea*.

Aquellos botes salieron lentamente del costado de babor del *Orquídea*, que no podía verse desde el queche, y a una señal silenciosa sus remeros entraron súbitamente en acción. Lo apresurado de su paso hizo que las oscuras aguas se volvieran blancas. Tres tenues líneas de espuma que nacían en el *Orquídea* murieron en el *Arenque*, de suerte que cuando el solitario vigía que montaba guardia en la popa del queche pudo ver algo, ya era demasiado tarde.

—¡Ravelle! —exclamó Jean, que había sido el primero en subir al queche—. ¡Ravelle! —aún vestido con las ropas elegantes manchadas de sangre, se había puesto un pañuelo rojo alrededor de la cabeza, y tomado un garrote forrado con hierro del armero del *Orquídea*. Los tripulantes del *Orquídea* se apelotonaban tras él… Jabril y Malakasthi, Streva y Rask. Llevaban mazas y picos, pues sus espadas aún seguían enfundadas en sus vainas.

Los tres botes llenos de piratas abordaron el queche por tres sitios diferentes; la escasa tripulación del buque fue empujada hacia el combés por unos lunáticos que agitaban sus mazas mientras pronunciaban a gritos un nombre que jamás habían oído, hasta que finalmente fueron vencidos y el jefe de quienes los atormentaban subió a bordo para gozarse de su victoria.

—¡Me llamo Ravelle!

Locke se paseaba por cubierta delante de los trece tripulantes y de un extraño pasajero vestido de azul, todos sentados. Al igual que Jean, Locke no se había quitado sus finos ropajes manchados de sangre, que había complementado con un pañuelo rojo ceñido a la cintura, otro que le cubría la cabellera y una selección de las joyas de Zamira para darle más empaque.

—¡Orrin Ravelle! ¡Y he venido a presentarle mis respetos a Tal Verrar!

—No nos mate, señor —imploró el capitán de la pequeña embarcación, un hombre muy delgado de unos treinta años con el bronceado de toda una vida en el mar—. No somos de Tal Verrar, si consulta nuestro cuaderno de bitácora lo comprobará…

—Están interrumpiendo unos experimentos hidrográficos muy importantes —dijo el hombre vestido de azul mientras intentaba levantarse. Un pelotón de gente del *Orquídea* que sonreía con mirada maligna le obligó a seguir echado—. ¡Esa información es vital para la seguridad de toda la gente del mar! ¡Está tirando piedras contra su propio tejado!

—Anciano, ¿qué puñetas es un *experimento hidrográfico muy importante?*

—Al examinar la composición del lecho marino…

—¿La composición del lecho marino? ¿Me la puedo *comer?* ¿O *gastar?* ¿Puedo llevármela a mi cabina y follármela de un lado para otro?

—¡No, no y ciertamente no!

—De acuerdo —dijo Locke—. Arrojad a este cabrón por la borda.

—¡Bastardos ignorantes! ¡Monos hipócritas! ¡Alejaos… *alejaos de mí*!

Locke se divirtió al comprobar que Jean se encargaba de sacar del puente al erudito vestido de azul; no sólo se trataba de darle un susto, sino de que no saliera herido, algo para lo que Jean valía mucho.

—Oh, se lo ruego, señor, no lo haga —dijo el capitán del *Arenque*—. Maese Donatti es inofensivo, señor, se lo ruego…

—Eh —dijo Locke—, ¿acaso todos los de esta bañera queréis haceros los tontos? ¿Por qué iba yo a mancharme las suelas de las botas viniendo a este sitio a menos que tuvierais algo interesante?

—¿Los, hum, experimentos hidrográficos?

—¡DINERO! —Locke le agarró de la camisa y le levantó del suelo—. ¡Quiero todo lo que pueda venderse, beberse y comerse en este bote salvavidas de gran tamaño, o, de lo contrario, veréis cómo se ahoga ese viejo bastardo! ¿Crees que servirá como *experimento hidrográfico?*

5

No fue poco el botín que obtuvieron de aquel pequeño buque; era evidente que Donatti había pagado bien para disponer de las comodidades de casa mientras durasen sus experimentos. Un bote cargado con licores, tabaco de calidad, almohadas de seda, libros, instrumentos de artífice, drogas alquímicas y sacas de monedas de plata fue enviado rápidamente al *Orquídea*, mientras los piratas de «Ravelle» terminaban de sabotear el queche.

—Las cuerdas del timón, sueltas, señor —dijo Jean después de media hora de que lo abordaran.

—Cordajes cortados, riostras cortadas —dijo Delmastro, que se divertía haciéndose pasar por una simple bucanera. Se paseaba por la barandilla de babor con un hacha, cortando todo lo que le venía en gana—. ¡No sé-qué-diablos cortado, señor!

—Señor, por favor —imploraba el capitán—, nos llevará un siglo arreglar todo eso, ya se han llevado todo lo que era de valor…

—No quiero que mueran en este lugar —dijo Locke, bostezando como si las súplicas del capitán le aburrieran—. Sólo quiero tener unas pocas horas de

tranquilidad antes de que las noticias lleguen a Tal Verrar.

—Oh, señor, haremos lo que nos diga. Lo que quiera; no contaremos a nadie…

—Por favor —dijo Locke—, compórtese con dignidad, señor Arenque. Quiero que lo cuente. En todos los sitios. Empléelo para conseguir los favores de las putas. Quizá para conseguir unos cuantos tragos gratis en las tabernas. Y, lo más importante, repita mi nombre: Orrin Ravelle.

—O-orrin Ravelle, señor.

—Capitán Orrin Ravelle —dijo Locke, sacando un puñal y poniéndoselo al capitán en la garganta—. Del excelente navío *¡Tal Verrar está jodida!* ¡Quédese en casa y deje que todo el mundo sepa que estoy rondando cerca de Tal Verrar!

—Así, uh, lo haré, señor.

—Bien —Locke dejó caer en la cubierta a aquel hombre y guardó el puñal—. Entonces hemos quedado en paz. Ahora vuelve a estar al mando de su pequeño barquito.

Locke y Jean se encontraron brevemente en la popa antes de abordar el último bote que regresaba al *Orquídea*.

—Por los dioses —dijo Jean—, seguro que le va a *encantar* al Arconte.

—Bueno, al menos no le mentimos. Le prometimos ataques piráticos en todos los puntos de la rosa de los vientos. Lo que no le dijimos fue que Zamira sería la estrella de todos ellos —Locke lanzó un beso a la ciudad, que se extendía por la parte norte del horizonte—. Feliz *Festa*, Protector.

6

—No creo que en los años que me quedan —decía Locke— vuelva a quedarme colgado en el vacío mientras pinto el maldito trasero de un buque.

A las tres de la tarde del día siguiente, Locke y Jean colgaban de unas sogas atadas a la barandilla de popa del *Orquídea Emponzoñada*. Después de que la noche anterior hubieran quitado para siempre la capa de pintura que lo había convertido en el *Quimera*, ambos estaban bautizando el buque con un nuevo nombre, *Delicia*. Sus manos y camisas estaban manchadas con gruesas pellas de color plateado.

Ya habían acabado de pintar *Deli* cuando Paolo y Cosetta comenzaron a hacerles cucamonas desde los ventanales de popa de la cabina de Zamira.

—Yo creo que esto de la piratería es como emborracharse —dijo Jean—. Si lo haces durante toda la noche, lo acusarás al día siguiente.

El *Orquídea* había virado al norte durante la mañana, de suerte que ya se encontraba a unas cuarenta o cincuenta millas de la ciudad, lo cual les daba a todos cierta sensación de alivio; después de su encuentro con el *Arenque*, Drakasha había abandonado la zona para dedicar la tarde a despojar a su vieja amiga de madera de su

antiguo disfraz y a vestirla con el nuevo. O, más apropiadamente, a confiar aquella tarea a los cuidados de Locke y de Jean.

Cuando finalmente el *Deli* se convirtió en *Delicia*, ya eran las cuatro. Sedientos y cocidos por el sol, fueron izados hasta el alcázar por Delmastro, Drakasha y Nasreen. Después de echarse al coleto las jarras de agua rosada que les ofrecieron, Drakasha les indicó que la siguieran a su cabina.

—Buen trabajo el de anoche —dijo—. Bien realizado y en completo orden. No dudo de que el Arconte se sentirá bastante humillado.

—Daría cualquier cosa por poder convertirme en una mosca y así posarme en las paredes de las tabernas durante los próximos días.

—Y también me sirvió para tener una idea de cuál debe ser la estrategia que debemos adoptar.

—¿La cual es…?

—Ustedes me dijeron que el capitán y la tripulación del queche no eran verraríes… eso hará que su historia pierda algo del impacto que buscábamos. Habrá preguntas sobre su fiabilidad. Rumores y cotilleos acerca de su credibilidad.

—Sí…

—Así que lo que hemos hecho no será de gran ayuda —dijo Zamira—. Dará lugar a comentarios, especulaciones y la situación de Stragos se agravará, pero no causará pánico, ni tampoco los verraríes se manifestarán en las calles pidiendo su ayuda. En cierto modo, nuestro primer amago pirático para ayudar a Stragos ha sido una chapuza.

—Eso que dice ofende nuestro orgullo profesional —dijo Jean.

—¡Y el mío! Pero piensen en que… quizá nos convendría llevar a cabo unas cuantas chapuzas más del mismo tipo.

—Me da la impresión de que nos lo va a explicar con mucho detalle —dijo Locke.

—Del me ha dicho esta misma tarde que ustedes dos creen que la solución de su problema radica en el alquimista de cabecera de Stragos y que quizá puedan conseguir su ayuda a cambio de una oferta hecha en privado.

—Es cierto —dijo Locke—, era una de las partes de nuestra visita durante la pasada noche a la Mon Magisteria que no salió nada bien.

—Entonces lo que tenemos que hacer —dijo Drakasha— es darles otra oportunidad para que se entrevisten con ese alquimista. Una razón más para visitar la Mon Magisteria cuanto antes. Como buenos criados aplicados que están ansiosos de conocer lo que su amo opina respecto a los progresos que hacen en su misión.

—Ahhh —dijo Locke—. Y si él nos espera para gritarnos, al menos podremos decir algo.

—Exactamente. O sea, necesitamos algo que dé colorido a la cosa. Algo

impactante, algo que suponga una prueba *innegable* de lo que nos estamos esforzando por Stragos. Pero… que no amenace directamente Tal Verrar. Para que Stragos no piense que es un adelanto de lo que quiere.

—Hmmm —dijo Jean—. Impactante, colorista, que no suponga una amenaza. No estoy muy seguro de que todos esos conceptos cuadren con lo que se supone que es la vida de los piratas.

—Kosta —dijo Drakasha—, me está mirando de una manera muy rara. ¿Se le ha ocurrido alguna idea o es que le ha cogido el sol demasiado?

—Impactante, colorista y que no amenace directamente a Tal Verrar —susurró Locke—. ¡Por los dioses! Capitana Drakasha, ¿me haría el honor de una humilde sugerencia…?

7

El monte Azar estaba tranquilo aquella mañana, la del vigésimo quinto día de Aurim, y el cielo que cubría Salón Corbeau era tan azul como las aguas de un río profundo, en absoluto teñidas por el humo gris del volcán. Era uno de tantos inviernos suaves que suelen darse en la costa norte del Mar de Bronce, cuyo clima es más seguro que un mecanismo verrarí.

—Ya llega el oleaje —dijo Zoran, que era el jefe de muelles de la Guardia durante el turno de la mañana.

—Pues yo no veo más olas que las que hay —Giatti, su contrapartida más joven, escrutaba el mar al otro lado del puerto.

—No me refiero a las olas, idiota, sino al oleaje[3] de la gente bien. La gente que tiene tierras y que está forrada —Zoran se ajustó el tabardo de color gris-oliva y se pasó la mano por él para limpiárselo, deseando no tener que llevar puesto el maldito sombrero de fieltro prescrito por la noble Saljesca. Aunque le hacía parecer más alto, el calor que generaba hacía que el sudor le cayera en los ojos.

Más allá de las paredes naturales de roca que formaban el puerto de Salón Corbeau, un majestuoso bergantín de dos palos y un casco de madera de álamo negro, acababa de juntarse con dos falúas de Lashain recientemente ancladas en mar abierto. El recién llegado acababa de lanzar un bote al agua. Era uno de los cuatro o cinco mejores que había visto, y se desplazaba con ayuda de una docena de remeros vigorosos.

Cuando aquel bote largo y estrecho se colocó en paralelo al muelle, Giatti se agachó y comenzó a desenrollar la soga atada a uno de los pilotes. Al quedar amarrado por la proa, Zoran se acercó a su lado, se inclinó y tendió una mano a la pasajera para que pudiera levantarse de su asiento.

—Bienvenida a Salón Corbeau —dijo—. ¿Cuál es su título, y cómo desea que la

anunciemos?

Aquella mujer joven, bastante bajita y curiosamente musculosa para alguien de su estatura, sonrió de un modo agradable y aceptó la mano de Zoran. Vestía una casaca verde-bosque encima de una camisa del mismo color con volantes; aquel color iba muy bien con sus rizos castaños. Llevaba encima menos joyas y maquillaje de lo que era usual. ¿Alguien de la familia del dueño del buque, aunque no tan rica como él?

—Discúlpeme, señora, pero necesito saber a quién debo anunciar —ella dio un paso hacia la seguridad que le brindaba el embarcadero y él intentó soltar su mano, pero para sorpresa suya ella no soltó la de él, sino que, con un movimiento lleno de gracia, apoyó un puñal de negro acero en su entrepierna. El guardia tragó saliva.

—A una partida de noventa y ocho piratas, todos fuertemente armados —dijo la mujer—. Grite o intente luchar y de repente se habrá convertido en eunuco.

8

—Esté tranquilo —dijo Delmastro, mientras Locke ayudaba a Jean, Streva, Jabril y a Konar el Grande a subir hasta el embarcadero—. No somos enemigos. Sólo una familia con dinero que viene a visitar su encantador pueblecito. O ciudad. O lo que sea —mantuvo su puñal entre ella y el viejo guardia portuario para que nadie pudiera verlo a menos que se encontrara a escasos metros. Konar se hizo con el guardia más joven y le echó un brazo por el hombro, como si ambos fueran viejos conocidos, mientras le decía algo al oído que tuvo el efecto de dejarle tan pálido como un muerto.

Lenta y cuidadosamente, los tripulantes del *Orquídea* progresaron por el embarcadero. Y ningún ruido salió del grupo que formaban, a pesar de que sus finos ropajes ocultaran un arsenal de armas que debían de tintinear bajo las capas y las camisas. De otro modo, los sables y las hachas de los remeros no hubieran pasado desapercibidos a los guardias.

—Pues ya estamos aquí —dijo Locke.

—A primera vista, parece un sitio bonito —comentó Jean.

—A primera vista todo lo es. Sólo nos queda esperar a la capitana para que comience el espectáculo.

9

—Disculpe, señor; disculpe.

Zamira Drakasha, que iba sola en el bote más pequeño del *Orquídea*, levantó la vista hacia el guardia de aspecto cansado que la miraba desde la ornamentada borda del yate que se encontraba más cerca de su buque. Aquel yate, de unos quince metros

de eslora, tenía un solo mástil y bancos para cuatro remeros a cada lado. Los bancos se encontraban hacia arriba, como las alas de un ave a la que acabaran de montar, dejándola saciada. Detrás del mástil, a la manera de una tienda, podía verse un pabellón de paredes de seda que ondeaban débilmente al viento. Aquella tienda se encontraba entre el guardia y la tierra firme.

El guardia la miró y bizqueó. Zamira llevaba unas ropas de color amarillo muy tupidas que velaban su silueta. Se había dejado el sombrero en la cabina, así como las pulseras que cubrían sus muñecas y las tiras con las que se adornaba los cabellos.

—¿Qué quieres?

—Mi señora me ha encargado que haga unas cuantas cosas en su buque mientras ella va a tierra para divertirse —dijo Zamira—. Me preguntaba si podría ayudarme a mover unas cuantas cosas que pesan mucho.

—¿Quieres que suba a ese barco y que me comporte como si fuera una bestia de carga?

—Sería muy amable por su parte.

—Ah, ¿y qué estás dispuesta a darme a cambio?

—A cambio de su bondad, yo le daría a los dioses las gracias más sentidas —dijo Zamira—, a menos que quiera que le prepare un poco de té.

—¿Tienes una cabina para ti sola?

—Sí, mi señora es muy amable…

—A cambio de estar a solas una pizca de tiempo contigo y con esa boca tuya, tendré el gusto de mover todo lo que tú quieras.

—Oh… ¡que *improcedente*! Mi señora…

—¿Y quién es tu señora?

—La futura señora Ezriane de la Mastron, de Nicora…

—¿Nicora? ¡Ja! Menuda mierda. Anda, lárgate —el guardia se dio la vuelta, guaseándose.

—Ah —dijo Zamira—. Como quiera. Sé lo que debo hacer cuando no me quiere nadie.

Se inclinó hacia delante y movió la tela alquitranada de color oscuro que estaba delante de sus pies, la cual ocultaba la ballesta más grande del arsenal del *Orquídea Emponzoñada*, cuyo emplumado dardo de acero era más largo que un antebrazo humano.

—Pero *no me importa*.

Es posible que el guardia se sintiera perplejo al ver dos segundos después la punta del dardo de ballesta que le salía por el esternón. Zamira se preguntó si antes de caer al suelo con la columna vertebral rota habría tenido tiempo de preguntarse dónde se encontraba el resto del dardo.

Zamira se pasó por la cabeza el vestido amarillo que llevaba y lo dejó tirado en la

popa del bote. Debajo llevaba su cota de cristal antiguo, una camisa de poco abrigo y calzas, botas y un par de brazales de cuero muy estrechos. En su cinturón no había armas; buscó debajo de su asiento, sacó los sables y los deslizó en sus respectivas vainas. Remó para que el bote se pusiera al lado de uno de los costados del yate e hizo una señal con la mano a Nasreen, que seguía en la proa del *Orquídea*. Dos de sus tripulantes subieron por la barandilla de aquel lado y se arrojaron al agua.

Los nadadores estuvieron a su lado un minuto después. Zamira les ayudó a salir del agua y les indicó que manejaran los remos. Después tiró de los pernos para soltar las cadenas del ancla; no tenía ningún sentido que se entretuvieran en izarla. Con aquellos dos marineros a los remos y Zamira al timón, a los pocos minutos el yate se encontraba detrás del *Orquídea Emponzoñada*.

Los miembros de su tripulación, cubiertos con armaduras y bien pertrechados, incongruentes con las frágiles molduras del yate, comenzaron a subir sigilosamente a aquella embarcación. Zamira contó cuarenta y dos de ellos antes de comprender que ya no cabía ninguno más: se aplastaban contra su puente, se apelotonaban en la cabina y manejaban todos los remos. Lo haría de la siguiente manera: dos tercios de la tripulación llevarían el ataque principal en la costa y el otro tercio permanecería en el *Orquídea* para encargarse de las embarcaciones del puerto.

Hizo una señal a Utgar, que estaría al mando de la segunda parte del operativo. Él hizo una mueca y dejó el puerto de entrada para comenzar los preparativos.

Los remeros de Zamira rodearon el *Orquídea* y después de girar a babor dejaron atrás la popa y se dirigieron hacia la playa. Por detrás de ella podían ver las edificaciones y los jardines en terraza del rico valle, dispuestos ante ellos como la comida de un banquete.

—¿Quién quiere dar el toque final? —preguntó Zamira.

Uno de los hombres de su tripulación desplegó una bandera roja de seda y comenzó a asegurarla a la driza que colgaba del mástil del yate.

—Muy bien —Zamira se puso de rodillas en la proa y se ajustó el cinturón de las armas, como siempre solía hacer—. ¡Remad con ganas! ¡Llevadnos hasta esa playa!

Mientras el yate salía disparado por encima de las aguas de la bahía, por entonces en calma, Zamira observó que unas pequeñas siluetas situadas encima de los acantilados circundantes comenzaban a dar signos de alarma. Una o dos echaban a correr hacia la ciudad; calculó que llegarían cuando ella comenzara a sentir la arena de la playa bajo sus botas.

—¡Muy bien! —exclamó—. ¡Izad la bandera para que comience el espectáculo!

Cuando la bandera escarlata subió por la driza y ondeó al viento, todos los miembros del *Orquídea* que atestaban el yate lanzaron un aullido salvaje que llegó hasta el puerto, de suerte que quienes se encontraban en el embarcadero comenzaron a esgrimir sus armas: toda la gente que estaba en los acantilados huyó hacia la ciudad,

y los sables de Zamira refulgieron bajo la luz del sol cuando ella los desenvainó, preparándose para la acción.

Era la mismísima definición de lo que viene a ser una hermosa mañana.

10

—¿Era *absolutamente necesario* saquear Salón Corbeau de una manera tan atroz? —preguntó Stragos.

Locke y Jean estaban sentados en el despacho del Arconte, rodeados por los débiles arrullos de las alas siempre en penumbra de sus mil insectos mecánicos. Aunque quizá pudiera tratarse de un engaño producido por la escasa luz de la habitación, a Locke le pareció que las arrugas del rostro de Stragos se habían hecho más profundas desde la última vez que ambos habían hablado.

—Fue muy divertido. ¿Tenía algún interés especial en ese sitio?

—No personalmente, Lamora… pero creía haberle dejado bien claro que deberían centrar sus actividades en atacar a los buques que estuvieran cerca de Tal Verrar.

—Se supone que Salón Corbeau se encuentra cerca de…

—Pero ¿es un *buque*, Lamora?

—Tenía bastantes buques en el puerto…

—Mis agentes ya me han dado un informe de los destrozos —dijo Stragos, mientras clavaba dos dedos en un pergamino—: Dos falúas hundidas. Cuarenta y seis yates, barcazas de recreo y pequeñas embarcaciones quemados o hundidos. Ciento dieciocho esclavos robados. Diecinueve miembros de la guardia personal de la condesa Saljesca muertos, dieciséis heridos. La enorme mayoría de las residencias y salones para invitados de Salón Corbeau quemados, los jardines prácticamente destruidos. Su estadio de imitación, destrozado. Otros daños y pérdidas que sobrepasan la cantidad de noventa y cinco mil solari en una primera aproximación. ¡Lo único que se dejaron por destruir fueron unas cuantas tiendas y la propia residencia de la condesa!

Locke hizo una mueca burlona. Lo último a lo que se refería Stragos no se debía al azar; después de que los invitados más importantes de Saljesca huyeran hasta su residencia, que era como una fortaleza, y se hicieran fuertes en su interior junto con los pocos soldados que le quedaban a ella, no tenía ningún sentido atacar la fortaleza; la gente del *Orquídea* se hubiera hecho matar al asaltar sus muros. Habiendo metido a sus oponentes en la bolsa que suponía la parte más alta del valle, la tripulación de Drakasha pudo correr a sus anchas durante más de hora y media, saqueando y quemando el valle a su gusto. Sólo cuatro marineros habían muerto durante el ataque.

Y en lo que se refería a las tiendas… Locke había pedido especialmente que se respetara a la zona que rodeaba el establecimiento familiar de los Baumondain.

—No tuvimos tiempo de arrasarlo todo —dijo—. Y ahora que Salón Corbeau se encuentra más o menos en ruinas, supongo que algunos de los artesanos que trabajaban en él querrán asentarse en Tal Verrar. Más a salvo que allí, con usted y todos sus militares a su alrededor, ¿no le parece?

—¿Cómo es posible que malgaste el tiempo en ejecutar una incursión tan poco relevante de una manera tan eficiente, en vez de cumplir sus objetivos auténticamente importantes?

—No estoy de acuerdo…

—Un ataque a cargo de Orrin Ravelle (por cierto, muchas gracias por el detalle) durante la noche de la *Festa* contra un queche de Iridan que había alquilado un chiflado excéntrico. Dos ataques más confirmados, ambos en las cercanías de Salón Corbeau, uno dirigido por Ravelle y otro por una tal «Capitana de la Mastron» a la que nadie conoce. ¿Acaso Drakasha tiene miedo de que sepan lo que hace?

—Queríamos que pensaran que había muchos piratas atacando…

—Lo que algunos deberían pensar es que mi paciencia se está acabando. No han robado cargamentos de importancia ni quemado ningún buque, ni siquiera asesinado a ninguna tripulación. Se contentan con el dinero y lo que pueden llevarse, humillan y asustan a sus prisioneros, apenas hacen algo más que destrozar un poco sus buques y luego desaparecen.

—No podemos llevar mucha carga en exceso, porque tenemos que abarcar una gran extensión de mar.

—Me parece que lo que deberían hacer es una gran extensión de *muertos* —dijo Stragos—. Ahora la ciudad está más entretenida que preocupada; y no sólo es que yo siga siendo el hazmerreír de la ciudad por culpa del asunto Ravelle, sino que no creo que esta explosión de… gamberrismo afecte en absoluto al comercio de Tal Verrar.

»Incluso el saqueo de Salón Corbeau no ha creado ninguna ansiedad. Sus ataques recientes obligan a pensar que no se atreve a acercarse a la ciudad; que estas aguas siguen a salvo —Stragos le fulminó con la mirada antes de proseguir—. Aunque aún siga comprándole cosas a mi vendedor acostumbrado, es posible que deje de hacerlo si no tienen la calidad que busco en ellas.

—La diferencia entre usted y yo —dijo Locke— estriba en que, si yo estuviera probándome una casaca de encargo, no *envenenaría* al sastre hasta que no me hubiera dejado bien las mangas…

—Mi vida y mi fortuna están comprometidas —dijo Stragos, levantándose de la silla— al igual que las suyas, que dependen de su éxito. Quiero carniceros, no payasos. Capture buques cerca de mi ciudad, para que todos puedan verlo. Pase por la espada a sus tripulaciones. Llévese sus cargamentos o incéndielos… ya es hora de ser serio. Sólo de esa manera esta ciudad se estremecerá hasta sus cimientos.

»No vuelva —dijo, poniendo énfasis en cada palabra— hasta que estas aguas se

hayan manchado de sangre. Hasta que usted se haya convertido en un azote.

—Que así sea —dijo Locke—. Otro sorbo de su antídoto…

—No.

—Si quiere que trabajemos con completa confianza…

—Seguirán comportándose como huevos encurtidos metidos dentro de un tarro —dijo Stragos—. Se tomaron la última dosis hace menos de dos semanas. No estarán en peligro hasta dentro de otras seis.

—Un momento, Arconte —Jean le interrumpió cuando vio que estaba a punto de levantarse—. Sólo una cosa más. Cuando regresamos a la ciudad la noche en que se celebraba la *Festa*, volvieron a atacarnos.

—¿Los mismos que antes? —Stragos entornó la mirada.

—Si se refiere a que seguimos con el mismo misterio que teníamos antes, la respuesta es sí —dijo Jean—. Alguien nos acechaba en los muelles después de ir a visitar a Requin. Si recibió un soplo de nuestra presencia en la ciudad, entonces tuvo que moverse muy deprisa.

—Y el único lugar al que fuimos —dijo Locke— antes de visitar los Peldaños Dorados fue éste.

—Mi gente no tiene nada que ver con eso —dijo Stragos—. Además, ésta es la primera vez que me entero del asunto.

—Dejamos cuatro muertos a nuestras espaldas —apuntó Jean.

—No tiene importancia. Cuando se acabó la *Festa*, la Policía encontró unos treinta cadáveres, dispersos por toda la ciudad; siempre habrá algún motivo y algún robo que puedan justificarlos —Stragos suspiró—. Es evidente que yo no tengo nada que ver en el asunto y por eso no seguiré hablando del tema. Presumo que se irán derechos a su buque en cuanto salgan de aquí.

—A toda velocidad —dijo Locke— y apartándonos de las islas todo lo que podamos.

—Todo esto debe ser a causa de alguna maldad que ustedes cometieron hace algún tiempo, que ahora viene a pasarles factura —dijo Stragos—. Ya pueden irse. Nada de antídoto y nada de consejos. La próxima vez sólo podrán alargar sus vidas si consiguen que los mercaderes asustados lleguen corriendo a mi puerta para pedir auxilio porque la muerte les aceche al otro lado de estos puertos. Váyanse y *hagan su trabajo*.

Se levantó y se fue sin decir nada más. Momentos después, un pelotón de Ojos entró por la puerta y los miraron expectantes.

—Vaya, maldición —dijo Jean entre dientes.

11

—Cogeremos al bastardo —decía Ezri aquella misma noche mientras yacía con Jean en su cabina. El *Orquídea Emponzoñada*, que para entonces había pasado a llamarse el *Mercurial*, atravesaba una zona de mar picada a veinte millas al sudoeste de Tal Verrar, lo que les obligaba a agarrarse el uno al otro entre los sucesivos vaivenes de la hamaca.

—No será fácil —dijo Jean—. No volveremos a verlo hasta que no hagamos algo que se acomode a sus planes… y entonces es posible que ya no nos necesite. Quizá recibamos un puñal en la espalda en lugar del antídoto. A menos que… si las cosas llegan hasta ese extremo, sea él quien reciba el puñal…

—No quiero oír nada más de ese asunto —dijo ella—. Cambiemos de tema.

—Es algo a lo que debemos enfrentarnos, cariño…

—No lo creo —dijo ella—. En absoluto. *Siempre* hay una manera diferente de emprender un ataque o una fuga. Y siempre podemos dar con ella —rodó por encima de él y le besó—. No te dije que abandonaras, Jean Tannen, sino que *me gustaba* hacer las cosas a mi manera.

—Por los dioses —murmuró Jean—. ¿Cómo he podido vivir todo este tiempo sin ti?

—De una manera triste, pobre y miserable —dijo ella—. Hago que todo sea mucho mejor. Por eso me trajeron los dioses hasta aquí. Ahora deja de lamentarte y dime algo agradable.

—¿Algo agradable?

—Sí, mermado, he oído que los amantes suelen decirse cosas agradables cuando están solos…

—Bueno, pero es que contigo uno se expone a la pena de muerte, ¿o no?

—Es posible. Por cierto, pásame el sable…

—Ezri —Jean se había puesto muy serio—. Oye… cuando todo esto haya terminado, lo de Stragos y lo demás, Leocanto y yo seremos… muy ricos. Si los demás asuntos que tenemos en Tal Verrar nos salen bien.

—Tu sintaxis es deficiente —apuntó ella—. «Cuando» y «salgan».

—Pues, *cuando* los demás asuntos que tenemos en Tal Verrar nos *salgan* bien, podrías venirte con nosotros. Leo y yo ya lo hemos comentado por encima. No se trata de que tengas que elegir entre una vida y otra, Ezri. Puedes tomarte… una especie de vacaciones. Es algo que todos podemos hacer.

—¿A qué te refieres?

—A comprar un yate —dijo Jean— en Vel Virazzo, en su dársena privada, donde todos los poderosos tienen sus botes y barcazas. Siempre hay unos cuantos a la venta que se pueden adquirir con varios cientos de solari en efectivo, que es lo que nosotros queremos hacer. De cualquier modo, tenemos que ir a Vel Virazzo para… terminar nuestros asuntos. Podemos tener listo un yate en dos días y… entonces salir a dar una

vuelta. Largarnos. Disfrutar. Pretender, pero sólo durante unos pocos días, que sólo somos gente rica y despreocupada.

—¿Te refieres a que después volveríamos a las preocupaciones de siempre?

—A lo que quisieras —dijo Jean—. A lo que te apeteciese. Siempre te gusta hacer las cosas a tu manera, es lo que has dicho.

—¿Vivir en un yate contigo y con Leocanto durante algún tiempo? —comentó ella—. No te ofendas, Jean, tú eres bastante pasable para ser de tierra adentro, pero él, según sus propias palabras, no sería capaz de esquivar con uno de sus zapatos el charco de una meada…

—¿Por qué crees que queremos que vengas con nosotros, hmmm?

—Vaya, debiera haberme imaginado que tu proposición tenía que ver con esa cuestión —dijo ella, llevando estratégicamente las manos a un sitio mucho más interesante.

—Ah —dijo él—, claro que tiene que ver, pero también serías una especie de capitana honoraria…

—¿Podría ponerle nombre al yate?

—¡Cómo si fueras a dejar que otro se lo pusiera!

—Muy bien —susurró ella—. Si ese es el plan, pues adelante. Lo pondremos en práctica.

—¿Te refieres realmente a que…?

—Diablos —dijo ella—, con toda la bebida que sacamos de Salón Corbeau los de la tripulación estarán borrachos durante meses en cuanto regresemos a las Islas del Viento Fantasma. Zamira no me echará de menos si me ausento unos pocos días —y le besó—. Medio año —y volvieron a besarse—. Quizá uno o dos años.

—Siempre hay una manera diferente de atacar —susurró Jean entre besos— y otra de huir.

—Por supuesto —murmuró ella—. Mantente firme y antes o después descubrirás lo que estabas buscando.

12

Bajo la luz naranja y plata que señalaba el principio de la mañana, Jaffrim Rodanov se paseaba por el alcázar del *Soberano Temor*. Avanzaba rumbo noroeste con viento sobre la amura de estribor, a unas cuarenta millas al sudoeste de Tal Verrar. El agua del mar se desplazaba unos dos metros más abajo.

Tal Verrar. Medio día de navegación hasta la ciudad que habían estado evitando durante aquellos últimos siete años como si fueran una colonia flotante de pieles caídas; a la sede de una marina de guerra que podía destruir incluso a un buque tan poderoso como su *Soberano* siempre que la ira la empujara a ello. En aquellas aguas

no existía libertad, sólo una sensación un tanto imprecisa de libertad. Voluminosos buques mercantes a los que jamás podría ponerles la mano encima; una rica ciudad que nunca podría saquear. Pero podía vivir con todo eso. Siempre que la libertad y el saqueo que le proporcionaban los mares del sur no se terminaran, él seguiría sintiendo que su oficio era algo *grandioso*.

—Capitán —dijo Ydrena, apareciendo en el puente y llevando en una mano la usual jarra barata de cerámica, llena de té mezclado con brandy, que se tomaba a la hora del desayuno—. No quisiera estropearle una mañana tan espléndida…

—Si necesitara que mi culo recibiera más besos que velas mi buque, no serías mi segundo.

—Hemos invertido muy poco tiempo en llegar hasta aquí, capitán, pero llevamos una semana sin descubrir nada.

—Hemos avistado dos docenas de buques mercantes, lugres y galeras de placer en los últimos dos días —dijo Rodanov—, pero aún no hemos visto ninguna enseña naval. Todavía tenemos tiempo para encontrarla.

—No discutiré su lógica, capitán. La cuestión es que dar con ella…

—Es como un auténtico dolor en el trasero. Ya lo sé.

—No creo que esté dando vueltas por ahí anunciándose como Zamira Drakasha del *Orquídea Emponzoñada* —dijo Ydrena mientras tomaba un sorbo de té—. A fin de cuentas, y puesto que pertenecemos a esa gente infame de las Islas del Viento Fantasma que se dedica a hundir buques, ¿por qué no le hacemos una visita a una de esas embarcaciones?

—Podrá ponerle el nombre que quiera —dijo Rodanov—, pintar lo que quiera en su popa, alterar su velamen hasta que parezca un jabeque estreñido, pero no podrá alterar su casco. Un casco de madera de álamo negro. Que llevamos viendo desde hace años.

—Capitán, todos los cascos son negros a menos que uno los vea desde muy cerca.

—Ydrena, créeme, si tuviera una idea mejor la pondría en práctica —bostezó y se desperezó, sintiendo que los fuertes músculos de sus brazos se flexionaban de un modo muy agradable—. Lo único que sabemos es que ha atacado a unos cuantos buques y, recientemente, a Salón Corbeau. Se mueve en círculos por algún sitio, siempre hacia el oeste. Eso es lo que yo haría… cubrir una gran zona de mar.

—Sí —dijo Yrena—, una zona de mar *demasiado* grande.

—Ydrena —dijo él con voz extrañamente tranquila—, he recorrido un largo camino para romper un juramento y matar a una amiga. Llegaré hasta donde haya que llegar y seguiré su estela todo el tiempo que sea necesario. Registraremos este mar hasta que uno de nosotros dé con el otro.

—O hasta que la tripulación decida que ya han…

—Aún falta mucho para ese momento. Mientras tanto, duplica el número de

vigías que hacen guardia de noche. Triplica el de los que la hacen de día. Si tengo que hacerlo, subiré a los mástiles a la mitad de la jodida tripulación.

—Vela a la vista —dijo una voz en lo alto del palo mayor. Mientras aquella voz llegaba de uno a otro lado del puente, Rodanov echó a correr, incapaz de aguantarse. Aunque había escuchado lo mismo cincuenta veces durante la última semana, no dejaba de pensar siempre que aquella vez era la definitiva.

—¿Por dónde?

—¡A tres puntos por la amura de estribor!

—¡Ydrena, más vela! —exclamó Rodanov—. ¡Derechos hacia el avistamiento! ¡Timonel, rumbo norte-noreste según la amura de estribor!

Aún sin saber de qué tipo de avistamiento se trataba, el *Soberano Temor* se sentía entre aquellas aguas y vientos como en su propia casa; su tamaño y su peso le permitían acometer olas que hubieran restado velocidad a buques más ligeros. Enseguida llegarían cerca de las velas avistadas.

Los minutos pasaron lentos e interminables. Mantenían su nuevo rumbo, capturando el poder del viento que les llegaba justo por la amura de estribor. Rodanov recorría el castillo de proa, esperando…

—¡Capitán Rodanov! ¡Tiene dos mástiles! ¡Repito, dos mástiles!

—¡Magnífico! —exclamó—. ¡Ydrena! ¡Primer oficial al castillo de proa!

Ella llegó en un minuto, su cabellera rubia-pálida flotando bajo la brisa. Vertió el té que le quedaba mientras llegaba.

—Llévate mi mejor catalejo al palo mayor —dijo—. Y avísame… en cuanto distingas algo.

—A la orden —replicó ella—. Por lo menos no estaré de brazos cruzados.

La mañana prosiguió con la lentitud de una tortura en medio de un cielo sin nubes, lo que era de agradecer. El sol se puso más alto y más brillante hasta que…

—¡Capitán! —era la voz de Ydrena—. ¡Casco de álamo negro! ¡Es un bergantín de dos palos con el casco de álamo negro!

Rodanov ya no podía aguantar la pasividad, así que exclamó:

—¡Ahora mismo subo!

Subió trabajosamente por entre las velas del palo mayor hasta llegar a la plataforma de observación que estaba en su parte más alta, un lugar que, hacía de aquello bastantes años, había reservado para los marineros más jóvenes. Ydrena se encaramaba en ella, junto con un tripulante que se apretujaba a su lado para dejarle sitio en la plataforma. Rodanov tomó el catalejo y observó el buque que se perfilaba en el horizonte, escrutándolo intensamente hasta que estuvo seguro de lo que veía.

—Es él —dijo—. Le han hecho algún arreglo fantasioso a las velas, pero es el *Orquídea*.

—¿Qué haremos ahora?

—Montar hasta el más pequeño trapo del velamen que podamos —repuso él—. Habrá que acercarse todo lo que podamos antes de que nos reconozcan.

—¿Quiere que hagamos señales? ¿Primero parlamentar y luego lanzarnos contra el buque?

—«Que nuestras manos hablen por nosotros, para que nuestros labios se conviertan en el libro hablado de nuestros designios» —dijo Rodanov.

—¿Más poesía de esa suya?

—Versos, no poesía. Y, respecto a lo otro, no. Ella nos reconocerá antes o después. Y, cuando lo haga, sabrá exactamente lo que queremos hacer.

Pasó el catalejo a Ydrena y se preparó para saltar hacia las velas y bajar por ellas.

—Derechos hacia el buque, capas fuera y armas dispuestas. Que el último combate que deba afrontar sea, al menos, memorable.

Capítulo 15

Entre hermanos

1

—¿Sabe Jerome lo que me acaba de pedir?

—No.

Locke estaba sentado en la barandilla de babor al lado de Drakasha, acurrucado junto a ella para que ambos pudieran conversar en privado. Eran aproximadamente las siete de la mañana, y el sol comenzaba a ascender en la cazuela invertida y sin nubes que era el cielo azul. El viento llegaba del este para tocarles en la amura de estribor, y las olas jugueteaban con el casco.

—¿Y usted cree que…?

—Sí, creo que puedo hablar por los dos —dijo Locke—. No existe otra opción. No volveremos a ver a Stragos a menos que usted haga lo que él quiere. Y, seamos francos, si usted hace lo que quiere, creo que dejaremos de serle útiles. Tendremos una posibilidad más de llegar físicamente hasta él. Ya es hora de enseñarle a ese cabrón cómo solucionamos las cosas en Camorr.

—Creía que usted estaba especializado en deshonestidades elegantes.

—También mantengo un comercio activo en todo lo referente a gritar a la gente y a ponerle un cuchillo en la garganta —puntualizó Locke.

—Pero, si le pide una nueva audiencia después de haber hundido unos cuantos buques como él quiere, ¿no cree que se imaginará alguna traición y estará sobre aviso? Sobre todo en un palacio atestado de soldados…

—Sólo tengo que acercarme a él —dijo Locke—. Aunque no podría abrirme camino a través de un muro de guardias, a quince centímetros y con un buen estilete soy la mismísima mano de Aza Guilla.

—¿Cogerle de rehén, entonces?

—Simple. Directo. Esperanzadoramente efectivo. Si puedo escamotearle el antídoto o cerrar un trato con su alquimista, quizá le deje medio muerto del susto.

—Y, sinceramente, ¿cree que podrá conseguirlo?

—Capitana Drakasha, apenas he podido dormir los últimos días a causa de todas las vueltas que he estado dándole a ese plan. ¿Por qué cree que volví?

—Bueno…

—¡Capitana! —el vigía del palo mayor llamaba al puente—. ¡Algo se prepara a

popa!

—¿A qué te refieres?

—Posible vela a tres puntos por la amura de babor, en el horizonte. Acaba de despuntar por él. Llega del oeste y se dirige hacia nosotros.

—Buena vista —dijo Drakasha—. Mantenme informada. ¡Utgar!

—¿Sí, capitana?

—Dobla la guardia en cada mástil. ¡Ah del puente! ¡Dispuestos para cambiar el rumbo! ¡Listos para virar a mi orden!

—¿Algún problema importante, capitana?

—Quizá no —dijo Drakasha—. Aunque es posible que Stragos haya cambiado de opinión y decidido darnos caza, porque ningún buque de guerra verrarí puede llegar desde esa dirección.

—Eso es esperanzador.

—Sí. Por eso vamos a cambiar de rumbo en cuanto podamos. Si el cambio de rumbo de ellos nada tenía que ver con nosotros, quedarán detrás de nuestra estela —se aclaró la garganta—. ¡Timón al noroeste por el norte, ahora! ¡Utgar, vergas para recoger el viento por estribor!

—¡Sí, capitana!

El *Orquídea Emponzoñada* se escoró lentamente hacia babor hasta tomar rumbo noroeste. La fuerte brisa azotaba el alcázar como si intentara alcanzarle a Locke en el rostro. Le pareció ver por el sur lo que podían ser unas velas minúsculas, aunque desde el puente aquel bajel seguía con su casco oculto por las olas.

Varios minutos después volvió a oírse el grito del vigía:

—¡Capitana, estamos a cinco o seis puntos de su amura de babor! ¡Ha vuelto a por nosotros!

—No nos ofrece su amura de estribor —comentó Drakasha—. Intenta acercarse. Pero eso no tiene sentido —chasqueó los dedos—. Un momento, quizá se trate de un corsario.

—¿Y cómo pueden saber quiénes somos?

—Quizá obtuvieran una descripción del *Orquídea* de la tripulación del queche que usted fue a visitar. Vaya, era imposible mantener disfrazada a mi chica[4] durante tanto tiempo. Esas preciosas planchas suyas de álamo negro son inconfundibles.

—De acuerdo, pero… ¿supone mucho problema?

—Depende de todo lo deprisa que pueda ir. Si se trata de un buque corsario, combatir no servirá de nada. Estará lleno de gente peligrosa y no supondrá ningún botín para nosotros. Pero, si nosotros somos más rápidos, entonces les enseñaremos nuestro trasero y les saludaremos con la mano para decirles adiós.

—¿Y si no lo somos?

—Pues será un combate que no nos reportará beneficio alguno.

—¡Capitana! —era uno de los vigías subidos a los mástiles—. ¡Tiene tres palos!

—La cosa parece ir cada vez mejor —dijo Drakasha—. Subid a despertar a Ezri y a Jerome para que bajen.

2

—Mala suerte —dijo Delmastro—. Una suerte de perros.

—Pero sólo para ellos, siempre que pueda hacer lo que estoy pensando —replicó Zamira.

La capitana y su lugarteniente estaban en la barandilla de popa, mirando fijamente el pequeño cuadrado blanco que delataba encima del horizonte la posición del buque que los perseguía. Locke y Jean se habían apartado varios pasos y se apoyaban en la barandilla de estribor. Drakasha había llevado su buque varios puntos hacia el sur, de suerte que viajaban con rumbo oeste-noroeste tras recibir el viento por la amura de estribor, que, según ella, era el mejor lugar para que el *Orquídea* lo transformase en el empuje que necesitaban sus velas. Locke sabía que la operación era arriesgada, porque, si su contrario era más rápido, podía elaborar una trayectoria de interceptación en vez de perseguirlos por la popa. El problema consistía en que yendo hacia el norte el mar se acabaría muy pronto, y sólo podrían mantenerse en mar abierto dirigiéndose hacia el oeste.

—No me parece que les estemos ganando ventaja, capitana —dijo Delmastro después de unos cuantos minutos de silencio.

—A mí tampoco me lo parece. La culpa la tiene esta maldita mar picada. Si ese buque tiene tres mástiles, su mayor peso le ayudará a cortar las olas y así mejorará su velocidad.

—¡Capitana! —el grito del vigía subido en lo alto del mástil parecía más apremiante que de costumbre—. ¡Capitana, sigue tras nosotros sin desfallecer y…, capitana, discúlpeme, pero mejor sería que subiera y lo viera por usted misma!

—¿Ver el qué?

—¡A menos que me haya vuelto loco, ya he visto antes ese buque! —exclamó el vigía—. ¡Aunque podría jurarlo, me vendrían bien otros dos ojos!

—Echaré un vistazo —dijo Delmastro—. ¿Me permite su catalejo favorito?

—Déjalo caer y tu cabina pasará a ser de Paolo y de Cosetta.

Varios minutos más tarde, Locke observó cómo Delmastro subía al palo mayor armada con aquel objeto, el orgullo y la alegría de Zamira, una obra maestra de la óptica verrarí que estaba embutida en un cuero tratado alquímicamente. Minutos después, Delmastro exclamaba para que la oyeran desde el puente:

—¡Capitana, es el *Soberano Temor*!

—¿Qué? Del, ¿estás completamente segura?

—¡Sí, lo he visto muchas veces!

—¡Un momento, que ya subo!

Locke y Jean se miraron cuando Zamira saltó hacia los obenques del palo mayor. Los tripulantes que ocupaban la cubierta se explayaron en una sarta de murmullos y juramentos. Una docena de ellos dejó sus tareas y se dirigió a popa, estirando el cuello para poder vislumbrar algo de la vela que quedaba al sur. Se apartaron muy alarmados cuando Drakasha y Delmastro regresaron al alcázar con el rostro sombrío.

—¿Así que es él? —preguntó Locke.

—En efecto —dijo Drakasha—. Y si lleva buscándonos durante algún tiempo, eso quiere decir que tuvo que partir muy poco después de que nosotros lo hiciéramos.

—Entonces… quizá quiera entregarnos algún mensaje o algo parecido, ¿no cree?

—No —Drakasha se quitó el sombrero y pasó la otra mano por sus trenzas, como si estuviera nerviosa—. Se opuso a este plan más que cualquier otro de los que forman el consejo de capitanes. No se molestaría en recorrer la tremenda distancia que nosotros hemos hecho ni a arriesgar su buque tan cerca de Tal Verrar para entregar un simple mensaje. Me temo, Ravelle, que tendremos que posponer para otro momento la conversación de antes. El tema queda en suspenso hasta que sepamos si este buque sigue o no a flote cuando termine el día.

3

Locke miraba fijamente por encima de las crestas de las olas al *Soberano Temor*, que para entonces se perfilaba claramente en el horizonte y enfilaba en su dirección con la misma decisión con que una aguja tira de la hebra que la sujeta hacia el imán que la solicita. Eran las diez de la mañana, y el progreso que Rodanov hacía a expensas de ellos era innegable.

Zamira cerró su catalejo de golpe y se apartó de la barandilla de babor desde donde había estado estudiando el avance de su perseguidor.

—Capitana —dijo Delmastro—, tiene que haber algo que podamos hacer… para mantenernos lejos de él hasta que se haga de noche…

—Deberíamos tener alguna opción, estoy de acuerdo, pero sólo si nos persiguiera por la popa, porque si seguimos avanzando más hacia el norte nos toparemos con la costa antes de anochecer. Además, ese buque ha sido carenado recientemente y el nuestro no. La pura verdad es que estamos a punto de perder esta carrera.

Drakasha y Delmastro permanecieron en silencio durante unos instantes hasta que la teniente se aclaró la garganta.

—Creo que lo mejor será hacer los preparativos cuanto antes, ¿no le parece?

—Sería lo mejor. Que los del turno rojo duerman mientras puedan, si es que alguno de ellos no se ha despertado ya.

Delmastro asintió, agarró a Jean por una de las mangas de la camisa y se lo llevó hacia la entrada de la bodega principal de carga.

—Veo que ha decidido luchar —dijo Locke.

—Luchar es la única *opción* que me queda. Y la que le queda a usted, si quiere vivir hasta la hora de cenar. Rodanov tiene casi el doble de efectivos que nosotros. Supongo que comprenderá el caos que nos espera.

—Y todo, más o menos, por mi culpa. Lo siento, capitana…

—Déjese de tonterías, Ravelle. Al ayudarle no sabía lo que podría sucedernos, así que no se culpe. La culpa es de Stragos, no de usted. De una u otra manera, sus planes tenían que acabar metiéndonos en algún aprieto.

—Se lo agradezco, capitana Drakasha. Y ahora… que ya sabemos, por la conversación que antaño tuvimos, hasta dónde llega mi destreza en el combate, pienso que la mayor parte de la tripulación sigue pensando que soy una especie de matahombres. O sea que… lo que creo que quiero decirle es que…

—¿Que le asigne un puesto en medio de la pelea?

—Sí.

—Suponía que me lo pediría. Así que ya había pensado en uno —dijo ella—. No crea que le resultará cómodo.

Se alejó un poco de él y exclamó:

—¡Utgar!

—¿Sí, capitana?

—Toma la sonda para aguas profundas y dame una lectura.

Cuando Locke enarcó las cejas a modo de pregunta, ella se limitó a decir:

—Tengo que saber la profundidad del agua que se encuentra bajo nosotros. Sólo así sabré cuánto tardará el ancla en caer.

—¿Por qué quiere arrojar el ancla?

—Bueno, respecto a eso, limítese a esperar y entonces se sorprenderá. Tengo la esperanza de que le suceda lo mismo a Rodanov… aunque quizá sea pedir demasiado.

—¡Capitana! —era la voz de Utgar varios minutos más tarde—. ¡Unas noventa brazas!

—Muy bien —dijo ella—. Ravelle, aunque usted estaba libre de servicio, fue lo suficientemente ingenuo para venir hasta aquí y llamar mi atención, así que coja a dos del turno azul y suba unos cuantos barriles de cerveza. No hagan mucho ruido, no vayan a despertar a los del turno rojo que aún duermen. Como dentro de una hora llamaré a todas las manos, no me parece prudente enviarlos a la algarada que nos aguarda con el gaznate reseco.

—Será un placer cumplir sus órdenes, capitana. ¿Dentro de una hora? ¿Y cuándo cree que…?

—Quiero entablar combate antes del mediodía. Cuando el que te persigue es más grande y rudo que tú, sólo hay una manera de vencer. Volverte de repente, darle un golpe en los dientes y esperar que los dioses te brinden su amistad.

4

—¡Todas las manos! —repetía Ezri a voz en cuello por última vez—. ¡Todas las manos al combés! ¡Los vagos y flojos hideputas al puente! ¡Si aún tenéis debajo a algún compañero, levantadlo vosotros mismos!

Jean estaba al frente de la multitud que atestaba la parte central de la cubierta esperando a que Drakasha les asignara sus respectivas misiones. Se apoyaba en la barandilla delante de Ezri, Nasreen, Utgar, Mumchance, Gwillem y Treganne. La erudita parecía tremendamente molesta por el hecho de que algo tan trivial como el duelo homicida entre dos buques pudiera sacarla de sus hábitos cotidianos.

—Escuchadme con atención —decía Drakasha a grito pelado—. El buque que se acerca a nosotros es el *Soberano Temor*. El capitán Rodanov está molesto por los asuntos que nos han traído hasta estas aguas y ha decidido acercarse hasta aquí para presentarnos combate.

—No podremos luchar contra tanta gente —dijo alguien de la tripulación.

—No nos queda otra opción. Vendrán a abordarnos, queramos o no —replicó Drakasha.

—¿Y si sólo la persigue a usted? —Jean no reconoció al que había hablado, que para dar crédito a sus palabras se había puesto al frente de la muchedumbre con objeto de que Drakasha y todos sus oficiales pudieran verlo—. A usted se la entregamos a él y nos libramos de un combate de mil diablos. No estamos en la Armada, así que tengo todo el derecho del mundo a cuidar de mi propia vida como…

Jabril se abrió paso entre el gentío y propinó a aquel marino un fuerte golpe en la base de la columna. El hombre cayó en la cubierta, retorciéndose.

—¡No estamos seguros de que, en efecto, sólo le interese Drakasha! —exclamó Jabril—. ¡En cuanto a mí, no pienso quedarme agarrado a la barandilla con los calzones bajados, esperando a que llegue alguien para besarme la polla! ¡Todos sabéis tan bien como yo que cuando un capitán lucha contra otro capitán no es conveniente que las dos versiones de lo sucedido lleguen a Puerto Pródigo!

—Suficiente, Jabril —dijo Zamira mientras bajaba por la escalera del alcázar, se inclinaba sobre el marinero pragmático y le ayudaba a incorporarse. Luego se quedó erguida ante su tripulación allí congregada y se acercó a la primera fila—. Basryn tiene razón en una cosa. Que no estamos en la Armada y que todos tenéis el derecho de cuidar vuestras propias vidas. Yo no soy vuestra maldita emperadora por derecho divino. Si alguien quiere capturarme para entregarme a Rodanov, pues aquí me tiene.

Ésta es su oportunidad. ¿No hay nadie?

Cuando nadie dio un paso adelante para salir de la masa de tripulantes allí congregados, Drakasha ayudó a Basryn a ponerse en pie y le miró a los ojos.

—A partir de este momento puedes disponer del bote más pequeño —dijo ella—, será tuyo y de todos aquellos que quieran ir contigo. O puedes quedarte.

—Ah, diablos —dijo él, gimiendo—. Lo siento, capitana. Creo… que prefiero vivir como un cobarde antes que morir como un loco.

—Oscarl —dijo Drakasha—, cuando hayamos terminado, reúne una cuadrilla y arría acto seguido el bote pequeño. Será para todos los que se quieran ir con Basryn. Si Rodanov vence, tendréis lo que queréis. Pero si yo soy la que vence… sabed que estaremos a cincuenta millas por lo menos de la costa y que no os subiré a bordo.

El hombre asintió, y ahí terminó todo. Drakasha le soltó y él se acercó tropezando hacia el gentío, dándole la espalda e ignorando las miradas furibundas de quienes le rodeaban.

—Y ahora escuchadme —la voz de Drakasha retumbaba—. La mar no se comporta hoy como una amiga y ese hijo de puta cabecea menos en el agua que nosotros. Cualquier fuga que emprendamos en la dirección que sea apenas nos dará algunas horas de respiro. Si tenemos que terminar besándonos, al menos que sea yo quien decida cómo ha de ser el cortejo.

»Necesitamos que cada uno de nosotros acabe con dos de ellos, y que alguno de los nuestros quede en pie, así que tenemos que buscar un plan mejor. Si les cerramos el paso, de suerte que uno de nuestros costados quede contra su proa, podremos abordarlos por ella y sobrepasarles numéricamente en ese sitio. Su tripulación, que está demasiado sebosa, no valdrá una mierda a la hora de tener que acercarse a nuestros dientes.

»Así pues, todos al combés, donde os organizaré en filas como en las antiguas legiones del Trono de Therin. Las espadas y los escudos al frente, las lanzas y alabardas en retaguardia. No perdáis un tiempo que no tenemos. Si a alguien no lo podéis matar, arrojadlo al agua. ¡Apartadlos de la lucha!

»Del, escoge a diez de nuestros mejores arqueros y llévalos a la arboladura para hacer lo que es obvio. Cinco a cada mástil. Me gustaría disponer de más, pero voy a necesitar en el puente todas las espadas que pueda.

»Ravelle, Valora, les entregaré a unos cuantos tripulantes para que formen con ellos nuestra compañía móvil. Su misión es vigilar los botes del *Soberano*. Intentarán abordarnos por todas las direcciones de la rosa de los vientos una vez que estemos comprometidos en el combés, así que tendrán que atacarlos. Una persona que esté en el puente podrá dar buena cuenta de cinco de los que lleguen desde los botes, siempre que se dé la suficiente prisa.

»Nasreen, tú escogerás a tres y te quedarás junto al ancla de estribor a la espera de

mi señal. En cuanto la recibas, guardarás la proa de cualquier ataque proveniente de los botes, para que el equipo de Ravelle combata donde lo necesite.

»Utgar, tú te quedarás conmigo para cargar las ballestas. Por ahora, disfrutad de la cerveza que hemos dispuesto en el castillo de proa, pues quiero que dejéis seco el barril antes de comenzar el combate. Bebed y buscad vuestras armaduras. Si tenéis cotas de malla o pieles que sirvan, ponéoslas por encima. Y que no os preocupe sudar, pues jamás las necesitaréis tanto como hoy.

Drakasha despidió a la tripulación mediante el simple expediente de darse media vuelta y dirigirse hacia las escaleras del alcázar. En medio de la cubierta explotó el pandemonio: los tripulantes echaron a correr repentinamente por todas las direcciones, unos para encontrar armas y armaduras, otros en busca de lo que podía ser su último trago en la presente vida.

Ezri saltó por encima de la barandilla del alcázar y exclamó mientras se dirigía a grandes pasos hacia aquel caos:

—¡Que el retén contra incendios tenga sacos dobles de arena! ¡Preparad la red antiabordaje de babor y tendedla! ¡Jerome, sube tu cansado trasero hasta el alcázar! ¡Que el grupo de ataque forme en él!

Jean ondeó una mano y siguió a Drakasha hasta la popa del buque, donde Utgar les aguardaba, visiblemente nervioso. En ese momento, Treganne bajaba por las escaleras próximas a la barandilla de babor, murmurando algo acerca de las «tasas de carga».

De repente, una silueta oscura y no muy alta salió por ellas y se dirigió hacia Drakasha. Ésta miró hacia abajo en respuesta al súbito tirón que acababa de sentir en sus calzas y descubrió que Paolo se agarraba de ellas en un acto reflejo.

—¡Mami, el ruido!

Zamira sonrió y le levantó del puente, acunándolo contra las solapas de su casaca. Se puso a favor del viento y dejó que éste le revolviera el cabello. Jean pudo observar que la mirada de Paolo estaba puesta en el *Soberano Temor*, que cabeceaba y se agitaba bajo el cielo sin nubes mientras devoraba implacable la distancia que le separaba de ellos.

—Paolo, amor, mami necesita que la ayudes a meteros a ti y a tu hermana en la bodega inferior donde se guardan las sogas, ¿lo harás?

El muchachito asintió y Zamira le besó en la frente, cerrando los ojos y enterrando la nariz en la maraña de negros rizos de su hijo.

—Entonces, magnífico —dijo ella instantes después—, porque así mami podrá ir a buscar su armadura y sus sables. Y luego tendrá que abordar el buque de ese hijoputa mentiroso y hundirlo como si fuera una piedra.

5

Jaffrim Rodanov estaba en la proa de su buque, enfocando al *Orquídea Emponzoñada* con su catalejo, cuando éste viró repentinamente hacia babor y apuntó hacia él como si fuera la flecha de un arco imaginario. Sus velas mayores se estremecieron y comenzaron a cambiar mientras la tripulación de Drakasha las izaba para la batalla.

—Ah —dijo—. Ya veo, Zamira, que por fin haces algo con sentido.

Rodanov se había vestido para el combate como de costumbre, con una casaca de cuero reforzada con malla de hierro en las solapas y en la espalda. Las partes desgastadas y deformadas de aquella casaca tan baqueteada siempre le producían una sensación de familiaridad muy confortable: un recordatorio de toda la gente que había intentado matarle durante los últimos años sin conseguirlo.

Se cubría las manos con sus armas favoritas, unos guanteletes articulados que estaban hechos con varios segmentos de acero pavonado. En la confusión del cuerpo a cuerpo podían manejar espadas y aplastar cráneos con el mismo aplomo. Para el trabajo menos personal de abrirse camino hasta el *Orquídea* disponía de una maza forrada con hierro que le llegaba a la cintura. Plegó cuidadosamente su catalejo y lo guardó en un bolsillo, decidiendo que lo devolvería a la bitácora antes de que comenzara la lucha. Y no como la vez anterior.

—¿Órdenes, capitán?

Ydrena aguardaba en las escaleras del castillo de proa, con la espada curvada metida en la vaina que llevaba a la espalda y la mayoría de la tripulación detrás de ella.

—Viene hacia nosotros —dijo Rodanov con voz atronadora—. Ya sé que esto no resulta nada fácil, pero Drakasha está realizando sus incursiones en las aguas verraríes. Hará que nuestra vida sea un infierno… a menos que la detengamos ahora mismo.

»Formad en estribor, como planeamos. Escudos al frente. Ballestas detrás. Recordad, una descarga de dardos y lo dejáis todo en el puente y sacáis los aceros. Las tripulaciones de los botes, todos a estribor en cuanto hayamos aferrado al *Orquídea*. Hierros de abordaje dispuestos en el combés y en la proa. ¡Timonel! Ya sabes cuáles son tus órdenes… cúmplelas a la perfección o desearás haber muerto en la refriega.

»¡Éste será un día dominado por el color rojo! Aunque Drakasha sea una enemiga importante, ¿qué somos nosotros, sobre los vientos y las aguas del Mar de Bronce?

—¡SOBERANOS! —exclamaron todos a una los miembros de su tripulación.

—¿Quiénes somos nosotros, jamás abordados y nunca vencidos?

—¡LOS DEL *SOBERANO*!

—¿Qué gritan nuestros enemigos cuando mencionan el nombre de la perdición que va a llevarlos ante el juicio de los dioses?

—¡EL *SOBERANO*!

—¡Ése es nuestro navío y ésos somos nosotros! —agitó su maza por encima de la cabeza—. ¡Y por eso aún tenemos algunas sorpresas guardadas para Zamira Drakasha! ¡Acercad las jaulas!

Tres equipos de a seis marineros cada uno llevaron unas jaulas cubiertas con partes de velas hasta el puente del castillo de proa. Aquellas jaulas estaban provistas de unas empuñaduras de madera que sobresalían de las mallas de acero que cubrían sus caras laterales. Tenían unos dos metros de largo por uno de alto y otro de ancho.

—No han comido nada desde ayer, creo.

—No —dijo Ydrena.

—Bien —Rodanov comprobó por dos veces las partes de la barandilla de estribor que su carpintero había debilitado para que un buen empujón las lanzara a más de tres metros. Un agravio para su bienamado *Soberano* que podría ser reparado más tarde —. Apoyadlas aquí encima. Y dadles unas cuantas patadas. A ver si se enfadan las que están dentro.

6

Ambos buques avanzaban el uno hacia el otro aplastando las olas mientras Locke Lamora comprendía por segunda vez que no iba a tardar en verse involucrado en un combate acaecido en alta mar.

—Rápido, Mum —dijo Drakasha, que seguía mirando desde la barandilla de babor del alcázar. Locke y Jean aguardaban cerca de ella, armados con hachas y sables. Jean también tenía un par de brazales de cuero que antes habían pertenecido a Basryn, a quien nadie había vuelto a ver desde que se marchara en el pequeño bote. *Mi bote*, pensó Locke, no sin cierta amargura.

En su grupo de defensa, o «compañía móvil», Locke y Jean contaban con Malakasthi, Jabril y Streva, así como con Gwillem. Todos, excepto este último, llevaban escudo y lanza; el intendente de aspecto tímido vestía un mandil de cuero lleno con las pesadas y plúmbeas balas de la honda que llevaba en la mano izquierda.

La mayoría de la tripulación aguardaba en medio del buque, en orden cerrado tal y como había ordenado Drakasha; los que llevaban escudos largos y espadas que herían de punta se encontraban al frente, los que llevaban alabardas iban detrás. Las velas principales habían sido desplegadas, los baldes para los incendios estaban preparados, el puerto de carga de babor protegido por lo que Delmastro llamaba la «red de despellejar», mientras el *Orquídea Emponzoñada* corría hacia los brazos del *Soberano Temor* como si fuera al encuentro de una amante a la que no viera desde hacía muchísimo tiempo.

Delmastro apareció entre la muchedumbre que ocupaba el combés. A Locke le recordó la primera vez que la había visto, con su armadura de cuero y su cabellera

recogida para la acción. Sin preocuparse por las armas que colgaban de su cinturón, saltó al lado de Jean y se enroscó en él con brazos y piernas. Cuando él puso sus brazos detrás de la espalda de ella, ambos se besaron hasta que Locke hizo un ruido característico con la boca. Aquello no era lo típico que hubiera esperado ver antes del comienzo de una batalla, pensó para sus adentros.

—Este día es nuestro —dijo ella cuando por fin se separaron.

—Intenta no matar a nadie hasta que yo no esté cerca, ¿de acuerdo? —dijo Jean con una mueca, y ella le entregó algo metido en una pequeña bolsa de seda.

—¿Qué es esto?

—Unos mechones de cabellos, de mis cabellos —dijo ella—. Quise dártelos hace unos días, pero me fue imposible en medio de los ataques a tantos buques. Ya sabes. Piratería. Vida agitada.

—Gracias, amor mío —dijo él.

—Ahora, si te encuentras en algún apuro, podrás esgrimir esta bolsita ante quienes te estén fastidiando y decirles: «No tenéis ni idea de a quién estáis jodiendo. Me encuentro bajo la protección de la dama que me entregó esta muestra de su favor».

—Y ¿se supone que hará que se detengan?

—Mierda, no, sólo servirá para confundirles. Entonces tú los matarás mientras ellos miran cómo te diviertes.

Ambos volvieron a darse otro achuchón, y entonces Drakasha carraspeó.

—Del, si no te supone un gran problema, te recuerdo que estamos intentando atacar a ese buque de ahí enfrente, así que, si no te importa…

—Oh, claro, luchamos por nuestras vidas. Creo que podré ayudarla durante unos cuantos minutos, capitana.

—Suerte, Del.

—Suerte, Zamira.

—Capitana —dijo Mumchance—, ahora…

—*¡Nasreen!* —Drakasha levantó la voz todo lo que podía, que era mucho—. *¡Adelante con el ancla de estribor!*

—¡Aviso de colisión! —exclamó Delmastro instantes después—. ¡Todas las manos a bracear! ¡Ah de la arboladura! ¡Agarraos a los mástiles y a las cuerdas!

Alguien comenzó a tocar la campana del palo mayor de un modo frenético. Los dos buques se acercaban el uno al otro a una velocidad sorprendente. Locke y Jean se pegaron a las escaleras de babor del alcázar, agarrándose con fuerza a la barandilla interior. Locke levantó la vista hacia Drakasha y vio que contaba en voz baja para sí. Cuando intentó descubrir qué números pronunciaba, descubrió que, curiosamente, ella no estaba empleando el therinés.

—Capitana —dijo Mumchance con la misma calma con que hubiera pedido un

café—, el otro buque…

—¡Todo a babor! —exclamó Drakasha. Mumchance y su ayudante comenzaron a mover la rueda del timón hacia la izquierda. De repente se escuchó un crujido, y un ruido como de algo que acababa de partirse en dos subió desde la proa; el buque se estremeció de proa a popa y fue lanzado hacia estribor como si una galerna acabara de atraparlo entre sus dientes. Locke sintió que su estómago protestaba y se agarró a la barandilla con todas sus fuerzas.

—¡Cuadrilla del ancla! —exclamó, más bien rugió, Drakasha—. ¡Cortad el cable!

Locke tenía una vista excelente del *Soberano Temor* que se les echaba encima a menos de cien metros. Tragó saliva al pensar en el bauprés de aquel buque tan pesado clavándose como una lanza en el *Orquídea* y pasando por en medio de su apiñada tripulación. Pero mientras miraba, el buque de tres mástiles zozobró hacia babor después de hacer un viraje.

Rodanov acababa de evitar una colisión frontal y Locke adivinó que aquello era intencional; aunque hubiera podido causar serios daños al *Orquídea*, su buque habría quedado en una posición óptima para que Zamira pudiera resistirse a un abordaje, por no hablar de que ambos navíos hubieran acabado por hundirse antes o después.

Lo que sucedió fue completamente espectacular a ojos de Locke: el mar que se encontraba entre ambos buques se llenó de espuma blanca cuando las olas sisearon como el vapor que brota furioso de las brasas ardientes apagadas con agua. Como ni el *Soberano* ni el *Orquídea* pudieron aminorar sus respectivos momentos cinéticos, se deslizaron el uno al lado del otro, comprimiendo sobre sus respectivos costados a punto de entrar en contacto un cojín de agua que rodó sobre ambos. El orbe entero pareció estremecerse cuando ambos se encontraron; las cuadernas crujieron, los mástiles se estremecieron y una tripulante del *Orquídea* cayó desde la altura donde se encontraba. Golpeó la cubierta del *Soberano* y se convirtió en la primera víctima de la batalla.

—¡La cangreja! ¡La cangreja! —exclamó Zamira, y todos los del alcázar levantaron la mirada al mismo tiempo hacia la vela cangreja del *Orquídea*, que había sido desplegada con la mayor de las impericias por el pequeño grupo de marineros que estaban a su cargo. Colgando completamente, fue braceada hasta su posición correcta con la velocidad que da la desesperación. Aunque, por lo general, las velas jamás se sitúan a favor del viento, en aquella ocasión la fuerte brisa que llegaba del este se había encargado de hacer lo contrario, logrando que la proa del *Orquídea* se apartara del *Soberano Temor*. Mumchance giró la rueda a estribor, intentando hacer lo correcto.

Hubo una serie de chirridos y de chasquidos que procedían de la proa; el bauprés del *Soberano Temor* estaba rompiendo o estropeando gran parte del cordaje de aquella parte, pero el plan de Drakasha parecía funcionar. Aquel bauprés no había

hecho ningún agujero en el casco, y la borda de estribor era la única parte del buque de Rodanov que estaba en contacto con la borda de babor del de Drakasha. Locke pensó que, en sus lejanas alturas, los dioses habían debido imaginarse que aquellos dos navíos eran como espadachines borrachos que cruzaran sus baupreses, pero sin hacerse mutuamente gran daño mientras proseguían con su esgrima.

Unas cosas invisibles surcaron el aire con el siseo de la serpiente, y entonces Locke supo que las flechas llovían a su alrededor. La batalla había comenzado, y de qué manera.

7

—Astuta zorra de Syrune —murmuró Rodanov, y se agachó para prevenir la colisión. Drakasha acababa de emplear la vela cangreja como palanca para impedir el contacto entre las bordas de los dos buques. Que así fuera, pues estaba a punto de aprovecharse de la ventaja imprevista con la que contaba.

»¡Soltadlas! —exclamó.

Un marinero que se encontraba detrás de las bases de las jaulas (convenientemente flanqueado por otros más que llevaban escudos) tiró de la cuerda que las abría. Aquellas puertas habían estado a muy pocos centímetros de las partes más débiles de la barandilla, que, convenientemente, habían caído durante el choque entre ambos buques.

Un trío de *valcona* adultas (famélicas, conmocionadas y enfadadas de un modo desmesurado) abandonaron su encierro como en una explosión, chillando como no-muertos en busca de venganza. Lo primero que vieron sus ojos fue el grupo de Orquídeas en orden cerrado que les cerraban el paso. Aunque estuvieran fuertemente armados y acorazados, los de Zamira habían esperado que sus primeros contendientes fueran humanos.

Las tres aves de combate saltaron por el aire y aterrizaron entre escudos y alabardas, atacando con sus picos y sus garras como dagas. Los Orquídeas gritaron, se empujaron unos a otros y crearon un caos atroz en sus desesperados intentos para evitar las feroces bestias o huir de ellas.

Rodanov apretó los dientes con furia. Valían el precio que había pagado por ellas… aunque le hubieran costado mucho al comprarlas en Puerto Pródigo, aunque hubieran apestado la bodega, aunque dentro de muy poco acabaran por matarlas. Pues cada uno de los Orquídeas a quienes ellas mutilaban era uno menos de aquellos a los que deberían enfrentarse los suyos, y porque conseguir que tu enemigo se cague en los calzones es siempre algo que no tiene precio.

—¡Botes al agua! —exclamó—. ¡Seguidme, Soberanos!

8

Los gritos que llegaban de proa eran inhumanos; Locke escaló gateando con manos y pies las escaleras del alcázar para ver qué estaba pasando. Unas formas pardas se debatían entre las compactas masas de las «legiones» de Zamira que se encontraban a babor. ¿Qué diablos era aquello? La propia Drakasha se abría camino hacia el lugar donde reinaba el mayor caos, con ambos sables en las manos.

Varios de los marineros de Rodanov lanzaron garfios de abordaje por el hueco que separaba ambos navíos. Un equipo de los hombres de Drakasha, apostado de antemano, salió corriendo hacia la barandilla de babor para cortar las cuerdas con sus hachas. Uno de ellos se encontró con una flecha que se le clavó en la garganta; los demás cortaron todas las cuerdas, al menos por lo que Locke alcanzó a ver.

Un sonido muy nítido y grave, que sonó como *tang*, le avisó de que acababan de lanzar una flecha cerca; Jean le agarró por el cuello de la camisa y le arrastró hacia el alcázar. Su «compañía móvil» se ocultaba, agachada, detrás de sus pequeños escudos; Malakasthi empleaba el suyo para cubrir a Mumchance todo lo que podía, mientras éste manejaba agachado el timón. Alguien gritó mientras caía del cordaje del *Soberano*; un segundo después Jabril exclamó, *¡Ah!*, mientras una flecha sacaba varias astillas de la barandilla de popa que estaba cerca de su cabeza.

Para sorpresa de Locke, Gwillen se levantó de repente en medio de aquel caos y con una mirada plácida en el rostro comenzó a dar vueltas a la bala que acababa de colocar en la badana de su honda. Una de las veces que subió el brazo soltó una de las cuerdas de la honda y, segundos después, uno de los arqueros apostados en el alcázar del *Soberano* cayó hacia atrás. Jean empujó a Gwillem hacia el puente cuando el vadraní comenzó a buscar otro proyectil.

—¡Botes! —rugió Streva—. ¡Varios botes se disponen a rodearnos!

Dos botes, con veinte marineros cada uno, acababan de salir a toda prisa por detrás del *Soberano Temor*, girando para acercarse a la proa del *Orquídea*. Locke deseó ardientemente que unas cuantas flechas les hicieran más agradable el viaje, pero los arqueros situados más arriba tenían la orden de ignorar a los botes. Éstos eran de la completa incumbencia del legendario héroe que se había servido de un barril de cerveza. Orrin Ravelle.

Pero él gozaba de una ventaja importante, que respondía al nombre de Jean Tannen. Apoyadas de una manera incongruente encima de las pulimentadas planchas del puente, todas ellas de madera de álamo negro, podía ver varias piedras grandes y redondas, recogidas trabajosamente del lastre del buque.

—Ya puedes hacer la barbaridad, Jerome —exclamó Locke.

Cuando el primer bote de los Soberanos se acercó a la barandilla inferior de la popa, un par de marineros armados con ballestas se pusieron de pie para abrir paso a una mujer provista con un gancho de abordaje. Gwillem dio un salto y lanzó hacia

abajo uno de sus proyectiles, abriéndole la cabeza a un arquero, cuyo cuerpo cayó encima de los que querían abordarles. Momentos después, Jean subió hasta la barandilla, con una roca de cincuenta kilos que era tan grande como el torso de un hombre corriente por encima de la cabeza. Luego, sin decir una palabra, lanzó un alarido y la arrojó contra el bote, rompiendo las piernas de dos remeros y su maderamen. En cuanto el agua comenzó a borbotear por el agujero, el pánico se apoderó de los del bote.

Entonces llegaron los dardos lanzados desde el segundo bote. Streva, cogido por sorpresa mientras miraba el desastre acaecido al primero, recibió uno en las costillas y cayó de espaldas hacia Locke. Éste se deshizo del infortunado joven, sabiendo que nada podría hacer para ayudarle. La cubierta ya relucía roja por la sangre. Un momento después, Malakasthi boqueaba a causa de la flecha que acababa de clavarse en su espalda, lanzada desde la parte más alta del velamen del *Soberano*; se desplomó contra la barandilla y su escudo cayó hacia un lado.

Jabril apartó su lanza y, tirando de Malakasthi, hizo que se recostara en el puente. Locke pudo ver que la flecha le había perforado un pulmón, y que los estertores blandos que emitía para seguir respirando no tardarían en cesar. Jabril, con la angustia pintada en el rostro, intentó cubrirla con su propio cuerpo hasta que Locke le dijo a gritos:

—¡Están llegando más! ¡No pierdas la jodida cabeza!

Maldito hipócrita, se dijo mientras el corazón se le encabritaba en el pecho.

A bordo del bote que se hundía, otro marinero saltó hacia arriba para enganchar un garfio. Gwillem lanzó otro de sus proyectiles, rompiéndole el brazo, y Jean le secundó lanzando otra roca. De tal suerte, los Soberanos que quedaban se arrojaron por la borda del bote, que, lleno de cadáveres, había comenzado a hundirse. Aunque quizá volvieran a crearles problemas algunos minutos después, por el momento habían quedado fuera de combate.

A Locke le había costado la tercera parte de su «compañía». El segundo bote se acercó con la suficiente prudencia para no recibir ninguna piedra y no tener que retroceder. Rodeó la proa y se lanzó hacia estribor, como un tiburón ante una presa herida.

9

Zamira extrajo su sable del cadáver de la última *valcona* que había quedado en pie y gritó a los suyos desde babor:

—¡Cerrad filas! ¡Cerrad filas! ¡Llenad ese hueco de ahí!

¡Valcona! El maldito Rodanov era un bastardo muy astuto; al menos cinco de sus tripulantes habían muerto por culpa de aquellas malditas cosas, y sólo los dioses

sabían cuántos más estaban heridos y conmocionados.

Él se había imaginado que Drakasha lanzaría un ataque desde su costado contra la proa; las bestias sólo lo estaban esperando como si fueran una trampa con el resorte listo para que lo pisaran.

Y allí estaba él… Era imposible no verlo, casi tan grande como dos hombres, con su casaca oscura y sus malditos guanteletes. Y una maza que debía de pesar diez kilos entre las manos. Los suyos se agolparon a su alrededor, vitoreándole, y luego cayeron como un diluvio contra la primera fila de la gente de Drakasha, precisamente por el hueco que Rodanov había creado gracias a lo que acababa de salir por su barandilla de estribor. Aquella confusión era lo que precisamente ella estaba esperando: lanzas que atacaban de frente, escudos empleados para golpear, combatientes que caían muertos mientras los que aún seguían vivos se encontraban demasiado oprimidos por la muchedumbre que los rodeaba por todos los lados para moverse excepto hacia abajo. Algunos intentaron pasar por el hueco siempre cambiante que se encontraba entre ambos buques, para caer por él y ahogarse o ser reducidos a una pulpa sanguinolenta cuando aquéllos volvieron a juntarse.

—¡Ballestas! —exclamó Drakasha—. ¡Ballestas!

Detrás de sus lanceros, todas las ballestas del buque estaban dispuestas y cargadas. Los Orquídeas que se encontraban en la retaguardia en espera de la orden las tomaron, disparándolas en una larga salva que pasó por delante de los contendientes; ocho o nueve de los hombres de Rodanov se desplomaron, aunque éste no fue alcanzado. Instantes después les llegaba una salva a modo de respuesta desde la cubierta del *Soberano*; a Rodanov se le había ocurrido lo mismo que a Drakasha. Varios de los tripulantes del *Orquídea*, tanto hombres como mujeres, gritaron y cayeron, los astiles empenachados con plumas saliéndoles por el pecho y la cabeza: todos eran imprescindibles para Drakasha.

La gente del *Soberano* intentó atajar una brecha surgida a la derecha del sitio que soportaba el peso del combate; algunos se agarraron tenazmente a la barandilla del *Orquídea* intentando subir por ella. Drakasha resolvió el problema por sí misma, acuchillando rostros y reventando cráneos con las empuñaduras de sus sables. Hacia ella se dirigían tres, cuatro… muchos más. Hacía esfuerzos para respirar. Ya no era la luchadora infatigable de antaño, pensó con amargura. Mientras las flechas mordían el aire que la rodeaba, la gente de Rodanov llegaba de un salto, agolpándose en la cubierta del *Soberano Temor* como si todos los malditos piratas del Mar de Bronce hicieran cola para atacar su buque.

10

La «compañía móvil» de Locke luchaba en la barandilla de estribor del alcázar;

mientras Mumchance y uno de sus ayudantes manejaban unas lanzas para apartar a los nadadores que llegaban desde todas partes, Locke, Jean, Jabril y Gwillem intentaban rechazar el segundo bote.

Éste era más robusto que su predecesor; las dos rocas que le había lanzado Jean sólo habían matado o herido por lo menos a cinco personas, sin conseguir agujerear su maderamen. La gente de Rodanov intentaba herirles con sus bicheros; el duelo entre éstos y las lanzas de los Orquídeas era tremendo. Jabril gritó cuando uno de los bicheros le alcanzó en una pierna y devolvió el golpe clavándole su lanza en el cuello a uno de los Soberanos.

Gwillem se levantó y arrojó una bala contra el bote; aquel esfuerzo se vio recompensado por un grito estridente. Mientras intentaba sacar otra de su zurrón, una flecha asomó en su espalda como por arte de magia. Cayó desmadejado contra la barandilla de estribor y las balas de su honda rodaron por el puente y repiquetearon en él.

—¡Mierda! —exclamó Locke—. ¿Se nos han acabado las piedras grandes?

—Ya las he usado todas —le respondió Jean.

Una mujer con un puñal en los dientes dio un salto de acróbata hasta la barandilla, que hubiera logrado terminar si antes Jean no le hubiese quitado los humos con un escudo, golpeándola con él en el rostro. Aquella mujer cayó al agua.

—¡Maldición, echo de menos a mis Hermanas Malvadas! —exclamó Jean.

Jabril barrió frenéticamente con su lanza a cuatro o cinco Soberanos que acababan de poner sus manos en la barandilla, pero instantes después otros dos rodaban por el puente, sables en mano. Jabril rodó sobre su espalda y atravesó con su lanza el estómago de uno de ellos; Jean se hizo con la honda de Gwillem y la pasó por el cuello del otro, dándole garrote como antaño había hecho tantas veces en Camorr. Otro marinero asomó la cabeza y metió una ballesta por los barrotes de la barandilla, apuntando a Jean. Locke se metió en la piel del legendario héroe que se había servido de un barril de cerveza y le propinó una patada en la cara.

Los gritos que salían del agua revelaban que sucedía algo nuevo; con mucha precaución, Locke miró por la barandilla. Una masa gelatinosa y deslizante flotaba al lado del bote como si fuera una manta traslúcida, latiendo con una débil luminiscencia interior que incluso podía apreciarse a plena luz del día. Un nadador era arrastrado hacia ella mientras gritaba. En segundos, la sustancia pegajosa que rodeaba sus piernas se volvió roja, y el hombre comenzó a moverse espasmódicamente. Aquella cosa estaba chupándole la sangre por todos los poros de su cuerpo del mismo modo que los humanos sorben el jugo de una fruta rica en pulpa.

Una linterna de la muerte, atraída como siempre por aquellas aguas que olían a sangre. Una manera espantosa de morir, incluso para aquella gente a la que Locke estaba intentando matar con todas sus ganas. Seguro que aquella cosa y las que

llegarían después darían buena cuenta de los nadadores. Los Soberanos habían dejado de escalar el costado del buque; los pocos que quedaban en el bote intentaban escapar frenéticamente de la cosa que estaba cerca de ellos. Locke dejó caer su lanza y tomó aire con profundas boqueadas, pues lo necesitaba muchísimo. Un segundo después, una flecha alcanzaba la barandilla situada a poco más de medio metro por encima de su cabeza; otra pasó de largo; una tercera se clavó en la rueda.

—¡A cubierto! —exclamó, buscando a toda prisa un escudo. Instantes después, Jean le agarraba y le empujaba hacia la derecha, protegiéndose con el cadáver de Gwillem. Jabril se arrastró por detrás de la bitácora, mientras Mumchance y su ayudante repetían el gesto de Jean y se protegían con el cadáver de Streva. Locke sintió el impacto de al menos una flecha en el cuerpo del intendente muerto.

—Es posible que después nos sintamos mal por emplear los cadáveres de esta manera —comentó Jean—, pero, diablos, lo cierto es que hay demasiados.

11

Ydrena Koros subió por encima de la barandilla y estuvo a punto de matar a Zamira con la primera cuchillada que le lanzó con su cimitarra. Mientras la hoja rebotaba en el cristal antiguo, Zamira se enfureció al pensar que había bajado la guardia. Le devolvió el golpe con sus dos sables, pero Yrena, que era más bajita y ágil, tenía todo el espacio que necesitaba para parar el primero y esquivar el segundo. Esquivaba con gran facilidad y rapidez… tanto que Zamira tuvo que apretar los dientes. Aunque las dos hojas de Zamira se enfrentaran sólo con una, Koros llenaba el aire que se interponía entre ambas luchadoras con una silueta plateada tan incierta como letal; Zamira perdió el sombrero y casi el cuello cuando paró la hoja en el último segundo. Otra cuchillada siseó en el aire al dirigirse a su chaleco y una segunda sacó una tajada de uno de sus brazales. *Mierda*… acababa de llegar cerca de donde estaba uno de los marineros del *Soberano*. No había nadie más en el puente.

Koros tenía un puñal curvo de hoja ancha en la mano izquierda, que empleó para hacer fintas mientras lanzaba su cimitarra hacia las rodillas de Zamira. Ésta soltó los sables y penetró la guardia de Koros, golpeándola con su pecho. Agarró los brazos de Yrena con los suyos, doblándolos hacia abajo con toda la fuerza de que disponía. Al menos en eso le llevaba ventaja. En eso y en otra cosa: luchando sucio se suele ganar a los que luchan según las reglas.

Zamira llevó su rodilla izquierda hasta el estómago de Yrena. La joven se derrumbó; Zamira la agarró del pelo y la golpeó en la barbilla. Los dientes de la mujer más bajita sonaron como bolas de billar que chocaran entre sí. Zamira la levantó y la lanzó directamente hacia la espada del tripulante del *Soberano* que estaba detrás de ella. Una breve mirada de sorpresa relampagueó en el rostro manchado de

sangre de aquella mujer, para morir al instante con ella. Zamira sintió más alivio que triunfo.

Recogió los sables del lugar donde habían caído; mientras el marinero extraía su espada del cadáver de Yrena y lo dejaba caer, su pecho se encontró con una de las hojas de Zamira. En el transcurso de la batalla, ella siguió luchando de un modo mecánico… sus sables subían y bajaban contra la rugiente marea que era la gente de Rodanov, y las muertes que ocasionaban formaban una cacofonía de rojo. Las flechas volaban, la sangre lamía el puente que se encontraba bajo sus pies, y los dos buques se juntaban y se separaban sobre las aguas, añadiendo a todo la irreal inconsistencia propia de las pesadillas.

Después de haber pasado minutos o eras, jamás hubiera podido decirlo, descubrió que Ezri la cogía del brazo y la apartaba de la barandilla. La gente de Rodanov no conseguía retroceder para reagruparse; la cubierta estaba a rebosar de muertos y heridos; los supervivientes de su propia tripulación se apoyaban los unos en los otros, tropezando en ocasiones y arrastrando a los demás consigo.

—Del —susurró Zamira—, ¿estás herida?

—No —Ezri se hallaba llena de sangre; el cuero que la cubría estaba lleno de cuchilladas y llevaba el pelo caído hacia un lado, pero, por lo demás, parecía intacta.

—¿Y la compañía móvil?

—No tengo ni idea, capitana.

—¿Y Nasreen? ¿Y Utgar?

—Nasreen ha muerto. Y a Utgar no le veo desde que comenzó la batalla.

—Drakasha —dijo una voz que se sobreponía a los quejidos y murmullos de ambas partes. La voz de Rodanov—. ¡Drakasha! ¡Dejad de combatir! ¡Que todo el mundo cese el combate! ¡Drakasha, escúchame!

12

Rodanov miró la flecha que tenía clavada en el antebrazo derecho. Aunque le dolía, no sentía esa agonía tan dolorosa que te obliga a apretar los dientes y que revela que el hueso ha sido tocado. Hizo una mueca, empleó su mano izquierda para inmovilizar la punta de la flecha y entonces partió su astil con la derecha. Tragó saliva. Aquello le serviría para mantenerla a buen recaudo hasta que pudiera tratarla de una manera más apropiada. Levantó su maza y varias gotas de sangre cayeron al puente del *Soberano*.

Ydrena, que había sido su primer oficial durante cinco años (¡maldición!), yacía muerta en el puente cubierto de sangre. Había estado dando palos de ciego con su maza para encontrarla, hendiendo escudos y apartando lanzas. Aunque al menos había luchado contra media docena de Orquídeas a la vez, los había vencido. Se había librado limpiamente de Dantierre en un santiamén. Pero el espacio para luchar era

muy estrecho, el movimiento de los buques impredecible y el número de los partidarios que le rodeaban muy escaso. Aunque los daños de Zamira eran muy grandes, al menos había acertado en el lugar donde se tocarían ambas naves. Que nadie luchara en la popa del *Orquídea* significaba que, posiblemente, la gente de sus botes había huido. Mierda. Por lo menos se habían ido la mitad de los suyos. Era el momento de sacar su segunda caja de sorpresas. Aquella llamada suya para que todos dejaran de luchar era la señal para que la abrieran. Era la última partida, la última mano, la última jugada de cartas.

—¡Zamira, no me obligues a destruir tu buque!

13

—¡Vete al infierno, maldito hijo de puta perjuro! ¡Ven e inténtalo de nuevo, si aún crees que los pocos que te quedan tienen prisa en morir!

Locke había dejado a Jabril, Mumchance y al ayudante de este último (junto con las linternas de la muerte, o eso pensaba) para defender la popa. Él y Jean habían echado a correr al sentir que curiosamente el aire había dejado de estar lleno de flechas, dejando atrás los muertos y heridos que se amontonaban. La erudita Treganne les salió al paso, cojeando y haciendo ruido con su pierna postiza al pisar sobre el puente, arrastrando al manco Rask consigo. En el combés, Utgar estaba de pie, sirviéndose de un gancho para levantar la escotilla de la bodega principal de carga. Un cartapacio de cuero descansaba a sus pies; Locke supuso que cumplía algún encargo de la capitana y lo ignoró.

Encontraron a Drakasha y a Delmastro en la proa, junto con unos veinte Orquídeas supervivientes que contemplaban cómo un grupo de Soberanos que les doblaban en número les cerraban el paso. Ezri abrazó fuertemente a Jean; daba la impresión de haberse bañado en sangre durante la pelea sin perder nada de la suya. No parecía que el *Orquídea* tuviera cubierta sino sólo una superficie irregular formada por muertos y moribundos. La sangre caía a chorros por los costados del buque.

—No lo haré —dijo Rodanov.

—¡Eh! —exclamó Utgar, mirando el combés del *Orquídea*—. ¡Aquí, Drakasha!

Locke se volvió a tiempo de ver que Utgar tenía una esfera gris de unos veinte centímetros de diámetro cuya superficie era singularmente grasienta. La sostenía en la mano izquierda por encima de la abierta escotilla de la bodega, mientras que con la derecha agarraba algo que sobresalía de la parte superior de la esfera.

—Utgar —dijo Drakasha—, ¿qué diablos te crees que estás hac…?

—No hagas ni un puñetero movimiento, ¿de acuerdo? O ya sabes lo que haré con esta cosa.

—Dioses del cielo —susurró Ezri—. No me lo creo.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Locke.

—Malas noticias —dijo ella—. Unas noticias tremendamente malas. Es una esfera destrozabuques.

Jean escuchó la rápida explicación que ella comenzó a darles.

—Alquimia, alquimia negra, tremendamente cara. Hay que estar loco de remate para llevar una en alta mar, pues los capitanes las temen tanto como al aceite ardiente. Aún más. Esa cosa se pone al rojo blanco. No se puede tocar, ni siquiera acercarse a ella. Si se deja encima del puente, atravesará las entrañas del buque cuando arda, incendiándolo *todo* a su paso. Diablos, es posible que incluso pueda incendiar el agua. Por supuesto que no se apaga si se le echa agua encima.

—Utgar —dijo Drakasha—, traidor, *hijoputa*, ¿cómo has podido…?

—¿Traidor? En absoluto. Soy un hombre de Rodanov desde que entré a tu servicio. Buena idea la suya, ¿o no? Si te he hecho algún buen servicio, Drakasha, sólo ha sido en cumplimiento de mi deber.

—Puedo lanzarle una flecha —dijo Jean.

—Eso que tiene en la mano derecha es una mecha de torsión —dijo Ezri—. Si la mueve, o si le matamos y suelta esa cosa, se encenderá. Para eso se fabrican esos chismes. Con una de esas esferas cualquiera puede mantener a raya a cien prisioneros sólo con quedarse en el lugar apropiado.

—Utgar —dijo Drakasha—, Utgar, estamos ganando.

—Quizá estabais ganando. ¿Por qué te crees que he subido hasta aquí?

—Utgar, por favor, este buque está lleno de heridos. ¡Mis hijos están ahí abajo!

—Sí, lo sé. Así que mejor baja los brazos. Apóyalos en la barandilla de estribor. Que los arqueros bajen de los mástiles. Todo el mundo tranquilo… estoy seguro de que podremos llegar a un feliz acuerdo con todos vosotros, excepto con Drakasha.

—¡El cuello rajado y por la borda! —exclamó Treganne que acababa de aparecer en lo alto de la escalera del alcázar con una ballesta entre las manos—. En eso consiste el feliz acuerdo, ¿no es así, Utgar? —se apoyó cojeando en la barandilla y se llevó la ballesta al hombro—. Este buque está lleno de heridos que son responsabilidad mía, ¡bastardo!

—¡No, Treganne! —exclamó Drakasha.

Pero la erudita ya había hecho su trabajo; Utgar se estremeció y cayó cuando el dardo se hundió en la parte más baja de su espalda. La esfera gris brincó hacia delante y abandonó su mano izquierda; su mano derecha tiró de una cuerda delgada de color blanco. Cuando él cayó al puente, aquel artilugio desapareció de la vista al entrar por la escotilla.

—Oh, *diablos* —dijo Jean.

—No, no, no —musitó Ezri.

—Los niños —decía Jean sin ser consciente de que hablaba—. Puedo rescatarlos…

Ezri miró atónita la escotilla de carga. Luego le miró a él y después volvió a mirar a la escotilla.

—No se trata sólo de ellos —dijo—, sino del buque.

—Lo haré —dijo Jean.

Ella le agarró, le rodeó con sus brazos con tanta fuerza que apenas le dejó respirar y le susurró en el oído:

—Que los dioses te maldigan, Jean Tannen. Haces… haces que esto sea muy difícil.

Y entonces le golpeó en el estómago todo lo fuerte que pudo. Él cayó hacia atrás, doblándose por el dolor y comprendiendo sus intenciones cuando le soltó. Gritó por la rabia y por lo que ya no podía evitar, intentando agarrarla. Pero ella ya había echado a correr por la cubierta en dirección a la escotilla.

14

Locke supo lo que Ezri quería hacer en el instante en que vio cómo golpeaba a Jean, mientras que éste, con los reflejos embotados por el amor, la fatiga o ambos, apenas fue consciente de ello. Y antes de que Locke pudiera hacer nada, empujó a Jean hacia atrás, que cayó sobre su amigo. Locke alzó la mirada a tiempo de ver cómo Ezri entraba de un salto en la bodega de carga, donde una luminosidad anaranjada, en absoluto natural, se manifestaba en la oscuridad un segundo después.

—Oh, Guardián Avieso, todo se va a ir al infierno —susurró, y vio lo que sucedía como a cámara lenta.

Treganne seguía en la barandilla del alcázar, pasmada, sin saber aún las consecuencias de su hazaña.

Drakasha caminaba lentamente hacia delante empuñando sus sables, moviéndose demasiado despacio para detener a Ezri o para llegar a donde ella estaba.

Jean se arrastraba, incapaz de moverse, pero pidiendo a todos sus músculos la fuerza necesaria para seguirla y moviendo una mano inútil hacia la mujer que se acababa de ir.

Las tripulaciones de ambos buques miraban fijamente lo sucedido, apoyándose en sus armas y los unos en los otros, olvidando la lucha por un momento.

Utgar intentaba alcanzar el dardo que tenía en la espalda mientras se debatía sin fuerzas. Habían pasado cinco segundos desde que Ezri saltara a la bodega de carga. Al término de esos cinco segundos se reanudaron los gritos.

Ella salió por las escaleras del puente principal llevando la esfera en las manos. Locke comprendió horrorizado que había debido saber que las manos no le servirían

de mucho. Así que la acunaba entre ellas sirviéndose de su cuerpo.

La esfera estaba incandescente, era un sol en miniatura que ardía con los vívidos colores de la plata y el oro en fusión. Locke sintió el calor en su propia piel, y eso que estaba a diez metros de ella, y se apartó de la luz que desprendía al sentir el extraño y pungente olor del metal ardiente. Ezri corría hacia la barandilla todo lo deprisa que podía; si al principio lo hizo de un modo regular, después sólo pudo dar una serie de tímidos saltitos llenos de desesperación. Ardía, gritaba y aún así seguía corriendo.

Llegó a la barandilla de babor con un último esfuerzo convulso, ayudándose con las piernas y lo que quedaba de sus brazos, y lanzó la esfera destrozabuques por encima del espacio vacío que separaba al *Orquídea* del *Soberano Temor*. La esfera se hizo más brillante mientras volaba, como si fuera una cometa de metal fundido, y la tripulación de Rodanov retrocedió cuando aterrizó en la cubierta de su buque.

«No se puede tocar», había dicho Ezri… Bueno, pues sí que se podía tocar. Y entonces supo que tocarla suponía una muerte segura. La flecha que le alcanzó a ella en el estómago un instante después no pudo detener su lanzamiento, pues llegaba demasiado tarde para impedírselo. Ezri cayó en la cubierta con una nube de humo, y entonces, por última vez en el transcurso de aquella jornada, se desató el infierno.

—¡Rodanov! —rugió Drakasha—. ¡Rodanov!

Hubo una erupción de luz y de fuego en el combés del *Soberano Temor*; el globo incandescente rodó de un sitio para otro hasta que, finalmente, explotó en una llamarada. La incandescencia al rojo blanco, producto de la alquimia, se derramó por las escotillas, prendió en las velas, anegó a la tripulación y ocupó la mitad del buque en cuestión de segundos.

—¡El *Soberano* está en llamas, todas las manos a tomar el *Orquídea*! —exclamó Rodanov.

—¡Contened a los que llegan! —exclamó Drakasha—. ¡Contened a los que llegan y repeled el abordaje! ¡Todo a babor, Mum, todo a babor!

Locke pudo sentir en la mejilla derecha el calor cada vez más intenso; el *Soberano* estaba condenado, y si el *Orquídea* no se apartaba de los obenques y del bauprés en los que se había enredado, el fuego también lo devoraría. Jean se arrastró lentamente hacia Ezri. Aunque Locke escuchó el ruido de la lucha que acababa de reanudarse y se preocupó durante unos instantes por ella, comprendió que si dejaba solo a Jean en aquel trance jamás podría perdonárselo. O merecer el perdón por su parte.

—Dioses queridos —susurró cuando la vio—, oh, no, dioses.

Jean gemía y sollozaba con las manos alzadas sobre el cuerpo de Ezri. Locke no supo si la había tocado o no. Quedaba tan poco de ella… la piel, las ropas y los cabellos se habían quemado al mismo tiempo y ofrecían un aspecto atroz. Pero, a pesar de ello, Ezri aún se movía e intentaba levantarse. Aún se esforzaba en conseguir

algo que se parecía al respirar.

—Valora —dijo la erudita Treganne, que se dirigía cojeando hacia los dos amigos —. No, Valora, no la toque…

Jean golpeó la cubierta con los puños y gritó. Treganne se arrodilló al lado de lo que quedaba de Ezri y desenvainó el puñal que llevaba en su cinturón. Locke se quedó atónito al ver que las lágrimas perlaban sus mejillas.

—Valora —dijo ella—, cójalo. Ya está prácticamente muerta. Ella le necesita, por el amor de los dioses.

—No —gimió Jean—. No, no, no…

—Valora, *mírela*, maldita sea. No podemos ayudarla. Cada segundo que pasa es como una hora para ella y ahora *le está pidiendo* que le clave este puñal.

Jean arrebató el puñal de las manos de Treganne, se pasó una de las mangas de su camisa por los ojos y se estremeció. Aspirando con profundas boqueadas a pesar del terrible olor a quemado que dominaba a su alrededor, acercó el puñal a Ezri, titubeando en medio de sus sollozos como una persona aquejada de perlesía. Treganne puso sus manos sobre las suyas para guiarlas y Locke cerró los ojos.

Entonces acabó todo.

—Lo siento —dijo Treganne—. Perdóneme, Valora, no lo sabía… no sabía qué era esa cosa que Utgar tenía en la mano. Perdóneme.

Jean no dijo nada. Locke volvió a abrir los ojos y vio que Jean se despertaba como de un trance, ya sin sollozar, el puñal flojo en su mano. Como si no fuera consciente de la atroz batalla que se desarrollaba a su alrededor, comenzó a cruzar la cubierta hacia donde se encontraba Utgar.

15

Siguiendo las órdenes de Zamira, diez tripulantes del *Orquídea* saltaron a proa para salvar a los demás, empujando con todas sus fuerzas y con ayuda de lanzas, bicheros y alabardas, a la gente del *Soberano*. Empujaban para mantener libres el bauprés y el cordaje del *Orquídea*, mientras los hombres de Rodanov que habían sobrevivido luchaban como demonios para seguir viviendo. Finalmente, gracias a Mumchance, aquellos dos buques tan destrozados se apartaron el uno del otro.

—¡Todas las manos! —exclamó Zamira, aturdida por aquel esfuerzo súbito—, ¡todas las manos, virad y bracead! ¡Tomemos el viento! ¡Equipo de incendios a la bodega principal! ¡Los heridos a popa, para que los vea Treganne! Suponiendo que Treganne siga con vida, lo que es suponer… demasiado. Las penas para luego. Ahora preocupémonos del buque.

Rodanov no había tomado parte en la lucha final para apoderarse del *Orquídea*. Zamira le vio corriendo hacia la popa, abriéndose camino por el fuego para llegar a la

rueda. Ya fuera un último y desesperado esfuerzo para salvar su buque o para destruir el de ella, no lo consiguió.

16

—Socorro —musitaba Utgar—, sacadla fuera, yo no puedo.

Sus movimientos eran lentos y sus ojos comenzaban a ponérsele cada vez más brillantes. Jean se arrodilló a su lado y le clavó el puñal en la espalda. Utgar se estremeció y boqueó; bajo la mirada de Locke, Jean siguió clavándole el puñal una y otra vez hasta que fue evidente que Utgar había muerto, hasta que su espalda estuvo llena de heridas, hasta que, finalmente, Locke se acercó hasta él y le agarró por la muñeca.

—Jean…

—No me sirve de consuelo —dijo Jean con voz llena de incredulidad—. Por los dioses, no me sirve de consuelo.

—Lo sé —dijo Locke—, lo sé.

—¿Por qué no la detuviste? —Jean se lanzó contra Locke y le clavó literalmente en la cubierta al agarrarle del cuello con una mano. Locke no dijo nada y no se le resistió, sabiendo que aquello le haría entrar en razón—. *¿Por qué no la detuviste?*

—Lo intenté —dijo Locke—, pero ella te empujó para hacerme caer. Ella sabía que lo intentaría, Jean. Lo sabía. Por favor…

Jean le soltó y se calmó tan deprisa como le había atacado, sentándose. Se miró las manos y movió la cabeza.

—Oh, dioses, perdóname. Perdóname, Locke.

—No importa —dijo Locke—. Jean, lo siento muchísimo… Hubiera dado el mundo entero para que esto no hubiera sucedido. El *mundo entero*, ¿me oyes?

—Te oigo —dijo él, ya más tranquilo. Enterró el rostro entre sus manos y no dijo nada más.

Hacia el sudeste, el fuego que consumía al *Soberano Temor* teñía el mar de rojo mientras subía bramando hasta los mástiles y las velas, haciendo que los restos chamuscados de las velas cayeran sobre las olas como la lluvia de cenizas de un volcán; finalmente se convirtió en una ondeante montaña de humo y de vapor cuando el ennegrecido casco del *Soberano*, que acababa de ser devorado por él, se deslizó bajo las aguas.

—Ravelle —dijo Drakasha, apoyando una mano sobre los hombros de Locke e interrumpiendo su ensoñación—, si puedo hacer algo por usted, yo…

—Estoy bien —dijo Locke, poniéndose en pie—. Puedo ayudar en lo que sea. Sólo que… dejar solo a Jerome…

—Sí —repuso ella—. Ravelle, necesitamos…

—No, Zamira. Ya estoy harto de Ravelle esto, Kosta aquello. Está bien para el resto de la tripulación. Pero mis amigos me llaman Locke.

—Locke —dijo ella.

—Locke Lamora. Pero… ahhh, no creo que por ahora deba decirte nada más —alargó una mano hacia las suyas e, instantes después, ambos se abrazaron—. Lo siento —susurró—, Ezri, Nasreen, Malakasthi, Gwillem…

—¿Gwillem?

—Sí… uno de los arqueros de Rodanov. Lo siento.

—Dioses —dijo ella—. Gwillem estuvo con el *Orquídea* desde que lo capturé. Era el último que quedaba de la tripulación original. Ra… Locke, Mum tiene la rueda y estamos a salvo por el momento, así que… tengo que bajar para ver a mis hijos. Y necesito… que cuides de Ezri. Ellos no pueden verla en ese estado.

—Me ocuparé de todo —dijo—. Mira, baja a verlos. Me ocuparé de todo lo que concierne al puente. Llevaremos los heridos para que los vea Treganne. Cubriremos todos los cadáveres.

—Muy bien, entonces —dijo Zamira con mucha tranquilidad—. El puente es suyo, señor Lamora. Volveré enseguida.

El puente es mío, pensó Locke mientras miraba los restos de la batalla: cordajes a punto de romperse, velamen dañado, barandillas rotas, flechas clavadas por todas partes. Cadáveres por todos los rincones del combés y del castillo de proa; los supervivientes moviéndose por ellos como fantasmas, la mayor parte ayudándose con lanzas y arcos a modo de muletas improvisadas.

Dioses. Así que esto es el mando. Mirar fríamente lo sucedido y pretender que no te asusta.

—Jean —susurró, agachándose sobre el hombretón que seguía sentado en el puente—, Jean, quédate aquí todo el tiempo que quieras. Yo estaré cerca. Sólo tengo que ocuparme de todo esto, ¿de acuerdo?

Jean apenas asintió.

—Muy bien —dijo Locke echando un vistazo a su alrededor, mirando en aquella ocasión a los que no estaban heridos de gravedad—. ¡Konar! —exclamó—. ¡Konar el Grande! Coge la primera bomba con manguera que encuentres en buen estado. Echa un buen chorro a la escotilla de carga y riega todo lo que puedas el puente principal. No podemos permitirnos que quede algún rescoldo. ¡Oscarl! ¡Acércate! Busca tela y cuchillos. Tenemos que hacer algo con toda… con toda esta gente.

Se refería a todos los tripulantes que yacían muertos en cubierta. *Tenemos que hacer algo por ellos*, pensó Locke. *Y luego yo me iré a Tal Verrar para hacer algo por ellos. De una vez y para siempre*.

Capítulo 16

Saldando cuentas

1

—Guardián Avieso, Silencioso Decimotercero, tu siervo te llama. Pon tu mirada en el tránsito de esta mujer, Ezri Delmastro, sierva de Iono y tuya. Amada por un hombre al que amas —cuando a Locke se le quebró la voz, intentó sobreponerse—. Amada por un hombre que es mi hermano. Nosotros, Señor…, te la entregamos con pesar, porque no desearíamos encontrarnos ahora en la presente situación, y yo menos que nadie.

Sólo quedaban treinta y ocho; habían arrojado por la borda a cincuenta, y los demás habían sido dados por desaparecidos en combate. Locke y Zamira compartían sus deberes funerarios. Aunque las oraciones de Locke se habían ido haciendo más monótonas a medida que los funerales de los diversos caídos se sucedían, en aquel momento en que cumplía con el último descubrió que maldecía el día en que había sido ordenado sacerdote del Guardián Avieso. Había sido durante su supuesto decimotercero cumpleaños, durante la Luna del Huérfano. Y había recibido la facultad y la magia para pronunciar las oraciones fúnebres. Frunció el ceño, soterró en honor a Ezri aquellos pensamientos tan cínicos y añadió:

—He aquí a la mujer que nos salvó a todos. He aquí a la mujer que golpeó a Jaffrim Rodanov. Nosotros la entregamos en cuerpo y en espíritu al reino de tu hermano Iono, poderoso Señor del Mar. Dale tu ayuda. Lleva su alma hasta La que ha de pesarnos a todos. Te lo rogamos con el corazón lleno de esperanza.

Jean se inclinó sobre la tela que hacía de sudario y colocó encima de ella un mechón de cabellos castaño-oscuros.

—Ésta es mi carne —susurró. Hirió uno de sus dedos con la punta de un puñal y dejó caer una gota de sangre—. Ésta es mi sangre —se inclinó sobre la cabeza inmóvil que se hallaba oculta por la tela y depositó un beso en ella—. Y éstos mi aliento y mi amor.

—Por estas cosas te obligamos a que cumplas tu promesa —dijo Locke.

—Mi promesa —dijo Jean, poniéndose de pie— es una ofrenda de muerte, Ezri. Que los dioses me ayuden a hacerla válida. Que los dioses me ayuden para que pueda cumplirla.

Zamira, que se encontraba cerca de ellos, dio un paso para sostener uno de los

lados de la plancha de madera que sostenía el cadáver de Ezri envuelto en tela de vela. Locke tomó el otro, pues Jean, tal y como le había confesado a Locke antes de la ceremonia, no se sentía con fuerzas para hacerlo. Se retorció las manos y apartó la mirada. Todo terminó en un momento… Locke y Zamira inclinaron la plancha y el cadáver envuelto en la tela de vela se deslizó desde el puerto de entrada hasta las oscuras olas que lo aguardaban más abajo. Era una hora después del atardecer y ya había terminado todo.

El círculo silencioso formado por los cansados tripulantes que, en su mayoría estaban heridos, comenzó a dispersarse para regresar a los ásperos cuidados de Treganne o a la monotonía de sus guardias. Rask cumplía las funciones de Ezri, Nasreen y Utgar a medida que eran necesarias; con la cabeza cubierta por un grueso vendaje de tela, comenzaba a recoger a los supervivientes más aptos y a asignarles las tareas que habrían de cumplir.

—¿Y ahora? —preguntó Locke.

—Ahora, con la mayor parte del viento en contra, nos acercaremos cojeando hacia Tal Verrar —aunque la voz de Zamira parecía cansada, su mirada no desfallecía —. Antes habíamos llegado a un acuerdo. He perdido más de lo que suponía, tanto en amigos como en tripulación. Ahora no podríamos ni apresar un buque pesquero, así que me temo que todo dependerá de vosotros.

—Tal y como habíamos prometido —dijo Locke—. Sí, Stragos. Llévanos hasta allí y… ya se me ocurrirá algo.

—Tú no harás nada —añadió Jean—. Limitaos a dejarme allí —se miró a los pies — y a largaros después.

—No —dijo Locke—, no voy a quedarme aquí mientras…

—Para lo que estoy pensando sólo se necesita una persona.

—Acabas de prometer una ofrenda de sangre…

—Ella se la merece. Aunque proceda *de mí*, ella se la merece.

—¿Y no te parece que Stragos sospechará si sólo va a verle uno de los dos?

—Le diré que has muerto. Le diré que hubo un combate en el mar; al menos eso es bastante cierto. Entonces querrá verme.

—No dejaré que vayas solo.

—Ni yo que me acompañes. ¿Te crees que puedes luchar conmigo?

—Eh, los dos, cerrad el pico —dijo Zamira—. Por los dioses. Debes saber, Jerome, que este amigo tuyo intentó convencerme esta mañana de que le dejara intentar exactamente lo mismo que estás planeando.

—¿Qué? —Jean miró a Locke y rechinó los dientes—. Miserable ladronzuelo, ¿cómo te atrevis…?

—¿Qué? ¿Que cómo me atreví a quedarme mirando mientras planeabas lo que querías hacerme? Maldito gallito santurrón, me voy a…

—¿Qué?

—Me voy a arrojar contra ti para que me zurres la badana —dijo Locke—. Y entonces te sentirás fatal. ¿Qué te parece?

—Ya me siento fatal —confesó Jean—. Dioses, ¿por qué no me dejas intentarlo? ¿Por qué, al menos, no me concedes eso? Así podrás seguir vivo y dar con algún alquimista o con algún envenenador. Es mejor que la esperanza que me queda a mí.

—Y una mierda —dijo Locke—. Así no es como trabajamos los dos; si no te gustaba, debieras haberme dejado en Camorr para que me desangrara. Creo que estaba más que claro.

—Sí, pero…

—¿Es diferente cuando se trata *de ti*, verdad?

—Yo…

—Caballeros —dijo Zamira—, o lo que seáis vosotros dos. Este mismo mediodía entregué a Basryn el bote pequeño para que el muy bastardo muriera entre las olas en lugar de hacerlo en mi buque. Jerome, si quieres llegar solo a Tal Verrar en uno de los botes que quedan, tardarás una barbaridad. A menos que hayas previsto salir volando, porque no pienso llevar el *Orquídea* a menos de un tiro de flecha de los arrecifes.

—Entonces nadaré si no tengo más narices que hacerlo…

—Que la ira no te convierta en estúpido, Jerome —Drakasha le agarró por los hombros—. Mantén la sangre fría. La frialdad es lo único que te servirá, si es que quieres vengar a mi tripulación. Y a mi *primera oficial*.

—Mierda —musitó Jean.

—Los dos juntos —dijo Locke—. Tú no me dejaste tirado en Camorr ni en Vel Virazzo. Que se me lleven los demonios si ahora yo te dejo tirado.

Jean frunció el ceño, se agarró a la barandilla y se quedó mirando las aguas.

—Me da vergüenza —dijo al fin— todo ese dinero que está en la Aguja del Pecado. Qué pena, porque nunca lo cogeremos. Y otras cosas más que nunca haremos.

Locke apretó los dientes al reconocer que aquel cambio de conversación tan repentino de Jean sólo era para salvar el orgullo a cambio de su ayuda.

—¿La Aguja del Pecado? —preguntó Zamira.

—No te contamos algunas partes de la historia, Zamira. Perdónanos. En ocasiones estos planes son demasiado complicados para explicarlos de un tirón. Bueno, pues tenemos unos cuantos miles de solari anotados en los registros de la Aguja del Pecado. No me importaría compartirlos contigo si hubiera alguna manera de conseguirlos, por eso estoy abierto a cualquier discusión.

—Sólo necesitaríamos contar con alguien de la ciudad capaz de ayudarnos —dijo Jean.

—No tiene sentido echar de menos la cerveza que uno ha derramado —dijo

Locke—. Creo que los únicos conocidos que tenemos en Tal Verrar se reducen a las personas que contratamos o a las que dimos alguna propina. Si no fuera así, ahora podríamos contar con algún buen amigo —y se juntó con Jean en la barandilla, dando a entender que estaba tan absorto en la contemplación del mar como el hombretón, aunque sólo estuviera pensando en cadáveres cubiertos con sudarios que caían salpicando al mar.

Cayendo… como él y Jean, si se hubieran puesto las cuerdas con las que pretendían evitar que…

—Un momento —dijo Locke—. Un amigo. Un amigo. Eso es lo que necesitamos a toda prisa. Hemos estado dándoles la lata a Stragos y a Requin. Pero ¿a quiénes no hemos molestado en absoluto durante los últimos dos años? ¿A quiénes hemos estado ignorando?

—¿A los sacerdotes de los templos?

—Buena suposición, pero no… ¿Quién está involucrado de manera directa en todo este fregado?

—¿El *Priori?*

—El *Priori* —dijo Locke—. Esos bastardos gordos, secretistas y conspiradores —Locke tamborileó con los dedos en la barandilla, intentando apartar de sus pensamientos la pena que sentía para encajar una docena de planes deshilvanados e improbables en un esquema coherente—. Piensa. ¿Con quién jugamos? ¿A quién vimos en la Aguja del Pecado?

—A Ulena Pascalis.

—No. Ella sólo se sentaba delante de la mesa.

—De Morella…

—No. Por los dioses, nadie le toma en serio. ¿Quién puede conseguir que el *Priori* haga una jugada completamente temeraria? ¿Quién tiene la suficiente mano larga para exigir respeto o para tirar de las cuerdas y conseguirlo? Necesitamos a alguien de los Siete del Interior. Y al infierno con los demás.

Locke pensó que conocer las prioridades políticas del *Priori* era parecido a practicar la adivinación con las entrañas de las gallinas. En el Consejo de los comerciantes había tres círculos, formados cada uno por siete miembros; el propósito de los dos más externos era dar a conocer a la gente lo que pensaban. Del círculo interior sólo se conocían los nombres de sus siete miembros… pues la jerarquía que ostentaban y sus funciones eran un misterio para la gente corriente.

—Cordo —dijo Jean.

—¿Cordo el Viejo, o Lyonis?

—Los dos. Marius es de los Siete del Interior, Lyonis va camino de conseguirlo. Y Marius es más viejo que las pelotas de Perelandro. Si alguien es capaz de movilizar al *Priori*, presumiblemente como resultado de cualquier designio alocado que seguro

que se te ha ocurrido…

—Sólo es alocado a medias.

—¡Conozco esa cara tuya tan jodida! Estoy seguro de que estás pensando en uno de los Cordo; qué pena que yo no conozca a ninguno de esos bastardos —Jean miró fijamente a Locke con ojos cansados—. Fíjate, *tienes* la cara que decía. ¿Qué has pensado hacer?

—Lo que pienso… es intentarlo todo. ¿Por qué suponer que lo único que nos queda es el suicidio? ¿Por qué no intentamos algo diferente? Ir a ver a Requin. Terminar el juego. Ir a ver a Stragos. Sacarle una respuesta o el antídoto. Luego darle esto de una u otra manera —Locke hizo como si clavara un puñal al imaginario Arconte de Tal Verrar. Quedó tan satisfecho con la representación que la repitió.

—¿Y cómo diablos lo haremos?

—He aquí una excelente pregunta —dijo Locke—. La pregunta más importante que jamás te haya oído hacer. Según han ido las cosas últimamente, cualquier persona de Tal Verrar puede estar aguardándonos en los muelles con ballestas y antorchas. Así que tenemos que disfrazarnos mejor. ¿Qué tal de sacerdotes de uno de los Doce, aunque parezca un tanto chabacano?

—De Callo Androno —apuntó Jean.

—Que nos conceda Su perdón, porque me parece muy acertado —dijo Locke.

Callo Androno, los Ojos de las Encrucijadas, era el dios del viaje, de los idiomas y del saber popular. Tanto sus sacerdotes itinerantes como los estudiosos que le servían desdeñaban las telas caras, enorgulleciéndose de vestir ropas muy bastas.

—Zamira —dijo Locke—, si aún queda alguien en el buque que sepa tirar de aguja e hilo, tendrá que hacernos dos vestidos. Que los haga con tela de velas, ropas inservibles, lo que sea. Lamento decirlo, pero hay muchas ropas tiradas a nuestro alrededor.

—Los supervivientes tendrán que jugárselas a los dados y luego repartir conmigo las ganancias —explicó ella—. Pero yo puedo reclamar antes unas cuantas.

—Necesitamos algo de color azul —dijo Locke—. Las bandas que los andronitas se ponen en la cabeza son azules. Y cuanto más largas sean, más santos seremos nosotros y menos pareceremos unos vagabundos zarrapastrosos.

—Ezri tenía una camisa azul —dijo Jean—. Tiene… que estar aún en su cabina, donde la dejó. Aunque esté un poco deslucida…

—Perfecto —dijo Locke—. Y ahora, Zamira, recordarás que cuando volvimos después de la primera visita que hicimos a Tal Verrar con este buque, te entregué una carta que era un salvoconducto, pues tiene impreso en ella el sello de Requin. Jean, necesito que lo falsifiques con el primor que nos enseñó Cadenas. En eso eres mejor que yo, y tiene que quedar bien.

—Creo que puedo intentarlo. Pero no estoy seguro… porque ahora no me

encuentro muy bien que digamos.

—Necesito que lo hagas lo mejor que puedas. Lo mejor. Por mí. Por ella.

—¿Dónde quieres el sello?

—En un pergamino limpio. En papel. En lo que sea. ¿Tienes una hoja, Zamira?

—¿Una hoja entera? No creo que Paolo y Cosetta hayan dejado ni una. Pero seguro que habrá alguna casi sin escribir; supongo que podré cortarla por la mitad.

—Hazlo. Jerome, encontrarás las herramientas que necesitas en mi antiguo cofre, que ahora se encuentra en la cabina de Zamira. Capitana, ¿puede cogerlo, así como algunas linternas?

—Paolo y Cosetta se niegan a abandonar el armario de las sogas —dijo Zamira —. Están demasiado desconcertados. Les he llevado la cama y unas cuantas luces alquímicas. La cabina está a vuestra entera disposición.

—También me harán falta tus cartas —dijo Jean—. O eso creo.

—Diablos, se me olvidaban las cartas. Las necesitaré, y también el mejor juego de engranajes que podamos conseguir. Puñales. Varios juegos cortos de cuerda, preferiblemente de quasiseda. Dinero, Zamira… en pequeñas bolsas de cincuenta o sesenta solari, por si tenemos que abrirnos paso a fuerza de monedas. Y algunas cachiporras. Si aquí no tenéis ninguna, podremos fabricarlas con arena y tela de velas…

—Y un par de hachas pequeñas —añadió Jean.

—Tengo dos en mi cabina. Ahora que lo pienso, creo que las saqué de tu cofre.

—¿Cómo dices? —un destello de excitación recorrió el rostro de Jean—. ¿Las tenías tú?

—Necesitaba un par. No sabía que tuvieran algo especial, de otra manera os las hubiera devuelto en cuanto causasteis baja en la guardia de fregonas…

—¿Especial? Más que armas son casi como de la familia —explicó Locke.

—En efecto, gracias a los dioses. ¿Qué vamos a hacer con todo esto? —preguntó Jean.

—Como ya dije, es una pregunta excelente cuyas consecuencias intento sopesar en toda su extensión…

—Si este tiempo se mantiene, no llegaremos ante Tal Verrar hasta mañana por la noche —dijo Zamira—. Puedo aseguraros que dispondréis del suficiente tiempo para sopesarlas. Y que lo haréis desde el palo mayor como vigías. Aún necesito vuestros útiles servicios.

—Por supuesto —dijo Locke—. Por supuesto. Capitana, cuando lleguemos a Tal Verrar, déjanos, si puedes, en la parte norte. Hagamos lo que hagamos, tendremos que pasar por el barrio de los Comerciantes.

—¿Cordo? —preguntó Jean.

—Cordo —aseveró Locke—. El Viejo o el Joven, da igual. Ya veremos cuál de

ellos, si tenemos que entrar a gatas por sus cochinas ventanas.

2

—¡Qué diablos! —decía un criado corpulento y bien vestido. Había tenido la mala suerte de aparecer ante la alcoba de la cuarta planta por cuya ventana Locke y Jean acababan de entrar a gatas.

—Eh —dijo Locke—, ¡felicidades! ¡Somos ladrones que practican el escalo al revés, así que ahí van cincuenta solari! —y lanzó una bolsa al criado, que la atrapó con una mano y tragó saliva al notar su peso. En el intervalo de segundo y medio que siguió a aquel disparate en el que el criado no dio la voz de alarma, Jean le sacudió con la cachiporra.

Habían entrado por la esquina noroeste del piso superior de la mansión que pertenecía a la familia Cordo; las almenas y las púas aceradas del tejado les habían hecho desistir de atacar la casa desde su parte más alta. Eran las diez de la noche, de una de esas noches perfectas que se dan en el Mar de Bronce a finales de Aurim. Locke y Jean habían entrado retorciéndose por un seto espinoso y dado esquinazo a tres equipos de guardias y de jardineros, invirtiendo después veinte minutos en escalar las tersas y húmedas paredes de la residencia de los Cordo.

Sus túnicas sacerdotales de Callo Androno, esas que habían sido preparadas sobre la marcha, junto con otros varios aditamentos más que necesitaban, estaban dentro de unas mochilas confeccionadas a toda prisa por Jabril. Era casi evidente que gracias a aquellas túnicas nadie les había disparado un dardo de ballesta al desembarcar en Tal Verrar… pero la noche aún era joven, se dijo Locke… muy, pero que muy joven.

Jean arrastró al desvanecido criado hasta la alcoba y echó un vistazo a su alrededor en busca de nuevos problemas mientras Locke cerraba cuidadosamente las dos jambas acristaladas de la ventana y la aseguraba por dentro. Una simple pieza de metal, muy estrecha y convenientemente doblada, le había permitido abrirla; la Buena Gente de Camorr la llamaba «consigue-el-pan», porque si te permitía entrar en una mansión lo suficientemente lujosa para tener ventanas de cristal, entonces tenías asegurada la cena.

Locke y Jean habían robado en el suficiente número de casas tan lujosas como aquélla (aunque no tan espaciosas) para saber dónde se encontraba su presa. Los dormitorios del dueño de la casa solían estar al lado de otras habitaciones confortables, como la sala de fumadores, el estudio, la sala de las visitas y…

—La biblioteca —musitó Jean mientras él y Locke caminaban despacio por el pasillo de la derecha. Unas lámparas alquímicas dispuestas en el interior de las alcobas primorosamente cubiertas con cortinas conferían al lugar una luz difusa de tonos naranja y oro muy agradable. A través de un par de puertas abiertas en medio

de la habitación, a la izquierda de donde se encontraban, Locke vislumbró unas estanterías llenas de libros y rollos de pergamino. No había ningún otro criado al alcance de la vista.

La biblioteca era una pequeña maravilla; debía de tener mil volúmenes, así como cientos de rollos de pergamino dispuestos en cajas y anaqueles muy bien ordenados. Varias cartas de las constelaciones, pintadas sobre pergamino blanqueado alquímicamente, decoraban los escasos lugares vacíos de las paredes. Dos puertas cerradas conducían a las restantes habitaciones de la planta, una a la izquierda y otra enfrente de ellos.

Locke pegó la oreja a la puerta de la izquierda para escuchar. Distinguió un débil murmullo y se volvió hacia Jean, pero sólo para descubrir que éste había dejado de husmear, pues se encontraba ante una estantería. De repente, se abalanzó sobre ella, sacó un delgado volumen en octavo, de unos quince centímetros de alto, de un estante y lo guardó precipitadamente en su mochila. Locke hizo una mueca.

En aquel momento, la puerta de la izquierda se abrió justo delante de él, dándole un fuerte golpe, no grave pero sí doloroso, en la nuca. Cuando se volvió, se encontró cara a cara con una joven que llevaba una bandeja de plata vacía. Pero sólo pudo abrir la boca para gritar y nada más; Locke se la tapó con la mano izquierda mientras su derecha iba en busca de un puñal. Cuando la devolvió a la habitación de donde había salido, Locke sintió que sus pies se hundían en una lujosa alfombra de varios centímetros de grosor.

Jean se le acercó por la derecha y cerró la puerta. La bandeja cayó en la alfombra y Locke empujó a la joven hacia un lado, de suerte que ésta fue a parar a los brazos de Jean con un ¡Uuuf!, de sorpresa, mientras Locke se encontraba a los pies de una cama que medía unos tres metros de ancho, cubierta con la seda suficiente para llenar por completo la arboladura de un yate de buen tamaño.

Sentado encima de unos cojines al otro extremo de aquella cama, con un aspecto más bien cómico porque su enjuto cuerpo parecía perdido en medio de tan vasto espacio, había un anciano de rostro apergaminado. Su larga cabellera del color de la espuma de mar le caía hasta los hombros, cubriendo su camisón de seda verde. Clasificaba una pila de documentos bajo la luz de una lámpara alquímica cuando Locke, Jean y la poco dispuesta criada irrumpieron en sus aposentos.

—Marius Cordo, supongo —dijo Locke—. ¿Puedo sugerirle que en adelante contrate a un buen artífice para reemplazar los picaportes de sus ventanas?

El anciano abrió unos ojos como platos mientras los documentos caían de sus manos.

—¡Oh, dioses! —exclamó—. ¡Oh, dioses, protegedme! ¡Es usted!

3

—Claro que soy yo —dijo Locke—. Pero no tiene ni puñetera idea de quién diablos soy de verdad.

—Maese Kosta, podemos discutirlo. Ya sabe que soy un hombre razonable y extremadamente acaudalado…

—De acuerdo, digamos que *sí que sabe* quién diablos soy yo —dijo Locke un tanto inquieto—. Y que su dinero no me importa una mierda. He venido para…

—Usted hubiera hecho lo mismo de hallarse en mi lugar —dijo Cordo—. Sólo es negocio, puro negocio. No me mate y llegaremos a algún acuerdo económico basado en una buena ganancia de dinero, joyas, excelentes objetos alquímicos…

—Maese Cordo —dijo Locke—, atienda, yo… —frunció el ceño y se volvió hacia la criada—. Dígame, ¿no estará este hombre, ah, un tanto senil?

—Es absolutamente competente —contestó ella con frialdad.

—Le aseguro que lo soy —rugió Cordo. La ira le cambiaba muchísimo el talante —. ¡Y no me gusta hablar en mi dormitorio de negocios con asesinos! ¡Así que, o me mata o negociamos ahora mismo lo que vale mi libertad!

—Maese Cordo —dijo Locke—, contésteme a dos preguntas y sea completamente franco en ambas. Primera: ¿Cómo sabe quién soy yo? Y segunda: ¿Por qué cree que he venido a matarle?

—Ya había visto antes sus rostros —dijo Cordo— en un recipiente de agua.

—¿En un recipiente de…? —Locke sintió una sacudida en el estómago—. Oh, diablos, se lo enseñó…

—Un mago de la Liga de Karthain que representaba a su gremio en cierto asunto personal. Seguro que ahora comprende…

—*Usted* —dijo Locke— dijo que yo habría hecho lo mismo. ¡Usted ha estado enviando a esos malditos asesinos contra nosotros! Los cabrones de los muelles, el tabernero del veneno, los equipos de la *Festa*…

—Obviamente —dijo Cordo—. Y, desafortunadamente, ustedes dos lograron escapar. Con un poquito de ayuda de Maxilan Stragos, me parece.

—¿Desafortunadamente? ¿Desafortunadamente? ¡Cordo, no tiene ni idea de la suerte que tiene usted, maldito hijo de puta, de que saliéramos bien librados! ¿Qué le contaron los magos mercenarios?

—Vamos. Seguro que sus planes…

—¡Si no me lo repite palabra por palabra, *le mato* ahora mismo!

—Que ustedes son una amenaza para el *Priori* y que, por las sumas que les habíamos pagado por sus anteriores servicios, pensaban que el avisarnos de su presencia no le vendría mal a sus intereses.

—Se refiere a los intereses de los Siete del Interior, supongo.

—En efecto.

—Estúpidos bastardos —dijo Locke—. Los magos mercenarios se aprovecharon

de usted, Cordo. Piense en ello cuando vaya a darles dinero otra vez. Nosotros (maese de Ferra y yo) estamos en su jodida lista, y nos han puesto entre usted y Stragos para reírse. ¡Eso es todo! No hemos venido a esta ciudad para hacerle daño al *Priori*.

—Y entonces…

—¿Por qué no voy a matarle ahora mismo?

—Es una pregunta tan agradable como molesta —dijo Cordo, mordiéndose el labio.

—La verdad —dijo Locke— es que por ciertas razones que siempre quedarán muy, pero que muy, lejos de su comprensión, he entrado en su casa por un solo motivo: entregarle en bandeja la cabeza de Maxilan Stragos.

—*¿Qué?*

—No al pie de la letra. De hecho, tengo planes para esa cabeza. Pero sé lo felices que se sentirían de poder aplastar al Arcontado como si fuera una hormiga campestre, así que sólo lo diré una vez: quiero alejar temporalmente del poder a Maxilan Stragos y voy a intentar hacerlo esta noche. Para ello *necesito* que me ayude.

—Pero… si usted es una especie de agente del Arconte…

—Jerome y yo somos agentes a pesar nuestro —dijo Locke—. El alquimista de cabecera de Stragos nos dio un veneno de efecto retardado. Así que, mientras Stragos controle el antídoto, no podemos por menos de servirle si no queremos morir de una muerte atroz. El muy cabrón sólo tenía que tirar un poco de nuestras cuerdas, pero ahora se ha pasado.

—Ustedes podrían… podrían ser unos *provocadores* enviados por Stragos para…

—¿Cómo dice? ¿Para poner a prueba su lealtad? ¿En cuál tribunal, bajo qué juramento, ante cuál ley? Es la pregunta de siempre, en esta ocasión bajo la estúpida conjetura de que ahora estoy haciendo lo que Stragos me ordena. Si así fuera, ¿qué me impediría acabar con usted en este preciso momento?

—Es un punto interesante que tratar.

—Aquí —Locke rodeó la cama para sentarse al lado de Cordo— tengo un puñal —y dejó caer su arma en el regazo del anciano. En aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Han herido a uno de los criados! Padre, ¿estás bien? ¡Voy a entrar!

—Mi hijo tiene llave —explicó Cordo el Viejo cuando sonó un chasquido en la cerradura.

—Ah —dijo Locke—, entonces necesitaré esto —recogió el puñal, se quedó al lado de Cordo y apuntó con él al anciano de una manera vagamente amenazadora—. Tranquilícese, no nos llevará más de un minuto.

Un hombre de complexión normal y de unos treinta y tantos años apareció repentinamente en el umbral de la habitación con un estoque labrado en la mano.

Lyonis Cordo, del Segundo Círculo del Priori, único heredero de su padre y viudo desde hacía algunos años. Quizá el soltero más deseado de toda Tal Verrar y el más notable sólo por el hecho de visitar la Aguja del Pecado muy de tarde en tarde.

—¡Padre! ¡Alacyn! —Lyonis entró en la habitación y se quedó a un paso de la puerta, abriéndose de brazos para cubrirla y blandiendo su estoque con una floritura —. ¡Soltadlos, bastardos! Los guardias de la casa están despiertos, así que no conseguiréis bajar…

—Oh, por el amor de Perelandro, ni siquiera lo pretendo —dijo Locke. Y pasó el puñal a Cordo el Viejo, que lo cogió con dos dedos como si fuera alguna suerte de insecto que acabara de capturar—. Fíjese en eso, ¿ve qué clase de asesino de pacotilla estoy hecho? Envaine la espada, cierre la puerta y atiese la oreja. Tenemos que discutir muchas cosas.

—Pero… yo…

—Lyonis —dijo Cordo el Viejo—, aunque este hombre quizá haya perdido la cabeza, es cierto que ni él ni su acompañante son unos asesinos. Deja tu arma y di a los guardias que… —y se volvió hacia Locke con cierta sospecha—. Kosta, ¿ha herido *malamente* a algunos de los míos al entrar?

—Sólo le hice a uno un pequeño chichón en la cabeza —explicó Locke—. Es algo que suelo hacer de continuo. Se le pasará, no sé quién es.

—Muy bien —Marius suspiró y pasó el puñal con mucha afectación a Locke, que se lo puso en el cinto—. Lyonis, di a los guardias que se queden abajo. Luego cierra la puerta con llave y siéntate.

—¿Puedo irme ya, puesto que nadie va a ser asesinado en esta habitación? —preguntó Alacyn.

—No. Lo siento. Sabe demasiado. Tome un asiento y póngase cómoda mientras se entera de lo que falta —Locke se volvió hacia Cordo el Viejo y señaló a Alacyn—. Escúcheme, es evidente que no puede salir de esta casa hasta que hayamos concluido nuestros asuntos, ¿está de acuerdo?

—De todos los…

—No, Alacyn, tiene razón —Cordo el Viejo movió las manos para tranquilizarla —. Hay mucho en juego en todo esto y lo sabes, si aún crees en mí. Pero si no es así, entonces discúlpame, ya te enterarás, porque te encerraré en el estudio donde estarás muy cómoda. Y prometo que te recompensaré espléndidamente por esto.

Cuando Jean la soltó, ella se sentó en un rincón y cruzó los brazos, malhumorada. Aún como si dudase de su propia cordura, Lyonis despidió enérgicamente al pelotón de tipos con cara de bestias que habían entrado en la biblioteca poco antes, envainó su estoque y cerró la puerta del dormitorio. Luego se apoyó en ella y adoptó la misma expresión que Alacyn.

—Y ahora —dijo Locke—, como iba diciendo, cuando esta noche esté a punto de

terminar, ya llegue el Infierno o el fuego de los Antiguos, mi compañero y yo estaremos muy cerca, físicamente hablando, de Maxilan Stragos. De un modo u otro le quitaremos de su pedestal. Y quizá también le quitemos la vida si no hay otro remedio. Pero para conseguirlo necesitaremos unas cuantas cosas de usted. Y de paso le contaremos lo que pasa. Esto no es una argucia. Si en sus planes entra quitarle la ciudad a Stragos, deberán actuar rápidamente. Y si sus medidas consisten en mantener su ejército y su marina a buen recaudo hasta que sea el momento de recordar a todos sus miembros quién es el que les paga el salario, entonces pónganlas en marcha.

—¿Derrocar a Stragos? —Lyonis parecía tan impresionado como alarmado—. Padre, estos hombres están locos…

—Tranquilo, Lyo —Cordo el Viejo levantó una mano—. Estos hombres pretenden hallarse en una posición única para conseguir ese cambio que tanto deseamos. Y han… declinado hacerme daño por ciertas acciones que emprendí contra ellos. Los escucharemos hasta el final.

—Bien —dijo Locke—. Y ahora lo que deben saber. En un par de horas, maese de Ferra y yo seremos arrestados por los Ojos del Arconte al salir de la Aguja del Pecado…

—¿Arrestados? —preguntó Lyonis—. ¿Cómo puede saber…?

—Porque voy a presentarme a una cita —dijo Locke— en la que le *pediré* a Stragos que nos arreste.

4

—El Protector no le verá a usted, tampoco su dama de honor. Ésas son nuestras órdenes.

Locke estaba seguro de poder sentir la mirada desdeñosa del oficial de los Ojos a través de su máscara.

—Querrá vernos —dijo Locke mientras él y Jean detenían en el embarcadero del Arconte el bote que habían conseguido por mediación de Cordo el Viejo, que era más pequeño y ágil que el suyo— si le dice que hicimos lo que nos ordenó durante nuestra última entrevista, y que, *inexcusablemente*, tenemos que hablar con él.

El oficial lo estuvo considerando durante varios segundos y luego se acercó a la cadena de señales. Mientras aguardaban una respuesta, Locke y Jean se quitaron todas sus armas y herramientas y las metieron en sus mochilas, dejándolas luego en el fondo del bote. Finalmente, Merrain apareció en la cúspide de las escaleras y les hizo una seña; ambos fueron sacados del bote con la usual rudeza y escoltados hasta el estudio del Arconte.

Jean tembló a la vista de Stragos, que se encontraba de pie tras su escritorio.

Locke observó que Jean abría y cerraba los puños, así que se apretó con fuerza un brazo.

—¿Son buenas noticias? —preguntó el Arconte.

—¿Ha informado alguien de un fuego en el mar acaecido ayer, a eso del mediodía, al oeste de la ciudad? —preguntó Locke.

—Dos buques mercantes avisaron de una ancha columna de humo que se veía por el horizonte occidental —contestó Stragos—. Ninguna noticia más que yo haya oído, ni ninguna pérdida reclamada por ningún sindicato.

—Las noticias no tardarán en llegar —dijo Locke—. Un buque incendiado y hundido. Ni un solo superviviente. Se dirigía hacia la ciudad y se bamboleaba por el cargamento, así que estoy seguro de que finalmente acabarán por echarlo en falta.

—¿Finalmente? —preguntó Stragos, y añadió—: Así que lo que ahora quieren es un beso en la mejilla y un plato de dulces. Le dije que no intentara jugar conmigo.

—Pensaba que nuestro primer hundimiento sólo nos proporcionaría dinero —dijo Locke—. Y hemos decidido que no sólo queremos ver el vino, sino también beberlo.

—¿A qué se refiere exactamente?

—A que queremos el fruto de nuestros esfuerzos que tienen que ver con la Aguja del Pecado —dijo Locke—. Queremos aquello por lo que hemos estado trabajando durante dos años seguidos. Y lo queremos esta noche antes de hacer nada más.

—Bueno, pues *precisamente* esta noche no podrán tenerlo. ¿Qué se imagina, que puedo darles una especie de bula, algo así como una petición educada para que se la entreguen a Requin y les deje llevarse lo que quieran?

—No —dijo Locke—, porque vamos a ir esta noche hasta allí para cogerlo, y porque hasta que no estemos a salvo con nuestro botín, el *Orquídea Emponzoñada* no hundirá más buques en sus aguas.

—Usted no me dicta los términos de nuestro contrato…

—Creo que sí. Aunque confiamos en que usted dejará de tener nuestras vidas en sus manos después de que termine esta esclavitud a la que nos somete, no creemos que las condiciones imperantes después en la ciudad nos permitan seguir adelante con nuestro plan de entrar en la Aguja del Pecado. Piense, Stragos, es evidente. Si quiere poner de repente al *Priori* bajo su bota, será el caos. Derramamiento de sangre y detenciones. Requin se acuesta con el *Priori*; su fortuna debe seguir intacta cuando vayamos a buscar lo que queremos. Por eso queremos asegurarnos de estar a salvo antes de terminar el asunto que a usted le interesa.

—Arrogante…

—Por supuesto —Locke alzó la voz— que soy arrogante. Aún seguimos necesitando su maldito antídoto, Stragos. Aún seguimos dependiendo de que nos lo administre. Por eso sólo exigimos un poco más. Esta misma noche. Quiero que su alquimista esté a su lado cuando volvamos dentro de dos horas.

—¡Por todos los malditos…! ¿Qué quiere decir con eso de «cuando volvamos»?

—En cuanto Requin descubra que le hemos utilizado de tapadera, sólo podremos escapar de la Aguja del Pecado de una manera —explicó Locke—. En cuanto salgamos de ese sitio tenemos que ser arrestados por sus Ojos, que nos estarán aguardando.

—¡Por todos los dioses! ¿Y por qué motivo?

—Porque en cuanto estemos a salvo aquí —dijo Locke— nos escabulliremos en silencio y regresaremos al *Orquídea Emponzoñada* para, a última hora de esta misma noche, atacar la mismísima dársena de Plata. Drakasha tiene una tripulación de ciento cincuenta hombres que han capturado dos barcas de pesca a las que prenderán fuego al atardecer. ¿No quería que la bandera carmesí pudiera verse desde su ciudad? Pues, por los dioses, nosotros la plantaremos en el puerto. Destruiremos e incendiaremos todo lo que podamos y luego, cuando nos retiremos, atacaremos a todo lo que se cruce en nuestro camino. Tendrá al *Priori* delante de su puerta cargado con bolsas de dinero y pidiendo un salvador. La gente se rebelará si no les dan uno. ¿Le parece suficiente? Podemos hacer lo que usted quiera. Podemos hacerlo esta misma noche. Y, en lo que se refiere a una incursión de castigo en las Islas del Viento Fantasma…, bueno, todo depende de la prisa que se dé en hacer las maletas, Protector.

—¿Qué quieren quitarle a Requin? —preguntó Stragos después de rumiar en silencio todo aquello durante un buen rato.

—Algo que un hombre con prisas puede cargar encima.

—La bóveda de Requin es impenetrable.

—Lo sabemos —dijo Locke—. Lo que buscamos no se encuentra en ella.

—¿Y cómo puedo estar seguro de que no van a dejarse matar estúpidamente mientras hacen eso que dice?

—Puedo asegurarle que nos matarán —dijo Locke— si no contamos con la custodia legal de sus Ojos, que nos detendrán delante de todos. Y entonces desapareceremos, eliminados a causa de los crímenes cometidos contra el Estado verrarí, tal y como es privilegio del Arcontado. Un privilegio del que usted podrá pavonearse muy pronto. Vamos, admita que es espantosamente hermoso.

—Dejarán conmigo el objeto de su deseo —dijo el Arconte—. Róbenlo. De acuerdo. Y tráiganlo hasta aquí. Pero, puesto que necesitan el antídoto, yo lo guardaré por ustedes hasta que terminen mi trabajo.

—Eso es…

—Algo para sentirme tranquilo —dijo Stragos con voz cargada de amenaza—. Si a dos hombres que saben que se enfrentan a una muerte segura les cayera de repente una enorme suma de dinero en las manos, podrían salir huyendo para gastársela en borracheras y en putas, en suma, para pasárselo bien antes del ineluctable final, ¿no le parece?

—Supongo que tiene razón —concedió Locke, fingiéndose irritado—. Supongo que cualquier cosa que dejemos a su cuidado…

—Quedará a buen recaudo, eso se lo garantizo. La inversión que les ha llevado dos años estará esperándoles para cuando nuestros caminos se separen.

—Entonces creo que no tenemos otra elección. De acuerdo.

—Entonces expediré de inmediato una orden de arresto para Leocanto Kosta y Jerome de Ferra —dijo Stragos—. Les garantizo lo que me han pedido… así que, por los dioses, quiero que ustedes dos y esa zorra de Syrune salgan pitando enseguida.

—Lo haremos —dijo Locke— lo mejor que podamos. Hemos hecho un juramento.

—Mis soldados…

—Prefiero que envíe a los Ojos —rectificó Locke—. Mejor los Ojos. Debe de haber agentes del *Priori* infiltrados entre los soldados del ejército regular; mi vida depende de su confianza en los Ojos, por así decirlo. Además, acojonan mucho a la gente. El operativo debe parecer impresionante.

—Hmmm —dijo Stragos—. Creo que es razonable.

—Entonces escúcheme con atención —dijo Locke.

5

Volver a ser el de siempre le resultaba reconfortante.

El hecho de librarse de aquella farsa le resultaba tan agradable como el aire que se respira después de estar a punto de ahogarse, pensó Locke. Todas aquellas mentiras tan retorcidas e identidades falsas comenzaban a caerse como si fueran vendas que hubieran cubierto sus auténticas personalidades, quedando atrás mientras atacaban las escaleras que iban a llevarles por última vez a los Peldaños Dorados. Ahora que habían descubierto quién había enviado contra ellos a los asesinos misteriosos, ya no tenían que disfrazarse de sacerdotes y remolonear por las sombras; sólo debían caminar como simples ladrones que llevan los poderes fácticos de la ciudad pegados a los talones.

Y eso era, precisamente, lo que ellos eran.

Él y Jean hubieran podido aprovechar la situación, riendo juntos y disfrutando con su usual alegría incontenible por un crimen bien hecho. *Más ricos y astutos que nadie*. Pero aquella noche Locke hablaba por los dos; aquella noche Jean se esforzaba en mantener la compostura hasta que le llegara el momento de dejarla a un lado y, entonces, que los dioses se apiadaran de aquel que se cruzara en su camino.

Calo, Galdo y Bicho, pensó Locke. *Ezri*. Lo único que él y Jean siempre habían querido hacer era robar todo lo que pudieran llevarse consigo y reír mientras se ponían a la suficiente distancia para sentirse tranquilos. ¿Por qué el precio a pagar era

siempre tan alto en vidas amigas? ¿Por qué *siempre* tenía que aparecer algún hijoputa lo suficientemente estúpido para creer que podía meterse impunemente con un camorrí?

Porque no te preparas bien, se dijo Locke, sorbiendo el aire a través de los dientes que acababa de apretar con fuerza al ver cómo la Aguja del Pecado se cernía por encima de ellos, latiendo con luces azules y rojas bajo la oscuridad del cielo. *Porque no lo haces. Lo comprobamos en cierta ocasión y ahora lo volveremos a comprobar delante de todos los dioses*.

6

—Eh, apártese de la puerta de servicio… ¡Oh, por los dioses! ¡Si es usted, socorro!

El gorila que había recibido en las costillas el doloroso saludo de Jean durante la visita anterior retrocedió cuando Locke y Jean corrieron hacia él por el patio de servicio. Locke vio que llevaba una especie de cabestrillo por debajo de la liviana tela de su camisa.

—No hemos venido a hacerle daño —explicó Locke sin resuello—. Busque… a Selendri. Búsquela.

—Está vestido impropiamente para hablar con…

—Búsquela ahora y gánese una moneda —insistió Locke mientras se apartaba el sudor de las cejas— o siga en este sitio durante dos segundos más y gánese el que le abramos nuevamente las costillas.

Media docena de criados de la Aguja del Pecado acababan de rodearlos por si la discusión iba a más, aunque sin hacer movimientos hostiles. Pocos minutos después de que el matón herido desapareciera dentro de la torre, Selendri llegó al lugar.

—Se suponía que ustedes dos estaban en alta mar…

—No hay tiempo para explicaciones, Selendri. El Arconte ha ordenado que nos arresten. Un pelotón de Ojos está en camino mientras hablamos. Llegarán en pocos minutos.

—*¿Qué?*

—Se ha debido de enterar —dijo Locke—. Sabe que todos hemos estado conspirando contra él, y…

—No hable aquí de eso —Selendri siseaba.

—Ocúltenos. ¡Ocúltenos, por favor!

Locke observó que el pánico, la frustración y la fría determinación combatían en la parte intacta de su rostro. ¿Dejarlos allí para que se enfrentaran a su destino y que los torturadores del Arconte les fueran sacando todo lo que sabían? ¿Matarlos en aquel patio, delante de testigos, sin la explicación plausible de una caída «accidental»? No. Tenía que retenerlos. Por el momento.

—Vengan —dijo, finalmente—. Apresúrense. Usted y usted, regístrenles.

Los criados de la Aguja del Pecado cachearon a Locke y a Jean, cogiendo sus puñales y bolsas y entregando todo a Selendri.

—Éste tenía un mazo de cartas —dijo uno de los criados después de la pesca realizada en los bolsillos de la camisa de Locke.

—Es lo usual —dijo Selendri—. No importa. Nos vamos a la novena planta.

De vuelta por última vez a la grandeza del santuario que Requin había erigido a la avaricia; pasando entre la muchedumbre y las volutas de humo que flotaban en el aire como espíritus inquietos, subiendo las escaleras de caracol que conducían a las plantas más selectas donde se jugaba más en serio a medida que progresaban hacia arriba.

Locke miraba a su alrededor mientras subían; ¿era su imaginación o no había nadie del *Priori* que se pavoneara en el interior de la torre? La planta cuarta, la quinta… y en ella, como no podía ser menos, Maracosa Durenna con un vaso en la mano, que se quedaba boquiabierta al ver cómo Selendri y sus guardias pasaban muy cerca de ella mientras empujaban a Locke y a Jean. Locke vio en el rostro de Durenna que no estaba simplemente frustrada y enfadada… Por los dioses, estaba muy *cabreada*.

Sólo podía imaginarse lo raros que él y Jean habían debido de parecerle… con el cabello sin arreglar, más delgados y morenos por el sol. Para no hablar de sus ropas sudadas que desentonaban muchísimo en aquel establecimiento. Hizo una mueca y movió la mano en dirección a Durenna mientras subían por las escaleras y desaparecían de su vista.

Aún más hacia arriba, a través de los peldaños menos transitados de la casa. Aún sin ver a nadie del *Priori*, ¿casualidad o augurio de buena suerte?

Hasta el despacho de Requin, donde el Maestro de la Aguja estaba de pie delante de un espejo, sacando una larga casaca de fiesta de color negro adornada con hilos de plata. Enseñó los dientes al ver a Locke y a Jean, y la malicia de sus ojos se confundió con el alquímico brillo rojizo de sus gafas.

—Los Ojos del Arconte —dijo Selendri— están en camino para detener a Kosta y a De Ferra.

Requin gruñó, se echó hacia delante como un esgrimidor y tiró a Locke al suelo con una fuerza sorprendente. Locke cayó con el trasero por delante y chocó con el escritorio de Requin. Los cachivaches que había en él tintinearon de un modo alarmante por encima de su cabeza y una placa de metal cayó al suelo estruendosamente.

Jean se movió hacia delante, pero los dos criados de la Aguja del Pecado, que eran enormes, le agarraron por los brazos mientras Selendri, con un *click* que indicaba que el mecanismo de su brazo estaba bien engrasado, sacaba sus cuchillas a

la luz para disuadirle.

—¿Qué ha hecho, Kosta? —rugió Requin. Dio a Locke una patada en el estómago, haciéndole chocar de nuevo con el escritorio. Un vaso de vino cayó al suelo y estalló en él.

—Nada —Locke se ahogaba—, nada, sólo que ha debido de *enterarse,* Requin; sabe que hemos estado conspirando contra él. Tenemos que huir. Tenemos a los Ojos pegados a los talones.

—Ojos en mi Aguja —rezongó Requin—. Ojos que están a punto de quebrantar lo que era una antigua tradición de los Peldaños Dorados. Me ha puesto en una situación muy comprometida. Lo ha jodido todo por completo, ¿o no?

—Lo siento —dijo Locke, arrastrándose con manos y pies—. Lo siento, sólo podíamos huir. Si… consigue ponernos las manos encima…

—Suficiente —dijo Requin—. Voy a bajar para hablar con quienes les persiguen. Ustedes dos quédense aquí. Ya discutiremos esto cuando regrese.

Cuando regreses, pensó Locke, *vendrás con más de los tuyos. Y Jean y yo nos «caeremos» por la ventana*.

Había llegado el momento.

Los tacones de las botas de Requin sonaron primero contra las baldosas y luego contra el hierro de su pequeño ascensor que bajaba hasta la planta inferior. Los dos criados que retenían a Jean le soltaron sin perderle de ojo, mientras Selendri se apoyaba en el escritorio de Requin con las hojas en guardia. Miró fríamente a Locke mientras éste se ponía en pie con una mueca.

—¿Ya no me susurra más lindezas al oído, Kosta?

—Selendri, yo…

—¿No sabía que Requin planeaba matarle, maese de Ferra? ¿Que, durante las conversaciones mantenidas con nosotros en los últimos meses, usted mismo nos pidió que *acabáramos* con usted?

—Selendri, por favor, escúcheme…

—Sabía que usted era una mala inversión —dijo ella—, pero jamás pensé que la situación empeorara tan deprisa.

—Sí, tiene razón. Era una mala inversión, y no dudo de que Requin la escuchará a usted con más atención en el futuro. Pero yo jamás quise matar a Jerome de Ferra. Jerome de Ferra no es una persona de carne y hueso. Como tampoco lo es Calo Callas.

»De hecho —añadió, mientras esbozaba una mueca espantosa—, usted nos ha llevado exactamente a donde queríamos, para así conseguir el pago de dos años de arduo trabajo, para poder robarles a usted y a su jefe todo lo que queremos.

El siguiente sonido que se oyó en la habitación fue el que hizo uno de los criados de la Aguja del Pecado al golpearse con la pared después de que uno de los puños de

Jean le dejara completamente colorada media cara.

Selendri actuó con una rapidez encomiable, pero Locke estaba preparado; no para luchar, sino para esquivarla y moverse de un lado para otro, evitando su mano llena de hojas aceradas. Dio un salto en arco por encima del escritorio, tirando los documentos que había encima y riendo mientras las dos hojas se movían de un lado para otro compitiendo para ver cuál de ellas rompía antes su guardia.

—Va a morir, Kosta —dijo Selendri.

—Oh, no me diga, seguro que usted no quería matarnos. Dicho sea de paso… Leocanto Kosta tampoco es real. Veo que hay unas cuantas cosillas que no saben, ¿eh?

Detrás de ellos, Jean luchaba a brazo partido con el segundo criado. Jean golpeó la cara de aquel hombre con su frente y le rompió la nariz, de suerte que cayó de rodillas y comenzó a echar sangre por ella. Luego Jean le agarró por detrás y le puso el codo en el cuello, cargando el peso de la mitad superior de su cuerpo. Concentrado como estaba en esquivar a Selendri, Locke se estremeció al oír el ruido que el cráneo del criado hizo al golpear el suelo.

Instantes después, Jean se encontraba detrás de Selendri, dominándola con su estatura, mientras la sangre que había manado de la rota nariz del criado chorreaba por su rostro. Ella le cortó con las cuchillas, pero Jean se encontraba muy agresivo a causa de la cólera que sentía. La agarró por el antebrazo metálico, le propinó un directo al estómago que le hizo doblarse en dos, la obligó a volverse y finalmente la cogió por ambos brazos. Ella se retorció e intentó respirar.

—Qué oficio tan agradable —dijo Jean ya tranquilo, como si acabara de darles la mano a Selendri y a sus criados en vez de hacerles morder el polvo. Locke enarcó las cejas y siguió con el plan… pues el tiempo era esencial.

—Observe con mucha atención, Selendri, porque este truco sólo podré hacerlo una vez —dijo mientras sacaba su mazo de cartas fraudulentas y las barajaba de una manera muy teatral—. ¿Hay algo de licor en la casa? ¿Algún licor de esos que hacen llorar mientras te queman la garganta? —fingió sorpresa al ver la botella de brandy que descansaba sobre un estante situado detrás del escritorio de Requin, al lado de un cuenco de plata lleno de flores.

Locke cogió el cuenco, arrojó las flores y el agua al suelo y lo puso encima del escritorio. Luego abrió la botella de brandy y lo llenó hasta una altura de tres dedos con aquel líquido pardo.

—Y ahora, tal y como puede ver, no tengo nada entre las manos que no sea este mazo perfectamente normal y perfectamente corriente de cartas que son perfectamente iguales por detrás las unas y las otras. ¿O sí lo tengo? —barajó una vez más las cartas y las metió en el cuenco. Al ser alquímicas, se ablandaron, se distendieron y comenzaron a burbujear y a espumear. Sus dibujos y sus símbolos se

disolvieron, al principio en una confusión blanca surcada por líneas de colores y luego en una pasta aceitosa de color gris. Locke se sirvió de un cuchillo plano de los que se emplean para extender la mantequilla, que encontró en una de las esquinas del escritorio, para ampliar la zona de acción de la pasta aceitosa y eliminar todo lo que quedaba de las cartas originales.

—¿Qué diablos está haciendo? —preguntó Selendri.

—Estoy fabricando cemento alquímico —contestó Locke—. He utilizado unas pequeñas obleas de resina pintadas para que parezcan cartas, las cuales reaccionan con el alcohol de un licor de alta graduación. Sólo los amables dioses del cielo saben lo que me costaron. Diablos, después de que se forme el cemento, no me quedará otra opción que robarle a usted.

—Lo que ahora intenta…

—Tal y como sé por experiencia propia —dijo Locke—, esta porquería es más dura cuando se seca que el acero —echó a correr hacia la parte de la pared por donde salía el ascensor y comenzó a aplicar aquella sustancia gris en las tenues rendijas que delimitaban su marco—. De esta suerte, un minuto después de que haya acabado de pintar este bonito marco oculto y de que eche un poco en la cerradura de la puerta de esta habitación, si Requin quiere entrar en ella esta noche, necesitará un ariete.

Selendri intentó gritar para pedir ayuda, pero el daño que había sufrido su garganta al quemarse años atrás no se lo permitió; emitió un sonido profundo e irreal que no pudo llegar hasta más abajo de las escaleras con la energía necesaria. Locke bajó precipitadamente por los peldaños de hierro, cerró los batientes de la entrada al despacho de Requin y, con la misma prisa, selló la cerradura con una pella de aquel cemento que ya comenzaba a endurecerse.

—Y ahora —dijo cuando estuvo en medio del despacho— la siguiente curiosidad de la noche, que tiene que ver con este adorable juego de sillas con el que proveí a nuestro estimado anfitrión. Sucede que, a fin de cuentas, sí que conozco algo del barroco de Talathri, y que hay una razón para explicar por qué alguien en su sano juicio construiría una cosa tan hermosa con una madera tan débil.

Locke cogió una de las sillas. Quitó el cojín de su asiento y el panel situado bajo él, dejando al descubierto una pequeña cámara repleta con diversas herramientas y utillaje: cuchillos; un cinturón de escalada hecho de cuero; grapas; pasadores y un surtido de implementos varios. Lo echó todo al suelo, suscitando un ruido metálico, y luego con una mueca levantó la silla por encima de su cabeza.

—Que permite que se rompa con suma facilidad al golpearla contra el suelo.

Y, mientras hablaba, hizo lo que decía. Y aunque la silla quedó destrozada, mantuvo su estructura, porque sus diferentes partes estaban atadas entre sí por algo que salía del interior y que juntaba las patas con el respaldo. Locke se peleó durante unos momentos con aquel despojo antes de extraer con éxito varias cuerdas de

quasiseda bastante grandes.

Tomó una de ellas y con ayuda de Jean ató a Selendri a la silla que se encontraba detrás del escritorio de Requin. Ella pataleó y escupió, intentando incluso morderles, pero no lo consiguió.

Una vez que estuvo atada, Locke tomó un puñal del montón de herramientas, mientras Jean destrozaba las tres sillas restantes y extraía de ellas su contenido oculto. Cuando Locke se acercó a Selendri con el puñal en la mano, ella le obsequió con una mirada llena de desprecio.

—No puedo decirle nada que le sirva —dijo—. La bóveda se encuentra en la base de la torre y ustedes acaban de encerrarse aquí dentro. Puede asustarme todo lo que quiera, Kosta, porque no tengo ni idea de lo que quiere hacer.

—Oh, ¿cree que este cuchillo es para usted? —Locke sonrió—. Suponía que ambos nos conocíamos bastante bien. Y, respecto a la bóveda, ¿qué diablos decía de ella?

—Que usted está intentando encontrar la manera de…

—Mentí, Selendri. Sé cómo hacerlo. ¿De veras creyó que había estado experimentando con cerraduras para enviarle los resultados a Maxilan Stragos? Y un cuerno. Sólo me tomaba unos tragos de brandy en sus plantas primera y segunda, intentando salir vivo después de que casi me hicieran picadillo. Su bóveda es jodidamente impenetrable, cariño. Jamás quise acercarme a ella.

Locke miró a su alrededor como si viera aquella habitación por primera vez.

—Requin tiene un montón de cuadros muy caros entre estas cuatro paredes, ¿verdad?

Con una mueca que le pareció mayor de lo que era, Locke se aproximó al cuadro que estaba más cerca de él y comenzó a separar cuidadosamente el lienzo de su marco.

7

Diez minutos más tarde, Locke y Jean bajaban desde el balcón de Requin, después de sujetar en la barandilla con unos perfectos nudos corredizos las cuerdas que acababan de pasar por sus cinturones de cuero. Aunque no había espacio suficiente en la habitación para emplear cuerdas de seguridad, no les importó, pues siempre hay que correr algún riesgo en esta vida.

Locke gritaba mientras se deslizaban rápidamente hacia abajo en medio del aire nocturno, dejando atrás una balconada tras otra, una ventana tras otra ocupada por jugadores aburridos, satisfechos, saciados o nada curiosos. Él y Jean estuvieron bajando durante veinte segundos, empleando los pasadores de hierro para no caer a plomo, y durante esos veinte segundos todo marchó bien, gracias al Guardián Avieso.

Diez de las pinturas más caras de Requin (cuidadosamente extraídas de sus marcos, enrolladas y guardadas en unos tubos de tela encerada) las llevaban a la espalda. Habían tenido que dejar dos por falta de tubos, ya que el espacio disponible en las sillas era muy limitado.

En cuanto Locke concibió la idea de ir a por la conocidísima colección de arte de Requin, husmeó entre los anticuarios de varias ciudades, así como entre los comerciantes de artículos que tenían que ver con el ocio, para encontrar un posible comprador. El precio que hipotéticamente le ofrecieron por la, asimismo hipotética, venta de aquellos «objetos de arte», fue cuanto menos gratificante.

Su recorrido acababa de terminar encima de los adoquines del patio de Requin junto con sus cuerdas, que se habían quedado a menos de diez centímetros del suelo. Su aterrizaje distrajo a varias parejas de borrachos que hacían eses por el perímetro del patio. Apenas acababan de quitarse las cuerdas y los arneses, cuando escucharon el ruido de botas pesadas y el estruendo de herrería de armas y armaduras. Un pelotón de ocho Ojos corría hacia ellos desde la acera de la calle que daba a la Aguja del Pecado.

—Quietos donde están —dijo el Ojo que iba en cabeza—. En mi condición de guardia del Arconte y del Consejo, les arresto por crímenes cometidos contra Tal Verrar. Levanten las manos y no ofrezcan resistencia o de lo contrario no recibirán cuartel.

8

Cuando el bote, largo y de muy poco calado, se detuvo ante el embarcadero privado del Arconte, Locke sintió que el corazón le martillaba con fuerza. Ahora llegaba esa parte complicada que siempre es tan delicada.

Él y Jean fueron sacados del bote por los Ojos que los rodeaban. Les habían atado las manos por detrás y quitado las pinturas, que llevaba con mucho cuidado el último de los Ojos en abandonar el bote.

El guardia a cargo de su detención se acercó hasta el Ojo que mandaba el embarcadero y le saludó.

—Prefecto de la Espada, tenemos que llevar inmediatamente a los prisioneros a presencia del Protector.

—Ya lo sé —dijo el oficial del embarcadero con una inconfundible nota de satisfacción en la voz—. Bien hecho, sargento.

—Gracias, señor. ¿Está en los jardines?

—Sí.

Locke y Jean recorrieron la Mon Magisteria a través de avenidas vacías y de salas de baile en silencio, entre los olores del aceite para engrasar armas y el olor a polvo

de los rincones. Hasta que finalmente fueron a parar a los jardines del Arconte.

Sus pies aplastaron la gravilla del camino mientras se abrían paso entre los profundos aromas de la noche, dejando atrás el tenue fulgor plateado de cosas que se arrastraban y la luminiscencia intermitente de las luciérnagas.

Maxilan Stragos los esperaba cerca de la caseta de los botes, sentado en una silla que alguien había llevado para la ocasión. Junto a él estaban Merrain y —oh, qué deprisa latió el corazón de Locke al verlo— el alquimista calvo, así como otros dos Ojos. Los Ojos que los habían arrestado, conducidos por su sargento, saludaron al Arconte.

—De rodillas —dijo Stragos con indiferencia, y Locke y Jean fueron obligados a arrodillarse en la gravilla que había delante de él. Locke se estremeció de dolor mientras intentaba captar todos los detalles de aquella escena. Merrain llevaba una camisa de manga larga y una falda oscura; desde donde estaba, Locke observó que no llevaba zapatos de fiesta sino unas botas negras de campaña de suela baja, aptas para correr y combatir. Interesante. El alquimista de Stragos asía un cartapacio gris bastante ancho y parecía nervioso. A Locke se le aceleró nuevamente el pulso cuando pensó en lo que podía contener.

—Vaya, Stragos —dijo Locke sin querer saber con exactitud lo que le rondaba al Arconte por la mente—, ¿otra fiesta en los jardines? Sus borricos acorazados podrían quitarnos las ligaduras; dudo que haya agentes del *Priori* encaramados en los árboles.

—Me he preguntado en ocasiones —dijo Stragos— qué debería hacer para humillarle —e hizo una seña al Ojo que estaba un poco adelantado a su derecha—. Y saqué la lamentable conclusión de que quizá no debía hacer nada.

El Ojo propinó a Locke una patada en el pecho que le hizo caer hacia atrás. La gravilla se deslizó bajo él mientras se retorcía; el Ojo se agachó y le hizo ponerse de rodillas.

—¿Conoce a mi alquimista? ¿No me había pedido que estuviera conmigo? —preguntó Stragos.

—Sí —dijo Locke.

—Pues aquí lo tiene. Será *todo* lo que obtenga de él. He cumplido mi palabra. Disfrute con su vista aunque de bien poco le sirva.

—Stragos, bastardo, aún nos queda trabajo por hacer…

—No lo creo —dijo el Arconte—. Más bien creo que su trabajo ya está hecho. Al fin y al cabo, creo que ya comprendo por qué agravió tanto a los magos de la Liga que le dejaron a mi cuidado.

—Stragos, si no volvemos al *Orquídea Emponzoñada*…

—Mis rastreadores me han informado de que un barco que responde a su descripción está fondeado al norte de la ciudad. Saldré a buscarlo dentro de muy poco con la mitad de las galeras de mi flota. Y entonces tendré otra pirata que exhibiré por

las calles y otra tripulación, a cuyos miembros arrojaré uno a uno por la Sima de la Colina mientras toda Tal Verrar me vitorea.

—Pero nosotros…

—Ustedes me han dado lo que necesitaba —dijo Stragos—, aunque no de la manera que usted había supuesto. Sargento, ¿tuvo algún problema para traer a estos prisioneros desde la Aguja del Pecado?

—Requin se negó a dejarnos entrar en el edificio, Protector.

—Requin se negó a dejarles entrar en el edificio —repitió Stragos, paladeando con ganas cada una de aquellas palabras—. Veo que se apoya en una tradición informal, pretendiendo que ésta tiene más valor que mi autoridad legal. Muy bien, así me proporciona la excusa para que mande contra él mucha tropa y que ésta haga lo que los agentes de policía comprados nunca hicieron… meter a ese bastardo en una jaula hasta que revele los manejos de sus amiguitos del *Priori*. Ya tengo la oportunidad que estaba buscando. Ya no les necesito a los dos para que causen más violencia en mis aguas.

—Stragos, eres un hijoputa…

—De hecho, ya no les necesito a los dos para nada.

—¡Teníamos un trato!

—¡Y yo lo hubiera mantenido si no se hubiesen burlado de mí en la única materia en la que no soporto desobediencias! —Stragos se levantó de la silla; estaba tan enfadado que se estremecía—. ¡Mis instrucciones eran dejar vivos a los hombres y mujeres de la Roca de Barlovento! *¡Vivos!*

—Pero si nosotros… —comenzó a decir Locke, completamente atónito— empleamos el congela-entendimiento, y cuando nos fuimos los dejamos…

—Degollados —dijo Stragos—. Sólo dejaron con vida a los dos que estaban arriba; supongo que no les apeteció molestarse en subir hasta donde se encontraban y eliminarlos.

—Nosotros no…

—¿Y quién más entró aquella noche en mi isla, Kosta? No es exactamente un refugio de peregrinos. Si ustedes no lo hicieron, entonces permitieron que lo hicieran los fugados. Da lo mismo, son igualmente responsables.

—Stragos, sinceramente no sé a dónde quiere llegar.

—Eso no me devolverá a los cuatro hombres y mujeres muertos, todos ellos excelentes —Stragos se llevó las manos a la espalda—. Bueno, pues ya hemos terminado. El sonido de su voz, su tono arrogante, el completo descaro que posee esa lengua suya… cada vez que la oigo es piel de tiburón para mis tímpanos, maese Kosta, y, además, asesinaron a varios soldados de Tal Verrar completamente inocentes. No tendrán sacerdote, ni ceremonia ni tumba. Sargento, entrégueme su espada.

El sargento de los Ojos que los había arrestado dio un paso al frente y desenvainó su espada. Luego tendió su empuñadura al Arconte.

—Stragos —dijo Jean—, una última cosa.

Locke se volvió hacia Jean y vio que sonreía sutilmente.

—Creo que recordaré este momento durante el resto de mi condenada vida —dijo Jean.

—Yo… —Stragos nunca terminó, porque el sargento de los Ojos echó de repente hacia atrás la empuñadura de su espada y golpeó al Arconte en el rostro.

9

Todo había sucedido de la siguiente manera: los Ojos sacaron a Locke y a Jean del patio de la Aguja del Pecado y los metieron en un carruaje pesado que estaba protegido con barrotes de hierro. Tres de ellos entraron en el compartimiento con los presos, dos subieron al pescante para tirar de las riendas y los tres últimos se quedaron a ambos lados y detrás para vigilar.

Al final de la calle que se encuentra en la parte más alta de los Peldaños Dorados, donde el carruaje tenía que girar para tomar la rampa de desvío que debía conducirle al piso inferior, apareció súbitamente otro carruaje para cerrarle el paso. Los Ojos mascullaron maldiciones; el cochero del otro vehículo se disculpó profusamente y dijo a gritos que sus caballos eran más testarudos de lo usual.

Entonces comenzaron a cantar las ballestas y los dos Ojos que iban en el pescante y los que iban de escolta fueron derribados, atrapados de improviso en una tormenta de dardos. Varios pelotones de policías vestidos de uniforme aparecieron en ambas aceras de la calle y rodearon al carruaje, agitando garrotes y escudos.

—Muévanse —dijeron a gritos a los espectadores que quedaban, pues los más inteligentes se habían ido a toda prisa para ocultarse—. No hay nada que ver. Es un asunto del Arconte y del Consejo.

Cuando los cadáveres se estrellaron contra los adoquines, la puerta del carruaje se abrió, en un fútil intento de los que estaban dentro por ayudar a sus camaradas caídos. Dos pelotones más de policías, ayudados por cierto número de civiles que, *curiosamente*, parecieron reaccionar a la señal de aquéllos, cargaron contra los Ojos y los dominaron. Uno luchó con tanta energía que fue muerto accidentalmente; los otros dos fueron obligados a agacharse al lado del carruaje y entonces les quitaron las máscaras de bronce.

En aquel momento apareció Lyonis Cordo vestido con el uniforme de los Ojos, completo en todos sus detalles excepto por la máscara. Le seguían siete personas más con el mismo uniforme casi completo. Con ellos iba una mujer joven a la que Locke no reconoció. Se arrodilló delante de los dos Ojos capturados.

—A ti no te conozco —dijo al que estaba a su derecha. Antes de que aquel hombre comprendiera lo que sucedía, un policía le pasó un puñal por el cuello y le tiró al suelo. Otros policías habían comenzado a apartar rápidamente de la vista el resto de los cadáveres.

—A ti sí —dijo la mujer mientras miraba al único Ojo que había sobrevivido—. Lucius Caulus. A ti sí te conozco.

—Puedes matarme ahora mismo —dijo aquel hombre—. No te diré nada.

—Por supuesto —dijo la mujer—. Pero tienes madre. Y una hermana que trabaja en el Creciente de los Manos Negras. Y un cuñado que trabaja en un bote de pesca y dos sobrinos…

—Jódete —dijo Caulus—, no creo que puedas hacerles daño.

—Mientras tú miras. Claro que puedo hacérselo. Y *se lo haré*. A todos y cada uno de ellos, y tú estarás en la habitación en cada ocasión, y sabrán que habrías podido salvarlos a todos a cambio de decirme lo poco que quiero.

Caulus miró al suelo y se echó a llorar.

—Por favor —dijo—. Que esto quede entre nosotros…

—Tal Verrar perdura, Caulus. El Arconte no es Tal Verrar. Pero no tengo tiempo para jugar contigo. Responde a mis preguntas o buscaremos a tu familia.

—Que los dioses me perdonen —dijo Caulus mientras asentía.

—¿Empleáis algunas contraseñas o procedimientos cuando volvéis a la Mon Magisteria?

—N-no.

—¿Cuáles eran, exactamente, las órdenes que le dieron a tu sargento?

Después de que terminara el breve interrogatorio y de que Caulus fuera puesto a buen recaudo (bien aleccionado de las consecuencias que podrían sobrevenirle si escapaba) junto con los cadáveres, los falsos Ojos tomaron las armas y los arneses de los auténticos y se pusieron las máscaras de latón. Acto seguido, el carruaje se puso en marcha siguiendo rápidamente la ruta que tenía que llevarlo hasta la parte interior de los muelles donde le aguardaba el bote, por miedo a que alguno de los agentes de Stragos pudiera cruzar la bahía a tiempo de informar de lo que había visto.

—Nos ha salido tan bien como habíamos esperado —dijo Lyonis, que se sentaba dentro del carruaje a su lado.

—¿Qué tal son de buenos esos uniformes falsos? —preguntó Locke.

—¿Falsos? No se confunda. Los uniformes no son lo peor de nuestro plan; los simpatizantes que tenemos entre las fuerzas de Stragos nos los entregaron hace ya tiempo. Las máscaras son la parte más complicada. Sólo se hace una para cada Ojo; las guardan como si formaran parte de la herencia de la familia. Y se pasan tanto tiempo mirándolas que pueden distinguir si el duplicado es falso —Cordo se levantó la máscara e hizo una mueca—. Afortunadamente, supongo que después de esta

noche no volveremos a ver estas malditas cosas. Y ahora, díganme qué diablos hay dentro de esos tubos encerados.

—Un regalo de Requin —dijo Locke—. Se trata de un asunto personal que nada tiene que ver con todo esto.

—¿Conocen bien a Requin?

—Digamos que compartimos con él cierto gusto por el arte del último período del Trono de Therin —dijo Locke sonriendo—. De hecho, nos hemos intercambiado recientemente unos cuantos objetos.

10

Mientras Lyonis conseguía que el Arconte cayera al suelo, los falsos Ojos se quitaban las máscaras y entraban en acción. Locke y Jean se quitaban los nudos simplemente decorativos que ataban sus muñecas en menos de un segundo.

Uno de los hombres de Lyonis había subestimado las habilidades del Ojo auténtico con el que se enfrentaba, así que terminó de rodillas con la mayor parte de su costado izquierdo partido en dos. Dos partidarios del *Priori* se le acercaron y lo acorralaron hasta que vencieron sus defensas, derribándolo y apuñalándolo luego varias veces seguidas. El otro intentó salir corriendo para pedir ayuda, pero fue muerto antes de dar cinco pasos.

Merrain y el alquimista miraron a su alrededor, el alquimista mucho más nervioso que Merrain, y dos de los hombres de Lyonis los apuntaron con sus espadas.

—Bueno, Stragos —dijo Lyonis mientras arrastraba al Arconte después de agarrarle por las rodillas—, con los mejores saludos de la Casa de Cordo —entonces levantó el brazo, dispuesto a golpear con la espada, y apretó los dientes.

Jean le agarró por detrás, tirándole al suelo e inclinándose sobre él; hervía de ira cuando dijo:

—¡El *trato*, Cordo!

—Bueno —dijo Lyonis, que seguía sonriendo pese a estar tirado en el suelo—. Bueno, así veo yo las cosas. Ustedes nos han hecho un buen servicio, pero yo no me siento a gusto dejando cabos sueltos. Ahora estamos siete contra dos…

—Malditos chanchulleros *aficionados* —dijo Locke—. Hacéis que nos sintamos más que profesionales. Siempre pensando que sois astutos de cojones. Pues habéis de saber que os vi llegar a varios kilómetros de distancia y por eso acepté el ofrecimiento de un amigo mutuo.

Locke llevó una mano a una de sus botas y sacó de ella media hoja de pergamino un tanto arrugada y aceptablemente manchada de sudor, que había doblado previamente en cuatro partes. Locke se la pasó a Lyonis y sonrió, sabiendo, mientras el del *Priori* la desplegaba, que decía lo siguiente:

Tomaría como una afrenta personal que los portadores de esta nota fueran molestados u obstaculizados del modo que fuera, comprometidos como lo están en una misión de recíproco beneficio. El alcance de cualquier cortesía que se les haga será tenido en cuenta y devuelto con la misma cortesía por mí mismo. Ellos tienen mi confianza más completa y absoluta.

R

Todo aquello estaba escrito, por supuesto, encima del sello personal de Requin.

—No ignoro que a usted no le gusta esa casa de azar —dijo Locke—. Pero admitirá que sus preferencias no son compartidas unánimemente por los miembros del *Priori* y que muchos de sus pares guardan gran cantidad de dinero en su bóveda…

—Ya basta. Comparto su perspectiva —Cordo se levantó y devolvió la carta a Locke—. ¿Qué desea?

—Sólo dos cosas —dijo Locke—. El Arconte y su alquimista. Lo que usted haga con esta maldita ciudad sólo es asunto suyo.

—El Arconte debe…

—Quería destriparlo como si fuera un pez. Ahora es asunto mío. Y debe saber que lo que le suceda a él supondrá un inconveniente para usted.

Un griterío acababa de nacer al otro lado de los jardines. No, Locke se corrigió a sí mismo, al otro lado de la fortaleza.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó.

—Nuestros simpatizantes están ante la puerta de la Mon Magisteria —explicó Cordo—. Estamos reuniendo a la gente para impedir que nadie la abandone. Supongo que ahora se están haciendo notar.

—Si intenta entrar al asalto…

—No vamos a asaltar la Mon Magisteria. Sólo queremos que siga cerrada. En cuanto las tropas que están dentro comprendan la nueva situación, aceptarán la nueva autoridad del Consejo, o eso esperamos.

—Mejor deberían confiar en que la aceptase toda Tal Verrar —dijo Locke—. Pero ya basta de toda esta mierda. Eh, Stragos, levántate para que podamos charlar con este alquimista tuyo que tienes de mascota.

Jean puso de pie al Arconte (que aún seguía inconsciente) y lo llevó a tirones hasta donde unos guardias vigilaban a Merrain y al alquimista.

—Tú —dijo Jean, apuntando al calvo—, si sabes lo que te conviene, comienza a soltar la lengua.

El alquimista denegó con la cabeza.

—Oh, pero si yo…

—Presta mucha atención —dijo Locke—. Esto es el fin del Arcontado, ¿lo entiendes? Esta noche, toda la institución va a hundirse en el puerto de una vez por

todas. Después, Maxilan Stragos no podrá ni comprarse una taza de pis caliente por todo el dinero de Tal Verrar. Eso te deja a ti sin nadie para arrastrarte mientras pasas el resto de tu corta y miserable vida respondiendo a las preguntas de los dos hombres a quienes envenenaste como un cabrón. ¿Tienes un antídoto *permanente?*

—Sí, siempre llevo los antídotos de todos los venenos empleados al servicio del Arconte. Precisamente en ese cartapacio.

—Xandrin, no lo hagas… —dijo Stragos. Jean le dio un golpe en el estómago.

—Oh, sí. Hazlo, Xandrin, hazlo —dijo Locke.

El hombre calvo echó mano a su cartapacio y sacó de él un vial lleno de líquido transparente.

—Sólo llevo una dosis. Es suficiente para una persona… *no puede* usarse para dos. Esto limpiará toda la sustancia de los humores y canales del cuerpo.

Cuando Locke cogió el vial le temblaba la mano.

—Y ¿le sería muy difícil a otro alquimista preparar más cantidad?

—Eso sería imposible —dijo Xandrin—. Yo mismo diseñé el antídoto para que no se pudiera analizar. Cualquier muestra que sea sometida a un escrutinio alquímico quedará inservible. El veneno y su antídoto son de mi propiedad…

—Apuntes —dijo Locke—. Fórmulas, cualquier cosa que sirva para fabricarlo.

—Todo en mi cabeza —comentó Xandrin—. El papel no es bueno a la hora de guardar los secretos.

—Muy bien —zanjó Locke—, pues hasta que nos prepare otra dosis, creo que tendrá que joderse y quedarse con nosotros. ¿Le gusta el mar?

11

Entonces Merrain se decidió. Si el antídoto no podía ser duplicado y ella conseguía que el vial se hiciera añicos contra el suelo… aquellas anomalías tan importunas llamadas Kosta y De Ferra estarían prácticamente muertas. Eso sólo dejaba con vida a Stragos y a Xandrin.

Si recibían el tratamiento apropiado, todos los que sabían de primera mano que sus órdenes no provenían de Tal Verrar ya habrían sido silenciados.

Movió despacio el brazo derecho, dejando que la empuñadura de su puñal envenenado cayera en su mano, y respiró profundamente.

Merrain se movió tan deprisa que el falso Ojo que estaba a su lado no pudo levantar la espada. La puñalada que lanzó hacia un lado, no precedida por ninguna mirada ni ademán de aviso, le tomó por sorpresa, de suerte que alcanzó su cuello. Mientras se apartaba, movió con fuerza la hoja hacia un lado, por si el veneno tardaba en actuar más de lo que debía.

12

En cuanto la primera víctima de Merrain boqueó asombrada, ella se movió nuevamente, tajando la parte posterior del cuello de Xandrin con el cuchillo que había salido de la nada. Locke se quedó inmóvil durante una fracción de segundo, viéndolo todo sin saber qué hacer; luego se echó a un lado, aunque consciente de que si ella ya había contado con matarle no podría librarse.

Mientras Xandrin gritaba y caía hacia delante, Merrain propinó una patada a Locke, su ataque era más rápido que contundente. Al coger del brazo a Locke, el vial se le escurrió a éste de los dedos, sin darle tiempo a gritar «¡Mierda!», antes de lanzarse al suelo para recogerlo, despreocupándose de la gravilla que iba a desollarle de nuevo la piel y lo que Merrain fuera a hacerle. Recogió del suelo el vial aún intacto, murmuró agradecido y entonces cayó hacia un lado cuando Jean se abalanzó hacia delante con los brazos como molinos.

Cuando cayó al suelo con el vial protegido por su regazo, Locke vio que Merrain se preparaba para lanzar su puñal a Stragos; Jean la golpeó en el momento del lanzamiento, de suerte que en vez de clavárselo a Stragos en el cuello o en el pecho, como quería, su hoja fue a parar a la gravilla que estaba a los pies del Arconte, quien no obstante se apartó del arma.

De un modo increíble, Merrain se defendía bastante bien del ataque de Jean; sin que nadie pudiera explicárselo, liberó un brazo de su presa y le atizó un codazo en las costillas. Gracias a su elasticidad y sin duda a la feroz desesperación que la embargaba, le dio un pisotón en el pie izquierdo, se libró de la presa que él le había hecho e intentó hacerle caer al suelo. Jean pudo agarrarla de la camisa con la suficiente fuerza para arrancarle la manga izquierda, de suerte que ella cayó al suelo al perder el equilibrio.

Durante un breve instante Locke percibió un tatuaje negro muy elaborado en la pálida piel del brazo de Merrain, algo parecido a una vid enroscada en una espada. Entonces ella salió corriendo tan deprisa como un dardo de ballesta, sumiéndose en la noche, alejándose de Jean y de los falsos Ojos que la persiguieron en vano durante doce pasos hasta que, con una retahíla de palabrotas, se dieron por vencidos.

—Bueno, pero qué… oh, diablos —dijo Locke, cayendo en la cuenta de que el falso Ojo al que Merrain había apuñalado, y también Xandrin, se retorcían en el suelo mientras unos riachuelos de espumilla de saliva les salían por las comisuras de la boca—. ¡Oh, mierda, mierda, *condenación*! —exclamó Locke, inclinándose impotente sobre el alquimista moribundo. Las convulsiones cesaron pocos segundos después, y entonces Locke se quedó mirando el vial de antídoto que tenía entre las manos, el único que había en todo el universo, con una sensación de náusea en el fondo del estómago.

—No —decía Jean detrás de él—. Oh, dioses, ¿por qué lo haría?

—No lo sé —dijo Locke.

—¿Por qué diablos hacemos nosotros lo que hacemos?

—Nosotros… mierda. Creo que tampoco lo sé.

—Deberías…

—Nadie va a hacer nada —dijo Locke—. Voy a mantener esto a salvo. Y cuando todo haya acabado nos sentaremos delante del vial, cenaremos y hablaremos de él. Seguro que se nos ocurre algo.

—Podrías…

—Hay que irse —dijo Locke con toda la rotundidad que podía—. Recojamos aquello por lo que llegamos a este sitio y larguémonos antes de que las cosas se compliquen. *Antes de que las tropas leales al Arconte caigan en la cuenta de que está teniendo una mala noche. Antes de que Lyonis descubra que Requin está dándonos caza mientras hablamos. Antes de que cualquier otra maldita sorpresa llegue hasta nosotros reptando por la gravilla y nos muerda en el culo.*

—¡Cordo! —exclamó—, ¿y ese saco que nos prometió?

Lyonis hizo una señal a uno de los falsos Ojos que le quedaban y éste, que era una mujer, pasó a Locke un pesado saco de harpillera. Locke lo agitó… era más ancho de lo que había supuesto y tenía casi un metro ochenta de largo.

—Bueno, Maxilan —dijo él—. Te ofrecí la oportunidad de olvidar todo esto, de que permitieras que nos fuéramos y de que te quedaras con lo que tenías, pero tenías que ser un maldito capullo… ¿lo recuerdas?

—Kosta —dijo Stragos, volviendo a hablar de nuevo—, puedo darle…

—No me puedes dar ni una mierda —como daba la impresión de que Stragos intentaba coger el puñal de Merrain, Locke le propinó una fuerte patada. Resbaló en la gravilla y cayó en medio de la oscuridad que cubría los jardines—. Los de nuestra profesión, que tratamos con el Guardián Avieso, tenemos una tradición, una nadería, que siempre seguimos cuando muere alguien que nos es cercano. En este caso, alguien que resultó muerto por culpa de tu maldito plan.

—Kosta, no rechace la oferta que puedo hacerle…

—Lo llamamos una ofrenda de muerte —dijo Locke—, y consiste en que robamos algo que vale tanto como esa vida que perdimos. Y, aunque en el presente caso, no creo que haya nada en este mundo que pueda valer tanto, haremos lo que podamos.

Jean dio un paso hacia él y chasqueó los nudillos.

—Ezri Delmastro —dijo muy despacio—, te entrego al Arconte de Tal Verrar.

Golpeó tan fuerte a Stragos que sus pies abandonaron la gravilla. En un instante metía dentro del saco de harpillera a aquel hombre que estaba inconsciente. Otro instante más y ya se había colgado el saco del hombro como si estuviera lleno de patatas.

—Bueno, Lyonis —dijo Locke—, le deseo la mayor de las suertes con su revolución, o lo que sea. Vamos a escaquearnos de este sitio antes de que las cosas se pongan más interesantes para nosotros.

—Y Stragos…

—Jamás volverá a verlo —aseguró Locke.

—Entonces, bien. ¿Abandonan la ciudad?

—Ni la mitad de deprisa que nos gustaría.

13

Jean dejó violentamente el saco en el alcázar bajo la mirada de Zamira y de la tripulación que había sobrevivido. El viaje de regreso había sido duro: sacar las mochilas del pequeño bote de Cordo, dirigirse a toda prisa al bote de Drakasha y luego llegar remando hasta el mar… pero había valido la pena. Todo lo sucedido aquella *noche* lo había valido, pensó Locke, y lo mejor de todo ello era la cara que había puesto Stragos al ver la de Zamira encima de la suya.

—Dr… r… akasha —murmuró, y luego escupió un diente en el puente. La sangre se escapaba en hilillos de su boca y le manchaba la barbilla.

—Maxilan Stragos, antes Arconte de Tal Verrar —dijo ella—. El *último* Arconte de Tal Verrar. La última vez que te vi tenía una perspectiva algo diferente.

—Lo mismo… digo —suspiró—. ¿Qué va a pasarme?

—Hay tantas cuentas pendientes sobre tu carcasa que no podrías pagarlas todas ni aunque murieras —dijo Zamira—. Hemos estado discutiendo tu caso largo y tendido. Así que decidimos que lo mejor sería que te quedaras con nosotros todo el tiempo que pudiéramos.

Chasqueó los dedos y Jabril se adelantó con un montón de cadenas y grilletes en los brazos, todos ellos muy robustos y apenas manchados de óxido. Los dejó caer al lado de Stragos y rió cuando aquel hombre mayor se apartó de un salto. Las manos de los demás tripulantes lo agarraron mientras él rompía en sollozos al sentir aprisionados sus brazos y piernas, mientras las cadenas lo vestían de hierro al rodearlo.

—Irás a la cubierta inferior, Stragos. Irás a la oscuridad. Y nosotros te concederemos el privilegio especial de acompañarnos a donde vayamos. Harás un largo viaje con nosotros. Tú y tus grilletes. Y cuando se te haya caído la ropa a trozos, aún los llevarás. Te lo garantizo.

—Drakasha, te lo ruego…

—Metedlo lo más abajo que podáis —dijo ella, y media docena de tripulantes lo condujeron hasta una de las escotillas del puente principal—. Encadenadlo al mamparo. Que esté cómodo.

—¡Drakasha! —exclamó—. ¡No puedes! ¡No puedes hacerme esto! ¡Me volveré loco!

—Lo sé —dijo ella—. Y también sé que gritarás. Dioses, no sabes cómo gemirás ahí abajo. Pero no me importa. Siempre podremos tocar algo de música cuando estemos en alta mar.

Y entonces Stragos abandonó la cubierta del *Orquídea Emponzoñada* para el resto de su vida.

—Y bien —dijo Drakasha dirigiéndose a Locke y a Jean—. Los dos sois libres. Que me condene, ya tenéis lo que queríais.

—No, capitana —la corrigió Jean—. Sólo conseguimos aquello que buscábamos, bueno, casi todo. Pero no lo que queríamos. La suerte no nos acompañó.

—Lo siento, Jerome —dijo ella.

—Espero que nadie vuelva a llamarme jamás por ese nombre —dijo Jean—. Me llamo Jean.

—Locke y Jean —Drakasha sonrió—. De acuerdo. ¿Puedo llevaros a algún sitio?

—A Vel Virazzo, si no te importa —dijo Locke—. Tenemos que hacer ciertas transacciones.

—Entonces, ¿seréis ricos?

—En dinero, sí. Deberíamos darte algo por tus…

—No —dijo ella—. El robo de Tal Verrar lo hicisteis vosotros dos. Quedaos con lo que os den por él. El botín de Salón Corbeau fue muy jugoso y, entre los pocos que quedamos, tocaremos a mucho. Estaremos muy bien. Pero decidme, ¿qué haréis después?

—Teníamos un plan —dijo Locke—. ¿Recuerdas lo que me dijiste en la barandilla aquella noche? ¿Que si alguien intenta acercarse a tu buque, lo mejor es largar velas?

Drakasha asintió.

—Supongo que querías decir que siempre hay que darse una oportunidad.

—Bien, ¿necesitáis algo más?

—Bueno —dijo Locke—, para estar bien seguros, dada nuestra historia pasada, ¿no podrías prestarnos un saco pequeño y también algo que es muy pequeño, pero muy importante para nosotros?

14

Por iniciativa de Requin, la entrevista tuvo lugar al día siguiente en lo que venían a ser las ruinas de su despacho. La puerta principal había sido arrancada de sus goznes, las sillas destrozadas seguían tiradas por el suelo y, cómo no, de la mayoría de los cuadros que antes estaban en las paredes sólo quedaban sus marcos. Requin parecía

disfrutar de un modo un tanto perverso sentando a los siete miembros del *Priori* en otras tantas sillas dispuestas en medio de aquel caos y pretendiendo que todo estaba perfectamente normal. Selendri paseaba por la habitación a espaldas de los invitados.

—Díganme, damas y caballeros, ¿les van mejor las cosas desde que amaneció? —preguntó Requin.

—Los combates ya han finalizado en la dársena de la Espada —dijo Jacantha Tiga, que era la más joven de los Siete del Interior—. La Armada está controlada.

—La Mon Magisteria es nuestra —dijo Lyonis Cordo, que representaba a su padre—. Todos los capitanes de Stragos se hallan bajo custodia, excepto dos de su Inteligencia…

—No podemos permitirnos otro incidente como el del jodido Ravelle —apuntó uno de los miembros del *Priori* de mediana edad.

—Tengo gente trabajando en ese asunto —dijo Requin—. No regresarán a la ciudad, eso puedo asegurárselo.

—Los embajadores de Talisham, de Espara y del Reino de los Siete Compañeros han expresado públicamente su confianza en el liderazgo del Consejo —dijo Tiga.

—Lo sé —dijo Requin, sonriendo—. La pasada noche les perdoné unas deudas bastante jugosas, sugiriéndoles de paso que podrían ser muy útiles al nuevo régimen. Y ahora, díganme, ¿qué ha pasado con los Ojos?

—La mitad de ellos, aproximadamente, están vivos y en custodia —dijo Cordo—. Los demás han muerto, excepto unos pocos que tienen la esperanza de organizar algún tipo de resistencia.

—No creo que lleguen muy lejos —dijo Tyga—, la lealtad al viejo Arcontado no sirve a la hora de comprar comida o cerveza. Espero que se presenten medio muertos y que la Policía se moleste después en interrogarlos.

—Dentro de muy pocos días los tendremos dominados —dijo Cordo.

—Ahora me pregunto —dijo Requin— si eso es realmente acertado. Los Ojos del Arconte suponen una importante reserva de gente muy entrenada y comprometida. Puedo asegurarles que sirven para muchas más cosas que para ocupar las tumbas que ustedes les reservan.

—Sólo eran leales al Arconte…

—Quizá también lo fueran a Tal Verrar, ¿por qué no se lo preguntan? —Requin puso una mano sobre su corazón—. Mi deber de patriota me obliga a insistir en este punto.

Cordo lanzó un bufido.

—Eran sus tropas de asalto, sus guardaespaldas, sus torturadores. No nos sirven aunque no fomenten la sedición de manera activa.

—Es muy posible que, a pesar de su cacareado conocimiento de todo lo militar, nuestro querido Arconte ya desaparecido empleara a los Ojos de una manera en

absoluto eficiente —dijo Requin—. Quizá se excedió con eso de las máscaras sin rostro. En vez de aterrorizar a la gente para que cumplieran sus órdenes, le habrían hecho mejor servicio vistiéndose de paisano y reforzando su aparato de Inteligencia.

—Quizá eso hubiera sido mejor para ellos —dijo Tiga—. Si hubiese hecho eso que dice, ese aparato de Inteligencia hubiera descubierto la jugada que le hicimos ayer. Es evidente.

—De cualquier manera —dijo Cordo—, resulta muy difícil gobernar un reino cuando ya no existe un rey.

—Muy cierto —dijo Tiga—, todos estamos muy impresionados, Cordo. Mencione sutilmente su participación en los hechos si no le importa, por favor.

—Al menos yo…

—Y *aún* más difícil mantener un reino —les interrumpió Requin— cuando descartas por las buenas las excelentes herramientas que te legó el último rey.

—Discúlpenos por no ser muy agudos, Requin —dijo Saravelle Fioran, una mujer que era casi tan mayor como Marius Cordo—, pero ¿adónde quiere llegar?

—Pues a que los Ojos, luego de un buen repaso y de un entrenamiento apropiado, pueden convertirse en un activo importante para Tal Verrar, siempre que no sean empleados como tropas de asalto sino como… policía secreta.

—Dice el hombre que manda a la gente que se está encargando de perseguirlos —dijo Cordo a modo de burla.

—Joven Cordo —replicó Requin—, esa gente es la misma que apenas ha interferido en los asuntos de su familia gracias a mi mediación. Es la misma gente que ayer hizo posible nuestra victoria… llevando de aquí para allá los mensajes de usted, ocupando las calles para impedir los refuerzos de los militares, distrayendo a los oficiales que eran más leales a Stragos para permitirles a algunos de ustedes entrar en este complot, a pesar de parecer unos aficionados que juegan a la pelota en una pradera.

—Yo no… —dijo Cordo.

—No, usted no. Usted luchó. Pero esta sonrisa que ve en mi rostro no esconde mi hipocresía, Lyonis. No quiera pretender en este sitio donde gozamos de la mayor de las intimidades que su desdén pueda disculparle del hecho de tratar con gente como yo. No deseo que quiera imaginar una ciudad donde el crimen no esté controlado por la gente como yo. Y, en cuanto a los Ojos, no estoy haciendo un ruego, sino simplemente hablando. Los pocos que sigan fanáticamente a Stragos pueden ser convenientemente pasados por las armas, pero los demás son demasiado valiosos para prescindir de ellos.

—¿Bajo cuál supuesto se cree con derecho a darnos lecciones? —dijo Tiga.

—Bajo el supuesto de que seis de las siete personas que se sientan en este sitio creyeron conveniente guardar bienes y dinero en la bóveda de la Aguja del Pecado.

Bienes y dinero que, para ser francos, no deben figurar en lo que voy a proponerles.

»He invertido en esta ciudad tanto como ustedes. Y no me gustaría que una potencia extranjera interrumpiera mis negocios. Para ser honrados con Stragos, no creo que, manejando nosotros el Ejército y la Armada, logremos inspirar gran respeto a nuestros enemigos, si se piensa en lo que sucedió durante la última guerra, cuando el *Priori* estaba en el poder. Por eso creo que debemos apostar por la solución más eficaz.

—Supongo que todo esto podremos discutirlo dentro de unos días —dijo Lyonis.

—Creo que no. Los inconvenientes como el que representan los Ojos que han sobrevivido tienen la costumbre de desaparecer antes de que alguien pueda tenerlos en consideración, ¿no les parece? No hay tiempo que perder. Las consignas se pueden traspapelar o tergiversar, por eso tenemos que asegurar que todo lo que ocurra esté bajo control.

—¿Qué sugiere, entonces? —preguntó Fioran.

—Para comenzar, si van a situar la sede administrativa de nuestro flamante gobierno en la Mon Magisteria, habrá que contar con unas buenas oficinas. Bonitas y que den prestigio, antes de que todas las que ahora hay desaparezcan. Además, espero un estudio de los presupuestos, aunque sólo en borrador, antes del fin de semana; yo mismo puedo encargarme de todo el papeleo. Los salarios del año entrante. Y por cierto, hablando de este asunto, espero que al menos tres o cuatro puestos del organigrama de la nueva organización se hallen discretamente bajo mi mando. Los salarios anuales estarán comprendidos entre diez y quince solari.

—Para poder darles esos momios a varios de sus ladrones recién ascendidos —dijo Lyonis.

—En efecto, pues sólo así podré ayudarles en la transición que les llevará a convertirse en ciudadanos respetables que defiendan Tal Verrar —dijo Requin.

—¿Y usted también *aprovechará* esa transición para convertirse en un ciudadano respetable? —preguntó Tiga.

—Pensaba que ya lo era —contestó Requin—. No, por los dioses. No tengo intenciones de dejar a un lado mis actuales responsabilidades. Pero da la casualidad de que he pensado en una candidata ideal para dirigir la nueva organización. Alguien que comparte mi inquietud respecto al modo en que Stragos utilizaba a sus Ojos y que debe ser tomada en serio porque *fue* una de ellos.

Selendri no pudo evitar una sonrisa cuando los del *Priori* se volvieron para mirarla.

—Vamos, Requin, no hablará en serio… —dijo Cordo.

—No veo por qué no —dijo Requin—. No creo, amigos míos, que ustedes seis vayan a negarme este pequeño favor, por otra parte tan lleno de sentimiento patriótico.

Cordo echó una mirada a su alrededor, y Selendri vio que escrutaba los rostros de los demás miembros del *Priori*; si intentaba parar todo aquello, estaría solo y además no sólo debilitaría la posición privilegiada que gozaba su padre, sino sus propias perspectivas de futuro.

—Considero que la compensación que debe recibir para comenzar tendrá que ser interesante y, más que interesante, jugosa. Y, por supuesto, necesitará disponer de vehículos y embarcaciones oficiales. Y de una residencia oficial. Stragos tenía docenas de casas y mansiones a su disposición. Oh, y no olviden que la oficina que debe tener en la Mon Magisteria será la más bonita y prestigiosa de todas, ¿están de acuerdo?

Ambos se habían quedado solos en aquel despacho donde los miembros del *Priori* habían pasado por los sucesivos estados de contento, preocupación y enfado, y llevaban besándose un largo rato. Tal y como acostumbraba, Requin se había quitado sus guantes para tocar con sus manos renegridas y apergaminadas las de ella: la derecha, tan destrozada como las de Requin, y la izquierda, tersa y saludable.

—Pues ya lo has conseguido, querida mía —dijo él—. Sé lo incómoda que te has sentido en este sitio, subiendo y bajando los escalones de esta torre, buscando y saludando a borrachos con dinero.

—Aún lamento mi fallo por…

—Ese fallo lo comparto completamente contigo —dijo Requin—. De hecho, yo caí en las trampas de esos dos, Kosta y De Ferra, antes que tú. Si no nos hubieran engañado, tú les habrías arrojado por la ventana en el primer instante, ahorrándonos toda esta mierda, estoy seguro.

Ella sonrió.

—Y esos tipos tan afectados del *Priori* creen que al proporcionarte ese empleo ya no tendrán que deberme ningún favor —Requin se pasó los dedos por el pelo—. Por los dioses, que se sorprenderán. No veo el momento de que entres en acción. Voy a construir algo tan grande que dejará pequeña mi camarilla de *felantozzi*.

Selendri contempló el despacho en ruinas. Requin se rió.

—Creo —dijo— que debo admirar a esos mierdecillas tan audaces. ¡Invertir dos años en planear todo esto, el asunto de las sillas… y luego lo de mi sello! Diantre, a Lyonis le vinieron al pelo…

—Pensaba que estarías furioso —dijo Selendri.

—¿Furioso? Supongo que sí. Ese juego de sillas me gustaba muchísimo.

—Sé todo lo que peleaste para conseguir esos cuadros…

—Ah, sí, los cuadros —Requin hizo una mueca traviesa—. Bueno, respecto a eso… creo que las paredes se han quedado un poco desguarnecidas. ¿Te apetecería bajar a la bóveda conmigo para sacar los auténticos?

—¿A qué te refieres con eso de «auténticos»?

EPÍLOGO

Mares de sangre bajo cielos rojos

1

—¿Qué diablos quiere decir con eso de «reproducciones»?

Locke estaba sentado en una de las sillas de madera de respaldo alto, muy confortables, del estudio de Acastus Krell, comerciante de Vel Virazzo especializado en diversiones caras. Rodeaba con ambas manos una taza alta de té tibio para no verter su contenido.

—Estoy seguro de que estará familiarizado con el término, maese Fehrwight —dijo Krell. Aquel hombre mayor hubiera parecido un palo tieso si no hubiese sido por lo gráciles que eran sus movimientos; recorría su estudio como un bailarín que ensayara en el escenario, manipulando sus lentes de aumento como un duelista que marcara sus estocadas. Llevaba una toga suelta de seda del mismo color azul oscuro que el crepúsculo y, cuando levantaba la cabeza, el brillo de su calva realzaba lo penetrante que era su mirada. Aquel estudio era la madriguera de Krell, el centro de su existencia. Le confería un aire de serena autoridad.

—Lo estoy en lo concerniente a muebles y a objetos, pero en lo que se refiere a las pinturas…

—Es muy raro, ciertamente, pero no hay duda. Caballeros, aunque jamás haya visto los originales de estos diez cuadros, hay incongruencias *significativas* en los pigmentos y en las pinceladas, así como en el desgaste generalizado de sus superficies. No son genuinos objetos de arte del barroco de Talathri.

Jean escuchó malhumorado aquellas palabras con las manos cruzadas, sin decir nada y olvidándose del té. Locke sintió el sabor de la bilis detrás de la garganta.

—Explíquese —dijo, intentando mantener la sangre fría.

Krell suspiró, pues su enfado acababa de templarse al ver lo mal que aquellos dos lo estaban pasando en la presente situación.

—Fíjense —dijo, mientras levantaba con cuidado una de las pinturas robadas, una imagen de varios nobles del Trono de Therin sentados durante una lucha de gladiadores y recibiendo el tributo de un luchador herido de muerte—. Quien lo pintó era un maestro artesano que tenía una paciencia tremenda y una destreza fantástica. Cada una de estas pinturas requirió cientos de horas, así como disponer del original. Es evidente que el caballero… que les proveyó a ustedes de estos objetos temía

exponer los originales. Me apostaría esta casa con todos sus jardines a que los originales aún siguen en su bóveda.

—Pero… esas incongruencias, ¿cómo puede conocerlas?

—Los maestros artistas que se encontraban bajo el patronazgo del Trono de Therin tenían una manera secreta de distinguir sus obras de las realizadas por los artistas al servicio de otros patrones de rango inferior. Eso no se supo fuera de la corte del Emperador hasta muchos años después de su caída. En sus pinturas, los mejores maestros de Talathri y sus socios pintaban un desconchón muy pequeño en una de las esquinas, empleando pinceladas cuyos tamaños y sentidos se confundían con las que las rodeaban. Aquella imperfección significaba perfección, como si dijéramos. Como la distinción de belleza con que algunos vadraníes obsequian a sus damas.

—¿Y todo eso lo puede ver con una simple mirada?

—Sí, al no descubrir nada de lo dicho en estas diez pinturas.

—Maldición —dijo Locke.

—Eso me sugiere —añadió Krell— que el artista que las pintó, o quien le pagó por ello, admiraba tanto las obras originales que se negó a imitar sus marcas secretas de autenticidad.

—Bueno, al menos eso es reconfortante.

—Pero si quiere más pruebas, maese Fehrwight, aún puedo ofrecerle otras más contundentes. En primer lugar, el brillo de estos pigmentos no concuerda con la época, dado el desarrollo de la alquimia hace cien años. La rotundidad de estos colores revela un origen contemporáneo. Y, finalmente, estas obras no tienen la pátina que confieren los años. No hay grietas finas en los pigmentos, ninguna decoloración por la humedad o el sol, ningún efecto del humo en la laca que las cubre. La carne de estas obras, por así decirlo, se aparta tanto de la original como mi rostro del de un chico de diez años —Krell sonrió con tristeza—. Yo he envejecido bastante bien. Éstas no.

—¿Y en qué afecta todo esto a nuestro acuerdo?

—Soy consciente —dijo Krell, sentándose en la silla que estaba detrás de su mesa de escritorio y dejando la pintura boca abajo— de que se han arriesgado muchísimo al apartar estos facsímiles del… caballero de Tal Verrar. Tienen mi agradecimiento y mi admiración.

Jean lanzó un bufido y miró a la pared.

—Y su agradecimiento —dijo Locke— y su admiración significan por tanto…

—Esta venta no es legal —dijo Krell—. No soy un inocentón, maese Fehrwight. Por estas diez pinturas puedo ofrecerles dos mil solari.

—¿Dos mil? —Locke se agarró a los brazos de su silla y se echó hacia delante—. ¡La suma de la que hablamos en un principio era de *cincuenta mil*, maese Krell!

—Por los originales —repuso Krell—. Hubiera pagado gustoso la suma acordada

en un principio; para unos objetos genuinos del Último Florecimiento habría encontrado compradores en lugares muy lejanos que estuvieran a salvo del… potencial enfado del caballero de Tal Verrar.

—Dos mil —murmuró Locke—, por los dioses, es menos de lo que dejamos en la Aguja del Pecado. Usted nos ofrece dos mil solari por dos años de trabajo.

—No —Krell extendió sus delgados dedos—. Dos mil solari por diez pinturas. Aunque pueda lamentar lo mucho que han sufrido para conseguir estos objetos, nuestro acuerdo no contempla ninguna cláusula de peligrosidad. Pago por la mercancía, no por el proceso necesario para conseguirla.

—Tres mil —dijo Locke.

—Dos mil quinientos —dijo Krell—, y ni una centira más. Puedo encontrarles comprador; cada una de ellas es un objeto único que vale varios cientos de solari y que merece la pena atesorar o enseñar. Pero, si me apura, puedo dejar pasar el tiempo e intentar vendérselas al caballero de Tal Verrar, diciendo que las conseguí en alguna ciudad lejana. No dudo de que se mostrará generoso. Pero si no aceptan mi precio… son libres para llevarlas a un mercadillo o quizá a una taberna.

—Dos mil quinientos —dijo Locke—. Al infierno.

—Ahí creo que acabaremos todos, maese Fehrwight, a su debido tiempo. Pero ahora quiero que se cedida, ¿aceptan mi oferta?

2

—Dos mil quinientos —dijo Locke por decimoquinta vez mientras su carruaje traqueteaba hacia la dársena de Vel Virazzo—. Joder, no me lo puedo creer.

—Supongo que es más de lo que tiene mucha gente —murmuró Jean.

—Pero no lo que yo te había prometido que conseguiríamos —dijo Locke—. Lo siento, Jean, he vuelto a cagarla. Decenas de miles, te dije. Un botín enorme. El mejor de todos los juegos hechos hasta ahora. Nobles de Lashain. Dioses del cielo —se llevó las manos a la cabeza—. Guardián Avieso, ¿por qué diablos siempre me haces caso?

—No fue culpa tuya —dijo Jean—. Lo planeamos los dos. Los dos juntos. Sólo… que siempre nos salen las cosas mal. No podíamos saberlo.

—Mierda —dijo Locke.

El carruaje comenzó a aminorar su velocidad hasta que se detuvo con un crujido de madera. Hubo un golpe y un ruido de algo que rozaba el suelo cuando su lacayo colocó un escabel; acto seguido la luz del día entró por la puerta que acababa de abrirse. El olor a mar inundó el compartimiento junto con los chillidos de las gaviotas.

—¿Aún quieres… hacerlo? —Locke se mordió el labio al comprobar que Jean no

reaccionaba—. Sé que ella quería estar aquí con nosotros. Podemos olvidarlo, dejar las cosas como están, coger el carruaje…

—Todo va bien —dijo Jean. Señaló el saco de harpillera que estaba en el asiento al lado de Locke, el cual se movía como si tuviera algo dentro—. Además, eso de llevar un gato es un problema.

—Supongo —Locke tocó el saco y esbozó una sonrisa al ver que lo que había dentro respondía atacándole—. Pero tú aún…

Jean había comenzado a salir del carruaje.

3

—¡Maese Fehrwight! No sabe la alegría que siento de conocerle por fin. Lo mismo que a usted, maese…

—Callas —dijo Locke—, Tavrin Callas. Disculpe a mi amigo, tiene un mal día. Yo hablaré por los dos.

—Por supuesto —dijo el capitán del puerto de yates privados de Vel Virazzo. En aquel lugar las barcazas y embarcaciones de recreo de las familias más notables de Vel Virazzo estaban vigiladas de continuo.

El capitán del puerto les condujo hasta el extremo de uno de los muelles, donde un esbelto yate de un solo mástil se agitaba suavemente sobre las olas. De algo menos de quince metros de largo, fabricado con teca y madera de álamo negro laqueadas, estaba guarnecido con latón y plata. Su cordaje era de excelente quasiseda nueva, y sus velas plegadas eran del mismo color blanco que la limpia arena de la playa.

—Todo dispuesto según las cartas que nos envió, maese Fehrwight —dijo el capitán del puerto—. Me disculpo por haber tardado cuatro días en vez de tres…

—No importa —dijo Locke. Y le pasó el saquito de cuero lleno de solari que había contado en el carruaje—. Todo lo acordado, y la gratificación de tres días para el equipo que lo ha dejado a punto. No hay motivos para ser tacaño.

—Es usted muy amable —dijo el capitán del puerto mientras hacía una reverencia y recogía la pesada bolsa. Casi cerca de novecientos solari que acababan de esfumarse.

—¿Y las provisiones? —preguntó Locke.

—Embarcadas, tal y como ordenaron —contestó el capitán—. Raciones y agua para una semana. Los vinos, las capas enceradas y demás pertrechos de emergencia… están dentro, todo comprobado personalmente por mí mismo.

—¿Y nuestra cena?

—En camino —dijo el capitán del puerto—, en camino. Llevo varios minutos esperando a que llegue. Un momento… ahí viene corriendo el chico.

Locke miró hacia su carruaje. Por detrás de él acababa de aparecer corriendo un

chico, con una cesta cubierta entre los brazos que abultaba más que su tórax. Locke sonrió.

—Pues con esta cena ya hemos terminado —comentó mientras el chico se acercaba y entregaba la cesta a Jean.

—Muy bien, maese Fehrwight. Dígame, ¿cuándo quieren partir?

—Inmediatamente —dijo Locke—. Queremos dejar atrás… unas cuantas cosas.

—¿Necesitan ayuda?

—Esperábamos a una tercera persona —dijo Locke muy despacio—, pero podremos hacerlo entre los dos —se quedó mirando a su nueva embarcación y a la disposición de las velas, el cordaje, el mástil y el timón, que meses antes no habría comprendido—. No necesitamos a nadie más.

Les llevó menos de cinco minutos descargar en el yate todo lo que llevaban en el carruaje, pues no era gran cosa: unos cuantos trajes, calzas, camisas de trabajo, armas y sus herramientas para el latrocinio.

El sol se ponía por el oeste cuando Jean comenzó a soltar amarras. Locke cayó de un salto al puente de popa, que era tan espacioso como una habitación y se hallaba rodeado por unas bordas bastante altas; lo último que hizo antes de zarpar fue abrir el saco de harpillera y dejar que su contenido saliera a cubierta.

El gatito negro le miró, se estiró y comenzó a restregarse contra la bota derecha de Locke, ronroneando sonoramente.

—Bienvenido a tu nuevo hogar, amiguito. Todo lo que ves es tuyo —dijo Locke —, aunque eso no quiera decir que yo también lo sea.

4

Anclaron a cien metros del último de los faros de Vel Virazzo y entonces, bajo su luz rubí, tuvo lugar la cena que Locke había prometido.

Se habían puesto en cuclillas en el puente de popa con una pequeña mesa entre ambos. Cada uno de ellos pretendía dar a entender que estaba concentrado en el pan y en el pollo, en las aletas de tiburón y en el vinagre, en las uvas y en las aceitunas negras. Regio intentó disputarles la comida varias veces y sólo aceptó una paz honorable después de que Locke le sobornara con un ala de pollo que era casi tan grande como él.

Luego pasaron a la botella de vino, un blanco camorrí jamás descrito, de esa variedad que permite saborear un plato sin quitarle el sabor. Cuando Locke arrojó la botella vacía por la borda comenzaron a tomarse otra, aunque más despacio que la anterior.

—Es la hora —dijo finalmente Jean cuando el sol ya estaba tan bajo por el oeste que era como si acabara de hundirse por la borda de estribor. Todo estaba teñido de

rojo, desde el mar hasta el cielo todo acababa de tomar el color del pétalo de rosa que comienza a ponerse oscuro, el color de una gota de sangre aún fresca. El mar estaba en calma y el aire no se movía; nada les interrumpía, nada les apremiaba, el mundo parecía vacío de citas y de planes.

Locke suspiró, sacó del bolsillo interior de su casaca un vial de vidrio lleno con un líquido de color claro y lo dejó encima de la mesa.

—Hablamos de compartirlo —comentó.

—Sí —dijo Jean—, pero no lo haremos.

—¿Oh?

—Tú te lo vas a beber —Jean puso las manos encima de la mesa con las palmas hacia abajo—. De un tirón.

—No —repuso Locke.

—No tienes elección —dijo Jean.

—¿Quién demonios te crees que eres?

—No podemos arriesgarnos a compartirlo —dijo Jean con esa voz pausada y comedida que a Locke le confirmaba que se hallaba listo para la acción—. Mejor será que uno de los dos se cure antes de que ambos sigamos a la espera de… una muerte cruel.

—Me arriesgaré a esperar —dijo Locke.

—Yo no —repuso Jean—. Por favor, Locke, bébetelo.

—¿O qué?

—Ya lo sabes —dijo Jean—. No puedes vencerme. La proposición contraria es definitivamente falsa.

—Así que tú…

—Despierto o inconsciente —insistió Jean—, es para ti. A mí no me importa. Bébete el puto antídoto, por amor al Guardián Avieso.

—No puedo —confesó Locke.

—Entonces me obligarás a que…

—No lo entiendes —dijo Locke—. No he dicho que no quiera, sino que no puedo.

—¿Qué…?

—Este vial es uno que compré en la ciudad, el cual sólo contiene agua —Locke volvió a meterse la mano en el bolsillo y sacó un vial vacío que dejó lentamente al lado del falso—. Sabiendo cómo eres, me extraña que no pensaras que iba a echarte el antídoto en el vino.

5

—Eres un *bastardo* —dijo Jean con un rugido mientras se levantaba de un salto.

—Caballero Bastardo.

—¡Eres un miserable cabrón hijo de *puta*! —Jean se movía como un relámpago y Locke se echó hacia atrás asustado. Jean agarró la mesa y la arrojó al mar, sembrando el puente del yate con los restos de la cena—. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido hacerme esto?

—No podía ver cómo morías —dijo Locke sin más—. No podía. Tú no me preguntaste…

—¡Ni siquiera me diste la oportunidad!

—¡Ibas a hacérmelo tragar a la fuerza! —Locke se levantó y apartó de su camisa unos cuantos huesos de pollo y varias migajas—. *Sabía* que intentarías algo parecido. ¿Me culpas por hacerlo antes que tú?

—Y ahora tendré que ver cómo te mueres, ¿es eso? Primero ella y ahora tú. ¿Y dices que es un *favor?*

Jean se dejó caer en el puente, enterró el rostro entre las manos y se echó a llorar. Locke se arrodilló a su lado y rodeó sus hombros con sus brazos.

—Es un favor —dijo Locke—. Un favor que me haces. Siempre me has salvado la vida porque eres tonto y no sabes hacer otra cosa. Pues ahora… me toca a mí. Porque te lo mereces.

—No comprendo nada —musitó Jean—. Maldito hijo de puta, ¿cómo me has hecho esto? Me gustaría abrazarte. Y también arrancarte de cuajo esa maldita cabeza tuya. Las dos cosas.

—Ah —dijo Locke—. Me parece que eso se ajusta a la definición de «familia».

—Pero vas a morir —dijo Jean con un susurro.

—Siempre he estado a punto de morir —dijo Locke—, siempre ha estado a punto de suceder y la única razón de que no haya ocurrido has sido… tú.

—Odio esta situación —dijo Jean.

—Yo también. Pero ya está. Y creo que me siento bien.

Estoy tranquilo, pensó. *Creo que puedo decirlo. Estoy tranquilo*.

—Y ¿qué vamos a hacer?

—Pues lo que habíamos planeado —contestó Locke—. Ir a algún sitio, a donde sea, lo más despacio posible. Recorrer la costa a remo. Sin nadie detrás. Sin nadie en el camino, sin nadie para que le robemos. Jamás lo hemos hecho antes —Locke hizo una mueca—. Diablos, a fin de cuentas, no sé sinceramente si será algo *bueno*.

—¿Y si tú…?

—Pues cuando llegue el momento, llegará —dijo Locke—. Perdóname.

—Sí —dijo Jean—. Y no. Nunca te perdonaré.

—Creo que lo comprendo —dijo Locke—. Anda, acércate y échame una mano con el ancla, si quieres.

—¿En qué estás pensando?

—En que esta costa es muy antigua —dijo Locke—. En que se cae a trozos. Una vez que ves una parte ya la has visto toda. A ver si podemos llevar esta cosa a otro sitio.

Y se puso de pie, apoyando un brazo en el hombro de Jean.

—A algún sitio nuevo.

POSFACIO

Los entusiastas de las cosas náuticas, tanto los de biblioteca como los que las practican, no habrán podido por menos de descubrir que en *Mares de sangre bajo cielos rojos* se ha retorcido, trastocado y mutilado gran parte de lo que concierne a la jerga empleada en la mar.

En ciertas ocasiones puedo explicarlo mediante algunas excusas honorables: que sólo se debe a un intento de mejorar la comprensión del lector o que he intentado ajustarme a las peculiaridades culturales y tecnológicas del mundo de Locke. Pero en otras sólo puedo decir algo que suele ser usual en los autores: que la he fastidiado de algún modo y que no tengo ni idea de lo que estoy diciendo. Así que todo irá mejor entre nosotros, querido lector, si no te das cuenta. Y para que así sea, cruzo los dedos.

De esta suerte se concluye el libro segundo de las crónicas de *Los Caballeros Bastardos*.

Scott Lynch
New Richmond, Wisconsin
26 de enero de 2007

Agradecimientos

Una vez más para la sorprendente Jenny, por haber sido muchas cosas en el transcurso de los años: amiga, mejor amiga, primera lectora, crítica (y constructiva) y, finalmente, esposa.

Para Anne Groell, Gillian Redfearn y Simon Spanton, no sólo por ser, en sentido amplio y también específico, brillantes, sino por no asesinarme.

Para Jo Fletcher, para que tampoco quiera asesinarme. ¡Salud!

Para todos los de Orion Books, que convirtieron mi primer (y espero que único) viaje a Inglaterra en algo divertido y que me aguantaron a pesar de mi estado de salud tan deplorable: especialmente Jon Weir, por guiarme fielmente agitando el látigo.

Para todos los libreros británicos que se molestaron en promover y comentar *Las mentiras de Locke Lamora* cuando era un libro-bebé recién nacido que aún caminaba a cuatro patas: mis más efusivas gracias para todos ellos.

Para Desiree, Jeff y Cleo.

Para Deanna Hoak, Lisa Rogers, Josh Pasternak, John Joseph Adams, Elizabeth Bear, Sarah Monette, Jason McCray, Joe Abercrombie, Tom Lloyd, Jay Lake, GRRM y muchos otros. Y para Rose, cuya corta compañía fue, no obstante, tolerable.

Para Loki, Valkyrie, Peepit, Artemis y Thor, el mejor contingente de pequeños mamíferos domésticos jamás reunido.

SCOTT LYNCH (St. Paul, Minnesota, 1978). Escritor americano, Scott Lynch es un autor dedicado a la literatura fantástica cuyo primer libro, *Las mentiras de Locke Lamora,* se convirtió en todo un éxito internacional convenciendo tanto a la crítica como al público.

Trabajó limpiando platos, como camarero, revisor de autobús y, por fin, escritor freelance. Pero además, se confiesa amante de la Historia, la literatura, el cine y coleccionista de «Choose Your Own Adventure» (elige tu propia aventura). Tras estas credenciales se esconde un escritor joven que dará mucho que hablar en el panorama literario fantástico del futuro.

Notas

[1] *Gul*: Ser del folclore popular árabe y persa que se alimenta por la noche de cadáveres, cuya piel es muy pálida *(N. del T.)*. <<

[2] *Soy Ezri, con el punto de la interrogación* («It's Ezri, with the question mark»). Se trata de una broma: Jean, grande y grueso, es el signo de la interrogación, y Locke, más pequeño, su punto *(N. del T.)*. <<

[3] El autor emplea el término *swells* en sus dos acepciones: de «oleaje» y de «gente importante». El texto ha sido ligeramente adaptado para el lector en lengua castellana. En el original dice así: *—New swells coming in […]/—I don't see any more waves […]/—Not swells, you idiot, swells. Gentlefolk […] (N. del T.).* <<

[4] Mi chica: *my girl*. En inglés, cualquier embarcación es de género femenino *(N. del T.)*. <<